





6 – 5 – 14

HISTORIA

UNIVERSAL

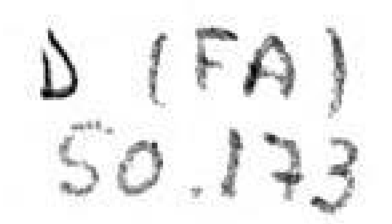
ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO X.

STAT SUA CUIQUE DIES.

VIRG.





HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELÉBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.





Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO XIV.

MARCO ANTONIO Y OCTAVIO.

Consternacion en Roma despues de la muerte de César. — Esposicion del cuerpo de César. — Discurso de Antonio. — Esasperacion del pueblo en memoria de César. — Hábil política de Antonio. — Faccion de Amacio. — Usurpacion de Antonio. — Cayo Octavio: su llegada á Roma. — Su brillante recibimiento. — Entrevista de Octavio y Antonio. — Discurso de Octavio á Antonio. — Respuesta de Antonio. — Disensiones entre Octavio y Antonio. — Política de Octavio respecto á Ciceron. — Decreto del senado contra Antonio. — Filípicas de Ciceron. — Guerra civil entre Octavio y Antonio. — Victoria de Antonio. — Reúsase el consulado á Antonio. — Discurso de Octavio á sus soldados. — Marcha de Octavio á Roma. — Conferencia entre Octavio, Antonio y Lépido. — Su triunvirato. — Entrada de los triunviros en Roma. — Preámbulo de las tablas de proscriciones. — Muerte de Ciceron. — Decreto para una contribucion sobre mil cuatrocientas mujeres. — Guerra entre Bruto, Casio y los triunviros. — Muerte de Casio. — Muerte de Bruto. — Derrota, huida y muerte de Pompeyo. — Batalla de Accio. — Muerte de Antonio. — Fin de la república romana.

CONSTERNACION EN ROMA DESPUES DE LA MUERTE DE CESAR. — El tirano habia caido, mas no la tiranía. Era mas fácil en una nacion corrompida dar muerte á un usurpador, que resucitar la libertad.

La justicia condena el asesi-

nato que cometieron Bruto y sus cómplices. Es verdad que las leyes de la república romana lo aprobaban, permitiendo y aun mandando matar á todo el que aspirase al poder supremo: y en otro tiempo aquella accion, aunque contraria á la moral, hubiera sido elojiada por los romanos. Pero las costumbres no eran ya las mismas: los grandes, demasiado ricos y poderosos, no podian ya sufrir la igualdad política: y el pueblo preferia un solo dueño á tantos tiranos, rivales en el poder y ansiosos de riquezas. Así la muerte de César, en vez de resucitar sentimientos republicanos, causó una consternacion jeneral.

La mayor parte de los senadores que no estaban en el secreto de la conjuracion, temieron ver dirijidos contra sus pechos los puñales que habian acabado con el dictador. Los que mas temblaron fueron sus amigos, no dudando que á ellos se estenderia tambien la proscricion. El ejército, que en todas las naciones oye mas bien el grito de la gloria que el de la libertad, veia con indignacion la muerte de un jeneral que tantas veces lo habia guiado á la victoria, y que le prometia en Asia nuevos triunfos y nuevas recompensas. Una gran parte del pueblo lamentaba la pérdida de un jefe que no habia ascendido al poder sino por su popularidad, y á quien miraba como protector contra el orgullo de los patricios. Los antiguos partidarios de Pompeyo, Ciceron y otros amigos de la república, miraban con un secreto placer el triunfo de la conjuracion; pero disimulaban su alegría por el recelo que les inspiraban la ambicion de Antonio, que entonces era cónsul, el descontento del pueblo y las amenazas del ejército.

Si los conspiradores, aprovechándose del espanto que causó su atrevido golpe, hubieran muerto á Antonio, que tenian en su poder, arrojado al Tíber el cadáver de César, aterrado á los senadores, y anulado todas las actas del dictador, probablemente la muchedumbre los hubiera aplaudido, seguido y ecsaltado, porque la costumbre del vulgo es admirar á quien lo espanta, y ver la justicia donde está la fuerza. Pero poseidos ellos mismos de la consternacion jeneral, lo perdieron todo perdiendo tiempo. Su retirada al Capitolio, indicio de temor, dió ánimo á los amigos de César.

Lépido, que mandaba una lejion apostada cerca de Roma, la

trajo al campo de Marte, y esperó alli las órdenes del cónsul Antonio. La presencia de estas tropas intimidó á los conjurados; y perdiendo su audácia, comenzaron á mover negociaciones, y enviaron diputados al cónsul y á Lépido para persuadirles que se habian armado no por odio personal á César ó a sus amigos, sino por amor á la patria: que Roma, debilitada por tantas guerras civiles, quedaria arruinada si se encendiese una nueva: y que creian á Antonio y Lépido bastante jenerosos para sacrificar sus resentimientos particulares á la causa comun y al bien público.

Aunque Antonio estaba determinado á vengar á César, y sobre todo á sucederle si podia, recelaba de las fuerzas considerables que mandaba Décimo Bruto, uno de los conjurados y gobernador entonces de la Galia, el cual podia caer sobre él con un ejército: temia el poder de Sesto Pompeyo, que comenzaba á dominar en los mares, sostenido por los numerosos partidarios de su padre. Estas consideraciones le obligaron á disimular sus proyectos y su odio, y se mostró dispuesto á entrar en negociacion para ganar tiempo. En su respuesta á los conjurados, les aseguró que á pesar de sus juramentos, por los cuales debia perseguir á los asesinos de César, y á pesar de su orror al perjurio, inmolaria su enojo á los intereses de la república, y en lugar de emplear la fuerza para dominar el senado, dejaria á esta augusta corporacion toda la autoridad que le competia.

De conformidad, pues, con esta resolucion, convocó el senado. Nunca se le habia propuesto una cuestion mas importante. La deliberacion fué larga, animada y tumultuosa. Unos querian que se declarase á César tirano, se disfamase su memoria, y se decretasen elojios á los libertadores de la patria: otros, mirando como un crímen el asesinato del primer majistrado de la república, pedian que los conjurados fuesen declarados culpables, y no se libertasen del suplicio sino por medio de una amnistía. La mayoría de los senadores se mostraba dispuesta á sostener la república y á favorecer á los hombres intrépidos que los habian libertado de la dominacion; pero Antonio opuso hábilmente sus intereses á sus sentimientos: probó que no se podia infamar la memoria de César sin anular todas sus actas, y despojar por consiguiente de

su esplendor á las personas mas distinguidas de la república: lo que produciria un trastorno jeneral quitando á un gran número de ciudadanos sus dignidades, gobiernos, grados y bienes que debian á la liberalidad y benevolencia del dictador.

Esta reflecsion hizo que muchos senadores de entrambos partidos mirasen la cuestion bajo otro aspecto: opuestos los intereses á los deberes, la virtud capituló con la codicia; y el senado, bajo el pretesto especioso de la paz pública, dió un acta de indulto á los asesinos de César, y ratificó todas las operaciones del dictador. Esto era declararlo tirano, pues no se perseguia á sus asesinos, y al mismo tiempo majistrado lejítimo, pues que se confirmaban sus decretos.

Segun las disposiciones del dictador, relativas al repartimiento de los gobiernos, las provincias mas importantes tocaron á los jefes de los conjurados: á Marco Bruto la Macedonia é Iliria: á Casio la Siria: á Trebonio el Asia menor: á Cimbro la Bitinia: á Décimo Bruto la Galia Cisalpina.

Esta transaccion, obra de la debilidad y de la astucia, cubrió por un momento el fuego sin estinguirlo. Antonio, afectando una moderacion opuesta á su carácter, consintió en visitar á Bruto y á Casio, y aun asistieron juntos á un banquete. El senado no creia en la sinceridad del cónsul, y por eso le prodigaba elojios muy ecsajerados.

Al dia siguiente anunció Antonio que iba á celebrar las ecsequias de César y pronunciar su elojio. Pison, suegro del dictador, propuso abrir su testamento: en vano los senadores mas prudentes quisieron oponerse á estas solemnidades, muy propias para escitar rencillas y alborotar la plebe. Antonio y Pison respondieron, que habiéndose ratificado todas las actas de César, era imposible contestarle la disposicion de sus bienes, y que la relijion, que proibia negar los onores de la sepultura al ciudadano mas oscuro, no permitia reusarlos á un soberano pontífice. El senado hubo de ceder á este argumento sin réplica.

Esposicion del cuerpo de César.—Antonio, hábil en valerse de las circunstancias para satisfacer su odio é inflamar las pasiones populares, hizo colocar en el foro enmedio de la tribuna, adornada como un templo, el cuerpo de César en un lecho portátil. Este aparato solemne y lúgubre hizo concurrir un nú-

mero inmenso de ciudadanos. Pison leyó el testamento del dictador, por el cual adoptaba á Cayo Octavio, nieto de su hermana Julia, le declaraba heredero de la mayor parte de sus bienes, le nombraba tutores (entre ellos á muchos de los conjurados), sustituia en caso de muerte á Décimo Bruto, legaba al pueblo los jardines que poseia al otro lado del Tíber, y hacia una manda á cada ciudadano.

La vista de los restos del héroe, su popularidad, que le sobrevivió, y su liberalidad para con los ciudadanos, escitaban á un mismo tiempo en la muchedumbre agradecimiento ácia él é indignacion contra los conjurados.

Discurso de Antonio.—El cónsul Antonio, aprovechando este momento propicio á sus designios, sube á la tribuna, hace una reseña brillante, rápida y animada de las grandes acciones de César: recuerda todos los onores con que le habia condecorado la gratitud pública: las actas del senado y del pueblo que lejitimaban su poder, y el decreto que hacia su persona inviolable y sagrada. Despues de leer este senatoconsulto esclamó: «Aquí »teneis el monumento inmortal »elevado á su clemencia. Man»daba respetar no solo su per»sona, sino la de todos los que bus»caban un asilo cerca de él: y »este hombre sagrado, cuya pro»teccion era tan inviolable como »los templos de nuestros dioses, »ha perecido á puñaladas. Se »han mirado como un crimen »los onores mismos de que era »digno, que no pedia y que nos»otros le hemos concedido. Se »nos acusa de cobardía, de ser»vidumbre, por haberlos dado. »Pero vosotros, ó romanos, nos »justificais de esta acusacion por »los últimos onores con que hoy »celebrais su memoria. Vosotros »todos, lo mismo que yo, está»bais obligados á defender á Cé»sar: y por vuestros juramentos »habeis consagrado á los dioses »infernales á los que no vola»sen á socorrerlo en caso de pe»ligro.»

Alzando despues las manos al Capitolio dijo: «Júpiter, protec»tor de Roma: yo renuevo mi »promesa: estoy dispuesto á ven»gar á César, á llenar mis jura»mentos, á mostrarme fiel á las »imprecaciones que he pronun»ciado. Pero los árbitros del des»tino de Roma han pensado que »el bien público reclamaba otras »medidas: solo me es permitido »hacer votos porque sean salu»dables.»

A estas palabras se levantó un gran tumulto entre los senadores, que se creyeron injuriados por el cónsul. Antonio para tranquilizarlos, moderando el ardor de sus ademanes y palabras, prosiguió así: «Se ha resuelto, »ó ciudadanos, atribuir este »suceso deplorable, no al crí»men de algunos hombres, sino »á las inspiraciones de una dei»dad funesta. Apartemos pues »la vista de lo pasado, atenda»mos solamente á lo futuro, y »reunidos por el amor de la pa»tria evitemos cuidadosamente »el mayor de los peligros, que »es volver á sumerjir la repú»blica en las calamidades de la »guerra civil: no espongamos al »fuego de las sediciones los bue»nos ciudadanos que aun con»serva, y acompañemos á la »tumba los restos de este gran »varon, celebrando con imnos »fúnebres su memoria.»

Levantando entonces su vestido para dar mas libertad á sus movimientos, se acerca al féretro, se inclina sobre el cadáver, canta con entusiasmo sus alabanzas, como si fuesen las de un dios, repite sus dichos, sus palabras, sus victorias, las provincias que conquistó, los despojos que trajo al tesoro. «Sí, esclamó, solo tú, César, vengaste la »patria de trescientos años de »ultrajes, subyugando la feroz »nacion de los galos, único pue»blo que ha penetrado en las »murallas de Roma con el hie»rro y la llama.» Despues, abandonando repentinamente el tono de la apoteosis, y tomando el acento lúgubre del dolor, prorumpe en sollozos y lágrimas, lamentando la suerte de un amigo asesinado bárbaramente. Descubre el cuerpo de aquella ilustre víctima, desplega en el aire su ropa ensangrentada y destrozada por veintitres puñaladas que habia recibido. A este espectáculo el pueblo, partícipe de las emociones de Antonio, llena los aires de gritos y jemidos, se agolpa alrededor de la tribuna y entona los imnos funerales: y cuando el sacerdote, como hablando en nombre de César, canta estas palabras: «¿Debia salvar á los que meditaban su »muerte?» la plebe furiosa rompe en imprecaciones contra Bruto y los demás conjurados, que vencidos y prisioneros en Farsalia habian esperimentado la clemencia y recibido los beneficios de César, á quien acababan de asesinar.

Ecsasperacion del pueblo en memoria de Cesar. — Antonio, para ecsaltar mas las pasiones

de la muchedumbre, presenta á su vista una imájen del dictador hecha de cera, en la cual se veian las veintitres heridas y los golpes que desfiguraron su rostro. El pueblo al verla se entrega á su furor: unos corren al palacio donde César habia recibido la muerte, y lo entregan á las llamas: otros atacan las casas de los conjurados, que fueron defendidas por sus elientes. Helvio Cinna, que no habia tomado parte en la conjuracion, fué hecho pedazos por la multitud, equivocándole con el pretor Gornelio Cinna, á quien se acusaba de haber echado al suelo y pisoteado la toga que le habia conferido la munificencia del dictador. Un gran número de ciudadanos y soldados juntan tablas de las tiendas, vigas de las casas y bancos de los tribunales, forman con ellos una oguera, queman el cuerpo del dictador, y arrojan en las llamas lo mas precioso que tienen: los soldados sus dardos: los oficiales sus coronas militares: los majistrados las insignias de sus dignidades: las matronas sus adornos, deseando todos ofrecer un sacrificio al objeto de su culto y de sus lágrimas.

Pocos dias despues apareció un cometa, y persuadieron al pueblo que aquel astro era el alma de César, admitida en el número de las divinidades. Se le erijió un templo en el mismo lugar donde el dolor público le habia conferido ya los onores divinos.

La conducta de Antonio y sus discursos artificiosos, que escitaban tan grande fermentacion en el pueblo, irritaron á los conjurados. Teniendo por cierto que el cónsul no inflamaba á la plebe sino para hacerlos perecer, y que no podian ya fiarse de sus juramentos, se retiraron á sus provincias, y se hicieron fuertes en ellas con el ausilio de los ejércitos que las ocupaban. Los reyes y ciudades de Oriente les ofrecieron grandes socorros. Los mas firmes se mostraron mas moderados como suele suceder en las convulsiones civiles: Bruto y Casio, que no podian salir de Italia durante el año de su pretura, se contentaron para su seguridad con estar lejanos de Roma. No tomaron las armas, y declararon formalmente que consentian en desterrarse para siempre de la patria, con tal que los partidarios de César respetasen la libertad pública.

Habil politica de Antonio.— El senado, cuyo objeto era solo la conservacion de las formas

republicanas, favorecia á los homicidas de César, y no disimulaba el descontento que le habia causado la conducta de Antonio. Este, temiendo el odio de aquella corporacion, y viendo que se habia apresurado á descubrir sus planes ambiciosos, quiso dar una reparacion aparente á sus yerros y calmar los ánimos para ganar tiempo. Habiendo convocado los senadores al templo de Tebus, sosegó todos los resentimientos con un discurso artificioso: atribuyendo la muerte de su héroe á la envidia de los dioses, se estendió mucho acerca de la necesidad de reunir los partidos y de impedir las calamidades de la guerra civil. Propuso tambien para consolidar la paz que se llamase del destierro á Sesto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande: que se le indemnizase de los bienes que habia perdido, y que se le diese el mando de la armada como á su padre. En fin, despues de haberse decidido que no se publicarian en adelante mas actas sacadas del archivo de César, casi pareció colocarse entre los enemigos del dictador, provocando un senatoconsulto, por el cual se aboliese para siempre la dictadura.

Esta mudanza era demasiado pronta para que se creyese sincera, y mientras mas ecsajeradas parecian estas demostraciones de amor á la república, mas desconfianza debian escitar; pero la simplicidad fué engañada por la ambicion, y los republicanos cayeron en el lazo que les tendió Antonio; y ya porque creyesen que queria la paz de buena fé, ó ya porque le juzgasen intimidado por la autoridad de los senadores, confiaron por un momento en sus palabras, y el mismo Ciceron lo colmó de elojios.

Faccion de Amacio.—En esta misma época, un impostor llamado Amacio, que se decia hijo de Mario y pariente de César, pretendia vengar la muerte del dictador, sublevando una parte del pueblo, y presentándose al frente de una multitud de facciosos armados, queria obligar á los majistrados á hacer sacrificios á los manes de César. Antonio dispersó á los sediciosos, envió muchos al suplicio, é hizo dar de puñaladas á Amacio.

Aunque este proceder era ilegal, el senado se astuvo de condenarlo, porque parecia que confirmaba la sinceridad del cónsul y daba seguridad á los asesinos de César. El pueblo, por el contrario, reprendia á Anto-

nio por su inconstancia é ingratitud.

USURPACION DE ANTONIO.—El cónsul, afectando temor del resentimiento popular, representó al senado el peligro á que se esponia por servirlo. El senado le concedió una guardia para su seguridad; y él, imitando el ejemplo de todos los usurpadores, la aumentó é introdujo en ella oficiales y soldados que habian servido bajo sus órdenes en el ejército de César, y que se mostraban muy deseosos de vengar la muerte de su jeneral. Reunió cerca de seis mil hombres, ganó por medio de ellos á los demás veteranos, y se halló en estado de reunir un ejército si las circunstancias lo ecsijian.

Los senadores, consternados, reconocieron su yerro; no habian hecho mas que mudar de amo. Antonio, publicando cada dia decretos finjidos de César, cuyas actas custodiaba, disponia á su voluntad de los caudales del estado, vendia á los ciudadanos los empleos, y á los príncipes estranjeros la proteccion del senado; satisfacia la avidez de sus compañeros de disolucion, y acumulaba inmensas riquezas. Despreciando los decretos del senado que él mismo habia propuesto y quitándose la máscara, obligó á los senadores á que le diesen la Macedonia, á Dolabela la Siria, y á dar en resarcimiento á Bruto y á Casio, despojados por esta arbitrariedad, los mezquinos gobiernos de Creta y Cirenaica. En fin, sin atreverse á tomar el título de dictador ó de rey, reinaba en Roma con imperio absoluto, y creia haber llegado al colmo de sus deseos, cuando un jóven ambicioso de dieziocho años vino á trastornar su crédito, mudar su fortuna, y derribar su poder.

CAYO OCTAVIO: SU LLEGADA A ROMA.—Octavio, hijo del senador Cayo Octavio y de Atia, hija de una hermana de César, se presentó inopinadamente en Roma, y declaró los derechos que le daban el testamento y la adopcion del dictador su tio. César le habia nombrado jeneral de la caballería; pero siendo aun demasiado jóven para servir este empleo, se habia quedado en Apolonia, ciudad de Epiro, para concluir sus estudios. Allí supo la muerte del héroe, víctima de los ingratos que debian la ecsistencia y fortuna á su clemencia y sus beneficios; pero ignoraba si este crímen era obra de algunos conspiradores ó de todo el senado. Su madre le escribió que solo sesenta senadores habian

entrado en la conjuracion; pero que los demás la favorecian secretamente, y miraban á los asesinos como restauradores de la república: que Antonio y Lépido pensaban mas en sucederle que en vengarle, y que la ciudad estaba entregada á la animosidad de los partidos.

El jóven heredero del dictador, lejos de sostener sus pretensiones y de manifestar sus resentimientos, no podia esperar seguridad sino viviendo oscurecido fuera de Roma. Muchos de sus amigos llegaron hasta aconsejarle que renunciase á la herencia de César y á su adopcion.

Octavio, indignado de una cobardía que se disfrazaba con el nombre de prudencia, tomó la resolucion atrevida de llevar y sostener el nombre de César y de vengar su muerte. Este primer paso en circunstancias tan críticas, probró la elevacion de su alma y su capacidad para grandes empresas. Se embarcó dirijiéndose á Italia, y no estando seguro de la disposicion de las tropas que habia en Brundusio, entró en el puerto de Lubia, algo distante de aquella ciudad.

Apenas los oficiales y soldados supieron que habia llegado el hijo adoptivo de su jeneral, acudieron á rodearle, disiparon su recelo, juraron defenderle, le llevaron á Brundusio y le hicieron dueño de la plaza. El aumentó el zelo de las tropas con alabanzas y promesas, hizo sacrificios á los dioses, y tomó solemnemente el nombre de César, cuya celebridad perpetuó despues con sus acciones.

Su brillante recibimiento en roma.—Animado con este primer suceso, partió á Roma con solo sus esclavos; pero precedido por su nombre, que atrajo á él un gran número de oficiales, soldados y ciudadanos del partido del dictador. Rodeado de la gloria de este héroe, cuando se acercó á la capital salieron á recibirle muchos majistrados y guerreros, y casi todo el pueblo. Solo Antonio, ó por su dignidad, ó envidioso, no onró en esta ocasion al hijo de su amigo y bienechor, y ni aun se dignó enviar uno de sus oficiales ó sirvientes para darle la enorabuena de su llegada.

Otavio, tan disimulado en sus palabras como firme en sus proyectos, aparentó no ofenderse por la inurbanidad de Antonio: atribuyéndola á los derechos de su edad y á las prerogativas del consulado, dijo á sus amigos que siendo él mas jóven y un mero

ciudadano, le tocaba hacer la primer visita, y que pensaba cumplir este deber al dia siguiente; pero antes de todo invitó á sus amigos á acompañarle delante del pretor para asistir á la ceremonia de legalizar su adopcion.

Su madre y todos los que se interesaban en su suerte, querian apartarle de este designio. «Declarándote, le decian, here»dero de César, te encargas de »vengarle: escitas la indignacion »del senado que quiere sepultar »en el olvido todo lo que ha pa»sado: llamas sobre tí el furor »de los conjurados, temibles tan»to por su número como por sus »dignidades, y por las lejiones »que mandan en las provincias: »y en fin, te enemistas con An»tonio, poniéndote al frente de »un partido que hasta aora le »reconoce por jefe.»

Octavio respondió: «Desde que »tomé en Brundusio el nombre »de César, preví las consecuen»cias de mi resolucion. Lo que »he visto en Roma confirma mi »intencion. Si los asesinos de mi »padre han logrado amnistía, fué »por la debilidad de los que no »se han opuesto. Favorecido »por mis amigos, por los solda»dos de César, por la justicia de »mi causa y por el afecto del »pueblo, espero que se revocará »aquel acto vergonzoso. El mis»mo Antonio se avergonzaria de »no sostener mi causa: y aun »cuando los dioses se declarasen »contra mí, prefiero perecer, á »despojarme de una adopcion »tan gloriosa. Nunca se me po»drá acusar de declararme co»bardemente incapaz de llevar »el nombre de que César me cre»yó digno.» Tanta firmeza en tan corta edad, dió ánimo á su madre, y sucediendo al temor la admiracion, le estrechó contra su seno, é inundándole con su llanto dijo: «Los dioses, hijo mio, »te guien adonde te llama tu al»to destino, y te den pronta vic»toria de tus enemigos.»

Entrevista de Octavio y Antonio.— Octavio salió al foro seguido de muchos amigos: declaró solemnemente que aceptaba la adopcion del dictador, y pasó despues á los jardines de Pompeyo, despojo de este grande hombre, que Antonio se habia apropiado.

El soberbio cónsul, irritado de la osadía de Octavio, afectando despreciar su juventud, le hizo esperar mucho tiempo antes de admitir su visita; y cuando al fin dió órden de introducirle, lo recibió con frialdad.

Discurso de Octavio a Antonio.—Octavio, sin mostrar enojo ni temor por este recibimiento, empezó primero á hablar: «Antonio, padre mio, le dijo, pues »la amistad que César te tenia »me impone la obligacion de »darte este nombre: una parte »de tu conducta desde la muerte »de mi bienechor, merece todo »mi reconocimiento; pero otras »acciones son dignas de que las »acuse con libertad, siendo mi »disculpa el dolor. No estabas »junto á César cuando le mataron y así no pudiste defenderle. »Los homicidas te habian separado de él, y es grato para mí »que escapases de sus puñales. »No lo es menos que te hubieses »opuesto en el senado á que se »les diesen premios: es verdad »que defendias tu propia causa, »pues no ignoras que buscaban »tu muerte, no por vengador de »César, sino como ellos dicen, »por heredero de su tiranía.»

«Estos hombres feroces que »se dan el nombre de libertadores, no son mas que viles asesinos: por eso buscaron un asilo »en el Capitolio, donde hallaron »como rebeldes una fortaleza; »como reos un templo. Y ¿este »crímen se cubrió con una amnistía? Y ¿los traidores compraron la impunidad? Tu deber »como cónsul era conocer el »espíritu del pueblo, ilustrarlo »y emplear toda tu autoridad en »el castigo de tan grande atentado. Pero tú les diste tus hijos »en prenda de su seguridad. Acaso en los primeros momentos »te fué preciso ceder al partido »de los conjurados que espantaba y corrompia á la plebe: »pero cuando leido el testamento de César, pronunciaste su oracion fúnebre, y diste á su »memoria los debidos elojios, el »pueblo inflamado por tus palabras, corrió á abrasar las casas »de los conjurados: cuando al »siguiente dia quiso tomar las »armas, ¿por qué no te pusiste »á su frente? Es verdad que »despues has intentado una causa criminal contra ellos; pero »tú, amigo de César, cónsul y »Antonio, ¿debiste seguir las »formas lentas de la justicia para castigar á unos malvados, »cuyo delito era público?»

«Pudiste dar de puñaladas á »Amacio y no impediste la evasion de los conjurados. Les dejaste ocupar las provincias, que »en desprecio de las leyes se »han dado á los matadores del »mismo que se las señaló. Es »verdad que despues tú y Dolabela les habeis quitado la Siria »y la Macedonia, pero dándoles

»otras provincias donde podrán »fortificarse contra mí, y Décimo Bruto posee todavia la Galia. *El senado lo quiso así,* me »responderás. Mas ¿por qué no »te opusiste al decreto, pues tu »deber y tu interés te obligaban »á ello? La amnistía salvó á los »homicidas del suplicio: con los »onores y provincias que se les »dieron, se ultrajó la memoria »de César.»

«El dolor me hace traspasar »los límites que me imponen »mis años y tu dignidad; pero hablo al amigo de César á quien »elevó á los mas grandes onores, »y á quien hubiera nombrado »heredero, si hubiese creido que »un descendiente de Hércules »gustaria de entrar en la familia »de Eneas.»

«En nombre de los dioses y »de tu amistad con César, renuncia, Antonio, á un sistema »tan tímido: revoca esos decretos injustos, que bien puedes si »quieres. Unámonos al pueblo »y á los amigos de mi padre para vengar su muerte. Pero si te »detienen consideraciones personales ó un vano respeto á las »resoluciones del senado, déjame obrar á mí sin censurarme »ni oponerte. No ignoras la situacion de mi fortuna: sabes »que necesito reunir todos mis »medios para cumplir las mandas que mi padre ha hecho al »pueblo. Toda tardanza seria ingratitud. En tu poder están los »bienes muebles de César: acepta de ellos lo que te sea agradable; pero dame el oro que »tenia reservado para la guerra »de los partos: creo que bastará »para cumplir las mandas de »trescientos mil ciudadanos. Si »necesito de mas, ó préstamelos »ó sírveme de fiador, porque estoy resuelto á vender cuanto »poseo para cumplir el testamento de César, conservar el »amor del pueblo y vengar la »muerte de mi padre.»

Respuesta de Antonio.—Antonio, admirado del atrevimiento de Octavio, despues de un momento de silencio le respondió con severidad: «Jóven: á haberte dejado César su autoridad como su nombre, podrias »hacerme cargos sobre la situacion de los negocios públicos; »pero el pueblo romano, que no »sufria ni aun en tiempo de los »reyes la herencia del poder, ha »jurado no concederla á ninguna autoridad. No te responderé, pues, á lo que me has dicho »acerca de la república, y en esta parte te dispenso de toda »gratitud, pues lo que he hecho »en tan críticas circunstancias,

»lo he hecho por el pueblo y no »por tí. Solo esceptuaré de mi »silencio un solo punto tan im»portante á la memoria de César »como á tu fortuna. Si consul»tando solo á mi interés y segu»ridad, hubiera permitido de»cretar recompensas á los conju»rados como á libertadores de la »patria y homicidas de un tira»no, la memoria de César ha»bria quedado cubierta de una »mancha indeleble, y segun las »leyes, se hubieran confiscado »sus bienes, anulado su testa»mento, proibido sus ecsequias, y »tú ni serias su hijo ni su here»dero. Arrostrando los peligros »que me amenazaban, las ma»nos de los conjurados aun teñi»das de sangre y las pasiones del »senado, que aborrecia el poder »escesivo de tu padre, defendí á »César, y quise esponerme á la »muerte antes que permitir que »yaciese sin onores el cadáver »del primer capitan del mundo, »que me habia colmado de be»neficios. A este riesgo conser»vé el nombre de César y tu for»tuna, y tú debias agradecerlo »en vez de censurar, sin aten»der á la diferencia de nuestras »edades, mi condescendencia al »senado ó las medidas que he de»bido tomar para conciliar los »ánimos enconados y disponer»los á serme favorables en otras »circunstancias.»

«No diré mas sobre esta mate»ria. Yo no he aspirado, como »parece que crees, á la suprema »autoridad, aunque no me creo »indigno de ella. A la verdad »me glorío de descender de los »heráclidas: mas no por eso de»jo de sentir que César no me »haya admitido en su familia.»

«No puedo creer que hables »con seriedad cuando me pides »ser fiador tuyo en préstamos del »tesoro público. No debes igno»rar que tu padre lo ha dejado »vacío. Cuando gobernaba el es»tado, pasaban por su mano las »rentas de la república: se po»dian reclamar de él durante su »vida, y se reclamarán de su »heredero en su tiempo y lugar. »Tu sucesion no será tranquila »segun el gran número de ciu»dadanos que tienen sumas que »demandar. Nada hay en mi po»der del dinero de César, por»que todos los majistrados, es»cepto Dolabela y mis herma»nos, lo repartieron entre sí co»mo despojos de un usurpador: »y solo consintiendo en ello pu»de ganar votos para los decre»tos que propuse en onor de Cé»sar. Si eres prudente, en lugar »de dar al pueblo lo que te que»de de la herencia de tu padre,

»dalo á sus enemigos para que »te libren de la obligacion de »cumplir mandas imposibles. No »busques el afecto de la plebe: »es mas varia que las olas del »mar, y levanta ídolos para te»ner el placer de derribarlos.»

Octavio se retiró descontento, y la mayor parte de los senadores vieron con placer esta desavenencia que preferian á la union de aquellos dos hombres peligrosos. El heredero de César vendió al punto todos sus bienes, los de su madre y los de Pedio y Pinario, amigos suyos, para cumplir las mandas de su padre. El senado publicó un decreto para que se tomasen cuentas de los caudales del estado que manejó el dictador. El rigor de esta medida y los sacrificios de Octavio, le ganaron el afecto de la plebe, la cual no tardó en manifestárselo de un modo público. Enmedio de los juegos celebrados por el pretor Cayo Antonio, hermano del cónsul, y muchos ciudadanos escitados por los senadores, pidieron que Bruto y Casio volviesen á Roma. Octavio se opuso á ello, y los plebeyos, poniéndose de su parte, interrumpieron el espectáculo, y obligaron á callar á los amigos de los conjurados.

Bruto y Casio, perdida toda esperanza, salieron de Italia y se retiraron á sus provincias para tomar posesion de ellas, aunque Antonio habia logrado un decreto que se las quitaba. Al mismo tiempo se dijo que los jefes proyectaban invadir la Macedonia. Antonio, valiéndose de esta falsa noticia, que él mismo habia difundido, pidió y obtuvo el mando del ejército que estaba en aquella provincia, con el designio de emplearlo en Italia para usurpar el poder supremo.

Mientras que en Roma se ajitaban estas intrigas, Bruto y Casio desembarcaron en Asia, donde Trebonio fortificaba las ciudades que seguian su partido. Dolabela, cónsul *sufecto* en lugar de César, atacó en vano á Pérgamo y á Smirna; pero algunos soldados de Dolabela, sorprendieron á un cuerpo enemigo: el cónsul, animado por este triunfo, volvió de noche á Smirna, escaló la ciudad, sorprendió á Trebonio en la cama, y mandó cortarle la cabeza y clavarla en su mismo tribunal.

Antonio, siguiendo su proyecto de transferir á Italia el ejército de Macedonia, pidió en cambio de esta provincia la Galia Cisalpina, ocupada por Décimo Bruto, uno de los homicidas de César: esto era descubrir su am-

bicion, imitando los pasos del dictador. El senado desechó su demanda y escribió á Décimo Bruto que defendiese aquel gobierno. Antonio, enfurecido, hizo venir á Brundusio sin autorizacion al ejército de Macedonia. En esta época iba á dar juegos públicos el edil Critonio: Octavio colocó en el anfiteatro un trono de oro y una corona, segun el decreto del senado que habia concedido este onor á César y á sus descendientes. El edil se opuso: Octavio lo citó al tribunal del cónsul, y Antonio dijo que daria cuenta de aquel negocio al senado. Octavio le respondió con altivez: «Da cuenta si quie»res; yo sin esperar decision, »ejecutaré el senatoconsulto.» Corriendo despues la ciudad, escitó al pueblo á no permitir que se ultrajase la memoria de César y á vengarlo de la ingratitud de Antonio.

La muchedumbre, escitada por sus discursos, amenazaba al cónsul, y los partidarios de este se preparaban á la defensa y al ataque. Parecia ya inevitable un rompimiento entre los dos partidos; pero los tribunos del pueblo reconciliaron á Antonio con Octavio, y á pesar del senado, se dió al primero por un plebiscito, la provincia de la Galia Cisalpina. Entre ambiciosos jamás puede haber amistad sincera y durable: un interés comun puede ligarlos por el momento; pero si la concordia aparece sobre sus labios, el odio queda en el fondo del corazon. Octavio se quejaba contínuamente de la connivencia de Antonio con los homicidas de César, y le hacia sospechoso al pueblo y á la tropa, mas dispuestos siempre á las pasiones que á los consejos de la política. Antonio se vió obligado á disculparse ante su misma guardia, y á probar que si habia cedido al senado y consentido en la amnistía, fué para ganar tiempo y esperar la ocasion oportuna de la venganza; pero como no logró persuadir á todos, se quejó amargamente de la animosidad de Octavio, asegurando que habia corrompido á algunos soldados para que le diesen la muerte. Ciceron escribia entonces á uno de sus amigos «que los ciudada»nos onrados creian este desig»nio y lo aprobaban.» ¡Cuál seria entonces la *onradez* de los romanos, cuando los buenos daban su aprobacion á un asesinato! Octavio, ofendido de esta acusacion, declamaba violentamente contra Antonio, y le intimaba á que compareciese ante los tribunales, sometiéndose al

juicio de los mismos amigos del cónsul.

Pero Antonio, sabiendo que las tropas reunidas en Brundusio por él mismo, le acusaban de olvidar la venganza de César, creyó necesario apaciguar aquella sedicion, y lo consiguió por un acto de rigor, ó por mejor decir, de crueldad. Hizo dar muerte á trescientos de aquellos soldados, ganó á los demás con regalos y jurándoles que vengaria la muerte de su jeneral. La presencia de Antonio en Brundusio al frente de cuatro lejiones, alarmaba justamente al senado y á los amigos de la república. No recelaban menos de Octavio, que saliendo de Roma con gran cantidad de dinero sublevó la Campania, y levantando sin autorizacion diez mil soldados, se aprocsimó con ellos á la ciudad. Cuando los ánimos estaban mas ajitados por el temor casi igual que les inspiraban los dos rivales, Canucio, tribuno del pueblo y enemigo de Antonio, declaró que Octavio solo se armaba para defender la libertad contra la prepotencia de un cónsul que viendo llegar el término de su majistratura deseaba prolongarla por la violencia. «No »teneis, añadió, ejército que os »defienda: valeos del que os »ofrece el jeneroso Octavio.»

El pueblo abrió las puertas de la ciudad al jóven César; y apenas entró, declaró en presencia del senado y el pueblo que si habia levantado tropas para su seguridad personal, solo se valdria de ellas para obedecer las órdenes del senado y defender la patria contra la ambicion de Antonio. Este discurso fué agradable á los ciudadanos mas no á los soldados, que solo habian seguido á Octavio con el designio de pelear bajo sus órdenes y las de Antonio, contra los conjurados, y que no tenian mas deseo que el de vengar á César. Negados á todo sentimiento republicano, desertaron apenas oyeron decir que iban á pelear por la libertad, y Octavio quedó solo con tres mil hombres.

Obligado á salir de Roma temeroso de Antonio, volvió á recorrer los paises vecinos, y solo á fuerza de dinero pudo formar un nuevo ejército que reunió en las cercanías de Arecio. Estas tropas quisieron darle el título de propretor; pero él lo reusó hasta que el senado y el pueblo se lo diesen. Su finjida moderacion disipó todas las inquietudes, engañó á los mas prudentes y le ganó el afecto de los republicanos. Antonio, creyen-

do aprovecharse de su ausencia, marchó á Roma con una coorte, entró en la ciudad con arrogancia y convocó al senado para acusar á Octavio; pero apenas se presentó en la curia, supo que la lejion de Marte y la cuarta, abandonando sus banderas habian desertado á 'as de su rival. Turbado con esta noticia habló solo de negocios poco importantes, disolvió pronto la sesion, salió precipitadamente, procuró en vano apoderarse de Alba y atraer á sus desertores, se aseguró de la fidelidad de las otras lejiones con donativos estraordinarios, pasó á Tibur, recibió el juramento de sus tropas y los omenajes de muchos senadores y caballeros que vinieron á verle, y salió de esta ciudad con su ejército para ir á Ariminium, plaza fronteriza de la Galia, y comenzar la guerra contra Décimo Bruto, que se negaba á cederle aquella provincia.

Tenia la esperanza de que Lépido, comandante de cuatro lejiones en España, y Asinio Polion y Planco con las cinco de la Galia Transalpina, abrazarian su partido. Octavio, habiendo reunido su ejército en Alba, ofreció al senado sus servicios, y los mismos senadores que acababan de adular bajamente á Antonio en Tibur, se declararon en Roma á favor de Octavio. ¿Qué esperanza podia quedar á la república, cuando la opinion versátil del senado era dictada por el temor? Queria la libertad y cedia á la fuerza.

Pronto se supo en Roma que Antonio habia entrado en la Galia Cisalpina, y que Décimo Bruto, cuyas fuerzas eran solo tres lejiones, se habia encerrado en Mutina, donde su enemigo le tenia cercado. La guerra comenzaba sin órden del senado: Antonio disponia á su voluntad de las lejiones de la república, y de las provincias concedidas á otros majistrados por un senatoconsulto. Octavio, sin título y autorizacion, levantaba y rejia un ejército. No era posible que durase semejante anarquía, y el senado, si habia de conservar una sombra de autoridad, era preciso que sancionase con su aprobacion uno de los dos partidos.

Hircio y Pansa, elejidos cónsules, convocaron el senado y le invitaron á deliberar sobre la triste situacion de la república. En este momento mostró Octavio aquella política pronfunda que le adquirió y conservó el imperio. A haberse dejado arrastrar por sus pasiones y las de sus

tropas, hubiera favorecido á Antonio contra Décimo Bruto, homicida de César; se hubiera hecho lugarteniente de un procónsul, y subalterno en un partido del cual queria ser jefe. Por otra parte, lidiando contra Antonio en defensa de Décimo Bruto, parecia hacer traicion á la causa de su padre y favorecer á los conjurados; y este partido fué el que prefirió. Para destruir la república, aparentó defenderla y adquirió la dignidad legal sin la cual no podia consumar su ruina.

Politica de Octavio con Ciceron.—Ciceron por su gravedad y elocuencia, por sus servicios y virtudes, parecia, muertos ya Caton y Pompeyo, el jefe del partido republicano. La muerte de César le habia restituido el valor y la esperanza, y soñaba en el renacimiento de la república la víspera de su destruccion. Llamado por su mérito á ocupar el primer lugar en una ciudad virtuosa y floreciente, era incapaz por su carácter de sostenerse en tiempo de decadencia. Hablaba mejor que combatia: conocia mejor las formas oratorias que las asechanzas políticas; y su esperiencia se dejó engañar por los artificios de un jóven. Octavio supo añadir á la fuerza que le daba el nombre de César, el crédito y gloria del de Ciceron. Finjiendo profesarle el mayor respeto y confianza, le pidió sus consejos, se hizo, por decirlo así, su discípulo: afectó, para agradarle, gran zelo por la república, y aparentó no gobernarse sino por sus principios. Ciceron, encantado de su docilidad, creyó ciegamente que podia servirse de un hijo de César para destruir la tiranía, se lisonjeó con demasiada lijereza de ser el árbitro de su conducta, y fué sin conocerlo, el primer instrumento de su ambicion hipócrita.

Cuando los cónsules dieron cuenta en el senado de la entrada ilegal de Antonio en la Galia Cisalpina, algunos senadores opinaron que se le declarase enemigo de la república: otros, al frente de los cuales estaba Pison, no pudiendo justificar una violencia tan contraria á las leyes, procuraron ganar tiempo proponiendo que solo se siguiesen contra él los trámites de la justicia. Salvio, tribuno del pueblo, sobornado por Antonio, se oponia á toda medida violenta. Despues de discusiones largas y enardecidas, el dictámen de Ciceron ganó todos los sufrajios, y se decretó que se diesen gracias á Décimo Bruto, por no haber

evacuado la Galia Cisalpina: que se mandase á César unir sus tropas á las de los cónsules: que se conservase á Bruto el mando de su provincia: que se erijiese á Octavio una estátua de oro por haber preservado á Roma de la tiranía de Antonio: que se le concediese voz deliberativa en el senado con el título de propretor, y la facultad de aspirar al consulado diez años antes de la edad prescrita por las leyes, y que el tesoro público abonase las pagas de las dos lejiones que habian desertado del partido de Antonio al de Octavio. Al dia siguiente, cuando todos los senadores iban á la curia, los parientes y amigos de Antonio se arrojaron á sus pies y les pidieron sollozando que revocasen aquellos injustos decretos. Sus ruegos, lágrimas y gritos ajitaban la plebe y conmovian á muchos senadores: Ciceron, temiendo una mudanza repentina en los ánimos, habló con la misma veemencia que en otro tiempo contra Catilina: y para destruir el efecto de la oposicion de Salvio, y el influjo de los amigos de Antonio, recordó todos los delitos de éste ambicioso, hizo una pintura satírica de sus costumbres, de su codicia y de su violencia: le echó en cara la dilapidacion del tesoro público despues de la muerte de César, la usurpacion de Macedonia, el desembarco de tropas en Italia, la entrada en Roma al frente de sus satélites, el suplicio de los soldados cuyo único delito era ser fieles á las leyes, y en fin las calamidades de una guerra civil, que comenzaba sin atender á las órdenes del senado, y contra un gobernador de provincia que tenia poderes de la república. «¿Qué pueden decir, añadió, Antonio y sus aderentes para justificarse? Talan la Italia, atacan »á nuestro pretor, le mandan insolentemente salir de la provincia que le habeis confiado, »sitian vuestro ejército; y ¡se atreven á quejarse de nuestro »decreto! Es verdad que los honores y acciones de gracias concedidos á Octavio y á Bruto, »condenan á Antonio; pero ¿somos nosotros los que le declaramos enemigo público, ó es él »quien nos hace la guerra? ¿El »tribuno del pueblo puede ignorar sus proyectos y operaciones? ¿Debemos esperar á que »Décimo Bruto sea vencido, á »que una provincia tan cercana á Roma y vuestro ejército caigan en poder de Antonio para acusarle? ¿No deberemos declararle enemigo »de la patria hasta que sea

»mas poderoso que nosotros?»

Este discurso escitó grandes aplausos: no obstante, Pison defendió á Antonio, censuró la parcialidad de Ciceron á favor de los asesinos de César, é hizo temer al senado el resentimiento del pueblo que habia dado á Antonio la Galia Cisalpina, aunque los senadores se la habian negado. Limitóse, pues, la deliberacion á decretar que el procónsul Antonio levantase el sitio de Mutina (Módena), dejase á Bruto la Galia, y esperase las órdenes del senado en las orillas del Rubicon.

Antonio respondió á los diputados que le llevaron este decreto: «Siempre obedeceré al »senado; pero á Ciceron, redac»tor único del senatoconsulto »lanzado contra mí, le digo que »el pueblo me ha dado la Galia: »que echaré de ella á Décimo »Bruto, y le haré espiar el ase»sinato de César para vengar al »senado del crímen con que le »ha envilecido Ciceron, persua»diéndole que proteja á este ase»sino.»

El senado, oida esta respuesta, declaró á Antonio enemigo de la patria, y dió el mando de Macedonia é Iliria á Marco Bruto: confió la Siria á Casio, y le mandó hacer la guerra á Dolabela. Así los cojurados fueron legalmente señores de las provincias orientales, y Octavio se vió obligado á pelear con los cónsules contra Antonio, y emplear sus armas en defensa de los enemigos de su padre. Mientras duró esta guerra, Ciceron, que creia y parecia entonces dirijir la república, renovó sin cesar sus violentas declamaciones contra Antonio. Su elocuencia igualó á la de Demóstenes en estos célebres discursos, y se les dió con justicia el nombre de *Filípicas*, pues que eran dictados por el mismo amor de la independencia contra un hombre no menos ambicioso y temible que Filipo.

El orador emplea sucesivamente las armas de la elocuencia, del enojo y de la ironía: ya muestra el mas profundo desprecio á los vicios y disoluciones de Antonio: ya, comparándole con Catilina, le representa inferior en talento y superior en maldad á aquel célebre conjurado. Reprende su vida privada y pública; cuenta su prostitucion, sus latrocinios, su bajeza en el infortunio, su insolencia en la prosperidad. Predice sus crueldades, que no tardó en esperimentar el mismo orador: le atribuye todas las desgracias de

la república; y declara en fin, que si toda servidumbre es penosa, ninguna es mas insoportable que la que ejercia en Roma un tirano tan infame y odioso.

Ecsasperado por su odio á Antonio, manifiesta á Octavio una predileccion ecsajerada: le prodiga los mayores elojios; y engañando al senado, porque él mismo se engañaba, le promete, le declara y aun le jura que el jóven César, sometido á las leyes y fiel á la libertad, solo combatiria por la causa sagrada de la república.

Las Filípicas de Ciceron son modelos de elocuencia, y lecciones para evitar el peligro de apasionarse en el manejo de los negocios políticos. Octavio tenia demasiada penetracion para dejarse engañar por la benevolencia aparente del senado, que le daba onores inútiles despojándole del poder verdadero. Su ejército quedaba sometido por un decreto á las órdenes de los cónsules Hircio y Pansa. Bruto y Casio ejercian en Oriente una autoridad ilimitada; y en lugar de vengarse la muerte de César, se miraban sus homicidas como libertadores de la república. Disimuló, pues, sus resentimientos, que entonces hubiera sido peligroso manifestar. Antes de descubrir sus designios, queria abatir á Antonio y á Lépido, y hacerles conocer la necesidad de sacrificar su orgullo al temor y de unirse con él por su interés comun. Obedeció á las órdenes del senado, y marchó con su ejército ácia Mutina para reunirse con los cónsules.

Pansa, arrebatado por el ardor de la lejion marcia, dió batalla á Antonio antes de ser reforzado por su coléga como él deseaba. Los dos partidos estaban animados del furor que hace tan crueles las guerras civiles: el combate fué ostinado y sangriento; hasta que el cónsul, habiendo recibido una herida mortal, mandó que le llevasen á Bononia, donde murió. Antonio destruyó en gran parte la lejion marcia, é hizo un estrago espantaso en los nuevos reclutas. Su hermano Lucio atacó en seguida el campamento defendido por Octavio con dos lejiones: fué rechazado, y esta fué la única accion en que se dice que Octavio mereció elojios por su valor; porque segun todos los historiadores, la audácia que mostraba en la política, le abandonaba en el campo de batalla: y si debió su grandeza á sus artificios y á su habilidad, nunca pudo atribuirse el onor de sus triunfos, conse-

guidos, y muhas veces en su ausencia, por sus colégas ó jenerales.

El cónsul Hircio estaba cerca de Mutina cuando supo la derrota de Pansa. Acudió con suma rapidez, y sorprendió el ejército de Antonio entregado á los convites que suelen seguirse á la victoria. A pesar de su ataque impetuoso y no esperado, el enemigo logró reunirse; pero rendido al cansancio, se vió obligado á retirarse despues de una vana resistencia. Hircio lo persiguió, lo atacó de nuevo al otro dia, lo derrotó completamente, y pereció enmedio de las filas enemigas, donde habia penetrado.

Octavio llegó á ellas despues de la batalla, y no pudo conservarlas; porque Antonio, poniéndose al frente de las reliquias de su ejército, le obligó á abandonarlas. Pero á pesar de este triunfo insignificante, demasiado debilitado para continuar el ataque de Mutina y resistir á los ejércitos de Roma, levantó el sitio, pasó los Alpes y se aprocsimó á Lépido. Mostróse á la vista de los soldados sin hazes, despojado de la púrpura y vestido de luto llorando la muerte de César y el triunfo de sus asesinos. El ejército de Lépido, conmovido por este espectáculo, no esperó las órdenes de su jeneral, y se reunió á los soldados de Antonio jurando morir en su defensa.

Libre Décimo Bruto por la retirada de Antonio, salió de Mutina con sus lejiones. Como homicida de César, creia á Octavio mas bien enemigo suyo que defensor: y así habiendo cortado el puente que le separaba de él, le envió diputados para darle gracias por su libertad, disculparse de haber tomado parte en la muerte del dictador, atribuyéndola á la inspiracion de un jénio funesto, y pedirle una conferencia.

Octavio respondió: «Bruto no »me debe ningun agradecimien»to: vine, no en su defensa, sino »para pelear con Antonio, que »puede ser mi amigo algun dia. »Ni á mi nombre ni á mi digni»dad es conveniente ver á un »asesino de mi padre. Busque »como pueda su seguridad, mien»tras se lo permiten los que man»dan.»

Irritado Décimo Bruto de esta respuesta, se acercó á la orilla del rio, llamó á Octavio en voz alta, le notificó el decreto del senado, por el cual conservaba el gobierno de la Galia, y le proibió pasar el rio sin permiso de los cónsules.

Pansa, antes de morir, habia

dado cuenta al senado de la victoria alcanzada contra Antonio. El senado y el mismo Ciceron, arrebatados por sus pasiones, decretaron solemnes acciones de gracias, y dieron á Décimo Bruto el mando del ejército consular; pero no se concedió onor alguno á Octavio, ni aun se mencionó su nombre en los decretos. El senado no temia ya á Antonio, y creyéndole arruinado tuvo la imprudencia de no disimular su afecto á los homicidas de César, y su desprecio á Octavio. El objeto de los senadores era lenvantar el partido de Pompeyo sobre las ruinas de Octavio y Antonio. Apiano dice que el cónsul Pansa al morir descubrió este plan al jóven César: otros historiadores aseguran por el contrario, que para quedarse único dueño del ejército, el pérfido Octavio habia hecho matar al cónsul Hircio por uno de sus partidarios en el campamento de Antonio, y que un hombre, sobornado por él, emponzoñó la herida de Pansa. Esta opinion está muy apoyada.

Al mismo tiempo Casio y Bruto, fortificados con las lejiones romanas de Ejipto, que se les reunieron por los manejos de Cleopatra, conquistaron todas las provincias de Oriente. Casio sitió á Dolabela en Laodicea, y tomada la plaza, mandó darle la muerte. Bruto atacó en Macedonia á Cayo Antonio, hermano de Marco, y le mató despues de haber obligado su ejército á la rendicion. De este modo aquellos dos conjurados, gobernando sin rivales la Siria, el Asia menor, la Macedonia y la Iliria, mandaban un ejército de veinte lejiones. Sus victorias indignaban á Octavio, y su poder le inspiraba temor; sin embargo, continuó disimulando todavia. Pidió los onores del triunfo, y se le reusaron. Ciceron solicitó el consulado para los dos, y revelando con un candor muy estraordinario en su edad, sus miras y esperanzas, decia al senado que Octavio, adornado de un vano título, no seria mas que un pupilo suyo, y que él solo gobernaria la república. Los senadores se burlaron de su yerro, y negaron su demanda.

Enojado Octavio de tantos ultrajes, abandonó el finjimiento: se aseguró de la fidelidad de sus tropas, siempre adictas á la memoria de César, trató con clemencia á los prisioneros del ejército de Antonio, los incorporó en el suyo, se acampó cerca de Ventidio, lugarteniente del procónsul que mandaba tres le-

jiones, se astuvo de ostilizarle, y por medio de mensajes secretos hizo entender á Antonio y á Lépido, que el intéres comun de su seguridad ecsijia su concordia, pues que el senado se declaraba á favor de los enemigos y de los homicidas de César. Estos mensajes fueron bien recibidos; pero se convinieron en tener secreta la negociacion; de modo que Asinio, Polion, Lépido y Octavio continuaron algun tiempo aparentando sumision al senado. Los partidarios de Pompeyo, engañados por estas falsas esterioridades, y por noticias de Décimo Bruto, que se jactaba de consumar dentro de poco la ruina de Antonio, se creian prócsimos á una victoria completa, la misma víspera de su ruina.

Los sucesos que se agolparon destruyeron en breve sus ilusiones. Súpose en Roma repentinamente que Antonio unido con Ventidio, y reforzado con las tropas de Lépido, se hallaba al frente de un poderoso ejército, y que las lejiones de Bruto desbandadas se pasaban casi todas á las banderas del enemigo. Estas noticias produjeron en los ánimos una súbita revolucion. El terror sucedió á la confianza: el desprecio que tenian á Octavio se convirtió en miedo; y todos se apresuraron á adular bajamente al mismo de quien se burlaban pocos dias antes. El senado, creyendo impedir con una deferencia tardía que Octavio se uniese con Antonio, le dió el encargo de pelear con él, y le asoció á Décimo Bruto en el mando de las tropas.

Discurso de Octavio a sus soldados.—Al mismo tiempo que con este artificio, hijo de la debilidad, parecia querer reconciliarse con Octavio, instaba á Marco Bruto y á Casio para que trajesen sus tropas á Italia y la libertasen de Octavio y de Antonio. Octavio, demasiado hábil en artificios para dejarse engañar por los de otros, irritaba siempre á sus soldados contra los senadores. «Esos patricios »ingratos y pérfidos, les decia, »os miran como á enemigos su»yos, arman á unos jefes contra »otros para destruirnos á todos y »triunfar sobre nuestras ruinas. »Quedan sin premio nuestros »peligros y trabajos. El fruto de »las conquistas y liberalidades »de César se distribuye á los par»tidarios de Pompeyo; los ase»sinos dominan en el senado. »Moriré sin sentimiento, por»que es gloriosa la muerte en »demanda de la venganza de un »padre, y sabeis que mi ambi-

»cion no tiene otro objeto. A»rrostraria todos los riesgos si »solo me amenazasen á mí; mas »temo por vosotros, que por a»mor á Cesar sois partícipes de »mi destino. Solo teneis un ca»mino de salvacion, y es hacer»me cónsul, porque á nadie »quiero deberlo sino á vosotros. »Si lo logro, os cumpliré todas »mis promesas, recibireis las tie»rras y premios que se os deben, »os vengaré con la espada de la »ley de los asesinos de mi padre, »y os libertaré de todos vuestros »enemigos.»

El ejército aplaudió enajenado este discurso, y dió encargo á muchos centuriones de ir á Roma á pedir el consulado para su jeneral. Respondióseles que no tenia la edad señalada por las leyes para obtenerlo. Los centuriones replicaron que ya se le habia concedido el privilejio de anticiparle diez años, y que antes de él Corvino, los dos Scipiones, Pompeyo y Dolabela habian gozado del mismo favor.

El senado, que como todos los gobiernos débiles, mostraba alternativamente y casi siempre sin oportunidad la cobardía mas infame, y la firmeza mas ostinada, se irritó contra la audacia é indisciplina de los soldados, que querian ejercer una influencia sediciosa en las deliberaciones, y así desechó sus ruegos y se burló de sus amenazas. El ejército enfurecido pidió ser conducido á Roma en el momento, que era lo que deseaba Octavio. Al frente de ocho lejiones pasó el Rubicon como su padre, caminó á marchas dobles y llegó á las puertas de la ciudad.

El senado, lleno de consternacion no tenia tropas que oponerle. Cediendo á la necesidad, y queriendo desarmar á un enemigo con quien no podia combatir, le envió una diputacion para anunciarle que se habia mandado doblar la gratificacion prometida á las tropas, y que se le daba permiso para solicitar el consulado. Apenas habia salido de la curia la diputacion, cuando se supo que dos lejiones del ejército de Africa acababan de desembarcar en un puerto vecino. Los senadores creyeron que este suceso era una señal de la proteccion de los dioses: la esperanza renace, el terror se trueca en una ciega confianza: Ciceron que no iba al senado receloso del estado de las cosas, vuelve á él, se revocan los decretos favorables á Octavio, se manda arrestar á su madre y hermana, y se dá órden á todos los ciudadanos para tomar las armas. Octavio, sabedor

de esta mudanza inesperada, trastornó con su celeridad los designios del senado. Precedido por la caballería, marcha rápidamente y se acampa al pie del monte Quirinal, sin que nadie se atreva á presentarse al combate. Su audácia produce una nueva revolucion, y los cobardes senadores acuden en tropel y le prodigan los omenajes de la mas baja adulacion.

Al dia siguiente entró en Roma acompañado de una guardia numerosa, enmedio de las aclamaciones del pueblo y fué recibido como en triunfo en el templo de Vesta, donde se habian refujiado su madre y hermana. Ciceron, que deseaba obtener su gracia, le pidió una conferencia en que le recordó sus pasados servicios, y disculpó su conducta reciente. Octavio, siempre disimulado, solo le reprendió no haber sido el primero en presentársele. En este dia ignominioso no hubo mas que un romano que diese muestras de la antigua altivez. El pretor Cornuto prefirió darse la muerte á humillarse á los pies de Octavio.

El mismo dia corrió la voz de que se habian desertado dos lejiones del ejército de César. Los senadores, alucinados con esta falsa noticia, se reunen por la noche en la curia, deliberan sobre las medidas que debian tomarse para aprovecharse de este acontecimiento, y ya Ciceron animaba el senado para dar vigor á su partido; pero habiéndose desmentido prontamente el rumor, que daba nacimiento á otras nuevas esperanzas, la junta se disolvió, todos se volvieron aterrados á sus casas, y Ciceron, subiendo en una litera, se alejó precipitadamente de Roma.

Octavio mostró mas compasion que enojo de esta conducta inconsiderada, y reservó la venganza para otro tiempo. Despues de haberse apoderado del tesoro público, y distribuidolo á sus tropas, se retiró con su ejército á alguna distancia de Roma para dar á los comicios la apariencia de la libertad. Fué elejido cónsul con Pedio, coeredero suyo. Volvió á entrar en Roma y dió un decreto de acusacion contra los asesinos de César. Pedio, fiel á sus instrucciones, hizo revocar los decretos que declaraban á Antonio y á Lépido enemigos de la patria. El mismo Octavio escribió á Antonio para felicitarle por esta mudanza, y le ofreció su socorro contra Décimo Bruto. Antonio le respondió que despues que hubiese venga-

do la muerte de César con la de Bruto, reunirian ambos ejércitos.

Décimo Bruto, informado de esta revolucion, perdió toda esperanza de sostenerse, y en vez de esperimentar la suerte de las armas, resolvió buscar un asilo en Macedonia en el ejército de Marco Bruto y Casio. Sabiendo despues que Octavio marchaba contra él, mudó de designio y camino. Esperaba poder atravesar las Galias y llegar á las orillas del Rin; pero sus lejiones, esaustas de fuerzas por el cansancio, le abandonaron, y unas se reunieron á Octavio y otras á Antonio. Bruto, viéndose acompañado solamente de algunos jinetes galos, se disfrazó con el traje de estos y tomó el camino de Aquileya. Fué preso en el territorio de esta ciudad, y conducido ante Camilo, gobernador de aquella parte de la Galia, el cual mandó darle muerte y enviar á Antonio su cabeza.

Conferencia entre Octavio, Antonio y Lepido.—Octavio, Antonio y Lépido no eran ya enemigos: obligados á reunirse por un interés comun para abatir á Sesto Pompeyo en el Occidente, á Casio y Bruto en el Oriente, y en Roma é Italia á los numerosos partidarios de los conjurados, se juntaron de comun acuerdo en las orillas del Reno (Panaro), cerca de Mutina (Módena), seguidos cada uno de cinco lejiones. Escojieron por lugar de la conferencia una pequeña isla de aquel rio. Lépido entró en aquella el primero para asegurarse que no habian puesto allí ningunas asechanzas: y haciendo una señal á sus compañeros, dejó cada uno trescientos hombres en las estremidades del puente, y pasaron á la isla.

Su conferencia se celebró en un sitio descubierto, que se veia desde ambas riberas. Octavio, como cónsul, presidia las deliberaciones, que duraron dos dias. En ellas se decidió que Octavio abdicaria el consulado: y que para dar fin á las calamidades de la guerra civil, se confiaria el gobierno de la república á un triunvirato compuesto de Lépido, Antonio y Octavio: que los triunviros, durante cinco años, nombrarian todos los majistrados y repartirian las provincias.

Antonio obtuvo las Galias, escepto la Narbonesa, que se dió á Lépido con la España: Octavio, el Africa, la Sicilia y la Sardinia. No se habló de las provincias de Oriente, que estaban en poder de los conjurados. En Roma é Italia debian tener los tres igual autoridad.

Antonio y Octavio se encargaron de dirijir la guerra contra Bruto y Casio, mientras Lépido, nombrado cónsul, quedaria en Roma para mantener el órden y gobernaria la España por sus lugartenientes. Repartieron al mismo tiempo las lejiones y tocaron veinte á cada uno. Para escitar el zelo de las tropas, les regalaron todos los territorios y propiedades de dieziocho ciudades grandes, como Cápua, Reggio y Benevento, despojando a los habitantes de sus bienes. En fin, con el pretesto de evitar todo peligro en Italia, mientras hacian la guerra en el Oriente, resolvieron proscribir á sus enemigos.

El primer motivo de esta esterminacion fué la falta de dinero. Casio y Bruto sacaban del Oriente con suma facilidad inmensas contribuciones que aseguraban el sueldo y las subsistencias de sus numerosos ejércitos: los triunviros por el contrario, no tenian recursos para mantener sus tropas. La Italia estaba esausta por la guerra civil: la Galia, por las depredaciones de los procónsules. Roma gozaba el privilejio de no pagar contribuciones, y las escuadras de Sesto Pompeyo interceptaban los socorros que podrian esperarse del Africa y del Oriente.

Además, los triunviros tenian á la vista ejemplos recientes, muy á propósito para irritar sus pasiones. El cruel Syla habia gozado en paz del poder supremo, y á favor del miedo que sobrevivió á su autoridad, acabó sus dias tranquilamente como un hombre particular enmedio de las familias consternadas de sus víctimas.

Pompeyo al contrario, alentando con su mansedumbre la audácia de sus enemigos, fué servido con cobardía é inmolado cruelmente. En fin, acababan de ver morir á César á manos de los mismos que debian la vida á su clemencia. Octavio, Antonio y Lépido, menos grandes y mas aborrecidos y ambiciosos que Syla, resolvieron imitarle. Al principio solo proscribieron á diezisiete personas, designadas por el odio y temibles por su influencia.

La venganza repartió las víctimas, como la ambicion habia repartido las lejiones y las provincias. Sacrificáronse mútuamente con orrenda crueldad los sentimientos mas dulces y las obligaciones mas sagradas. Antonio entregó al puñal de sus colégas á su tio Lucio: Lépido á su propio hermano; y Octavio á

Toranio su tutor, y á Ciceron, cuya vida defendió algun tiempo, no tanto por gratitud, como por el temor de echarse una mancha indeleble. Despues veremos la muerte que tuvo este ilustre orador, inmolado al odio implacable de Antonio.

Los ajentes de los triunviros, llevaron inmediatamente á Roma la órden fatal que condenaba á muerte estos primeros proscritos: unos fueron cojidos y asesinados entre los brazos de sus mujeres é hijos: otros en los templos, calles ó plazas: algunos enmedio de la alegría tranquila de los convites: muchos, como Salvio, tribuno del pueblo, cuando estaban cumpliendo las funciones de su majistratura.

Estas matanzas difundieron en toda la ciudad un terror tanto mas espantoso cuanto se ignoraba hasta dónde se estendia la proscricion. Todos temblaban por sí mismos: la confusion era universal; los mas tímidos se ocultan en los lugares mas retirados: los mas prudentes huyen: los mas atrevidos piensan en defenderse: otros, desesperados, se preparan á incendiar los edificios públicos y sus propias casas. En aquella ciudad inmensa, enmedio de las sombras de la noche, la muerte parece amenazar á todas las cabezas: cada ciudadano cree que todos los hombres que encuentra son verdugos.

El cónsul Pedio corrió por las calles de Roma, precedido de reyes de armas, y consiguió calmar la ajitacion, prometiendo que al dia siguiente cesarian todas las inquietudes. En efecto, publicó los nombres de las diezisiete víctimas: y como no estaba en el secreto de los triunviros, anunció á los demás una completa seguridad. Los esfuerzos que hizo para sosegar el pueblo, le produjeron una fiebre, de que murió el mismo dia.

Los triunviros entraron en Roma poco despues, seguidos de sus coortes pretorias: fueron recibidos uno despues de otro, y su triunfo duró tres dias. Publio Ticio, tribuno del pueblo, propuso solemnemente é hizo que se adoptase una ley, por la cual se confió el triunvirato durante cinco años á Antonio, Octavio y Lépido, con autoridad consular.

Los dias siguientes se fijaron en los sitios públicos de la ciudad nuevas tablas de proscricion. La primera constaba de ciento cincuenta nombres. La codicia, el miedo, el odio y la venganza, elementos de la tira-

nía, ampliaron estas listas sangrientas hasta trescientos senadores y mas de dos mil ciudadanos.

Todas las cabezas entregadas á la muerte se ponian en precio. Vendíanse las conciencias: las de los injénuos, por dinero: las de los esclavos, por dinero y libertad. El orrible salario no se cobraba sino al presentar la cabeza del proscrito. La muerte castigaba á la virtud que queria libertar una víctima de los tiranos: y las órdenes mas severas mandaban á todos los ciudadanos entregar sus casas, inviolables hasta entonces, á las indagaciones de los verdugos. Ni el crímen encontraba ostáculo, ni la inocencia asilo.

El buril de la historia, única vengadora de la virtud contra la tiranía usurpadora, ha grabado sobre la frente de los triunviros los lineamentos indelebles del desprecio y la ecsecracion. Nos ha conservado el preámbulo de las tablas de proscricion, que es literalmente como sigue:

«Marco Lépido, Marco Antonio, y Octavio César, elejidos »por el pueblo para restablecer »la armonía y el buen órden en »la república, declaran lo siguiente. Si los malvados, por »un efecto de su perfidia natural, no procurasen escitar la »conmiseracion cuando les es »necesaria: ó si, salvados por los »buenos, no conspirasen despues »contra ellos, no hubiera sido asesinado Cayo César por los ingratos que la guerra puso á su »disposicion, y que él onró con »su amistad, y colmó de riquezas y dignidades, despues de »haberles dado la vida: y nosotros no nos veríamos obligados »á tratar con tanto rigor á los mismos que no contentos con llenarnos de ultrajes, nos han declarado enemigos de la patria.»

«La esperiencia nos ha convencido que no se desarma con »la dulzura á los que han conspirado para nuestra ruina, teñidos aun con la sangre de César: si nos anticipamos á nuestros enemigos para no ser sus »víctimas, nadie podrá acusarnos de injusticia, crueldad ni esceso en nuestra venganza.»

«No deben olvidarse los males »que hemos sufrido y que sufrió »el mismo César. Sus prisioneros, libertados por él de la muerte, y llamados á heredarlo, le »dieron en plena curia veintitres puñaladas á vista de los »dioses, aunque obtenia la suprema majistratura y el sumo »pontificado. Derribaron muerto

»á sus pies á aquel grande hom-
»bre, que habia sometido al pue-
»blo romano las naciones mas
»formidables, pasado las colum-
»nas de Hércules, atravesado
»mares que no habian arrostra-
»do aun los navegantes, y des-
»cubierto rejiones desconocidas
»á los romanos.»

«Despues de este atentado, los
»demás ciudadanos, que aora
»nos vemos obligados á castigar,
»en lugar de cumplir sus debe-
»res entregando los asesinos al
»rigor de las leyes, les confiaron
»majistraturas y provincias, que
»les dan poder para apropiarse
»los tesoros de la república, le-
»vantar tropas contra nosotros
»y llamar á las armas pueblos
»bárbaros, que son enemigos im-
»placables de Roma. Han suble-
»vado por el terror contra su
»patria naciones aliadas, y lle-
»van á hierro y fuego las ciuda-
»des que se nos conservaban fie-
»les.»

«Ya hemos esterminado á algu-
»nos de esos perversos, y con el
»favor de los dioses no tardarán
»los cómplices en tener el mis-
»mo fin. Hemos ejecutado este
»noble designio en España, las
»Galias é Italia: solo nos falta
»aniquilar á algunos asesinos de
»César que nos hacen la guerra
»de e[illegible]ra parte del mar; pero,
»ciudadanos, cuando nos dispo-
»nemos á perseguirlos en utili-
»dad vuestra, seria contrario al
»interés de la república, á nues-
»tra seguridad y á la de todos
»que dejásemos libres á la espal-
»da los enemigos comunes, dis-
»puestos á aprovecharse de nues-
»tra ausencia y de las casualida-
»des de la guerra.»

«Esta espedicion urje: y he-
»mos pensado que en lugar de
»comprometer la patria con una
»lentitud funesta, debemos a-
»presurarnos á acabar con los
»hombres que han querido de-
»clarar enemigos públicos á nos-
»otros y á los soldados que nos
»seguian.»

«¡De cuántos ciudadanos pro-
»nunciaban la ruina sus bárba-
»ros decretos, sin temer la ira
»de los dioses ni la de los hom-
»bres! Nuestra venganza no será
»tan cruel como su furia: no la
»estenderemos á tantas víctimas:
»no inmolaremos á todos los
»que se han declarado enemigos
»nuestros ó conspirado contra
»nosotros: ni se verán en nues-
»tras tablas de proscricion todos
»aquellos cuyas riquezas ó dig-
»nidades han podido escitar el
»odio ó la rivalidad: ni imitare-
»mos el rigor de aquel majistra-
»do supremo que antes de nos-
»otros y como nosotros, estuvo

»encargado de pacificar la repú»blica, y al cual dísteis el re»nombre de Feliz por el buen »écsito de sus empresas.»

«Solo nos vengaremos de los »mas culpables: sin esta medida, »que vuestro interés ecsije tanto »como el nuestro, seríais en bre»ve víctimas de las mas espan»tosas calamidades. Tambien es »fuerza dar alguna satisfaccion »al ejército, ecsasperado de tan»tas injurias, y proclamado tam»bien enemigo de la patria cuan»do peleaba por ella.»

«Podríamos sin duda herir »á nuestros enemigos sucesiva»mente y sin publicar listas; pe»ro nos ha parecido preferible, »en lugar de cojerlos de impro»viso, escribir sus nombres en »estas tablas, para evitar toda e»quivocacion funesta é impedir »que nuestros soldados, traspa»sando los límites que les están »prescritos, inmolen á los que »queremos salvar. Así estare»mos ciertos de que solo acome»terán á los culpables cuya sen»tencia pronunciamos.»

«¡Plegue á los dioses que nin»guno dé asilo ni defienda á »los proscritos, ni se deje so»bornar por ellos! El que fue»re convencido de haber pro»curado salvarlos directa ó »indirectamente, será inscrito »sin piedad en estas tablas.»

«Los que les den muerte y nos »presenten sus cabezas, recibi»rán por cada víctima, si son in»jénuos, veinticinco mil drac»mas áticas; si esclavos, diez »mil y la libertad, con el dere»cho de ciudadanía de que goza»ban sus amos. Los que decla»ren el asilo de un proscrito, re»cibirán el mismo premio. Los »nombres de los delatores y eje»cutores no se escribirán en »ningun archivo, y quedarán pa»ra siempre desconocidos.»

Este monumento de la mas espantosa tiranía revelaba lo que ordinariamente procuran tener oculto los usurpadores sanguinarios, y descubria sin vergüenza los viles pensamientos de los triunviros, sin cuidar siquiera de echar el velo de la justicia sobre las crueldades de la ambicion.

Apenas se espusieron al público las tablas, se cerraron las puertas de la ciudad, y numerosas tropas de soldados patrullaron alrededor de las murallas para cerrar á los proscritos todo camino de salvacion. Los satélites de los triunviros se esparcieron por la ciudad y comenzaron sus orribles ejecuciones. Un nuevo jénero de terror dominó en la capital del mundo, muy diferente del de una plaza

sitiada que aun puede conservar esperanza ó en las armas ó en la humanidad del vencedor. Las víctimas entregadas al cuchillo de los tiranos, mas infelices que las del contajio cuando los objetos de su amor las abandonan, no solo carecian de consuelo, refujio ó defensa, sino temian á un mismo tiempo el puñal de los asesinos, la traicion de sus esclavos y la codicia de sus mas cercanos parientes. Unos se arrojaban al rio desde las murallas; otros abrasaban sus casas y perecian en ellas: algunos se aogaban en los pozos: otros se escondian en los albañales. Las personas mas distinguidas se echaban llorosas á los pies de sus esclavos y se ponian sus viles vestidos para escapar de la muerte. En fin, los mas valientes, no queriendo perecer sin venganza, salian al encuentro á los asesinos, los atacaban y morian despues de haber inmolado á muchos de ellos.

Estos dias de orror despertaron todos los resentimientos y favorecieron todos los odios. Cada uno denunciaba y mataba á su enemigo, robaba su casa y se hacia dueño de sus riquezas. El temor de los tiranos auyentaba la amistad y reducia la naturaleza al silencio.

El oro corrompedor de los triunviros recompensó crímenes inauditos. Hijos desnaturalizados y mujeres infames, llevando en las manos las cabezas de sus padres y maridos, vinieron con audácia á recibir el vergonzoso salario de sus maldades ecsecrables. El cielo permite algunas veces que el crímen oprima en la tierra la virtud; mas nunca que la destierre enteramente: y así en los tiempos de la corrupcion mas deplorable, brillan todavia algunos de sus celestes rayos. A pesar de estos actos de inumanidad, traicion y cobardía, Roma pudo citar muchos ejemplos de valor y jenerosidad.

La madre de Antonio habia ocultado en su casa por algun tiempo á su hijo Lucio. Los asesinos, descubriendo su asilo, volaron á arrancarle de sus brazos. Ella corre al foro, donde su hijo estaba en el tribunal con sus colégas, y le dice: «Triunviro: »vengo á delatarme: he dado »asilo á un proscrito, á Lucio tu »hermano. Subsistirá en mi casa »mientras no mandes que me »degüellen, pues tu ley aplica »la misma pena á los proscritos »y á los que los ocultan.»

Antonio le reprendió su compasion ácia Lucio, que sin a-

tencion á los lazos de la sangre habia votado el decreto que le declaraba enemigo de la patria: sin embargo, este hombre bárbaro, vencido por la voz de la naturaleza, pidió á sus colégas el perdon de su hermano.

La mujer de Acilio, prodigando todas sus riquezas á los satélites de los triunviros, salvó la vida á su esposo, que se escapó escoltado por los mismos soldados que tenian el cargo de asesinarle.

La mujer de Ancio encerró á su marido en un cofre, lo hizo salir sobre los hombros de un esportillero y le acompañó en su fuga.

Un esclavo de Panopion se puso en la cama de su amo con sus vestidos, y fué degollado en lugar de él.

El hijo de Jeta esparció la voz de la muerte de su padre, finjió quemar sus cenizas, y tomando el disfraz de campesino, llegó á la orilla del mar, llevó al anciano sobre sus hombros, y mereció la gloria del piadoso Eneas.

Algunos proscritos atravesaron la Italia, vestidos de soldados, aparentando ser satélites de los triunviros, é inspirando á los demás el mismo terror que tenian. Sesto Pompeyo envió entonces á las playas buques menores, que recojieron y libertaron muchas víctimas del furor de los tiranos.

Muerte de Ciceron. — Ciceron, huyendo lejos de Roma, se habia embarcado en una navecilla; pero el mal estado de su salud le hacia intolerable el movimiento de las olas: saltó en tierra y se encerró en una quinta que tenia cerca de Cápua.

El graznido de muchos cuervos, movido por el estrépito de los soldados que le buscaban, despertó á sus esclavos, y creyéndolo una advertencia de los dioses, pusieron á su amo en una litera y lo llevaron á lo mas secreto de un bosque, cuya espesura daba esperanzas de poderlo ocultar. Ya iban á alejarse los asesinos, engañados por la noticia de su embarque; pero un cliente de Clodio, animado por el antiguo rencor, declaró al centurion Lénate el camino que habia seguido. Este marchó tras la litera y no tardó en alcanzarla. Ciceron, apenas le vió llegar, sin proferir una palabra, presentó su cabeza á los asesinos; cortáronsela, y tambien una mano, y las llevaron á su implacable enemigo.

Antonio estaba en su tribunal, cuando Lénate le presentó los

restos ensangrentados del padre de la patria. El triunviro al verlos, manifestó una alegría cruel é indecente, decretó que se diese una corona al asesino, le regaló un millon cincuenta mil dracmas y mandó clavar en la tribuna de las arengas la cabeza y la mano de aquel grande orador.

Por muchos dias acudió el pueblo dolorido á ver tan triste espectáculo en mayor número que el que en otro tiempo atraia su elocuencia.

La feroz Fulvia, viuda de Clodio, mujer de Antonio, y digna de entrambos por sus furores, vino á gozar el placer bárbaro de una venganza despreciable: atravesó con un punzon de oro la lengua de aquel varon insigne, cuya voz le parecia oir todavia declamando las filípicas. Fulvia, mas ávida y desvergonzada que los triunviros, pagaba asesinos como ellos, y condenaba á muerte sus propias víctimas. Habia mucho tiempo que deseaba poseer la hermosa heredad de Rufo: este infeliz fué degollado, y cuando presentaron su cabeza á Antonio, el triunviro, acordándose de que Rufo no estaba en las listas, dijo con frialdad: «Este es negocio de Fulvia.»

Decreto para una contribucion sobre mil cuatrocientas mujeres.—Estas matanzas no llenaban con la prontitud deseada el tesoro de los proscritores: y como les faltaban todavia veinte millones de dracmas para los gastos de la guerra, dieron cuenta de ello al pueblo, y promulgaron un decreto para imponer una contribucion enorme á mil cuatrocientas matronas, las mas nobles y opulentas, obligándolas á declarar su caudal y prometiendo grandes recompensas á los que delatasen los bienes ocultados.

Las matronas, arruinadas por esta ley, esperaron al principio conmover en su favor á las esposas y parientas de los triunviros. La hermana de Octavio y la madre de Antonio, las recibieron con benignidad, pero sin poder hacer nada por ellas: Fulvia les cerró sus puertas ignominiosamente.

Indignadas de esta injuria, se presentan en el foro, atraviesan por medio del pueblo y llegan á la tribuna. Hortensia, hija del célebre orador Hortensio, habló á los triunviros de esta manera: «Determinadas á seguir la marcha mas decente para nuestro »secso, hemos implorado el socorro de vuestras esposas; pero »el indecente recibimiento de »Fulvia nos obliga á venir al fo-

»ro á pedir justicia. Nos habeis »quitado ya á nuestros padres, »maridos y hermanos, con el »pretesto de que eran vuestros »enemigos. Si aora nos quitais »los bienes y con ellos los me»dios de educar nuestros hijos, »nos precipitareis en un abismo, »indigno de nuestras costumbres »y nacimiento.»

«¿Nos acusais de haber co»metido ostilidades contra vos»otros, como á los infelices cuya »muerte lloramos? En este caso »ponednos en las listas de pros»cricion; pero si reconoceis que »las mujeres no han podido pro»mulgar ningun decreto contra »vosotros, que no han destruido »ninguna de vuestras casas, y »que no han armado lejiones pa»ra venceros, ¿por qué, no sien»do parte en las injurias, lo so»mos en la venganza?»

«Nosotras no os envidiamos »ni las provincias, ni las majis»traturas, ni los onores que ha»beis disputado á costa de tanta »sangre. ¿Decís que necesitais »de nuestros bienes para con»cluir la guerra? ¿Cuándo la re»pública, que ha sostenido tan»tas lides, ha sometido las ma»tronas romanas á una contri»bucion como la que ecsijís? Es »verdad que nuestras madres, »animadas de un sentimiento »heróico, viendo la república es»puesta á los mayores peligros y »reducida á la estremidad por »los cartajineses, ofrecieron en »una sola ocasion contribuir á »las necesidades públicas; pero »aquella contribucion volunta»ria no recayó ni en sus tierras »y dotes, ni en las cosas necesa»rias para la subsistencia de sus »familias. Solo sacrificaron á la »patria su lujo, sus joyas, sus a»dornos; y no tuvieron que te»mer ni apremios, ni violencias, »ni delaciones.»

»¿Qué peligro amenaza hoy »al imperio romano? Preséntén»se los partos ó los galos al pie »de nuestras murallas, y vereis »si igualamos en virtud á nues»tras madres. Mas no ofendere»mos á los dioses, contribuyen»do á los gastos de una guerra »civil; en vano implorais nues»tro socorro para destrozaros »mútuamente: no lo dimos ni á »César ni á Pompeyo; Mario no »lo ecsijió; Cinna no solicitó o»bligarnos á pagar contribucio»nes; y el mismo Syla, el tira»no de nuestra patria, mas jus»to que vosotros que pretendeis »restablecer el órden y la paz, »no se atrevió á imponernos tri»buto.»

Los triunviros ardian de ira oyendo estas palabras, y temiendo

este primer ejemplo de valor, mandaron á los lictores que alejasen aquellas mujeres de la tribuna y las echasen de la plaza; pero se movió un gran rumor en el pueblo, y los lictores no se atrevieron á obedecer. Los triunviros levantaron la sesion, y al dia siguiente revocaron su decreto, convirtiendo el tributo en un empréstito moderado, que solo ecsijieron de cuatrocientas matronas.

Así en aquellos dias de degradacion, de orrores y de cobardía, cuando los señores del mundo doblaban su umillada cerviz al yugo de los tiranos, solamente las damas romanas, resistiendo á los triunviros, se atrevieron á hacer oir la moribunda voz de la libertad y de la justicia.

Aquellas orribles proscriciones esparcieron el terror y la consternacion en toda Italia; pero tambien aumentaron hasta lo sumo el furor y la sed de venganza en el corazon de todos los que pudieron escaparse de los verdugos, y hallaron el medio de reunir sus armas á las de los conjurados.

Guerra entre Bruto, Casio, y los triunviros.—Los romanos que conservaban algun amor á la república, acudieron á los campamentos de Bruto y Casio, reunidos en Smirna.

Estos dos jenerales, que habian salido de Italia como fujitivos, sin tener una ciudad que los apoyase, ni una coorte que los defendiese, se hallaban al frente de ochenta mil hombres, dueños del Asia y de la Grecia, y capaces de defender la libertad romana contra sus opresores. Se preparaban á marchar á Ejipto contra Cleopatra, cuyas tropas se disponian á vengar la muerte de César, cuando supieron que Antonio y Octavio, dejando en Roma á Lépido con el encargo de gobernar la Italia, se disponian á embarcarse con cuarenta lejiones para pelear con ellos.

Antes de pasar á Grecia se vengaron de los rodios y licios que les habian reusado el pago de las contribuciones. Rodas fué saqueada, y sus habitantes solo conservaron la vida: la suerte de los licios fué mas cruel. Encerrados en Janto, su capital, ni cedieron á las amenazas de Casio, ni á las súplicas de Bruto. Combatiendo hasta el estremo, al tiempo que querian abrasar las torres enemigas que dominaban sus murallas, se comunicó el incendio á las casas de la ciudad. En vano Bruto hizo todo lo posible por apagarlo: los li-

cios, desesperados, le daban á cada instante nuevo alimento, se precipitaron en él, perecieron todos, y no dejaron á los vencedores mas que cenizas.

Algunos historiadores acusan á Bruto de este desastre; pero su vida entera testifica contra esta calumnia. Casio era mas capaz de cometer aquel orror: republicano ardiente, feroz y ambicioso, peleaba mas por odio á los tiranos que por aversion á la tiranía. Los mayores enemigos de Bruto celebraron siempre su jenerosidad y dulces virtudes. Solo cometió un crímen, cuya causa fué su amor á la república. Estos dos últimos adalides de la libertad volvieron á encontrarse en Sardes: Bruto reprendió á Casio por las vejaciones y otros escesos que podian mancillar la causa que defendian. La disputa se enardeció tanto que hubiera terminado en un rompimiento á no haberlos sosegado Favonio, amigo de entrambos.

Despues de esta conferencia, Bruto se retiró á su tienda por la noche, y se entregó, segun su costumbre, al estudio, que jamás interrumpian sus ocupaciones públicas. Leia á la luz de una lámpara que estaba para apagarse, cuando repentinamente oye un ruido, levanta la cabeza y ve abierta la entrada. Un fantasma de estatura jigantesca y de aspecto espantoso se presenta á sus ojos, y le mira con ademan amenazador. El romano intrépido le dijo: «¿Eres »mortal ó dios? ¿qué me quie»res?»—«Bruto, le replicó el es»pectro: soy tu jénio malo. Me »volverás á ver en Filipos.»—«Pues bien, dijo Bruto sin con»moverse: hasta Filipos.» Y el espectro desapareció.

Bruto llamó á sus esclavos, que le aseguraron no haber visto á nadie. Al dia siguiente habló de esta aparicion á Casio, el cual la atribuyó al acaloramiento de su fantasia fatigada del largo trabajo, y Bruto creyó lo mismo.

Batalla de filipos.—(A. M. 3950.—A. C. 47.) Entonces, sabiendo que Antonio y Octavio atravesaban la Macedonia, pasaron á Tracia y se acamparon cerca de Filipos, donde los triunviros llegaron algunos dias despues. Todo el mundo esperaba con asombro el desenlace de aquel drama sangriento, que iba á decidir su suerte, y en el cual triunfarian el despotismo ó la libertad.

La esperanza y el temor ajitaban alternativamente á entrambos ejércitos. Solo Bruto,

satisfecho de haber cumplido su deber, parecia tranquilo y descuidado del écsito. Decia á sus amigos: «Sea cual fuere la deci»sion del destino, no corro nin»gun riesgo: si venzo, restituyo »á Roma la libertad: si soy ven»cido, la muerte me librará de »la esclavitud.»

La fuerza de entrambos partidos era casi igual: cada uno constaba de mas de cien mil combatientes. Los triunviros estaban acampados en la llanura: los conjurados ocupaban dos colinas cercanas á la ciudad, cuya fuerte posicion los hacia árbitros de dar ó reusar la batalla, segun tuviesen por conveniente. Recibian de Oriente todas las subsistencias necesarias, y la isla de Tasos era su almacen. El ejército de los triunviros, por el contrario, privado de víveres, se hallaba en un peligro tanto mas inminente, cuanto Pompeyo, dueño del mar, impedia la llegada de todo refuerzo ó convoy: así es que deseaba con ardor la batalla.

Casio, mas esperimentado que su coléga en el arte de la guerra, queria diferir el combate y conseguir una victoria, mas cierta por la penuria de los contrarios que por las armas. Bruto, ya porque desconfiase de la constancia de sus tropas, ya porque no pudiese contener el ardor de los suyos, instó á su colega á pelear. «Estoy impaciente, le de»cia, de terminar las desgracias »del jénero humano.»

Cuando hubieron tomado sus disposiciones, Casio preguntó á Bruto: «¿Qué harás si somos »vencidos?» — «He censurado »en mis libros, replicó Bru»to, el suicidio de Caton, y he »creido un delito contra los dio»ses el cortarse los dias á sí mis»mo. Pero hoy opino de otra »manera: estoy resuelto á morir »por mi patria: juzgo que tengo »el derecho de elejir el jénero »de muerte que me parezca me»jor. Si la fortuna me es contra»ria, trocaré esta vida penosa »por un mundo mejor.»—«A»migo, esclamó Casio abrazán»dole: no nos detengamos; pues »estamos resueltos á morir, na»da hay que temer de los vence»dores.» Despues de esta conversacion dieron la señal para acometer.

Octavio, á quien siempre se acusó de cobarde, estaba entonces lejos del campamento, detenido por una enfermedad verdadera ó supuesta. Antonio, que mandaba solo, atacó las tropas de Casio y las hizo retroceder hasta sus atrincheramientos. Mientras

que peleaba con esta superioridad, Bruto se arrojó tan impetuosamente sobre el ejército de Octavio, que rompió sus filas, lo derrotó, penetró en su campamento y lo entregó al saqueo.

DERROTA Y MUERTE DE CASIO. —Antonio por su lado auyentó la caballería de Casio y forzó sus líneas. Casio, mostrando un valor digno de su nombre y de su fama, hizo todos los esfuerzos posibles para reunir sus tropas fujitivas. Tomando una bandera, se arroja enmedio de los enemigos, y restablece la pelea por algun tiempo. Mas ¿qué puede el valor de uno solo? Su ejército aterrado no oyó sus voces, y el jeneral tuvo que ceder al torrente y huir con los demás. Una espesa nube de polvo le impedia ver la derrota de Octavio; y creyendo á Bruto vencido como él y su causa perdida, entró en su tienda y se dió la muerte.

Bruto volvió al frente de sus tropas victoriosas, reunió las de Casio, les inspiró nueva confianza y valor, y ocupó con ellas su antigua posicion.

Instruido por la esperiencia, deseaba evitar el combate y obligar al enemigo por ambre; pero sus soldados, arrogantes con el triunfo anterior, pedian á gritos la batalla. Veinte dias resistió á su impaciencia: al fin, ignorando que la escuadra de los triunviros habia sido dispersada por la de Pompeyo, y que el enemigo carecia absolutamente de subsistencias, se rindió á las instancias de su ejército y dió la señal deseada. Cuéntase que la víspera de este dia fatal, creyó ver de nuevo el mismo espectro que se le habia aparecido en Asia.

DERROTA, HUIDA Y MUERTE DE BRUTO.—Sus lejiones desbarataron al principio la infantería de Octavio, y su caballería hizo en ella gran matanza; pero Antonio acometió por el flanco á las tropas que anteriormente mandaba Casio, y las desordenó. El terror de estos soldados se comunicó al centro: hubo confusion y fuga, faltó el órden necesario para retirarse peleando, y la derrota fué completa. Bruto, rodeado de sus mas valientes oficiales, opuso por mucho tiempo al vencedor un valor inútil y una resistencia ostinada. El hijo de Caton y el hermano de Casio perecieron á su lado. En fin, no pudiendo combatir solo contra todo un ejército, abandonó el campo de batalla.

Los triunviros habian mandado que no se le dejase escapar, y la caballería le persiguió con

ardor. Lucilio, su amigo, viendo un cuerpo de tracios que ya iba á alcanzarle, determina salvarle á costa de su vida. Sale al encuentro á los enemigos, y les grita: «Yo soy Bruto,» y se entrega. Préndenlo, y Bruto se escapa. Antonio, creyendo cierta la noticia de haberle cojido, acudió para insultarle y matarle; pero Lucilio, adelantándose con valor, le dijo: «Bruto no es tu prisionero ni lo será. He sacrificado mi vida por su onor. Yo te »he engañado: mátame.»

Antonio, enamorado de tanta lealtad, abrazó á Lucilio, y procuró ganar á fuerza de beneficios un amigo tan fiel.

Bruto, seguido de muy pocos amigos, pasó la noche en una cueva, repitiendo estas palabras de Euripides. «¡Virtud! he creido por mucho tiempo en tu »ecsistencia, pero no eres mas »que un nombre vano!» Ciego por la desgracia, no conocia que la virtud es inmortal como el alma: que el treatro donde brilla mas es la adversidad, y que Bruto vencido será siempre mas estimado que Antonio vencedor.

Acaso hubiera pensado mejor si la sangre de César no gravitase sobre su alma. Y así se le oyó, levantando los ojos al cielo, pronunciar este otro verso del mismo poeta: «El culpable debe »recibir en esta vida el castigo »de sus delitos.»

Habia encargo á Statilio averiguar la suerte de muchos amigos suyos. No viéndole volver, y sabiendo que los enemigos se acercaban, pidió á los oficiales que le rodeaban que le matasen. Negándose todos á ello se lo mandó á un esclavo. Straton, que estaba cerca de él, esclamó: «No se dirá que Bruto, buscando »un amigo, no lo hallado sino en»tre sus siervos:» y apartando orrorizado los ojos, le presenta la punta de su espada. Bruto se arroja sobre ella y espira. Así acabó este hombre célebre, á quien se llamó el ULTIMO DE LOS ROMANOS.

Antonio y Octavio, despues de la victoria, repartieron el imperio y lo gobernaron despóticamente. Lépido, sin autoridad en el ejército ni crédito en el pueblo, no tenia de triunviro mas que el nombre.

El triunfo no suavizó la ferocidad de los vencedores, é inmolaron á su venganza un gran número de víctimas. Hortensio, Druso y Varro perecieron por sus órdenes. Condenaron á un padre y á un hijo ¡á darse muerte el uno al otro. Un proscrito pidió

por favor á Octavio que se le diese sepultura: «Los buitres le »serviran de tumba,» replicó el mónstruo.

La cabeza de Bruto se colocó bajo la estátua de César: sin embargo se enviaron á Porcia las cenizas de su cadáver. Aquella romana, hija de Caton y esposa de Bruto, siguió el ejemplo de entrambos, y se dió la muerte tragando carbones encendidos. Octavio se restituyó á Roma, y procuró, reinando con mas dulzura, calmar el odio que inspiraban las anteriores proscriciones. Envió á Lépido al Africa con algunas lejiones de cuya fidelidad desconfiaba.

Antonio quedó por dueño del Oriente. Despues de haber visto á Atenas, donde las disputas de los filósofos y los discursos de los oradores le detuvieron muy poco, pasó al Asia y la recorrió, cercado de una comitiva de reyes y tetrarcas, que solicitaban á porfia su favor con las adulaciones mas bajas. Muchas princesas venian tambien á probar en su corazon las fuerzas de la hermosura.

Mas voluptuoso que los sátrapas mas afeminados, y tan arrogante como los mas orgullosos descendientes de Ciro, ecsijió contribuciones sin medida, y dió y quitó coronas á su placer. La belleza de Glafira, valió á su esposo la corona de Capadocia: Herodes adquirió la de Judea por su sagacidad.

Antonio queria castigar á Cleopatra, reina de Ejipto, por los socorros que habia dado á Bruto y Casio: esta reina se le presentó en Tarso, y le inspiró una pasion violenta, que fué causa de su ruina. Siguióla como un cautivo el carro de su vencedor, á Alejandría, donde olvidó sus victorias, sus rivales, la capital del mundo y el imperio.

Octavio solo conocia la pasion del mando. Todo lo debia al ejército, y asi distribuyó entre los veteranos las tierras que les habia prometido. Su vuelta á Italia fué mas funesta que la invasion de los galos. Los ciudadanos eran arrojados de sus ogares, que caian en poder de los soldados. Los templos y calles estaban llenos de una multitud de hombres, mujeres y niños, que pedian llorando un pan y un asilo. Solo un habitante de Mántua halló gracia en Octavio: este fué el famoso poeta Virjilio, que le pagó concediéndole la inmortalidad. Octavio se limitó á mejorar la suerte de Virjilio: el poder de un gran escri-

tor se estiende á mas: Virjilio ilustró el reinado y la memoria de Octavio.

La tranquilidad era para los romanos la única recompensa de la pérdida de su libertad; mas no la gozaron aun, y sobrevino para agravar sus males una guerra civil.

GUERRA DE PERUSA.—(A. M. 3957.—A. C 40.) Fulvia, mujer de Antonio, habia hecho vanos esfuerzos para enamorar á Octavio, que despreció su hermosura y sus vicios. Irritada de este desden y de la infidelidad de su marido, que la abandonaba por una ejipcia, sembró disensiones entre los triunviros, esperando que esta desavenencia sacaria á Antonio de su letargo y lo obligaria á alejarse de Cleopatra. Lucio, su cuñado, la favoreció en este proyecto: reclamando para el ejército de Antonio una parte de las tierras que Octavio distribuia al suyo, reusó todos los medios de conciliacion, formó seis lejiones compuestas de los ciudadanos despojados y declaró la guerra.

Octavio le venció y encerró en Perusa, le obligó á entregarse y le perdonó la vida. Fulvia, avergonzada y furiosa salió de Italia. Cuando Antonio supo la derrota de su hermano, se embarcó para pelear contra Octavio, y halló en Atenas á su infame esposa, autora de estas nuevas desavenencias. La llenó de injurias, y la dejó moribunda, no de remordimientos, sino de rabia. Se reconcilió con Sesto Pompeyo, y desembarcó en Brundusio con muchas lejiones, pero de tropas nuevas. Las de Octavio eran veteranas y acostumbradas á vencer; pero repugnaban combatir contra su antiguo jeneral.

Al tiempo de dar la batalla, los triunviros se reconciliaron por la mediacion de Mecénas, Polion y Cayo Nerva; y el casamiento de Antonio con Octavia, hermana de César, fué la prenda de su concordia. Repartieron el imperio de nuevo: á Octavio tocó el Occidente, á Antonio el Oriente y á Lépido el Africa.

Despues de este convenio, Octavio marchó contra Pompeyo que habia desembarcado en Italia. Mecénas procuró inutilmente impedir esta nueva efusion de sangre romana: con ese objeto solicitó la paz proponiendo el matrimonio de Octavio con Scribonia, parienta de Pompeyo. Este consintió en el casamiento, pero no en la paz; y despues de haber vencido en algunos reencuentros, encerró á Octavio en una posicion desventajosa, don-

de le tuvo á pique de perder el imperio y la vida.

Antonio acudió, le salvó del riesgo, é hizo una gran matanza en los pompeyanos. Despues de este suceso, se entablaron negociaciones, y los triunviros hicieron la paz con Pompeyo, dejándole á Sicilia, Sardinia, Córsica y el Peloponeso, prometiéndole el consulado y dándole ocho millones de indemnizacion por los gastos de la guerra.

Este tratado se firmó en una conferencia que celebraron los triunviros en el buque principal de la armada de Pompeyo. Durante el convite que hubo despues de la conferencia, Menas, liberto de Pompeyo, vino á proponerle en secreto levar el ancla, matar á sus convidados y hacerse dueño del imperio. Pompeyo le respondió: «Debias haberlo hecho sin decírmelo; pero pues me hablas de ello, te declaro que me opongo al proyecto y que no quiero ser perjuro.»

Antonio vivió algun tiempo en Roma, y como casi siempre perdiese jugando con Octavio, un astrólogo ejipcio, inspirado probablemente por Cleopatra, le predijo que su rival conservaria en todas las cosas el mismo ascendiente si no se alejaba de él. Antonio, crédulo por el amor, haciendo parcial de sus pasiones al cielo, salió de Roma y pasó el invierno en Atenas.

Ya habia muchos siglos que los atenienses no empleaban su injenio sino en dorar sus bajezas y hacer mas pomposas sus adulaciones. Comparando á Antonio á Baco, le dijeron en sus arengas que merecia ser esposo de Minerva, protectora de su ciudad. Antonio, menos crédulo y menos político que Alejandro, castigó amargamente aquella infame lisonja, porque aceptó el matrimonio, y les hizo pagar cien mil talentos por el dote de la nueva esposa.

Durante su mansion en Grecia, supo que su lugarteniente Ventidio, habia derrotado en tres batallas á los partos, y dado muerte en la última á Pacoro, hijo de Oródes rey de aquella nacion. Concedióse el triunfo á este jeneral, siendo de observar que el mismo Ventidio, jefe de un ejército de los aliados contra Roma en la guerra social, habia caido en poder de los romanos, y seguido como cautivo el carro del triunfo del padre del gran Pompeyo.

Envidioso Antonio de la gloria de su lugarteniente, y sintiendo renovarse en su pecho la pa-

sion de las armas, pasó al Asia, resuelto á superar los triunfos de Ventidio; pero arrebatado por su ardor, se adelantó imprudentemente, y se vió en el mismo peligro que Craso: mas reparó la imprudencia del ataque con la habilidad de la retirada. Probó con su valor y entereza que era digno de mandar á romanos: dió á los soldados el ejemplo de una constancia heróica para sufrir el calor, el cansancio, la escasez y el peligro: sostuvo con intrepidez catorce combates, y despues de una marcha tan larga como arriesgada, llegó á Siria con la mitad de su ejército, sitió la capital del rey de Comajene, que habia dado socorros á los partos, y le obligó á pagarle tributo.

Entretanto Octavio, que tenia tan poco respeto á las costumbres como á las leyes, repudió á Scribonia, su mujer, en el mismo dia que nació de ella Julia: y llevado de un amor criminal á Livia, esposa de Tiberio Neron, obligó á su marido á cedérsela, aunque estaba entonces embarazada de seis meses. Ya, para la desgracia del mundo, era madre de Tiberio.

En este tiempo habia en Roma tal desórden, que los triunviros nombraron hasta sesenta y siete pretores, y fué preciso un decreto del senado para impedir á uno de ellos presentarse en el circo á la vista del pueblo en las filas de los gladiadores.

El divorcio de Scribonia escitó el resentimiento de Pompeyo. Menas, que no habia podido persuadirle una traicion, se la hizo él mismo y entregó á Octavio sesenta de sus buques, y las islas de Sardinia y Córsica. Pompeyo reclamó su esclavo fujitivo: Octavio se negó á entregarlo y la guerra comenzó.

La mar fué el teatro de diferentes combates: en el de Cúmas quedó indecisa la victoria. Octavio fué completamente vencido en otra batalla que se dió junto á Scyla, y una tempestad disipó las reliquias de su armada. Pompeyo ensoberbecido por su triunfo, tomó el nombre de *hijo de Neptuno*, y perdió en las fiestas y regocijos de su victoria el tiempo á propósito para arruinar á su enemigo: ni desembarcó en Italia, como pudo hacerlo entonces sin ostáculo, ni sacó fruto alguno de su superioridad marítima, dejando escapar la ocasion que le ofrecia la fortuna (1).

Octavio reunió nuevas fuerzas y se puso en estado de resis-

(1) 716.

tirle. Cumplidos los cinco años del triunvirato, los triunviros lo prorogaron para otros cinco años por su propia autoridad.

En el Oriente, Herodes destronó la familia de los Macabeos, y ausiliado por los romanos se ciñó la corona de Judea. En el Occidente amenazó á la provincia Narbonesa una rebelion de los galos. Agripa, cónsul, lugarteniente y amigo de Octavio, les salió al encuentro, los venció en muchos combates y los obligó á someterse. El senado quiso darle los onores del triunfo; mas él los reusó, temiendo humillar con ellos al triunviro, vencido poco antes. Este rasgo de adulacion de un cónsul anunciaba suficientemente la caida de la república.

Agripa, ilustrando el reinado de su amo con sus proyectos y victorias, reunió el lago Lucrino con el Averno, y formó de ambos un puerto magnífico, al cual dió el nombre de Julio. El temblor de tierra de 1538 destruyó todo lo que aun habia de esta famosa obra.

Muerte de Pompeyo y destitucion de Lepido.—(A. M. 3965. —A. C. 32.) Octavio, resuelto á vengar su derrota, invitó á los demás triunviros á unirse á él contra Pompeyo. Antonio le envió ciento veinte bajeles, y Lépido le trajo una escuadra numerosa y doce lejiones.

Los vientos, que ya se habian mostrado favorables á Pompeyo, dispersaron otra vez la armada de sus enemigos, con lo que llegó al estremo su orgullo pueril. Dejó la púrpura, vistióse un manto, cuyo color verde semejaba al de las aguas del mar, y se creyó hijo verdadero de Neptuno.

Octavio reparó su escuadra, tomó el mando de una parte de ella, tentó de nuevo la suerte de las armas y fué vencido. Agripa, que mandaba el resto de sus buques, fué mas feliz y se apoderó de Tindarium, ciudad de Sicilia. Octavio, aprovechándose de esta ventaja, desembarcó en la isla veintiuna lejiones. Pompeyo le propuso en este momento terminar la querella por una batalla jeneral. Aceptóse el desafio, y trescientos buques pelearon de una y otra parte con encarnizamiento. Agripa decidió la victoria por su habilidad, y destruyó enteramente la armada de Pompeyo. El hijo de Neptuno huyó con diezisiete naves, fué al Asia á buscar aliados, y encontró la muerte, que le dieron los lugartenientes de Antonio.

Lépido, tan presuntuoso como inepto, viéndose al frente de la mayor parte del ejército de tierra, quiso aprovecharse él solo de la victoria. Octavio sabia el poco aprecio del ejército á un jeneral tan mediano: desdeñándose de pelear con él, se presentó sin escolta en su campo, habló á los oficiales, arengó á los soldados, les recordó la gloria y el nombre de César, y al instante se pusieron todos bajo sus órdenes.

Lépido, temblando, avergonzado y destituido, no buscó recursos sino en su vileza: renunciando á los títulos de triunviro é *imperator*, y á la autoridad de jeneral, se despoja de sus insignias, y se arroja á los pies de Octavio, que le permitió vivir desterrado en Circeyos, ciudad de Italia, y conservar la dignidad de sumo pontífice. Lépido, no se habia elevado sino por el capricho de la fortuna y la amistad de César; y careció de las prendas que hacen célebres á los hombres.

Octavio envió al suplicio á los principales oficiales de Pompeyo; premió los servicios de Agrippa con una columna rostral, y recibió en Roma todos los omenajes que el miedo y la lisonja pudieron inventar y prodigar.

Despues de haberse mostrado feroz para llegar al poder, quiso parecer jeneroso para conservarlo; y por una anomalía casi única, la historia ha tenido que pintar en él dos hombres diferentes; á Octavio, tirano cruel y feroz, y á Augusto, monarca sabio, clemente, querido y respetado. Mereció por la suavidad de un largo reinado, el afecto del mismo pueblo al cual acostumbró al yugo. La tranquilidad interior, la gloria de los triunfos, el lujo, las fiestas, las artes y la literatura, pusieron en olvido la libertad. El universo adoró á Augusto, y la posteridad dió su nombre á aquel siglo.

Como Octavio no podia aspirar á la reputacion militar de Antonio, procuró minar el poder de este por la amenidad de su trato, por su jenerosidad y por la prudencia de su administracion: seguro de que su rival, entregado á las pasiones, aumentaria á cada instante el odio que inspiraba á los romanos su orgullo, la grosería de sus formas y sus escesivas liviandades.

Comenzó, pues, libertando la Italia de los bandidos que la infestaban, y restableciendo en ella la paz y la seguridad: consoló á Roma de sus desgracias, dando fin á las proscriciones; y

para ocultar el cetro, aborrecido siempre de los romanos, encubria su autoridad bajo formas republicanas. Presidia el senado como cónsul: dirijia el pueblo como tribuno: y cierto de su poder, dejaba una aparente libertad á los comicios y á las deliberaciones. Recompensaba con profusion las azañas de sus jenerales: lisonjeaba la vanidad de los poderosos con las majistraturas elevadas: satisfacia al pueblo con sus liberalidades, juegos y fiestas: lo separaba de los negocios, entreteniéndolo con diversiones: animaba la literatura: protejia las artes y embellecia la capital con muchos y grandiosos monumentos.

Para ser digno de mandar á los romanos, era preciso sostener su gloria. Octavio, venciendo su natural aversion á los combates, hizo tres años la guerra con buen suceso á los dalmatas y pannonios: se espuso para merecer el imperio á los peligros que temia; y construyó en Roma con los despojos de la victoria un soberbio pórtico, en el cual colocó la biblioteca que llamó *Octavia*, del nombre de su hermana; pero lo que mas le concilió el afecto de los romanos, fué una accion jenerosa y que no se esperaba del autor de las proscriciones. Cuando Sesto Pompeyo fué asesinado en Siria, se hallaron entre sus papeles las cartas de muchos senadores, cuyo contenido podia despestar sospechas, escitar turbulencias y y promover venganzas. Octavio, á quien se enviaron, en lugar de leerlas, las hizo quemar en la plaza pública, declarando que en lo sucesivo sacrificaria su seguridad personal á la tranquilidad de todos; que el interés de la patria sería constantemente el suyo; que estaba tambien dispuesto á abdicar su autoridad cuando Antonio hubiese triunfado de los partos.

Esta accion y estas palabras escitaron el júbilo en el pueblo, que cree siempre lo que desea, y que enajenado por su gratitud, abandonando la sombra de libertad que se le mostraba, creó á Octavio tribuno perpétuo. En muchas ciudades de Italia le elevaron templos. Los tiempos eran tan infelices, que un acto de clemencia y de jenerosidad parecia el beneficio de un dios.

Mientras Octavio merecia con una conducta, tan nueva en él, el nombre de Augusto que recibió despues y que le daremos en lo sucesivo, Antonio trabajaba en su propia ruina, en-

tregado al orgullo, al amor y al deleite. Olvidando el lazo que le unia á la virtuosa Octavia, volvió al yugo de Cleopatra, la siguió á Ejipto, consumió los tesoros de Oriente en orjías y locas diversiones, hizo matar á Artabazo, rey de Armenia, porque no rendia omenajes á su ídolo, y desmembró varias veces el imperio romano para aumentar el reino de Cleopatra.

Los desórdenes de Antonio, haciéndolo odioso á los romanos, lisonjeaban las esperanzas de Augusto, que previa con un secreto placer la caida del único ostáculo opuesto á su ambicion.

Los amigos de Antonio le escribieron dándole noticia de la indignacion que escitaban en Roma su conducta escandalosa y la cesion de provincias á sus hijos ilejítimos. Antonio dobló el descontento con su respuesta, que era una apolojía ridídula de sus debilidades. En lugar de prometer la revocacion de sus culpables dones, decia: «Que la grandeza romana no se manifestaba tanto en conquistar como en distribuir el pais conquistado: que los héroes aumentaban su celebridad dejando en los diversos reinos de la tierra una sucesion numerosa, nobles ramas de un tronco inmortal. Hércules, añadia, cuyo descendiente soy, no se limitó á los lazos del matrimonio, y onró con su amor las bellezas mas peregrinas de las tres partes del mundo, para dejar en todas herederos de su gloria, de su nombre y de su valor.» Este esceso de demencia y orgullo le quitó los partidarios que tenia en Italia, que siguieron todos la fortuna de su prudente competidor.

Por grande que fuese la ventaja con que Augusto podia atacar á un enemigo que se arruinaba á sí mismo, disimuló sin embargo sus verdaderos sentimientos, y tomó en apariencias todos los medios á propósito para evitar una nueva guerra, cuya odiosidad queria que recayese sobre Antonio. Parecióle su hermana Octavia el instrumento mas á propósito para lograrlo. Su virtud y bondad eran admiradas en Roma: habia reconciliado ya en varias ocasiones á su hermano y á su esposo: y el imperio, fatigado de las guerras civiles, la miraba como el único lazo de los triunviros, como la prenda mas sagrada de la traquilidad pública.

Augusto, pues, la hizo salir de Roma para que se reuniese con su marido, esperando que los celos de Cleopatra la espondrian á

alguna injuria que justificase el rompimiento. Su esperanza no fué engañada. Apenas supo Antonio por una carta de Octavia, que habia llegado á Grecia, la artificiosa ejipcia finjió una profunda melancolía, se desizo en llanto y aun se resistió á tomar alimento. Su débil amate no pudo resistir al espectáculo de su dolor: insensible á los encantos de Octavia, arrostrando la ira de Octavio y el desprecio de los romanos y aun renunciando á vengarse de los partos, contra quienes se dirijia, mandó á la desgraciada Octavia se volviese á Roma, y se sepultó en Ejipto, resuelto á entregar al capricho de aquella mujer peligrosa no solo el Oriente, sino todo el imperio y la misma ciudad de Roma.

Informado Augusto del ultraje hecho á su hermana, dió cuenta de él al senado: á pesar de las lágrimas de Octavia, se quejó de Antonio, y manifestó el proyecto de vengarse de él si no daba á la república y á su coléga la satisfaccion conveniente.

Como Antonio creia entonces la guerra inevitable, resolvió quejarse primero de la conducta de Octavio para dar á su causa alguna apariencia de justicia. Le acusó por la invasion de Sicilia, la destitucion de Lépido, y la usurpacion de los gobiernos y provincias de este triunviro y de Pompeyo.

Octavio respondió con una ironía maligna, que la mala conducta de Lépido habia sido la causa de su ruina: que le daria parte de la Sicilia y del Africa cuando se le diese á él lo que le tocaba del reino de Armenia; y que las lejiones del Oriente no debian ambicionar algunas tierras de mediana calidad en Europa, cuando probablemente se habrian enriquecido muchísimo bajo su esforzado jeneral en el pais de los medos y los partos.

Guerra civil entre Augusto y Antonio.—(A. M. 3970.—A. C. 34.) Esta respuesta era una declaracion de guerra. Antonio envió á Europa dieziseis lejiones, y marchó con Cleopatra á Efeso, donde le esperaba una escuadra de seiscientos bajeles. La reina le dió doscientos de los suyos, le regaló ocho mil talentos, y proveyó de víveres á todo el ejército. Domicio, lugarteniente de Antonio, le aconsejó que separase de su lado á la reina, y que olvidase por algunos momentos su amor para entregarse á la gloria; pero Canidio, seducido por Cleopatra, representó al triunviro que si

ésta se volvia á Alejandría, quedaria privado de la cooperacion de la escuadra ejipcia. Los consejos que lisonjean á las pasiones son únicamente los que se escuchan. La reina triunfó, y siguió á Samos á Antonio, que olvidó entre fiestas y banquetes la actividad, madre de la victoria, por la cual habia merecido la confianza de Julio César.

Rodeado de reyes sujetos á su poder, y ébrio de deleites, mandó celebrar un gran sacrificio, para el cual envió un buey cada ciudad de Grecia. Despues de este sacrificio, la tropa aduladora de los esclavos coronados prodigó los tesoros del Asia en fiestas y regocijos que apenas hubieran convenido en una gran victoria. Este letargo de Antonio fué la causa de que triunfase Augusto. La Italia, agotada por las guerras y calamidades anteriores, le suministraba con lentitud los tributos, los hombres y las armas de que tenia necesidad; y veia con terror conjuradas contra ella todas las fuerzas del Oriente. Temia además los talentos militares de Antonio; y si éste se hubiese apresurado á atacar á su enemigo, Roma, para evitar la efusion de sangre, viendo ya imposible el restablecimiento de la república, quizá se le hubiera sometido.

Pero el miedo que él y sus numerosos ejércitos causaban, se disipó cuando se supo la escandalosa embriaguez en que estaba sumido; y se le despreció porque ya era un sátrapa y no un romano. Al mismo tiempo la casualidad, ó la traicion, pusieron en manos de Augusto una copia del testamento de Antonio, á la cual dió toda publicidad. Vióse en ella con indignacion que mandaba, si moria en Roma, que su cadáver fuese llevado á Ejipto. El odio añadió que pensaba hacer á Cleopatra reina de Roma, y fijar en Alejandría la capital del imperio.

El furor se apoderó de todas las almas. Augusto, manifestando mas desprecio que ira, declaró la guerra solo á Cleopatra, y afectó considerar á Antonio como despojado de la autoridad, pues la habia repartido con una reina estranjera.

El decreto del senado decia que «habiendo Antonio perdido »su razon por los filtros de Cleo»patra, contra esta debia pelear»se, contra Charmion é Iras, sus »esclavas, y contra el eunuco »Mardion, su valido y conseje»ro, y no contra la víctima de »sus hechizos.» Este mismo decreto prometia grandes recom-

pensas á los que abandonasen á Antonio.

La Italia, escitada por un senatoconsulto tan popular y tan humillante para el triunviro, cooperó á todas las medidas de Augusto. Formó almacenes, completó el ejército, tripuló y alimentó la escuadra. La prudente eleccion de subalternos contribuyó al buen écsito de su empresa. El pueblo estimaba las virtudes de Mecénas, favorecedor de las letras, las artes, la agricultura y el comercio: y el valiente Agrippa, elevado á las primeras dignidades del imperio, gozaba merecidamente de la confianza del ejército.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron oponer á Antonio, que mandaba ciento doce mil hombres, sin contar los aliados, y quinientos bajeles, mas que ochenta mil lejionarios, doce mil jinetes, y doscientas cincuenta naves. Augusto, habiendo reunido sus escuadras en Tarento y Brundusio, escribió á Antonio desafiándole á que desembarcase en Italia, y prometiéndole que se le dejaria desembarcar y acamparse á una jornada de la costa. Antonio respondió convidando á Augusto á singular batalla; y si no queria, á venir con su ejército á las llanuras de Farsalia, donde César y Pompeyo habian decidido su querella.

Batalla de Accio.—(A. M. 3971.—A. C. 33.) Augusto, mas activo que su rival, atravesó con prontitud el mar Jónio, y se apoderó de Torina, ciudad de Epiro. Antonio despertó en fin al estruendo de la guerra, salió de Samos con su armada, y vino á anclar junto al promontorio de Accio. A pesar de los consejos que le daban sus lugartenientes, prefirió la batalla naval á la terrestre por complacer á Cleopatra. Domicio, previendo su desastre, se escapó en un esquife y se pasó á Augusto. Antonio, en vez de perseguirlo, le envió jenerosamente sus esclavos y equipajes.

La última vez que pasó revista á sus lejiones, un veterano cubierto de heridas le dijo: «¿Por qué olvidas nuestro valor, »de que dan testimonio estas ci»catrices? ¿De cuándo acá has »desconfiado de nuestros aceros? »No entregues tu suerte á unos »leños ajitados del viento. Deja »á los ejipcios y fenicios los »combates navales. Nosotros, a»costumbrados á vencer ó á mo»rir sin retirarnos, peleemos en »tierra.» Antonio conmovido elojió su denuedo, y se em-

barcó para obedecer á la reina.

Pocos dias despues los vientos se calmaron, las escuadras se unieron, y se dió la batalla. Antonio confió su ala izquierda á Celio, el centro á Marco Octavio y á Marco Inteyo; y él con Valerio Publícola tomó el mando de la derecha. Canidio estaba al frente del ejército de tierra. Agrippa mandaba la escuadra enemiga bajo las órdenes de Augusto.

Al principio se quedaron las dos armadas inmóviles, una á la vista de otra, como dudosas de empeñar aquella lid sangrienta que iba á decidir el destino del mundo. Antonio fué el primero que mandó avanzar á su ala izquierda. Augusto retiró su derecha con el designio de atraer á su enemigo y alejarlo de las puntas del golfo para rodear con sus buques lijeros á los de Antonio, que eran mas pesados y maniobraban con mas dificultad. De este modo cada nave de Antonio tenia que pelear con muchas de Augusto.

Un movimiento hábil de Agrippa hizo que se desguarneciese el centro enemigo. A pesar de este desórden, la batalla se sostenia con tenacidad é igual pérdida de ambas partes: el ardor era el mismo en todos, y la victoria parecia indecisa, cuando Cleopatra, atemorizada, echó á huir con sus sesenta bajeles; y Antonio la siguió olvidado del imperio y de su onor, abandonando á los valientes que perecian por su causa. Sentado en la nave de la reina, con la cabeza entre las manos, sin atreverse á echarle en cara su ruina, no salió de su abatimiento hasta que vió acercarse algunos buques de Octavio que le perseguian. Se resuelve á pelear, no ya para vencer, sino en defensa del indigno objeto de su amor; rechaza á los contrarios, y llega al promontorio de Ténaro. Sabe allí la derrota de su escuadra, y envia órden á Canidio para que se retire al Asia con las lejiones atravesando la Macedonia.

Este ejército que le era tan fiel, no podia persuadirse que hubiese huido tan infamemente; y sus soldados, á quienes tantas veces habia conducido á la victoria, esperaban verle llegar de un instante á otro. Despues que supieron lo que Antonio habia hecho, resistieron aun siete dias á las ofertas de Augusto; pero al fin, abandonados por Canidio, que se escapó una noche, se determinaron á no combatir por el esclavo de una mujer, y completaron, sometiéndose, la victoria

de Augusto. Aun despues de la retirada de Antonio, disputó su escuadra el triunfo por mucho tiempo, y no se rindió hasta haber perdido cinco mil hombres y trescientos navíos.

Antonio supo en la costa de Africa que ya no tenia ejército: al principio quiso matarse; mas el deseo de volver á ver á Cleopatra le contuvo. Se encerró en Alejandría, donde se entregó ya al pesar, ya á una necia esperanza, pasando alternativamente de la soledad mas espantosa al bullicio loco de los placeres y deleites.

Augusto no le dejó tiempo para volver en sí de su delirio y buscar nuevos medios de defensa. Mientras que su ejército marchaba por la costa de Africa, desembarcó en Siria, y recibió los omenajes de todos los reyes, que pocos dias antes habian adulado á Antonio en Samos. Herodes, rey de Judea, fué uno de ellos; pero espresó tan noblemente su gratitud á Antonio, que ganó la amistad de su rival, y por su franqueza conservó la corona que otros príncipes debieron á sus bajas adulaciones.

Cleopatra, resuelta á hacer traicion á su amante, empezó una correspondencia con Augusto, cuyo objeto era, no tratar de la paz, como el ciego Antonio creia, sino preparar si era posible la conquista amorosa de su vencedor(1). Estas eran las miras de aquella mujer artificiosa: las de Antonio se reducian á que se le concediese pasar una vida ignominiosa á los pies de la reina. Augusto no respondió á las cartas de su rival, y dió á la reina secretas esperanzas. La traicion de Cleopatra puso en manos del vencedor la plaza de Pelusio; y las tropas romanas dieron vista á Alejandría. El valor de Antonio se animaba: sale al frente de algunos valerosos, acomete al enemigo y lo encierra en su campo. Alegre de su triunfo, vuelve á la vista de Cleopatra, y le presenta el guerrero que mas se habia distinguido en aquel combate. La reina le regaló una armadura de oro; pero el ingrato oficial, que unia el valor á la traicion, como sucede en las guerras civiles, desertó aquella misma noche al campamento de Augusto.

Antonio desafió á este segunda vez: su competidor le respondió que «elijiese otro jénero de »muerte.» Viendo su ruina in-

(1) Véase esta materia en el tomo I, en que hemos hablado de Cleopatra y de Antonio.

evitable, determinó perecer gloriosamente como un romano, peleando con el enemigo. Reune las fuerzas y las naves que le quedaban y se presenta en batalla. La tropa de los buques saludó á Augusto por jeneral, la caballería siguió su ejemplo, y la infantería hubo de rendirse aunque á pesar suyo.

El infeliz Antonio conoció entonces que Cleopatra le habia hecho traicion. La reina, temiendo su enojo, se escondió en un sepulcro y esparció la noticia de que se habia dado la muerte. Antonio se arroja sobre su espada: prócsimo ya á morir, sabe que Cleopatra vive, penetra en su cuarto y muere á su lado, consolándose con que no habia perdido el onor, pues su vencedor era un romano. Presentaron su espada á Augusto, que finjió llorar inútilmente porque no fué creido de nadie. Libre de su rival, deseaba, para que nada faltase á su triunfo, encadenar y llevar á Roma detrás de su carro, á la ambiciosa amante de los señores del mundo; pero Cleopatra no queria abrirle las puertas del sepulcro, y le suplicaba que conservase su reino á los hijos que habia tenido de Julio César y de Marco Antonio.

Próculo, oficial de Augusto, escaló el edificio que la servia de asilo y le arrancó el puñal con que queria atravesarse. Augusto entró con mucha pompa en la ciudad de Alejandría: los habitantes imploraron postrados su perdon, que concedió por respeto á la memoria de Alejandro. Visitó el sepulcro de este héroe y puso flores sobre su ataud. Quisieron mostrarle despues la tumba de los Ptolemeos, y él respondió: *no he venido á ver cadáveres, sino un rey*. Permitió á Cleopatra que hiciese magníficos funerales á Antonio.

Esta reina, conociendo la suerte que la esperaba, á pesar de las palabras consoladoras y artificiosas de Augusto, despues de haber empleado para vencerle todas las artes de la hermosura y del injenio, se dió la muerte, aplicándose á los pechos unos áspides, que hizo traer encubiertos en un canastillo de frutas (1). Augusto mancilló su victoria con la muerte de Cesarion. El señor del mundo tuvo miedo á un niño, y la ambicion aogó la voz de la virtud y de la sangre. Concedió la vida á los hijos de Antonio, redujo el Ejipto

(1) Véase el tomo I, paj. 96.

á provincia romana, y volvió á Italia donde fué recibido con alegría universal, cubriéndose con el velo de la gloria la ruina de la república. Su triunfo duró tres dias: cerró el templo de Jano, que habia estado abierto doscientos cinco años, y gozó en paz y sin ostáculos del imperio del mundo.

Así acabó la república romana: no pereció, como las de Grecia, á manos de conquistadores estranjeros, ni como Cartago, por el triunfo de una potencia rival: no se estinguió, como otros estados, en la languidez de una vergonzosa senectud. Soberana de los reyes, vencedora de los pueblos mas belicosos, dueña de las tres partes del mundo, no podia morir sino por sus propias manos.

REFLECSIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA REPUBLICA ROMANA.

La historia de todas las naciones prueba que hay una convencion inseparable entre la moral de un pueblo y su prosperidad política; pero ninguna demuestra esta verdad con mas fuerza y evidencia que la de la república romana. Limitar á las repúblicas solas la necesidad de la virtud como principio, es una nocion quimérica, que tiene consecuencias peligrosas. *¿Quid leges sine moribus vanæ proficiunt?* De nada sirven las leyes sin costumbres: es una verdad igualmente aplicable á todos los gobiernos; y ningun sistema político, por escelente que sea su estructura, puede durar, si en los principios y costumbres del pueblo falta el cimiento seguro de la virtud.

El amor de la patria y el deseo de una libertad racional, son sentimientos nobles y virtuosos; y su ecsistencia siempre es una prueba de integridad en la moral nacional. Empero ninguna voz se ha prostituido mas que la de LIBERTAD. En un pueblo corrompido se oyen clamar por ella con mas ainco á los mas abandonados y perversos. En boca de estos no significa patriotismo, sino aversion á un freno saludable; y el carácter personal del demagogo y las costumbres de sus partidarios siempre bastan á quitarles la máscara. Es imposible que el espíritu de patriotismo y una corrupcion jeneral de costumbres coecsistan en el mismo siglo y en la misma nacion. La España de 1842 es una prueba convincente.

Por otra parte, cuando las costumbres de un pueblo son puras, no hay infortunio público irre-

parable, ni situacion política en que deba desesperarse de una mudanza ventajosa. En estos casos, el espíritu de patriotismo, difundido en todas las clases del estado, restablecerá muy pronto la prosperidad pública. Así lo acreditan la historia del pueblo romano y de los griegos en varias crisis de onor é infortunio.

Por lo que queda narrado de la historia, se ve que el carácter nacional de los romanos empeoró mas visiblemente desde la destruccion de su rival Cartago. Salustio indica la causa. *Ante Cartajinem deletam metus hostilis in bonis artibus civitatem retinebat. Sed ubi illa formido mentibus decessit, scilicet quæ secundæ res amant lascivia atque supervia invasere. Antes de la destruccion de Cartago, el temor del enemigo contenia al pueblo en la práctica de la virtud. Pero cuando se les disipó aquel recelo, se entregaron á la disolucion y á la soberbia, compañeras ordinarias de la prosperidad.*

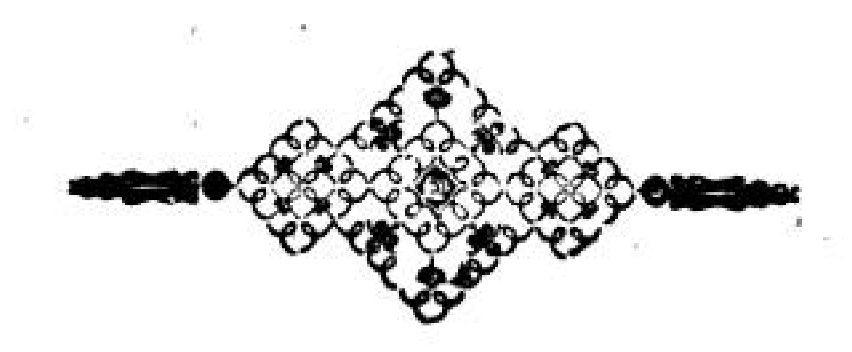
Los motivos de las conquistas romanas en los últimos tiempos de la república, fueron la avaricia y la ambicion, libres del freno de todo principio moral (1). Bastaba para emprender una guerra que un pais tentase la ambicion y rapacidad de los caudillos militares. La conquista de Italia abrió el camino á la reduccion de las naciones estranjeras. De aquí tomaron los romanos, con la riqueza de los pueblos que subyugaban, sus costumbres, su lujo y sus vicios. Los jenerales no volvian como antiguamente de una campaña á labrar la tierra, á pasar una vida templada é industriosa. Ya eran gobernadores de reinos y provincias; y cuando concluia el término de sus empleos, no podian satisfacerse con menos que con ser soberanos de su patria. Los ejércitos, desmoralizados con el saqueo de reinos enteros, estaban prontos á favorecer todos sus proyectos ambiciosos; y el populacho, ganado por la corrupcion, siempre se declaró por el jefe que mejor podia pagarle su ayuda. Todas las elecciones se decidian por la fuerza ó el soborno, y se traian á Roma los habitantes de estados lejanos, que gozaban ya de la ciudadanía, para que á las órdenes de un demagogo influyesen en las cuestiones populares, é inclinasen la balanza á favor suyo. En un gobierno destruido así irreparablemente por la relajacion de sus resortes, importaba poco que un demago-

(1) Heredia.

go, usurpador ó tirano, consumase finalmente su pérdida.

La consideracion del engrandecimiento y ruina de los principales estados de la antigüedad, ha producido la opinion de que la constitucion de los imperios tiene, como el cuerpo humano, sus periodos de aumento, madurez, decadencia y estincion. Pero los argumentos de analojía son quizá engañosos, particularmente cuando la analojía es entre verdades físicas y morales. El cuerpo humano, por su estructura, está sujeto á decadencia forzosa, y perpétuamente sufre mudanzas por el transcurso del tiempo. Sus órganos, débiles al principio, llegan gradualmente á su fuerza perfecta, y luego, por una gradacion semejante, sigue su decadencia y disolucion. Esta es una ley inmutable de la naturaleza. Pero los resortes del cuerpo político no sufren necesariamente esta mudanza perpétua por la accion del tiempo. No progresan regularmente de la debilidad á la fuerza, y de esta á la decadencia y disolucion; ni están bajo la influencia de ningun principio de corrupcion que no pueda contenerse y aun cortarse de raiz con leyes saludables. Así es que el principio de la corrupcion de Esparta se atribuye á que Lisandro infrinjió las instituciones de Licurgo, introduciendo moneda de oro en el tesoro público, en lugar de la de hierro. ¿Pero esta medida era necesaria, ó inevitable? Acaso un solo voto en el senado hizo decretar su adopcion, y otro voto hubiera podido impedir ó dilatar mucho tiempo la ruina de aquel estado. La república romana debió su disolucion á la estension de sus dominios. Si hubiera sido crímen capital en Roma proponer que las armas de la república se llevasen fuera de Italia, su constitucion habria podido conservarse aun muchos siglos. «Acostumbraos, decia Focion á Aristias, á discernir en la suerte de las naciones la recompensa que el grande autor de la naturaleza ha señalado á la práctica de la virtud.» Ningun estado perdió su prosperidad, sino apartándose de las instituciones á que la debia. La historia nos dice que todos los estados ó imperios han tenido cierta duracion; pero instruyéndonos en las causas de su decadencia y ruina, nos inculca la leccion saludable de que las naciones, en jeneral, son árbitras de su destino, y pueden, y ciertamente deben aspirar á la inmortalidad.

Los políticos antiguos deseaban hallar una forma de gobierno que poseyese en sí misma la facultad de reformarse periódicamente, de contener cualquier aumento de autoridad en cualquiera de sus ramos, y de dar impulso á la máquina, ó hacer volver la constitucion á sus primeros principios. A la falta que tuvieron los estados antiguos de este poder, que en vano quisieron suplir con remedios parciales, como el ostracismo y petalismo, podemos atribuir en gran parte su decadencia y ruina; porque una vez destruido el equilibrio en sus gobiernos, empeoraba el mal diariamente, y no admitia otro remedio que una revolucion, ó trastorno de todo el sistema.



CAPITULO XV.

IMPERIO ROMANO.

LA REPÚBLICA TROCADA EN MONARQUIA MILITAR.

Gobierno de Augusto. — Reforma en el senado. — Finjida abdicacion de Augusto. — Su sobrenombre de *Augusto* y su título de *Imperator*. — Decreto de escepcion en favor de Augusto. — Política hábil de Augusto. — El Panteon terminado por Agrippa. — Retratos de Marcelo y de Tiberio. — Muerte de Marcelo. — Dictadura perpétua reusada por Augusto. — Vuelta de Augusto á Roma, y muerte de Virjilio. — Muerte de Agrippa. — Union de Tiberio y de Julia, mujer de Agrippa. — Victoria de Druso sobre los jermanos. — Victorias de Tiberio. — La paz cierra el templo de Jano. — Destierro y muerte de Ovidio. — Poder de Mecenas sobre Augusto. — Destierro de Tiberio. — Cayo César es nombrado cónsul y *príncipe de la juventud*. — Epoca del nacimiento de Cristo y de la muerte de Herodes. — Representacion de una naumaquia. — Victoria y muerte de Cayo. — Adopcion de Tiberio por Augusto. — Adopcion de Jermánico por Tiberio. — Conspiracion de Cinna contra Augusto. — Entrevista de Cinna y Augusto. — La Judea reducida á provincia romana. — Guerra en Jermania. — Venganza de Tiberio en Jermania. — Entrada triunfal de Tiberio en Roma. — Muerte de Augusto. — Lectura de su testamento.

La ecsistencia simultánea de muchos estados de una estension mediana ó limitada, es mas favorable al desarrollo del jenio que los grandes imperios. En estos, cuya solidez parecen garantir la masa y recursos multiplicados, el mérito de un hombre no basta para atraerse á la multitud; necesita además las ventajas de la fortuna, del nacimiento y del favor. Pero cuando los medios innobles conducen á los onores lo mismo que las virtudes, entonces se bastardean los caractéres, y muy luego no es el estado otra cosa que un cuerpo jigantesco sin alma. Tal fué la suerte de Roma; cuando no tuvo que temer nada del esterior, des-

apareció la especie de los grandes hombres. No habiendo ninguna ley que determine el órden de sucesion, vamos á ver cómo los emperadores, indignos la mayor parte de su rango, van á temer todo lo que pueda dar á los particulares una grandeza independiente. El nacimiento, las riquezas, la gloria adquirida en la administracion de los empleos, la virtud y aun el desprecio de las dignidades, van á ser para los césares y sus familias motivos de celos y de inquietud. El hombre que tenga sobrado atrevimiento y jenio para concebir el proyecto de elevarse á la posesion del poder supremo, y al que la opinion designe como mas virtuoso, ambos serán vijilados cuidadosamente y deben esperar una muerte violenta. Los mayores emperadores ni serán hijos de sus predecesores, ni descendientes de los conquistadores antiguos, sino soldados que deberán su elevacion á sus cualidades militares; aquellos que llegaren sin trabajo al trono, corrompidos antes de reinar, casi todos serán esclavos de sus pasiones ó de sus rameras. Veamos cómo va á desplegarse el lienzo á nuestros ojos.

La política refinada de Octavio Augusto no ha sido hasta aora sino la de un malvado que todo lo sacrifica al furor de establecer su injusta dominacion. Si no cambia de carácter y de principios, al menos ya no se bañará en sangre humana; todavia va á parecer buen príncipe porque lo ecsijirá su interés. Los aduladores le colmarán de elojios, el republicano le aborrecerá siempre como un opresor, y el hombre imparcial le aplaudirá algunas veces en el ejercicio de su autoridad.

AUGUSTO.

(Año del mundo 3974. — De Roma 723. — Antes de Cristo 30.)

Gobierno de Augusto.—La fortuna tiene á veces mas influencia que el jenio en el destino de los príncipes y de los pueblos, y los triunfos de los grandes hombres dependen mas de las circunstancias que de su talento. César, el mas hábil de los capitanes, el mas profundo de los políticos, orador elocuente, y vencedor compasivo, pereció bajo el puñal de los romanos cuando le vieron aspirar al supremo poder.

Octavio, soldado tímido, débil orador, jeneral mediano, casi siempre vencido cuando mandaba él mismo, mas cruel que Mario y Syla en sus venganzas, so-

metió á Roma á su yugo, y gozó tranquilamente durante cuarenta años, de un trono fundado sobre la ruina de la república.

«Augusto, dice Montesquieu, »estableció el órden, es decir, »una esclavitud durable; porque »en un estado libre en donde se a»caba de usurpar la soberanía, se »llama regla cuanto puede fun»dar la autoridad sin límites de »uno solo; y se llama turbulen»cia, disension y mal gobierno, »todo lo que puede mantener la »libertad de los súbditos.» Pero, puesto que los romanos debian cesar de ser libres, el órden que Augusto estableció, revistiendo una monarquía militar con las formas republicanas, satisfaciendo á losgrandes con dignidades y con dádivas al pueblo, comparado á los desórdenes de medio siglo de facciones y guerras civiles, borra una parte de las manchas de su memoria. Roma respira tranquilamente bajo su reinado, y esto es ya mucho tras los pasados orrores.

Las circunstancias no eran las mismas: la corrupcion de los grandes y el cansancio de los pueblos, habian derribado todas las barreras que podian contenerle: ya no halló ni la altivez que rechaza toda dependencia, ni la fuerza que rompe todas las cadenas: solo tuvo que contentar la vanidad pueril, que se satisfacia con la apariencia de las formas. Octavio triunfó mas bien con el artificio que con el valor, y donde la audácia hubiera sucumbido, se logró la astucia.

Sin embargo, á pesar de la inclinacion natural de aquella época á la paz y á la sumision, todavia se necesitaba mucho para pasar sin convulsiones de la república á la monarquía. Las tradiciones y los hábitos favorecian la libertad; y la muerte trájica y reciente de César debia asustar á Octavio.

Veíase sentado enmedio de los mismos senadores que aplaudieron la accion de Bruto: hallábase en presencia del mismo pueblo que habia arrancado la corona puesta sobre la cabeza del dictador; y contaba en las filas del ejército, su único apoyo, muchos soldados que acababan de combatir por Pompeyo, por Casio y por Antonio, contra César y contra él.

Faltábanle pretestos para conservar la autoridad: César estaba vengado; en la batalla de Accio terminó la guerra civil; la muerte de Antonio y Cleopatra habia espiado las injurias hechas á la república; el término del triunvirato habia espirado

ya; nada autorizaba la prorogacion de las leyes de circunstancias; y nada debia impedir el curso ordinario del antiguo réjimen. En esta posicion dificil, puso Augusto el mayor cuidado en disimular su ardiente ambicion. Decidido á reinar, finjió grande aversion á los negocios y á la dignidad suprema, único objeto de sus pensamientos y acciones. Algunos historiadores han dicho que consultó á sus dos favoritos Mecenas y Agrippa, sobre el partido que deberia adoptar: que Agrippa le aconsejó dar oidos á la justicia, restablecer la república, y buscar en la vida privada una gloria pura y una tranquilidad que la usurpacion no podia ofrecerle; y que Mecenas le aconsejó lo contrario, apoyado en la vasta estension del imperio, en la necesidad de un monarca, en las facciones que renacerian con la república en un siglo corrompido, y en la inseguridad que tendria Octavio despues de tantas proscriciones, si no buscaba en el trono su asilo.

Octavio, que probablemente estaba resuelto antes de consultar, dió grandes elojios á la franqueza de Agrippa, y siguió el consejo de Mecenas.

Reforma en el senado.—Resolvió pues no conservar el poder violentamente, sino lejitimar su autoridad por el consentimiento público, y hacer que el senado y el pueblo le obligasen en cierto modo á gobernarlos. Antes de ejecutar este designio, hizo en el senado una gran reforma, sopretesto de restituir su dignidad. Creyó necesario ganar el afecto del pueblo con fiestas y liberalidades, reparar muchas injurias antiguas con beneficios, y asegurar con la estimacion pública el poder que debia á la fuerza.

Antonio, despues del asesinato de César, por medio de falsos decretos, que suponia firmados de mano del dictador, llenó el senado de muchos partidarios suyos, hombres sin nacimiento, mérito ni fortuna. El pueblo los llamaba *caronitas*, para dar á entender que habian sido nombrados por un muerto. Este desórden creció en el triunvirato. Octavio, quiso separar de aquella corporacion ilustre á todos los que mancillaban su esplendor, y propuso la reforma con tantos miramientos y habilidad, que de cuatrocientos senadores escluidos por la ley que presentó, mas de doscientos hicieron voluntariamente su dimision, y recibieron el premio de su docilidad en

títulos onoríficos ó empleos lucrativos. Los demás fueron depuestos. Durante esta negociacion, Augusto llevó siempre una coraza debajo de su toga, y no se presentó en las asambleas sino rodeado de algunos senadores, cuyo valor y fidelidad tenia esperimentados.

Entonces no gobernaba sino con el título de cónsul, y aceptó el de *príncipe del senado*, para conservar la presidencia de este cuerpo. Se le habia conferido el consulado por seis años. Como al mismo tiempo era censor, renovó la ceremonia de la clausura del lustro, interrumpida durante las guerras civiles. El censo dió cuatro millones ciento sesenta y tres mil ciudadanos. Augusto restableció con sus liberalidades varias familias de senadores, embelleció la ciudad con muchos y magníficos monumentos, y entregó á los pretores el depósito del tesoro público, encargado hasta entonces imprudentemente á cuestores jóvenes. Pero de todos sus actos, el que escitó en el pueblo mas gratitud y alegría, fué la anulacion de todos los decretos de los triunviros. Esta accion reprobaba su conducta anterior, borraba lo pasado de la memoria de los hombres, y prometia un porvenir mas venturoso.

En los años 725 de Roma, Octavio tuvo á Agrippa por coléga en el consulado. Con el ausilio de este amigo ilustrado y ministro fiel, restableció la tranquilidad en las provincias, la disciplina en el ejército, y la majestad en el senado; se reconcilió con los vencidos, distribuyó empleos, mandos, dignidades y gracias pecuniarias; de modo que solo hubo dos caminos abiertos á los romanos, el de la sumision, que conducia á los onores y á la fortuna, y el de la resistencia, que condenaba los ostinados amigos de la república á la inaccion y oscuridad.

Finjida abdicacion de Augusto.—Cuando Augusto juzgó que los ánimos estaban dispuestos al desenlace que meditaba, habiendo concluido uno de sus consulados, se presentó en el senado, y dijo que renunciaba á todos los poderes estraordinarios que tenia de la república. Cuanto menos sincero era este paso, tanto mas arte empleó para que se creyese en la pureza de sus intenciones. «Nadie dudará, dijo, de »la franqueza de una abdicacion »tan voluntaria: los reyes es»tranjeros están unidos á mis in»tereses: he recibido del ejérci»to las mayores pruebas de afec-

»to y obediencia: el pueblo y las »provincias me consideran co»mo la garantía de su reposo, y »todos los partidarios, como su »único lazo: los facciosos y per»versos me temen como el so»lo ostáculo insuperable á sus »designios. En semejante situa»cion, si quisiera conservar el »mando, nadie podria dispu»tármelo. Pero es justo restituir »á cada uno el ejercicio de sus »derechos, al senado su autori»dad, al pueblo su independen»cia, á las leyes su vigor. El sa»crificio del poder al bien públi»co me parece mas onorífico que »las mayores victorias: á mis o»jos la gloria principal de César »fué haber renunciado la diade»ma, y la mia será la abdicacion »de la suprema autoridad. Al »principio tomé las armas para »vengar á mi padre: despues, á »pesar mio, me he visto obliga»do á conservar el peso del go»bierno para libertar á la repú»blica de las facciones que la »destrozaban. César está venga»do, las facciones destruidas, y »sometidos los estranjeros. Rei»na el órden en el interior: á »precio de mi sangre, á peligro »de mi vida, he salvado la repú»blica y hecho respetar sus ar»mas desde el mar de Etiopia »hasta el Támesis, desde el Eu»frates hasta las columnas de »Hércules: he cerrado el tem»plo de Jano. Ya ¿qué tengo »que desear sino el descanso y »el retiro? ¿Qué gloria puedo ad»quirir sino la de ver el estado »libre y floreciente gobernar»se por sabias leyes, y recobrar »sus antiguas costumbres?»

A estas palabras añadió prudentes consejos sobre el gobierno del estado, y recomendó al pueblo la precaucion contra las intrigas y facciones: á los senadores, la moderacion de su orgullo, la reforma de su lujo y de su ambicion, fuentes de odio y de discordia; y á los procónsules y pretores, que no hiciesen aborrecible el nombre romano con sus escandalosas vejaciones. «Si »así lo haceis, dijo al terminar »su discurso, colmareis mis vo»tos, asegurareis vuestra gloria »y la prosperidad de mi patria; »pero si despreciais mis conse»jos, y arrastrados de la ambi»cion y codicia entregais otra »vez la república al funesto azo»te de las guerras civiles, hareis »que me arrepienta de mis sa»crificios, y volvereis á caer en »las desgracias de que os he li»bertado.»

Los senadores escuchaban á César con la admiracion que debia escitar un paso semejante.

Los que no estaban en su confidencia, aplaudieron mucho su jenerosidad; mas se guardaron de apoyar su proposicion. Los que le creian sincero, pero cansados de facciones preferian los favores de la fortuna á las tempestades de la libertad, y el reposo de la monarquía á las convulsiones republicanas, manifestaron el pesar que les causaba la renuncia. El temor impedia á los amantes de la república aceptar el sacrificio que les ofrecia, y la vergüenza contenia á los que hubieran querido hablar en favor de la servidumbre. En fin, todos se reunieron para suplicarle que abandonase una resolucion tan funesta á la tranquilidad pública.

Despues de una resistencia mas larga que animada, Augusto obedeció y se sometió á conservar el supremo poder: sin embargo, á pretesto de que el peso del gobierno era demasiado grande para él solo, quiso partir con el senado las provincias del imperio. En esta particion escojió para sí los gobiernos mas espuestos á los ataques de los enemigos, y donde habia por consiguiente mayor número de tropas; y así conservó bajo su dependencia la verdadera fuente del poder, que era el ejército.

El senado tuvo la administracion del Africa, Bética (en España), Grecia, Asia menor, Sicilia, Ponto, Creta y Cerdeña. Augusto se reservó lo demás de España, las Galias, la Siria, la Fenicia y el Ejipto.

La Italia y Roma parecian gobernarse por las antiguas leyes. Octavio mandaba como monarca bajo el velo de la libertad, porque sabia que todo se puede quitar á los hombres, con tal que se les deje la esperanza. No aceptó mas que por diez años el sacrificio que Roma le hacia de su libertad; y mientras vivió, empleando siempre el mismo artificio para producir la misma ilusion, renovó su oferta de abdicacion, y prorogó su autoridad, ya por cinco, ya por diez años.

Su sobrenombre de augusto y su titulo de imperator.—Mesala, á quien el senado encargó espresarle el reconocimiento de los romanos, le dió en nombre de todos el título de *Augusto*, equivalente en cierta manera al de *sagrado*. Prefiriólo al de Rómulo, que querian darle, porque este recordaba el trono, odioso siempre al pueblo. Por lo demás, su autoridad no se apoyó en ninguna denominacion nueva: sabia que la muchedumbre se gobierna mas con palabras que con co-

sas, y que los nombres mas antiguos son los mas respetados. El de rey hubiera causado una revolucion: el de imperator ó emperador, estaba ya en uso y no incomodó á nadie. Bajo este título reinó, y el esplendor de la nueva monarquía militar lo hizo bien pronto superior al de rey.

Pompeyo habia gozado de una autoridad casi absoluta con esta denominacion. Cuando los jenerales llegaron á ser soberanos, la espada fué su cetro, el ejército su apoyo; pero este mismo ejército fué el escollo de los emperadores, como el pueblo lo habia sido del senado. La muchedumbre y las tropas son los instrumentos de que se valen los ambiciosos para trastornar las monarquías y las repúblicas: sin embargo, en el reinado de Augusto los títulos civiles de que gozaba, parecian templar el poder militar. Como cónsul, ejecutaba las leyes en Roma; como procónsul, en las provincias: como tribuno, era inviolable: como censor, inspeccionaba las costumbres; y cuando Lépido murió, el sumo pontificado puso en sus manos el poder relijioso.

Siempre atento á hacer olvidar que era el dueño de la patria, tomó el título de padre; y este nombre, dado á Ciceron cuando salvó la república, se confirió unánimemente á Augusto por haberla destruido.

Decreto de escepcion a favor de Augusto.—El emperador se aprovechaba de todos los yerros cometidos por el gobierno republicano para aumentar su poder. Como Pompeyo y Scipion recibieron del senado la dispensa de edad para ser cónsules, Augusto obtuvo del senado y del pueblo un decreto que le libertaba de la observancia de las leyes; de modo que su administracion, sometida en la apariencia á las reglas republicanas, fué no solo monárquica, sino absoluta, y el imperio romano la mezcla monstruosa de la república y del despotismo. Dióse este decreto el año 725 de Roma, desde el cual empiezan á contar la mayor parte de los historiadores el reinado de Augusto.

Nos admiramos de que un pueblo, acabando de derramar tanta sangre por la libertad, cediese tan cobardemente á los caprichos de un hombre; pero la necesidad del reposo, la memoria de lo pasado y la habilidad de Augusto, los tranquilizaba. En otro tiempo habian confiado los romanos á los dictadores el poder absoluto sin dejar de ser li-

bres; y creyeron, viéndose destrozados por las guerras civiles, que podian adoptar sin inconveniente este remedio durante diez años. La política artificiosa del emperador les hacia creer que devolveria á Roma la autoridad confiada. Un carácter mas decidido los hubiera desengañado: la aparente modestia y suavidad de Augusto los sedujo, y se durmieron en los brazos de la tiranía soñando siempre en la libertad.

Esta ilusion puede esplicarse porque la república conservaba todos sus derechos: Augusto habia recibido su autoridad del senado y del pueblo, que podian ó recojerla ó prorogarla. Por otra parte, este príncipe hábil dió siempre á los senadores y á los tribunos gran parte en el ejercicio de la soberanía. Los ediles presidian á los juegos, los pretores á los juicios: el pueblo daba su voto en las elecciones y nombraba los colégas del emperador en las diversas funciones que ejercia. Los embajadores de los príncipes estranjeros pedian audiencia al senado. Augusto invitaba á este cuerpo á deliberar sobre todos los negocios de importancia; y si se reservaba la decision de los mas urjentes, los sometia á la discusion de un consejo privado, compuesto de los cónsules y quince senadores.

HABIL POLITICA DE AUGUSTO.— Mientras mas aumentaba su autoridad, mas la encubria con formas populares y modestas. En lugar de habitar un palacio como Lúculo y Pompeyo, se contentaba con una casa mediana, donde en otro tiempo habia vivido el orador Hortensio. No brillaba el lujo en su mesa ni en sus vestidos: en los espectáculos se sentaba en los bancos de los senadores y de los cónsules. Cumplia escrupulosamente los deberes privados de los ciudadanos: asistia á las bodas ó funerales de sus amigos, defendia sus causas, solicitaba á favor de ellos sufrajios del pueblo, pronunciaba en público su elojio fúnebre, y pedia al senado las gracias y dignidades que deseaba obtener para los individuos de su familia.

Así, aunque el cuerpo de la república estaba sin vida, su sombra aterraba al universo con su grandeza majestuosa. Augusto buscaba por colégas en el consulado los personajes mas ilustres de la república. Daba el gobierno de las provincias á los consulares ó á los senadores mas esclarecidos, satisfaciendo su vanidad con un poder civil muy li-

mitado, un título onorífico, lictores, hazes y omenajes; pero la verdadera autoridad de las provincias estaba confiada á los lugartenientes militares del emperador.

Habia creado en Roma un prefecto que recibia sus órdenes y las ejecutaba; de modo que los majistrados de la república solo poseian la parte ceremonial del gobierno.

El pueblo fué mas dificil de engañar que el senado: no se atrevió Augusto á quitarle el derecho de sancionar las leyes, y la plebe no queria que este derecho fuese ilusorio. Mientras el emperador estaba en Roma, dirijia á su arbitrio las elecciones de la muchedumbre; pero en su ausencia hubo tumultos y movimientos sediciosos. Por eso, despues de muerto Augusto, Tiberio transfirió al senado, que se mostraba mas servil, el derecho que el pueblo tenia de eleccion.

Además, si el órden y el descanso pueden recompensar la pérdida de la libertad, los romanos los gozaron plenamente, y Augusto ejerció con tanta justicia y dulzura un poder arbitrario, que los republicanos debieron echarle en cara ser el mas peligroso de los déspotas, porque hizo amable la autoridad absoluta.

Cerrado el templo de Jano, aogadas las facciones, restituidos los bienes á los proscritos, el vigor á las leyes, la fuerza á los tribunales, la disciplina á los ejércitos, el respeto á la relijion, la libertad al comercio, la seguridad á la agricultura y promovidas las letras y las artes, el mundo entero logró una paz y felicidad no conocida hasta entonces; —eso quiere decir *paz octaviana*. Horacio ha descrito en hermosos versos el cuadro admirable de esta época tranquila «en que los romanos, sin temor »de las armas estranjeras ni de »las guerras civiles, veian enfre»nada la licencia, y la virtud ven»gada del vicio. El agricultor »recojia tranquilo ricas mieses: »el buey trazaba sin peligro el »pacífico surco: las provincias no »estaban ya entregadas á la inso»lente avaricia de los pretores »ni á la violencia de los feroces »soldados.»

Lo que prueba mas que el incienso de los poetas, la sabiduría del gobierno de Augusto, es su esterilidad para la historia, á la cual no ofrece ninguno de estos sucesos que brillan en la posteridad á costa de la sangre y del llanto de los contemporáneos.

¡Qué omenajes no hubiera merecido Octavio, si mas previ-

sor hubiera obligado á sus sucesores á no salir de los límites que su moderacion le ponia á él mismo! Si declarando hereditario el trono, en lugar de conservar las formas electivas, ya vanas y peligrosas, hubiera cimentado el poder sobre una base mas sólida á la sombra de leyes sábias é instituciones fuertes! En fin, si hubiera garantido la libertad pública de la tiranía del príncipe, como la preservó de las tempestades populares! Pero haciéndose amar por su moderacion, no trabajó sino para sí mismo. La suerte futura de su patria bajo sus sucesores no le mereció un pensamiento; y no supo ó no quiso ver que el poder aislado es tanto mas frájil cuanto mas se eleva, y que no hay solidez donde no hay base.

Un príncipe, cuyo título mismo anunciaba que debia el trono á la victoria, no quiso que sus soldados se acostrumbrasen á no verle. Partió, pues, para la Galia, donde Mesala, su lugarteniente, acababa de sosegar una rebelion. La presencia del emperador acabó de someter este pais á la policía y leyes romanas, que dieron á los galos paz, ilustracion y felicidad, y al mismo tiempo afeminacion y molicie;—así perdieron el vigor para resistir á los pueblos bárbaros de Jermania.

En este mismo tiempo concibió el proyecto de hacerse independiente Galo, prefecto del Ejipto; pero las circunstancias no eran favorables á un designio de esta especie: el imperio romano estaba pacífico y no queria que se turbarse su reposo. Galo, abandonado por las tropas, fué destituido. Un castigo tan suave pareció poco al senado y le desterró; pero Mecenas, amigo constante de las letras, consiguió la restitucion de aquel majistrado infiel, aunque buen poeta. Augusto tuvo durante todo su reinado la habilidad de dejar al senado los rigores, y reservar para sí los actos de clemencia y jenerosidad.

El panteon terminado por Agrippa.—Durante su ausencia, Agrippa, encargardo de embellecer la capital, terminó el soberbio edificio del panteon, que en su recinto semicircular reunia todos los dioses del universo, como Roma bajo sus leyes todos los pueblos del mundo.

Entonces solo brillaba el fuego de la libertad en la parte setentrional de España. Los cántabros y astures, protejidos por sus montañas, tomaron muchas veces las armas para sostener su

independencia. Vencidos por Varron y Murena, volvieron á insurreccionarse. Augusto, temeroso de su valor y de su ejemplo, creyó esta guerra tan importante, que fué á dirijirla por sí mismo. Resistiéronse con valor, y al principio consiguieron victorias; pero al fin hubieron de someterse los de las llanuras; porque los de las sierras permanecieron siempre independientes, aunque tranquilos. Augusto tuvo el onor de terminar la conquista de España, que habia durado doscientos años. Estableció muchas colonias para enfrenar aquellos pueblos belicosos, y fundó la ciudad de Emerita (Mérida,) cuyo territorio fué propiedad y recompensa de sus soldados.

Retrato de Marcelo y de Tiberio.—Dos jóvenes guerreros se distinguieron entonces en los ejércitos de Augusto. Marcelo, sobrino suyo, era la delicia y la esperanza de Roma por su valor, talento y jenerosidad, por su amor á la antigua disciplina y por sus virtudes benéficas: casóse con Julia, hija del emperador, igualmente famosa por sus encantos y por sus vicios. Tiberio, hijo de Livia, era estimable por su intrepidez y habilidad militar; pero lleno de ambicion, envidioso, desonesto, pérfido y cruel. En la edad que los hombres se entregan á la franqueza y á los afectos dulces, se mostraba ceñudo y suspicaz, y no se fiaba de la obediencia sino cuando era ecsijida por el temor. Aconsejó que se tratase con crueldad á los cántabros vencidos, y cuarenta mil de estos infelices fueron dispersados en paises lejanos. Roma no previa que Tiberio habia de ser su dueño. Augusto no le amaba; y la única distincion que á instancias de Livia le concedió, fué dispensarle cinco años para que pudiese aspirar á las majistraturas.

Las armas romanas, victoriosas en todas las fronteras del imperio, sucumbieron en Arabia, defendida mas bien por sus arenales abrasados que por sus guerréros. Elio Galo quiso penetrar en ella: su ejército, estraviado por guias infieles, errante enmedio de los desiertos, privado de víveres y quemado por el sol, fué casi enteramente destruido, sin haber perdido mas que siete hombres en los combates.

Petronio, gobernador de Ejipto, no tuvo mejor écsito en una guerra que emprendió contra los etiopes. Candaces, reina de este pais, perdió al principio su capital, pero conservó su valor. Re-

uniendo sus tropas, obligó á los romanos á retirarse. Su reino, separado del mundo por desiertos, apenas conocia el nombre de los señores de la tierra. Cuando se le propuso para terminar la guerra enviar una embajada al emperador, preguntó dónde residia. Augusto le concedió la paz, y la libertó del tributo que le habia impuesto Petronio.

MUERTE DE MARCELO. —Poco tiempo despues cayó enfermo Augusto y no se esperaba que viviese. Creyéndose él mismo prócsimo á la muerte, dió su sello al prudente Agrippa, lo que era designarlo por sucesor, y preferir la felicidad del imperio al engrandecimiento de su familia. La habilidad de su médico Musa lo salvó; por lo cual los romanos, agradecidos, le erijieron una estátua junto á la de Esculapio. Marcelo, á pesar de la nobleza de su carácter, no pudo resistir á la ambicion, y llevaba á mal la brillante preferencia que Agrippa acababa de obtener. Los talentos y servicios de un ministro tan esperimentado, de un jeneral tantas veces victorioso y de un amigo tan fiel, no le libertaron de la desgracia. Augusto no tuvo fuerza para defenderlo contra su familia; pero deseando dar á su destierro un pretesto onroso, le nombró gobernador de la Siria. Marcelo sobrevivió poco á este triunfo, que probablemente le produjo mas arrepentimiento que gozo. No tenia mas que veinte años cuando murió. El pueblo le lloró porque se le suponia el deseo de restablecer la república. Segado en flor, hizo brillar sus virtudes, y gozó al morir de una gloria que quizá no hubiera conservado viviendo mas tiempo. Los versos de Virjilio le inmortalizaron: mas tarde hizo su elojio Séneca; y se dió su nombre por órden del emperador á un teatro magnífico.

Los romanos no amaban á Livia: atribuíanla todas sus desgracias, y sospechaban que habia acortado los dias de Marcelo para que Tiberio reinase. Pero Augusto se conciliaba cada vez mas el afecto del pueblo. Su principal medio para ello fué olvidar lo pasado, no protejer ningun partido, y tratar con igual favor á los hombres de mérito, ya hubiesen peleado contra él, ya á su favor. Nombró para coléga de dos de sus consulados á Pison, republicano ardiente, y á Sestio, fiel amigo de Bruto. Así acabó con las facciones, olvidándolas.

DICTADURA PERPETUA REUSADA

POR AUGUSTO.—El azote de la peste vino entonces á turbar la felicidad de que gozaban los romanos. Este pueblo, estremado siempre en su amor como en su odio, creyó que solo podria desarmar la cólera del cielo el hombre que habia dado fin á los desórdenes de la tierra; y volando á recibir el yugo con la misma pasion que otro tiempo le habia hecho sacrificar sus dias por la libertad, se reune en tumulto, obliga al senado á dar una ley nombrando á Augusto dictador perpétuo, y se la presenta. El emperador conocia sobradamente la movilidad de la muchedumbre para ceder á esta embriaguez momentánea: reusó el título inútil que se le ofrecia; y como su resistencia aumentase el ardor de la plebe, rompió sus vestiduras, y declaró que preferia la muerte á un poder tiránico, abolido por una ley formal. Solo aceptó la autoridad tribunicia para toda su vida, y el pueblo se retiró admirando su modestia, que solo consistia en preferir el trono á la dictadura.

Augusto creia que solo la vijilancia del jefe podia impedir los desórdenes de la administracion, y que para asegurarse de la ejecucion de sus órdenes era necesario estar á la vista de los subalternos. Resolvió, pues, visitar muchas provincias del imperio: recorrió la Sicilia y la Grecia: restableció en todas partes el órden y la justicia: se mostró jeneroso y liberal: dió á los lacedemonios la isla de Citera, y con gran sentimiento de los atenienses volvió á Ejina su independencia. Pasó despues al Asia, donde hizo bendecir su nombre mezclando justamente el rigor y la blandura. Privó á Sidon y Tiro de su libertad, que habia dejenerado en licencia; pero seducido por los artificios y adulaciones de Herodes, aumentó sus estados. Este rey, hábil en la guerra, profundo en política, pero opresor de sus pueblos y tirano de su familia, con desprecio de la relijion erijió un templo al emperador.

El orgullo romano, saciado de triunfos, no habia recibido humillaciones de parte de ningun pueblo, á escepcion de los partos. César murió cuando se preparaba á vengar la derrota de Craso. Augusto, queriendo cumplir el último deseo del dictador y mostrarse digno de su nombre, reunió sus tropas para marchar al Eufrates. Fraates, rey de los partos, aterrado de verlo cerca, le desarmó sometiéndose á él, y le restituyó las banderas y los

prisioneros romanos, tristes reliquias del ejército del triunviro.

Los partos eran tan temidos, que este suceso fué celebrado en Roma como una gran victoria. Los cónsules colocaron los estandartes en el templo de Marte vengador: el senado hizo acuñar medallas para perpetuar la memoria de aquel feliz acontecimiento, y el pueblo levantó un arco de triunfo en onor de Augusto. Fraates dió al emperador en reenes cuatro de sus hijos, no tanto por temor de las armas romanas, cuanto por quitar á los partos la ocasion de rebelarse.—Un tirano aborrecido y despreciado teme mas á sus vasallos que á sus enemigos.

Augusto permitió á todos los pueblos tributarios gobernarse por sus propias leyes; y obligó á los monarcas que dependian de Roma, á tratar con mas dulzura á sus vasallos. Artasias, rey de Armenia, y aliado de los partos contra los romanos, cuando le abandonó Fraates, fué destronado y colocado en su lugar Tigranes, que se habia educado en Roma.

Cuando Augusto volvió á Grecia, recibió en Sámos los omenajes de todos los príncipes de Europa y Asia. Pandion y Poro, reyes de la India, le enviaron embajadores. Los scitas y sármatas solicitaron su amistad. Zaremonoquegas, indio, habia recorrido la tierra para instruirse: iniciado en los misterios eleusinos, creia que cuando se ha llegado al colmo de la felicidad, es conveniente morir; y siguiendo la bárbara costumbre de su pais, hizo encender una oguera en la plaza de Atenas, y pereció públicamente entre sus llamas á vista del emperador.

MUERTE DE VIRJILIO.—Augusto salió de Atenas para volver á Roma. Virjilio, que pagaba la amistad del emperador con un incienso inmortal, murió en este viaje, é hizo, segun se cree (1), el siguiente epitafio: «Mántua »me dió la vida: la Calabria me »la quitó: Parténope, conserva »aora mis cenizas. Canté los pas»tores, los campos y los héroes.»

No habiendo podido acabar las correcciones que queria hacer á la *Eneida*, habia mandado quemar esta obra. Augusto nos la ha conservado, mirando por la fama del poeta y la suya propia;

(1) Si los versos de este epitafio son de Virjilio, el que mandó quemar la Eneida, debió con mucha mas razon condenarlos al fuego.

(LISTA.)

porque los grandes escritores componen una parte esencial de la gloria de los grandes reinados. Virjilio, agradecido como lo son casi siempre los hombres de jenio, instituyó por herederos á Augusto y Mecenas. Estos tres hombres reunidos han atravesado los siglos.

Mientras Augusto estuvo ausente de Roma, se despertaron algunos recuerdos de la república. Los comicios fueron tempestuosos: un corto número de hombres turbulentos se aprovecharon de esta convulsion pasajera para conspirar. Cepion, Statilio y Egnacio Rufo fueron castigados por el senado, y Augusto, para reprimir la licencia del pueblo, nombró él mismo los cónsules de aquel año. Los cántabros se sublevaron de nuevo, y fueron vencidos por Agrippa. Balbo triunfó de los garamantas, pueblo del Africa.

Despues de muerto Marcelo, Agrippa recobró el favor de Augusto, y fué nombrado tribuno por cinco años. Con el ausilio de este sábio ministro y de Mecenas, publicó muchas leyes severas contra el lujo, las intrigas y la depravacion de las costumbres, é hizo sábios reglamentos para preservar á Roma de incendios. Completó la reforma del senado, redujo el número de los senadores á seiscientos, y fijó sus rentas en unos cuatrocientos mil reales. Los soberbios acueductos construidos por Agrippa derramaron saludables aguas en todos los cuarteles de la ciudad, y así fueron menos frecuentes los contajios que por tantos siglos aflijieron á Roma.

Augusto hizo esfuerzos loables, pero inútiles, para restituir su fuerza y santidad á los vínculos del matrimonio. Triunfó de la libertad; mas la licencia le resistió. El desórden habia llegado á tal punto, que fué imposible contenerlo. Habia pasado ya el siglo de las Lucrecias y Cornelias. Horacio pinta las jóvenes romanas «entregadas con »pasion á las artes voluptuosas »de Jónia, solo deseosas de agra»dar, y meditando desde su in»fancia amores criminales.» El mismo Augusto, reformador de las costumbres, cedia al torrente: daba la ley, y no el ejemplo; y se le censuraba con justicia su pasion adúltera y demasiado pública á Terencia, mujer de Mecenas. La voz del que quitó á Neron su mujer Livia, estando en cinta, no podia ser oida cuando fulminaba contra las malas costumbres, ni aun cuando queria correjir los desórdenes de su pro-

pia familia. Por mas induljente que se mostrase para las diversiones públicas, creyó necesario moderar la pasion á los juegos sangrientos del circo, y no permitió los combates de gladiadores sino dos veces al año. El pueblo, sin embargo, se mostraba mas aficionado que nunca á los espectáculos. Pílades y Batilo, pantomimos célebres, disputaban el favor de la muchedumbre, que no teniendo mas grandes objetos en que emplearlo, se dividió en facciones como si se tratase de Mario y Syla. Augusto, para reprimir la insolencia de Pílades, le desterró por algun tiempo, le restituyó despues, y le recomendó que no promoviese esas ajitaciones populares. «César, le respondió Pílades: »creo mas útil que dañoso para »tí, ver al pueblo romano ocu»pado solamente en la compe»tencia de Batilo y la mia.»

El emperador preferia á todos los demás espectáculos *los juegos troyanos*, en que los jóvenes patricios divididos en escuadrones disputaban entre sí los premios de la habilidad y de la carrera. Gustaba mas de presentar á los romanos los juegos del rey Eneas y del jóven Ascanio, que los triunfos de la república.

Las guerras eran cada vez menos frecuentes. Roma solo combatia para defenderse: habia pasado la época en que cada año era necesaria una nueva gloria para los nuevos cónsules: la prudencia política ecsijia no estender las conquistas, sino conservarlas. La tranquilidad del reinado de Augusto no fué verdaderamente turbada sino por los jermanos, pueblo belicoso, que no podia renunciar al deseo de apoderarse de las Galias; y cuanto este pais crecia en riqueza, fertilidad y civilizacion, tanto se aumentaba en los bárbaros el deseo de poseerlo. El emperador se acercó á las orillas del Rin para contener sus primeros movimientos.

Los poetas y cortesanos, compararon su ausencia de Roma á los viajes de los lejisladores Solon y Licurgo: y sin embargo, Augusto, muy diferente de estos sabios, en desprecio de sus mismas leyes, llevaba consigo á Terencia, y escandalizaba con su ejemplo al pueblo, cuyas costumbres deseaba reformar.

En la Galia se le dieron graves quejas contra Licinio, encargado de percibir las contribuciones en aquel pais. Este ávido concusionario, natural de la Galia, esclavo en Roma, y liberto de César, se habia elevado á

fuerza de bajezas: conservando en el puesto que obtenia los sentimientos de la servidumbre, se mostraba tan duro con los hombres sometidos á su autoridad, como lisonjero y flecsible habia sido con sus amos. Augusto, irritado por sus malversaciones, resolvió castigarle. Licinio le llevó á su casa, y mostrándole un inmenso tesoro, le dijo: «Esto es »lo que he juntado para tí, y lo »que me ha atraido el odio pú»blico. Haz de mí lo que quieras; »pero conserva estas riquezas, »que yo temia ver en manos de »los galos, y empleadas contra »tí.» El oro cubrió su delito, y Licinio fué absuelto.

Sin embargo, el emperador consoló á los galos haciéndoles beneficios, y favoreció particularmente la ciudad de Bibracte (Autum), que fué el centro de la instruccion en aquel pais. Los retos, habitantes de los Alpes, se atrevieron en este tiempo á hacer algunas correrías en Italia. Druso, hermano de Tiberio y entenado de Augusto, venció á estos bárbaros, los arrojó al Danubio, y fundó en su pais la ciudad de Augusta (hoy Augsburgo), llamada de los vindélicos, para distinguirla de otras del mismo nombre. Agrippa por su parte, sostenia la potencia romana en el Oriente, protejió á los judios, y venció á un aventurero que se decia nieto de Mitridates, y aspiraba á levantar el trono de este rey.

Augusto, al volver á la capital del imperio, fué recibido de los romanos, mas bien como un dios que como un señor. El universo resonaba con sus alabanzas, y el incienso humeaba en todos los templos. Los vicios y crueldades de su juventud, hacen increibles las virtudes de su edad viril: sin embargo, consta por la historia, que si estas virtudes no estaban en su corazon, brillaban en todas sus acciones esteriores. Atribúyanse á sus sentimientos ó á su política, el efecto sobre sus súbditos fué el mismo; y la censura pierde su fuerza contra un soberano que sabe reprimir sus pasiones.

Para formar el elojio de Augusto y borrar la memoria de Octavio, basta decir que reinó con prudencia y gloria, y que fué amado de un pueblo feliz. El agradecimiento de los romanos era tan sincero, que lo manifestaron cuando el sepulcro, no dejando motivo alguno de esperanza ni de temor, hace callar la lisonja. Muchas personas distinguidas le legaron sus bienes al morir. Augusto no abusó de

esta muestra de cariño, devolvió siempre á los hijos su patrimonio, á veces aumentado. Su mayor mérito fué escojer bien los hombres que le ayudaron á sostener el peso del imperio, y no mostrarse envidioso de los talentos que tan acertadamente sabia emplear.

Mientras Agrippa ilustraba el reinado de Augusto con victorias y monumentos magníficos, Mecenas trabajaba con valor y buen écsito en libertar al emperador de los escollos del poder: suavizaba su carácter, y le impedia entregarse á su antigua crueldad. Tenia por mácsima que «un majistrado debe gobernar como querria ser gobernado.»

Las verdades osadas no irritaban á Augusto, porque era digno de oirlas. Un dia estaba en su tribunal é iba á condenar á muerte á muchas personas. Mecenas no podia acercarse, y le escribió este billete que le hizo entregar: «*Baja del tribunal, verdugo.*» César al momento dejó la audiencia y perdonó á los acusados. Se cuenta que el filósofo Atenodoro, viéndole irritado un dia, le dijo: «Cuando te sientas atacado de la ira, pronuncia muy despacio las veinticuatro letras del alfabeto, antes de hablar ó hacer algo.»—El emperador le replicó: «Quédate á mi lado: necesito de tus consejos.»

Muerte de Agrippa.—(A. M. 3992.—A. C. 13.) Augusto sobrevivió á los nobles amigos que le habian ayudado á vencer sus pasiones. Agrippa, despues de haber sometido á los pannonios rebelados, cayó enfermo. El emperador salió de Roma con la mayor dilijencia para verle; pero supo su muerte en el camino. Hízole magníficos funerales, pronunció en público su elojio, y dió órden de colocar sus cenizas en el sepulcro que Augusto habia labrado para sí. ¿Cómo no admirar á un príncipe, que gustó de la verdad, domó su carácter, conoció el precio de la amistad y admitió á su favor y confianza al mismo que habia reprobado su usurpacion aconsejándole que abdicase? Era digno del imperio, y los romanos no lo eran de la libertad.

Union de Tiberio y de Julia, mujer de Agrippa.—Agrippa tenia de Julia tres hijos, Cayo César, Lucio César, y Agrippa; y dos hijas, Julia, que heredó la liviandad de su madre, y la célebre Agripina, mujer de Jermánico. La muerte de Agrippa fué una desgracia, tanto mayor para el mundo cuanto mas cerca del

trono ponia á Tiberio. Augusto mandó á este que casase con la viuda de aquel grande hombre. Tiberio, aunque amaba á su mujer Vipsania y despreciaba á Julia, prefirió al onor y al amor los intereses de la ambicion. Yerno ya del emperador, salió de Roma para pelear con los scordiscos y pannonios, los venció en muchos combates y recibió los ornamentos del triunfo.

Todos los paises civilizados estaban sometidos á Roma, cuyos ejércitos solo hallaron ostáculos insuperables en los desiertos de Africa, en las llanuras abrasadas de los partos y en los inmensos bosques de la Jermania. Este último pais, cuyos límites eran entonces el Rin, el Vístula, el Danubio y el Báltico, fué en todos tiempos un semillero de soldados. El nombre de jermano, que quiere decir guerrero, anunciaba que solo ecsistian para pelear. Su felicidad consistia en vivir libres y morir en el campo de batalla. Demasiado independientes para sufrir el yugo de las leyes, no conocian mas regla que su voluntad, y no salian de la ociosidad sino para la intemperancia ó la pelea. Su creencia relijiosa inflamaba su aficion á la guerra; porque su infierno era para los cobardes, y su cielo para los valientes.

Desde la invasion de los cimbros y teutones que fueron esterminados por Mario, estuvieron casi siempre en guerra con Roma. Vencidos muchas veces, sin ser sometidos, siempre querian pasar el Rin.

Las derrotas mas sangrientas no eran bastantes á que renunciasen á la sed de conquistas, la cual se aumentó á proporcion que fué disminuyendo el vigor de los romanos. Y así en la decadencia del imperio se apoderaron de la Galia, España, Africa é Italia. Los numerosos pueblos de la Jermania tenian diferentes nombres, aunque sus costumbres y su pasion á la pelea eran las mismas. Esta hidra de mil cabezas resistió al Hércules romano y triunfó de él.

Victoria de Druso sobre los jermanos.—La muerte de Agrippa despertó su ardor y sus esperanzas. Los sicambros, usipienos y teucteros sorprendieron las lejiones que mandaba Lolio en las orillas del Rin, las derrotaron, sublevaron en su favor dos provincias de la Galia y devastaron las que les hicieron resistencia. Druso marchó contra ellos, los venció, pasó el Rin y taló las tierras de los frisones,

bructeros y caucos. Al año siguiente pasó el Lippe, se apoderó del pais de los sicambros y rechazó á los queruscos hasta el Visurjis (Weser). El rigor de la estacion le obligó á acercarse al Rin: mas los sicambros le cortaron la retirada y lo envolvieron. Privado de víveres, se veia ya en el caso de ser vencido sin poder combatir; pero los bárbaros, creyendo que sus tropas acosadas de la miseria, no podrian resistirles, le atacaron temerariamente. Druso los venció y auyentó, y volvió á Galia, dejando en el Lippe, cerca de donde aora está Paderbon, fuertes y guarniciones para contenerlos. Se le concedió el triunfo: sus lejiones querian darle el título de emperador; pero Augusto no lo permitió.

Druso supo que los jermanos reunian nuevas fuerzas contra él: peleó con los cattos, suevos, sicambros y queruscos, y llevó sus armas victoriosas hasta las riberas del Albis (Elba). Roma creia ver renacidos en él sus antiguos héroes. Los bárbaros temian su valor: los romanos celebraban sus virtudes. Amante de la república y popular en sus costumbres, no disimulaba su deseo de restablecer la república, y los amigos de la libertad fundaban sobre él sus esperanzas. Una muerte imprevista rompió su brillante carrera.

Muerte de Druso.—(A. M. 3994.—A. C. 10.) Como el pueblo nunca quiere atribuir á accidentes naturales la muerte de los grandes hombres, sospechó que Augusto y Tiberio le habian envenenado porque su gloria les incomodaba; pero Tácito, cuya inflecsible severidad no gastaba miramientos con los príncipes, y el mismo Suetonio, aunque mas satírico que historiador, han mirado como calumniosas estas voces, acreditadas por el odio que inspiraba Tiberio.

Este jóven príncipe, al saberse la enfermedad de su hermano, recibió órden de ir á verle, y dejó el ejército con que habia vencido á los pannonios, los dacios y los dalmatas. Dióse tanta prisa, que pudo asistir á los últimos instantes de Druso: circunstancia que confirmó las sospechas; y el campo donde murió el héroe se llamó *campo malvado*.

Augusto pronunció su elojio fúnebre, y aun se dice que escribió la historia de sus espediciones. El senado dió á Druso y á sus sucesores el sobrenombre de *Jermánico*. Se le erijieron un arco triunfal de mármol y muchas estátuas en Roma, y un ce-

notafio en las orillas del Rin. Emulo de Scipion y de Paulo Emilio, no les era inferior en valor, y los igualaba en amor á la patria. Su hijo César Jermánico heredó sus talentos y virtudes: entrambos vivieron demasiado poco para la gloria y felicidad de Roma.

VICTORIAS DE TIBERIO.—Tiberio tomó el mando del ejército, venció en muchos encuentros, mereció la ovacion, obligó á una parte de los suevos y sicambros á rendir las armas, transportó cuarenta mil de estos bárbaros al occidente del Rin, y pacificó todo el pais que media entre este rio y el de Elba. Augusto le permitió tomar el título de emperador que la política habia negado á un príncipe mas popular, y por tanto mas peligroso.

LA PAZ CIERRA EL TEMPLO DE JANO.—El templo de Jano se cerró de nuevo. Augusto, tranquilo el imperio, tuvo que castigar algunos enemigos interiores; y se veia obligado á pesar suyo á reprimir con suplicios las conspiraciones que se renovaban sin cesar. El temor hace dictar siempre malas leyes; y por esto hizo una para que los esclavos de un ciudadano acusado de delito contra el estado, pudiesen ser comprados por el emperador, para que denunciasen á su amo, ó declarasen contra él.

Augusto empleaba al mismo tiempo medios mas justos y eficaces para hacer respetables su trono y su vida, manifestándose mas modesto y popular á proporcion que se aumentaba su poder. En el nuevo censo que celebró, fué el primero en someterse á la ley y en hacer declaracion de su caudal como el menor ciudadano. Mandó derretir todas las estátuas de metal que se le habian erijido, y formó de ellas un trípode para el templo de Apolo. Quisieron erijirle otra; pero él la reusó, y erijió una á la concordia y prosperidad pública. El fuego consumió su casa; y todos los ciudadanos le ofrecieron sus caudales para reedificarla. Augusto tomó de cada ofrenda una moneda de poco valor. Entonces Mesala, que llevaba la voz por el senado, le dijo: «César Augusto, »para tu felicidad y la de tu familia, que creemos inseparable de »la pública, el senado, con el »consentimiento del pueblo romano, te saluda *padre de la patria.*» El emperador, despues de derramar algunas lágrimas, respondió: «He llegado al colmo »de mis deseos. Nada tengo que »pedir á los dioses, sino que dure hasta el fin de mi vida esa

»unanimidad de sentimientos.»

En toda la estension del imperio se le manifestaba el mismo amor y gratitud: en todas partes se le erijian templos, y casi todos los reyes estranjeros fundaron en su onor ciudades con el nombre de Cesárea. Augusto, constantemente favorecido por la fortuna y coronado por la gloria, pagó su prosperidad pública con infortunios privados. Habia perdido á Agrippa: la muerte le arrebató á Mecenas: su hija Julia, desonró á su familia: vió morir á su hermana la virtuosa Octavia, y solo le quedó la imperiosa Livia.

Octavia unia la virtud á la belleza: en ella brillaban las antiguas costumbres romanas que tanto contribuyeron á la gloria de la república: ella sola, enmedio de las facciones y furores de la guerra civil, hizo oir la dulce voz de la paz y de la humanidad: el amor maternal fué su única pasion, que llevó quizá al esceso. Inconsolable por la muerte de su hijo Marcelo, se mostró demasiado envidiosa de Livia y de todas las madres felices. El pueblo romano lloró á esta princesa, que reducida á los deberes de su secso en una condicion tan alta, no fué ni ambiciosa ni vengativa, y en un siglo de proscriciones, no pronunció mas palabra que la de la clemencia.

El emperador, ecsasperado con tantas pérdidas y con los desórdenes de su hija, la condenó á destierro perpétuo, envolvió en su castigo á todos sus amantes, y mandó matar á Julio Antonio, hijo del triunviro, que era uno de ellos, y que además habia conspirado contra Augusto.

Destierro y muerte de Ovidio. — La musa armoniosa del tierno Ovidio procuró en vano ablandar su rigor. Este poeta amable, desterrado de Roma, hizo resonar las orillas heladas del Borístenes con acentos desconocidos, y cantó tristemente sus quejas en aquellos desiertos, donde el emperador inecsorable le dejó consumirse y morir.

Esta severidad descubrió á todo el universo las liviandades que un padre debe ocultar. Reconoció tarde su error, y dijo: «No »habria cometido este yerro, si »vivieran Agrippa y Mecenas.» Este elojio, dictado por el dolor, era justo; pues debia su gloria á las azañas del uno y á los consejos del otro.

Poder de Mecenas sobre Augusto.—Mecenas fué el que mas contribuyó á que se olvidara á Octavio y se amara á Augusto. Al morir legó sus bienes al em-

perador, y le recomendó que tuviese á Horacio el mismo amor que á él. Este prudente ministro le habia enseñado que el poder debe condescender con el jenio; y que los grandes escritores son la voz de la fama y dictan los juicios de la posteridad. Augusto, dócil á sus advertencias, aprendió de él á vencerse, á tolerar sin irritarse el lenguaje de la verdad atrevida y aun á despreciar la calumnia; y así permitia ordinariamente mucha libertad en los discursos.

Un veterano le suplicaba un dia que asistiese á un pleito suyo: el emperador le dijo que estaba muy ocupado, y que enviaria otro en su lugar. El soldado le replicó: «César: cuando era »menester servirte, nunca envié »á otro para que pelease por »mí.» Augusto en vez de irritarse contra su atrevimiento, fué al instante á defender la causa de su veterano. Tiberio le incitaba á vengarse de algunos que le habian injuriado en sus discursos. «Calma, le dijo el príncipe, la »fogosidad de tus años: no nos »enojemos contra los que ha»blan mal de nosotros: basta im»pedir que nos lo hagan.»

Respetó siempre á los amigos de la república, y favoreció al célebre historiador Tito Livio, aunque en sus escritos hacia grandes elojios de Pompeyo. El mismo alababa la firmeza estóica de Caton. «Cualquiera que se »opone, decia, á una mudanza »en el estado, es hombre de »bien.» Entrando un dia en casa de sus nietos Cayo y Lucio, hijos de Agrippa, cuya educacion vijilaba, observó que los jóvenes querian esconder un libro que tenian en las manos. Tomólo, y viendo que era una de las obras de Ciceron, les dijo: «¿Creeis »que este libro me desagrada? »Estudiad, admirad, respetad á »Ciceron: fué un buen ciudada»no, un orador elocuente y un »grande hombre.»

Casi avergonzado de la rapidez con que el pueblo se precipitaba en la servidumbre, reusó siempre el título de *señor* que la bajeza quiso darle. Esta mezcla de modestia y ambicion tenia su orijen en las dos fases de su vida. Habiendo llegado á la dignidad de monarca en una edad madura, conservaba algunos principios y hábitos del tiempo en que no era mas que ciudadano.

Sus nietos Cayo y Lucio César, nacidos en la púrpura y rodeados de cortesanos jóvenes que no habian conocido la república, contrajeron la molicie y el orgullo, propios del palacio.

Lucio, de edad de once años, se ensoberbeció con los aplausos que le prodigaban los romanos cuando iba al teatro. Escitado por la adulacion de sus imprudentes amigos, solicitó el consulado para su hermano, que solo tenia catorce años, y que aun no llevaba el traje viril. Augusto, siempre atento á conservar la opinion pública, se indignó mucho contra él. «No quieran los »dioses, decia, que la república »se vea obligada á nombrar cón»sules, como me nombró á mí »antes de la edad de veinte »años.»

Destierro de Tiberio. — Se puede juzgar de la sinceridad de su enojo, observando que poco tiempo despues concedió á Cayo un sacerdocio, y el derecho de asistir á las deliberaciones del senado. La ambicion de los príncipes produjo muy pronto la envidia. En vano el emperador queria manifestarse igual para todos. Cuando nombró á Tiberio tribuno por cinco años, y le encargó la pacificacion de la Armenia, Cayo manifestó un grande enojo: Tiberio se quejó del demasiado favor de Cayo, porque veia que Augusto daba la preferencia al nieto sobre el yerno. Mirando como un disfavor su comision en Asia, pidió él mismo su retiro, resistió ostinadamente á las súplicas de Augusto y de Livia, y se desterró á Rodas, donde vivió siete años. Cuando Cayo tomó la ropa viril, Augusto le hizo nombrar cónsul, y le dió el título de príncipe de la juventud. El órden de los caballeros le regaló lanzas de plata.

La inclinacion de los romanos los arrastraba rápidamente á la monarquía: la estension del imperio y el cansancio producido por las turbulencias, habian hecho sentir á todos la necesidad de un jefe, y llegaba tambien el término en que el cielo debia, renunciando á la multitud de dioses que divinizaban el Olimpo, principiar á no dar culto sino al criador del universo. Así, el reinado de Augusto llegó á ser la época mas notable de la historia, y cuando el mundo reconoció un dueño, la tierra vió nacer á un Dios.

Epoca del nacimiento de Cristo y de la muerte de Herodes. —El veinticinco de diciembre del año 752 de Roma, nació en Judea el Salvador del mundo. Publio Sulpicio Quirino, consular, hacia entonces por órden de Augusto el censo de los ciudadanos del imperio. Herodes murió este mismo año; y los libros de

la Escritura dicen que espiró despues de haber mandado el asesinato de todos los reciennacidos, con el intento de destruir con ellos á aquel á quien las antiguas profecías parecian llamar al reino de los judios, y que fundó un imperio nuevo, no sobre los cuerpos sino sobre los espíritus.

Representacion de una naumaquia.—Augusto dividió sus estados entre sus hijos Arquelao, Filipo y Antipas. La paz de que entonces gozaba el mundo, permitia al príncipe consolidar su poder y distraer al pueblo con juegos y espectáculos de las memorias de la república. El año 756 de Roma, Lucio César tomó el vestido viril y obtuvo los mismos onores que su hermano. Augusto hizo llenar de agua el circo flaminio, y dió en él el espectáculo de una naumaquia (1). Roma vió pelear á los gladiadores contra treinta y seis cocodrilos. Al ver sobre la arena á leones, panteras y cocodrilos, se hubiera dicho que en defecto de las luchas sangrientas de Mario, Syla, Carbon y los triunviros, el pueblo romano necesitaba que se le entretuviese con mónstruos tan crueles pero no tan peligrosos.

(1) Fiesta en que se finje en el agua un combate naval.

El emperador formó en este tiempo las coortes pretorias, compuestas de diez mil soldados escojidos para guardia suya. Este cuerpo distinguido, consagrado á la defensa del trono contra la libertad, fué despues un escollo contra el cual se estrelló muchas veces la tiranía. Todo poder que en vez de la ley toma la fuerza por apoyo, se ve últimamente derribado por esta; y en los tiempos antiguos los pretorianos dieron y quitaron el cetro, como se vió despues en los modernos disponer del imperio á los estinguidos jenízaros y á los strelizes.

Muerte de Cayo Cesar Agrippa.—Los partos, siempre recelosos de la potencia romana, llevaban á mal su poderío en Armenia; y así dieron ausilio á una faccion formada en este reino, arrojaron del trono al príncipe que Augusto habia elevado, y pusieron en su lugar á Tigranes. El emperador quiso con este motivo esperimentar los talentos de su nieto Cayo, deseándole «el valor de Scipion, la popula»ridad de Pompeyo y su propia »fortuna.»

Desde que el rey de los partos supo que Cayo se acercaba, pre-

firió la negociacion á la guerra, le pidió una conferencia, y prometió no intervenir en los negocios de Armenia. Cayo entró en este reino, venció á Tigranes, le destronó, y dió el cetro á un medo, llamado Ariobarzanes.

Este jóven príncipe gozó poco tiempo de su victoria: habia recibido en la batalla una herida que algun tiempo despues terminó sus dias. Su hermano Lucio, encargado del gobierno de España, habia muerto el año anterior. Antes de estos sucesos, Tiberio, que se habia retirado á Rodas, como hemos dicho, no pudo disimular su ambicion; y al mismo tiempo, aunque afectaba las mácsimas y usaba el traje de los filósofos, manifestó los vicios de su carácter y su inclinacion á la liviandad y á la tiranía, de modo que insniró á los rodios el aborrecimiento que le profesó despues todo el imperio.

Algunos jóvenes romanos que penetraron sus odiosos designios, y que le creian capaz de los crímenes mas orribles y de la mas profunda disimulacion, habian propuesto á Cayo que les permitiese libertarlo de un rival tan peligroso.

Cayo no lo consintió: al contrario, engañado por los artificios de Tiberio, que se fastidiaba en Rodas, y pedia en vano su restitucion, escribió en su favor á Augusto. Sus representaciones y las instancias de Livia vencieron el enojo del emperador. Despues que murieron los hijos de Agrippa, Augusto, viendo que la muerte le robaba toda su familia, adoptó á Tiberio; y aunque siempre desconfiaba de su carácter disimulado, se dejó vencer ó engañar, y creyó que aquel príncipe, dotado de grandes talentos políticos y militares y de una inflecsible firmeza, era el único que podia sostener, despues de su fallecimiento, el peso del imperio.

Tiberio conocia demasiado al emperador para no tomar todos los medios que podian conciliarle su afecto: finjió una lealtad sin límites y una ardiente gratitud: afectó domar la violencia de su carácter, y manifestó una modestia igual á su ambicion. Aun tenia un rival, que era Agrippa Postumio, el menor de los nietos de Augusto. La memoria del grande Agrippa, su padre, lo hacia amable á los romanos; pero su ignorancia, grosería, orgullo y temeridad lo perdieron. Estos defectos, ecsajerados indudablemente por Livia, irritaron á Augusto, el cual le privó de sus derechos, le des-

terró de Roma y le dió por prision la isla de Planasia. Habiendo alejado del trono á Agrippa, obligó á Tiberio, aunque ya tenia un hijo, á adoptar á su sobrino Jermánico, hijo de su hermano Druso, cuyas virtudes y talentos eran la esperanza de Roma.

CONJURACION CONTRA AUGUSTO. —Mientras el emperador procuraba consolidar el trono que habia erijido, descubrió una grande conjuracion, tramada contra su poder y su vida, por Cinna, nieto de Pompeyo Magno. El príncipe tenia en su poder la lista de los conspiradores, y todas las pruebas del delito. Sin embargo, se observaba con sorpresa, que en lugar de obrar, reunia el consejo para deliberar, y que el triunviro que habia dictado sin conmoverse tantas proscriciones, vacilaba en castigar á unos conjurados.

Augusto parecia tener un alma diferente de la de Octavio. Ajitado por el enojo y contenido por la piedad, esclamaba dando profundos suspiros: «¿Es, pues, »mi herencia una inquietud eter»na, y el descanso de mis ene»migos? ¿Dejaré vivos á los que »procuran mi muerte? ¿No habré »escapado de tantas batallas sino »para caer al pie de los altares, »bajo el puñal de los conspirado»res? No: perezcan: y su suplicio »aterre á los que intenten imi»tarlos.» Pero despues, mas irritado contra sí mismo que contra Cinna, decia: «Si tantos desean »mi muerte, ¿soy digno de vivir? »¿hasta cuándo estaré derraman»do sangre? Todos creen inmor»talizarse conspirando contra mi »vida: ¿vale ella tanto que deba »comprarse su conservacion con »nuevas matanzas?»

Cuéntase que Livia, testigo de su irresolucion, le dijo: «Oye los »consejos de una mujer. Cuan»do los remedios ordinarios no »alcanzan, busca otros nuevos »el médico prudente. ¿De qué »te ha servido la severidad? De »la sangre de unos conspirado»res han nacido otros. Muerto »Salvidieno, le sucedió Lépido: »á Lépido, Murena y Cepion: á »estos Egnacio y Julio Antonio. »Prueba la clemencia, que quizá »será mas eficaz: perdona á Cin»na, que ya no es temible, des»cubierta su empresa, y su per»don te producirá una gloria in»mortal.»

ENTREVISTA DE CINNA Y AUGUSTO.—No se sabe si la lisonja ó la verdad atribuyó este consejo á Livia: lo cierto es que Augusto le siguió. Llama á Cinna, mándale sentarse, le proibe inte-

rrumpirle, le recuerda que en otro tiempo le ha vencido y perdonado, que despues de haberle salvado la vida le ha colmado de beneficios, y aun preferido á sus servidores: «y sin embargo, »Cinna, en pago de tanta jenero»sidad, quieres asesinarme!»—Cinna esclama, que él es incapaz de semejante crímen.—«Mal »cumples tu palabra, le replica »Augusto: te obligaste á no inte»rrumpirme.» Entonces le prueba que nada ignora de la conjuracion, que sabe el sitio y la hora en que debia ejecutarse, y los nombres de todos sus cómplices. Cinna aterrado se mantiene en silencio. «¿Qué motivo, »prosiguió el emperador, has te»nido para semejante designio? »¿Subir al trono? Muy digno de »compasion sería el pueblo ro»mano si fuese yo el único os»táculo que te lo impide. ¡Quie»res gobernar un imperio y no »sabes dirijirte á tí mismo! Un »oscuro liberto acaba de triunfar »de tí en los comicios. Tú no »has manifestado osadía sino »contra tu bienechor. Aun cuan»do me hubieses muerto, ¿tie»nes la insensatez de creer que »los Fabios, los Servilios, y tan»tos ilustres personajes, que son »la gloria de Roma, sufririan tu »dominacion? ¿Nada tienes que »responderme? Oye, pues, tu »sentencia. Te doy la vida se»gunda vez: la primera perdoné »á mi enemigo: aora á mi asesi»no. Seamos amigos; y veamos »si tu gratitud se iguala á mi je»nerosidad.»

El emperador sabia que las resoluciones medias son las mas peligrosas; que una amnistía es una ofensa, cuando no es completa; y que á los hombres de talento es menester ganarlos ó arruinarlos enteramente.

Cinna fué nombrado cónsul, vivió fiel, y al morir legó todos sus bienes á Augusto. Este acto de clemencia desarmó á todos los enemigos del emperador, le dió por guardia el amor de los pueblos, y despues no se formó ninguna conspiracion contra él.

Sus armas reprimieron á algunos bandidos que infestaban la Cerdeña y á los jétulos que se habian rebelado contra el rey Juba. Los ejércitos, que habian dado el imperio á Augusto, comenzaron á sentir su fuerza y á quejarse de la cortedad de su paga: el emperador la aumentó. Mantenia veinticinco lejiones romanas de á seis mil hombres, y otras tantas estranjeras. Su guardia constaba de diez mil pretorianos. La guarnicion de Roma

era de seis mil hombres. Tenia dos escuadras siempre tripuladas, una en Miseno, y otra en Ravena. Para subvenir á los gastos que ecsijian unas fuerzas tan considerables, creó un tesoro militar, donde entraban los tributos de los paises conquistados y un impuesto sobre las sucesiones colaterales que estableció en todo el imperio.

En esta época murió Asinio Polion, tan célebre por su injenio y sabiduría, como por sus azañas. Los vicios de Cleopatra le hicieron renunciar á la amistad de Antonio: partidario de la libertad, pero demasiado ilustrado para poder concebir la esperanza de salvar una república corrompida, no tomó parte en las guerras civiles, y conservó su independencia en la soledad. Augusto escribió contra él unos versos satíricos, y como le instasen á dar respuesta, dijo: «No »es bueno escribir contra el que »puede proscribir.» El emperador, no pudiendo hacerle su cortesano, lo hizo su amigo. Polion brilló en todos los jéneros de elocuencia: Horacio le llamaba el oráculo del senado.

La judea reducida a provincia romana.—Roma, sin hacer como en otro tiempo rápidas conquistas, continuaba sin embargo su política antigua, y se aprovechaba de las faltas que cometian los reyes para estender su dominacion. Arquelao, sucesor de Herodes, fué el heredero de sus vicios y no de sus talentos. Los judios, sublevados con sus crueldades, dirijieron al senado quejas contra él, y el emperador le desterró á las Galias, reduciendo la Judea á provincia romana.

Guerra en jermania.— Los jermanos turbaron nuevamente la tranquilidad del imperio. Tiberio, encargado de hacerles la guerra, los venció en muchos encuentros. Derrotó á los attuarios y bructeros: pasó el Visurjis (Weser) y sometió á los queruscos. El año siguiente venció á los lombardos, habitadores de lo que hoy es el Brandemburgo, y concluyó la paz despues de haber domado todos los pueblos desde el Rin al Albis (Elba). Estas victorias le adquirieron á Augusto el título de emperador por la décimaquinta vez, y á Tiberio por la cuarta.

Marobodus, rey de los marcomanos, que habitaban en las orillas del Meno (Mein), añadia al valor de su nacion la cultura de los estudios que habia hecho en Roma. Abandonando su patria, con sus vasallos y una par-

te de los suevos se estableció en Bohemia, donde fundó un imperio formidable. Su ejército era de setenta mil infantes y cuarenta mil jinetes, todos disciplinados segun la táctica romana. Daba asilo á todos los enemigos de Roma, y trataba de igual á igual con el emperador. Augusto conocia cuán necesario era arruinar esta potencia naciente; pero nuevas rebeliones de los dálmatas y pannonios le obligaron á renunciar por entonces á esta empresa.

Los rebeldes eran en número de doscientos mil: unos invadieron la Macedonia, y otros resolvieron atravesar los Alpes. La Italia estaba aterrada. Tiberio recibió órden de rechazarlos, dirijió esta guerra con habilidad, buscó prudentemente una gloria mas sólida que brillante, evitó las batallas inútiles, y procuró destruir á los enemigos mas bien por ambre que en los combates.

Esta lentitud sagaz no fué agradable á Augusto. Sospechando que Tiberio prolongaba la guerra para conservar el mando del ejército, le dió por colége á Jermánico, á quien creia mas ardiente y menos ambicioso. Despues de algunos reveses ocasionados por la imprudencia temeraria de Cecinna y Silvano, Tiberio sometió á los pannonios, y Jermánico venció á los dálmatas en batalla campal. Batton, jefe de los sublevados, se presentó en el tribunal de Tiberio, y habiéndosele preguntado el motivo de su rebelion, dijo: «Romanos, acusaos á vosotros »mismos: la opresion nos redujo »á la desesperacion. Si quereis »mantener la paz en los paises »conquistados, confiad la direc»cion de vuestros rebaños á pas»tores y no á lobos.»

Esta guerra, una de las mas peligrosas que tuvo Roma despues de la de los cimbros, inquietó de tal manera á Augusto, que á pesar de los setenta años que ya tenia, se vió obligado á salir de la capital, y aprocsimarse al teatro de la guerra. Tiberio tuvo los oñores del triunfo, y Jermánico las vestiduras triunfales.

El emperador, tan feliz por lo comun en sus elecciones, confió imprudentemente el gobierno de Jermania á Quintilio Varo. El yugo del estranjero es mas humillante que toda otra cualquier tiranía; nada es mas acertado que hacerse amar de los vencidos; un solo medio hay de gozar de las conquistas, y es dejar á los pueblos conquistados sus leyes y

sus costumbres, y no ecsijir de ellos sino tributos mas lijeros que los que antes pagaban.

Varo, lejos de conformarse con estos principios, quiso á un mismo tiempo cargarlos de contribuciones, y someterlos á las leyes y policía de Roma. A estos yerros añadió el de no conocer su riesgo, dormirse á la orilla del precipicio, y equivocar el silencio con el consentimiento, y el miedo con la sumision.

Arminio, jóven guerrero querusco, distinguido por su fuerza, alta estatura, ilustre nacimiento y gran valor, lisonjeó á Varo y lo durmió para arruinarlo. Atrevido en sus proyectos, hábil en sus operaciones, y fecundo en astucias, conocia las costumbres de Roma, donde habia obtenido la dignidad de caballero. Captóse la confianza del gobernador, lo confirmó en el sistema que iba á perderlo, y le instó á que se apresurase á civilizar aquellos bárbaros. El romano, engañado por sus elojios y consejos, se creyó rodeado de admiradores y partidarios, cuando todos eran enemigos suyos. Olvidando que no dominaba sino por la fuerza, quiso obrar como majistrado en circunstancias que era menester ser jeneral. En fin, el artificioso Arminio con el pretesto de estender mas fácilmente la civilizacion en toda la Jermania, le persuadió á que dividiese su ejército en muchos cuerpos, y los diseminase por el pais. Varo cayó en el lazo, los jermanos se sublevaron, y degollaron gran parte de aquellos destacamentos. El jeneral no tenia consigo mas que tres lejiones. Púsose al frente de ellas, y marchó contra los rebeldes, dejando tras de sí á Arminio que le habia prometido llevarle refuerzos y tropas fieles.

Los romanos llegan á un desfiladero estrecho entre dos montañas escarpadas y coronadas de espesos bosques. Arminio da entonces la señal á todos sus compatriotas, los reune, se apodera de la entrada y salida del desfiladero, y viene despues con la mayor audácia á decir al gobernador que toda aquella jente venia en su socorro.

Muerte de Varo.—Un jermano, llamado Sejesto, indignado de esta traicion, procura inútilmente desengañar al jeneral, y le aconseja que ponga en prision á Arminio, el cual habia llevado la serenidad hasta el estremo de sentarse á la mesa á comer con el mismo que iba á degollar. Varo no creyó la delacion, y se entregó ciegamente á su enemigo.

Aquella misma noche, despues del banquete, Arminio vuelve á su campo, y pone en ejecucion sus crueles designios: un grito jeneral anuncia la guerra: los romanos son atacados por todas partes: sostienen con valor su gloria y fama, y oponen al furor de los bárbaros una resistencia ostinada; pero en fin, debilitados por el cansancio y las heridas, abandonan sus reales. Hacen sin embargo el último esfuerzo, se abren paso, suben á una montaña, y se atrincheran. Los enemigos, cuyo número aumentaba siempre, renuevan sin cesar sus ataques, no los dejan descansar ni un instante, y logran en fin penetrar en sus atrincheramientos. Varo, desesperado, se atraviesa con un puñal: muchos soldados le imitan: otros se arrojan á perecer enmedio de los enemigos, y el resto se entregó á discrecion. Esta batalla memorable se dió cerca de donde hoy es Detmold, en el condado de Lippa. Arminio, tan cruel despues de la victoria, como pérfido antes del combate, condenó á muerte á todos los prisioneros, y los hizo perecer en suplicios orribles. La cabeza de Varo se llevó á Marobodus, que la entregó á los romanos.

Augusto, colmado siempre de las caricias de la fortuna, no habia aprendido á sufrir sus rigores. Este desastre le causó un pesar, al cual no pudo dar límites su razon. Rasgó sus vestidos, dió con la cabeza contra las paredes, y dejó crecer su barba y sus cabellos. Gritaba desesperado: *Varo, vuélveme mis lejiones.* El tiempo suavizó poco su sentimiento, y hasta el fin de su vida el aniversario de esta derrota fué un dia de lágrimas para él.

Su temor fué tan grande como su pena: creyó amenazado el imperio de una prócsima invasion: echó de Roma y de su guardia á los jermanos que servian en ella; mandó hacer nuevos alistamientos, y no se calmó su espanto hasta que supo que sus jenerales ocupaban la orilla del Rin, y que la Galia estaba tranquila.

Venganza de Tiberio en Jermania.—Tiberio, enviado prontamente contra los bárbaros, reformó el lujo del ejército, y restableció la disciplina. Hábil en sus planes, y pronto en ejecutarlos, borró con sus triunfos la ignominia de Varo, vengó cruelmente la matanza de los romanos, obligó á los bárbaros á confesarse vencidos, y volvió á las Galias, cumpliendo las órdenes de Augusto, que lejos de ambi-

cionar nuevas conquistas, queria fijar en el Rin el límite del imperio.

Asegurado por las victorias de Tiberio, le colmó de elojios, proporcionados al miedo anterior y á la alegría presente. «Todos »los que han militado á tus ór»denes, le escribia, te aplican el »elojio que hizo Ennio de Fabio »Mácsimo, á saber: que él solo »con su prudencia habia salva»do la república. Por lo que á »mí toca, tú me recuerdas lo que »Diómedes dijo de Ulises: *con »un segundo como tú, no temeria »empeñarme enmedio de un in»cendio*. Cuídate, mi querido Ti»berio: si cayeses enfermo, tu »madre y yo moriríamos de do»lor. Los dioses inmortales, cu»yo ausilio imploro, te conser»varán, si no aborrecen al pue»blo romano.»

Su voto fué oido para desgracia de Roma. A peticion de Augusto, los cónsules dieron un decreto, que el senado y el pueblo sancionaron, para dar á Tiberio sobre el imperio y el ejército el mismo poder que tenia el emperador. El año siguiente, que fué el 763 de Roma, siendo cónsules Jermánico César y Cayo Fonteyo Capiton, entró Tiberio triunfante en Roma. Dió al pueblo un banquete de mil mesas, y una gratificacion de trescientos siete sestercios por cabeza. Jermánico, despues de su consulado, partió á mandar en el Rin con ocho lejiones, y fué tan amado, como temido su antecesor Tiberio.

Augusto estaba ya viejo y enfermo. No pudiendo asistir con regularidad á las sesiones del senado, dió una autoridad casi igual á la de este cuerpo á su consejo privado, compuesto de los cónsules y de quince senadores que se mudaban cada seis meses. En él se decidian los negocios urjentes, y segun el decreto que se promulgó para su ereccion, las ordenanzas dadas por Augusto, por Tiberio y por el consejo, debian tener fuerza de ley. Así el gobierno de la república pasó del senado y del foro al gabinete del emperador.

La salud de Augusto se alteraba cada dia mas, y la procsimidad de su muerte despertaba muchos partidos, opiniones, temores é intereses diversos. Los mas atrevidos soñaban en la resureccion de la república: los mas prudentes temian casi en igual grado la ferocidad de Agrippa, la juventud brillante de Jermánico y de su hermano Druso, el orgullo de Livia y el carácter de Tiberio, heredero de la antigua dureza de los Claudios. Los

mas hábiles hacian ya la corte al sucesor probable del imperio.

Sospechábase que Livia habia envenenado á Augusto, temiendo que se despertase la ternura de este para con su nieto Agrippa. Ya le habia dado, segun se decia, señales no equívocas de interés y compasion. El emperador, á pesar de sus males, habia acompañado hasta Benevento á Tiberio que partia á la Iliria. Recorrió despues la Campania, esperando que este viaje disiparia su languidez. Detúvose algun tiempo en Capreas, donde se agravó su mal. Queriendo volver á Roma, se vió obligado á detenerse en Nola, donde esperó tranquilamente en su lecho el fin de su brillante carrera.

Muerte de Augusto.—Viendo acercarse la muerte, se informó del efecto que su situacion producia en la opinion pública. Poco despues pidió un espejo para ordenar sus cabellos, mandó entrar á sus amigos, y les dijo: *¿no he representado bien mi papel en este drama de la vida humana? Aplaudidme*. Despues abrazó á Livia, y le dijo: *se feliz y acuérdate de nuestro amor*. Concluidas estas palabras, espiró (año 766 de Roma, 14 antes de Cristo), de edad de setenta y seis años, habiendo reinado cuarenta. Su cuerpo fué llevado á la capital, recibido por los caballeros y conducido sobre los hombros de los senadores al campo Marcio, donde fué quemado. Un antiguo pretor juró que habia visto volar al cielo su sombra. Los caballeros con los pies desnudos, sin togas ni cinturones, recojieron sus cenizas y las depositaron en un mausoleo, que habia construido en su sesto consulado entre la via Flaminia y el Tíber, y alrededor del cual habia hecho plantar muchos árboles y flores. Tiberio pronunció su elojio fúnebre: el pueblo le colocó en el número de los dioses, y el senado dió su nombre á aquel siglo.

Lectura de su testamento.—Su testamento, presentado por las vestales, fué abierto por los senadores; instituia por herederos á Tiberio y á Livia, y en su defecto á Druso, Jermánico y á los tres hijos de este; y para mostrarse popular mas allá de la muerte, llamaba á la herencia, en caso de que todos los príncipes falleciesen, á un gran número de ciudadanos. Legó al pueblo romano cuarenta millones de sestercios, quinientos á cada pretoriano y trescientos á cada lejionario.

Inflecsible hasta el fin de su vida con las dos Julias, su hija y

su nieta, no las nombró sino para proibir que se reuniesen sus cenizas con las de ellas en un mismo sepulcro. Augusto habia añadido á su testamento la estadística del imperio y la historia de su reinado, mandando que se grabasen en tablas de bronce, y se pusiesen enfrente de su mausoleo.

Este príncipe, favarecido por la naturaleza tanto como por la fortuna, era de estraordinaria belleza. Suetonio asegura que en sus facciones reinaba una majestad suave, y que sus miradas imponian respeto á sus enemigos; lo que le causaba mucho placer. Su estatura era mediana, pero muy bien proporcionada: sus cabellos rubios y naturalmente ensortijados, sus cejas bastante unidas, su nariz aguileña, su tez algo morena. Habia estudiado con aplicacion el arte de la elocuencia; y aunque tenia grande facilidad para improvisar sobre cualquier materia, escribió y leyó siempre sus discursos en el senado, ante el pueblo y el ejército.

Compuso muchas obras: una *Respuesta* á Bruto sobre la vida de Caton; una *Ecsortacion* á Tiberio para que abrazase la filosofia: las *Memorias* de su vida en trece libros: un poema titulado la *Sicilia:* una coleccion de epígramas, y la trajedia de *Ayaj*. Su estilo era sencillo pero gracioso: el mérito que apreciaba mas era la claridad: por lo que usaba de mas conjunciones y preposiciones que las permitidas por el uso.

Supersticioso como todas las almas débiles, temia el ruido del trueno, y para evitarlo se escondia en subterráneos. Crédulo de presajios, temia que le amenazaba una gran desgracia, si calzaba el pie izquierdo antes del derecho. Cuando emprendia un viaje, el rocío le anunciaba una vuelta feliz, y miró su muerte como inevitable, cuando supo que un rayo habia quitado la primer letra de su nombre César de la inscripcion de una estátua suya: *Ezar* en lengua etrusca significa Dios; y Augusto se persuadió que iba á dejar la tierra por el cielo. Su vida entera, mirada bajo diversos aspectos, fué elojiada y censurada por los romanos. Unos, respetando su piedad filial, alababan su resolucion de tomar las armas para vengar á su padre, y atribuian su usurpacion á la desgracia de los tiempos, á la impotencia de las leyes, al furor de las guerras civiles y á la imposibilidad de conciliar, en época tan revuelta, la moral

y la política. Disculpaban sus proscriciones con el deseo de castigar á los asesinos de su padre, y cargaban el orror de las matanzas á los otros dos triunviros. La cobardía de Lépido y las desonestidades de Antonio, escusaban su desprecio al uno, su odio al otro. Le colmaban de elojios por haber preferido el título de príncipe al de dictador y rey, restablecido el órden en el mundo, contenido á los bárbaros, y dado por fronteras al imperio el Eufrates, el mar de Arabia, el Océano y el Danubio.

Celebraban con razon su justicia para los romanos, su fidelidad para los aliados, su magnificencia para la capital. En fin, la tranquilidad universal merecia que se le perdonasen algunos actos de rigor y violencia.

Otros no miraban su amor á César sino como un pretesto para encubrir su ambicion, y le reprendian porque desde su juventud habia quebrantado las leyes, alistado un ejército sin autorizacion, seducido á los veteranos, corrompido las lejiones, usurpado los hazes, asesinado á los cónsules Hircio y Pansa, y conquistado violentamente la dignidad consular, volviendo contra la república las armas que le habia confiado. Cuando Augusto tenia las armas en la mano, temia las revoluciones de los soldados, y no las conjuraciones de los ciudadanos; por esta razon fué tan condescendiente con los primeros y tan cruel con los otros. Cuando estuvo en paz, temió las conjuraciones, y teniendo siempre delante la suerje de César, para evitarla pensó en separarse de su conducta. Este es todo el secreto de la vida de Octavio, á quien la torpe y baja adulacion dió el sobrenombre Augusto. Si se le puede perdonar el sacrificio del interés público á su venganza, y la muerte de Bruto y Casio, no es posible justificar su ferocidad en las proscrines, ni las perfidias, mas útiles para él que las armas, contra Sesto, Lépido y Antonio. ¿Quién no despreciará al robador de la mujer embarazada de Neron, madre funesta para la república, y madrastra fatal para los Césares? No contento con dominar en la tierra, usurpaba la soberanía de los dioses, haciendo que se le consagrasen templos, altares y culto relijioso. La paz pública que se le quiere atribuir, ¿no se desonró en Roma con los suplicios de Varron, Egnacio y Julio, y en lo esterior con los desastres de Lolio y Varo? Y en fin, si se jactaba él mismo de haber hallado

la ciudad de *ladrillo* y dejarla de *mármol*, ¿no se debe condenar al que la halló gobernada por Cátulo y Ciceron, y la entregó al morir á los caprichos del pérfido é inumano Tiberio?

Estas alabanzas y acusaciones, referidas por Tácito, pueden justificarse con los hechos; pero la historia imparcial debe decir, que si Augusto no fué ciertamente el mas virtuoso de los príncipes, fué por lo menos el mas astuto, pues supo vencer á sus enemigos y despues á si mismo, pacificar el mundo, fundar un trono, reinar cuarenta años y hacerse amar.

Una parte considerable de la brillantez que se nota en el reinado de Augusto, se debe al colorido espléndido con que han embellecido su carácter los poetas y otros autores que acudian á su corte y la adornaban, recompensando sus beneficios con el tributo de la adulacion. Soberanos hubo de mucho mas mérito que han sido menos felices en obtener los aplausos de la posteridad:

Illacrimabiles
Urgentur, ignotique, longa
Nocte, carent quia vate sacro.

HORAT. CARM. LIB. IV. OD. 9.

(Sin ser llorados se han sepultado en el olvido, porque ningun poeta los ha celebrado.)

Tambien un poeta moderno ha dicho de Augusto con razon, que

En su favor las musas acallaron
La indignacion de la severa historia.

HEREDIA.

Háse cuestionado si Augusto habia tenido el designio verdadero de dimitir el cargo del imperio; pero lo que hace conocer que esto era un juego, es que pidió cada diez años que le aliviasen de este peso, y que siempre le llevó. Estas eran finezas pequeñas para hacerse conceder, dice Montesquieu, lo que aun no creia haber adquirido bastante. Todas las acciones de Augusto, todos sus reglamentos tendian visiblemente al establecimiento de la monarquía. Syla se deshace de la dictadura; pero en toda su vida, enmedio de sus violencias, se ve á un espíritu republicano; todos sus reglamentos, aunque tiránicamente ejecutados, tienden siempre á una cierta forma de república. Como hombre arrebatado, conduce violentamente á los romanos á la libertad: Augusto, astuto tirano (1) los conduce suave-

(1) Empleamos esta palabra en el

mente á la esclavitud. Mientras que bajo Syla tomaba fuerzas la república, todo el mundo gritaba contra la tiranía; y en tiempo de Augusto, ínterin la tiranía se fortificaba, solo se hablaba de libertad.

La costumbre de los triunfos, que tanto habia contribuido á la grandeza de Roma, se perdió en tiempo de Augusto, ó mas bien este onor llegó á ser un privilejio de la soberanía (1). La mayor parte de las cosas que sucedieron en tiempo de los emperadores, tenian su orijen en la república (2), y es necesario compararlas: únicamente tenia derecho de pedir el triunfo, aquel bajo cuyos auspicios se habia hecho la guerra (3); pero esta se emprendia siempre bajo los auspicios del jefe, y por consiguiente del emperador que lo era de todos los ejércitos.

Como en el tiempo de la república se tuvo por principio hacer contínuamente la guerra, bajo los emperadores fué mácsima el mantener la paz: miráronse las victorias como objetos de inquietud con ejércitos que podian ecsijir sus servicios á precio muy elevado.

Los que tuvieron algun mando temieron emprender cosas grandes: fué necesario moderar su gloria de modo que no llamase la atencion, y despertase la envidia del príncipe, apareciendo delante de él con un brillo que sus ojos no podian sufrir.

Augusto fué muy circunspecto en conceder los derechos de ciudadano romano (4): hizo leyes para impedir que declarasen libres á muchos esclavos (5), y en su testamento recomendó que se

sentido de los griegos y de los romanos, que daban este nombre á todos aquellos que habian derribado ó destruido la democrácia (MONTESQUIEU.)

(1) Ya no se dió á los particulares, como hemos visto, sino los ornamentos triunfales. (DION, *in Aug.*)

(2) Habiendo cambiado los romanos de gobierno sin haber sido invadidos, quedaron las mismas costumbres despues del cambio de gobierno, cuya forma casi quedó la misma.

(3) DION, *in Aug.*, lib. LIV, dice que Agrippa descuidó por modestia dar cuenta al senado de su espedicion contra los pueblos del Bósforo, y rehusó tambien el triunfo: y que despues de él, ninguno de sus iguales recibió los onores triunfales: pero era una gracia que Augusto queria hacer á Agrippa, y que Antonio no hizo á Ventidio la primera vez que venció á los partos.

(4) SUETONIO, *in Aug.*

(5) DION, *in Aug.*

guardasen estas dos mácsimas, y que no intentasen estender el imperio con nuevas conquistas y guerras nuevas. Estas tres cosas estaban muy enlazadas: luego que no hubo guerras, no hubo nuevos ciudadanos, ni manumisiones.

Cuando Roma tenia guerras contínuas, era necesario que reparase incesantemente el número de sus habitantes. En los principios llevaron á ella á una parte del pueblo vencido; posteriormente, muchos habitantes de las villas vecinas fueron á Roma para tener parte en el derecho de votacion; y se establecieron en tanto número, que por quejas de los aliados hubo que echarlos fuera de la ciudad. Las leyes favorecian los casamientos y aun los hicieron necesarios. Roma hizo en todas sus guerras un número prodijioso de esclavos; y cuando sus ciudadanos estuvieron colmados de riquezas, compraron otros muchos que despues les daban libertad, por jenerosidad, avaricia ó debilidad: unos querian recompensar á los esclavos fieles; otros querian recibir en su nombre el trigo que la república distribuia á los ciudadanos pobres, y otros en fin deseaban tener en su pompa fúnebre mucha jente que la siguiesen con un cesto de flores. El pueblo se compuso casi siempre de libertos (1); de manera que aquellos dueños del mundo, no solo en los principios, sino en todos tiempos, fueron la mayor parte de orijen servil.

El número del bajo pueblo, casi siempre compuesto todo de libertos ó de hijos de libertos, llegando á ser incómodo, se hicieron de él colonias, por medio de las cuales se aseguró la fidelidad de las provincias. Era una circulacion de hombres de todo el universo: Roma los recibia esclavos y los enviaba romanos.

Sopretesto de algunos tumultos sucedidos en las elecciones, puso Augusto en la ciudad un gobernador y una guarnicion; hizo permanentes los cuerpos de las lejiones, los colocó en las fronteras, y estableció impuestos particulares para pagarlos; en fin, ordenó que los veteranos recibiesen la recompensa en dinero y no en tierras (2).

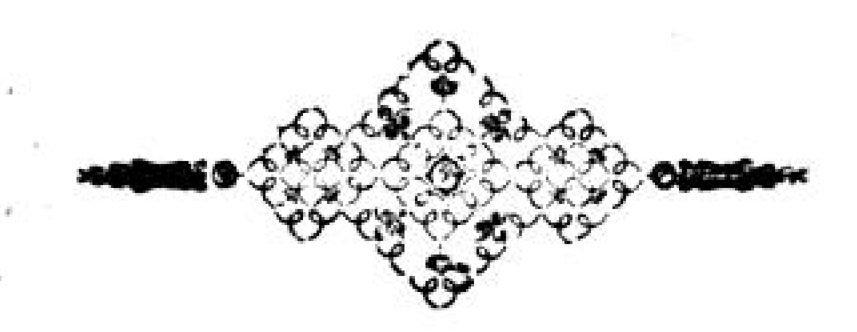
(1) Tacito, anal. lib. XIII. capítulo xxvii. *Laté fusum id corpus*, etc.

(2) Dispuso que los soldados pretorianos tuviesen cinco mil dracmas; dos mil despues de llevar dieziseis años de servicio, y las otras tres mil, despues de los veinte años.

(Dion, *in Aug.*)

Augusto hizo establecimientos fijos para la marina. Como antes de él los romanos no habian tenido cuerpos perpétuos de tropas de tierra, tampoco las habia de mar. Las escuadras de Augusto tuvieron por objeto principal la seguridad de los convoyes y la comunicacion de las diversas partes del imperio.

Dion observa muy bien que desde los emperadores, fué mas dificil escribir la historia; porque todo se hizo en secreto; todos los despachos para las provincias, se confeccionaron en el gabinete de los emperadores; y solo se supo lo que la locura y la osadía de los tiranos no quisieron ocultar, ó lo que los historiadores conjeturaron.



CAPITULO XVI.

TIBERIO.

Vuelta de Tiberio á Roma. — Tiberio emperador. — Discurso de Jermánico á sus soldados. — Disimulo de Tiberio. — Su gobierno. — Victorias de Jermánico. — Vuelta triunfante de Jermánico á Roma. — Muerte de Jermánico emponzoñado por Pison. — Onores tributados á su memoria. — Muerte de Pison. — Peligro de Tiberio. — Muerte de Druso, hijo de Tiberio. — Desórdenes de Tiberio. — Muerte de Agrippina y de Livia. — Muerte de Cristo. — Muerte de Seyano. — Tiranía de Tiberio. — Muerte de Tiberio.

VUELTA DE TIBERIO A ROMA.— Aun se estaba muy cerca de la república, y el trono imperial no era tan sólido, que una mujer como Livia y un príncipe tan temido como Tiberio, careciesen de inquietudes, cuando el fundador de la monarquía acababa de espirar. Livia, en los primeros momentos, ocultó cuidadosamente la muerte de Augusto, rodeando el palacio de guardias, é interceptando toda comunicacion. Tiberio acudió con prontitud: no se sabe si llegó á tiempo de ver al emperador en los últimos instantes de su vida: no conociendo mas habilidad que la disimulacion, mas apoyo que la fuerza, ni mas medios que el crímen, resolvió en la posicion crítica en que se hallaba, librarse de su concurrente Agrippa, asesinándole, mandar como señor en el ejército, y hablar como ciudadano al senado y al pueblo. Envió con prontitud un centurion á la isla de Planasia para que diese muerte al jóven Agrippa. Este príncipe cayó bajo el hierro de los asesinos, despues de haber empleado inutilmente contra ellos su fuerza prodijiosa, único don que le habia concedido la naturaleza. Cuando el centurion volvió á dar cuenta del cumplimiento de su encargo, Tiberio le dijo que no habia dado órdenes para ello, y que el senado juzgaria aquel omici-

dio. Crispo Salustio, hijo del historiador y favorito del príncipe, logró, ausiliado de Livia, demostrar cuán peligrosa seria semejante causa, y el mas profundo silencio cubrió la tumba del nieto de Augusto.

Tiberio emperador.—Asegurado Tiberio de la fidelidad de las lejiones, publicó la muerte del emperador, hizo celebrar sus funerales y tomó las mismas precauciones y reunió el mismo número de tropas que si hubiese temido las turbulencias á que dió lugar en otro tiempo el asesinato de César. Convocó despues al senado, finjió un estraordinario dolor, y dijo, como aogado por los sollozos: «¡Ojalá hubiera perdido la vida como me falta el habla!»

Leyóse el testamento de Augusto, y se notó en él poco cariño al sucesor: «Pues desgraciadamente, decia, he perdido á mis dos hijos Cayo y Lucio, declaro por mi heredero á Tiberio.» El nuevo emperador, aunque mandaba las tropas, dudaba ante el senado si se encargaria del poder supremo. Los cónsules y senadores, como observa Tácito, se precipitaron á recibir el yugo: amaban y respetaban á Augusto, y fueron condescendientes con él: á Tiberio, á quien aborrecian y detestaban, le manifestaron una vil sumision. El discurso de Tiberio fué oscuro y difuso, habló mucho del temor que le inspiraba el peso del gobierno, la estension del imperio y su insuficiencia. «Augusto, dijo, era quizá el único capaz de rejir un estado tan vasto. La república tiene muchos personajes ilustres: ¿por qué en perjuicio de ellos se han de acumular sobre un hombre todas las dignidades y todo el gravámen del imperio?» Al mismo tiempo demostraba, esplicando todas las dificultades del gobierno, la necesidad de un solo jefe; y enmedio de la oscuridad de sus palabras, solo se conoció que queria ser obligado á aceptar el cetro.

Todos los senadores á una voz le suplicaron que asegurase el reposo y la felicidad pública, encargándose del poder supremo. Mientras mas impaciencia de tener un dueño manifestaban, mas modestia y resistenca finjia Tiberio: en fin, dejándose vencer, pero temiendo sucumbir al trabajo, consintió en aceptar la parte del imperio que el senado quisiese encargarle. «Escoje tú,» le dijo con viveza Asinio Galo, impacientado de su falsedad. Tiberio, sorprendido de esta réplica,

enmudeció algunos instantes, y despues dijo: «Mal podrá escojer »una parte del peso quien desea »verse libre de todo él.»

Otro senador esclamó: «Ya es »tiempo de concluir: acepta ó »reusa.» Galo, viéndole irritado, dijo que su pensamiento no habia sido que se dividiese el poder; sino probar, que siendo la república un solo cuerpo, debia tener un solo jefe; y concluyó haciendo un magnífico elojio de las azañas de Tiberio, el cual insensible á sus adulaciones, no conservó en la memoria mas que su osadía. El emperador aceptó en fin el gobierno, á condicion de que se admitiria su dimision cuando la diese.

La noticia de la muerte de Augusto causó una sedicion en el ejército de Pannonia. Bleso, que le mandaba en ausencia de Druso, dejó relajarse la disciplina, y descuidó en el intervalo de las guerras ocupar las tropas en los ejercicios y trabajos ordinarios; y asi se entregaron á los desórdenes que produce siempre la ociosidad en los campamentos.

Percennio y algunos otros facciosos, recordando á los soldados sus fatigas y heridas, el largo tiempo de su servicio, la dureza de sus jefes y la cortedad de su sueldo, los escitaban á aprovecharse de los principios inciertos de un nuevo reinado para mejorar su suerte, y conseguir un aumento de paga. Los tribunos y centuriones que quisieron reprimir sus movimientos, fueron maltratados y echados de los campamentos por los sediciosos.

Druso llegó entonces é hizo vanos esfuerzos para calmarlos, prometiéndoles dar cuenta á Tiberio de sus demandas. La presencia del hijo adoptivo del emperador no pudo enfrenar su osadía: insultaron su juventud, diciendo que se les enviaban por comandantes á unos niños incapaces de tomar por sí mismos resolucion alguna. La noche aumentó el tumulto: la sedicion iba á ser jeneral, cuando un eclipse les robó súbitamente la claridad de la luna; y aquella muchedumbre inconstante y supersticiosa creyó el fenómeno signo evidente del enojo celestial. Su osadía se trueca en temor, sus resoluciones en incertidumbre.

Druso, aprovechándose diestramente de esta circunstancia, les habla mezclando la dulzura con la severidad, y los hace pasar rápidamente del furor al arrepentimiento. Entregaron sus jefes, los cuales fueron conde-

nados á muerte, y se perdonó á los demás.

El mismo espíritu de sedicion prendió en el ejército de Jermania; pero con un carácter mas grave y peligroso. Las lejiones estaban acampadas en el pais de los ubios, actualmente territorio de Colonia. Silio y Cecinna, sus jenerales, cometieron el mismo yerro que Bleso: los soldados ociosos creyeron que ya no tenian señor; pues Augusto habia muerto. Gritaban: «Las lejiones »de Jermania son las que deben »dar el imperio: ya es tiempo de »que los veteranos descansen; á »las tropas nuevas se les aumen»te el sueldo, y á todos se alivie »de la miseria, y se les vengue »de la crueldad de los centu»riones.»

La sedicion no era parcial, sino jeneral. Los rebeldes enfurecidos degollaron á todos los centuriones. El intrépido Querea, que despues dió la muerte á Calígula, fué el único que pudo abrirse paso, espada en mano, por medio de los rebeldes; y su audacia le salvó la vida. Aunque el ejército estaba sin jefe, no se observaba en él ni tumulto, ni anarquía: los soldados, sin que nadie se lo mandase, cuidaban como antes de la guardia y provisiones de los reales. Este órden, raro en una sedicion, anunciaba que seria larga. Jermánico, sobrino de Tiberio, nieto de Livia, y esposo de Agrippina, nieta de Augusto, mas ilustre por sus virtudes que por sus títulos, acudió prontamente para reducir á este ejército faccioso. Encontró en las puertas del campamento una multitud de soldados que le mostraban sus bocas sin dientes, sus pechos llenos de cicatrices, sus cuerpos encorvados por la vejez. Mándales formarse por compañías, y sube al tribunal.

Despues de haber invocado la memoria de Augusto, recuerda los triunfos de Tiberio, y atribuye las victorias pasadas y la tranquilidad de las Galias á la concordia de los jefes, y á la sumision de los soldados. Escúchanle con respeto y silencio; pero cuando habla de la antigua disciplina, representa á las lejiones su deber, y las acusa de sedicion, se levanta un murmullo que crece, se fortifica, y llega á ser gritería. Destrozan con furor sus túnicas, se quejan de la pequeñez del sueldo, de la larga duracion del servicio, y de la dureza de los jefes que los obligan incesantemente á abrir fosos, hacer atrincheramientos, trasportar leña y forraje, y conducir

carros. Piden que se cumplan las promesas de Augusto, y que se les conceda tregua en los trabajos, y algunos momentos de tranquilidad antes de la muerte. En fin, todos manifiestan su amor á Jermánico, y le prometen inviolable fidelidad, si quiere aceptar el imperio.

A esta palabra , Jermánico, como si con el pensamiento solo se hubiera mancillado su onor, se arroja del tribunal, y quiere huir: los soldados le oponen sus armas, y lo detienen. Declara que morirá antes de ser infiel: saca su espada, y la dirije contra su pecho. Algunos le detienen: otros mas feroces le gritan que se *mate*; y un soldado, llamado Canusidio, le presentó su acero, diciéndole: *este tiene mejor filo*. En fin, los oficiales lo sacan de enmedio de los amotinados, y lo conducen á su tienda.

Celébrase consejo de guerra: la posicion era crítica: el enemigo, sabedor de estas discordias, amenazaba con una invasion: el rigor era peligroso: la condescendencia vil. Supúsose pues una carta de Tiberio que concedia el licenciamiento despues de veinte años, y el grado de veterano despues de dieziseis, y doblaba los legados de Augusto.

El soldado temió un lazo, y pidió que se le satisficiese al punto: fué preciso ceder: se despacharon las licencias, y se pagaron las gratificaciones.

Jermánico, sabiendo que el ejército del alto Rin se habia rebelado tambien, acudió á él, lo contuvo en su deber, recibió sus juramentos, y volvió á Bona, ciudad cercana á Colonia, donde dió audiencia á los diputados que le enviaba el senado. La inquietud sigue siempre á la violacion de las leyes. Las lejiones, atemorizadas con el remordimiento de su rebelion, temieron que el senado queria revocar las gracias logradas por un tumulto. Enfurécense de nuevo, corren á las armas, rodean la casa de Jermánico, rompen las puertas, le sacan de su cama, se apoderan del águila del jeneral, insultan á los senadores, y quieren matar á Planco, personaje consular, y jefe de la diputacion, el cual se abrazó con las águilas y los estandartes, buscando asilo en aquellas insignias sagradas.

Jermánico se lanza enmedio de los facciosos, les manda que le escuchen, sube al tribunal, recuerda la dignidad del senado, el derecho de legacion, la ignominia de violarlo: les ordena retirarse á sus tiendas, y hace sa-

lir para Roma á los senadores con una escolta de tropas ausiliares.

El fuego de la sedicion quedó encubierto y no estinguido. Agrippina queria participar de los peligros de su esposo; pero este se negó á ello, y la mandó salir del campamento. La esposa de un jeneral romano, la nieta de Augusto, rodeada de mujeres aflijidas, se retira de las lejiones con su hijo en los brazos, como de una ciudad tomada por los bárbaros. A la noticia de su partida, á los jemidos de las mujeres que se separan de sus esposos, acuden los soldados, se amontonan, hacen preguntas á los de la escolta, y se les responde que Agrippina huye á Treviros (Treves). La memoria del grande Agrippa, del divino Augusto, de Druso, tan amado de los ejércitos, de la gloria de Jermánico, y de las virtudes y fecundidad de Agrippina; en fin, la vista de su hijo, criado en sus tiendas, y al cual ellos mismos habian dado el nombre de Calígula, por la caliga ó calzado militar de que usaba, esparcieron en todos los ánimos la consternacion, la vergüenza y la piedad. Opónense al viaje de la princesa, la detienen, y corren detrás de ella á la tienda de Jermánico. Ya no amenazan, sino suplican.

Discurso de Jermanico a sus soldados.—Jermánico, hablándoles en un tono donde dominaban el dolor y la ira les dijo: «Liberto de vuestros furores a mi »mujer y mi hijo, no porque los »ame mas que á la república y á »mi padre; pero á César lo de»fiende su dignidad, al imperio »otras lejiones mas fieles, y mi »familia está indefensa. La in»molaria por vuestra gloria, mas »no á vuestra rabia. Matadme á »mí, y dejadla. ¿De qué crímen »no sois capaces? ¿qué nombre »puedo daros? ¿el de soldados, »teniendo cercado á vuestro je»neral? ¿el de ciudadanos, cuan»do violais la autoridad del se»nado? Los pueblos mas bárba»ros respetan el derecho de jen»tes, y vosotros lo profanais. Ju»lio César calmó con una pala»bra una sedicion, negando el »nombre de soldados á los re»beldes: Augusto con una mira»da reprimió á los vencedores »de Accio; y á mí, su hijo, respe»tado de los demás ejércitos, ¡me »tratais con esa indignidad! ¡vos»otros, á quienes Tiberio y yo »hemos conducido tantas veces »á la victoria! ¡vosotros enrique»cidos por él con tantos benefi»cios! Así, cuando todas las pro»vincias del imperio, cuando to»das las lejiones no le dan sino

»motivos de satisfaccion, yo tengo que anunciarle que aquí sus »soldados desconocen su poder, »ciegos por la codicia: que en »estos reales se asesina á los cen»turiones, se arroja á los tribu»nos, se insulta á legados: que »los campos y rios se tiñen de »sangre, que yo, su hijo, arras»tro una vida precaria enmedio »de enemigos. ¿Por qué me qui»tasteis la espada? El que me o»freció la suya me queria me»jor: hubiera muerto sin ser »testigo de vuestra ignominia y »de vuestros crímenes. Vosotros »hubiérais recordado del delirio, »y no queriendo dejar á otros el »onor de domar la Jermania, »hubiérais nombrado un jefe, »que aunque no vengára mi »muerte, castigase por lo menos »á los homicidas de Varo y de »sus lejiones.»

«Alma del grande Augusto, »que me oyes desde el cielo, y »tú, sombra de Druso, mi padre, »presentes siempre á mi memo»ria! bajad: mostraos á vuestros »soldados: borrad el oprobio de »los romanos: dirijid contra el »enemigo el furor que los anima »contra sí mismos. Y vosotros, »guerreros, cuyo arrepentimien»to leo en vuestros semblantes, »si estais resueltos á volver al »senado sus legados, al empera»dor sus lejiones, á Jermánico »su familia, alejaos del conta»jio, y separaos de los sediciosos »para probarme vuestro remor»dimiento y fidelidad.»

A estas palabras, los soldados admirados, enternecidos, desarmados, se arrojan á sus pies, le piden que castigue á los delincuentes, que perdone á los débiles, que no confie su mujer y su hijo á una escolta bárbara, y que se ponga al frente de las lejiones para marchar al enemigo.

La impresion producida por las palabras de Jermánico habia mudado los ánimos: la tropa misma entregó á los jefes de la sedicion al tribunal de Cetronio, jefe de la primera lejion. Las tropas, espada en mano, rodeaban el tribunal; y apenas Cetronio declaraba á uno delincuente, los soldados le mataban, creyendo espiar su falta, y justificarse con la muerte de sus cómplices. De este modo puso fin Jermánico á la sedicion, sin que se le pudiese tachar de rigoroso; pues los mismos rebeldes cometieron y castigaron el crímen.

Disimulo de Tiberio.—La sublevacion de las lejiones causaba grande inquietud á Tiberio: grande fué tambien la alegría que le causó la sumision; pero turba-

da por la envidia que le inspiraba Jermánico. Mientras mas odio le tenia por sus virtudes, mas ecsajerados fueron los onores y alabanzas que le prodigó. Creyéndose menos obligado á reprimir su rencor contra Julia, despreciada de los romanos; y olvidando que á su casamiento con ella debia el imperio, le quitó la pension de que subsistia, y la obligó á morir de ambre.

Sin embargo, la memoria reciente del reinado de Augusto, la larga costumbre de respetar su autoridad, la admiracion que se tributaba á sus leyes y reglamentos, el deseo de afirmarse en el trono, y el temor de verá Jermánico ascender á él por el amor del pueblo, obligaron al emperador á vencer su carácter, á encerrar sus vicios en lo íntimo de su corazon, y á cubrirlos con el velo de la moderacion y de la justicia. Y así, los primeros años de su reinado fueron comparables con razon á los últimos de Augusto, y con igual razon se dijo que á los fines de su vida escedió á Octavio en crueldad y artificio.

Su profunda disimulacion ocultaba su carácter tiránico, y apenas dejaba ver la autoridad. Rechazando á los aduladores, no quiso que le erijiesen templos, ni aceptó estátuas, sino despues de haber proibido que se colocasen entre las de los dioses. Por modestia, y quizá por conviccion, se negó á que se le diese el nombre de *padre de la patria*.

El senado espidió un decreto que obligaba á todos los ciudadanos á respetar, conservar y ejecutar siempre las leyes de Tiberio: este se opuso á ello, diciendo que nada salia perfecto de las manos de los hombres: que todo debia mudarse y perfeccionarse en el mundo, y que en la mayor elevacion habia mayor peligro de engañarse, caer y perecer. Cuando los aduladores y delatores, peste de las monarquías y de las cortes corrompidas que especulan y fundan su fortuna sobre los temores y las pasiones de los príncipes, procuraron irritarle, denunciando algunos libelos escritos contra él, y algunas conversaciones contra su administracion, respondió: «¿Debe estrañarse que hombres »libres hablen libremente en »una ciudad libre?» El senado, que se mostraba ambriento de tiranía, propuso servil y bajamente hacer informaciones contra los delincuentes, y castigarlos. «Ocupaos, dijo el emperador, »en negocios mas importantes: »yo me vengaré, refutando las

»calumnias con mis acciones.»

SU GOBIERNO. —Reprimiendo cuidadosamente su inclinacion á la avaricia y á la desonestidad, se vió al mas codicioso é impúdico de los mortales dictar leyes las mas sábias y severas contra el libertinaje y la codicia. Cuando los gobernadores de las provincias le proponian que aumentase sus rentas, respondia: «El »buen pastor esquila y no desue»lla las ovejas.» Publicó edictos rigorosos contra el lujo, y desterró de Roma algunas personas de familias muy nobles, cuyas costumbres eran desarregladas y escandalosas. Sus decretos sobre la administracion de justicia reprimieron los robos y establecieron la seguridad en los caminos. Su firmeza vijilante imponia respeto á los estranjeros; su discernimiento en las recompensas animaba el mérito. Afectando gran consideracion á los ciudadanos, libertó á Roma del gravámen de los alojamientos, é hizo acampar á los pretorianos fuera de la ciudad. Popular, aunque grave en sus modales, cumplia cuidadosamente en su vida privada todas las obligaciones de ciudadano. Mostraba mucho respeto al senado: le dejaba toda libertad en las discusiones y nombramientos, y un dia dijo á Quinto Atterio: «Perdona si como se»nador me opongo á tu dictá»men.» «Padres conscritos, aña»dió: cuanto mayor es la auto»ridad de un príncipe justo y »sabio, tanto mas obligado está »á mostrar su reconocimiento al »senado y pueblo que se la han »confiado. Jamás variarán mis »sentimientos: sé que sois rectos »y bondadosos, y os miraré siem»pre como mis maestros.» Estos elojios se pagaron con adulaciones.

Aunque le estimaban por sus actos, nunca pudieron amarle: el instinto de los corazones, mas seguro que la reflecsion, descubrió, á pesar del disimulo, su perverso carácter. Mas el imperio prosperaba, las leyes estaban en vigor, las propiedades respetadas, los ejércitos sumisos, los bárbaros contenidos ó castigados; y la monarquía, que parecia haber conseguido su objeto, era la protectora del órden y de la libertad.

VICTORIAS DE JERMANICO.—Jermánico pasó el Rin al frente de sus lejiones, venció muchos pueblos, y sostuvo contra Arminio un combate, cuyo écsito fué dudoso. El rigor de la estacion le obligó á volver á la Galia, y la retirada fué dificil y peligrosa, atacado siempre por los bárba-

ros, envuelto á veces en desfiladeros estrechos, obligado á pelear en un terreno pantanoso, sobre el cual apenas podian sostenerse los hombres y caballos; pero su constancia y valor le libertaron de todos estos riesgos. Una parte de su ejército estuvo ya para probar la suerte del de Varo: Cecinna, su lugarteniente, que juntaba al valor de un jóven la esperiencia de cuarenta años de militar, rechazó á los enemigos y salvó las lejiones de una ruina total.

El año siguiente Jermánico, mas dichoso, domó á los angribarios, queruscos y cattos, y recobró las banderas perdidas por Varo: cuando llegaron al sitio funesto en que habia perecido este imprudente y desgraciado jeneral, las lejiones se orrorizaron viendo los bosques sombríos, las rocas escarpadas, las ruinas de las murallas, las armas rotas, los huesos esparcidos y las cabezas desfiguradas y clavadas todavia en los árboles. Allí peleó Varo con el valor de un romano, pero sin esperanza de salvacion: aquí viendo forzados sus atrincheramientos por una nube de enemigos furiosos se undió la espada en el corazon, prefiriendo la muerte á la esclavitud: mas lejos se veian aquellas piedras, altares agrestes y lúgubres en que los bárbaros sacrificaron tantos prisioneros: en otra parte los grandes montones de huesos señalaban el sitio en que los mas valientes se habian muerto unos á otros burlando con el suicidio la rabia del vencedor.

A este espectáculo orrible los romanos creian oir los jemidos de los moribundos y los gritos de victoria de los bárbaros: miraban silenciosos y tristes el funesto teatro de la ignominia de las lejiones: pero en breve sucedió al dolor el deseo de la venganza, desterró el espanto y los animó con un ardor que los hacia invencibles. Apresurando su marcha venció Jermánico todos los ostáculos que le oponian el clima, la naturaleza y los hombres: en fin, alcanzó al temible Arminio, y le dió batalla. Antiguo era el odio, igual el valor, y larga y terrible fué la lucha. Despues de una ostinada resistencia, los bárbaros quedaron arrollados: Arminio huyó, y Jermánico no encontró ya enemigos. Todas las ciudades se sometieron, y el vencedor erijió una columna, cuya inscricion era tan modesta como brillantes las azañas que recordaba. Decia así: «Vencidos »los pueblos que habitan entre

»el Rin y el Elba, el ejército de »Tiberio César ha consagrado es»te monumento á Marte, Júpiter »y Augusto.»

Envidioso Tiberio de la gloria de Jermánico, resolvió entonces separarle de las lejiones que habia conducido á la victoria; pero algunos sucesos que turbaron su tranquilidad le obligaron á retardar la ejecucion de este designio. Clemente, esclavo de Agrippa Póstumo, de la misma edad y fisonomía de su amo, finjió ser él; y el pueblo, amigo en todas partes de lo maravilloso, parecia dispuesto á abrazar su causa. Pero el esclavo sostuvo mal una empresa tan atrevida: fué derrotado, preso y conducido á Tiberio. Este le preguntó: «¿De qué manera te has convertido en Agrippa.» «Como tú en »César,» le respondió el rebelde. El emperador, temiendo las disposiciones del pueblo y de muchos senadores, favorables á aquel impostor, le mandó matar en la prision.

Vuelta triunfante de Jermánico a Roma.—Al mismo tiempo los partos, habiendo asesinado á dos de sus reyes, reusaron el trono á un príncipe, hijo de Fraates, que Tiberio deseaba colocar en él, y que estaba en reenes en Roma. Tomaron las armas y se apoderaron de la Armenia. Tiberio se aprovechó de esta circunstancia para apartar á Jermánico de su ejército y enviarlo al Asia. Disfrazando su odio bajo las apariencias de una engañosa amistad, le escribió que se le habia concedido el triunfo, y que debia venir á Roma á recibir el premio de sus azañas. Le recordaba las campañas que habian hecho juntos en otro tiempo, y le mostraba, meditando su perdicion, todos los sentimientos de un padre para un hijo. Jermánico respondió, que si habia adquirido alguna gloria en la provincia donde Augusto le habia enviado nueve veces, la debia en la mayor parte á los consejos y ejemplos de Tiberio; y suplicaba que le dejase por un año el mando del ejército para acabar de someter aquella comarca vasta y belicosa.

Decidido Tiberio á separarle de las lejiones que le adoraban, le hizo nombrar cónsul. Jermánico volvió á Roma triunfante. Todo el pueblo salió á recibirle: su gracia, su ademan majestuoso, sus virtudes, sus hijos sentados en el carro, la vista de los estandartes de Varo reconquistados, llenaron á Roma de alegría y á Tiberio de enojo. Edificóse un templo á la fortuna en

onor de Jermánico, y cada ciudadano recibió una gratificacion de trescientos sestercios (1).

No puede finjirse por mucho tiempo la virtud: el emperador empezaba á cometer actos que descubrian la perfidia y violencia de su carácter. Se vengó de Arquelao, rey de Capadocia, que durante su destierro en Rodas le habia desatendido, haciéndole venir á Roma con finjidas promesas, mandándole prender y acusar con falsos pretestos, hasta que el infeliz murió de necesidad, vergüenza y pesar;—nada se borra de la memoria de los hombres vengativos.

La muerte de Antíoco, rey de Comajene, y la de Filopator, rey de Cilicia, produjeron turbulencias en sus estados. Las concusiones de los gobernadores de Siria y de Judea escitaron los pueblos á la rebelion: el senado se alarmaba, y Tiberio se valió de estos movimientos para enviar á Jermánico al Asia, único jeneral, decia, capaz de tranquilizar el Oriente. Al mismo tiempo que le daba en apariencia una señal tan grande de estimacion, quitó el gobierno de Siria á Silano, amigo de aquel príncipe, y lo dió á

(1) Equivalente á trescientos reales ó poco mas.

Pison, hombre ambicioso, violento, sin virtudes, envidioso de todo mérito y pronto á arrostrar el desprecio público para ganar con una obediencia servil y baja esclavitud el favor de su amo.

Plancina, su esposa, era digna de él. Se creyó que Tiberio y Livia la habian dado comision secreta para malograr todos los designios de Jermánico, sublevar contra él las lejiones y los pueblos, y aun asesinarle si hallaban ocasion y medios.

Jermánico obedeció: partió al Asia con su mujer y sus hijos: los esfuerzos, las intrigas, las asechanzas y prodigalidades de Pison y Plancina fueron vencidos al principio por la virtud, prudencia y valor de Jermánico. Calmó la fermentacion de los pueblos disminuyendo los impuestos, conquistó la Armenia, derrotó á los partos, les obligó á deponer las armas y á solicitar la paz, y redujo á provincias romanas la Comajene y la Capadocia.

Muerte de Jermanico, emponzoñado por Pison.— Pison y Plancina envenenaron todas sus acciones, y con sus calumnias irritaban incesantemente el recelo y la envidia de Tiberio. Jermánico oponia á su destruccion la sola arma de los gran-

des caractéres, el desprecio y la dignidad. Pacificado el Oriente, quiso visitar el Ejipto, pais igualmente famoso por su antigüedad, leyes y monumentos. Acusósele tambien por este viaje. Tiberio le escribió censurándole haber violado una ley de Augusto, que proibia á los senadores, patricios y caballeros ir al Ejipto sin comision ó licencia.

Pison, aprovechándose de la ausencia del jeneral, habia logrado en fin introducir en las tropas el espíritu de sedicion. Jermánico sorprendió á su vil enemigo volviendo prontamente, redujo las lejiones al deber, y despues de haber reprendido con severidad á Pison, limitó el castigo á suspenderle momentáneamente de sus funciones.

Pison, demasiado perverso para creer en la clemencia, temia una venganza mas dura: disimuló su odio bajo la apariencia de una finjida sumision, hizo dar á Jermánico por medio de un esclavo sobornado un veneno lento, y se retiró á una isla cercana para esperar su efecto. La mayor parte de los historiadores dicen que Pison y Plancina cometieron este delito por órden del emperador.

Tácito cuenta de esta manera los últimos momentos de aquel héroe: viendo Jermánico prócsimo su fin, y no pudiendo desconocer la naturaleza de su enfermedad, dijo á sus amigos consternados: «Si pereciese yo naturalmente, podria quejarme de los »dioses por robarme en edad ju»vénil á mis parientes é hijos; »pero soy víctima de Pison y Plan»cina, y deposito en vuestros co»razones mis últimos votos. Con»tad á mi padre y mi hermano las »persecuciones que he sufrido, »las asechanzas que me han ro»deado, los tormentos que pa»dezco, y el desgraciado fin de »mi vida.»

«Si mis brillantes esperanzas, »mis victorias y la elevacion de »mi familia, me han acarreado »envidiosos mientras viví, ellos »mismos lloran al contemplar »que una mujer ha destruido al »que perdonaron tantas batallas, »al que gozaba de una suerte tan »dichosa.»

«Llevad vuestras quejas al se»nado, invocad las leyes. La o»bligacion principal de los ami»gos no es onrar al difunto con »vanas lágrimas, sino acordarse »de su voluntad, y llenar sus in»tenciones. A Jermánico lloran »aun los que no le conocen: solo »á vosotros toca vengarle, si sois »mas adictos á mi persona que á »mi fortuna.»

«Mostrad al pueblo romano »mi mujer, nieta del divino »Augusto: mostradle mis seis »hijos: la compasion, favorable »ordinariamente á los acusados, »protejerá esta vez á los acusa-»dores. Si los delincuentes de-»claran que el crímen ha sido »mandado, ó no se les creerá, »ó no se perdonará su declara-»cion.»

Todos los que rodeaban el lecho, estrechando su mano desfallecida, juraron vengarle ó morir. Mandó despues á su mujer que se acercase: la conjuró por amor á él y á sus hijos, que moderase su altivez y que cediese á los golpes de la fortuna, para no escitar contra ella zelos poderosos y temibles. Esto le dijo en público, y se creyó que le habló en secreto del temor y sospechas que Tiberio le inspiraba. Pocos momentos despues espiró.

Su muerte causó un luto jeneral en las provincias y pueblos vecinos. Las naciones y los reyes le lloraron. Ninguno fué mas amable con los aliados, mas humano con los vencidos. Sus miradas y palabras causaban respeto y amor. Era popular sin familiaridad, grave sin orgullo: la memoria de sus virtudes y elojios sinceros fueron la sola pompa, las solas imájenes que adornaron sus funerales.

El lugar en que murió, su belleza, su edad y el jénero de su muerte hicieron que se le comparase á Alejandro Magno. Entrambos de una familia ilustre, favorecidos por la naturaleza y la fortuna, habian perecido jóvenes á la edad de poco mas de treinta años en un pais estranjero, por la traicion de sus conciudadanos; pero Jermánico era mejor amigo y mas sóbrio. Solo se habia casado una vez: ninguna duda podia mancillar su prole: era tan valiente como Alejandro, y menos temerario. Solo la envidia de Tiberio le impidió subyugar á los jermanos, tantas veces vencidos; y si hubiese llegado al imperio, hubiera escedido al héroe de Macedonia en reputacion militar, como le escedia en virtudes.

En este elojio noble se ve que Tácito participaba del error comun, creyendo que Alejandro habia muerto de veneno como su héroe.

Jermánico dejó tres hijos, Neron, Druso y Cayo Calígula, y tres hijas. Murió el mismo año que Tito Livio, el mas elegante de los historiadores romanos, y Ovidio, el mas tierno de los poetas (771 de Roma).

Onores tributados a su memoria.—Los goces de la tiranía y de la venganza, son goces vergonzosos que nunca se atreven los tiranos á confesar. Libertado Tiberio por el veneno del grande héroe á quien temia, se vió forzado por la opinion pública á encerrar en el fondo de su alma su orrible regocijo. Apenas se supo en Roma la muerte de Jermánico, cuando sin ningun edicto se abandonaron los tribunales, se cerraron las tiendas y quedaron desiertas las calles. No se oia mas que sollozos y jemidos: el pueblo, viendo la virtud inmolada al crímen, no creyó en la justicia de los dioses, rompió enfurecido sus imájenes y derribó sus altares: ni se limitaba á ecsalar imprecaciones contra Pison: maldecia declaradamente al emperador y á Livia. La llegada de Agrippina, que traia las cenizas de su esposo, renovó el dolor y ecsaltó los resentimientos. Todos los soldados viejos que habian servido á las órdenes de Jermánico, hacian su elojio: todos los ciudadanos lo confirmaban con sus lágrimas.

El senado en cuerpo y el pueblo todo, recibieron á las puertas de Roma á la viuda del héroe, y le prodigaron los mayores onores. El mismo Tiberio se vió obligado á manifestarse aflijido como los romanos, y á pagar á su víctima el tributo de alabanza y duelo.

Se depositaron las cenizas en el túmulo de Augusto, donde fueron conducidas al resplandor de mil antorchas. El profundo silencio que reinaba en esta ceremonia fúnebre, fué interrumpido súbitamente por un grito universal: la voz del pueblo y la de los soldados, aunque aogada entre jemidos, pronunciaba solo estas palabras: «La república ha »perecido con Jermánico.»

Tiberio, disimulando el pesar de un jénero muy diferente, que le causaba el duelo comun, llenaba de elojios á Agrippina, llamándola *el onor de las matronas romanas*.

Muerte de pison.—Aunque el pueblo habia manifestado su odio á Pison con la misma vecmencia que su amor á Jermánico, aquel vil asesino, que se creia cierto de la proteccion de Tiberio, se atrevió á presentarse en Roma. Pronto conoció que ningun apoyo es menos sólido que el de la tiranía. Agrippina lo acusó ante el senado de concusionario, rebelde y envenenador. Oyóse su defensa sin interrumpirle; pero pudo leer su sentencia en las amenazas del

pueblo y en el semblante de sus jueces indignados. Un dia amaneció muerto en su cama. Habíansele visto en la mano muchar cartas de Tiberio, que queria presentar para su justificacion. Seyano, valido del emperador, se lo disuadió, le engañó con esperanzas, le asesinó y sepultó en su tumba el orrible secreto de Tiberio.

Inútil era ya la hipocresía al emperador, no teniendo rival á quien temer, ni hombres fuertes y virtuosos, á cuya vista avergonzarse. La máscara se le habia caido; y el dolor de los romanos habia manifestado el odio que le profesaban. No teniendo ya esperanza de engañarlos, resolvió esclavizarlos: despreció y aborreció á todos los hombres, así como era despreciado y aborrecido por ellos.

Augusto habia confundido siempre sus intereses con los del público: Tiberio separó los suyos de los del estado: no juzgó de las acciones por el bien ó el mal de ellas, sino por el placer ó disgusto que le causaban. Privó al senado, no solo de su independencia, sino tambien de su dignidad. Los senadores, promoviendo su propio envilecimiento, le adulaban á porfia. El mismo Tiberio, fatigado de su bajeza, esclamó un dia enmedio de la curia: «¡O vil nacion, hecha »para la servidumbre!» Se declaró cónsul, y tomó por colége á Druso, su hijo, sin observar las antiguas formalidades.

La muerte de Jermánico dió ánimo y esperanzas á los bárbaros: Floro y Sacroviro escitaron una rebelion en las Galias. Sus primeros progresos espantaron á Tiberio: cobarde en su vejez, temia que la guerra le arrancase del seno de las liviandades. Cayo Silio venció á los rebeldes: se le pagó con elojios; y el jóven Druso, que no habia salido de Roma, recibió el premio debido al vencedor, y obtuvo la potestad tribunicia. El numida Tacfarinas, emprendió restituir la independencia á su patria. Bleso le derrotó en batalla campal; y el emperador, mas justo entonces, permitió á las lejiones que le saludasen *imperator*.

Poco tiempo despues estuvo á riesgo de perder la vida por haberse undido la casa en que se hallaba. Seyano, cuya fuerza era estraordinaria, le cubrió con su cuerpo, y sostuvo y echó á un lado con sus manos vigorosas una columna que iba á caer sobre el emperador. Ya este le amaba: desde entonces le recibió por valido, y se dejó dominar de

él. Seyano, atrevido y astuto, ocultaba su ambicion bajo el velo de una lealtad sin límites. Tiberio, que veia en él sus mismos vicios, amó su imájen, le prefirió á su propia familia, le elevó á las dignidades mas altas, le dió el mando de su guardia, le alabó en el senado como el ministro mas hábil y compañero de todas sus tareas; en fin, permitió que se le erijiesen estátuas en Roma.

Muerte de Druso, hijo de Tiberio.—Seyano aspiraba al imperio, y Druso, hijo de Tiberio, le cerraba el camino del trono. Este jóven impetuoso y altivo, no podia sufrir la insolencia del favorito de su padre: en una disputa que tuvo con él, le dió un bofeton. Seyano, ardiendo en deseos de vengarse, sedujo á Livila, hermana de Jermánico y esposa de Druso, le inspiró un amor criminal, le propuso quitar la vida á su marido para libertarse de su resentimiento, y subir juntos al trono destinado á su víctima. Este vil seductor sabia á qué grado de infámia se llega cuando se ha entrado una vez en el camino de los crímenes, y cuán capaz es de cometerlos una adúltera apasionada que ha violado el primero de sus deberes. Livila, esposa del heredero del trono, y en cuyas venas corria la noble sangre de Jermánico, consintió en desonrarse con el mas ecsecrable de los delitos, y prometió al adúltero la muerte de su esposo. Eudemo, su médico, dió un veneno al príncipe, del que murió á los pocos dias.

Desórdenes de Tiberio.—La afliccion de Tiberio fué corta y lijera: el pueblo no desconoció al autor del atentado. El pérfido Seyano trabajaba incesantemente en irritar el carácter de su amo y linsojear su inclinacion á los placeres y á la crueldad. Cada dia le espantaba con imajinarias conspiraciones; y ofreciendo á sus deseos nuevas bellezas y nuevas víctimas, le hacia odioso á los romanos y despreciable á los estranjeros, minaba su poder, y esperaba sucederle.

El emperador, entregado á sus consejos, era cada dia mas suspicaz, caprichoso y estravagante. La edad, en lugar de calmar sus pasiones, calentaba y nutria sus vicios: envidioso de todo crédito, de toda opulencia, de todo mérito, miraba como culpable á cualquiera que mereciа aprecio. A los que no se atrevia á matar, los alejaba de Roma. Los empleos que en otro tiempo eran recompensas, fue-

ron destierros. Tiberio nombraba gobernadores para echarlos de Italia, y jenerales para comprometerlos y arruinarlos.

Tacfárinas se rebeló de nuevo. Dolabela lo venció y mató. Tiberio le negó el triunfo, y sin razon ni vergüenza lo concedió á Seyano. Todas las ciudades tributarias del imperio le habian enviado diputaciones para darle el pésame por la muerte de su hijo: los de Ilion llegaron un poco tarde. El emperador los recibió con desprecio, y les respondió burlándose, que «él tambien sentia mucho la muerte »de Hector que era un escelente »ciudadano.»

Los hijos de Jermánico oponian todavia ostáculos á la ambicion de Seyano; porque los derechos de su nacimiento, la gloria de su padre y el amor del pueblo, les prometian el trono. Seyano resolvió matarlos: Agrippina los defendió por mucho tiempo con su vijilancia; y por mas influjo que tuviese el favorito con el emperador, no se atrevia á herir á su vista las reliquias de su familia. El artificioso ministro, oprimiéndole diariamente con inquietudes y fastidios, hizo que se disgustase de Roma y de los negocios, y le persuadió á buscar un retiro pacífico, desde el cual pudiese derramar sangre sin temor de venganzas, abandonarse á los mas vergonzosos deleites sin recelo de la malignidad del pueblo, y entregarse, lejos de las importunidades del senado, á las meditaciones que ecsijia la seguridad de su vida y de su poder. El objeto del favorito era que solo viese por sus ojos, y someterlo á todas sus voluntades. Tiberio, con el pretesto de edificar dos templos en Cápua y Nola, recorrió la Campania, y se fijó últimamente en la isla de Cápreas, morada deliciosa, é infame por las desonestidades y crueldades que en ella hubo.

Los buenos príncipes buscan la verdad: los débiles y los malvados no escuchan sino la delacion. Pronto Tiberio no vió en su corte mas que denunciadores. La conducta mas pura no se libertaba de sus sospechas y venganzas: se emponzoñaban las conversaciones mas sencillas; hasta el silencio era acusado: pronunciar casualmente los nombres de Bruto ó Casio, era delito capital: lo era tambien no hacer sacrificios á Augusto; y sin embargo, quien le echaba de menos, se hacia sospechoso; de modo que se mandaba tributarle adoraciones, y

estaba proibido su elojio. La tristeza se achacaba á descontento peligroso: la alegría, á esperanza criminal.

Muerte de Agrippina y de Livia.—Seyano derramaba principalmente su veneno contra Neron y Druso, hijos mayores de Jermánico; y el senado en vez de resistirle, favorecia cobardemente sus furores. Estos jóvenes príncipes y su madre sospechosos á Tiberio, fueron declarados enemigos del imperio. Agrippina ecsaló su cólera en quejas, fué desterrada, insultada, y murió en el destierro y en la miseria. Sus hijos perecieron de ambre en la cárcel.

Al mismo tiempo falleció Livia, á la edad de ochenta y seis años: el desprecio que su indigno hijo le manifestó, fué el castigo de su orgullo y de sus traiciones. El emperador, envidioso de su madre, se habia opuesto á todos los onores que el senado quiso concederle, la abandonó enteramente en su última enfermedad, proibió hacerle ecsequias onrosas, anuló su testamento, y persiguió á todos sus amigos.

Muerte de Cristo.—Tiberio habia dado el gobierno de Judea á Poncio Pilato. Este entregó á Jesucristo en manos de los judios, que le crucificaron. Tertuliano dice que Pilato, admirado de los prodijios que se siguieron á la muerte del Salvador, dió cuenta de ellos á Tiberio, y que este príncipe, habiendo propuesto colocar á Jesus en el número de los dioses, el senado se opuso á ello. Añade que el emperador amenazó con la muerte á todos los que acusasen á los cristianos. Tertuliano es el solo historiador que cuenta este hecho. La relijion no tiene necesidad de fábulas para defenderse; y es preciso confesar que Tiberio fué el príncipe menos digno de conocer y protejer un culto tan moral.

La delacion, el mas funesto de los azotes, animada por el carácter avaro, cruel y suspicaz del emperador, arrastraba al suplicio los mas ilustres ciudadanos. Seyano, que habia puesto en su favor semejante veneno, acabó por ser su víctima. Tiberio descubrió que amenazaba su trono y su vida: aterrado por el poder del ingrato que le debia su elevacion, tiembla cuando se resuelve á destruirle: manda armar muchos buques para huir si Seyano triunfa. El miedo le obliga á usar del lenguaje de la bajeza: escribe al senado como suplicante, é «implora su protec»cion á favor de un pobre viejo

»privado de su familia, y abandonado de todos.»

Muerte de Seyano.—El odio, largo tiempo comprimido, estalla con furor. Seyano es preso, condenado, aorcado por el verdugo, y arrastrado por el pueblo en las calles. Cuanto mayor fué la infámia con que se le habia adulado, mayor fué la rabia con que se le insultó, creyendo los abatidos borrar su ignominia con el esceso de la venganza, y sobrepujando á la injusticia que castigaban. Toda su familia y amigos perecieron, y Plancina participó de su suerte. El dia antes, la amistad del valido era solicitada por todos los romanos: despues de su muerte fué un crímen.

Tirania de Tiberio.—Tiberio no tardó en probar que la ruina de su ministro no habia disminuido en nada su tiranía: oprimió con impuestos las provincias, se enriqueció con los despojos de todos los príncipes de la Galia, y de todas las ciudades de Asia y Grecia. Confiscaba los bienes de los ricos, diezmaba la nobleza, y no perdonaba ni aun á sus mas cobardes cortesanos. De las veinte personas que componian su consejo, hizo morir á diezisiete. Su crueldad inflecsible proibia llevar luto por los condenados. Lejos de sentir la muerte de los príncipes de su familia, decia que: «Priamo ha»bia sido muy feliz en haber so»brevivido á todos los suyos.» Un dia se atrevieron á hablarle de los peligros á que le esponia el odio de los romanos. «Abo»rrezcan, respondió, con tal que »me teman.»

Su barbárie era injeniosa: se entretenia en prolongar los suplicios é inventar otros nuevos. Una muerte voluntaria le parecia un robo hecho á su crueldad. Sabiendo que el senador Carnacio se habia suicidado esclamó: «¿Cómo se me ha escapado ese »hombre?» Algunas veces añadia la burla á la inumanidad. Un condenado le pidió por única gracia que se le diese una muerte pronta: «No soy tan a»migo tuyo, que te conceda ese »favor,» le respondió el mónstruo. Cincuenta mil espectadores muertos ó heridos en Fidenas por la caida de un anfiteatro y todo un cuartel de Roma consumido por un incendio, son acontecimientos pequeños, comparados á los males que produjo la perversidad reunida al poder.

Sin embargo, enmedio de sus furores, se notaba el suplicio á que le condenaban sus remordimientos, de cuya accion secreta, profunda y terrible no puede li

bertar ni aun el poder mas absoluto y despótico. Pidiendo un dia al senado el perdon de un reo, se espresaba así en su carta: «Los dioses y las diosas me han »puesto en tanta perplejidad y »afliccion, que no sé cómo ni por »qué os escribo.»

Solo el esceso de su infame liviandad podia distraerle de sus penas insufribles y de sus eternos terrores. Tirano en sus placeres como en sus venganzas, ultrajaba con sus violencias la virtud de las mujeres mas distinguidas y el pudor de las doncellas; hacia vestir á los hombres de faunos y á las mujeres de ninfas; y no se puede decir mas, sino que convirtió su casa en un lupanar.

Algunas veces pensaba en volver á Roma, se acercaba á la ciudad, y no se atrevia á entrar. Gastado por los vicios y la edad, habia perdido el valor y el talento, que suplieron en su juventud por las virtudes que le faltaban. Las riendas del imperio parecian escaparse de su mano ensangrentada y moribunda. Su estupor despertó á los enemigos de Roma: los dacios se apoderaron de la Mesia: los jermanos talaron la Galia: Artabano, rey de los partos, despreciando su debilidad, conquistó la Armenia, le reprendió sus crímenes y su vil ociosidad, y le aconsejó espiar su oprobio con una muerte voluntaria.

Tiberio, atormentado por el odio jeneral que se le tenia, detestaba al jénero humano, y dijo muchas veces: «que deseaba que »el universo pereciese cuando »él.» Habia pensado en tomar por sucesor á Claudio, hermano de Jermánico; pero le dejó por imbécil, y elijió por heredero del trono á Cayo Calígula, á quien amaba por sus vicios. Decia con un regocijo orrible: «En »este jóven he criado una ser»piente que deborará á Roma: »un faeton que abrasará el mun»do.» Calígula se atrevió un dia á burlarse delante de él de la abdicacion de Syla. «Tú tendrás, »le dijo Tiberio, todos los de»fectos de este hombre célebre, »y ninguna de sus virtudes.»

Muerte de Tiberio.—La salud del emperador declinaba diariamente: inaccesible á los consejos de la medicina, como á los de la razon, jamás quiso emplear los ausilios del arte para favorecer á la naturaleza. Su mácsima era, que «es necio el hom»bre que á los treinta años no »sabe ser médico de sí mismo.» Sus fuerzas le abandonaron rápidamente: un dia perdió el co-

nocimiento, creyósele muerto, y la alegria fué jeneral; pero cuando volvió, el miedo heló á todos los circunstantes. Macron, prefecto del palacio, y Calígula, temiendo su venganza, le aogaron entre las almoadas. Murió el año 789 de Roma, á los setenta y ocho de edad y veintidos de su reinado. El pueblo enfurecido queria arrojarle al Tiber: los mas juiciosos, enterrarlo en el lugar destinado á los reos. Este príncipe descendia de una familia ilustre, que solo él mancilló. Era su projenitor Atta Claudio, oriundo de Régulo, en el pais de los sabinos. Hubo en su casa veintiocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras, siete triunfos y dos ovaciones. Su nombre, otras veces respetado en Roma, es ya una injuria aun para los tiranos.

Los rasgos de sabiduría, jenerosidad y justicia esparcidos en su reinado, no han hecho su memoria menos odiosa, porque la maldad y la superchería dominaron su conducta, y con mucho jénio tuvo un corazon infame. Sin embargo, Veleyo Patérculo, su contemporáneo, lo ha llenado de elojios. ¿Y de qué otro modo podia escribir la historia, un cortesano adulador de Tiberio y de Seyano?

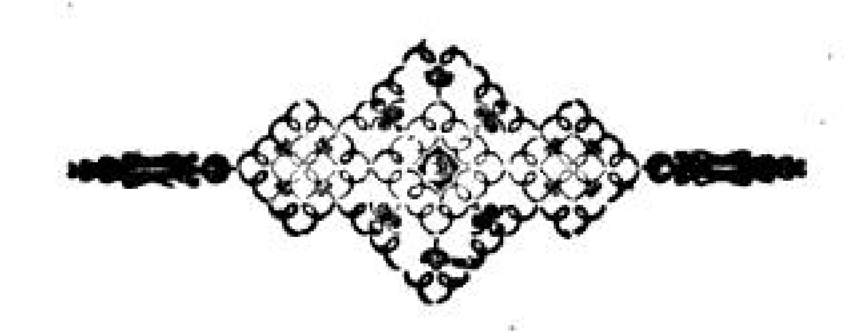
Concluiremos con una observacion importante de Montesquieu (1). «Augusto, dice, habia »quitado al pueblo el poder de »hacer las leyes, y el de juzgar »los crímenes públicos; pero le »habia dejado, ó al menos parecia dejarle, el de elejir los ma»jistrados. Tiberio, que temia »las reuniones de un pueblo tan »numeroso, aun le quitó este »privilejio, y se lo dió al senado, »es decir, á sí mismo (2); y fué »increible cuánto envileció las »almas grandes esta decadencia »del poder del pueblo. Cuando »este pueblo disponia de las dig»nidades, los majistrados que las »pretendian hacian ciertamente »muchas bajezas; pero iban a»compañadas de cierta magnifi»cencia que las ocultaba, ya dan»do juegos ó comidas públicas, »ya distribuyendo dinero ó trigo. »Aunque el motivo fuese bajo, »el medio tenia algo de noble, »porque conviene siempre á un »grande hombre obtener con li»beralidades el favor popular. »Pero cuando el pueblo no tuvo »nada que dar, y el príncipe, en »nombre del senado, dispuso de

(1) Grandeur et decadence des romains, chap. XIV.

(2) Tacito, *Anales*, lib. I, capítulo XV. Dion, lib. LIV.

»todos los empleos, se los pidie»ron, y los obtuvieron por vias »indignas: la adulacion, la infá»mia y los crímenes, fueron me»dios necesarios para conseguir»los.»

Mas sencillamente podria decirse que el alma de los nobles se envileció, luego que tuvieron que ser cortesanos para ser cualquier cosa.



CAPITULO XVII.

CAYO CALIGULA.

(Era de Gracia 37.)

Elevacion de Calígula.—Su tiranía.—Sus amores criminales.—Sus estravagancias, entre otras un puente volante sobre el mar.—Sus proscriciones.—Sus cobardes triunfos.—Su muerte.—Muerte de Cezonia.

Elevacion de Caligula.—Casi todos los príncipes de la familia de Tiberio habian perecido: muchos de ellos por la suspicacia de este viejo cruel, la codicia de los delatores y la ambicion de Seyano. Calígula tenia veinte años cuando el emperador lo llamó á su lado, y supo libertarse por su disimulo de los peligros que le amenazaban en aquella corte tempestuosa. Ocultando cuidadosamente su resentimiento por la persecucion de su familia, mostró en su juventud los vicios de un antiguo cortesano, pareció dócil, sometido y adicto, lisonjeó las pasiones del príncipe y los caprichos de los privados, y se dijo de él con razon «que nunca se vió un esclavo »mejor ni un amo peor.» Hallaba en el palacio de Tiberio placeres conformes á sus inclinaciones: asistia con ánsia á los suplicios de los condenados, y se disfrazaba por la noche para ir á las casas de prostitucion.

El jóven Tiberio, hijo de Druso y nieto del emperador, parecia que debia cerrarle el camino del trono. Calígula, para vencer esta dificultad, sedujo á la mujer de Macron, prefecto del palacio, y la prometió dividir con ella su poder si llegaba á reinar.

El emperador le nombró en su testamento coeredero solamente de su nieto. Cuando estaba moribundo, Calígula quiso sa-

carle el anillo: el viejo espirante abrió los ojos y se defendió. Entonces fué cuando Calígula y Macron le aogaron. Estos crímenes, sepultados en el recinto casi impenetrable de Cápreas, no se supieron hasta mucho tiempo despues.

El nombre sagrado de Jermánico protejia á su hijo: el pueblo esperaba que reviviesen en él las virtudes de aquel grande hombre, y los soldados le amaban como alumno suyo. Los votos unánimes del senado, de los caballeros del órden ecuestre, y de las lejiones, lo elevaron al trono.

La muerte de Tiberio y la ecsaltacion de Calígula escitaron un gozo universal: todas las ciudades hicieron votos solemnes de gracias á los dioses: se les sacrificaron ciento sesenta mil víctimas, presajio funesto de las que iba á degollar en breve la crueldad. Todos los ciudadanos de Roma salieron á recibirle: se presentó en el senado: pronunció el elojio de Tiberio, y aumentó con su finjida modestia el ánsia que mostraban por elevarle al poder supremo. Ya fuese porque un débil recuerdo de las lecciones de Jermánico y Agrippina conmoviese su alma en los primeros instantes, ya porque su carácter feroz se ablandase por el amor que un gran pueblo le manifestaba tan vivamente, ya en fin porque hubiese resuelto poner en práctica el arte profundo de la disimulacion que habia aprendido en Cápreas, no mostró en los primeros tiempos de su reinado mas que virtudes.

Despues de celebradas las ecsequias de Tiberio, el nuevo emperador pasó á la isla de Pandataria, recojió las cenizas de sus hermanos, y volvió á Roma á depositarlas en un magnífico sepulcro. Los delatores se habian anticipado á denunciarle todos los que habian sido en el reinado anterior enemigos de su familia; pero él hizo quemar todas las delaciones sin leerlas. Se le pasó un informe detallado de una conjuracion tramada contra él; pero se negó á creerla, diciendo que no habia hecho cosa por la cual mereciese el aborrecimiento.

El senado anuló el testamento de Tiberio, y sin embargo él cumplió relijiosamente todas sus disposiciones. Dió órden para que los desterrados volviesen á su patria y recobrasen sus bienes. Restituyó á los príncipes estranjeros los estados de que Tiberió los habia desposeido. Antíoco, rey de Comajene, además de su reino, que le fué de-

vuelto, recibió catorce millones de indemnizacion. Calígula hizo dar ochenta mil sestercios á una liberta porque habia sufrido valerosamente los tormentos sin revelar el secreto de su patrono.

Uniendo la severidad á la dulzura, castigó á los gobernadores concusionarios ó corrompidos, desterró á las Galias á Poncio Pilato, hizo una reforma saludable en el órden ecuestre, echó de Roma á las mujeres mas desarregladas, dió nuevo vigor á las leyes de Augusto, caidas en desuso; y en fin, lejos de parecer envidioso del jóven Tiberio, su coeredero, le nombró príncipe de la juventud. Así que, el principio de este reinado feroz fué como el de un monarca prudente, suave y virtuoso; y los onores que entonces se le dieron, fueron concedidos por la gratitud y no por la adulacion.

El senado mandó que una vez al año el colejio de los sacerdotes seguido de todas las corporaciones del estado, llevase al capitolio un escudo de oro con la imájen de Cayo grabada en él. Al dia de su ecsaltacion se dió el nombre de *Pubicia*, dando á entender que habia sido el del rejuvenecimiento de Roma.

Su tirania.—Todas estas esperanzas se desvanecieron muy en breve. Calígula no pudo violentarse largo tiempo á finjir virtudes que no habia en su alma. Al fin de ocho meses se quitó la máscara, apareció el tirano, y el resto de su reinado no fué mas que un tejido de injusticias, atrocidades y delirios, cuya narracion aflije y da vergüenza, obligando á la historia á tomar los pinceles de la sátira.

El orgullo, primer vicio que manifestó Cayo, fué el orijen de los demás. Arrogóse el título de *señor*, que sus antecesores habian reusado. Cuando los reyes estranjeros le nombraban árbitro de sus diferencias, respondia con un verso de Homero cuyo sentido es: «al mundo bástale un »rey.»

No contento con tomar el nombre de *señor de los reyes*, se atrevió á darse los de Optimo y Mácsimo, que solo pertenecian á Júpiter. Diciendo que no se le debia asemejar á los demás hombres, como no se compara á un pastor con su rebaño: se sentaba en los templos entre las imájenes de Cástor y Polux: hacia que le adorasen bajo el nombre de *Júpiter Lacial*, y tomaba alternativamente los trajes de este dios, de Baco, de Apolo, y aun los de Diana y Venus. Se le erijió en la capital un templo: sobre el altar

brillaba su estátua, hecha de oro, y vestida cada dia con el traje que le tocaba llevar al emperador. Lo que parece aun mas increible que esta demencia, es que el ídolo hallase ministros y adoradores: para ignominia de la humanidad, se vió á los mas ilustres romanos solicitar con mas ardor aquel sacerdocio que el consulado, y sacrificar á la estravagante deidad pavos, faisanes y otros pájaros muy raros del Asia. Calígula, uniendo la locura al sacrilejio, asoció su esposa y su caballo al colejio de los sacerdotes. Un dia designó para el consulado á este caballo llamado *Incitato*, á quien estimaba mas que á los hombres: insultando á los dioses como á los mortales, hizo construir una máquina que lanzaba piedras al cielo é imitaba el ruido del trueno. Cuando la disparaba decia: «Júpiter, estermíname, ó yo te esterminaré.» Queria que se le creyese amante de Diana, y finjia tener conversaciones secretas con la diosa. Este insensato, avergonzándose de descender de Agrippa, varon plebeyo, que solo debia su gloria á su mérito, publicó que su madre Agrippina habia nacido del incesto de Augusto con Julia, desonrando así á sus ascendientes para atribuirse un orijen mas noble.

Envidioso de toda fama, quitó á las mas nobles familias los símbolos de la gloria de sus antepasados: á los Torcuatos, el collar: á los Cincinnatos, la mata de pelo: á los descendientes de Pompeyo, el sobrenombre de Magno; y dió la muerte á uno de los últimos nietos de esta familia. En fin, sin respetar la memoria del fundador del imperio, proibió que se celebrase la batalla de Accio, demasiado funesta, decia, á la república. La gloria literaria no fué mas sagrada para él: despreciando á Homero, á Virjilio y á Tito Livio, decia que eran soñadores é imbéciles.

Sus amores criminales.—Creyéndose superior á todas las leyes como á todos los hombres, obligaba á las matronas á sacrificarle su pudor: desonró á sus hermanas: entregó dos de ellas, Livia y Agrippina, á sus cortesanos, y casó con Drusila que era la tercera, y de la cual estaba perdidamente enamorado. La instituyó heredera del imperio, y la colocó en el número de los dioses. Cuando la muerte de Drusila puso fin á este amor incestuoso, su furor bárbaro y sofístico hizo morir á los que llevaron el luto por una diosa, y á los que no lo llevaron por una emperatriz.

Convidado á las bodas de Pison, y enamorado de Livia Orestila, que era la novia, la declaró esposa suya desde aquel momento. Del mismo modo robó á Cayo Memmio, uno de los jenerales, su esposa Lolia Paulina. A esta sucedió Cesonia, mujer que aunque no era jóven, tenia sin duda grandes vicios, pues tomó un imperio casi absoluto sobre el corazon de Calígula. La mostraba á las tropas en el traje de Minerva, y se dice que encargó á esta diosa la educacion de una hija que tuvo de Cesonia, llamada Julia. Decia que no dudaba de que aquella niña era suya, porque se le parecia mucho y desde la infancia manifestaba su propension á la crueldad, sacando los ojos á los niños que jugaban con ella.

Sus estravagancias. — Creia probar la grandeza de su poder por el esceso de sus gastos: sus prodigalidades carecian de motivo y de límites: servia á sus convidados oro y perlas: arrojaba al pueblo desde lo alto de una torre pedazos de plata: construia navíos de cedro, cuyas velas y maromas eran de seda, y la popa estaba dorada y enriquecida con pedrerías. Mandó edificar torres en el mar, allanar montañas y levantar colinas en los valles. Habiendo reunido un gran número de buques, hizo que los uniesen con maderos y formó con ellos sobre el mar un puente que iba desde Báyas á Puteólos. Mandó cubrirlo de tierra, plantar en él árboles y construir casas. Vestido despues de un ropaje de oro, bordado de perlas, con la acha en una mano, el escudo en la otra y la corona en la cabeza, atravesó el puente como triunfador, seguido de todos los grandes del imperio. Al otro dia, habiendo convidado al pueblo á venir á ver esta maravilla, mandó arrojar al mar á todos los que habian subido en el puente. Dícese que hizo construirlo solamente para burlarse del astrólogo Trasilo, el cual habia dicho, reinando Tiberio, que «seria tan difícil á Calígula »ascender al trono, como pasear»se á caballo en el golfo de Pu»teólos.» Estando un dia en la ceremonia de un sacrificio, le pareció cosa chistosa el que en lugar de herir á la víctima se apartase el golpe y descargase sobre el sacerdote que estaba á su lado.

Calígula disipó en breve con sus gastos desatinados ciento treinta millones que le habia dejado su antecesor Tiberio. La sed de dinero es uno de los ma-

yores aguijones de la tiranía: para llenar el tesoro esausto, los príncipes tiranos llenan las cárceles de hombres que quieren suponer culpables: y cuando las contribuciones no bastan, las confiscaciones las remplazan y la opulencia llega á ser un crímen de estado. Agotados los recursos de la vejacion, oprimió al pueblo á fuerza de contribuciones, vendió la justicia, obligó no solo á los comerciantes, sino tambien á los artesanos y ganapanes, á cederle una parte de sus ganancias; y á todos los ciudadanos á darle aguinaldos que él mismo recibia: estableció en su palacio sitios de juego y de prostitucion, cuyos provechos percibia. Bien pronto las delaciones y las condenaciones arbitrarias amenazaron la vida y el caudal de todos los romanos.

SUS PROSCRICIONES.—Algunos creyeron ponerse en salvo, instituyéndolo su heredero: el tirano los mandaba envenenar para gozar mas pronto de la sucesion. Un dia, despues del banquete, salió del juego, hizo prender á dos ricos patricios en el patio de su palacio, y mandó matarlos. Volviendo despues á sus convidados, les dijo: «Vuestro »juego es mezquino para mí. Yo »he ido á jugar á otra parte, y »he ganado en un momento seis»cientos mil sestercios.»

Desde que empezó á derramar sangre, no pudo saciar su sed. Sus sentencias parecian mas atroces por la frivolidad de los pretestos. Hizo morir al jóven Tiberio porque era muy afeminado, y se perfumaba con esceso. Ptolemeo, su pariente, fué condenado porque descendia de Marco Antonio: Silano, porque estando enfermo, se escusó de acompañarle en un paseo por el mar; y Macron, porque le habia hecho grades servicios, y era muy gravoso para Calígula el peso del reconocimiento.

Solo Claudio, su tio, hallaba favor en él, porque su imbecilidad le divertia. Una mañana, viendo ocupados los primeros sitios del circo, mandó echar á palos á los que estaban en ellos, y en este tumulto perecieron veinte caballeros y muchas matronas de la primera distincion. Mandó esponer al furor de las fieras todos los acusados, que llenaban las cárceles. Un caballero, obligado á combatir contra aquellos animales, clamó que era inocente: el emperador lo hizo venir junto á su asiento, mandó cortarle la lengua, y le envió á la arena. Despreciaba á los hombres en tanto estremo, que

obligó á algunos senadores á correr adornados con la toga delante de su carro. Condenaba indistintamente á los prisioneros de guerra puestos en línea á cortarles la cabeza, señalando con el dedo *desde tal calvo á tal calvo: a calvo ad calvum*. La misma injusticia ejecutaba con los ancianos y enfermos que no podian ganar su vida. «Estos son, »decia, servicios que hago á la »sociedad, librándola de los mi»serables que le sirven de car»ga.» Comiendo una vez entre los dos cónsules, se echó á reir inmoderadamente, y como le preguntasen la causa de su risa, respondió: «Estaba pensando que »á una señal mia, si quisiese, »volarian vuestras cabezas.»

Su abuela Antonia le advirtió que escitaba contra sí el odio jeneral: la mandó callar, diciéndole: «Sábete que no hay perso»na ni ley superior á mi volun»tad.» Despues la persiguió con tanta barbárie, que la obligó á darse la muerte. Feroz hasta en sus amores, dijo un dia á Cesonia, que muchas veces le ocurria darla tormento para que declarase con qué artificio le tenia cautivo. Creíase que esta mujer le habia alterado la razon con un filtro, de los que entonces se creian á propósito para aumentar el cariño. En fin, llevando al estremo su delirio, dijo en un rapto de enojo contra los romanos: «¡O! si este pueblo no tu»viese mas que una cabeza, ¡con »qué placer la cortaria de un »solo golpe!» Roma debió conocer entonces que una nacion que cede el poder absoluto á un hombre, debe disponerse á sufrirlo todo.

Dificilmente se concibe cómo los romanos, en tanta degradacion, inspiraban todavia bastante respeto á las naciones estranjeras para impedirles que tomasen las armas y sacudiesen un yugo antes pesado y ya vergonzoso; pero aun no se habia destruido la disciplina por la corrupcion de las costumbres. Los romanos, aunque perdidas las demás virtudes, conservaban el valor: ciudadanos despreciados, pero soldados fuertes, eran temidos. La tranquilidad reinaba en todo el imperio; mas se creyó que iba á turbarse, viendo declarar repentinamente al emperador, enmedio de la paz mas profunda, que marchaba para combatir con los jermanos y los bretones.

Sus cobardes triunfos.—Reune apresuradamente sus lejiones, alista nuevas tropas, y camina con tanta precipitacion,

que apenas pueden seguirle las coortes pretorianas. Llega á los últimos fines de la Galia, recibe con pompa en su campamento á Adminio, hijo del rey de los bretones, que huía del enojo de su padre; y da cuenta al senado de este suceso, como si fuera una conquista. Diríjese despues al Rin, manda á una tropa de jermanos de su guardia pasar el rio, ocultarse en un bosque vecino, y gritar *á las armas*, como si viesen al enemigo. Obedecen: el emperador, advertido por sus voces, marcha al frente de algunos escuadrones, penetra en el bosque, permanece en él algun tiempo para hacer creer que se ha batido, y vuelve como vencedor á su campo al frente de sus soldados, que traian coronas de encina.

Algun tiempo despues, mandando dar escape secretamente á algunos reenes, los persiguió, los trajo encadenados, y escribió al senado acusando su ociosidad cuando el jefe del imperio se esponia diariamente á tan grandes peligros. Volvió á las costas de Batavia, dispuso sus tropas en órden de batalla á la orilla del mar, dió la señal de acometer, y mandó á los soldados que llenasen sus capacetes de conchas, *despojos del Océano conquistado*, como él decia. Elevóse en este sitio una torre que sirviese de monumento á sus triunfos.

Antes de dejar el ejército dió en la atroz mania de degollar las lejiones que en otro tiempo se habian rebelado contra su padre Jermánico: muy dificilmente se logró que se contentase con diezmarlas. Trajéronse á su presencia las víctimas: mandó rodearlas por la caballería: despues hizo un discurso; pero viendo que muchos de aquellos infelices se escapaban y tomaban armas, tuvo miedo, y huyó vergonzosamente. Caminando ácia Italia, escribió cartas amenazadoras al senado. Esta corporacion, terror en otro tiempo de los reyes, temblaba entonces á los pies de un insensato, y le respondió que colmase los deseos del pueblo, y volviese á Roma con prontitud. Calígula dijo, poniendo la mano en el puño de su espada: «Iré, y esta »me acompañará.» Anunció por un edicto que el deseo de ver al pueblo y á los caballeros, era el motivo de su vuelta; pero que con el senado ni seria príncipe ni ciudadano. Proibió á los senadores que saliesen á recibirle, y como no queria recurrir á sus sufrajios para obtener el triunfo, segun la costumbre,

se contentó con la ovacion.

La vuelta de este furioso amenazaba la total ruina del senado; pero con una bajeza tan atroz como infame, aplacó momentáneamente la ira del tirano. Su ministro Protójenes se presentó en la curia con las órdenes de su señor: todos los senadores le saludaron con la sumision á que los habia acostumbrado una larga tiranía. Scribonio Próculo escedió á los demás en adulacion, y Protójenes le dijo insolentemente: «¿Por qué afectas manifestarme mas respeto que tus colégas, siendo como eres enemigo del emperador?» A estas palabras todos los miembros del senado se levantan, acometen á Scribonio, y le hacen pedazos. —Semejantes hombres merecian tener por amo á Calígula.

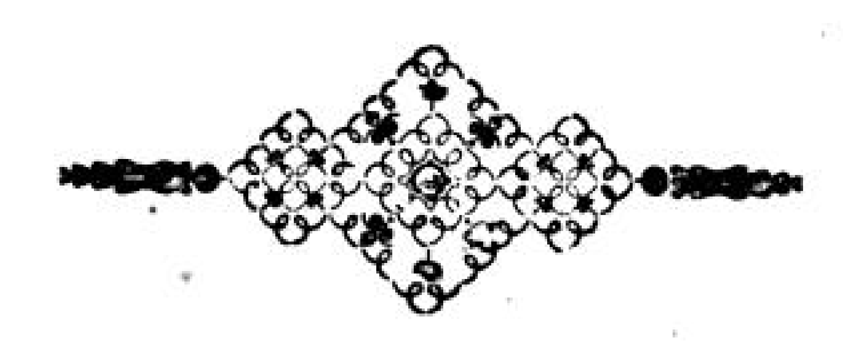
Este mónstruo era cada dia mas feroz: irritado por el odio que inspiraba, aborrecia á Roma, y pensaba en transferir á Ancio la silla del imperio: despues quiso ponerla en Alejandría. Pero tenia la intencion de dar antes la muerte á todos aquellos cuyos nombres recordaban la gloria de la república romana. Despues de su muerte se tuvo la prueba de este malvado plan; porque se encontraron en su palacio dos escritos de su mano, con los títulos de *la Espada* y *el Puñal*, donde se veian los nombres de los que destinaba á perecer.

Su muerte.—Todos conspiraban secretamente contra su vida; pero el temor que causaban los soldados, y principalmente la guardia jermana, detenia los brazos dispuestos á herirle. En fin, Casio Querea, tribuno de una coorte pretoria, resolvió con algunos amigos osados arrostrar todos los peligros y purgar el mundo de aquella fiera. Calígula volvia del baño á palacio por un camino subterráneo. Un dia le esperaron en él los conjurados: Querea se le acercó con el pretesto de pedirle el nombre, y le dió una estocada en la garganta: todos sus cómplices hicieron lo mismo, y Calígula recibió treinta heridas antes de morir. Al caer gritaba: «Aun estoy vivo, malvados.» Así murió el año 793 de Roma, á los veintinueve de edad, y cuatro de reinado. Los asesinos mataron tambien á la emperatriz Cesonia, á la cual se creia capaz de todos los crímenes, porque Calígula la adoraba, y estrellaron contra las paredes del palacio la cabeza de su hija única: barbárie que no pueden disculpar los crímenes del emperador. El senado, que hu-

biera querido poder borrar su ignominia y el reinado de Calígula de la memoria de los hombres, hizo fundir todas las monedas que llevaban su efijie. La majestad de la historia se profanaria, formando el cuadro asqueroso de los estravagantes delirios de un tirano como Calígula, si no fuese preciso manifestar á los hombres hasta qué punto se degradó el primer pueblo del universo por haber renunciado á las buenas costumbres, y con ellas á su gloria y libertad.

Durante el reinado de este mónstruo, los apóstoles y discípulos de Jesus esparcieron en el mundo su palabra. San Mateo escribió el primer evanjelio: los que abrazaron este culto nuevo, tomaron el nombre de cristianos. Ninguna otra época era mas favorable que la de la atroz tiranía de Tiberio y de Calígula para la introduccion de una relijion moral y consoladora; pues cuando el hombre jime sobre la tierra, es cuando dirije la vista ácia el cielo.

Un imbécil va á sucederle, y por consiguiente vamos á ver escenas deplorables.—La parte de los anales de Tácito, relativa al reinado de Calígula se ha perdido desgraciadamente. Nada puede suplir al pincel de este historiador filósofo, que tan bien conocia á los hombres y á las cortes, y que interesa á la razon hasta en sus menores detalles. En los demás escritores no se encuentran sino un conjunto de inutilidades, y aun de puerilidades insípidas y repugnantes, con que los modernos no debieran haber enchido sus obras.



CAPITULO XVIII.

CLAUDIO.

(Año de Roma 794.—Era de Gracia 41.)

Estado del imperio despues de la muerte de Calígula.—Elevacion de Claudio al imperio.—Su retrato.—Su gobierno.—Enfermedad de Claudio.—Censo y trabajos públicos.—Guerra de Britannia.—Crímenes de Claudio y Messalina.—Muerte de Popea.—Desórdenes de Messalina.—Muerte de Messalina.—Union de Claudio y Agrippina.—Adopcion de Neron por Claudio.—Guerra en Jermania.—Actos pérfidos y feroces de Radamisto.—Muerte de Zenobia.—Crímenes de Agrippina.—Muerte de diezinueve mil prisioneros en una naumaquia.—Muerte de Claudio.

Estado del imperio despues de la muerte de Caligula.— Los conjurados no habian tenido mas objeto que libertar á Roma de un tirano sanguinario. Cuando se estendió la noticia de su muerte, se temió al principio que fuese falsa, y el miedo cerraba los corazones á la alegría; pero apenas estuvieron ciertos los cónsules de que Cayo no ecsistia, convocaron el senado. La vergüenza del yugo encendió algunas centellas del antiguo amor á la libertad: el cónsul Saturnino pintó con enerjía las calamidades que habia sufrido Roma desde que tuvo señores. Al cuadro de la gloria y grandeza pasada opuso el de las afrentas y suplicios en los reinados de Tiberio y Cayo. Comparando al intrépido Querea con Bruto y Casio, le declaró mas digno de elojio que aquellos dos ilustres romanos, los cuales, acaso por faccion y rivalidad, dieron la muerte á un héroe, cuando Querea, animado de los mas nobles sentimientos, y arriesgando su vida, habia libertado la tierra de un mónstruo.

«No seamos indignos de él, a-

»ñadió: imitemos su jeneroso e»jemplo: Querea rompe nuestras »cadenas, recobremos nuestros »derechos: él acabó con el tira»no, acabemos nosotros con la »tiranía.»

Tales palabras, no oidas hacia mucho tiempo en el recinto del senado, inflamaron todos los ánimos. El cónsul propuso la abolicion de los títulos de emperador y césar, y se adoptó unánimemente su dictámen. Decretó el restablecimiento del gobierno republicano; y sostenido por la adesion de algunas coortes pretorianas, se apoderó del Capitolio.

El espíritu de la plebe era enteramente contrario: demasiado lejana del cetro para temer sus golpes, preferia el poder de un monarca al orgullo de los grandes: bajo el dominio de los emperadores gozaba de una licencia conforme á sus costumbres: hallaba su reposo en la oscuridad: la política de los césares la contentaba con distribuciones frecuentes de dinero y trigo: la magnificencia del palacio le prodigaba fiestas y combates de gladiadores; y hasta los suplicios, que temian solo los nobles, eran espectáculos para aquella muchedumbre envidiosa y cruel.

La memoria de la república solo representaba guerras eternas, alistamientos rigorosos, leyes severas, y el dominio odioso de la nobleza.

Los pretorianos estaban todavia mas apartados de querer el gobierno republicano, y echaban menos un trono, del cual eran custodios y casi señores.

La guardia estranjera creia su ecsistencia inseparable de la de los tiranos, que le pagaban con prodigalidad para disipar sus terrores y ejecutar sus venganzas. Casi todo el imperio preferia el descanso bajo un jefe, á la renovacion de las guerras civiles, y á las tiranías alternativas de muchos grandes ambiciosos: en fin, todas las pasiones bajas que nacen de la debilidad y corrupcion, precipitaban á la mayoría en la servidumbre. La libertad no tenia á favor suyo sino algunos recuerdos nobles, ya debilitados, y el voto de algunos hombres valientes.

Sin embargo, su ardor, la antigüedad de su causa y la autoridad del senado habrian podido en una ocasion tan favorable luchar todavia algun tiempo en favor de la libertad; pero la casualidad, frecuentemente mas poderosa para fijar el destino de los pueblos, que las combinaciones de los hombres, decidió en

pocos instantes la suerte del imperio.

Elevacion de Claudio al imperio.—Algunos soldados, que despues del asesinato del tirano vagaban por el palacio, descubrieron detrás de un tapiz á Claudio, hermano de Jermánico, y tio de Calígula. Este príncipe débil se habia escondido lleno de miedo, para evitar la misma suerte de su sobrino. Los soldados le cojen, le ponen sobre sus hombros, le presentan á sus compañeros, y le proclaman emperador; y cuando este príncipe les pedia que le perdonasen la vida, recibe el cetro de las mismas manos, de las cuales aguardaba la muerte.

Informados los senadores de este suceso, envian un tribuno del pueblo para ordenar á Claudio que esperase el resultado de las deliberaciones públicas. El príncipe respondió que ya no era dueño de su voluntad; y que su amigo Herodes Agrippa, tetrarca de Judea, que á la sazon se hallaba en Roma, le aconsejaba no obedecer á las órdenes del senado. El pueblo ajitado se declaraba á favor de Claudio: los soldados amenazaban y los senadores se dividieron. Cuando un pueblo delibera entre la libertad ó la servidumbre, merece ser esclavo. El senado se rindió, y proclamó emperador á Claudio.

Su retrato.—Este, para asegurarse el apoyo del ejército, ofreció quince mil sestercios á cada lejionario; y de este modo, comprando el trono que se le daba, fundó el gobierno militar, que reune todos los vicios del despotismo y todos los peligros de la anarquía.

Cuando fué elevado al imperio tenia cincuenta años. Habia vivido antes oscurecido cerca de las gradas del trono. Era de espíritu débil, embrutecido por una educacion dura, incapaz de todo, *hombre imperfecto* como le llamaba su madre Antonia, y falto de enerjía, que se acercaba mucho á la simpleza. En su juventud se habia dedicado á la literatura, y escribió por consejo de Tito Livio una historia de Cartago. Augusto habia añadido al alfabeto la letra *x*: Claudio inventó otras tres, que no estuvieron en uso sino durante su reinado.

Citábanse de él muchos pensamientos injeniosos y sentencias notables. Queria el bien, é hizo el mal. Tenia un juicio esacto; pero sus enfermedades y sus escesos en todos jéneros de destemplanza le embrutecieron. Era de grande estatura, mal formado, de rostro feo; temblábanle las

rodillas, y sus pasos eran inciertos; tenia ademanes muy rústicos y no miraba derecho. Su vida privada fué vergonzosa: sus mujeres y favoritos inmolaron un gran número de víctimas á la codicia y á la envidia. Sin embargo, como sus ministros no carecian de habilidad, el imperio conservó en este reinado su fuerza y esplendor, y aun estendió sus límites.

Su gobierno. — En los primeros momentos de su administracion hizo un esfuerzo para vencer su debilidad, y gobernó con una prudencia digna de elojios. Los edictos crueles de Calígula fueron derogados, las cárceles abiertas, los desterrados restituidos á sus ogares, y costó dificultad á los ministros hacerle condescender por su propia seguridad, en la condenacion de Querea y de sus cómplices.

Querea murió como habia vivido: ni mostró debilidad ni arrepentimiento: afirmó que habia defendido la humanidad, la justicia, la patria y la libertad, y pidió por toda gracia el onor de morir traspasado con el mismo acero que esgrimió contra el tirano. Sublime ejemplo de valor y de odio á la tiranía!!

Claudio no quiso aceptar ninguno de los títulos fastuosos prodigados á sus predecesores: proibió que se le diesen onores divinos, no tomó resolucion alguna sin el consejo de los cónsules, y mostró siempre grande deferencia al senado. En lugar de dar acojida á los delatores, los persiguió, y condenó á los convencidos de calumnia á pelear contra las fieras, á las cuales se asemejaban. Asistia con frecuencia á los tribunales, y las sentencias que daba eran dictadas por la equidad. Una madre se negaba á reconocer su hijo: el emperador la mandó casarse con él, y así la obligó á confesar.

Por este tiempo una causa ruidosa llamaba la atencion de todos. El cónsul Silio promovió la renovacion de la ley cincia, que proibia á los abogados recibir ovenciones. En apoyo de su opinion citaba las antiguas costumbres y los ejemplos gloriosos de aquellos grandes hombres ornamento de la república, que daban y no recibian, que consagraban su elocuencia á la defensa de los inocentes, y que aspirando con igual ardor á la gloria de la tribuna y á la de las armas, al onor de protejer un pobre oprimido, y al de triunfar de un enemigo poderoso, no querian mas salario que la gratitud pública.

Los abogados, oponiéndose á este dictámen, alegaron en favor de la costumbre, la pobreza actual de la mayor parte de los senadores, los gastos de largos estudios, la necesidad de indemnizarlos; y no tuvieron vergüenza de citar los ejemplos infamemente célebres de Clodio y de Curion. Cuando la codicia lucha contra la virtud, su triunfo es rara vez dudoso; los abogados ganaron su pleito; pero el emperador, poniendo freno á su avidez, redujo y fijó su salario á ciento cincuenta libras por cada pleito.

Enfermedad de Claudio.—La suavidad y modestia de Claudio en los primeros años de su reinado le hacian amar de todos. En un viaje que hizo á Ostia cayó enfermo, y corrió la noticia falsa de su muerte. El pueblo, creyendo que lo habian asesinado, se sublevó, amenazó á los senadores, y no se sosegó hasta saber que el emperador vivia. Un ambre que sobrevino algun tiempo despues, dió una prueba de la inconstancia de la plebe; pues pasando del amor al odio insultó públicamente á Claudio; el cual desde entonces tuvo siempre un gran número de bajeles tripulados para la provision de Roma.

Del censo que hizo resultaron seis millones ochocientos cuarenta mil ciudadanos. Los hombres hábiles que empleaba en la administracion, la ilustraron con magníficas obras. Uno construyó un acueducto que llevaba aguas saludables hasta la mas elevada de las siete montañas: se concluyó el puerto de Ostia, y los canales abiertos para desecar el lago Fucino, aumentaron la corriente del Tiber, y la hicieron mas navegable. Claudio, queriendo mostrar su gratitud á Herodes Agrippa, añadió á sus estados la Samária. Este príncipe abusó de su poder, promoviendo la persecucion contra los cristianos, y poniendo en prision á San Pedro el primero de los apóstoles.

Guerra de Britannia.—Las armas romanas restablecieron á Mitridates en el trono de Iberia, á otro príncipe del mismo nombre en el de Cilicia, y á Antíoco en el de Comajene. Por este tiempo la Britannia estaba dividida en muchos principados. Uno de sus jefes, que esperaba engrandecerse con el apoyo de de los romanos, se sometió á Claudio, y le persuadió que enviase las lejiones á la isla para cimentar en ella su dominacion. Plaucio, á quien el emperador

confió la ejecucion de esta empresa, encontró mucha dificultad de parte de sus tropas, que olvidadas de las espediciones de César se quejaban de que las quisiesen llevar mas allá de los límites del universo; peró al fin obedecieron. Plaucio derrotó muchas veces á los hijos del rey Cinobelino; y Claudio, deseoso de recojer personalmente la gloria de sus triunfos, salió de Roma, atravesó las Galias y desembarcó en Britannia.

La historia no cuenta ningun pormenor de esta empresa: solamente dice que sometió una parte del pais, y que las lejiones le saludaron *imperator*. Pompeyo y Silano, sus yernos, le precedieron en Italia: entró en Roma triunfante, y su mujer Messalina le seguia en un carro. El Senado dió á su hijo el sobrenombre de Británico. En esta guerra adquirió Vespasiano, lugarteniente de Plaucio, la brillante reputacion que despues le valió el imperio. Se cubrió de gloria en cuarenta combates, tomó veinte ciudades y se apoderó de la isla de Vecta (Wigth).

Tito, su hijo, se distinguió por su valor y modestia. El senado concedió á Plaucio la ovacion, y á Vespasiano los ornamentos triunfales y el consulado.

Crimenes de Claudio y Messalina.—Claudio no pudo luchar mas tiempo contra la naturaleza: el esfuerzo que habia hecho para triunfar de su carácter, agotó el corto vigor de su alma: volvió á caer en su indolencia, y entregó el imperio y su persona á los caprichos de la impúdica Messalina y á la codicia de Palante y Narciso, sus libertos, los cuales reinaron bajo su nombre, y trocaron un príncipe justo y suave en un tirano avaro y sanguinario.

Sus primeras víctimas fueron los yernos del emperador: á estos siguieron una hija de Druso y otra de Jermánico, inmoladas á los zelos de Messalina. Valerio Asiático, senador estimado jeneralmente, poseia los magníficos jardines de Lúculo. Messalina queria tenerlos: lo mandó prender, y lo acusó de conspiracion y de adulterio con Popea, mujer de Scipion. Valerio se defiende con enerjía, recuerda sus azañas y servicios, y prueba su inocencia. Claudio, convencido por su discurso, estaba dispuesto á absolverle; pero Vitelio, manifestándose amigo del acusado, aunque vendido secretamente á la emperatriz, tomó la palabra, y finjiendo el mas tierno interés á favor de su antiguo compañero

de armas, confiesa llorando un crímen que no ecsistia, implora hipócritamente la clemencia del emperador, y pide como una gracia que se deje á eleccion del reo el jénero de muerte.

Valerio, indignado, se calló: harto de los tiranos y de la vida, entró en su casa, mandó que le abriesen las venas, y dió con serenidad la órden de que la oguera donde habia de quemarse su cadáver, se hiciese bastante lejos para que sus llamas no pudiesen causar perjuicio á los árboles del jardin. ¡Chocante necedad, cuando debió haberles pegado fuego antes y luego matarse!

Popea, recibida su sentencia de condenacion, se dió la muerte. El emperador, entregado á las desonestidades, ignoraba los delitos que se cometian en su nombre, hasta tal punto, que pocos dias despues convidó á comer á Scipion, y le preguntó por qué no habia traido consigo á Popea. «La suerte ha dispuesto »de ella,» respondió el convidado.

Los bienes que se confiscaban en virtud de estas injusticias, caian en manos de los libertos, que adquirieron inmensas riquezas, buscando crímenes en los inocentes y vendiendo la impunidad á los culpables. El emperador, gobernado por ellos, los elevó á las primeras dignidades del estado, y mientras que Roma se quejaba de sus rapiñas, él elojiaba su desinterés, y celebraba en pleno senado la moderacion de Narciso, que tenia, sin que nadie lo ignorase, mas de cincuenta millones de sestercios. Estos desórdenes y la debilidad del monarca, escitaban la indignacion pública. El pueblo manifestaba abiertamente cuánto despreciaba á Claudio. Un dia que administraba justicia se quejó de que era pobre; y le respondieron que podia fácilmente llenar su erario con solos los despojos de sus libertos.

Stacio Corvino, y Galo Asinio, patricios ilustres, no pudiendo sufrir la ignominia de ver á Roma sacrificada á dos esclavos y á un imbécil, formaron una conspiracion que fué descubierta y castigada con el suplicio de muchos. Bien pronto estalló otra mas terrible. Furio Camilo, que mandaba en Dalmacia, á instancias del senado tomó el nombre de emperador, fué reconocido por sus lejiones, y envió á Claudio la órden de cederle el imperio.

Este cobarde príncipe estaba dispuesto á obedecer con tal que

se le perdonase la vida; pero sus favoritos le obligaron á reinar. Las lejiones, inconstantes como el pueblo, no permanecieron rebeldes mas de cinco dias, y mataron á su jefe. El proceso de los cómplices se instruyó en senado pleno con asistencia de Claudio. Estaba Narciso detrás de él, que impaciente de ver que á Galeso, liberto de Camilo, no le estrechaban con viveza en el interrogatorio, se atrevió á tomar la palabra, y dijo: «¿Qué hubieras »hecho tú si tu amo hubiera lle»gado á ser emperador?» á lo que respondió Galeso: «Me hu»biera siempre contenido, y no »olvidándome de mi condicion, »no tendria la insolencia de ha»blar en presencia suya.» Arria, mujer de Peto, uno de los conjurados, es celebrada por su valor. Viendo esta que su marido no se apresuraba á darse la muerte, se armó de un puñal, se le undió en el pecho; y presentándole luego al mundo, dijo: *Esto no hace mal alguno.*

Desde esta época nada bastaba á calmar los terrores de Claudio: hacia rejistrar á los que se le acercaban: su guardia visitaba cuidadosamente todas las casas en que debia entrar; y habiendo visto en un templo la espada que se le habia caido á un soldado, salió con precipitacion, convocó el senado, y se quejó amargamente de los peligros á que estaba contínuamente espuesto.

Herido el príncipe del terror, abrió á los malvados la entrada mas ámplia para la fortuna y el poder. Bajo pretesto de velar por la seguridad del emperador, sus favoritos dieron la muerte á todos aquellos cuyas riquezas codiciaban. Este reinado vergonzoso costó la vida á treinta senadores y á trescientos caballeros. Claudio asistia algunas veces á los suplicios como á un espectáculo: las mas ignoraba lo que habia. Un tribuno vino á decirle que se habian ejecutado sus órdenes y degollado á un consular. Claudio respondió: «No he dado »esas órdenes; pero pues está »hecho, yo lo apruebo.»

Desórdenes de messalina.— Desonrada ésta ya por un gran número de infámias, y animada por la adulacion, llevó la impudicia á tal estremo, que no puede escribirse la historia de sus desórdenes.

El primer ensayo del poder de Messalina se vió en Julia, prima de su marido, y en el filósofo Séneca. Hízolos desterrar bien lejos porque temia para con su débil esposo las gracias de la una

y la sabiduría del otro. El segundo ensayo fué contra Silano su cuñado, de quien ella se habia enamorado, y que rechazó orrorizado sus proposiciones. En consecuencia de las medidas que se habian tomado, entró Narciso como lleno de susto en el cuarto de Claudio: despiértale con sobresalto, y le cuenta que acaba de ver en sueños á Silano matando al emperador con un puñal. Messalina, que estaba á su lado, afirma que habia muchas noches que la inquietaba el mismo sueño. Por desgracia avisan en el mismo instante que Silano estaba á la puerta del palacio, y que queria entrar por fuerza, lo cual era cierto porque le habian llamado de órden del emperador: este, sin otro ecsámen, ordena que le libren de aquel traidor, y le mataron. Claudio dió parte al senado de esta bella accion, y determinó que á su liberto se le diesen públicamente las gracias por el cuidado que aun en sueños tenia de su salud.

Messalina frecuentaba públicamente los lupanares, adonde aun los libertinos iban disfrazados, obligaba á las matronas á prostituirse en presencia de sus maridos: se gozaba en el oprobio del emperador, y tenia por amantes histriones, libertos, y aun esclavos.

Nadie ignoraba sus adúlteros furores, sino su esposo Claudio. Catonio Justo, prefecto de los guardias, quiso abrirle los ojos, y pereció por órden de Messalina. Esta mujer cuyo nombre es un oprobio, enloquecida por el crímen, tuvo una pasion tan violenta á Cayo Silio, cónsul designado, hombre de rara hermosura, que le obligó á repudiar á Julia Silana, su mujer, apreciada en Roma como un modelo de gracias y virtudes.

La emperatriz, sin freno en sus pasiones, y sin velo en sus placeres, se presentaba en todas partes con el objeto de su cariño; y llegó á hacer lo que parecia fábula, como dice Tácito, si no hubieran sido testigos de ello el palacio y toda la ciudad. Burlándose de las leyes, de la decencia, de la razon, del emperador y del imperio, celebró matrimonio solemne con Silio, metió el contrato entre otros papeles, lo hizo firmar á Claudio sin que supiese lo que era, y mientras el príncipe hacia un viaje á Ostia, creyendo que el adulterio era un crímen demasiado vulgar, contrajo aquella union infame en presencia del senado, de las tropas y del pueblo.

Estas nupcias sacrílegas, este ultraje público al pudor, este desprecio insolente de Roma y del príncipe, escitaron la indignacion universal; pero el temor la reducia al silencio. Todos condenaban á Messalina, y ninguno se atrevia á acusarla; y como en aquella corte vil no habia mas hombres independientes que los libertos, cuyo crédito era el que solamente podia oponerse al de la emperatriz, Calisto, Narciso y Palante se concertaron para dar cuenta á su amo de su desonra.

Sin embargo, muchos ejemplos recientes les hacian temer la muerte, que podia darles una palabra, un suspiro, un alago, una sonrisa de Messalina. Calisto y Palante no tuvieron ánimo para ejecutar su resolucion. Narciso persistió en ella, y no atreviéndose á hablar él mismo, hizo que las cortesanas Calpurnia y Cleopatra lo descubriesen todo al emperador. Cuando prosternadas á sus pies le contaron el casamiento de Messalina con Silio, Claudio, irritado, estaba mas dispuesto á castigarlas que á creerlas. Cleopatra, aterrada, pidió que se llamase á Narciso: este liberto confirmó su narracion. «No era seguro, dijo, descubrirte la verdad: no te hubiera hablado de las debilidades de la emperatriz con Ticio, »Veccio y Plaucio, ni aun de su »adulterio con Silio, de las riquezas y esclavos que te ha »quitado, y de tus tesoros que »prodiga para adornar su palacio; pero el último crímen es »demasiado manifiesto para callarlo. Sábete que estás repudiado. Silio se ha atrevido á tomar por testígos de su matrimonio criminal al pueblo, al »senado, y al ejército. Si te detienes en castigar, Roma será »el dote del nuevo esposo.»

Claudio, con mas terror que indignacion, preguntó temblando si era todavia emperador, y si se habia proclamado á Silio. Se informa de Turranio, prefecto de las provisiones, y de Jeta, comandante del pretorio: sus declaraciones no le dejaron duda alguna: corre al campamento para asegurarse de las coortes pretorias, mas atento á su seguridad que á su venganza. Su arenga fué corta: la naturaleza del delito y la vergüenza le impedian estenderse sobre la enormidad del atentado.

Entretanto Messalina, embriagada de crímenes y de placeres celebraba en el campo la fiesta de las vendimias. Silio, coronado de pámpanos, la acompañaba: muchas mujeres impúdicas,

vestidas de Ménades, danzaban alrededor de ellos. Valente, uno de los actores de la fiesta, estaba subido en un árbol. Preguntáronle riendo, qué era lo que descubria desde allí; y respondió, profetizando sin entenderlo, que veia venir una gran tempestad desde Ostia.

Pocos momentos despues supieron que Claudio estaba informado de todo, que los pretorianos participaban de su enojo, y que volvia á Roma para vengarse. Cesan los juegos, la fiesta se acaba, comienza el vicio á temer, el miedo toma la apariencia del remordimiento: todos huyen y se dispersan; y Messalina, fiándose en el prestijio de su hermosura, y en la debilidad de su marido, espera cerrarle los ojos á la evidencia y despertar en su corazon la ternura antigua.

Antes de arriesgarse á verle, encargó á sus hijos Británico y Octavia, que fuesen con Vibidia, la mas antigua de las vestales, á implorar la clemencia de su padre, y ella atravesó la ciudad para salirle al encuentro. Sus vicios no habian impedido que los grandes la hiciesen la corte en los dias de su prosperidad: solo tres personas la acompañaron en su infortunio, y se vió abandonada hasta de los esclavos y favoritos. No encontró un carro en que ir, y hubo de valerse de un chirrion, destinado á sacar de Roma las inmundicias.

Narciso y sus amigos no permitieron ni á sus hijos ni á ella acercarse al emperador: mas no se atrevieron á detener á la vestal.

Vibidia suplicó á Claudio que no condenase á su mujer sin oirla. El príncipe no respondió nada: Narciso dijo que en otra ocasion se le daria audiencia.

Messalina volvió á los jardines de Lúculo, que habia comprado con la sangre de Asiático, y conociendo á su esposo, se lisonjeaba de triunfar si conseguia verle. En efecto, ya se enternecia aquel príncipe débil, y llegó á decir: «¿Cuándo se presentará para justificarse esa desgraciada?» Narciso previno osadamente la entrevista: él mismo pronunció la sentencia en nombre del emperador, y encargó su ejecucion á un tribuno y á algunos soldados.

Muerte de Messalina.—Halláron á Messalina echada en tierra y afligida. Lépida, su madre, que se habia alejado de ella en los dias de su poder y de sus desórdenes, la acompañaba en los momentos de su infortunio. La instaba á que se libertase de los ver-

dugos por una muerte voluntaria, y un soldado le presentó su acero. Aquella mujer pusilánime, y que no tenia atrevimiento sino para el vicio, acercó muchas veces la punta á su seno palpitante, sin resolverse á introducirla, hasta que el soldado, mas por lástima que por barbárie, impeliendo su mano tímida, le sepultó la espada en el corazon.

El imbécil Claudio, que si la hubiese vuelto á ver, le habria sacrificado probablemente el onor y el imperio, se movió tan poco con la noticia de su muerte, que no interrumpió la comida. Suetonio refiere, que algunos dias despues, sentándose á la mesa, preguntó por hábito, cómo no venia Messalina á ocupar su sitio.

Union de Claudio y Agrippina.—La vez primera que se presentó en el senado, declaró que habia sido muy infeliz en su matrimonio para contraer otro nuevo; pero sus libertos decidieron lo contrario, porque tenian interés en que se volviese á casar. Unos le propusieron á una descendiente del dictador Camilo: otros á Lolia, famosa ya por el amor de Calígula; pero triunfó Agrippina, su sobrina, hija de Jermánico, viuda de Domicio Ænobarbo, y madre del jóven Domicio, que despues aterró al universo con el nombre de Neron.

Esta princesa ambiciosa empleó para seducir á su tio todos los artificios de una mujer y aun de una ramera. Segun las leyes romanas, aquel enlace era vedado y tenido por incestuoso; pero apenas el poder manifestó sus deseos, el senado servil aprobó el incesto, y aun los aduladores añadieron, que el pueblo obligaria al emperador á hacer la boda, si vacilaba en satisfacer á sus deseos. Sin embargo, la opinion pública era tan contraria á aquel casamiento, que Claudio y Agrippina, deseando persuadir á muchas personas á contraer lazos de la misma especie para apoyarse en su ejemplo, solo hallaron dos cortesanos que obedeciesen.

Luego que Agrippina subió al trono, mudó la corte de aspecto. A la molicie sucedió la actividad, á la licencia la compostura, al deleite la intriga. El imperio no era ya gobernado por la voluptuosa Messalina ni sus frívolos amantes; sino por ministros graves, por una mujer dominante, de alma elevada, y capaz de las acciones mas grandes y de los crímenes mas orrendos.

Adopcion de Neron por Claudio. — Atrevida, ardiente, llena de ambicion, y nada escrupulosa en la eleccion de los medios para llegar al mando, queriendo asegurarlo por muchos lazos, casó su hijo Domicio con Octavia, hija de Claudio; y valiéndose del ejemplo de Augusto, que habia introducido en su familia á Tiberio, aunque tenia un nieto, obligó á su débil marido á adoptar á Domicio.

Este acto, en el cual empezaba la ruina de Británico, fué recibido con elojios poco sinceros en el senado y con trasportes de alegría en el pueblo, que amaba á Domicio, por ser el único descendiente varon que habia quedado de Jermánico. Domicio, acercándose al trono, tomó el nombre de Claudio Neron. En esta época los cristianos empezaron en Roma la lid de la verdad contra el error, atacaron al antiguo culto con el zelo ardiente que manifiesta toda relijion nueva. Claudio mandó salir de la ciudad no solo á los cristianos, sino tambien á los judios, porque todo lo llenaron de desórden y confusion con sus interminables disputas.

Al mismo tiempo conquistaban los romanos la Mauritania, y el procónsul Ostorio se cubria de gloria en Britannia. Subyugó los issenos, habitantes del pais donde hoy están Susfolck, Cambridge y Norfolk, y llevó sus armas hasta el mar de Irlanda. Sometió en el norte á los llamados brigantes, moradores del Northumberland actual. Mas resistencia encontró en los silures, que habitaban donde hoy es Colchester. Mandábalos Caractacus, príncipe hábil y valeroso, que inflamaba los ánimos en el amor de la independencia, y transformaba en héroes á sus soldados selváticos con su elocuencia, sus consejos y su ejemplo. Su valor peleó algun tiempo con fortuna contra la táctica romana; pero al fin, despues de muchos prodijios de osadía, vencido en batalla campal, fué entregado y vendido á los romanos por Cartismandua, reina de los brigantes, en cuyos estados habia buscado un asilo.

Condujéronle á Roma, y presentado en la curia, lejos de envilecer su desgracia con una infame sumision, la ennobleció por su intrepidez. «Romanos, »dijo: si yo, demasiado ensober»becido con mi nacimiento y mis »felicidades, hubiera sabido te»ner mas moderacion en la pros»peridad, acaso me presentára »hoy á vosotros mas bien aliado

»que cautivo; porque sin duda »alguna no hubiérais desdeñado »la alianza de un monarca ven»cedor, descendiente de ilustres »antepasados, y soberano de mu»chas naciones belicosas. He »querido tentar demasiado la for»tuna, y me ha vendido su in»constancia. Hoy me abate tan»to como os eleva. Yo tenia sol»dados belicosos, muchas armas »y caballos: ¿quién no pelearia »para conservar estos bienes? »Vuestra ambicion quiere enca»denar todos los pueblos; pero »¿deben ellos ser tan cobardes »que vuelen á recibir el yugo? »Mi resistencia os onra tanto co»mo á mí: una sumision pronta »no habria ilustrado ni mí nom»bre ni vuestra victoria. Si me »mandais matar, en breve seré »olvidado: si me dejais la vida, »este beneficio recordará eter»namente vuestra justicia.»

Este noble lenguaje inspiró respeto á sus enemigos, y le conservaron la vida y la libertad.

Su vencedor Ostorio no tardó en sufrir á su vez los vaivenes de la fortuna: tuvo reveses, se le nombró por sucesor á Didio Galo, y murió de pesar.

Guerra en jermania.—Divididos en facciones los jermanos pidieron á Roma un rey, y Claudio les envió uno de sus príncipes, que se habia educado en la capital, y que tomó el nombre de Itálico. Sus vasallos no pudieron sufrir largo tiempo el mando de un alumno romano, que les traia costumbres estranjeras, y lo destronaron. Pompilio penetró en Jermania con sus lejiones, logró muchas victorias, y sometió varios pueblos. La guerra se prolongó: distinguióse en ella Corbulon por su habilidad y valor, y aun mas por su firmeza: restableció la disciplina en el ejército, y se igualó en virtudes severas á los jenerales mas ilustres de la república.

El Oriente fué tambien teatro de grandes disensiones civiles. Cotis, Mitridates, Gotarses, Bardanes y Meardates, se disputaron con las armas las coronas de Partia, Armenia y el Bósforo. Vencedores unas veces, otras vencidos, se destronaron unos á otros sucesivamente: Roma tomó parte en sus querellas, y se aprovechó de sus disensiones. El mas desgraciado de estos príncipes fué el que tenia derechos mas antiguos. Mitridates, rey del Bósforo, descendiente de Ciro, viéndose echado de su reino, vendido por sus aliados, vencido por sus enemigos, cedió á los consejos de los suyos, y fué á Roma. El débil Claudio queria

someterlo á la ignominia del triunfo; pero el altivo Mitridates no le respondió mas que estas palabras: «He venido á Roma, no me han traido: si dudas »de ello, déjame partir, y manda »que me busquen.» Se respetó su desgracia, y se le trató como aliado.

ACTOS PERFIDOS Y FEROCES DE RADAMISTO: MUERTE DE ZENOBIA. —En el reinado de Claudio se hizo célebre en el Asia Radamisto por uno de aquellos actos de ferocidad que desonraban tan frecuentemente á los príncipes del Asia. Farasmanes, hermano de Volojeses, rey de los partos, reinaba en Iberia, y Mitridates, hermano de entrambos, y protejido de Roma, en Armenia. Radamisto, hijo de Farasmanes, se hacia notar por su figura, talla majestuosa, fuerza singular y destreza en todos los ejercicios. Su ambicion, y el aprecio que le tenian los pueblos, escitaron la inquietud de su padre, quien para apartarlo de sí, le aconsejó quitar la Armenia á su tio Mitridates. En efecto, finjiendo ser perseguido por su padre, pasó á la corte de su tio, donde fué acojido con bondad, y formó un partido contra el rey. Vuelve despues á Iberia: Farasmanes con un pretesto frívolo declara la guerra á su hermano, y confia el mando de sus tropas á Radamisto. Este, á favor de los armenios infieles, redujo á Mitridates á tal estrecho, que se vió obligado á encerrarse en el castillo de Gorneas, entre el Arajés y el Eufrates. Los romanos debieron haberlo sostenido en el trono que le habian dado; pero un prefecto, corrompido por el oro de Farasmanes, no les dejó tiempo: sublevando con sus intrigas á los soldados del rey, les persuadió á pedir la paz; y Mitridates se vió obligado á capitular.

Radamisto, uniendo la perfidia á la crueldad, le engañó para perderle, le prodigó muchas protestas de cariño, y se empeñó por juramento de no atentar jamás á sus dias ni con hierro ni con veneno; pero en el momento de presentarse este desgraciado monarca para firmar el tratado, los soldados de Radamisto se arrojaron sobre él y lo aogaron. Cuadrato, gobernador de Siria, sabedor de estos sucesos, cumplió la formalidad de mandar al rey de Iberia Farasmanes que evacuase la Armenia; pero persuadido de que era útil á los romanos perpetuar las turbulencias en aquel pais, dejándolo en manos de un príncipe aborrecido, favoreció secretamente á

Radamisto; y Peligno, lugarteniente de Cuadrato, instó al príncipe de Iberia para que subiese al trono, y asistió á su coronacion.

Esta infámia se divulgó y cubrió á Roma de ignominia. Encargóse á Helvidio que la reparase; pero el temor de una guerra con los partos retardó sus movimientos. Volojeses entró en Armenia: Radamisto le venció y arrojó del pais. Gobernó como un tirano, cansó la paciencia de los armenios, los cuales aunque acostumbrados al despotismo, no pudieron tolerar tanta tiranía, y sublevados rodearon su palacio. Radamisto se escapa con su mujer Zenobia en un caballo veloz; pero aquella princesa estaba embarazada, no podia tolerar las fatigas de la fuga, y pidió á su marido que la libertase con una muerte onrosa de la afrenta del cautiverio.

El esposo bárbaro, ajitado del amor y los zelos, la hiere, la arroja al Arajés, y huye sin que se supiese dónde, pues la historia no vuelve á hablar mas de él.

Zenobia, sostenida por sus vestidos, fué sacada del agua por unos pastores, que curaron su herida. Volvió á Artajata, donde el nuevo rey de Armenia, que era Tiridates, hermano de Volojeses, la trató con el decoro debido á una reina (1).

Crimenes de Agrippina.—La ambicion, que ensangrentaba el Asia, producia otros crímenes en el Occidente. La implacable Agrippina hizo morir á todas sus rivales. Lolia, á la cual temia mas, fué acusada de sortilejio, y despues de muerta, quiso la cruel emperatriz que se le trajese su cabeza para saciar sus ojos en la venganza. No dejaba á Claudio mas que el nombre de emperador: ejerciendo su poder aun fuera de Italia, fundó en el pais de los ubios una ciudad que tuvo su nombre, y que despues fué llamada Colonia.

El objeto de todos sus votos era asegurar el imperio á Neron; y cuando por no incurrir en su odio, y obtener su gracia, se alejaban de Británico todos los hombres que deseaban conservar su dignidad ó su fortuna, ella atraía alrededor de su hijo los personajes mas ilustres del imperio. Llamó del destierro al célebre filósofo Séneca, lo elevó á la pretura, y le encargó la educacion de Neron.

Nada podia moderar su deseo

(1) Véase el tomo II de esta obra, paj. 20.

desenfrenado de ver á este jóven en el trono. Un augur le anunció, que si llegaba á ser emperador, tenia signo de atentar contra la vida de su madre; y ella respondió: «Reine él y muera yo despues.»

La activa vijilancia de Jeta y Crispino, que mandaban la guardia pretoriana, y se mostraban afectos á Británico, la obligó á disimular por algun tiempo su ambicioso designio; pero al fin logró la destitucion de estos dos jefes, y reunió sus destinos en Afranio Burrho, jeneral hábil y esperimentado, y que mostró virtudes severas en una corte corrompida, siendo su solo defecto la gratitud, demasiado condescendiente ácia Agrippina.

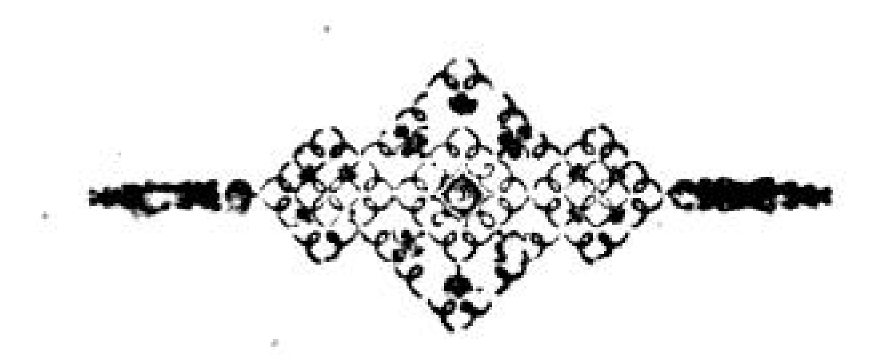
Muerte de diezinueve mil prisioneros en una naumaquia. —Siempre era preciso distraer con juegos al pueblo romano para hacerle olvidar su envilecimiento y servidumbre. Claudio le dió el espectáculo de una gran batalla por agua. El lago Fucino sirvió de teatro, donde diezinueve mil prisioneros recibieron órden de derramar su sangre para divertir la ociosidad romana. Acudieron á ver la sangrienta fiesta de todas las provincias del imperio. Claudio, Agrippina y Neron la presidieron. Cuando se presentaron en el trono, los combatientes clamaron: *emperador jeneroso, los que van á morir te saludan.* «Me alegraré que lo paseis bien,» respondió Claudio con la estupidez ordinaria de un rey. Los desgraciados creyeron que esta necedad era clemencia: se juzgaron libres, quisieron separarse, y fué dificil obligarlos á combatir: al fin obedecieron. Esta batalla cruel duró todo un dia, y pocos de los combatientes quedaron vivos.

La emperatriz dió poco despues á los romanos un espectáculo diferente. Para aumentar la popularidad de su hijo Neron, hizo que defendiese en el senado la causa de los troyanos. La elocuencia de Séneca, que le compuso el discurso, y el orgullo nacional, hacian poco dudoso el écsito del proceso; y Troya, cuna antigua de los romanos, fué libertada, por un decreto, de todo tributo.

Sin embargo, la soledad en que Británico vivia, sus derechos, su inocencia, su desamparo, el orgullo de Neron y la altanería de Agrippina, escitaban la aversion de los amigos de Claudio contra la emperatriz. Procuraban despertar al príncipe de su vergonzoso letargo, é impedirle que sacrificase su hijo á un

estraño. Solo Palante sostenia constantemente á Agrippina, la cual habia comprado su apoyo con vergonzosas complacencias. El emperador, contínuamente atacado por los demás libertos, daba ya oidos á sus consejos: se arrepentia de haber adoptado á Neron, y se despertaba su amor á Británico. Un dia, tomado de una indisposicion báquica, dijo: «Estoy condenado á tener esposas infieles, y á castigarlas.»

Muerte de Claudio.—Informada Agrippina de sus designios, resolvió desde entonces acabar con él. Hizo que le sirviesen en la mesa unos hongos, con los cuales habia mezclado la famosa Locusta un veneno sutil; mas pareciéndole demasiado lento su efecto, Jenofonte, médico del emperador, con el pretesto de hacerle provocar, le pasó por la garganta una pluma envenenada. Murió el año 55 de nuestra era, á los sesenta y cuatro de edad, y trece de reinado. El nombre de los Claudios, tan ilustre por sus abuelos, vino á ser un insulto popular á causa de su imbecilidad.



CAPITULO XIX.

NERON.

(Año de Roma 807. — De Jesucristo 55.)

Elevacion de Neron al imperio. — Su gobierno. — Crímenes de Agrippina. — Muerte de Británico. — Conspiracion de Agrippina contra Neron. — Desórdenes de Neron. — Muerte de Agrippina. — Remordimientos de Neron por su parricidio. — Muerte de Burrho. — Retrato de Séneca. — Nuevos crímenes de Neron. — Partida de Neron para Grecia. — Incendio de Roma ordenado por Neron. — Asesinato de los cristianos. — Conspiracion contra Neron. — Muerte de Séneca, Lucano y Petronio. — Sublevacion de los judios. — Elevacion de Galba. — Cobardia de Neron. — Nuevos crimenes. — Revolucion contra Neron. — Su huida. — Su muerte.

En el momento que Claudio espiraba, la artificiosa Agrippina, finjiendo un profundo sentimiento, estrechaba á Británico entre sus brazos, le aseguraba que veia en él el verdadero retrato de su padre, y le prodigaba pérfidas caricias, igualmente que á Octavia y Antonia, sus hermanas. La guardia, por órden suya, interceptaba toda comunicacion con el palacio: sus emisarios esparcian por la ciudad noticias falsas acerca de la salud del emperador, y el incienso humeaba en los templos para dar gracias á los dioses por la convalecencia de un monarca que ya no ecsistia.

Elevacion de Neron al imperio. — Al mismo tiempo Neron, conducido por Burrho y acompañado de soldados fieles, fué al campamento, arengó á los pretorianos, les distribuyó dinero, y los animó con promesas. Saludáronle emperador. Lograda ya el objeto de Agrippina, manda abrir las puertas del palacio y publica la muerte de Claudio y

la eleccion del ejército, que el senado confirmó por miedo, y el pueblo por afecto á la familia de Jermánico.

Neron, despues de haber pagado los últimos deberes á su padre adoptivo, pronunció en el senado su oracion fúnebre, compuesta por Séneca. Se le escuchó con paciencia mientras habló de los antepasados de Claudio, de su gloria y de las victorias que las armas romanas habian conseguido en su reinado; pero cuando elojió las luces y la prudencia de aquel príncipe imbécil, el senado, perdiendo su gravedad, le interrumpió con varias risotadas: no ostante, por una inconsecuencia deplorable, adoptó las conclusiones del orador, colocó al príncipe estúpido en el número de los dioses, y el mismo Séneca, que en aquella apolojía le divinizaba, publicó una sátira titulada *Apocoloquinto*, en la cual con tanta razon como indecencia le comparó á los mas viles y groseros animales.

En las demás partes de la arenga dió Neron á los romanos las mas lisonjeras esperanzas; prometió dejar libre curso á la justicia, no esponer ni la vida ni los bienes de un ciudadano á los rigores de los tribunales secretos, cerrar el oido á los delatores, sacrificar su interés privado al público, y dar al mérito solo los empleos prodigados tantas veces al favor y á la fortuna. En fin, invitó al senado á recobrar sus antiguos derechos, reservándose solo el mando y la administracion del ejército.

Todos los historiadores convienen en que durante cinco años cumplió Neron su promesa con fidelidad; y Trajano, uno de sus sucesores, se estendió á decir que fué comparable en este periodo á los mejores príncipes. Sin embargo, en aquellos años que se celebran como felices, este mónstruo envenenó á su hermano Británico, y asesinó á su madre. Entonces sus vicios y atentados no salian del recinto de palacio. Neron era un tirano en su familia; pero dejaba á Séneca, á Burrho y al senado el gobierno del imperio.

Como habia nacido lejos del trono, pareció á los principios reconocer que debia el cetro á Agrippina; y así cuando el comandante de las guardias vino á pedirle la palabra, respondió: «la mejor de las madres.» Condescendiente con sus advertencias y sumiso á sus órdenes, la escoltaba con sus pretorianos, la prodigaba los onores que en

otro tiempo se habian concedido á Livia, seguia su litera á pie, y aquella ambiciosa princesa tocaba al colmo de sus deseos, y se lisonjeaba con la esperanza de reinar siempre bajo el nombre de su hijo.

Su gobierno.—Neron, ilustrado por Séneca y dirijido por Burrho disminuyó los gravosos impuestos de las provincias, restableció por medio de pensiones la fortuna de muchos senadores pobres y virtuosos; é imbuido todavia en los principios filosóficos, que sus maestros grababan en su corazon, y que sus pasiones fogosas borraron bien pronto, se mostró algun tiempo humano y aun sensible. Un dia se le presentó una sentencia de muerte para que la firmase, y esclamó: *quisiera no saber escribir*.

El senado, acostumbrado á lisonjear, le prodigaba elojios ecsajerados; y respondió: «Esperad »para alabarme que lo haya me»recido.» En lugar de hacerse inaccesible como sus predecesores, era afable y popular; admitia indiferentemente á todos á sus diversiones; y Roma, engañada, bendecia al azote del mundo como un presente del cielo. Olvidaba que habian empezado del mismo modo el cruel Tiberio, el insensato Calígula y el estúpido Claudio. Estos primeros césares, á quienes divinizó una adulacion infame, merecian cuando mas haber sido colocados entre las sirenas que empezaban alagando á los que querian devorar, y tenian rostro apacible con estremos orrendos.

Crimenes de Agrippina.—El orgullo de Agrippina fué la primer causa de los estravíos de su hijo: irritó su amor propio y cansó su paciencia, queriendo prolongar su esclavitud infantil. Envidiosa del crédito de los ministros, destruia el afecto de sus consejos burlándose de ellos, y corrompia con su ejemplo el corazon del príncipe. Entregada á sus libertos é implacable en sus venganzas, hizo morir á Julio Silano, procónsul y primer esposo de Octavia. Narciso recibió la muerte por su órden: este favorito del último emperador, aunque indigno de ser llorado, hizo al morir una accion laudable, porque entregó á las llamas todos los papeles de Claudio que podian comprometer y esponer al enojo de Agrippina muchas personas afectas á Británico.

La emperatriz aumentaba cada dia sus pretensiones: recibia con Neron á los embajadores: obligaba al senado á reunirse en

el gabinete del emperador, para asistir á las deliberaciones oculta detrás de una cortina: aspiraba descubiertamente al imperio, y queria tener á su hijo en perpétua minoría. Por otra parte, Séneca y Burrho, que conocian el carácter impetuoso de su alumno, favorecieron la propension que tenia á los placeres, con la esperanza de afeminar su corazon feroz, queriendo mejor ver desordenadas sus costumbres que el imperio. Se engañaron bien á su costa: le dejaron ser desonesto, y en breve pasó á ser cruel.

Neron se enamoró de una liberta, llamada Acte. Agrippina, zelosa de todo poder, quiso derribar á esta oscura competidora. El alma de Neron era inmoral, y la voz de su madre fué menos oida que la de su manceba. Arrastrado por su pasion, aguijado por sus favoritos Oton y Senecion, á cuyas inclinaciones se oponia la emperatriz, sacudió el yugo de Agrippina, y comenzó su venganza destituyendo á Palante, cortejante de aquella princesa. Aunque jóven era ya falso, y continuó rindiendo omenajes aparentes á la misma cuyo crédito destruia, y enviándole magníficos regalos. Agrippina furiosa esclamó, que la *adornaban para despojarla*. Imprudente en su ira, no se contentó con quejarse: reprendió, amenazó, y sin medida en su dolor, como sin freno en su ambicion, anunció el proyecto de restituir el trono á su lejítimo soberano, y coronar á Británico, revelando á las tropas sus artificios y hasta sus crímenes.

Muerte de Britanico.—Inspirar terror á Neron, era pronunciar la sentencia de Británico y derribar la débil barrera que separaba á aquel jóven del abismo del crímen. Neron, resuelto á matar á su hermano, cometió este primer delito con la serenidad de un perverso consumado. Convida á Británico á un banquete: apenas el desgraciado príncipe toca con sus labios la copa fatal, el veneno sutil, preparado por Locusta, hiela sus sentidos, cae sobre su lecho y espira. Todos los espectadores consternados fijan los ojos inciertos en el emperador, buscando en sus miradas la regla de su conducta.

Neron, sin demudarse, dijo: «Este accidente no debe causar »inquietud: desde su niñez pa»dece de epilepsia.» Llévanse la víctima: los funerales se hacen con prontitud y sin pompa: el cadáver estaba untado con un

barniz propio para ocultar las manchas del veneno; pero un aguacero que cayó mientras estaba espuesto, burló el artificio y reveló el crímen.

Octavia y Antonia, que estaban presentes á la muerte de su desgraciado hermano, dieron señales de dolor, pruebas de su inocencia. Burrho y Séneca, bien informados pero aturdidos, no se atrevieron á hacer á su alumno reprensiones justísimas, pero que hubieran sido inútiles.

Neron tributó pérfidas lágrimas al príncipe que habia envenenado: imploró el socorro del senado, diciendo que nunca habia tenido mas necesidad de su auxilio, privado del de un hermano. Pero sus pasiones acababan de romper el dique que las contenia: la muerte de Británico les quitaba todo freno; porque hasta entonces los derechos de este príncipe y la estimacion que inspiraba, le habian obligado á fingirse virtuoso para balancear en la opinion pública el mérito de su rival.

CONSPIRACION DE AGRIPPINA CONTRA NERON.—Espantada Agrippina del crímen de su hijo, previó la suerte que la amenazaba, y no pudiendo determinarse á la retirada, quiso formar un partido contra Neron, sobornando á los tribunos y centuriones, y escitando la ambicion de los personajes mas ilustres.

Neron le quita la guardia, la priva de los onores debidos á su dignidad y la manda salir de palacio. Conservando apenas algunas señales de respeto, no la visita sino rara vez y acompañado de los soldados mas fieles. Si entonces quedó descubierto enteramente á los ojos de su madre el orrendo carácter de este príncipe, no tardó en conocer la bajeza de su corte y la infamia y cobardía de los romanos.

Apenas se esparció la noticia de su desgracia, la abandonan sus cortesanos, cesan los omenajes, hasta sus amigos se alejan de ella, y á las lisonjas sucede la delacion. Julia Silana, viuda de Silio, y el histrion Páris, la acusan de un proyecto de conspiracion para colocar en el trono á Rubelio Plauto, descendiente por su madre de Augusto. Agrippina respondió á la acusacion, «que »no se admiraba de las sospechas »de Silana, pues no habia tenido »hijos.» Burrho defendió valerosamente á la acusada, la querella se declaró calumniosa, y Silana y Páris fueron desterrados. Este suceso produjo una reconciliacion fria y simulada entre el hijo y la madre.

Burrho y Séneca veian con gusto á Agrippina alejada del gobierno; y aun antes de su desgracia, queriendo un dia sentarse en el trono al lado de Neron en una audiencia solemne que daba á los embajadores, este príncipe por consejo de sus ministros bajó del trono y la impidió subir á él con el pretesto de salir á recibirla.

Retrato de Neron.—Neron, aunque de poca talla, no dejaba de tener elegancia en su continente: tenia facciones simétricas, el cuello un tanto abultado, los ojos azules, y pasible y templada fisonomía. Sus cabellos eran hermosísimos, y los llevaba peinados en rizos ácia la parte posterior de la cabeza; las piernas eran un poco huesudas y flacas, pero bien formadas; la voz sonora, y ejercitábala y la cuidaba escrupulosamente; sus palabras eran fáciles, escelente su entonacion y cadencias cuando recitaba versos.

Desordenes de Neron.—Libre ya de las reprensiones de Agrippina, y entregado á libertos y cortesanas por ministros que querian reinar, no guardó ninguna decencia en sus desórdenes: pasaba la noche en las calles y tabernas, disfrazado de esclavo, y rodeado de una multitud de libertinos, con cuyo ausilio acometia y robaba á los que pasaban. Muchas veces volvia de estas orjías apaleado y cubierto de sangre. Habiendo encontrado é insultado una noche á la mujer del senador Montano, este le hirió. Neron creía que no le habian conocido; pero Montano cometió la imprudencia de escribirle disculpándose, y Neron esclamó: «¿Qué, ese hombre me ha herido, »y aun vive?» y le mandó órden de que se diese la muerte.

Para evitar estos accidentes llevó en lo sucesivo soldados que le aconpañasen en sus correrías nocturnas. Toda la juventud patricia imitó este contajioso ejemplo, y apenas oscurecia, la capital del mundo se hallaba espuesta á todos los desórdenes de una ciudad tomada por asalto.

Sin embargo, á pesar de estas liviandades vergonzosas, y del orror que inspiraban á los hombres de bien los crímenes del palacio, el pueblo estaba contento. Neron le prodigaba juegos y fiestas: satisfacia sus necesidades con donativos: el senado gozaba de plena libertad en sus deliberaciones, la justicia se administraba con rectitud: habia órden en las provincias, se daban sus gobiernos á hombres justos y moderados: los estranjeros respeta-

ban los límites del imperio, y solo turbó la paz jeneral el espíritu turbulento de los partos.

Neron, dócil todavia á sus maestros, nombró á Corbulon para dirijir esta guerra, el cual sostuvo la gloria de las armas romanas, echó á los partos de Armenia, y se apoperó de Artajata.

El emperador se habia fastidiado de Octavia, cuyas virtudes suaves no eran capaces de conservar un corazon corrompido y cautivo del vicio. Enamoróse perdidamente de Popea Sabina, mujer de su favorito Oton, que por imprudencia ó inmoralidad se la estaba siempre alabando. Reunia las gracias del espíritu á las del cuerpo: todas las cualidades que escitan la sensualidad, y ninguna de las que inspiran la estimacion. Vestíase, no para burlar la curiosidad, sino para irritarla. Escuchaba con indiferencia á sus amantes, y solo admitia á los que juzgaba útiles á su ambicion. Siendo el interés la única regla de sus afectos, atrajo á Neron con sus artificios, y lo inflamó con su resistencia.

Para libertarse el emperador de un ostáculo temible, alejó á Oton de la corte, dándole el gobierno de Lusitania. Oton, voluptuoso en una corte corrompida, fué otro hombre en su provincia, y la administró con justicia, suavidad y firmeza. Popea, demasiado orgullosa para ser dama de Neron, aspiraba á lograr el trono por el repudio de Octavia. El príncipe, aunque arrastrado por la pasion, temia sin embargo las reprensiones de Burrho y Séneca, el resentimiento de Agrippina, y la estimacion que las virtudes de la hermana de Británico inspiraban á los romanos. Las lágrimas y los artificios de Popea triunfaron. «¿Por qué »te detienes, le decia, en recibirme por esposa? ¿Carezco de »hermosura? O bien ¿se teme »que te descubra el descontento »del pueblo indignado de ver á »un emperador tratado como un »niño bajo la tutela de su madre »y de sus preceptores? Si no te »atreves á formar este enlace, »vuélveme á Oton: tendré el »consuelo de no saber sino de »lejos y por la voz pública la »vergonzosa esclavitud del emperador.»

En vano luchó Agrippina contra Popea. No faltó quien dijese que acostumbrada al crímen, y conociendo los vicios de su hijo, procuró inspirarle un amor orrendo é incestuoso. Pero todo fué inútil. Demasiado violenta para contenerse, prorumpió en

amenazas; y Neron, á quien ningun atentado asombraba ya, juró la muerte de su madre.

MUERTE DE AGRIPPINA.—Despues de haber empleado inútilmente el veneno, porque ella estaba prevenida con antídotos, finjió volver á su cariño, engañó su suspicacia con simuladas confidencias y finjidos alagos, y la persuadió á hacer un viaje á las costas de Calabria para asistir á una solemnidad que él habia de presidir. El mónstruo le preparó un bajel que se abriese mediante una señal. Agrippina volvia de Báyas, acompañada de Cresperio Galo y de Asceronia Pola, y Aniceto mandaba el buque: de repente el suelo de la cámara, cargado de plomo, se desprende, y cae. Agrippina estaba sobre una viga que la sostuvo. El desórden que causó este accidente, impidió á los ajentes del delito jugar las máquinas que debian partir el buque; pero escitados por su pérfiido jefe, se echan todos á una banda, y vuelcan la embarcacion. Caen todos en la mar. Asceronia, con la esperanza de ser socorrida, esclamó: *soy la emperatriz*, y la mataron á remazos. Agrippina se mantuvo callada, solo recibió un golpe de varal en la espalda, se salvó á nado, y llegó hasta las barcas de la playa, que la llevaron á una casa cercana de la que habitaba Neron. Finjiéndose ignorante de todo, envió un liberto á dar noticia á su hijo del peligro que habia corrido.

El emperador ni aun se dignaba ya ocultar á los ojos de sus ministros, proyectos tan orribles, y consultó á Burrho y á Séneca sobre los medios de consumar su crímen. Al principio guardan un profundo silencio, consternados de ver profanadas todas las leyes divinas y humanas, y rotos los vínculos de la naturaleza. Pero un infame temor triunfó del deber y de la virtud. Séneca pregunta con una seña á Burrho, si sus soldados obedecerian á un parricida. Burrho responde que los pretorianos respetaban demasiado á la hija de Jermánico para poner las manos en ella, y que solo Aniceto era capaz de ejecutar aquella órden bárbara. En este momento llegó el enviado de Agrippina. Neron hace que le arrojen un puñal entre los pies, manda arrestarlo, lo acusa de haber atentado á su vida, da órden de llevarlo al suplicio, y pronuncia la sentencia de su madre.

Aniceto va con algunos soldados de marina á la casa donde

estaba la emperatriz. Descansaba entonces en el lecho, y la criada que tenia á su lado echó á huir: un centurion dió á Agrippina con su baston un golpe en la cabeza: la princesa esclama, señalando á su vientre: *hiere el seno que ha llevado á Neron*. Muere atravesada de muchas estocadas, Entonces llega Neron, y ecsaminando el cadáver desnudo, dice: *no sabia yo que era tan hermosa:* espresion orrenda, y que descubre toda la perversidad de su alma. Despues escribió al senado para justificarse, acusó á su madre, y sostuvo que se habia visto obligado á aquella accion para salvar su vida.

Séneca se cubrió de una infamia indeleble, componiendo esta apolojía, y el senado se hizo cómplice del crímen, aprobándolo y decretando acciones solemnes de gracias á los dioses por haber preservado al príncipe de los furores de su madre: el pueblo, digno por su bajeza de tener por dueño á Neron, salió al encuentro al parricida, y le recibió en triunfo. Sin embargo, el pueblo se atemorizó algo porque miró como señales de la cólera del cielo diversos fenómenos, como eclipses, y truenos espantosos, en los cuales tienen los dioses tan poca parte, dice Tácito, que Neron gozó todavia muchos años del imperio y continuó sus crímenes.

Los secretos de la Providencia son impenetrables, y no pueden leerse en los acontecimientos naturales, que cada uno interpreta á su placer. Dios castigará ó recompensará un dia: esto es todo lo que nos importa saber: la supersticion quiere adivinar, pero se engaña. Cuando la infámia de los hombres alienta al criminal con omenajes pérfidos, el cielo despierta en su alma el juez que lo condena, y el verdugo que debe castigarlo.

Devorado Neron de remordimientos, en vano busca viles esclavos que procuren disipar sus terrores: teme la luz del dia, y no puede sufrir las tinieblas de la noche: las bóvedas de su palacio retumban con sus jemidos espantosos; y grita á todas horas que ve á su madre cubierta de sangre, y que el azote de las furias le persigue y despedaza.

Desde este momento el resto de su vida no fué mas que un delirio espantoso; y los escesos del orgullo, demencia, crímen y desonestidad á que se entregó, embrutecieron su entendimiento, sin lograr que enmudeciera su corazon.

No pudiendo ya sustraerse al

juicio de los hombres por sus acciones, se lisonjeaba locamente de escitar la admiracion á fuerza de talentos. Este insensato, olvidando su dignidad, subia públicamente al teatro, tocaba la lira, cantaba, y siendo tirano hasta en sus diversiones, impedia salir á los concurrentes, y aun muchas mujeres embarazadas parieron por esto en el teatro. Sus guardias espiaban el ademan y las miradas de los espectadores; y era preciso aplaudir, sopena de muerte.

VICTORIAS DE SUETONIO PAULINO EN BRITANNIA.—(61) El coloso romano, minado interiormente por los vicios, era temido en lo esterior por su imponente grandeza. El valor fué la última virtud que conservaron los romanos; y en los campamentos se volvian á ver los Scipiones y Camilos. Ya no eran estimados por sus virtudes, sino respetados por sus armas.

Suetonio Paulino, enviado contra los britannos rebelados, se apoderó de la isla de Mona (hoy Anglesey), más defendida por la supersticion que por el valor. Los romanos retrocedieron al principio delante de los druidas; pero despues, triunfando del terror que les inspiraban los ídolos, las piedras de los sacrificios y los bosques sagrados, quemaron aquellas selvas sombrías, y destruyeron á un mismo tiempo la libertad y la relijion de aquellos pueblos desgraciados.

Algunos centuriones romanos, despreciando á los bárbaros demasiado para observar con ellos el derecho de jentes, insultaron á Boadicea, reina de los icenos, y ultrajaron á sus hijas. La vergüenza despertó el valor: los bretones, que habian tolerado enormes tributos, no pudieron sobrellevar la injuria, y se rebelaron y armaron á un mismo tiempo.

Rechazan al gobernador Calpo, y degüellan á setenta mil romanos. Suetonio acude con diez mil hombres, y se apodera de Londino (Lóndres). Una inmensa poblacion armada le rodea, y le corta los víveres: temiendo perecer de ambre, se arriesga á dar una batalla, á pesar de la desigualdad del número, animando á sus guerreros con la superioridad que la táctica y la disciplina daban á las lejiones sobre una multitud desordenada.

Inflamada Boadicea con el deseo de la venganza, dice á los bretones: «Las leyes divinas y »humanas me autorizarian, aun »cuando solo fuese una mujer »particular, á lavar con sangre

»mi agravio y el de mis hijas; »pero hoy peleo para vengar mis »injurias y las vuestras. Ester»minemos á nuestros tiranos, ó »perdamos gloriosamente la vi»da antes que vivir esclavos y »desonrados.»

Dichas estas palabras, da la señal: la batalla fué larga, sangrienta y disputada. La reina mandaba como un hábil jeneral, y combatia como un soldado: el valor arreglado de los romanos triunfó al fin de la desesperacion de aquellos pueblos: ochenta mil hombres perecieron: Boadicea se envenenó, y Suetonio, haciendo suceder la moderacion á la victoria, restableció la tranquilidad en Britannia.

Las desgracias de Roma se agravaban cada dia. Habiendo sido asesinado el prefecto de la ciudad, por uno de sus esclavos, se deliberó si los demás esclavos en número de cuatrocientos, serian enviados al suplicio segun el uso bárbaro establecido antiguamente. El pueblo se oponia á él con sus clamores: parte del senado juzgaba como el pueblo, pero el jurisconsulto Casio sostuvo fuertemente la antigua costumbre. «Pónese la objecion, »dice, de que perecerán los »inocentes; esto mismo sucede »cuando se diezman á los solda»dos por haber huido: los va»lientes entran en suerte con los »cobardes. Todo ejemplo de »igual severidad tiene algo de »injusto; sin embargo el bien pú»blico compensa los males par»ticulares.»

Así es como las barbáries consagradas por el tiempo, se sostienen muchas veces por los que mejor debieran conocer su injusticia. Era necesario para el bien público que millares de cabezas respondiesen de la seguridad de una sola, y que el crímen de uno fuese castigado con la muerte de todos. ¡Sin duda los esclavos no se contaban entre los hombres! Sin embargo, la ley pretonia proibió se espusiesen á las bestias, sin permiso del majistrado: ley propia para consolar de tantos orrores, dado caso de que los majistrados fuesen humanos. ¿Pero podian serlo bajo un tirano y con preocupaciones de tiranía? Todos los cuatrocientos esclavos perecieron.

Muerte de Burrho.—Burrho murió, y se creyó que envenenado. Sucediéronle en el mando de la guardia Fennio Rufo, hombre de bien, pero débil, y Sofonio Tijelino, infame cortesano, malvado sin vergüenza, compañero de las desonestidades de Neron, y ministro de su crueldad.

Retrato de seneca.—Séneca no habia podido conservar su crédito, á pesar de su debilidad ignominiosa. Con la esperanza de buscar un puerto donde guarecerse de las tempestades, pidió su retiro, y ofreció á Neron dejarle todos los tesoros que debia á su antigua liberalidad. Su pérfido discípulo, empleando para engañarle las armas que habia recibido de él, procuró con un discurso elocuente disipar sus terrores, y convencerlo de su afecto y gratitud. Séneca no podia ya engañarse acerca de su perversa índole, y de la suerte que le destinaba. Deseando concluir por lo menos su vida de una manera digna de la filosofia que profesaba, y que la política le habia hecho olvidar, renunció á los negocios, á la corte y al lujo, vivió en soledad, alimentándose de solo pan y agua, ó por templanza, ó por temor del veneno, y se entregó esclusivamente al estudio de la sabiduría. El tiempo nos ha conservado los frutos de su vida retirada: los tratados de este filósofo sobre la vejez, el desprecio de las riquezas, la soledad y los beneficios, forman un código de moral, cuya lectura es tan agradable como útil su meditacion; pero se conoce que lo dictó el injenio, y no el sentimiento. El estilo es laborioso y afectado, y Séneca brilla mas por el talento que por la orijinalidad: sus ornamentos demasiado solicitados debilitan los pensamientos nobles y sencillos de Platon y de Ciceron; y aunque fué celebrado en su siglo por el jenio mas brillante de Roma, la posteridad, acusándole de haber corrompido el gusto y el estilo, le ha colocado solamente en la segunda clase de los grandes escritores.

Nuevos crimenes de neron.—Privado Neron de sus consejos, no oyó en lo sucesivo mas que á los delatores. Hizo morir á Plaucio, descendiente de Julio César, por sospechas de que aspiraba al imperio. Mandó matar á Palante por apoderarse de sus riquezas. Repudió á Octavia con el pretesto de esterilidad, la desterró á la isla de Pandataria, y despues, como el pueblo se condolia de ella, la acusó de adulterio, y la hizo morir. Libre de este lazo, tomó por mujer á la artificiosa Popea.

En esta desastrada época solo un romano conservó inflecsible su virtud. Traséas no quiso prestarse á ninguna de las infames complacencias del senado para con el tirano, y salió indignado de la curia cuando oyó leer en

ella la apolojía del parricidio. Acusado por Neron, se desdeñó de defenderse, sabiendo muy bien que su virtud era el solo crímen que se le imputaba. Recibió con serenidad la sentencia, animó á los amigos que le acompañaban, y dijo al jóven oficial que se la habia intimado: «Asiste á mi muerte: la de un hombre virtuoso ofrece á la juventud en la época actual un ejemplo saludable.»

Si el temor y la adulacion rodeaban el trono de omenajes públicos, la opinion jeneral se vengaba á veces con reprensiones secretas. Apareció un niño espuesto en la calle, con un escrito que decia: «No te crio por temor de que asesines á tu madre.»

Corbulon, mas feliz que los habitantes de Roma, encubria con laureles las afrentas del imperio. En una ausencia suya, Peto, derrotado en Armenia, habia concluido un tratado vergonzoso. Corbulon entró en aquel reino como vencedor, y obligó á Volojeses, rey de los partos, á consentir que su hermano Tiridates viniese á poner la corona de Armenia al pie de la estátua de Neron, prometiendo no volverla á tomar sino por órden del emperador.

El orgulloso Neron ecsijió mas, y mandó que Tiridates viniese á Roma. Este príncipe obedeció. El emperador, colocado en un trono magnífico, rodeado de pretorianos, del senado y del pueblo, recibió á Tiridates, que se postró á sus plantas. Neron le mandó levantar, le puso la corona en la cabeza, y creyó indemnizarle de su humillacion, dándole grandes fiestas y magníficos regalos. Usurpador de la gloria debida á su jeneral Corbulon, hizo que le saludasen *imperator*, como si hubiera peleado, llevó una corona de oro al Capitolio, y cerró el templo de Jano.

Partida de Neron para la Grecia.—Deseoso de una gloria que podia adquirir por sí mismo, fué á Grecia con el pretesto de cortar el istmo del Peloponeso, y con el designio verdadero de disputar el premio de los juegos olímpicos. Sobresalia en el arte de guiar los tiros de caballos: sin embargo, la fortuna se declaró contra su talento: el carro se rompió enmedio de la carrera, y solo la adulacion de los griegos le tributó el premio. En la embriaguez de su alegría declaró libre la Grecia; pero no quiso visitar ni á Lacedemonia ni á Atenas, porque le hubieran ofreci-

do recuerdos de las virtudes que detestaba. El temor de los castigos, reservados á los parricidas, le impidió iniciarse en los terribles misterios de Eléusis, y satisfecho de haber sido coronado en la Elide, volvió triunfante á Roma, escoltado de una multitud de músicos é histriones.

Fastidiado de un amor, que ya no tenia para él el atractivo del crímen, abrumó á Popea de ultrajes y desprecios; y en un momento de cólera la mató. Poco satisfecho de escándalos vulgares, y llevando hasta la demencia los escesos del vicio, se vistió de mujer, púsose un velo amarillo como las jóvenes que se conducian al altar, y recibió por esposos, solemne y públicamente á sus libertos un cierto Pitágoras y Doriforo. Volviendo á tomar el traje propio de su secso, mandó mutilar al jóven Sporo, al cual hizo vestir de emperatriz, y públicamente se casó con él.

Su sed de sangre se irritaba, en vez de saciarse con los suplicios. Su crueldad hizo perecer millares de víctimas. Jactándose de su perversidad, decia: «Mis »predecesores, demasiado tímidos, no supieron gozar del des»potismo. Mejor quiero ser abo»rrecido que amado: para mere»cer el amor necesito de mu»chos: para inspirar odio me bas»to yo solo. Calígula queria que »el universo pereciese con él: yo »quisiera que ardiese todo, y »mirase yo solo el incendio.»

Incendio de Roma ordenado por Neron: asesinato de los cristianos. — Muchos historiadores refieren, que despues de una orjía infame que el pudor impide describir, mandó pegar fuego á muchos barrios de Roma, y que subiendo á una torre, vestido de músico, cantó al resplandor de las llamas un poema que habia compuesto sobre la destruccion de Troya.

El incendio duró seis dias, arruinó tres barrios enteros, y consumió inmensas riquezas. El emperador, despertando de su embriaguez, reedificó á su costa la ciudad, y la adornó con soberbios pórticos. Queriendo alejar de sí la odiosidad de aquel desastre, echó la culpa á los cristianos, cuyo culto estaba ya muy propagado en Roma, y los condenó á espantosos suplicios.

No puede esplicarse cómo en la capital, en el centro de las luces podia darse entonces una idea tan falsa del culto y de la moral de los cristianos, que solo predicaban la virtud, la caridad, el amor de Dios y del prójimo.

«Acusaron, dice Tácito, del »incendio de Roma, á una secta »de hombres detestados por sus »crímenes, y que el vulgo llama »cristianos. El autor de esta sec»ta es Cristo, quien bajo el im»perio de Tiberio, habia sido »condenado al último suplicio »por Poncio Pilato. Esta supers»ticion ecsecrable, reprimida al »principio, se habia elevado de »nuevo, y se estendia no sola»mente en la Judea, cuna del »mal, sino en la capital misma, »en donde todo lo que ecsiste de »mas atroz y vergonzoso abunda »y es acojido con fervor. Pren»diéronse á algunos que confe»saron el hecho, y por sus dela»ciones se prendieron á muchí»simos. Fueron mas bien con»vencidos de odio al jénero hu»mano que del crímen de incen»dio. Ultrajáronlos en el mo»mento de la muerte, y los cu»brieron con pieles de animales »para que fuesen devorados por »los perros. Atados en cruces y »quemados, sus cuerpos inflama»dos servian de antorchas á los »transeuntes. El emperador, des»de el centro de sus jardines, »gozaba del espectáculo de sus »suplicios; y durante este tiem»po daba al pueblo la diversion »de los juegos del circo, en los »cuales se presentaba en un ca»rro vestido de cochero. De este »modo escitaba la compasion pú»blica á favor de los condenados; »pues aunque fuesen culpables »y dignos de castigo, se les creyó »inmolados, no á la utilidad je»neral, sino á la crueldad de un »solo hombre.»

Toda opinion que se quiere comprimir, adquiere mas fuerza; la sangre de las víctimas multiplica sus prosélitos.

Poco tiempo despues fué acusada de cristianismo Pomponia Græcina, mujer de un senador. Su marido fué juez en esta causa, segun las antiguas costumbres, y la declaró inocente.

La prodigalidad de Neron se aumentaba cada dia á par de su ferocidad. Insensato en sus favores como en sus crueldades, regaló á un gladiador y á un tocador de flauta inmensas riquezas, quitadas por confiscacion á senadores ilustres. Hizo construir para sí enmedio de la ciudad un palacio magnífico que comprendia en su recinto los montes Palatino y Esquilino: su vestíbulo era muy elevado, y se colocó en él su estátua colosal que tenia ciento veinte pies de alto. Las paredes estaban revestidas de mármol y enriquecidas con alabastro, jaspe y topacios: el pavimento era de oro, marfil y nácar.

Desde los techos caia una lluvia fina de aguas de olor. En sus inmensos jardines habia cerros, llanuras, estanques y selvas, que se habian llenado de bestias feroces.

Distribuia al pueblo á manos llenas y sin medida oro y plata. La abundacia, el lujo y la profusion reinaban en Roma; pero las provincias, que pagaban estos gastos estravagantes, estaban aniquiladas y desiertas. Animaba á sus favoritos y procónsules á robarlas, y les decia: «Saquead»lo todo, y no les dejeis nada.»

Conspiracion contra Neron.— Sus escesos cansaron en fin la paciencia de los romanos: muchos hombres valerosos, indignados de su servidumbre, conspiraron contra él. Pison fué el jefe de la conjuracion, que estuvo oculta mucho tiempo, hasta que la imprudencia de una mujer la descubrió. La liberta Epicaris, no conocida hasta entonces sino por el número de sus amantes, se quejaba de que los conjurados eran pocos y demasiado lentos en sus operaciones: quiso aumentar el partido seduciendo á unos oficiales de marina. Volusio Próculo finjió entrar en el proyecto, se hizo dueño del secreto, y la denunció.

Los conjurados, recelosos de este accidente, se determinan á acelerar el golpe y matar á Neron en las fiestas de Céres. Laterano, célebre por su fuerza estraordinaria, debia acercarse á él con el pretesto de pedirle un favor y darle la primer puñalada.

Epicaris no habia descubierto á ninguno, y el écsito de la empresa parecia seguro; pero Scevino, uno de los conjurados, entrando en su casa la víspera del dia señalado para la ejecucion, con aquella inquietud que causan los escesos de esta especie, despues de haber hablado algun tiempo con Natalis su cómplice, distribuye dinero á sus esclavos, hace testamento, saca un puñal y manda afilarlo á Mílico, uno de sus libertos. La mujer de Mílico, recelosa de estos preparativos, comunica al marido sus terrores y le aconseja que denuncie á su amo. Mílico cede, corre á palacio y revela todo lo que ha visto á Epafródito, secretario de Neron.

Preso Scevino, se defendió con prudencia y valor, diciendo que ya habia hecho testamento en otras ocasiones, y que aquel puñal era una arma sagrada en su familia, siempre cuidada y preparada escrupulosamente: justifica sus liberalidades como una cos-

tumbre digna de elojio y no de censura: añade que todos aquellos indicios no pueden probar una conspiracion que no ecsiste, y responde á las inculpaciones de su liberto, acusándole gravemente de ingratitud y de maldad.

El delator estaba confundido, el reo vencia; pero la mujer de Mílico recuerda en este momento á su marido la larga conferencia nocturna de su amo con Natalis. Prenden á este, que confundido y cortado, denuncia como jefes de la conspiracion á Pison y á Séneca.

Scevino renuncia á la defensa, ya inútil, y su confesion compromete á Lucano, á Quinciano y Senecion. Lucano, aterrado, denunció á su misma madre Attilia. Los demás conspiradores eran todavia desconocidos. Neron hizo venir á Epicaris á su presencia, esperando arrancarlo todo á su debilidad; mas ni se dejó engañar con promesas, ni aterrar con amenazas: los preparativos del suplicio no la espantan: ni los azotes, ni el hierro, ni la llama la sacan una palabra. La llevan estropeada á la prision, y conociendo que se le preparaban nuevos tormentos, forma un nudo escurridizo con el pañuelo del cuello, lo ata á un palo de una silla, tira con violencia, se aorca y muere con su secreto. ¡De este modo hizo célebre su muerte una liberta, cuando tantos hombres libres desonraban su vida!

Muerte de Seneca, Lucano y Petronio. — Pison se abrió las venas, y por una inconsecuencia dificil de entender, legó sus bienes á Neron.

Séneca dijo á sus amigos al recibir la sentencia de muerte y confiscacion: «No me es lícito »hacer testamento y probaros »mi gratitud. Os dejo, pues, el »único bien que me queda, el »ejemplo de mi vida (1).» Sus amigos lloraban. «¿Olvidais, les »dijo, las mácsimas de la sabidu»ría? ¿Cuándo os servireis de »ella para fortificaros contra los »golpes de la fortuna? ¿No co»noceis la crueldad de Neron? »Era preciso que el que mató á »su madre y hermano, hiciese »lo mismo con el que lo ha edu»cado.»

(1) Séneca olvidó en aquel momento su condescendencia á las primeras liviandades de Neron, y su apolojía del parricidio. (Lista.)

Nunca este Séneca, dice Millot, será el modelo de los verdaderos filósofos y de los buenos escritores. Su estilo afectado corrompió el gusto; su moral fastuosamente austera, fué desmentida por sus acciones.

Pompeya Paulina, mujer de Séneca, queria morir con su esposo; y él, lejos de apartarla de esta determinacion, la ecsortó á cumplirla. Paulina se abrió las venas; pero un oficial que Neron envió, vendó sus heridas, y la obligó á vivir. Aquella mujer ilustre y virtuosa vivió, aunque débil, algunos años: en la palidez del rostro conservaba las señales de su valor y de su ternura.

El poeta Lucano, autor de la *Farsalia*, escritor de mucho talento, pero mas enérjico que elegante, se abrió las venas en el baño, y murió valerosamente recitando algunos versos de su poema, análogos á su situacion.

Petronio, autor licencioso y satírico, antiguo compañero de Neron en los desórdenes, y que sus amigos miraban como el oráculo del buen gusto para las fiestas y placeres, pereció tambien; pero antes celebró un magnífico banquete, y murió con el mismo epicureismo que habia vivido.

Sorprendido Neron de ver en el número de los conjurados á Sulpicio Asper, centurion de su guardia, le preguntó por qué motivo conspiraba contra su vida. «Por lástima, le respondió: »no tenia otro medio para de»tener el curso de tus críme»nes.»

Granio Silvano fué absuelto por falta de pruebas; mas no pudiendo tolerar el triunfo de la tiranía, se atravesó con su misma espada.

Los furores de Neron se estendieron fuera de Italia: envidioso de la gloria de Corbulon, le engañó con finjidas protestas de amistad, le invitó á volver á Roma, y le hizo asesinar cuando le vió separado de su ejército.

Entonces estaba turbado el Oriente por la rebelion de los judios, que además de pelear entre sí, sacudieron impacientes el yugo de los romanos; rechazados en sus primeros encuentros, ejercieron contra ellos atroces venganzas asesinando á mas de setenta mil. Lejos de abatirlos, tomaron de nuevo las armas, derrotaron á Cestio Galo, gobernador de Siria, y le arrojaron de la Judea.

Neron conoció la necesidad de nombrar para esta guerra que iba tomando un carácter grave, un hábil jeneral, y el temor del peligro triunfó del odio que aquel emperador tenia á los hombres de mérito. Dió, pues, el mando del ejército de Oriente á Vespasiano, aunque habia incu-

rrido en su desgracia, porque se quedó dormido un dia mientras Neron cantaba en el teatro.

Vespasiano y su hijo Tito, habiendo reunido con prontitud en Siria y Ejipto un formidable ejército, penetraron en Galilea, tomaron á Gadara, y se apoderaron de Jotapa. Murieron cuarenta mil judios y quedaron muchos prisioneros, entre ellos el historiador Josefo, que se libertó de ser entregado á Neron, pronosticando el imperio á Vespasiano: conquistaron las plazas de Tiberiade, Tariquea, Gamala y Jiscala, y derrotaron completamente á los enemigos atrincherados en el monte Isaburio. Despues de tantas y tan rápidas victorias, que le habian costado mucha sangre, Vespasiano salió de Galilea, y volvió á Cesárea.

Rebelion en las galias.—(67) El número de las victimas de la tiranía aumentaba incesantemente. No solo los ricos y grandes eran inmolados á los furores de Neron: ni aun la oscuridad era asilo seguro contra sus caprichos. El odio y el desprecio llegaron á su colmo: no hubo esperanza de salvacion sino en la rebelion, cuyo fuego, largo tiempo encubierto, se manifestó primero en las Galias.

Vindex, natural de esta provincia, y descendiente de los reyes de Aquitania, habia llegado á la dignidad de senador, y mandaba como propretor en la Céltica. Era amante de la gloria y enemigo de la tiranía. Arrostrando el primero los peligros á que están espuestas semejantes empresas, levanta el estandarte de la rebelion, y bien pronto se halla al frente de doscientos mil hombres determinados á librar á la tierra de un mónstruo.

Entonces estaba Neron en su último consulado, y tenia por colége á Silio Itálico, autor de un poema sobre la guerra de Annibal, delator en su juventud, y poeta mediano en su edad madura.

Informado el emperador de la conjuracion de Vindex, prometió diez millones al que le trajese la cabeza de este jeneral. Vindex, sabiendo esto, dijo públicamente: «Al que me traiga »la cabeza de Neron, le daré la »mia, si la quiere.»

Elevacion de galba.—Rufino Asiático, Flaco y los demás comandantes de la Galia, abrazaron el partido de Vindex y le ofrecieron la corona; pero ambicioso de onor mas que de poder, reusó la dignidad suprema y proclamó emperador á Galba, que mandaba en España; varon ilus-

tre por su nacimiento, y cuya esperiencia militar y grandes cualidades merecian la estimacion jeneral.

Galba supo al recibir estas noticias, que Neron habia resuelto matarle; reunió el pueblo y los soldados en un dia consagrado por la costumbre á la libertad de los esclavos, y les habló de esta manera:

«Amigos: vamos á dar á los »cautivos un bien concedido por »la naturaleza, y del cual no nos »permite gozar la tiranía. Nin»gun esclavo ha sufrido nunca de »su amo lo que los romanos de »Neron. ¿Qué bienes están libres »de su avaricia? ¿Qué cabeza de »su crueldad? Sus manos humean »todavia con la sangre de su her»mano, de su madre, de su esposa »y de su maestro: bajo su puñal »han caido las columnas mas ilus»tres del imperio. Todas las vícti»mas nos piden venganza, no »contra un príncipe, sino contra »un incendiario, verdugo, vil »histrion, despreciable cochero »y mónstruo desonrado por infa»mes nupcias que hacen jemir »la naturaleza.»

«Ya Vindex lo acomete en las »Galias, y sus lejiones vuelven »los ojos á mí para consumar la »ruina del tirano. Espero vues»tro consentimiento, no para lo»grar la dignidad imperial, que »reverencio y no pretendo, sino »para consagrar mis últimos dias »y fuerzas á la salvacion de mi »patria; y como......» No pudo seguir: los gritos y aclamaciones universales de los soldados y del pueblo le saludaron emperador. Reusó este título, y solo tomó el de lugarteniente del senado y pueblo romano.

Oton, gobernador de Lusitania, se declaró por Galba, y aun le envió para subvenir á los gastos de la empresa, su dinero y vajilla.

Cobardia de Neron.—Mientras que se formaba una tempestad tan formidable contra Neron, este príncipe insensato entraba triunfante en Nápoles y se encenagaba en la disolucion. La primera noticia de la defeccion de la Galia le dió mas alegría que inquietud; porque solo vió en ella nuevos pretestos para aumentar sus tesoros y satisfacer su crueldad. Fundaba su confianza supersticiosa en un oráculo de Apolo Délfico que le habia advertido guardarse del número 73; y como estaba en la flor de su edad, temia poco la muerte que no aguardaba hasta una edad tan avanzada. Pero cuando otros correos, trayéndole noticias de los progresos de la rebe-

lion, le hicieron saber que los ejércitos de Galia y España habian proclamado emperador á Galba, y que este jeneral tenia setenta y tres años, perdió el ánimo y la esperanza, y cayó en la mas profunda consternacion. Cobarde tanto como cruel, no buscó medios de defensa, y estuvo ocho dias encerrado en su palacio sin dar órden ninguna. No hizo mas que denunciar al senado el manifiesto de Vindex, y pretestó una grave enfermedad para escusar su ausencia de la curia en circunstancias tan críticas.

Los terrores cobardes de este insensato, aunque absorbian todas sus facultades, no destruian sin embargo la vanidad pueril que le inspiraba la opinion de sus talentos de artista; y lo que mas le irritó en el manifiesto del ejército de la Galia fué que Vindex le trataba en él de mal poeta y músico ignorante. «¡Que pruebe lo »que dice! esclamaba indignado, »no hallará en todo el mundo »un hombre mas hábil que yo »en mi profesion!»

El senado declaró á Vindex enemigo del estado: Neron, como todos los monarcas débiles, pasó con suma facilidad del miedo á la esperanza, creyó que nada tenia que temer de sus enemigos, y volvió á Roma. En la visita que le hicieron los cónsules, solo les habló de la invencion de una máquina hidráulica, que producia sonidos armoniosos, y que «él queria, dijo, mostrar »al pueblo en el teatro, si Vin»dex le daba tiempo para ello.»

Crimenes nuevos. — Nuevos correos hicieron renacer sus terrores: el senado los disipó proscribiendo á Galba: entonces llevó hasta el delirio sus orjías y sus proyectos de venganza. Mandó matar á todos los gobernadores de provincia y á todos los desterrados, saquear la España y las Galias; y aun se dice que formó el proyecto de envenenar á todos los senadores en un banquete, incendiar á Roma segunda vez, y soltar por las calles las fieras del circo para que la plebe no pudiese acudir á apagar el fuego. Al mismo tiempo declara que va á marchar contra el enemigo, y forma una guardia de mujeres prostituidas, á las cuales da vestidos y armas de amazonas.

Sublevacion contra Neron.— En fin, el senado, los patricios, los caballeros, el pueblo, la tropa y el imperio se sublevan y juran la muerte del mónstruo. Estando comiendo, supo esta rebelion jeneral: rompió enfurecido dos vasos de cristal, y pidió á sus esclavos una cajita de oro que

encerraba un veneno sutil. Un momento despues envió un correo á Ostia con órden para que la escuadra estuviese pronta á recibirlo.

Dícenle que los pretorianos no quieren seguirle: temeroso é incierto, no sabia si huir á buscar un asilo entre los partos, ó implorar la clemencia de Galba, ó vestirse de luto para escitar la compasion del pueblo romano; y pedia que se le diese el gobierno de Ejipto. Decídese á esto último; pero enmedio de la noche ve que su guardia lo ha abandonado, y que están saqueando su palacio. Salta precipitadamente de la cama, llama á sus ministros y validos; nadie le responde. Enmedio de la capital del mundo está como un esclavo fujitivo en un desierto. Quiere valerse del veneno; pero se lo habian quitado: llama en vano á gritos al gladiador Spicilio. «¿No hallaré pues, decia, ni »amigos que me defiendan, ni »enemigos que me den la muer»te?» Sale furioso del palacio, y vuela á arrojarse al Tíber.

Su huida.—Faon, liberto suyo, le detiene, y le ofrece un asilo en su casa de campo, que estaba á cuatro millas de Roma. Lo acepta, y huye envuelto en una capa vasta, y acompañado solamente del infame Sporo, y de otros tres esclavos.

Mientras caminaba, un fuerte terremoto y el resplandor de los relámpagos que surcaban las nubes oscuras, aumentaron sus terrores. Creíase perseguido por los hombres y los dioses. El menor arbusto, el sonido mas débil, le parece, ó la sombra ó el grito de una de sus víctimas.

Al pasar cerca del campamento de los pretorianos, oye á los soldados vomitar imprecaciones contra él, y encuentra viajeros que dicen al verle: «estos sin du»da buscan al infame Neron para »matarlo.» Orrorizado y medroso se aleja á toda prisa del camino, y entra por senderos llenos de zarzas. Llega en fin detrás del corral de Faon, se echa cansado sobre unas zarzas, bebe agua salobre de un charco, y dice: «¡Es»ta es pues la bebida que tendrá »Neron de aquí adelante!» Sus esclavos hacen un agujero en la pared, y el emperador, arrastrándose como una vil culebra, entra en el corral por aquella abertura, y llega á un aposento remoto, donde estuvo encerrado un dia.

Entretanto, reuniéndose los senadores, le declararon enemigo de la patria, y le condenaron á sufrir todo el rigor de las antiguas

leyes. Faon le trajo el decreto en unas tablillas: Neron le pidió que se lo esplicase. El liberto dijo, que segun la antigua costumbre se desnudaba, se ataba por la cabeza al enemigo público á un palo, se le azotaba con varas hasta que muriese, y se arrojaba su cuerpo al Tíber. «¡Ay! respondió aquel mónstruo »insensato: *Qualis artifex pereo!*

Cuán consumado artista en mí perece!

Su muerte.—El temor del suplicio que le esperaba, le dió una firmeza aparente: sacó del cinto un puñal, y se arrimó la punta á su pecho; pero su cobardía no permitió que lo hundiese: se puso á llorar, y pidió á los que le rodeaban que le diesen ejemplo de valor. Derepente suenan muchos caballos en el patio: oye la voz de los oficiales que le buscaban: fortificado por la desesperacion hace que Epafrodito le empuje el brazo, y se sepulta el puñal en la garganta. Todavia respiraba cuando entró en el aposento el centurion encargado de prenderle; el cual se puso á vendarle la herida, y le dijo que venia á socorrerlo. «Llegas tarde, »respondió Neron: ¿es esta la fi»delidad que me juraste?» A estas palabras espiró, amenazando todavía al cielo con sus miradas espantosas.

Tenia treinta años de edad, y habia reinado catorce. Murió el año 821 de la fundacion de Roma, 69 de la era cristiana, 112 desde la ruina de la república por Julio César, y 94 desde el establecimiento definitivo de la monarquía por Augusto. El pueblo enfurecido derribó sus estátuas, y despedazó á algunos de sus ministros. Quiso arrojar su cuerpo al Tiber; pero dos mujeres, que habian sido sus nodrizas, y la cortesana Acte, su primera manceba, con ayuda de Faon quemaron el cuerpo envuelto en una tela de oro que llevó puesta el emperador el dia de las calendas de enero. La urna cineraria se depositó en la tumba de Domicio, en el campo Marcio, sobre un altar de mármoles tasianos.

En él quedó estinguida la familia de Augusto. Un Tiberio, un Calígula, un Claudio, un Neron, ¡para estos habia usurpado Augusto el imperio del mundo! ¡para estos habia Roma subyugado tantos pueblos! ¡ Estos eran los señores que las riquezas, la corrupcion de las costumbres, el desprecio de la virtud y la inundacion de los vicios preparaban hacia tiempo á los romanos!!!

CAPITULO XX.

GALBA. OTON, VITELIO.

Alegría en Roma despues de la muerte de Neron. —Retrato de Galba. — Sus rigores. — Discurso de Galba á Pison. — Conjuracion contra Galba. — Muerte de Galba. — Elevacion de Oton al imperio. — Batalla de Bedriac. — Victoria de Vitelio. — Abdicacion de Oton. — Su muerte. — Elevacion de Vitelio al imperio. — Sus vergonzosos escesos. — Sus crímenes. — Guerra civil entre Vitelio y Vespasiano. — Batalla de Cremona. — Incendio de Cremona. — Abdicacion de Vitelio desechada por el pueblo. — Sitio, toma é incendio del Capitolio. — Muerte de Vitelio.

GALBA.

(Año 69.)

Alegria en Roma despues de la muerte de Neron.— La noticia de la muerte de Neron causó la mayor alegría en todos los que tenian peligros que temer, reputacion que conservar, y bienes que dejar á su familia. Corrian por las calles como en los dias de fiesta, y se abrazaban sin conocerse. Los amigos de la virtud y del imperio se alegraban de ver libre el mundo de una fiera.

El senado, triunfante por la caida del tirano como si él solo lo hubiese derribado, se lisonjeaba de recobrar sus derechos; pero el populacho, los esclavos, los libertos, y los hombres que no conocian mas felicidad que los vicios, las fiestas y los juegos, llevaban luto por Neron.

No tardó en turbarse el regocijo de los hombres honrados: la sombra del mónstruo vino á amedrentarlos: un impostor tomó su nombre, y tuvo partidarios en Oriente, porque le semejaba y tocaba la lira como él. Despues de algunas ventajas efímeras, fué preso y muerto.

Otros motivos habia de inquietud nacidos del espíritu turbu-

lento de los ejércitos, y de la ambicion de los jefes. Estos amaban la gloria todavia, mas no querian libertad. Ninfidio, comandante de la guardia pretoriana, fué el primero en levantar el estandarte de la rebelion. Orgulloso con el influjo que creia tener en los soldados, aspiró descubiertamente al imperio; pero sus partidarios eran pocos, y pereció en un motin.

Macro quiso sublevar el Africa: el pretor Garruciano le dió de puñaladas. Valente y Aquinio hicieron lo mismo con Capiton, que aspiraba al trono, contando con las lejiones de Jermania.

Todas estas muertes cometidas por hombres no menos ambiciosos que sus víctimas, aflijian profundamente á los partidarios del gobierno republicano, probándoles que era imposible ver renacer la libertad donde los soldados habian dejado de ser ciudadanos.

El senado, al ver estos sucesos, quiso mas bien darse un dueño que recibirlo: proclamó á Galba, y con este decreto sosegó la ajitacion de una parte del ejército de España. El de Jermania habia entrado en la Galia para reprimir las lejiones de Víndex, á las órdenes de Virjinio Rufo. Los dos jefes querian concertarse; pero las tropas, sin hacer caso de sus órdenes, pelearon encarnizadamente. El ejército de Galia fué vencido, y Víndex se dió la muerte de desesperacion. El de Jermania quiso dar el imperio á Virjinio; pero éste lo reusó, esperando las órdenes del pueblo y del senado; y hasta que uno y otro proclamaron emperador á Galba, no le reconoció. El ejército del alto Rin era mandado por Hordeonio, jeneral sin talentos ni carácter. Habia seguido el impulso de Víndex, y despues imitó el ejemplo de Virjinio.

Retrato de galba. — Servio Sulpicio Galba, ilustre por su nacimiento, contaba entre sus antepasados al virtuoso Cátulo, digno émulo de Ciceron y de Caton. En su juventud habia manifestado sentimientos nobles, rara modestia y esfuerzo brillante. Elevado al mando, tanto por sus servicios, como por su nacimiento, habia hecho la guerra con felicidad en Africa, Jermania y España. Observador rijido de la disciplina, sencillo en sus costumbres, justo en sus sentencias, y económico en los gastos, se le creyó digno del imperio hasta que ascendió á él. La edad, debilitando su espíritu, le entregó á favoritos que abusaron de su confianza, y trocó su severidad en

dureza, y en avaricia su economía.

El entusiasmo que le habian manifestado las lejiones de España, decayó en gran manera. Corrian voces de la fuga de Neron, y Galba desesperado estuvo ya para darse la muerte, cuando supo el fin trájico del tirano, y los decretos del senado y del pueblo en su favor. Tomó el título de césar y la vestidura imperial, y partió á Roma; pero la inquietud que le daban las intrigas de Ninfidio, la rebelion de Macro, las pretensiones de Capiton, y la irresolucion de las lejiones de Jermánia, le hicieron creer que debia aterrar á sus rivales, y llevó al cuello un puñal hasta que supo que sus concurrentes eran muertos. En el camino destituyó á gobernadores, destruyó ciudades, y oprimió con tributos á los pueblos que habian tardado en reconocerle.

Sus rigores.—Al llegar á Roma desplegó la misma severidad: ordenó á las tropas de marina, incorporadas en las lejiones, que volviesen á la escuadra; y porque se negaron á hacerlo, mandó rodearlas, acometerlas y diezmarlas.

La guardia jermánica se habia conservado fiel á Neron, y se sospechaba que queria elevar al trono á Dolabela. Galba la licenció. Muchos ciudadanos, desterrados por Neron, fueron restituidos por el nuevo príncipe, pero quedaron descontentos porque les restituian sus empleos, pero no sus bienes. Hizo pasear por Roma cubiertos de cadenas á Elio, Policleto, Locusta, Patrobio, Petino, infames ministros de las crueldades de su antecesor. Creyendo infundadamente que en un tiempo de vicios y de revoluciones podria restablecer el antiguo vigor de la disciplina, reusó á las tropas la gratificacion que daban los emperadores en su advenimiento, y respondió á sus quejas, que «él escojia sus soldados, y »no los compraba.»

Destituyó á muchos oficiales pretorianos, sospechados de haber favorecido á Ninfidio. Mas lo que apresuró su ruina fué la mala eleccion de ministros. Concedió una confianza ilimitada á Tito Vinio, su lugarteniente en España, hombre diestro y valiente, pero codicioso: á Cornelio Laco, capitan de pretorianos, orgulloso, ignorante y cobarde; y á Marciano Icelo, liberto altanero y adulador, que aspiraba á las mas altas dignidades, y deseaba encubrir con la

púrpura las señales de sus antiguas cadenas.

De la diferencia que habia entre los caractéres del príncipe y de sus validos, resultaba la mas estraña contradiccion en los actos del gobierno. Todo lo que Galba hacia por sí mismo, parecia laudable: todo lo que dejaba hacer á sus favoritos, le desacreditaba. Habian merecido la aprobacion jeneral sus discursos modestos al senado, la libertad que dejaba en las deliberaciones, su respeto á los derechos del pueblo, su desprecio á los delatores, su afabilidad con los ciudadanos; mas era intolerable la insolencia y avaricia de sus ministros, que unas veces condenaban por leves culpas á varones ilustres, y otras absolvian á verdaderos criminales, hombres sin nacimiento ni moralidad.

Galba, con intenciones laudables, no hizo nada bueno ni útil, porque carecia de instruccion. Neron, pródigo sin medida, habia dado sumas inmensas á la muchedumbre, y se decia que en sus liberalidades estravagantes consumió noventa millones. Galba mandó imprudentemente que se restituyese lo que se habia dado sin motivo. Una junta de cincuenta caballeros, encargada de estas investigaciones, cumplió su encargo con sumo rigor. Todos los caudales fueron acometidos y desordenados por esta inquisicion arbitraria y fiscal. Todo parecia que estaba en Roma á subasta; y lo que aumentó el descontento fué ver que el emperador, en lugar de aplicar al erario las sumas que produjo esta medida, se apoderó codiciosamente de ellas, y las guardó para sí solo. La venalidad de los comisionados aumentó el desórden: las provincias fueron maltratadas como la capital: Delfos y Olimpia tuvieron que restituir los dones que les habia hecho Neron. Quejábanse de esta severidad inoportuna, tanto mas cuanto se observaba cierta debilidad con hombres odiosos. El pueblo citó á Haloto y á Tijelino, cómplices y quizá autores de la mayor parte de los crímenes de Neron: los reos prodigaron sus tesoros á los favoritos de Galba, y compraron su absolucion.

Esta mezcla de rigor y de corrupcion escitaba en Roma la ira y el desprecio. El descontento de la capital se propagó á las provincias: las lejiones de Jermania, temiendo el castigo del emperador, por haber sido las últimas que se declararon á favor suyo, se sublevaron contra

el débil Hordeonio Flaco, su jeneral, y ofrecieron el imperio á Vitelio, nombrado recientemente por Galba para mandar en aquella provincia.

Valente y Cecinna, oprimidos de deudas, y codiciosos de revueltas y novedades, relajando todos los lazos de la disciplina para ganar el afecto de los soldados, corrompian las lejiones de su mando, á fin de que siguiesen el partido de Vitelio, cuyas costumbres prometian un nuevo Neron á los amigos del vicio.

Informado el emperador de estos movimientos, y atribuyéndolos al desprecio que inspiraba su larga edad, creyó que los disiparia elijiendo un sucesor jóven, y destruyendo asi todas las esperanzas de los facciosos.

Apenas fué conocido su designio, hubo discordia en la corte para la eleccion. Oton, el primero que sostuvo á Galba con su nombre, tropas, espada y fortuna, aspiraba descubiertamente á la herencia, haciendo valer á favor suyo sus servicios, su zelo y el amor que le tenian las coortes pretorianas. Vinio le apoyaba; pero le era contrario Laco, envidioso de su crédito, y aun de sus vicios: además todos los buenos temian ver en el trono al compañero mas ardiente de las crápulas de Neron.

No oyendo Galba á ninguno de sus ministros, y atento solo á la voz pública, desconcertó todas las intrigas, adoptando por heredero á Luciniano Pison, hombre de costumbres austeras, y cuyas virtudes respetaba Roma, tanto como su nobleza.

Discurso de Galba a Pison.— El emperador le llamó, y le habló en estos términos: «Si te adoptase como un simple particular, segun las leyes, seria glorioso para mí introducir en mi »familia al descendiente de Pompeyo y de Craso, y para tí añadir á tu ilustracion la de los »Sulpicios y Cátulos. Pero hoy, »llamado yo al imperio por el »consentimiento de los dioses y »de los hombres, solo tu escelente índole y mi amor á la patria, »me han movido á ofrecerte libremente un poder que nuestros abuelos disputaban con las »armas, y que solo por ellas adquirí. Sigo el ejemplo de Augusto, que puso por segundo suyo, primero á su sobrino Marcelo, despues á su yerno Agrippa, y últimamente á su entenado Tiberio; mas él buscó un sucesor en su familia; yo entre los »ciudadanos: no porque me falten parientes ni compañeros de

»milicia, sino porque ascendí al »imperio esento de ambicion: »díganlo no solo mis allegados, »á quienes te antepongo, sino »tambien los tuyos. Tienes un »hermano, tu igual en nobleza, »mayor en edad, digno de esta »elevacion; pero tú la mereces »mas.»

«A tu edad ya se han pasado »los escollos de la juventud. »Hasta aora solo has probado la »adversidad: guárdate de los es»tímulos de la fortuna; porque »la calamidad se tolera, y la ven»tura nos corrompe. Creo que tu »corazon permanecerá en la vir»tud; pero tu elevacion cambia»rá los de otros, su amistad será »remplazada por la adulacion, »por la intriga y por el interés »personal, veneno destructor de »toda afeccion verdadera. Há»blote con toda la verdad de mi »corazon: el adulador hablará »mas á tu fortuna que á tí; por»que es muy dificil aconsejar »bien á un príncipe, y nada mas »fácil que adularlo. Si pudiese »ecsistir este inmenso imperio »sin un jefe, me conozco digno de »ser el nuevo fundador de la re»pública. Pero hemos llegado á »tal punto, que atendida mi ve»jez, nada puedo hacer á favor »del pueblo romano, sino darle »un buen sucesor, y tú un buen »príncipe. Fuimos como heren»cia de una sola familia, bajo Ti»berio, Cayo y Claudio: sírvanos »ya de libertad el derecho de ele»jir. Estinguida la familia de los »Julios y Claudios, la adopcion »buscará á los mejores. Porque »el cetro debido al nacimiento »está sujeto al capricho del acaso: »la eleccion de un príncipe adop»tivo es el fruto del juicio, con»firmado por la opinion pública. »Acuérdate que Neron, ensober»becido con la larga série de los »césares, cayó, no por las débiles »fuerzas de Víndex, ni por mi »lejion, sino por su crueldad y »desenfreno. Puesto que tantos »antiguos derechos no han podi»do salvar á este príncipe, el »primero que ha sufrido una »condenacion del pueblo, ¿có»mo nos libraríamos nosotros de »la envidia cuando no tenemos »otros títulos que nuestras es»padas, y el aprecio debido á al»gunas virtudes? Ni te espante »ver, que despues de un movi»miento jeneral, haya dos lejio»nes aun no aquietadas. No he »subido al imperio para descan»sar; y en sabiendo tu adopcion, »dejaré de parecer anciano, úni»co defecto que me notan.»

«Los malos verás como siem»pre echarán de menos á Neron: »cuidemos tú y yo de que no lo

»echen de menos los virtuosos. »No es para aora amonestarte »mas; y todo te lo he dicho, si te »elejí con razon. El mejor y mas »breve camino para discernir el »bien y el mal, es acordarnos de »lo que hemos deseado y aborre»cido bajo el imperio de un mal »príncipe. Porque en Roma no »hay, como en las demás nacio»nes que tienen reyes, una fami»lia determinada para mandar á »los demás. Piensa que vas á »imperar sobre hombres que ni »pueden sufrir entera esclavi»tud, ni entera libertad.»

Pison respondió con ánimo sereno á este discurso: habló con respeto del emperador, y con modestia de sí mismo: nada se mudó en su rostro, y parecia mas digno del trono que codicioso de él. Galba le llevó al campamento, y habló con breves y secas palabras á los soldados, que le recibieron sin entusiasmo. Esta severidad era inoportuna: la mas lijera gratificacion le hubiera quizá ganado su afecto.

La eleccion del nuevo césar llenó á Oton de envidia y cólera. Observó el descontento de las tropas, y concibió esperanzas. Era afable y familiar con los soldados, tomaba parte en sus juegos é intereses, les hablaba de sus familias y negocios, aumentaba su licencia, y no les disimulaba su deseo y aun su necesidad de subir al trono. «O»primido como estoy de deudas, »es menester que perezca ó rei»ne; y tanto se me da morir á ma»nos del emperador, como á las »de mis acreedores.» Tal era la desgracia de aquella época, que á despecho de los decretos del pueblo y del senado, bastaron dos soldados, corrompidos por un liberto, para derribar á un emperador elejido legalmente (1), y dispusieron del imperio á favor de un jóven, arruinado por sus desórdenes, y que no aspiraba al mando sino para pagar sus deudas.

Conjuracion contra Galba.— Estos dos soldados, sobornados por Onomasto, criado de Oton, sedujeron á algunos otros, que formaron el proyecto atrevido de destronar á Galba, y coronar á Oton. Supiéronse con prontitud en el palacio sus intrigas y discursos, y nada era tan fácil como aogar esta conspiracion en su

(1) Jamás hubo ley de sucesion en el imperio romano. Augusto, su fundador, lo dejó todo á la casualidad y á la violencia. Asi es que la muerte de un emperador era casi siempre, ó efecto ó presajio de una guerra civil.

(Lista.)

cuna; pero Laco, oficial cobarde y ministro indolente, despreció la noticia, y no la creyó digna de escitar la inquietud, ni aun la atencion del emperador.

Los conjurados fijaron el quince de enero para la ejecucion de sus designios. Oton vino el catorce por la noche, segun su costumbre, á saludar al emperador, que le recibió con franqueza, y le abrazó cordialmente. Asistió á un sacrificio, y permaneció en en palacio, hasta que Onomasto le avisó, que «su arquitecto le »esperaba.» Era esta la señal convenida: sale con pretesto de ecsaminar una casa que queria comprar. Llega adonde estaban los conjurados, cerca de la columna dorada, de la cual salian todos los caminos de Italia. Admírase de no ver reunidos mas que treinta soldados; pero demasiado adelantado ya para retirarse, y fundando su esperanza en la osadía, arengó á aquella tropa, le recordó la avaricia y la severidad de Galba, la matanza de los marinos, la dureza intolerable de su disciplina, la destitucion de los oficiales, y las rapiñas de los favoritos. «¿Quereis, les »añadió, poner remedio á tantos »males? En vosotros consiste. »No temais la guerra civil; por»que todos los romanos despre»cian unánimemente al flaco vie»jo que nos gobierna. La coorte »de guardia está, segun la anti»gua costumbre, con togas y sin »armas; y servirá mas que para »defender á Galba, para impedir »que se nos escape. Combatireis »con ella solamente en el zelo »para servirme.»

Los conjurados responden á estas palabras con aclamaciones: saludan emperador á Oton, sacan las espadas, intimidan á la multitud que los rodea, pasan por medio de ella, recojen en el camino los partidarios que atrae siempre la osadía y la novedad, y conducen el nuevo César al campamento.

Entonces estaba de guardia el tribuno Julio Marcial; y el asombro que le causa la empresa, le impide oponerse á ella. Todas las coortes pretorianas y los soldados de marina se reunen á Oton: este les prodiga promesas y caricias, empleando todas las bajezas posibles para ascender al mando. En fin, préstanle juramento de fidelidad.

Las noticias de este suceso llegan á palacio, alteradas por las pasiones, aumentadas por el miedo, ó disminuidas por la adulacion. Los cónsules, senadores y caballeros rodean al emperador, midiendo su zelo y sus palabras,

segun los partes que sucesivamente llegaban. Galba está dudoso entre las opiniones encontradas de sus ministros. Unos quieren que marche contra los rebeldes, y mande al pueblo tomar las armas: otros que se retire al Capitolio. Pison arenga á la coorte pretoriana: le representa la larga y gloriosa carrera del príncipe, la majestad del senado, los derechos del pueblo, los vicios y escesos de Oton. «Si los soldados, »dice, en desprecio de las leyes, »quieren disponer del imperio, »al menos no elijan por emperado»res á los malvados y desones»tos; y si el interés los guia, mas »vale merecer recompensas por »la fidelidad que por el delito.»

Creyéndose seguro de la coorte del palacio, fué al campamento con Celso; pero los rebeldes le impidieron la entrada, y le rechazaron tirándole dardos. Entretanto se esparce por la ciudad la noticia de que Oton habia perecido en un tumulto: los aduladores acuden á dar la enorabuena al emperador: los mas circunspectos declaman altamente contra los sediciosos: los mas cobardes afectan mas ardor. Despues de una larga indecision, Galba monta en fin á caballo, seguido de sus guardias, y acompañado mas por la curiosidad que por el afecto. Julio Atico, pretoriano, se le presenta con el acero ensangrentado, y le dice que ha dado muerte á Oton. «¿Quién te lo »mandó?» replica Galba, imperturbable en sus mácsimas de disciplina antigua, y continúa su marcha.

Muerte de Galba.—Un pueblo inumerable le recibe en el foro; pero silencioso y atento como si asistiese á un espectáculo. Oton, conociendo que solo la rapidez podia asegurar el logro de su empresa, hace marchar con prontitud toda su tropa, temiendo que la menor tardanza las moviese á considerar el peligro, y resfriase su ardor. Un cuerpo numeroso de caballería atravesó en un momento la ciudad, y desembocó en el foro; pero á la vista del emperador, del senado y del pueblo, se detiene intimidado. Galba, en vez de aprovechar aquel instante favorable y decisivo, duda. Entonces le abandonan: el enemigo toma brio, y atropella todo lo que se le opone. Galba, rodeado de rebeldes, presenta su garganta, y dice: «Herid, »si así lo ecsije el bien de la re»pública.» Aquellos furiosos la asesinan, y llevan á Oton su cabeza clavada en la punta de una lanza. El cadáver quedó en la plaza: sus cortesanos habian

huido, y un esclavo fiel le dió sepultura. Sus tres favoritos fueron degollados. En aquel dia de crímenes y de infamia, el centurion Sempronio dió un raro ejemplo de valor y fidelidad. Armado de un puñal, y solo, detuvo á los enmigos, salvó por el momento á Pison, y le llevó á un asilo, de donde algun tiempo despues fué entregado por traicion á los satélites del nuevo emperador, y le dieron muerte. Tácito, refiriendo esta conspiracion criminal que trastornó las leyes y el trono, y sometió el cetro á los caprichos de la tropa, dice: «Pocos la concibieron, algunos la »ejecutaron, y todos la sufrie»ron.»

FIN DEL TOMO DÉCIMO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XI.

STAT SUA CUIQUE DIES.

VIRG.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CÉLEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, num. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CONCLUSION DEL CAPITULO XX.

OTON.

(Año 70.)

Elevacion de Oton al imperio.—Muerto Galba, se mudó el aspecto de Roma: el senado y el pueblo parecian otros. Los mismos que poco antes habian declamado contra los vicios y la sacrílega audácia de Oton, se echaban aora á sus pies, le daban la enorabuena de su triunfo, y las gracias por haber libertado á Roma de una opresion intolerable.

Salvio Oton era de una familia antigua, orijinaria de Etruria; elocuente, valeroso, instruído y digno de gobernar el imperio, si no hubiese sido gobernado por sus pasiones. En sus primeros años, corrompido por el ejemplo del siglo y seducido por la hermosura de Popea, habia sido partícipe de los desórdenes de Neron; pero en el gobierno de Lusitania manifestó grandes cualidades. Era afable y jeneroso; aunque su prodigalidad pudo ser mas dañosa á los romanos que la avaricia de Galba.

Despues de recibidas las felicitaciones de los patricios y del pueblo, fué al senado. Esta corporacion, impaciente por mostrar su vileza, se anticipó á sus escusas con omenajes, y le dió

el nombre de Augusto con todos los títulos de sus predecesores. El dió gracias á los senadores por su favor, les dijo que solo habia tomado el poder para obedecer al senado y al pueblo, y prometió no gobernar sino por sus consejos. Como era el primer césar que habian nombrado los pretorianos, pagó el beneficio con una magnífica gratificacion. Recompensados por su infidelidad, se creyeron dueños de dar y quitar el imperio.

El nuevo príncipe sorprendió á todos con su conducta, contra lo que se aguardaba, renunció á la molicie y á los placeres, y se aplicó al trabajo del gobierno. Mario Celso, á quien Galba habia colmado de beneficios, le conservaba fidelidad y defendia con valor su reinado y memoria. Oton, enojado por ello, le mandó venir á su presencia. Celso, despues de haber declarado con firmeza sus opiniones, añadió estas pocas palabras: «La gratitud »debe esperar de un príncipe »justo mas bien recompensas »que castigos.» Oton, conmovido de la verdad, lo abrazó y le dió un grande empleo cerca de su persona.

El suplicio del infame Tijelino y la restitucion de los bienes de los desterrados conciliaron á Oton el afecto público; pero la suerte no le habia destinado á realizar las esperanzas del pueblo. Quince dias antes de la muerte de Galba las lejiones de la baja Jermania, creyéndose con tanto derecho para dar un jefe al imperio como las de España, proclamaron emperador á Vitelio: insistieron en su eleccion despues del advenimiento de Oton, y despreciaron los decretos del senado, que miraban como dictados por el temor y la violencia.

Esta noticia consternó á los romanos. Habian sacrificado la libertad á la tranquilidad, y preferido el dominio de un solo dueño á las tiranías sucesivas y sangrientas de los grandes que se disputaban el gobierno de la república. Veian que el sacrificio era inutil, y que iban á renovarse en el imperio las querellas y proscriciones del triunvirato y todos los errores de las guerras civiles.

Para conciliarse Oton la opinion jeneral, quiso conjurar la tempestad por medio de negociaciones. Conociendo el carácter avaro, indolente y voluptuoso de Vitelio, le ofreció si renunciaba á sus pretensiones, un retiro seguro y riquezas inmensas: Vitelio le respondió haciéndole

las mismas proposiciones: se pensaba que tenia en Roma un partido; y el de Oton estaba separado por la envidia, la desconfianza y el miedo. El senado, intimidado con tantas revoluciones sucesivas, temia el écsito y se mostraba indeciso. Todos arreglaban su conducta, su ademan y sus palabras por la mayor ó menor confianza que inspiraban las noticias. Solo Oton, animoso y vijilante en conservar el trono, como lo fué para adquirirlo, apresuraba con actividad los recursos de la guerra, y pronto se vió al frente de un ejército numeroso á la verdad, pero menos fuerte de lo que parecia. La edad y una larga paz habian debilitado á los antiguos senadores: los caballeros, afeminados por los deleites, temblaban esponerse á los peligros y trabajos de la guerra; y los pretorianos, aunque valientes, no eran tan belicosos como las lejiones de Jermania. Sin embargo, todos los hombres de poco juicio, á quienes deslumbra el esplendor del poder, y cuyas miradas no se estienden á lo futuro, soñaban victorias y felices sucesos. Los prudentes solo veian en estas disensiones desgracias para el estado: y los intrigantes, ocasiones de medrar.

Los ejércitos de Jermania, del Rin y de las Galias siguieron el partido de Vitelio. Indigno este jeneral no solamente del trono sino aun del mando que le habian dado los favoritos de Galba, no hallaba otra ventura en la autoridad suprema, que la de satisfacer sin impedimento sus pasiones brutales: empleando en la mesa y en la embriaguez todo su tiempo, era incapaz de disputar el trono á su competidor; pero la actividad de sus lugartenientes Valente y Cecinna le dió la victoria.

Estos jenerales reunieron con rapidez todas sus tropas, enriquecieron su erario con orribles saqueos, destruyeron la ciudad de Divioduno (Metz) que se negaba á socorrerlos, talaron la Helvecia declarada contra ellos, intimidaron á los de Lugduno (Lioneses), dispuestos á favorecer á Oton por su afecto á Neron; y en fin, haciendo marchas dobles, dominaron los Alpes y decidieron la parte setentrional de Italia á seguir su causa; porque en aquella época el partido mas poderoso parecia el mas lejítimo.

En Oriente eran despreciados Oton y Vitelio: los ejércitos belicosos de estos paises, mandados por capitanes hábiles, no

reconocian mas autoridad que la de sus jefes. Vespasiano, guerrero infatigable, severo en sus costumbres, templado y sóbrio en sus placeres, modesto en su vestido, marchaba siempre al frente de las tropas, trazaba él mismo los campamentos, participaba de los trabajos y peligros, desconcertaba los intentos del enemigo por su vijilancia, y le aterraba por su intrepidez: soldado valiente, jeneral esperimentado, hubiera igualado á los antiguos capitanes, si hubiese sido menos codicioso.

Su coléga Muciano, jeneroso y elocuente, imponia respeto al pueblo y á los soldados por su conocimiento en los negocios y la dignidad de su porte. Tácito observa que reuniendo las cualidades de estos dos hombres, se hubiera formado un escelente emperador.

La ambicion los hizo al principio rivales y casi enemigos. Tito, hijo de Vespasiano, los reconcilió. Este jóven príncipe, destinado á ser, aunque por corto tiempo, la felicidad del jénero humano, habia recibido del cielo un atractivo al cual nada se resistia. Vespasiano y Muciano, concertándose entre sí y reglando su conducta por la prudencia, habian reconocido á Galba, y Tito habia salido de Asia para venir á Roma á recibir sus órdenes; pero supo en Grecia la muerte del emperador, y se volvió á Siria. Los jenerales tuvieron por conveniente que sus lejiones reconociesen á Oton; mas ellas obedecieron con una frialdad que probaba su descontento.

Los ejércitos de Dalmacia, Pannonia y Mesia se declararon mas francamente, y se prepararon á marchar al socorro de Oton, que probablemente habria vencido si hubiese esperado este refuerzo. Asi se lo aconsejaban Suetonio, Celso y Galo, jenerales esperimentados, valerosos y prudentes: pero Licinio, prefecto del pretorio y favorito de Oton, le impidió seguir tan buen consejo. No dando oidos mas que á su impaciencia, y deseando contener la marcha de los vitelianos, que ya habian entrado en Italia, encargó el gobierno de Roma al cónsul Ticiano, hermano suyo, y á Flavio Sabino, prefecto de la capital y hermano de Vespasiano. Arengó al senado con moderacion, sin proferir ninguna injuria contra su rival, marchó al ejército, y encontró cerca de los Alpes á los enemigos.

Los vitelianos estaban separados en dos cuerpos, mandados el uno por Cecinna y el otro por

Valente: Vitelio se quedó en la Galia, esperando los refuerzos de la Armórica y de Britannia. Valente semejaba á Marco Antonio en audacia, ambicion y desenfrenado libertinaje. Cecinna era igual suyo en valor y le escedia en elocuencia: deslumbraba al vulgo con su fausto, y se hacia odioso á los grandes por su orgullo. La Italia, robada por entrambos partidos, esperaba el choque con espanto, recordando las crueles disensiones de César y Pompeyo, de Antonio y de Octavio, y las funestas jornadas de Farsália y de Accio. El grito de ambos ejércitos era el mismo: *Roma y el imperio,* y entrambos partidos estaban animados de una misma pasion, la sed de mando y de riquezas.

Oton mostraba en público mucho vigor y confianza; pero cuando entraba en su tienda, le turbaban los sueños, ó mas bien los remordimientos; porque en la oscuridad de la noche creia ver la sombra de Galba, reprendiéndole su homicidio y arrancándole del lecho. Cecinna, que deseaba vencer solo, fué derrotado en dos combates. Temiendo que Valente viniese á quitarle la gloria de haber concluido la guerra, arriesgó otra batalla cerca de Cremona y la perdió. Valente, en fin, se reunió con él, y determinaron dar una accion jeneral.

Batalla de bedriac.—El ejército de Oton estaba acampado en Bedriac, ciudad situada entre Verona y Cremona. El emperador queria que se pelease: Suetonio y Celso le representaron que era conveniente prolongar la guerra: que las tropas enemigas carecian de víveres y comenzaban á desertarse, y que antes de combatir debian esperarse por lo menos las lejiones de Pannonia, Mesia y Dalmacia. Los palaciegos, siguiendo el dictámen contrario, decian que era urjente terminar las calamidades públicas y aliviar los pueblos, y que el partido lejítimo debia confiar mas en la justicia de su causa y en el favor de los dioses que en los socorros de las provincias. Cansado Oton de la guerra, siguió este parecer y declaró que preferia el peligro de una ruina pronta á la prolongacion de sus inquietudes. Determinóse, pues, dar la batalla; y contra el dictámen de los jenerales, se decidió que Oton no asistiria á ella, para no quedar sin recurso en caso de desgracia. Retiróse, á Brixelo, plaza cercana á Reggio. Desde entonces su causa fué perdida: las tropas se desanimaron con la ausencia

del jefe; y los jenerales, descontentos, mal obedecidos, y trabados con las órdenes que se les enviaban desde lejos, no tuvieron, por decirlo así, mas que el título de comandantes.

Algunos historiadores refieren que estando ya ambos ejércitos para venir á las manos, se detuvieron y parecieron dispuestos por algunos instantes á arrojar las armas y dejar al senado la decision de la querella. Tácito no cree capaces á los satélites de Oton y Vitelio de un pensamiento tan jeneroso. «Habia mu»cho tiempo, dice, que los sol»dados de todos los partidos, co»rrompidos por los mismos vi»cios y perseguidos igualmente »por los dioses, se inclinaban á »la discordia con igual rabia y »sed de crímenes. No les faltaba »ostinacion, y si las guerras ci»viles se acababan en una sola »batalla, era por la cobardía de »los príncipes.»

Victoria de vitelio.—Otros creen que estas noticias de pacificacion fueron ardides de los jenerales vitelianos para adormecer al enemigo. Lo cierto es, que sorprendieron al ejército de Oton, atacándole de improviso. Los otonianos sostuvieron con valor el choque, tomaron la ofensiva, penetraron en la primer línea enemiga y le quitaron un águila. Cecinna y Valente reunen las tropas: el combate fué ostinado y sangriento; pero al fin los vitelianos, acometiendo por el flanco al enemigo, le desordenaron. Los pretorianos, enmuellecidos por su larga mansion en Roma, abandonaron el campo de batalla: los demás siguieron su contajioso ejemplo, la retirada se convirtió en derrota, y se hizo orrible carnicería en los vencidos.

Un pretoriano llevó esta triste noticia al emperador; Oton no queria creerla y le llamó cobarde: el soldado para convencerle y justificarse se dió muerte á su vista.

Abdicacion de oton.—Cierto ya el príncipe de su desgracia, declaró que no sería por mas tiempo la causa de que pereciesen tantos hombres valerosos, y dignos de mejor suerte. En vano todo el ejército, reuniéndose alrededor de él, juró de nuevo defenderle y vengarle. Plaucio Firmo, prefecto del pretorio, arrojándose á sus pies, le suplicó que no abandonase unas tropas tan fieles, y le representó inútilmente, que el valor es mas glorioso en el infortunio, y que la desesperacion solo conviene á la debilidad. Nada bastó á

mudar la resolucion del emperador. «Amigos, les dijo: no »tengo en tanto precio mi vida, »que para conservarla esponga »vuestro valor y vuestras virtu»des á nuevos peligros. Cuanto »mejor me probeis que aun »hay esperanza, tanto mas glo»riosa será mi muerte.»

«La fortuna y yo nos hemos »medido: he valuado sus favores »y veo que no es dificil renun»ciar á unos bienes efímeros. »Roma habrá debido á Vitelio »el principio de la guerra, y á mí »la felicidad de verla terminada. »Mi muerte hará respetable mi »nombre en la posteridad. Goce »Vitelio los abrazos de su fami»lia, que yo le he conservado. »No necesito ni de venganza ni »de consuelo. Otros habrán con»servado el imperio mas tiempo: »ninguno le ha dejado con mas »valor.»

«¿Cómo podré yo sufrir que »tan brillante juventud, lejiones »tan valientes perezcan, y sean »perdidas para Roma? Quereis »morir por mí: yo solo os pido »que aprobeis mi determinacion. »Mas no perdamos un tiempo »precioso: quiero asegurar vues»tra vida, y sostener mi valor. »Hablar mucho en los últimos »momentos, es una especie de »cobardía. Acordaos que de na»die me quejo, cualquiera que »sea la causa de mi destino: el »que acusa á los dioses ó á los »hombres, no desea morir.»

Sus ultimos momentos.—Dichas estas palabras, ecsortó á los que estaban junto á él, á que se sometiesen con prontitud á Vitelio, para evitar su venganza. Entró en su alojamiento, y escribió dos cartas consolatorias, una á su hermana, y otra á su esposa Mesalina, prometida en otro tiempo á Neron. Su sobrino Salvio Cocceyano se entregaba á la desesperacion. Oton le animó, y le dijo: «No olvides que eres »sobrino de un emperador; mas »guárdate de recordarlo mu»cho.»

Su muerte.—Quemó despues todos los papeles que podian comprometer á sus amigos, y les repartió su dinero y alajas. Oyese de repente un grande ruido de pendencia en la calle, y dijo: «Será preciso añadir una noche »á mi vida.» Despues de restablecido el órden, se encerró, escojió entre dos puñales el mas agudo, lo puso junto á su cama, y y durmió serenamente algunas horas. Al despertar se hundió el puñal en el corazon, y espiró. Un profundo jemido avisó su muerte. Los soldados acudieron á besar sus manos, y á tributar-

le los últimos onores. Muchos se mataron en su oguera, y se estendió la voz de que no habia quitado el imperio á Galba por ambicion, sino para restablecer la libertad. El amor del bien público que mostró en el trono, borró la infamia de su juventud; y el ánimo con que murió, hizo olvidar la molicie de su vida. Pereció tres meses y cinco dias despues de Galba.

VITELIO.

Las tropas que habian peleado á favor de Oton, se dispersaron; y sus principales oficiales fueron á Jermania, y pidieron á Virjinio, ó que aceptase el imperio, ó que los reconciliase con Valente y Cecinna. Virjinio reusó el poder supremo: los soldados irritados querian forzar su voluntad ó vengarse de su resistencia: el jeneral tomó el partido de huir de ellos y del trono, y se ocultó hasta que se aplacó el resentimiento de la tropa. Rubrio Galo, varon consular, se encargó de la negociacion, y obtuvo una amnistía de Vitelio para los senadores que habian seguido en el ejército al emperador difunto.

Elevacion de Vitelio al imperio.— Sabida en Roma la derrota y muerte de Oton, el senado, reunido por el prefecto Flavio Sabino, declaró emperador á Vitelio, le nombró Augusto y padre de la patria, y le dió gracias por la felicidad que sus valientes tropas aseguraban al imperio, al mismo tiempo que desolaban la Italia como un pais enemigo. Este cuerpo ilustre, que pareció en otro tiempo á Cineas una asamblea de reyes, aora consternado y envilecido, era solo el ludibrio de la soldadesca y la decoracion de la tiranía.

Vitelio estaba aun en las Galias. Promulgó un edicto aboliendo las coortes pretorias que habian dado muerte á Galba, y condenó al último suplicio á ciento veinte de los soldados mas culpables; acto de severidad que fué aprobado jeneralmente. Cuando llegó á Lugduno (Lyon), dió á su hijo el nombre de Jermánico. Allí se le presentaron los jenerales vencidos: perdonó á Ticiano, porque habia debido pelear á favor de su hermano Oton: Suetonio y Próculo estuvieron algunos dias inciertos de su suerte; pero el temor les hizo declarar falsamente que habian vendido á Oton, haciéndole perder la batalla de Bedriac, y esta bajeza, como dice Tácito, «hi»zo que fuesen absueltos del

»crímen de haber sido fieles.»

Vitelio entró en Italia, y en vez de reprimir los desórdenes de su ejército, se gozó en ellos. Fué al campo de batalla de Bedriac: Cecinna y Valente le mostraban con orgullo las posiciones de ambos ejércitos, y los movimientos que habian decidido la victoria: cada oficial, cada soldado reconocia su puesto y contaba sus proezas. Aquella triste escena de furores civiles estaba cubierta de cadáveres que infestaban el aire; y queriendo separar de allí á Vitelio por esta razon, dijo: «Un enemigo muerto »siempre huele bien, y mas si es »ciudadano.»

Hizo traer á aquel sitio una gran cantidad de vino, y mandó distribuirla á los soldados. En desprecio de la antigua costumbre, este feroz emperador entró en Roma á caballo al frente de un ejército de sesenta mil hombres, compuesto de todas naciones, precedido del pueblo y del senado, del cual triunfaba insolentemente.

Fué al capitolio, ofreció un sacrificio á Júpiter, y se alojó en el palacio imperial. Al dia siguiente convocó el senado, y pronunció un discurso fastidioso, que parecia dictado por la necedad é inspirado por el orgullo. Hizo un largo y pomposo elojio de sus acciones, y prometió un reinado que serviria de modelo á sus sucesores. El miedo y la adulacion le aplaudieron. Despues arengó al pueblo, aparentó reusar el título de Augusto, y le obligaron á aceptarle. Fué declarado cónsul perpétuo y soberano pontífice: nombró los majistrados por diez años, y desterró de Roma á los astrólogos porque algunos le habian pronosticado que no reinaria doce meses. Al otro dia se halló escrito al pie del edicto fijado, lo siguiente: «Nos, en el nombre y »con la autoridad de los antiguos »caldeos, mandamos á Vitelio »Jermánico salir del mundo en »las calendas de octubre.»

Sus escesos vergonzosos. — Vitelio se gloriaba de onrar la memoria de Neron y de imitar sus vicios. Ofreció á sus manes un sacrificio solemne. Entregándose esclusivamente á la intemperancia, y sobre todo á los desórdenes de la mesa, abandonó el cuidado de los negocios á los hombres más despreciables de su corte. Su gula era increible: empleaba todo el tiempo en comer: hacia cinco ó seis comidas por dia, y tomaba vomitivos para multiplicarlas. El único medio de conseguir su favor era

distinguirse por la magnificencia de los banquetes. Muchos á que fué convidado, costaron doce mil escudos. En el que dió su hermano hubo dos mil platos de pescado, y mil de aves y de caza. Su glotonería llegó á ser una manía estravagante; porque mandó fabricar un plato muy grande, al cual llamó *el escudo de Minerva,* y le hacia llenar de hígados de aves pequeñas, sesos de faisan y huevas de lamprea.

Apenas bastaban las riquezas de Roma á los gastos de su mesa: dícese que costó en cuatro meses noventa millones de sestercios. Algunas ciudades quedaron arruinadas para satisfacer su voracidad; y Josefo observa que si hubiese reinado mas tiempo, se hubiera comido el imperio.

Sus crimenes.—Era tan cruel como codicioso é incontinente: se complacia en derramar sangre, condenaba á muerte por el mas lijero motivo, vendia públicamente los empleos, y se libertaba de sus acreedores, proscribiéndolos y confiscando sus bienes. Mandó matar á dos hermanos porque pidieron el perdon de su padre; y en los juegos del circo hizo degollar á muchos que durante las corridas de carros habian silvado la faccion *azul* que él favorecia.

Su madre Sextilia, que conocia su perversa índole, previó las desgracias de Roma, y lloró cuando supo su ecsaltacion al imperio. Dícese que el mónstruo la hizo morir de hambre, porque le habia pronosticado que reinaria largo tiempo si le sobrevivia. Miraba como una desgracia indispensable en su dignidad, verse obligado algunas veces á hacer bien y conceder favores: solo era para él felicidad y potencia lo que podia degradar su alma, y ofuscar su razon.

El esceso de sus desórdenes le embruteció enteramente. El desprecio que inspiraba, se hizo universal. Las lejiones de Oriente fueron las primeras que levantaron el estandarte de la rebelion contra un príncipe tan indigno de mandar á los hombres, y nombraron emperador á Vespasiano. A la primer noticia de esta sublevacion, Vitelio, temiendo solamente que le distrajesen los negocios de los placeres, proibió que se hablase en Roma de noticias de guerra.

Vespasiano habia propuesto á las lejiones despues de la muerte de Oton que prestasen juramento á Vitelio, mas por sondear sus disposiciones que por deseo de ser obedecido. Los oficiales y

soldados obedecieron con frialdad; pero despues convinieron entre sí no reconocer un empèrador tan despreciable, y conjuraron á Vespasiano que reinase en su lugar. Las lejiones de Ejipto, Siria, Mesia y Pannonia manifestaron el mismo deseo.

Vespasiano vacilaba en encargarse de un peso tan grande: temia la inconstancia del soldado: aborrecia ser conspirador y jefe de la guerra civil. «Es mas vergonzoso, decia, ser vencido en »esta clase de guerras, que glorio»so vencer. Cada paso que se da, »forma una barrera que impide »volver atrás. No se debe en»trar en ellas lijeramente, por»que quien toca á la corona, ó »ha de alcanzarla ó perder la ca»beza.»

Tiberio Alejandro, gobernador de Ejipto, y Muciano, pretor de Siria, sin esperar su determinacion, le proclamaron emperador. Opusieron á sus temores la facilidad de la empresa, la necesidad de libertar á Roma de una tiranía indecente é insoportable, la fuerza de sus lejiones, la indisciplina y latrocinios de los soldados de Vitelio, y la estúpida ignorancia del jefe, la cual no dejaba duda del buen écsito. Añadian por último que ya no era tiempo de deliberar: que ya no habia para él seguridad sino en el trono; y pues se le habia proclamado emperador, su único peligro era no serlo. Aun no cedia Vespasiano: los soldados sacaron las espadas, y le amenazaron con la muerte si los comprometia prolongando su resistencia. En fin, se sometió á reinar.

Resolvióse que Tito continuaria la guerra de Judea, que Muciano pasaria á Italia con una parte de las lejiones, y Vespasiano á Alejandría para reunir nuevas fuerzas, si la guerra se prolongaba.

Al mismo tiempo estallaba en favor suyo una grande insurreccion en el ejército de Mesia. Antonio Primo, que lo mandaba, era natural de Tolosa. Fué desterrado en tiempo de Neron, y restituido por Galba. Era muy amado de las tropas, atrevido, ardiente, sedicioso, pródigo de riquezas mal adquiridas, y codicioso de allegarlas, amable con los que deseaba atraer, satírico contra sus enemigos, el mas peligroso de los hombres en la paz y el mas útil en la guerra. Los galos le habian dado el sobrenombre de *Bec de coq* (pico de gallo): lo que prueba que estas palabras francesas ecsistian ya en la lengua céltica. Antonio es-

citó sus lejiones á reconocer á Vespasiano, y á combatir en su favor. Queria anticiparse al ejército de Oriente que marchaba á Italia, y salió prontamente, resuelto á lograr el onor de esta guerra, y los primeros frutos del botin.

GUERRA CIVIL ENTRE VITELIO Y VESPASIANO.—Cecinna y Valente consiguieron dificilmente despertar á Vitelio que dormia al ruido de la tempestad. Este príncipe continuó entretenido en sus banquetes, y dejó á sus jenerales el cuidado de reunir tropas y salir al encuentro del enemigo. Antonio habia entrado en Italia. Cecinna marchó contra él, y le encontró cerca de Cremona. Las lejiones de Mesia, orgullosas por las victorias que acababan de lograr peleando con los rojolanos y los sármatas, pueblos orijinarios de las riberas del Borístenes y del Tanais, pedian á gritos el combate, y respondian de la victoria. Las tropas de Cecinna estaban afeminadas por la licencia. Temiendo el mal écsito de una lucha tan desigual, negoció secretamente con Antonio, y persuadió á sus tropas que abandonasen el partido de Vitelio. Los soldados, sorprendidos en el primer momento, ceden y prestan juramento de fidelidad á Vespasiano; pero no tardan en arrepentirse; prenden á Cecinna, y envian diputados á Antonio, intimándole que reconozca á Vitelio. Rechazados con desprecio los diputados, el ejército enfurecido ataca por la noche sin órden ni jefes las lejiones de Mesia. La batalla fué larga, sangrienta y dudosa. Al alba se suspende, los dos partidos convienen en una corta tregua: se dan víveres recíprocamente, y despues de un lijero desayuno vuelven al combate con el mismo encarnizamiento. Aparece el sol en el horizonte, y los soldados de Antonio le saludan con gritos de júbilo. Los vitelianos atribuyen aquella vocería á la llegada de Muciano, se turban, se desaniman y huyen. Antonio los persigue con ardor, mata treinta mil de ellos, se apodera de Cremona, y la incendia.

Los vitelianos vencidos dieron libertad á Cecinna, el cual volviendo á tomar las insignias de la dignidad consular, llevó sus tropas desarmadas á los pies del vencedor, que le recibió con desprecio, y le remitió á Vespasiano como trofeo de su victoria.

Valente supo en Etruria el resultado de la batalla de Cremona, y se embarcó para las Galias, En el camino tuvo noticia de una conjuracion que habia estallado

en este pais á favor de Vespasiano. Arrojado por el viento á las islas Estécades (Hieres), fué preso y muerto por Valerio Paulino, gobernador de la Galia narbonense.

Vitelio entretanto continuaba sus orjías en la capital, no queria creer la derrota de Cremona, y proibia al pueblo dar fé á esta noticia. Su actividad se limitó á prender al prefecto Flavio Sabino, y á enviar al ejército á Julio Agreste para que se informase de la verdad. Este centurion fué conducido á la presencia de Antonio que le mostró sus tropas victoriosas, y le permitió volver á Roma. Al principio no le creyó el emperador, y Julio no le pudo persuadir la verdad sino dándose la muerte. Vitelio, desengañado tarde, mandó á Julio Prisco y á Alfeno Varo reunir catorce mil pretorianos y otros tantos lejionarios para defender los pasos del Apenino. Este ejército, que se acampó cerca de Perusa, pedia que el emperador lo mandase en persona. Vitelio condescendió, despues de haber dado á su hermano Lucio el mando de la capital, y distribuido sus tesoros al pueblo con la vana esperanza de conciliarse su afecto.

Apenas las lejiones y pretorianos reconocieron la estupidez de Vitelio, que ni aun sabia los primeros elementos del arte militar, se trocó su adesion en desprecio. Poco tiempo despues, teniendo noticia el emperador de la sublevacion de Campania, y de la escuadra del Miseno, que se habia declarado á favor de Vespasiano, salió de Merania, y vino á acampar cerca de Roma. El enemigo le seguia con rapidez. Cereal, gran capitan, vino á buscar asilo en el campamento de Antonio. Flavio Sabino y Domiciano, el uno hermano y el otro hijo de Vespasiano, no pudieron sustraerse á la vijilancia de las guardias que tenian puestas; pero Vitelio no se atrevió á darles la muerte, y á Sabino, aunque prisionero, le dejó el empleo de prefecto.

Abdicacion de Vitelio desechada por el pueblo.—Muciano desembarcó en Italia y se reunió á Antonio: entrambos escribieron á Vitelio, y le prometieron un retiro seguro y descansado si abdicaba. El emperador, habiendo leido sus cartas, se viste de luto, sale de palacio, declara que renuncia al imperio y entrega su espada al cónsul Cecilio Simplex, mas este no quiso recibirla. Entonces dijo Vitelio que iba á dejarla en el templo de la Concordia y á reti-

rarse á casa de su hermano; pero algunos de los viles aduladores que engañan á los príncipes hasta en la orilla del precipicio, gritaron que el emperador mismo era la Concordia. El populacho repite este grito y conjura á Vitelio á que no le abandone. El príncipe, tan estúpido como cobarde, creyendo que aquella lisonja era la opinion pública, vuelve á palacio, diciendo: «Pues »así lo quieren, tomo otra vez »la espada y el imperio, y acepto »el nuevo sobrenombre que me »han dado.» Los soldados le animan, y retracta formalmente su abdicacion.

El prefecto Flavio Sabino y el cónsul Quincio Attico, que se habian dado prisa á proclamar á Vespasiano, se retiraron con poca jente al Capitolio. En vano representaron á Vitelio sus promesas y su declaracion: respondió que no era dueño de sus determinaciones, y que no podia contener el zelo de sus soldados.

Su guardia jermana sitió el Capitolio: Sabino lo defendió con valor, pero sin órden. No tardó en ser tomado por asalto, saqueado, y reducido á cenizas.

Vitelio estaba comiendo y gozando el espectáculo del combate y del incendio. Durante el convite se le trajo preso á Sabino y lo mandó hacer pedazos. El hijo de este desgraciado y Domiciano fueron mas felices, pues se escaparon de Roma á favor del tumulto.

En fin, los enemigos se acercan. Este era el momento de combatir por la vida y por el imperio. El cobarde Vitelio imploró la clemencia de su rival, y empleó la intercesion de las vestales. Antonio le respondió que el incendio del Capitolio y el asesinato de Sabino hacian imposible toda negociacion. La batalla se dió al pie de las murallas de Roma, y duró todo el dia. El pueblo, espectador tranquilo, aplaudia como en un combate de gladiadores. Despues de una resistencia ostinada, los vitelianos se refujiaron á la ciudad. Los de Antonio entraron persiguiéndolos, é hicieron gran matanza de ellos en las calles, y principalmente en el campo Marcio, donde procuraron reacerse. Los habitantes desapiadados cerraban sus puertas á aquellos infelices, y los obligaban á volver á una muerte segura; y si alguno manifestaba cobardía huyendo y ocultándose en las casas, el pueblo pedia á gritos que sacasen al fujitivo y le matasen. La plebe despojaba los cadáveres, y los vencedores se entregaban á

la alegría y á la licencia. En aquel dia funesto se vieron en Roma los desórdenes de una orjía (1), y los orrores de una ciudad tomada por asalto.

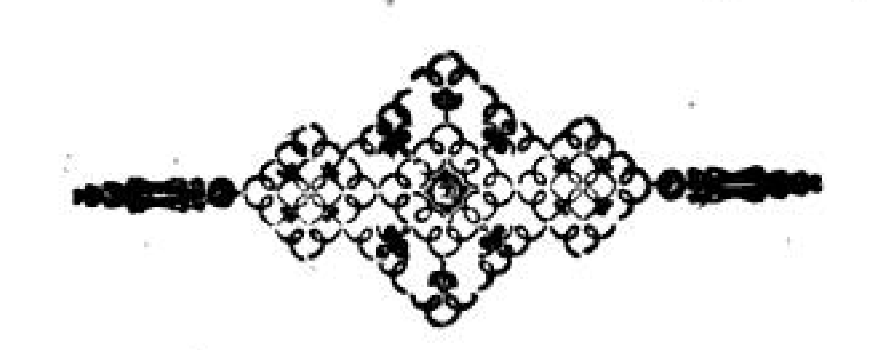
Muerte de Vitelio.—El imbécil Vitelio, que en esta estremidad no pudo resolverse ni á combatir ni á morir, despues de haberse encenagado por la última vez de su vida en las groseras delicias de un banquete opíparo, sale de su palacio por una puerta secreta, sin mas compañia que la de su pastelero y su cocinero. Iba con el designio de ocultarse en el monte Aventino en casa de la emperatriz, mujer virtuosa, que se habia separado de él en el tiempo de su infame prosperidad. Una falsa noticia le da repentinamente alguna vislumbre de esperanza: vuelve á palacio, lo halla desierto, se pone un vestido viejo, cíñese con un cinto lleno de oro, y se refujia detrás de la cama de un portero, cuyos perros le acometen y muerden: grita, y revela su paradero: sácanle de su escondrijo cubierto de sangre y de paja. Cobarde hasta el último instante, declara á los soldados que tiene cosas importantes que revelar á Vespasiano, y pide por único favor que le conserven preso hasta la llegada del nuevo príncipe. No hacen caso de sus súplicas: le atan las manos atrás y una cuerda á la garganta, le rasgan los vestidos, le llevan arrastrando medio desnudo por la calle Sagrada al foro: le ponen las picas debajo la barba, le impiden sustraerse á las miradas de un pueblo enfurecido, que le cubria de ultrajes, lodo é inmundicias, echándole en cara su glotonería, *su plato de Minerva*, su estatura colosal, su cara granujienta, su vientre monstruoso, sus crueldades, su avaricia, su cobardía, y el incendio del Capitolio. Lleváronle á las Jemonias (2), donde le mataron á palos; otros dicen que le degollaron como á un cerdo cebado. Su cadáver arrastrado con garfios fué arrojado en el Tíber. Su cabeza fué paseada mucho tiempo por Roma clavada en una lanza. De este modo halló

(1) Tácito asegura que la carniceria y el orror de esta jornada sangrienta no suspendieron las diversiones populares,—rasgo que caracteriza á los romanos en su envilecimiento.

(2) Despeñadero en el monte Aventino de Roma, desde donde precipitaban á los delincuentes muertos en la cárcel, arrastrados hasta alli con un garfio.

el estúpido Vitelio una muerte digna de su vida.

Su hijo y su hermano Lucio perecieron víctimas del odio que se le tenia. De este reinado corto é infame no quedó mas memoria que la ignominia de haberlo sufrido. Así es como en los estados mas civilizados, cuando la licencia ha roto el freno de las costumbres y de las leyes, ofrece espectáculos apenas posibles bajo el reinado de la barbárie!



CAPITULO XXI.

VESPASIANO. TITO. DOMICIANO.

Elevacion de Vespasiano al imperio. — Rebelion de Civil. — Paz entre Civil y Vespasiano. — Sitio, toma y destruccion de Jerusalem por Tito. — Asociacion de Tito al imperio. — Gobiernó de Vespasiano. — Derrota de Antíoco. — Rasgos de magnanimidad de Vespasiano. — Enfermedad y muerte de Vespasiano. — Elevacion de Tito al imperio. — Su retrato. — Su gobierno. — Su clemencia. — Desastre ocasionado por la peste. — Erupcion del Vesubio en que quedaron sepultadas dos ciudades enteras, Herculano y Pompeya. — Muerte de Plinio. — Incendio en Roma. — Muerte de Tito. — Gobierno de Domiciano. — Conquista de Escocia por Agrícola. — Batalla entre romanos y britanos. — Derrota de los britanos. — Triunfo vergonzoso de Domiciano. — Tiranía de Domiciano. — Firmeza de Apolonio de Tiana. — Crueldad pueril de Domiciano. — Su conducta orrible con el senado. — Epoca de Josefo, de Epitecto, de Marcial, de Juvenal, de Silio Itálico y de Stacio. — Muerte de Domiciano.

VESPASIANO.

(Año de Roma 821.—De Cristo 71.)

La muerte de Vitelio terminó la guerra; pero no restituyó la tranquilidad á los romanos. Domiciano, creado césar por un decreto del senado, en lugar de contener la ira de los vencedores, los escitaba á satisfacer la sed de venganza contra los vencidos. Antonio fomentaba el desórden, protejia el latrocinio, y se utilizaba en él: por la mas leve sospecha de haber pertenecido á los vitelianos, prendia, robaba y asesinaba. Las mujeres delataban á sus maridos, los esclavos á sus amos: la codicia hacia pérfidos y temibles á los amigos. Todo era riesgo, y en ninguna parte se hallaba un asilo.

Estas calamidades, peores que las de la guerra, cesaron con la llegada de Muciano. Su firmeza reprimió al partido vencedor, y aseguró al oprimido. Acusósele sin embargo de una crueldad in-

útil, como fué dar muerte al hijo de Vitelio, que solo tenia seis años. La política no podia disculpar esta violacion de las leyes y de la humanidad contra un niño, cuyo nombre era mas bien un peso que un onor.

Elevacion de Vespasiano al imperio.—El partido de Vitelio no ecsistia ya: cansado el imperio de ser gobernado por mónstruos, quiso vivir en fin bajo las leyes de un hombre, y reconoció unánimemente á Vespasiano. El senado, que no merecia un jefe tan virtuoso, estaba harto acostumbrado á la servidumbre, para hacer por sí mismo decretos conformes á la justicia del reinado que comenzaba. Se forjó voluntariamente cadenas que no querian imponerle; y si Roma fué libre algun tiempo bajo la autoridad de dos monarcas sabios, no debió esta felicidad sino á la mucha virtud de los príncipes que desdeñaban la tiranía; porque el senado se la ofreció, renovando en favor de Vespasiano la ley réjia, dándole como á sus predecesores el derecho esclusivo de guerra y paz, y de hacer en su consejo privado senatosconsultos. Su recomendacion á los comicios debia ser ejecutada como una órden. El mismo decreto le esceptuaba de obedecer á los del pueblo y senado, y proibia perseguir en justicia á los que violasen las leyes por obedecer al príncipe. Así el senado autorizaba por un edicto público lo que hubiera sido vergonzoso sufrir en silencio.

Sin embargo, aun ecsistian las formas antiguas: aquella nacion esclava conservaba el nombre de república. Para sancionar las órdenes de un señor, las decoraban con los títulos de senatoconsulto y plebíscito. Pero estas instituciones, corrompidas las costumbres, solo servian ya para legalizar la tiranía.

Revelion de Civil.—(71) El emperador, detenido por los vientos contrarios, permaneció aun muchos meses en el Oriente. Mientras que su nombre y el respeto que se le tenia, reuniendo todos los partidos, terminaba tan felizmente la guerra interior, la estranjera esponia el imperio al mas inminente peligro. Claudio Civil, hombre de mucho talento y de gran carácter, preso por Neron, libertado por Galba y proscrito por Vitelio, habia buscado asilo entre los bátavos, sus compatriotas. Animado doblemente por el deseo de la venganza y por el amor de la libertad, sublevó su nacion con la esperanza de sacudir el yugo de los

romanos. Los bátavos, que eran orijinarios de Jermania, persuadieron facilmente á los cattos, caucos, bructeros y otros pueblos de aquel pais belicoso, á que se uniesen con ellos. Despreciaban á los emperadores anteriores, Neron, Galba, Oton y Vitelio, y al senado y al pueblo que los obedecian, y la brillante fama de Civil les daba ánimo y esperanzas. Al mismo tiempo los jermanos, inspirados por su antiguo odio contra Roma, eran movidos á la guerra por una profetisa, llamada Veleda, cuyas palabras se tenian por oráculos. Esta mujer aumentaba la veneracion supersticiosa que le profesaban, permaneciendo sin dejarse ver de nadie en una torre, á cuyo pie iban los bárbaros á recibir sus respuestas misteriosas, que les comunicaba uno de sus parientes.

Civil, concertándose con ella, no tardó en tener á sus órdenes un ejército formidable. Los britannos le enviaron socorros: servian en sus tropas Clásico y Tútor, jenerales de nombradía, cuya intrepidez aterró muchas veces las lejiones romanas. Civil, tan rápido en la ejecucion, como atrevido en la concepcion de los planes, viendo á los romanos debilitados y divididos por la guerra entre Oton y Vitelio, disimuló al principio su ambicion, hizo que sus tropas prestasen juramento á Vespasiano, y atacó sin perder tiempo á Aquilio, jeneral de Vitelio, á quien derrotó completamente.

Memmio Luperco y Herennio Galo, reunieron sus fuerzas para oponerse á él; pero los venció y auyentó. Vócula, hábil capitan, sucedió á aquellos dos; y á pesar de sus talentos militares, perdió la primer batalla, y en la segunda dejó indecisa la victoria.

La muerte de Vitelio suspendió por algun tiempo las ostilidades, que hubieran debido terminarse, si los bátavos hubiesen obrado con sinceridad.

Como Civil no podia servirse de ningun pretesto plausible, manifestó sus intenciones, se declaró abiertamente enemigo del imperio, y continuó avanzando. Una gran parte de los galos veian con placer los triunfos de los bátavos: sus druidas y todos los adictos á la antigua relijion y á las antiguas costumbres proscritas por los últimos césares, los escitaban á tomar las armas y á recobrar su independencia, anunciándoles el incendio del Capitolio, como un presajio que prometia á un nue-

vo Brenno nuevas victorias.

Los lingones (de Langres), los treviros (de Treveris) y otros muchos pueblos se unieron á los bátavos. El contajio de la rebelion se estendió hasta los campamentos romanos. Se vió una defeccion inaudita hasta entonces: se vió á las lejiones abrazar el partido, y seguir los estandartes de los bárbaros. Vócula, oponiendo, aunque en vano, una firmeza heróica al delirio de la sedicion, representó á los facciosos la ignominia de llevar sus águilas en seguimiento de las banderas jermanas y bátavas, de someter los vencedores á los vencidos, y los dueños á los esclavos, y de preferir las órdenes vergonzosas de un Civil, de un Tútor, de un Clásico, á los nobles mandatos de los césares y á la autoridad del senado y del pueblo. Su resistencia no hizo mas que irritar á los rebeldes, y le degollaron.

Sin embargo, acordándose de que eran romanos, no se atrevieron á declararse súbditos de un bárbaro: hicieron prestar juramento al *imperio de las Galias*, y proclamaron césar á Julio Sabino, uno de sus oficiales. Roma se creia perdida: la Italia aguardaba que cayesen sobre ella los jermanos, bátavos, galos y britannos. Muciano y Domiciano reuniendo sus ejércitos, corrieron á defender los pasos de los Alpes, y enviaron delante cuatro lejiones, mandadas por Petilio Cereal, jeneral activo, esperimentado y feliz.

Al llegar á las Galias halló que el peligro no era tan grande como se habia creido: el nuevo césar Julio Sabino, menos hábil que ambicioso, habia atacado á los secuanos, que le batieron y auyentaron. Cereal, sin esperar refuerzos, se apoderó de la ciudad de los lingones, derrotó á los treviros, y redujo al deber las lejiones sublevadas. Su prudencia le adquirió tantos triunfos como su valor: los rebeldes, temerosos del castigo, dudaban someterse; pero él, en vez de irritar los ánimos con un rigor que solo parece fuerza á los ojos de los débiles, atribuyó la sedicion á la desgracia de los tiempos, concedió una completa amnistía, y proibió á los oficiales y soldados fieles, bajo penas severas, reprender lo pasado á los que habian vuelto al cumplimiento de su deber.

Esta primer ventaja impidió que se estendiese el fuego de la insurreccion: en vano Civil y los desterrados lingones y treviros, hacian esfuerzos para separar á

los galos del imperio. Reunidos los estados de este pais, compuestos de los diputados de todos los pueblos, Víndex, uno de ellos, los convenció demostrándoles que su desunion, sus mútuas envidias y aun sus riquezas, se oponian á que fuesen independientes: que jamás podrian convenirse en reconocer un jefe y una capital; y que la dominacion de los romanos, ecsijiendo solamente de ellos algunos tributos y soldados, y concediéndoles el derecho de ciudadanía, era preferible á la de los jermanos, que bajo el nombre de aliados venian á robar y someter la Galia. Desde entonces quedó tranquila esta provincia, y solo tuvo que combatir Cereal con los jermanos y bátavos.

En una primer batalla, despues de una tenaz resistencia venció á Civil; pero este rebelde, activo y valeroso, no se dejaba fácilmente abatir. Reuniendo nuevas fuerzas, sorprendió á Cereal, desbarató su ejército y se apoderó de su campamento. El jeneral romano, digno de su competidor, reune sus tropas, las guia al combate, y por la habilidad de sus movimientos obliga á huir á su enemigo.

A la noticia de esta victoria, Muciano quiso suspender su marcha, porque temia el ardor y la ambicion culpable de Domiciano. Este jóven príncipe, indócil á sus consejos, continuó su camino. Cuando llegó á Lyon, su impaciencia descubrió sus proyectos, y envió á decir á Cereal que le cediese el mando del ejército. Era su designio marchar con él á Italia para destronar á su padre y á Tito. Cereal desechó su propuesta, y el príncipe desconcertado pareció renunciar á sus proyectos, y aun reusó desde este momento todo empleo público.

Paz entre Civil y Vespasiano.—Cereal continuó sus victorias y penetró en el pais de los bátavos, cuyas lagunas oponian al valor de sus soldados insuperables ostáculos. Despues de muchas victorias en que la fortuna de la guerra estuvo dudosa, Civil, tan buen político como capitan, viendo que sus aliados vacilaban, y sabiendo despues que trataban con Roma para sacrificarle, se anticipó, hizo recordar á Vespasiano el zelo que habia manifestado en su favor contra Vitelio, y obtuvo, sometiéndose, una paz onrosa.

Al mismo tiempo los sármatas, que eran los scitas de Europa, penetraron en la Mesia y la talaron despues de haber vencido á

Fonteyo Agrippa. El emperador envió contra ellos algunas lejiones á las órdenes de Rubrio Galo, que los obligó á pasar el Danubio y fortificó aquella frontera.

Obligado Vespasiano á detenerse muchos meses en Alejandr'a, recibió los omenajes de todos los príncipes del Oriente. Tácito y Suetonio refieren que se le presentaron un ciego y un cojo, y le contaron que se les habia aparecido el dios Sérapis diciéndoles que sanarian de sus males si el emperador tocaba con su saliva el rostro del uno y el talon del otro. El príncipe parecia que se avergonzaba de dar crédito á semejante fábula; pero á instancias de sus amigos, y tambien persuadido de que era conveniente en su siglo unir la fuerza de la política á la supersticion, consintió en la peticion de los enfermos, los tocó y sanaron;— nunca faltan testigos numerosos para apoyar semejantes milagros. Empléase comunmente el ministerio del diablo, dice Millot, para esplicar estos prodijios que se atribuyen las falsas relijiones; como si la trapacería, la mentira ó la credulidad no ofreciesen esplicaciones mas verosímiles. O Vespasiano se dejó engañar, ó quiso engañar á los otros. Los testigos de que habla Tácito podian ser de esos hombres que no ven mas que lo maravilloso y que todo lo afirman como si lo hubiesen visto; hombres que han ayudado á hacer que se respeten muchas mentiras que la historia cuenta. Esta nos ofrece infinitos ejemplos.

Despues de haber afirmado su poder en Ejipto por la credulidad de los pueblos, Vespasiano dejó á Tito en el Oriente para continuar la guerra contra los judios, y se volvió á Roma.

El senado y el pueblo salieron á recibirle. El incienso que quemaban en todas las plazas, las calles adornadas con guirnaldas de flores, los himnos que cantaban los sacerdotes y repetia la multitud, convirtieron la ciudad en un templo magnífico. Todas las tribus manifestaron su alegría con banquetes públicos, y solo se oian votos por la duracion de su reinado y la felicidad de su familia.

Vespasiano tenia entonces cincuenta y nueve años: su conducta justificó la esperanza jeneral. Despues de haber dado á las fiestas y ceremonias el tiempo que ecsijian el uso y la decencia, se entregó esclusivamente á los cuidados del gobierno.

SITIO Y DESTRUCION DE JERUSA-

LEM POR TITO.—Escepto los judios, todo el imperio estaba sometido y tranquilo: Tito, en ejecucion de las órdenes de su padre, atacó á los hebreos, los obligó á encerrarse en Jerusalem, y puso sitio á la ciudad. Este fué largo y encarnizado, porque no era á una ciudad á quien se sitiaba, sino á una nacion. La naturaleza y el fanatismo defendian la ciudad: tres montañas erizadas de fortificaciones, formaban tres recintos separados, que contenian á seiscientos mil furiosos que creian combatir por Dios contra los hombres.

Su desgracia aumentaba su desunion: divididos en muchas sectas que se aborrecian, la presencia del enemigo no les impedia despedazarse entre sí; y despues de haber rechazado á los romanos de sus muros, tornaban á combatir por su partido. De este modo aquella desventurada ciudad veia á un tiempo en su seno todos los orrores de la guerra civil y la estranjera.

Los idumeos que habian llamado en su ausilio, asesinaron al virtuoso pontífice Ananías; la faccion de los zelosos mandada por Juan de Jiscala, vengó este asesinato con atroces suplicios. Esta faccion estaba en sí misma dividida en muchos partidos, cuyos jefes Simon y Eleazar atacaban con rabia á la de Juan. El intéres comun solo los reunia por un momento, y entonces combatian con intrepidez á los romanos. Vanamente su rey Agrippa y uno de sus jenerales, el historiador Josefo, intentaron con permiso de Tito preservar á este pueblo estraviado de una ruina total y llevarlo á la concordia y á la paz; á sus discursos respondieron con injurias y amenazas.

Pronto vino el ambre á añadirse á las calamidades de Jerusalem: reducido el pueblo á comer el cuero y aun la carne de los cadáveres, se vió á una madre matar á su hijo para devorarle: asaltado sin descanso por los vencedores del mundo, debilitado por la guerra intestina y los contínuos asesinatos, turbado por las profecías que anunciaban su destruccion, amenazado en la oscuridad de la noche por voces inspiradas ó mas bien pérfidas que gritaban: *Los dioses se marchan*, despreciaba el peligro, la fatiga, el ambre, los presajios, no dejaban las armas sino con la vida; y hacian frente á los dominadores de la tierra y al dueño del universo.

La resistencia de los judios parecia crecer en proporcion de sus

peligros: Tito prosiguió sus ataques con tanta prudencia como constancia y valor. Ofreciendo siempre la paz y estrechando siempre la guerra se apoderó por asalto de los tres recintos, y en vano se esforzó á salvar el templo que pereció por las llamas. Mientras ecsistió un hombre halló un enemigo, y al fin no pudo triunfar sino de un monton de ruinas y de un pueblo de cadáveres. ¡Desventurada nacion ......!

Jerusalem fué entregada al pillaje y asolada. Solo ochenta mil prisioneros escaparon de la matanza jeneral. Tito, para disculparse de tan grande efusion de sangre, decia: «No he hecho mas »que cumplir las órdenes del cie»lo contra una nacion que pare»ce objeto de su ira.» El mismo Josefo, indignado de los escesos de sus compatriotas esclamaba: «Jerusalem ha cometido tantos »crímenes, que si los romanos no »la hubiesen destruido, hubiera »perecido por un diluvio, ó por »las llamas como Sodoma y Go»morra.» Esto tambien podrá ser mentira; porque el historiador Josefo que habia cobardemente abandonado á sus compatriotas los judios y se habia vendido al servicio de los romanos, cuenta un millon y cien mil judios muertos en el sitio, cuando Suetonio y Cornelio Nepote no ponen sino casí la mitad. La obra de Josefo tiene caractéres tan marcados de lisonja, credulidad y ecsajeracion, que inspira una justa desconfianza en muchos puntos. El que pretende haber profetizado el imperio á Vespasiano, suponiéndole el objeto de los antiguos oráculos ¿qué lugar puede ocupar entre los buenos historiadores?

La larga resistencia de los judios y su fanatismo los habia hecho temibles, y su caida llenó á Roma de alegría y orgullo. Tito fué colmado de elojios y onores, y el senado decretó que triunfasen él y su padre. Delante del vencedor fueron llevados los vasos del templo y el libro de Moisés. Vespasiano hizo á Tito su compañero en el imperio. Le elijió siete veces su colége en el consulado, y le nombró muchos años para ejercer las funciones de tribuno.

Gobierno de Vespasiano.—El emperador al volver á Roma restituyó la paz, la justicia y la virtud, desterradas por sus predecesores. Las leyes recobraron su vigor: los majistrados su autoridad. Condescendiente con el senado, suave y popular con los ciudadanos, restableció la seguridad en la capital y en los cami-

nos, el órden en las provincias y la disciplina en el ejército. Para afirmar su autoridad no creyó necesario proscribir á sus enemigos: tomó el partido mas seguro de ganar su afecto. Su severidad se redujo á despedir del ejército á los vitelianos mas ostinados, y á reformar los hombres viciosos que arrojó de los órdenes del estado. Nada empero puede justificar sus esacciones odiosas, parecidas mas á rapiñas de un publicano que á actos de soberanía. No es necesario asignar á los profesores de elocuencia una pension de cien mil sestercios de gratificacion á un poeta como hizo Vespasiano. Es necesario no imponer al público mas contribuciones que las que ecsije el bien del estado.

Este príncipe, tan liberal con los poetas y retóricos, desterró á los filósofos como enemigos del gobierno monárquico. Es verdad que muchos bajo la máscara del estoicismo, se entregaban á perjudiciales escesos. Un cínico, llamado Demetrio, tuvo la insolencia de quedarse en Roma y de presentarse ante el emperador sin ninguna señal de respeto. Vespasiano le envió á decir: *Estás haciendo lo posible para que te quite la vida, pero yo mato al perro que me ladra.*

Solo puede reprendérsele una condenacion demasiado rigorosa. Julio Sabino, que habia tomado el nombre de césar, perseguido despues de su derrota, se separó de sus amigos, despidió sus esclavos, puso fuego á su casa, en cuyo incendio se creyó que habia perecido, y se retiró á lo mas hondo de una cueva con solo dos libertos cuya fidelidad tenia esperimentada. Eponina, su mujer, inmortalizada por su amor conyugal, se entregó á la mas violenta desesperacion, y las señales públicas de su dolor dieron mas crédito á la persuasion de que su marido no ecsistia. Trataba de quitarse la vida, cuando su esposo la informó secretamente del asilo donde habitaba. Aquella gala animosa, conservando las apariencias de su sentimiento para evitar toda sospecha, participó de la prision voluntaria de su marido; se alejó poco á poco del trato de las jentes, y al fin se enterró y vivió muchos años con el único objeto que le hacia amable la vida.

En la oscuridad de aquella caverna y sin socorro alguno dió nacimiento á dos hijos; pero sea por imprudencia, sea por traicion, fué descubierto el asilo de esta familia desgraciada y la llevaron á la presencia de Vespasiano. Al

verla derramó lágrimas y estaba dispuesto á ceder á las tiernas súplicas de Eponina. Las costumbres del siglo, la política del tiempo, los temores del senado y los consejos de Muciano lo hicieron sacrificar la piedad á la razon de estado, envió al suplicio á aquellos ilustres proscritos, y solo perdonó á los hijos. Eponina recobró la altivez, perdida la esperanza, y dijo á Vespasiano: «Sabe que llenando mis »deberes y prolongando los dias »de tu víctima, he gozado mu»chos años en una oscura gruta »mas felicidad que la que tú co»nocerás en el esplendor del »trono.» La gloria la acompañó al cadalso, y los remordimientos se quedaron con el débil emperador.

Este acto de crueldad, que la virtud condena y que la política no puede justificar, fué la sola mancha de aquel reinado glorioso. Vespasiano, nacido en un siglo en que se veia sin conmocion el derramamiento de sangre, se mostró siempre humano, sensible y aun jeneroso para con sus enemigos. No podia sufrir el espectáculo de un suplicio. El orgullo de la suprema dignidad no habia alterado la sencillez de sus costumbres: sus vestidos eran modestos, su mesa frugal: afable y popular, conversaba con todos, y en los baños públicos se mezclaba con los de la plebe. Reprimió el lujo y fué constantemente enemigo de la molicie. Un oficial jóven se le presentó un dia muy perfumado. «Mas »bien quisiera, le dijo Vespasia»no, que olieses á ajo que á »esencias.» En este no somos del parecer del emperador. Roma le debió soberbios monumentos y un grande anfiteatro. Hizo grabar en trescientas tablas de cobre las mejores leyes. Su atencion vijilante se estendia á las demás ciudades del imperio, que fueron reparadas, fortificadas y embellecidas.

Guerra de Antioco de Comajene.—(73) Los pueblos estranjeros no se atrevian á atacar el imperio concorde y gobernado por un jefe tan firme y activo. Sin embargo, Antíoco, rey de Comajene, y su hijo Epifanes, confiados en el apoyo de los partos, quisieron hacerse independientes. Cerennio Peto marchó contra ellos de órden del emperador, y los puso en huida. Antíoco, sorprendido en su retirada, cayó prisionero y fué enviado á Roma. Vespasiano le volvió la libertad y le permitió vivir en Lacedemonia con el esplendor de un príncipe.

Los alanos, nacion de Scitia, que habitaban las orillas de la laguna Meótide, y que se llaman hoy cosacos del Don, invadieron la Media, penetraron en la Armenia, vencieron á Tigranes, rey de este pais, aliado de Roma, y le hicieron prisionero. Tito vino entonces á Siria á tomar el mando del ejército: su nombre solo aterró á los bárbaros y evacuaron el Asia. Así no le fué preciso combatir para pacificar el Oriente.

ULTIMO CENSO EN ROMA.—(75) A su vuelta le nombró censor su padre, y presidió el último censo de que habla la historia. Plinio observa cuán comun era entonces una larga vida; pues se contaron ochenta y un centenarios de los cuales ocho tenian mas de ciento treinta años, y tres mas de ciento cuarenta.

RASGOS DE MAGNANIMIDAD DE VESPASIANO.—Vespasiano, que segun las mácsimas de Roma habia sido tan inflecsible para un galo rebelde como Sabino, se condujo siempre piadosamente con los romanos. Despreciaba la delacion, y cuando se le insultaba con algun pasquin satírico, en lugar de buscar y castigar el autor, le daba por los filos, y escribia epígramas contra ellos.

Helvidio Prisco no queria darle el título de césar, y no se enfadó por eso Vespasiano. Despues fué convencido Helvidio, y condenado por concusiones que habia cometido en Siria. El emperador revocó la sentencia, pero estaba ya ejecutada cuando llegó el indulto.

Mecio Pomposiano hablaba con imprudente orgullo de una prediccion astrolójica que le prometia el imperio. Vespasiano, á quien querian irritar contra él, le hizo cónsul, y dijo: «Si llega »á ser emperador, se acordará »del bien que le he hecho. Ten»go lástima á los que conspiran »para ocupar mi lugar: son in»sensatos que no conocen el pe»so que quieren echar sobre sus »hombros.»

El rey de los partos, menos grande que él, y mas vano, le escribió así: «Arsaces, rey de »reyes, á Flavio Vespasiano.» El emperador respondió con modestia irónica: «Flavio Vespasia»no á Arsaces, rey de reyes.»

El orgullo de Muciano contrastaba singularmente con la sencillez del emperador, porque se jactaba á cada momento de sus azañas, talentos y servicios, y trataba á Vespasiano mas bien como á coléga que como á jefe. Su altanería indignó á todos: el príncipe lo sufria, atendiendo

mas bien á su agradecimiento que á su dignidad. Pero en una ocasion fué tan insolente Muciano, que se irritó y manifestó su enojo. Despues, vuelto en sí y avergonzado, decia: «¡Cuán hom»bre soy!»

La hija de Vitelio yacia en la pobreza: todos los cortesanos de su padre la abandonaron. Un solo hombre la socorrió y dotó, y fué Vespasiano.

Un dia le presentaron una lista de conspiradores, y la rompió diciendo: «No quiero cono»cerlos.»

Un alguacil de Neron que en otro tiempo le habia echado de palacio, diciéndole «vete á la »orca,» se atrevió á presentársele: el emperador se contentó con despedirle riéndose, y repitiendo su misma espresion. Su bondad no era flaqueza: reprimió la usura con rigor, é hizo una ley, condenando á la esclavitud la mujer que se hubiese entregado á un esclavo. Protector de las artes y letras, premió liberalmente al historiador Josefo: onró con su amistad á Plinio el antiguo, oficial estimado y filósofo ilustre: favoreció al célebre Quintiliano, y alentó la juventud de Tácito.

Su favor se estendia á las artes mecánicas. Un matemático inventó el modo de trasportar á poca costa grandes columnas. El emperador le premió jenerosamente; mas no quiso servirse de una máquina que debia suplir la fuerza de los brazos. «Es »menester, decia, que el pobre »trabaje y subsista.»

Este príncipe económico fué tachado de avaricia. Es cierto que nombró en todas las provincias cuestores rijidos, y que empleó la mayor actividad en llenar el tesoro; pero tambien lo es, que esto era necesario despues de los tiempos de desórden, tiranía, discordia y prodigalidad. Era menester completar el ejército, pagar las deudas, reedificar el Capitolio, terminar las guerras de Jermania, Galia y Judea, reparar los caminos, fortificar las ciudades: y si Vespasiano fué amigo del dinero, no lo empleó sino en objetos de utilidad pública.

Demasiado rentista quizá, puso en vigor todos los impuestos establecidos por Galba; y aun se cuenta que echó uno sobre las cloacas, y que Tito le hizo representaciones acerca de la indignidad de aquella contribucion. El emperador sonriéndose le acercó á la nariz algunas monedas de oro procedentes de dicho tributo, y le preguntó si

olian mal. Un dia los diputados de una ciudad le dijeron que sus compatriotas iban á erijirle una estátua de mucho valor. «Aquí »está la base,» replicó estendiendo su mano.

CONQUISTAS EN LA BRITANNIA OCCIDENTAL. — (78) Al mismo tiempo que Vespasiano afirmaba por la prudencia de su gobierno la tranquilidad interior, estendió los límites del imperio, reuniendo á él la Judea, la Comajene, la Licia, la Acaya, la Panfilia, la Cilicia, la Tracia, Bizancio y las islas de Samos y Rodas. Sus cuidados vijilantes repararon las desgracias de muchos paises, cuya poblacion habian casi destruido los tiranos. Envió á Britannia á Cereal, que consiguió grandes victorias, y reparó los yerros de sus predecesores. Julio Frontino, que le sucedió, le era igual en valor, y subyugó lo que hoy se llama el pais de Gales. Este jeneral, conocido por sus obras militares que son estimadas, fué remplazado por Julio Agrícola, que en siete años acabó de reconocer la isla, y de conquistar todo lo que los romanos poseyeron en ella, y que debió la inmortalidad á sus azañas y virtudes, aun mas que á la pluma de Tácito su yerno.

SU ENFERMEDAD Y SU MUERTE. —En paz gozaba Vespasiano la felicidad que habia dado á los romanos, cuando fué atacado en Campania en una de sus casas de recreo por una enfermedad que al principio se creyó lijera. Solo él conoció su gravedad, y dijo sonriéndose á los que le preguntaban por su salud: «creo que »pronto voy á ser un dios.» El mal aumentó, las funciones del estómago cesaron; pero aunque se desmayaba frecuentemente, nunca abandonó los negocios, ni quiso hacer cama, diciendo *que un emperador debia morir en pie.* Falleció en los brazos de los que le sostenian, á los sesenta y nueve años de su edad, y diez de su reinado. De nueve emperadores que le habian precedido, este fué el único que murió de muerte natural. A César le habian asesinado. Se presume que Livia apresuró la muerte de Augusto: á Tiberio le aogó Macron su favorito: á Calígula le mataron los oficiales de su guardia: á Claudio le dió veneno su mujer Agrippina: Neron se dió de puñaladas: á Galba le asesinaron sus soldados: Oton se dió la muerte con su propia mano: á Vitelio le quitaron la vida como un delicuente ordinario; y Vespasiano fué el primero que murió en su cama. El sentimiento del

pueblo fué sincero y universal, y su elojio está encerrado en estas palabras de Tácito: «La elevacion al imperio no mudó sus »costumbres, y le dió poder para »hacer el bien que deseaba.»

TITO.

(Año de Roma 831.—De Jesucristo 79.)

Tito estaba asociado al imperio, y Vespasiano le habia nombrado su sucesor. Solo Domiciano quiso oponerse á su elevacion, y disputarle la autoridad suprema. Decia que era coeredero, y tachaba á su hermano de haber fabricado un falso testamento; pero su oposicion fué despreciada, y el senado proclamó emperador á Tito. Este príncipe inspiraba entonces á los romanos mas temor que esperanza. Educado en la corte de Neron, no habia podido resistir al contajio del ejemplo, y se habia entregado á los placeres. Seducido por las cortesanas, rodeado de libertos, esclavos é histriones, siguió el torrente del siglo, y pasó los mejores dias de su juventud en fiestas, orjías y espectáculos, de los cuales era muy apasionado.

Su retrato.—Era de poca estatura, y muy vigoroso; pero tenia gracia en sus movimientos, y majestad en su continente. Habia cultivado las letras y compuesto algunas trajedias. Era hábil en los ejercicios, y superior á todos en el manejo de las armas, y en disparar dardos. En el sitio de Jerusalem mató por su mano doce enemigos.

Los que juzgan del carácter de los hombres por sus inclinaciones, hubieran debido augurar mejor del suyo por los amigos que elijió. En la corte infame de Neron tuvo amistad con el virtuoso y desgraciado Británico. Este lazo resistió á la tiranía, al tiempo y á la muerte. Lo primero que hizo cuando subió al trono, donde se olvidan tantos afectos, fué consagrar un monumento á la memoria de su amigo. Cuando sus deberes lo alejaron de Roma, y le obligaron á presentarse en los campamentos, se mostró soldado valeroso y capitan prudente; pero las primeras impresiones no se borran con facilidad; y siempre se le acusaba de ser amante de los placeres de la mesa, y dejar á las mujeres demasiado imperio sobre su corazon. Los rigores escesivos que creyó indispensables para aterrar y subyugar á los judios, dieron motivo á que se le tachase de cruel. Echábasele

tambien en cara la muerte de Cecinna, á quien mandó asesinar para anticiparse á una conjuracion que aquel viteliano habia tramado contra su vida.

Habia desagradado á los romanos, violando sus costumbres, y entregándose al amor de una reina estranjera, Berenice, hija de Agrippa, rey de Judea, y viuda de Polemon, rey de Cilicia. Esta princesa le siguió á Roma, vivió en su palacio, y logró de él una promesa de matrimonio. Por todo esto se creyó, cuando Tito subió al trono, que iba á empezar de nuevo el reinado de Neron. Pero apenas se vió revestido del poder supremo, sorprendió al orbe, pareció otro hombre, y se mostró digno de mandar dominándose á sí mismo.

La opinion pública se habia manifestado contra su union con Berenice. Tito la envió al Asia. Quien sabe triunfar de un amor verdadero, vencerá fácilmente las demás pasiones. Ya no encontró placer sino en sus deberes, alejó de sí los cómplices de sus liviandades, y los esclavos y farsantes que le rodeaban. Habiendo consultado sobre los medios de reinar á Apolonio de Tiana, célebre por sus virtudes, y por los prodijios que le atribuian, el filósofo no le dijo mas que estas palabras: «Imita á tu »padre.» Tito hizo mas, porque le superó en justicia, bondad y modestia, y sobre todo en jenerosidad.

Su gobierno.—Regalaba dones magníficos, y no admitia ninguno. Su primer edicto confirmó todos los beneficios concedidos por sus predecesores, aunque una ley estravagante de Tiberio daba derecho á la avaricia de cada nuevo emperador, de despojar á los agraciados. Tito continuó las prúdentes reformas de Vespasiano en los órdenes del estado, en las costumbres, en las leyes y en los reglamentos de administracion. Los delatores que fueron tan onrados por los tiranos, se vieron condenados á ser azotados y vendidos como esclavos. Reprimió la codicia de los curiales, abrevió los procedimientos, y castigó la corrupcion de los jueces. El senado fué libre en sus discusiones, y el pueblo en sus sufrajios: el cetro en manos de este escelente príncipe, fué el apoyo de la libertad.

El buen órden que reinaba en la hacienda, le permitió satisfacer la vanidad del pueblo, embelleciendo á Roma con soberbios monumentos, y su gusto particular á los espectáculos y fiestas

suntuosas. Solo atendia á la justicia en los actos de su administracion; pero oia el voto de la muchedumbre para la eleccion de los regocijos públicos. Dió el espectáculo de una naumaquia magnífica, y de un combate de cinco mil fieras que se dieron la muerte unas á otras en el circo.

Afable y popular, no rechazaba ninguna súplica ni reclamacion: su bondad aumentaba los favores, y mitigaba el sentimiento de los que no lograban sus solicitudes. Culpáronle un dia en el consejo porque prometia mas de lo que podia cumplir, y respondió: «A nadie debe qui»tarse la esperanza, y ningun »ciudadano debe salir descon»tento de la audiencia del prín»cipe.»

Acordándose una noche de que en el dia no habia concedido ningun favor, esclamó: «Amigos »mios, he perdido un dia.» Fortalecido un príncipe con el amor que inspira, no conoce el miedo: sabiendo que habian escrito libelos contra él, dijo: «No »los temo: todos los tendrán por »calumniosos, pues nada he he»cho digno de censura.»

Su clemencia.—Sin embargo, su bondad nunca desmentida, no impidió que algunos hombres ambiciosos tramasen contra él. Dos patricios conspiraron para echarle del trono. Informado de ello, los hizo venir á su presencia, les aconsejó que renunciasen á un designio reprobado por todas las leyes divinas y humanas, envió un correo á la madre de uno de ellos para que nada temiese de la suerte de su hijo, los convidó á comer, y al dia siguiente, colocándolos á su lado en un combate de gladiadores, les entregó las espadas que era costumbre presentar al emperador antes de la pelea, y les dijo que las ecsaminasen. Así mató la conspiracion con su clemencia, cuando los príncipes débiles solo logran con el rigor matar algunos conspiradores.

Una ambicion mas culpable aflijió el corazon de Tito sin irritarlo. Domiciano, su hermano, quiso sublevar contra él las lejiones, y algunas tropas del pretorio. Tito, en lugar de desterrarle, le conjuró á que fuese su amigo, le asoció al imperio, le declaró sucesor suyo, y le pidió con lágrimas que no usurpase por el crímen una dignidad que la naturaleza le destinaba.

Mientras que Tito se empleaba sin intermision en asegurar la felicidad del pueblo romano, Agrícola sostenia en Britannia la

gloria de sus armas. Venció á los ordovices: subyugó la isla de Mona, hoy Anglesey, que estaba defendida por el mar y la supersticion de los druidas. Aprovechándose de una marea baja cayó sobre ella como si descendiese de las nubes; y el pueblo, aterrado por esta invasion imprevista, se sometió.

Despues de haber vencido á los britanos por la fuerza de las armas, sujetó aquellos ánimos altivos por la moderacion, disminuyó los impuestos, hizo reinar la justicia, suavizó las costumbres por medio de la instruccion, persuadió á los bárbaros que adoptasen el lenguaje, los vestidos y las costumbres de los romanos, y los afeminó civilizándolos.

Agrícola envió al emperador una narracion modesta de sus acciones: la fama se encargó de publicar su gloria.

Desastres ocasionados por la peste.—Los romanos parecian condenados por el cielo á sufrir males proporcionados á sus crímenes y escesos; y cuando las virtudes de Tito les permitian gozar de una tregua efímera, cayeron sobre Italia espantosas calamidades que la devastaron. Una peste cruel mataba diez mil personas por dia: el terror fué universal, y se temia la entera destruccion del pais. Solo Tito, superior al miedo, alentó á sus conciudadanos, consoló y socorrió á los enfermos sin temer ningun peligro, y con su vijilante solicitud detuvo los progresos del contajio.

Erupcion del Vesubio en que quedaron sepultadas dos ciudades, el Herculano y Pompeya.—Una erupcion violenta del Vesubio fué la segunda desgracia que perturbó la felicidad de su reinado. Grandes rios de lava sepultaron las ciudades de Herculano y Pompeya, y cubrieron de cenizas la Italia, la Sicilia y las costas de Africa. La tierra conmovida parecia arrancarse de sus cimientos. Una densa oscuridad robó la luz del dia: el aire estaba cargado de un humo que quemaba: corrian por las llanuras de Campania torrentes de fuego, y los habitantes perecian entre los escombros de las casas, ó devorados por las llamas, ó aogados por el ambiente. La mar, abriendo sus espantosos abismos, quitaba á los que huian toda esperanza de asilo. En tres dias desaparecieron villas populosas y ciudades florecientes, y los mortales, consternados, creian asistir á la conflagracion del mundo.

Muerte de Plinio el naturalista.—Enmedio de este horrible combate de la naturaleza contra el hombre, solo Plinio, el anciano, impasible como Arquímedes en la toma de Siracusa, buscando la verdad enmedio del desórden de los elementos, estudiaba y observaba las circunstancias de aquel espantoso fenómeno, y pereció cuando las estaba escribiendo. Han llegado hasta nosotros por la pluma elegante de su sobrino Plinio, el menor, digno rival y constante amigo de Tácito.

Incendio en Roma y muerte de Tito.—Al mismo tiempo era Roma víctima de un incendio. Solo el valor, la prudencia y el tiempo podian reparar y hacer olvidar estas desgracias. Pronto sufrieron los romanos otra mas irreparable: Tito murió, habiendo brillado pocos instantes en el mundo, como el sol fujitivo en un dia de tempestad.

Hacia algun tiempo que este príncipe, ajitado por presentimientos y turbado por presajios, se entregaba á una funesta melancolía. Con la esperanza de disiparla, se retiró á una casa de campo que tenia en el pais de los sabinos. Apoderóse de él una fiebre ardiente que resistió á todos los remedios: quejábase humildemente á los dioses de arrebatarle tan jóven y sin haberlo merecido. Al morir protestó que no tenia que arrepentirse mas que de una accion, la cual no declaró. Algunos historiadores creen que pereció envenenado por Domiciano. Dion refiere, que este hermano bárbaro le hizo meter, cuando estaba con el delirio, en una cuba de agua helada. Plutarco atribuye su muerte á una causa mas natural, cual es la costumbre de baños frios, que no interrumpió durante su enfermedad.

El triste fin de un emperador tan querido y respetado causó en Roma un luto jeneral. Los jóvenes creian haber perdido á su padre, y los ancianos á su hijo. El senado, reuniéndose sin convocacion, le prodigó elojios, que por la primer vez no fueron dictados por la lisonja, y le decretó onores divinos. Un príncipe como Tito haria disculpable la apoteosis, si no fuera sacrílega; pero si no es posible igualar sin delito un mortal á Dios, se debe ensalzar sobre todos los hombres al monarca que mereció ser llamado *delicia y amor del jénero humano*. Tito nació el 30 de diciembre del año 792 de Roma, 40 de la era cristiana, y murió el 13 de diciembre del a-

ño 82 de la misma era. Reinó dos años, dos meses y veinte dias.

DOMICIANO.

(Año de Jesucristo 81.)

Gobierno de domiciano.—Domiciano, tan falso como Tiberio, y tan cruel como Neron, se vió obligado á enfrenar sus inclinaciones y enmascarar su perversa índole, al subir á un trono que brillaba todavia con las virtudes de su padre y hermano. No se atrevió á desmentir en los primeros tiempos de su reinado las mácsimas y principios que todo el imperio respetaba, y aparentó que iba á seguirlos. Disminuyó los impuestos, reusó las mandas que le ofrecian, afectó orror al derramamiento de sangre, y aun proibió sacrificar animales. Volvió á completar las bibliotecas consumidas por el fuego, construyó soberbios edificios, formó un gran lago cerca del Tíber, celebró los juegos seculares, y satisfizo con magnificencia la pasion de los romanos á los espectáculos y á los combates de gladiadores.

Varió los juegos públicos, ordenó que los jóvenes disputasen en el circo el premio de la carrera, y afectó deseo de los progresos literarios, estableciendo conferencias, en que los oradores mas distinguidos hablaban en griego y latin sobre las materias que se les proponian. Veló con severidad por el mantenimiento de la justicia, desterró á los delatores, y proscribió el uso bárbaro de mutilar á los niños, como en Asia, para poblar de eunucos los palacios. Roma moderna toleró tan bárbara costumbre para poblar de cantores la capilla Sixtina.

Reprimió el abuso de las sátiras y libelos: hizo infames á los cortesanos, que desde el tiempo de Neron afectaban un lujo insolente, los privó del derecho de heredar, y les vedó presentarse en coche ó litera. Mitigó las penas establecidas contra las vestales que infrinjian sus votos, y reservó el castigo de muerte para el caso de reincidencia. Deseando preservar á Roma de las frecuentes carestías á que estaba espuesta, mandó arrancar en Italia una grande parte de las viñas para promover la cultura del trigo; pero este decreto, contrario al uso y al derecho de propiedad, esperimentó una gran resistencia, y no pudo ponerse en ejecucion.

Solo uno de sus actos adminis-

trativos pudo hacer que se previese lo que habia que temer de Domiciano, y fué desterrar de Roma á los filósofos y á los sábios; porque el vicio y la maldad están prócsimos á triunfar cuando consiguen que se destierren la verdad y la virtud.

CONQUISTA DE ESCOCIA POR AGRICOLA.—(84) Bajo el reinado de Domiciano estendió Agrícola el imperio de Roma hasta la estremidad septentrional de Escocia, y conquistó este pais, llamado entonces Caledonia, último asilo de la libertad. Gálgaco era rey de aquellos pueblos belicosos: defendió con valor su independencia, y no sucumbió sin gloria. Habiendo reunido los hombres mas valientes de su pais, les habló, segun Tácito, en estos términos:

«Cuando contemplo las causas »y la necesidad de la guerra, se »aumenta mi valor; y la confor»midad de vuestros sentimien»tos me anuncia que la Britan»nia va á recobrar su libertad. »Solamente nosotros nos hemos »escapado del yugo hasta aora: »mas allá de nuestra patria no »hay tierra: el mar, dominado »por la escuadra romana, nos »niega todo asilo; y así el com»bate y las armas, que son siem»pre la esperanza de los onra»dos, son en el dia la única se»guridad de los cobardes.»

«En las demás batallas que »han dado los britannos con va»rio suceso, confiaban en nues»tro socorro, y hallaban en nues»tros bosques una retirada segu»ra. Somos el pueblo mas beli»coso de la isla: ninguna nacion »esclava vive prócsima á nues»tras riberas, y la presencia de »los tiranos no ofendió nunca »nuestras miradas.»

«La situacion aislada de nues»tro pais nos ha defendido pode»rosamente. La imajinacion ha»ce grande lo que no conoce, y »el enemigo ha respetado por »mucho tiempo los límites del »mundo. Mas en fin, ya está a»bierto el santuario de la liber»tad británica. Por una parte »tenemos peñascos y olas; por »otra los romanos, á quienes no »desarmará una obediencia mo»derada. Estos destructores del »mundo buscan víctimas de su »codicia en los mares, cuando »ya no les basta la tierra. Nada »se escapa de sus manos ávidas: »la riqueza es incentivo de su a»varicia: los pobres, de su ambi»cion: los tesoros del Oriente y del »Occidente no los han hartado: »Roma es la única nacion que »persigue con igual ánsia á los o»pulentos y á los miserables.

»Robar y matar, ese es su dominio: y cuando han hecho un »desierto, lo llaman imperio.»

«Quítannos los hijos, los pa»rientes, las personas mas ca»ras, y las esclavizan. Si nues»tras hermanas y esposas evitan »su violencia cuando son enemi»gos, con el nombre de amigos »y huéspedes las ultrajan. Ro»ban nuestros bienes para au»mentar sus tesoros, nuestros »granos para su alimento, nues»tro trabajo para desecar sus la»gunas y fortificar sus campa»mentos, sin darnos mas salario »que castigos é injurias.»

«Los hombres que nacen en la »servidumbre, son vendidos solo »una vez y alimentados por sus »amos. La Britannia paga y ali»menta cada dia los suyos; y co»mo en una casa los sirvientes »que entran despues son el ludi»brio de los que ya estaban en »ella, así en esa multitud de pue»blos esclavizados desde antiguo, »nosotros, como nuevos, somos »los mas ofendidos y maltrata»dos. No tenemos tierras férti»les, minas opulentas, puertos »soberbios, en que podrian ha»cernos trabajar: solo poseemos »virtud y audacia, cualidades »que ofenden á los dominado»res.»

«La profundidad y secreto de »nuestras guaridas les inspiran »recelos proporcionados á la se»guridad que gozamos en ellas. »Así pues, no teneis ninguna es»peranza de perdon: armaos del »valor, no menos necesario á los »amantes de gloria que á los de»seosos de conservar su vida.»

«Los brigantes, mandados por »una mujer, incendiaron una co»lonia romana y forzaron un »campamento: hubieran sacudi»do enteramente el yugo á no ha»berse adormecido con la pros»peridad. Nosotros, hasta aora »indomables, que tenemos ente»ras nuestras fuerzas, que goza»mos de nuestra antigua liber»tad, ¿no mostraremos en el pri»mer ataque de lo que son capa»ces los varones de Caledonia?»

«No creais que los romanos »tienen tanto valor en la guerra »como insolencia en la paz: nues»tras disensiones y discordias »los han hecho ilustres: fundan »su gloria en los yerros de sus »enemigos. Su ejército, mezcla »monstruosa de todas las nacio»nes, se aumenta por sus triun»fos, y se disolverá al primer re»vés. Porque sin duda no cree»reis, que los galos, los jerma»nos, y esos britanos, que con o»probio de nuestro nombre les »venden su sangre, sirven por a»fecto á unos señores estranje-

»ros, de quienes han sido mas »tiempo enemigos que esclavos. »El peligro y el terror los obligan: »romped este lazo, y en aca»bándose el miedo, estallará el »odio.»

«Nosotros tenemos todo lo »que es necesario para escitar »la victoria: las mujeres de los »romanos no están en sus lejio»nes para inflamar su valor, ni »sus padres para echarles en ca»ra su fuga. La mayor parte de »sus soldados carecen de patria »ó tienen muchas: son pocos, es»tán amedrentados, penetran en »un pais desconocido: todo lo »que ven es nuevo para ellos, »cielo nublado, mar tempes»tuoso, bosques sombríos que »los aterran. Los dioses, por de»cirlo así, nos los entregan ence»rrados y encadenados.»

«No os dejeis asombrar por el »vano aparato, por el esplendor »del oro y de la plata, que ni »pueden defenderlos ni heriros. »Hay en el ejército enemigo bra»zos que son nuestros: los bri»tannos defenderán su causa, pe»leando por la nuestra: los galos »se acordarán de su antigua li»bertad: los jermanos los abando»narán, como hicieron no há »mucho los usipetes. Conseguida »la victoria, no hallareis ostá»culos. Fortalezas sin guarnicio»nes, colonias de veteranos in»válidos, ciudades flacas y divi»didas, súbditos irritados y mal »obedientes á señores injustos, »es todo lo que tienen en la »isla.»

«Aquí hay un jeneral y un »ejército: allá tributos, trabajos »y castigos. En esta batalla vais »á decidir si os condenareis para »siempre á estos males, ó si los »vengareis. Marchad, pues, y al »entrar en el combate acordaos »de vuestros abuelos y de vues»tros descendientes.»

Los bárbaros le escuchaban con trasporte, y le respondieron con aclamaciones unánimes. Corrieron entusiasmados al combate.

Viendo Agrícola brillar sus armas, contuvo difícilmente el ardor de sus tropas para incitarlas con la tardanza. Hablóles con tanta dignidad como enerjía, les recordó sus peligros, sus triunfos, y tantos años de batallas y victorias. «Ya, en fin, les »dijo, habeis traspasado los lími»tes que detuvieron á vuestros »padres: conocemos, no de oi»das sino por nuestros ojos, los »términos del mundo, y á un »mismo tiempo hemos descu»bierto y conquistado la Bri»tannia.»

«En nuestras marchas largas

»y penosas, cuando pasábais tan»tos rios, lagunas y montañas, »decíais con impaciencia: *¿llega»rá el caso de que encontremos al »enemigo y peleemos con él?* Ahí »le teneis á la vista: abierto está »el campo á vuestro valor. Todo »es vuestro, si venceis: todo lo »perdereis, si os dejais vencer. »Creo que en la fuga no habrá »seguridad ni para el jefe ni para »el soldado. Mejor es morir con »gloria que vivir con oprobio. »Solo el valor os asegurará hoy »la vida y la onra. Pensad ade»más, cuánta gloria adquirireis »terminando vuestra marcha en »el fin del mundo.»

«Los enemigos que vais á com»batir, no os son desconocidos: »cuando el año anterior os ata»caron, los gritos de una sola »lejion los pusieron en huida. »Si viven aun, es porque son los »mas tímidos de los britannos: »mientras ellos huian, los va»lientes han perecido. Concluid »medio siglo de triunfos con un »dia de gloria, y probad á Roma »que jamás ha debido culpar al »ejército de la prolongacion de »la guerra ni de las esperanzas »de los rebeldes.»

Batalla entre romanos y britanos.— El ardor y la alegría brillaban en los rostros de los romanos: toman sus armas, y salen del campamento. Agrícola puso en la vanguardia ocho mil ausiliares, tres mil caballos en las alas, y las lejiones delante de las trincheras. Queria que su victoria costase poca sangre romana, ó conservar un recurso en caso de necesidad.

Una multitud inumerable de britanos ocupaban el llano y las alturas circunvecinas, y superiores en fuerzas ceñian el flanco de los romanos. Agrícola estendió su línea, y para animar á las tropas, desmontó y peleó á pie.

Derrota de los britanos.— Mientras se batian desde lejos, los britanos, mas hábiles en arrojar los dardos, conservaron la superioridad. Agrícola los acometió con cinco coortes, cuyas espadas cortas y escudos largos desconcertaban á los bárbaros, que solo les oponian largos sables sin punta y paveses estrechos. La caballería británica, puesta entre carros falcados, atacó el flanco de los romanos, que le resistieron con valor: los caballos, espantados con las picas, desordenaron sus filas. Toda la masa de los bárbaros se arrojó entonces de las montañas para envolver á los romanos. Agrícola que habia previsto este movimiento, envió contra ellos una reserva de cuatro divisiones

de caballería, que los desbarataron, y revolviendo despues los cojieron por la espalda. Entonces la batalla se cambió en derrota y carnicería. Los bárbaros intentaron reunirse en los bosques; pero Agrícola, conteniendo el ardor de sus tropas victoriosas, persiguió con órden á los vencidos, y les quitó toda esperanza de renovar el combate. La noche y el cansancio pusieron fin á la persecucion y á la matanza. El enemigo perdió veinte mil hombres.

Al dia siguiente un silencio profundo, la soledad de las colinas y las aldeas abrasadas dieron á entender que la victoria era completa, y que los bárbaros dispersados no conservaban ya ninguna esperanza. Estos infelices se escaparon de caverna en caverna, quemaron sus casas, y mataron á sus mujeres é hijos. Este écsito tuvo su último esfuerzo á favor de la libertad. Despues de esta victoria la escuadra romana descubrió al norte de Escocia las islas Orcades y la de Tule (Islandia). Los conocimientos jeográficos eran entonces tan poco comunes, que no se supo que Britannia era una isla hasta la espedicion de Agrícola. Este jeneral la conquistó y redujo á provincia romana, ciento treinta y ocho años despues del desembarco de Julio César. Dábase tanta importancia á la posesion de esta isla y á sus fuerzas, que los emperadores no dejaron nunca á disposicion del senado el nombramiento de sus comandantes.

Triunfo vergonzoso de Domiciano.—Domiciano, cuyos vicios comenzaban á mostrarse sin disimulo, acababa de hacer en Jermania contra los cattos una campaña, en la cual no hubo ninguna accion decisiva. Este príncipe ambicioso de todo jénero de gloria, y privado de las virtudes que la dan, hizo que se le decretase un vano triunfo por victorias imajinarias. Ante su carro iban esclavos que habia comprado para que representasen los prisioneros. La relacion que Agrícola le envió de sus conquistas, aunque modesta, le dejó envidioso; y por mas que se esforzó á disimularlo, no pudo dar á aquel héroe ninguna señal de afecto, y solo le concedió su estimacion. Hizo, aunque con disgusto, que le erijiesen estátuas, y le dió los ornamentos triunfales; pero al mismo tiempo le llamó á Roma con el pretesto de enviarle á Siria, y le dió por sucesor á Salustio Lúculo, que fué quien gozó del fru-

to de sus azañas. Cuando Agrícola llegó á la capital, recibió órden de no entrar en ella sino de noche. El recibimiento frio del emperador lo determinó á acabar sus dias en el retiro. Algunos años despues murió, y se sospechó que Domiciano le habia dado veneno. Durante su enfermedad, el príncipe hacia que sus libertos y médicos le visitasen con frecuencia: tan impaciente estaba de saber la muerte de aquel grande hombre cuya gloria hubiera quizá sepultado en el olvido, si Tácito y Dion no nos conservasen la memoria de sus virtudes y azañas; porque los grandes capitanes no logran su fama sino con el favor de los grandes escritores.

Agrícola, para asegurar la tranquilidad de su familia, legó al morir una parte de sus bienes al emperador, que recibió el don como una prueba de estimacion: «ignorando, dice Tácito, que un »buen padre no llama á la suce»sion sino á un mal príncipe.»

En esta época hicieron una irrupcion en el imperio los sármatas, y los scitas y mataron á una lejion y á su comandante. Fué necesario hacer grandes esfuerzos para rechazarlos. Decébalo, rey de los dácios, declaró la guerra á los romanos, derrotó el ejército del consular Opio Sabino, como tambien el de Cornelio Fausto, comandante de las guardias pretorianas, y esparció el terror en la Italia, á la cual amenazó invadir. Las lejiones que estaban acampadas en las orillas del Danubio, habian sido muertas ó prisioneras. Por la vez primera renunció Roma á su grandeza, y empleó para defenderse oro en lugar de hierro, comprando vergonzosamente la paz. Domiciano tuvo la imprudencia de hacer que se le decretase el triunfo y el sobrenombre de *Jermánico* por aquella infausta capitulacion.

Pueril en su vanidad, fué nombrado cónsul diezisiete veces, para tener el placer de decir que nadie lo habia sido con mas repeticion que él; pero abdicaba esta dignidad á los cuatro meses, y nunca ejercia sus funciones.

TIRANIA DE DOMICIANO.—Desde que se creyó afirmado en el trono, arrojó la máscara, dió libre y desenfrenado curso á sus vergonzosas pasiones y á sus vicios aborrecibles, y los llevó hasta el delirio. Proibió erijirle estátuas, como no fuesen de plata ú oro, y quiso que se le llamase *señor y dios*. Su crueldad era igual á su orgullo: se complacia en ver los suplicios de los conde-

nados, en oir sus gritos, y en contar sus lágrimas y suspiros. Su tiranía pobló á Roma de espías y delatores, peste que pulula en tiempo de los príncipes malos, y que crea delincuentes para ganar un infame salario. Sus informes mentirosos causaron la muerte de los senadores mas ilustres, Cereal, Ofito, Glabrion y Elio Lamia, á quien el emperador habia quitado su mujer. Cocceyano, sobrino de Oton, fué víctima de la gratitud: acusósele de que anualmente tributaba onores solemnes á la memoria de su tio. Mucio Pomposiano pagó con la cabeza las falsas predicciones de los adivinos que le prometian el imperio.

El senado se veia obligado á pronunciar tan injustas sentencias. El miedo difundió un orrible silencio en esta asamblea, terror en otro tiempo de los reyes. Solo el que la presidia tomaba la palabra, porque su puesto lo obligaba á hacerlo: los demás votaban con los ojos bajos y callaban.

Materno habia escrito un libro contra la tiranía: Julio Rústico un elojio de Traseas y de Helvidio Prisco: entrambos perecieron.

Firmeza de Apolonio de Tiana. — Domiciano detestaba las artes que suavizan las costumbres, y la literatura que instruye á los hombres. Para él el talento y la ciencia eran crímenes, lo mismo que la gloria y la opulencia. Fué perverso como casi todos los príncipes que han carecido de educacion literaria. Sin embargo, el célebre filósofo Apolonio de Tiana se atrevió á arrostrar el peligro de presentarse á su vista. Ya habia venido á Roma en tiempo de Neron, «para saber, segun decia, qué »especie de animal era un tira»no.» Despues de haber viajado en la India y Arabia, á su vuelta fué acusado de májia: vino á Italia, habló sin temor á Domiciano, se defendió con el lenguaje de la sabiduría y la verdad, y quedó impune, lo que pareció tan estraordinario, que sus partidarios no pudieron esplicarlo sino por un prodijio, y dijeron que habia desaparecido de la presencia del tirano.

Un gobierno tan cobarde y flaco debia producir conspiraciones. Lucio Antonio, gobernador de Jermania, se rebeló y tomó el título de emperador. Esperaba refuerzos de la Galia; pero el Rin, saliendo de madre, le impidió recibirlos; y Norbano, enviado contra él, le atacó de improviso, y le mató. Esta rebe-

lion, que habia aterrado á Domiciano, le sirvió de pretesto para multiplicar las acusaciones y los suplicios.

CRUELDAD PUERIL DE DOMICIANO.—Tan insensato como feroz y medroso, pasaba dias enteros solo y encerrado en su gabinete. En vez de meditar sobre los negocios públicos, entretenia su crueldad pueril en hacer sufrir á las moscas los tormentos que destinaba á los hombres. Uniendo la hipocresía á la ferocidad, fué tan peligroso ser amigo suyo, como incurrir en su odio; y cada uno podia juzgar del grado de peligro que le amenazaba por el del cariño que le finjia el emperador. La víspera del dia en que envió al suplicio su mayordomo, le habia hecho las mayores muestras de favor y estimacion. Cuando acusaba á alguno, para intimidar á los senadores y obligarlos al rigor, decia: «aora se verá si el senado me ama ó me mira con indiferencia.»

El erario estaba entregado á las rameras. El emperador, insultando á la decencia, iba con ellas á los baños públicos. Codicioso como todos los pródigos, se declaraba heredero de los ciudadanos mas opulentos. Dobló las contribuciones que oprimian á los judios. Los profetas habian predicho el reinado de un descendiente de David: Domiciano los hizo buscar á todos, y los mandó matar, entendiendo que el anuncio hablaba de una monarquía temporal.

El décimo año de su reinado, los cristianos, cuyo culto se estendia con prodijiosa rapidez, sufrieron una cruel persecucion. Juan, apóstol y evanjelista, fué arrojado en una caldera de aceite hirviendo. Milagrosamente salió ileso, y se le desterró á la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsi. San Timoteo fué apedreado en Efeso, y Dionisio Areopajita en Atenas. La sangre de los mártires, multiplicaba sus prosélitos: las raices de la fé cristiana prendian ya hasta en los palacios. Flavio Clemente, primo hermano del emperador, confesó la relijion cristiana, y recibió la muerte. Su deuda Domitila hizo la misma confesion, y fué desterrada á la isla Pandataria.

SU CONDUCTA ORROROSA CON EL SENADO.—Domiciano sabia cuánto odio le profesaban los romanos, y principalmente el senado. Dícese que proyectó muchas veces degollar á todos los senadores. Un dia rodeó la curia con sus tropas. En otra ocasion, habiendo convidado á comer á la

mayor parte de ellos, mandó introducirlos en una sala enlutada llena de lámparas sepulcrales y de ataudes, junto á los cuales se veian esclavos negros con la espada en una mano, y una antorcha en la otra. Despues de haberse divertido algun rato con el miedo de los senadores, los despidió.

Aunque aborrecido en todo el imperio, los soldados le querian mucho, porque los pagaba magníficamente: mas no por eso vivia seguro. Los presajios que le amenazaban, y los remordimientos de su conciencia, le hacian mas desgraciado y mas medroso que sus víctimas. Mandó matar á Epafrodito, porque este fiel liberto habia ayudado á Neron á darse la muerte.

El astrólogo Ascleterion se atrevió á predecir la cercana muerte del emperador. Este le llamó, y le dijo: «Tú que anuncias mi suerte, ¿conoces la tuya?» Sí, respondió el adivino: moriré comido de perros. Domiciano, para sacarle mentiroso mandó matarle al instante, y quemar su cuerpo; pero una tempestad repentina que se levantó apagó la oguera y alejó á los satélites: los perros acudieron, y devoraron el cadáver. El odio público dió crédito á esta fábula.

Epoca de Josefo, de Epitecto, de Marcial, de Juvenal, de Silio Italico y de Stacio.—Los tiranos temen á los historiadores, como el delincuente al juez, y por eso Domiciano persiguió á los de su tiempo, escceptuando á Josefo, que siempre conservó su favor, y porque este era un adulador. Mas los talentos comprimidos cobraron mas brio, y las letras florecieron en su reinado. Epitecto ilustró la secta de los estóicos; y sus obras, compuestas entre los males del destierro y de la esclavitud, servirán siempre para fortificar el alma contra las desgracias.

Marcial se hizo famoso por sus epígramas, y Juvenal por sus sátiras, que pintan con fidelidad las costumbres de aquel siglo corrompido.

Silio Itálico publicó un poema defectuoso en su composicion, pero que tiene algunos versos dignos de Virjilio. La suerte de Stacio fué tan estravagante como su injenio: consiguió ser amado de Domiciano.

Este emperador, tan temido de su familia como de sus vasallos, estaba casado con Domicia Lonjina, hija de Corbulon: la repudió, volvió á tomarla por esposa, y últimamente resolvió matarla. Una feliz casualidad hi-

zo caer en manos de esta princesa la lista de los que su marido pensaba proscribir, y vió en ella su nombre, el de Pastenio, primer oficial del cuarto del emperador, el de Estéfano, su mayordomo, y el de los jenerales Norbano y Petronio. La emperatriz los informó del peligro que les amenazaba, y todos se conjuraron para aogar al mónstruo que los perseguia.

La superstición de aquella época asustaba incesantemente á Domiciano: cada dia se esparcian noticias de adivinos que anunciaban su muerte: el mas cierto de estos presajios era el orror con que se le miraba.

Turbado por tantas amenazas se le oyó esclamar enmedio de una tempestad: «Hiera pues Jú»piter, ya que es su voluntad »herir.» La víspera del dia en que murió, le llevaron una fruta rara. «Guardadla para maña»na, dijo, si es que la fortuna »me permite comerla otra vez.»

Muerte de domiciano.—Enmedio de la noche anterior, espantado por relámpagos frecuentes, consultó á un astrólogo; y como este le dijese que prevía grandes revoluciones, lo mandó matar. Cometido su último delito, para calmar su ajitacion quiso ir al baño; pero Partenio lo impidió, diciéndole que un negocio urjente ecsijia que pasase á su gabinete. Entra en él, y encuentra á Estéfano que le revela una conspiracion finjida, presentándole la lista de los conjurados; y mientras la lee, con un puñal que llevaba oculto le atraviesa un costado. Domiciano se arroja sobre él, y lo derriba; y durante esta lucha llegan Partenio y los demás conspiradores, y lo matan.

Los discípulos de Apolonio de Tiana, que querian convertir en dios á su maestro, contaron que este filósofo, en el mismo momento que estaban degollando al emperador, habia esclamado en Efeso, donde se hallaba: «Animo, »valiente Estéfano, hiere al ti»rano;» y poco tiempo despues: «Todo va bien, el mónstruo ha »muerto.»

Domiciano murió el año 96 de la era cristiana, á los cuarenta y cinco de su edad, y quince de reinado. Los pretorianos sintieron mucho su muerte, y querian que se le diesen los onores divinos. El senado, mostrando una firmeza, olvidada mucho tiempo hacia, se opuso á ello, infamó su memoria, mandó romper sus estátuas, rayó su nombre de los archivos, y le condenó al olvido. Tácito, mas severo, le condena á la inmortalidad.

CAPITULO XXII.

NERVA Y TRAJANO.

Elevacion de Nerva al imperio. —Edicto contra la delacion. —Debilidad de Nerva. — Sus bellas cualidades. — Retrato de Trajano. — Muerte de Nerva. —Trajano. — Su llegada á Roma.— Guerra con los dacios. — Victoria de Trajano. —Su triunfo en Roma. —Sabia administracion de Trajano. — Azotes en Italia. — Destierro de los delatores. —Carta de Plutarco á Trajano. —Bellas cualidades de Trajano. — Sus útiles trabajos. —Majestad devuelta al senado. — Plinio gobernador de provincia. —Su clemencia con los cristianos.—Guerra con los partos.—Victoria de Trajano.— Sus conquistas. —Rebelion de los judios. — Muerte de Trajano.

NERVA.

(Año de Jesucristo 96.)

Despues de un siglo de tiranía, en el cual solo Vespasiano y Tito hicieron brillar algunos dias felices, la suerte abrió á los romanos un siglo de ventura y de gloria; y este largo periodo en que reinaron todas las virtudes bajo los nombres de Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, es quizá entre los que presentan los anales del mundo, el único en que todos los pueblos de la tierra hayan gozado plenamente de la felicidad que da la alianza bastante rara de la monarquía y la libertad. «Tiempo »dichoso, dice Tácito, en que se »podia pensar lo que se decia, y »hablar como se pensaba.»

Elevacion de nerva al imperio. —Los conjurados no se habian limitado solamente á la pérdida del tirano, y de antemano conviniendo en el que le habia de suceder, pusieron la vista sobre Nerva, anciano septuajenario, onrado en su juventud por sus talentos militares, por su amor á las letras, en su edad madura por dos consulados y por los ornamentos triunfales, y en su vejez por su prudencia, dulzura y virtud. Su mérito modes-

to, le libró de las sospechas de Domiciano; entró en la conspiracion contra este mónstruo, no por ambicion, sino por amor á su patria, y cedió mas bien al deseo de salvarla que al de gobernarla.

Su familia era orijinaria de Creta. Luego que los asesinos de Domiciano lo presentaron al senado, este cuerpo se apresuró á proclamarlo emperador, y el imperio todo aplaudió la eleccion. Solo los pretorianos guardaban un silencio feroz, sintiendo á un emperador que habia aumentado su sueldo, una tiranía de que habian sido apoyos é instrumentos, y que los colmaba de favores. Nerva aplacó su resentimiento con una gratificacion; las lejiones le reconocieron, y se vió sitiado de esas felicitaciones que la adulacion prodiga al poder. Su antiguo amigo Arrio Antonio, abuelo del célebre Antonino, fué el único que le hizo oir el lenguaje de la verdad, diciéndole: «Solo al impe»rio felicito, pero á tí te compa»dezco. Al obtener el poder, »pierdes tu reposo: ¡cuántas bo»rrascas, fatigas y peligros pre»veo, no solo para tu persona, »sino para tu reputacion hasta »aora tan intacta! Lo que has de »temer mas, es la codicia de tus »amigos, porque si les niegas lo »que te pidan los convertirás en »enemigos, y si se lo otorgas los »harás odiosos al pueblo.»

Edicto contra la delacion. —Los primeros actos del emperador cortaron la raiz de los principales vicios del estado. El arma mas peligrosa de la tiranía era la acusacion por crímen de lesa majestad, que nunca se puede definir con precision, y que en todo tiempo sirvió de pretesto para condenar á la inocencia, para aterrar al valor, para despojar á la opulencia y oprimir la libertad. Un edicto de Nerva hizo cesar toda pesquisa relativa á este jénero de delito.

Respetada la moral, respiraron los cristianos y cesó la persecucion: San Juan volvió á Efeso; un decreto del príncipe llamó á los desterrados y anuló las confiscaciones. Una palabra notable habia salido de la boca y no del corazon del último tirano, cuando dijo que «el príncipe que »no castiga á los delatores los a»lienta y estimula.» La vida entera de Domiciano estuvo en contradiccion con esta mácsima que Nerva puso en práctica.

Renovó el decreto de Tito contra esta peste pública, y castigó de muerte á los esclavos que habian denunciado á sus amos.

Entonces se vieron muchos grandes personajes, vergonzosamente célebres por la delacion, y que poco antes esparcian el terror en Roma, temblar á su vez, entregados sin defensa al desprecio de sus conciudadanos. El mas famoso de todos, Régulo, que habia procurado anteriormente comprometer y perder al virtuoso Plinio, solicitó entonces baja é inútilmente su crédito para libertarse de la venganza pública.

Publio Cesto se habia manifestado tan cobarde como cruel en la época del proceso de Helvidio Prisco: y para complacer á la tiranía, se le vió degradando su dignidad de senador, prender él mismo á este ilustre personaje, colége suyo, y llevarle á la cárcel. Sin embargo todavia gozaba de un escandaloso crédito por su nacimiento, por su riqueza, y por esa especie de temor que sobrevive al peligro: estaba propuesto para cónsul. Indignado Plinio de este triunfo del vicio, quiso acusarlo públicamente. Una larga costumbre de revoluciones en el gobierno y el temor de las reacciones y de las venganzas hacian considerar el valor como temeridad, y como prudencia á la cobardía. Todos los senadores alarmados conjuraban á Plinio para que desistiese de su empresa; este no quiso consentir en la peticion, y su firmeza le valió la estimacion pública; pero Nerva, debilitado por la edad, y que sabia mejor estimular á la virtud, que castigar al vicio, no permitió que se juzgase al acusado, y se contentó con privar á Cesto del consulado.

Debilidad de nerva. — La fuerza faltaba á las virtudes del emperador y su bondad demasiada se parecia mucho á la debilidad; por la cual Julio Maurico, uno de los senadores que habia llamado del destierro, se permitió una burla maligna sobre la escesiva suavidad del príncipe. Un dia que comia con el emperador, vió en el número de los convidados à Veyento, uno de los cobardes instrumentos de la tiranía de Domiciano. La conversacion recayó sobre Cátulo Messalino, famoso y cruel delator, muerto habia poco tiempo. Cada uno hablaba de él con orror, y Nerva dijo: «Qué creeríais le »sucederia se hubiese vivido »hasta aora?» — «Hubiera co»mido con nosotros, respondió »Maurico.»

Esta debilidad autorizaba demasiado la licencia, y por eso Fronto, varon consular, dijo con

razon: «Ciertamente que es in»cómodo obedecer á un prínci»pe que no permita nada á nadie; »pero es tambien un gran mal »permitirlo todo á todos.»

Sus bellas cualidades.—Esta lijera falta en el carácter de Nerva no debe impedir el que se le tribute la justicia que merecen sus grandes cualidades. Lejos de aumentar los tributos para reparar las llagas hechas al imperio, disminuyó las contribuciones; su economía, la venta de las alajas del trono, y la de una parte de su patrimonio, le proporcionaron recursos suficientes para comprar tierras que distribuyó á los pobres. Cuidó de la educacion de sus hijos, y reedificó muchas ciudades arruinadas por las guerras civiles. Deferente con el senado, sometió á él todas sus decisiones. Habia jurado á su advenimiento no castigar de muerte á ningun senador, y fué tan fiel á su juramento, que á Calpurnio Crasso que habia conspirado contra él, se contentó con desterrarle á Tarento, dejó impunes á sus cómplices, y no les cerró ni aun su palacio, sobre cuya puerta habia hecho colocar esta inscripcion que recuerda los deberes de todo buen príncipe: PALACIO PUBLICO.

Asistente á los tribunales, administraba la justicia con equidad; y por un conocimiento profundo de las leyes, se manifestaba digno desu abuelo, célebre jurisconsulto. Ambicionaba la estimacion y no los omenajes; reusó contínuamente las estátuas de oro y de plata que querian levantarle. Sus predecesores temian al mérito; pero Nerva miraba como un deber el onrarle. Buscó en su retiro al valiente y virtuoso Virjinio, entonces de edad de ochenta y tres años, y que se habia hecho mas ilustre reusando dos veces el imperio, que otro usurpándolo. Este anciano venerable se vió al borde de su sepulcro onrado con un tercer consulado. Mereció la doble gloria de vivir amigo de Plinio, y de ser alabado despues de su muerte por el cónsul Tacito.

El fuego de la sedicion de los pretorianos que estuvo para estallar al advenimiento del emperador, estaba mas bien encubierto que apagado. Siempre estaban deplorando la pérdida del tirano de quien eran los únicos apoyos, y no podian acostumbrarse al gobierno de un príncipe que solo reinaba con las leyes. Cuando se ama al monarca su guardia es inútil. Los soldados facciosos, animados por

Casperio Eliano, prefecto del pretorio, no pudiendo revivir á Domiciano, quisieron vengarle al menos. Despues de haberse escitado mútuamente á la rebelion, se sublevan, toman las armas, sitian el palacio, y piden á gritos la muerte de los asesinos del emperador. Preséntase Nerva á los rebeldes, los arenga, y no pudiendo calmar su furia, les pone su garganta diciendo que quiere mas morir que sacrificar á unos hombres á quienes debia el imperio.

Los sublevados, respetando su edad y despreciando su dignidad, reusan atentar á su vida y obedecer sus órdenes. Rodéanle, le estrechan, apuran su fuerza y su paciencia, y le obligan por último á que les entregue á Petronio y á Partenio, á quienes sacrifican.

El resultado de este crímen orrible fué feliz para el imperio; pues convencido Nerva que su debilidad necesitaba de un apoyo, buscó no en su familia, sino entre los ciudadanos, al hombre cuyo mérito era entonces el mas esclarecido y probado. Su eleccion recayó sobre Trajano, español, natural de Itálica (hoy Santi Ponce) cerca de Sevilla, ciudad fundada por el primer Scipion.

Retrato de Trajano.—Trajano era de una familia poco ilustre; su padre, el primero que honró su nombre, se habia distinguido en la guerra contra los judios. Vespasiano lo elevó al rango de los patricios, le nombró cónsul, y le decretó los ornamentos triunfales. El jóven Trajano, bajo la direccion de su padre, hizo con buen écsito la guerra en Asia, en Africa, en Jermania y se adquirió en poco tiempo grande fama. Duro en las fatigas, intrépido en los peligros, sabio en el consejo, siempre á pie y combatiendo como el último soldado, de cuyo alimento participaba, y aprendiendo bien á obedecer se hizo capaz de mandar. Estimado de sus jefes, querido de sus iguales, respetado de sus inferiores, severo con dulzura, popular con dignidad, obligó á la tiranía á que hiciese justicia á su mérito y llegó á ser cónsul bajo Domiciano. Pero la virtud no podia por mucho tiempo respirar el aire de aquella corte corrompida, y se retiró á España su patria. Domiciano lo arrancó de ella, y creyendo que era el único que podia enfrenar á los bárbaros, le dió el mando de las lejiones de la baja Jermania, y desplegó en este encargo los mismos talentos y las mismas virtudes.

Trajano habia llegado á aquella edad en que sin perder el fuego de la juventud se goza de todos los frutos de la esperiencia. Su figura era bella é imponente, su talle esvelto, su mirar majestuoso: todo en él anunciaba fuerza; no tenia mas que cuarenta años, y el cielo parecia haber blanqueado sus cabellos antes de la vejez para hacerlo mas respetable. Tal era el hombre que la sabiduría de Nerva presentó á los romanos.

Acababa el emperador de saber la noticia de una victoria alcanzada por sus lejiones en Pannonia, y recibió del senado el nombre de *Jermánico*. Cuando subió al Capitolio, ofreció á Júpiter una rama de laurel, y declaró públicamente que adoptaba á Trajano por su hijo y sucesor, á quien daba el nombre de César y asociaba al imperio.

Una aclamacion universal y sincera confirmó su eleccion. Sin embargo Trajano, ocupado en Colonia de sus deberes y no de su fortuna, recibió con sorpresa la noticia de una elevacion que no habia solicitado ni aun deseado, y la satisfaccion mas viva que sintió fué el pensar que podia curar los males de su patria. Nerva, demasiado ofendido para perdonar, y demasiado débil para castigar, queria vengar á Roma y al trono de la sublevacion de los pretorianos; y para hacer conocer sus intenciones á Trajano, se sirvió de estas palabras de Homero, dirijidas por Krises á Apolo: «Espien los griegos »con vuestros rayos las lágrimas »que me han hecho derramar!»

El nombre solo de Trajano habia llevado el espanto á los ánimos de los sublevados. Envió cerca de él á Eliano y á los principales jefes de su sedicion. La muerte de unos y el destierro de otros dejó tranquilo y libre el imperio.

Muerte de Nerva. — Nerva no abdicó, sino encargó á su sucesor todos los cuidados del gobierno, gozó tres meses de un reposo merecido, y murió á los setenta y dos años, despues de un reinado de seis meses, al fin de su cuarto consulado, durante el cual habia tomado á Trajano por colége.

Pocas acciones brillantes cuenta de él la historia, pero en cambio cita muchos rasgos de bondad que son de mas mérito. Lejos de mostrarse codicioso como sus predecesores, queria que cada uno gozase sin inquietud de su herencia ó de los favores de la fortuna. Habiendo descubierto un tesoro Herodes Attico, dió

aviso al emperador que segun costumbre podia reclamar una parte. La respuesta de Nerva se redujo á estas palabras: *Usa de él*. Attico le escribió de nuevo diciéndole que el tesoro era inmenso y el emperador le respondió: *Abusa de él*.

Sus amigos le censuraban porque no cuidaba bastante de su propia seguridad, y les dijo: *La buena conciencia vale tanto como una guardia*. Protejió siempre las letras, y habia cultivado la poesía con fruto. Quintiliano brilló en su reinado. Este célebre escritor compuso doce libros sobre la retórica, y solo se le puede tachar de haber alabado á Domiciano. El reconocimiento que debia á un mónstruo semejante, solo lo podia justificar su silencio. El ilustre Plinio y el inmortal Tácito, fueron onrados con el consulado, ó mejor dicho, lo onraron. Nerva merece ser contado en el número de los mejores príncipes; solo faltaba á sus virtudes la fuerza, y la tuvo asociándose á

TRAJANO.

(Año de Roma 849. — Era de gracia 96.)

El heroismo estóico reemplazó en Roma á las antiguas virtudes republicanas, estando fundado sobre el principio, *que nada se debe desear con pasion, ni nada temer en la carrera de la virtud*. Los hombres de bien se consolaban de la pérdida de su influencia política por su independencia moral, y sabian encontrar la dicha enmedio de los mismos sufrimientos: y los dueños del mundo veian sin pena los progresos de la filosofia estóica, porque daba á sus sectarios dignidad sin hacerlos temibles. Esta fué la época de la prosperidad del imperio. *Sé feliz como Augusto y virtuoso como Trajano!* fué por mas de dos siglos el saludo que acostumbraba dirijir el senado á los nuevos emperadores.

El nuevo emperador poseia aquella firmeza de carácter que aleja todos los peligros, porque impide temerlos. El temor los atrae, el desprecio los evita, y la confianza que disfruta un monarca casi siempre acaba por inspirarla. Creyendo Trajano obtener la estimacion y el afecto que merecia, no descuidó el imperio por ir á Roma, ni se apresuró á ir á ella.

Su llegada a roma.—Permaneció muchos meses en Jermania, ocupado de las diversas atenciones que ecsijia aquella im-

portante frontera; y cuando por último se presentó en la capital del mundo, en vez de hacer su entrada en ella como dueño y como vencedor, se presentó como un ciudadano, á pie, sin comitiva alguna; y cuanto mas modesto, tanto mas grande parecia.

Sus predecesores se habian dispensado la observancia de las leyes, él juró su ejecucion, y durante esta ceremonia se mantuvo en pie delante del cónsul que estaba sentado. Dió cuenta públicamente del dinero gastado en su viaje, ejemplo saludable que si se hubiera seguido, hubiera impedido que los príncipes hiciesen gasto alguno que fuese vergonzoso publicar. Su elevada fortuna no habia hecho en él ninguna mudanza: sus amigos antiguos le hallaban siempre el mismo; tratábalos con la misma familiaridad, y no desconocia á ninguno.

Veíasele por la ciudad sin carro y sin guardias; ostáculo ninguno impedia que el pueblo se le acercase: llamaba á cada ciudadano por su nombre; y fiel á la mácsima de Nerva, su palacio, *verdaderamente público*, estaba abierto y era accesible á todos.

Plotina, su mujer, tan modesta como él, se volvió al pueblo cuando entró la primera vez en el palacio, y dijo en alta voz: *Quieran los dioses que salga de aquí como he entrado, y que la fortuna no cambie en nada mis costumbres.*

GUERRA CON LOS DACIOS.—Despues de haber correspondido á la esperanza jeneral con los actos de una administracion firme y suave al mismo tiempo, quiso levantar á Roma de la abyeccion á que el cobarde Domiciano la habia reducido, haciéndola tributaria de los dácios. El orgullo del rey Decébalo le dió justos pretestos para romper aquella humillante paz. Este príncipe trataba con insolencia á los jenerales romanos, y autorizaba la licencia de sus vasallos que á menudo traspasaban los límites convenidos y cometian grandes desórdenes en la frontera.

VICTORIA DE TRAJANO.—Trajano, despues de haber restablecido en el ejército la antigua disciplina, lo condujo contra los dácios, los derrotó en muchos encuentros, y les presentó una gran batalla. Larga, disputada y sangrienta fué; pero acometidos los dácios por todas partes, quedaron por último derrotados. Teniendo los romanos un gran número de heridos que carecian de vendajes, Trajano hizo tiras sus vesti-

dos para suplir con ellos, y todos los jefes y soldados imitaron aquel ejemplo de humanidad.

Hábil Trajano en saber aprovecharse de la victoria, persiguió á los dácios sin tregua ni descanso, penetró al centro de su pais, y se apoderó de su capital Zarmisegethusa. Consternado Decébalo, pidió la paz, entregó sus armas, sus máquinas de guerra, destruyó sus fortalezas, abandonó sus conquistas, se empeñó á no tener por enemigos y aliados sino á los de Roma; y en fin, humillándose á los pies de Trajano, prometió enviar embajadores al senado romano para pedirle la ratificacion de este tratado.

El reconocimiento público decretó al vencedor el triunfo y el sobrenombre de *Dácico*. Despues de haber restablecido la gloria de las armas romanas y consolidado la prosperidad jeneral, fortificando todas las instituciones públicas, cuya resistencia deseaba como apoyo, mas bien que el escollo de temerla, el emperador se vió obligado de nuevo á combatir á los dácios. Decébalo habia consentido en una paz humillante ínterin tomaba tiempo para reparar sus fuerzas. Esta paz duró dos años solamente. Súpose que con desprecio de los tratados enganchaba á los desertores romanos, fabricaba armas, reparaba sus fortalezas, negociaba con los estranjeros y se ligaba con los partos.

Trajano por su parte deseaba un solo pretesto para acabar su conquista; una paz vergonzosa no es mas que una tregua; esta no satisface plenamente al vencedor, y el vencido no puede soportarla. Todo pueblo humillado debe vengarse ó ser destruido.

Marcha Trajano contra los enemigos; el espanto precede á sus armas; divídense los dácios y parte se desertan. Decébalo pide nuevamente la paz, pero no se le concede. Ecsíjese que licencie su ejército y que él mismo se entregue á los romanos. Entonces consultando este príncipe á su desesperacion, se decide á combatir á pesar de la inferioridad de sus fuerzas. Unos viles asesinos corrompidos por él, penetran en el campamento romano con el designio de matar al emperador; pero descubiertos, prendidos y castigados, no dejaron á su príncipe sino la vergüenza de un crímen inútil. Otros ajentes del rey, sorprendiendo y arrebatando á Lonjino, oficial distinguido, íntimo amigo de Trajano, esperaban que

por salvarlo consentiria el emperador en entrar en negociaciones; pero Lonjino escribió al príncipe que el interés de un hombre no podia balancear el interés de la república; y para libertar su gloria de las trabas de la amistad, se envenenó. Algunos historiadores dicen que Decébalo lo mandó matar.

Trajano continuó su marcha. La anchura y rapidez del Danubio parecian mas temibles á los romanos que todas las fuerzas de los bárbaros. A la vista de los enemigos, Trajano, activo y rápido como César, construyó sobre el rio un puente apoyado sobre veinte machones, y de la anchura casi de ochocientas toesas. Habiendo atravesado el Danubio derrotó á los dacios en batalla ordenada, y se apoderó nuevamente de su capital. Decébalo, vencido y no queriendo sobrevivir á su derrota, se mató. Su cabeza fué enviada á Roma; descubrióse su tesoro en el lecho de un rio cuyas aguas habia hecho variar de curso momentáneamente para ocultarlo. Trajano redujo la Dácia (Hungria y Transilvania) á provincia romana. Estableció colonias en ella y dió á la capital el nombre de Ulpia-Trajana.

Su triunfo en Roma y ereccion de la columna Trajana.—Vuelto á Roma hizo gozar al pueblo de la vista de un triunfo tan esplendoroso y merecido como el de Paulo Emilio. En memoria de este acontecimiento, construyó una plaza pública sobre la cual erijió la famosa columna que lleva su nombre, y que atravesando los siglos ha conservado la descripcion figurada de sus combates, cuyos detalles no nos han transmitido los historiadores de su tiempo.

Roma, siempre sedienta de sangre hasta en sus placeres, celebró su alegría con juegos crueles, en donde se vieron pelear á diez mil gladiadores, y perecer once mil animales feroces. Con motivo de las victorias de Trajano sobre los dácios, Plinio, entonces cónsul, le dirijió en presencia del senado pleno, el elocuente panejírico que pronunció sin merecer censura alguna, y que el emperador pudo escuchar sin avergonzarse, pues estaba dictado por la verdad.

Sabia administracion de Trajano.—Ocupábase el emperador tan activamente de la dicha como de la gloria de los romanos. Cuando segun el uso establecido, hacia distribuciones públicas, iban arregladas á justicia y no al favor. Los ausentes

no tenian que temer se les olvidase, y hacia apuntar con cuidado á los hijos de los pobres para que todos tuviesen parte en sus liberalidades. Su beneficencia se estendia igualmente á todas las ciudades de Italia; y para libertarla de las frecuentes carestías á que siempre estuvo espuesta, renunciando al mezquino sistema de abusos y monopolios, protejió la libertad del comercio y produjo por tan sencillo medio la abundancia; de tal manera que el Ejipto, en otro tiempo granero de Roma, esta capital lo alimentó durante un año. «La administracion del príncipe fué tan sabia, dice Plinio, »que hubo abundancia en Roma, »y en ninguna parte escasez.»

La Italia se vió muchas veces afligida con terremotos, inundaciones é incendios. Trajano halló en su economía los recursos necesarios para consolar á los desgraciados y reparar sus pérdidas.

Destierro de los delatores.—Mas severo que Nerva contra los delatores, y no contentándose con privarlos de los empleos y reducirlos al silencio, los hizo salir de Italia en una escuadrilla, que pareció maldita del cielo, pues dispersada por una orrible tempestad, y dando al través en unas rocas, sufrieron aquellos miserables durante algun tiempo el terror y los tormentos que habian causado por tantos años á sus desventurados conciudadanos.

Carta de Plutarco a Trajano.—Trajano, que conocia por el ejemplo de sus predecesores cuán peligroso era dar oidos á la calumnia, solia decir: «Es difi»cil que un príncipe de orejas »blandas no tenga las manos san»grientas.» Siempre tenia á la vista la carta que le habia escrito el célebre Plutarco, su maestro, cuando subió al trono. La citamos como un modelo de noble franqueza, que ha tenido y tendrá pocos imitadores. «Pues »que tu mérito y no la intriga »te ha elevado al imperio, per»míteme que te dé la enorabuena »de tus virtudes y de mi felicidad; »porque seré dichoso si tu reina»do corresponde á las esperanzas »que he concebido de tí. Pero si »la autoridad te pervierte, tuyo »será el riesgo y mia la ignomi»nia de tu conducta, y el maes»tro será responsable de las mal»dades del discípulo. Las de Ne»ron han manchado la reputa»cion de Séneca. Sócrates y »Quintiliano son reprendidos por »los crímenes de sus alumnos. »Si continúas siendo lo que has

»sido, ninguna gloria se igualará »á la mia. Enfrena tus íras, y »sea la virtud el blanco de tus »acciones. Si sigues estos conse»jos, adquiriré mucho onor en »habértelos dado: si los despre»cias, esta carta será mi resguar»do, y probará que el mal que »causes no debe atribuirse á Plu»tarco.»

Esta carta ha hecho creer á algunos que fué ayo de Trajano; pero como eran de la misma edad, parece mas probable que solo fué su consejero.

El emperador, enemigo de toda vejacion, suavizó las leyes fiscales; y en su reinado se pleiteó sin recelo contra el erario del príncipe. Nombraba intendentes tan onrados, que los particulares los escojian muchas veces por árbitros. El emperador decia que «el fisco era en el es»tado como el bazo en el cuer»po, que cuando se hincha, deja »secos los demás miembros.»

Bellas cualidades de Trajano.—Sencillo en sus costumbres, frugal en la mesa, aplicado á los deberes, induljente para con los demás, y severo para consigo mismo, perdonaba las debilidades, alentaba el mérito, premiaba la firmeza, y no concedia los empleos elevados sino á los hombres mas virtuosos. Hacia respetables sus leyes, porque era el primero en cumplirlas. Cuando nombró á Suburrano prefecto del pretorio, al entregarle la espada, que era la insignia de su dignidad, le dijo: «Usa de la es»pada que te confio en mi favor, »si obro bien: contra mí, si go»bernase mal (1).»

Plinio le decia en su panejírico: «Has vivido con nosotros, »partícipe de las penas, peligros »y temores, que eran entonces »la herencia de la virtud: has »visto cuán odiosos eran los ma»los príncipes, aun á los mismos »que los pervertian: te acuerdas »de nuestros votos y quejas. Ao»ra reinas y obras siendo em»perador, como hablabas cuando »eras ciudadano.» Este elojio no era mas que la repeticion de un dicho de Trajano: «Quiero gober»nar como yo deseaba en otro »tiempo que me gobernasen.»

Aunque príncipe, tuvo amigos, porque sabia amar; y oyó la verdad, porque era sincero;

(1) Esta espresion de Trajano, propia de su magnanimidad, prueba que el imperio romano no fué una verdadera monarquía, ni una verdadera república, pues ni habia inviolabilidad para el jefe, ni mas garantía para los ciudadanos que el carácter personal del príncipe. (Lista.)

y así, Plinio dice con razon: «El príncipe á quien engañan, »ha engañado ántes.» Mostró muchas veces la noble confianza, que es propia de las almas grandes, y que el vulgo llama temeridad. Algunos amigos, demasiado suspicaces, quisieron persuadirle que Licinio Sura conspiraba contra su vida: Trajano fué á su casa, despidió su comitiva, comió con Sura, pidió al cirujano de éste que le vendase una llaga que tenia junto á un ojo, y á su barbero que le afeitase. Al dia siguiente dijo á sus cortesanos: «Si Sura quisie»ra matarme, lo habria hecho a»yer.»

Cuando el senado le decretó estátuas, no miró este omenaje como un acto de adulacion: se creia tan digno de este onor como Bruto; pues si este echó de Roma á los tiranos, él habia echado la tiranía.

Los cuidados del imperio y su aplicacion al trabajo no alteraban la jovialidad de su carácter. Era alegre y festivo en los convites que daba á sus amigos, ó que recibia de ellos sin etiqueta. Tal vez se distraia en la caza; pero diferente de otros príncipes que encierran en parques los animales para matarlos sin riesgo, gustaba de comprar el placer de esta diversion con la fatiga y el peligro. La mayor parte de los hombres, semejantes á una cera blanda, toman el sello y la forma que les dan los que los gobiernan. Las costumbres de Trajano reformaron las públicas. No ejerció las funciones de censor; pero su vida entera y la prudencia de sus nombramientos equivalia á la censura. Su conducta servia de ejemplo á los buenos y de leccion á los malos: la mas escandalosa licencia reinaba en los espectáculos de los pantomimos: Tito los habia quitado; pero el pueblo, cuya corrupcion era estrema, obligó á Nerva á permitirlos. El mismo pueblo, respetando el sentimiento del pudor, pidió que se desterrasen.

SUS TRABAJOS UTILES.—Trajano, sencillo para sí, reservaba la magnificencia para el imperio; pero queria embellecerlo sin gravarlo. El órden mas severo en la hacienda, y la venta de los dominios inútiles le proporcionaron recursos para ejecutar sus vastos designios. Enriqueció á Roma con soberbios monumentos, fortificó todas las fronteras, abrió el puerto de Centumcelas (hoy Civitavequia), construyó magníficos puentes sobre el Tajo y el Danubio, levantó una

calzada en las lagunas pontinas y construyó un gran camino que iba desde el Ponto Euxino hasta las Galias. Pero como sabia que á un pueblo orgulloso é independiente no le basta ser bien gobernado si no tiene parte en el gobierno, se mostró mas bien jefe que dueño de la república, desterró del senado el miedo y el silencio, y le restituyó la libertad. Este cuerpo, condenado por los tiranos á vanas formalidades y negocios pueriles, volvió á ser el centro de la lejislacion, el sobrestante de la autoridad imperial, el juez de las ciudades y el árbitro de los estranjeros; y el emperador, consultándole todos sus actos, animaba á los senadores á contradecir su opinion.

Los ciudadanos, recobrada su dignidad, asistian á las elecciones con el mismo zelo que antes, y daban su voto sin trabas ni temores; y así, el nombre de Trajano era aplaudido con elojios sinceros. Desde que se presentaba á la vista del pueblo se oia este grito, digna recompensa de un buen reinado: «¡Felicidad á »Roma y al emperador! Sea »siempre tan bueno: oiga siem»pre los mismos votos.»

Algunos hombres, de los que son muy severos con los demás y muy induljentes consigo mismos, han acusado á Plinio de lisonjero, porque ha alabado dignamente á un grande príncipe. Sin embargo, pocos de estos censores se atreverian á dar á sus monarcas los prudentes consejos que este ilustre cónsul dió á Trajano en su panejírico: «No »escuches los informes secretos: »júzganos segun la opinion pú»blica. En un conciliábulo mis»terioso un hombre solo puede »ser engañado por otro; pero na»die puede engañar á todos, y »todos no pueden engañar á »uno.» Y ¿cómo un cónsul, digno de los antiguos tiempos de Roma, hubiera creido ser reprensible, alabando á un emperador que añadió al juramento de fidelidad que se le prestaba, esta noble restriccion: «Con tal »que el príncipe gobierne segun »las leyes y para el bien de la re»pública?»

Trajano mostró siempre mucho respeto á las instituciones antiguas; y cuando obtuvo el consulado, se sometió con esactitud á todas las formalidades que cumplian los demás candidatos. En fin, renovando el juramento de los antiguos cónsules, se consagraba á sí mismo y á su familia á la ecsecracion de los dioses y de los hombres, en el caso de que infrinjiese las leyes.

Afable con todos cuando concedia, llenaba de placer al pretendiente: cuando negaba, le hacia concebir esperanzas. Aunque no muy instruido en la literatura, favoreció á todos los que la cultivaban; y así, elevó á grandes onores á Plinio, Plutarco y Tácito.

El fin de su reinado hubiera sido menos brillante, pero mas feliz, si hubiese seguido los consejos pacíficos de Plutarco; pero era romano, y la pasion de la gloria militar triunfó de las lecciones de la sabiduría. «Conozco »decia, á este filósofo, que la na»turaleza me ha formado, no pa»ra ojear los libros, sino para »manejar las armas.» No ostante, antes de emprender una nueva guerra, visitó el Africa, restableció el órden en esta provincia, reedificó ciudades destruidas por las guerras civiles, y se admiró del antiguo poder de Cartago, viendo sus ruinas: pasó despues á España, donde habia nacido, y reedificó las columnas de Hércules. La lisonja quiso darles el nombre de Trajano; mas él no lo consintió. De España viajó al Asia sin detenerse en Italia; porque decia, que no iria á Roma con su ejército sino para entrar triunfando.

Los partos eran el único pueblo que competia entonces con el poder romano. Habian muerto á Craso y hecho huir á Antonio: Augusto y Tito los intimidaron, mas no los vencieron. El deseo de ser el primer jeneral de Roma que triunfase de aquel pueblo, movió al emperador á pasar el Asia. De todos los jefes que le acompañaban, al que favoreció mas, aunque no gustaba de su carácter lijero y envidioso, fué á Adriano, natural como él de Itálica. Dióle en casamiento su sobrina Julia Sabina. Adriano mostraba tanto amor á la filosofía, la elocuencia y las letras como Trajano á la guerra. Estos dos caractéres parecian incompatibles; pero Adriano habia sabido ganar el afecto de la emperatriz, y al favor de esta debió su elevacion.

Plinio gobernador de provincia.—La preferencia de Trajano á los guerreros no le impedia favorecer á los hombres pacíficos y literatos, y emplearlos convenientemente. Dió á Plinio el gobierno del Ponto y de la Bitinia. Cuando este gobernador llegó á su provincia, no se atrevió á ejecutar sin nuevas órdenes los decretos injustos y rigorosos promulgados contra los cristianos. No solamente se les entregaba á los mas orribles suplicios

cuando profesaban públicamente su fé, sino se les condenaba á muerte, aun cuando tenian la debilidad de renegar su creencia y sacrificar á los ídolos.

SU CLEMENCIA CON LOS CRISTIANOS.—Se les acusaba por enemigos del gobierno y relijion del imperio, y por anarquistas, que querian establecer la igualdad como un sistema: últimamente, se les echaba en cara, que en sus reuniones cometian los desórdenes mas odiosos. Plinio los defendió valerosamente contra estas calumnias, y escribió al emperador, que «no se resolvia »á dar muerte por falsas denun»cias á tantos inocentes, ni á »condenar á los que se sometian »públicamente á las leyes.»

«Despues de haber tomado to»dos los informes necesarios, »me he convencido que todos »los crímenes de estos desgra»ciados se reducen á juntarse en »un lugar señalado antes de sa»lir el sol á adorar á Cristo, que »es su Dios, y cantar imnos en »su alabanza. La creencia que »tienen, lejos de moverlos á co»meter ningun delito, los obli»ga, por el contrario, á abste»nerse del robo, violencia y a»dulterio, á respetar la fé del »depósito y la palabra. Despues »se retiran, y se reunen de nue»vo para celebrar un convite »inocente y frugal.»

Tal era la preocupacion jeneral contra la nueva relijion, que el mismo Trajano cedió por algun tiempo al torrente, y no quiso condescender á los deseos de Plinio; y se contentó con moderar la persecucion, proibir que se hiciesen pesquisas contra los que profesaban en secreto el cristianismo, y perdonar á los que se arrepintiesen. El triunfo que un filósofo pagano intentó, estaba reservado á las virtudes cristianas. Los discursos, escritos, y principalmente la muerte valerosa de san Simeon y de san Ignacio, ilustraron al emperador: vencido por la firmeza de aquellos mártires, mandó cesar la persecucion. Trajano, que desdeñaba dar crédito á las conspiraciones, adquirió sin embargo, antes de llegar al Asia, pruebas ciertas de la que Craso tramaba contra su vida. Dejó al senado que le juzgase, y no se le dió mas pena que el destierro.

GUERRA CON LOS PARTOS. — (112) No tardó en presentarse á Trajano la ocasion que deseaba para hacer la guerra á los partos. Cosroes, rey de este pueblo, se apoderó de la Armenia, y dió á Exedaro la corona de aquel pais. El emperador se quejó de

esta infraccion de los tratados, y habiendo recibido una respuesta altiva é insultante, hizo que el senado declarase la guerra á los partos. Al acercarse el ejército romano, se moderó el orgullo de Cosroes, envió embajadores á Trajano, solicitó su amistad, le escribió que habia depuesto á Exedaro, y le pidió que concediese á su hermano la investidura de aquel reino, así como Neron la habia concedido á Tiridates.

Trajano le respondió, que la amistad se probaba con obras y no con palabras, y que en llegando á Siria, decidiria lo que habia de hacer. Desde entonces se prepararon los dos pueblos á la guerra. Los romanos entraron en Armenia, y la conquistaron en poco tiempo á pesar de los esfuerzos que hizo en su defensa Pertamasiris, hermano de Cosroes. Despues de haber sufrido muchas derrotas, esperando desarmar á Trajano por la sumision, tomó el partido de presentársele; y estando el emperador en su tribunal, se prosternó y puso la corona á sus pies. A este espectáculo, el ejército romano prorumpe en un grito de alegría, y proclama *imperator* á Trajano. Esta esclamacion asustó al parto, porque la creyó anuncio del furor. Trajano le aseguró la vida; pero le negó la investidura que deseaba, y le permitió retirarse libre. Dióse otra batalla, en que fué vencido y muerto Pertamasiris, y toda la Armenia quedó en poder de los romanos.

El emperador, émulo de Alejandro y tan rápido como él en la victoria, venció otra vez á los partos, conquistó la Mesopotamia, obligó á Cosroes á hacer la paz y á dar reenes, recibió del senado el nombre de *pártico*, sometió la Arabia Petrea, y la redujo á provincia romana, y se hizo dueño de la Albania, Iberia, Cólquida y demás paises situados entre el Caspio y el Euxino. La fortuna que colmó á Trajano de favores, le negó un historiador: solo algunos fragmentos de Dion y de Aurelio Victor, nos han transmitido una lijera descripcion de sus azañas; y la mayor parte de las grandes acciones de este héroe, yacen en el olvido por falta de una pluma inmortal que las conservase.

Sabemos que uno de sus mejores jenerales fué Lucio Quieto, natural de Mauritania, á quien el emperador elevó al consulado. El pueblo romano, mezclándose con los demás, podia aprovecharse de algunos grandes talentos; pero alteraba poco á

poco sus derechos, disminuia la majestad de su nombre, y preparaba la ruina de su poder, dando parte en él á los bárbaros.

Algunos historiadores refieren que Trajano vino á Roma el año 113, y que volvió despues á Siria; mas no cuentan ningun suceso notable del corto espacio de tiempo que estuvo en Italia. Cuando volvió á Antioquía, un espantoso terremoto afligió aquel pais, en cuyas ruinas murieron un cónsul y otras muchas personas. Trajano se escapó por una ventana del palacio, y se hirió. Resuelto á llevar sus armas tan lejos como Alejandro, quiso antes de emprender nuevas conquistas, consultar, y aun probar el oráculo de Heliópolis. Puso sobre el altar un pliego cerrado, y se le devolvió sin que pareciese que lo habian abierto. El emperador preguntó por un nuevo mensaje, cuál seria el ésito de su espedicion, y se le envió por respuesta una varita dividida en pedazos. Su ambicion la esplicó como anuncio del desmembramiento total del reino de los partos. Desde su muerte se interpretó como un pronóstico de que solo sus cenizas volverian á Roma.

Trajano, aprovechándose de las disensiones que habia entre sus enemigos, puso en huida sus tropas, pasó el Tigris en un puente de barcas, y gozó con orgullo el placer de acamparse en la famosa llanura de Arbela. El terror de su nombre allanaba todos los ostáculos. Se apoderó de las ciudades de Ctesifonte y de Susa, donde halló inmensas riquezas: hizo prisionera la hija de Cosroes, y cayó en sus manos el magnífico trono de oro del rey de los partos. Cada una de sus conquistas merecia el triunfo. El senado creyendo que debia recompensar con onores nuevos azañas inauditas, decretó en favor del emperador los triunfos que él quisiese.

Trajano habia superado en felicidad á los mas célebres jenerales de la república: parece que á tantas espediciones debia suceder el descanso; pero embriagado de gloria no supo limitar sus conquistas para consolidarlas. Olvidando que los pueblos vencidos tardan mucho tiempo en ser pueblos sumisos, y que es imprudencia dejar detrás de sí enemigos que solo esperan ocasion favorable para la venganza, atravesó el golfo pérsico, ocupó la isla de Ormuz, subyugó la Arabia, y proyectó conquistas mas lejanas; pero la debilidad de su salud le obligó á abandonar

esta empresa. Envidiaba la gloria de Alejandro, y sentia no ser mas jóven para llevar como él sus armas á la India.

Despues de haber visitado el Océano oriental, volvió á la embocadura del Tigris, subió por este rio hasta el Eufrates, y llegó á Babilonia, que solo conservaba entonces algunos restos de su grandeza pasada: escarmiento de las vanidades humanas, de que no se aprovechaban los romanos. El emperador onró a los manes de Alejandro, ofreciéndoles un sacrificio enmedio del palacio arruinado, que fué habitacion de aquel héroe.

La fortuna de Trajano habia llegado á su colmo. Las tempestades que hubiera debido prever, oscurecieron los últimos dias de su reinado. La Siria, la Judea, el Ejipto y los paises conquistados á los partos se sublevaron. Máximo, lugarteniente del emperador, perdió contra los sirios una batalla y la vida. Lusio, mas feliz, recobró á Nisivis y tomó por asalto á Eclesa (Edesa). Roscio Claro y Julio Alejandro sometieron á Seleucia. Cosroes, semejante entonces á Darío, vagaba fujitivo por el Asia, y Trajano dió la corona de los partos á Partamáspato, que puso su residencia en Ctesifonte. El emperador marchó despues á Arabia, y encontró el primer revés en el cerco de Atra. Ni su talento ni su valor pudieron vencer la resistencia de los habitantes. Habiendo reunido todas sus fuerzas para dar el último asalto, fué rechazado y herido, y hubo de levantar el sitio. La rebelion de los judios tuvo toda la violencia de las guerras emprendidas por la desesperacion y el fanatismo. Sublevándose á un mismo tiempo en Cirene, Ejipto, Chipre y Mesopotamia, degollaron á un gran número de griegos y romanos, y arrojaron sus cadáveres á los perros; y se cuenta tambien, que repartieron entre estos animales tan orrible alimento. Segun Dion, historiador ecsajerado, ascendió el número de las víctimas á cuatrocientas sesenta mil.

Lupo, gobernador de Ejipto, vencido por los judios en la primer batalla y obligado á retirarse á Alejandría, degolló á todos los de aquella nacion que habia en esta ciudad. El emperador envió á Ejipto un poderoso ejército á las órdenes de Marcio Turbon. Este jeneral derrotó á los rebeldes, los dispersó, los persiguió sin descanso, y restableció la paz haciendo orribles matanzas. En fin, los judios de

Mesopotamia perdieron una batalla, y fueron todos pasados á cuchillo.

MUERTE DE TRAJANO.— Restablecido el órden, Trajano pasó el invierno en Siria, resuelto á volver á Babilonia por la primavera; pero un ataque de apoplejía interrumpió sus proyectos, y le dejó tan débil que pensó en volverse á Roma, y entregó á su sobrino Adriano el mando del ejército de Oriente. Apenas supieron los partos la ida del emperador, depusieron al nuevo rey y restituyeron el trono á Cosroes que no tardó en hacerse dueño de Armenia y de Mesopotamia. Así no quedó de las conquistas de Trajano mas que el recuerdo y el pesar de la sangre que costaron.

El emperador se debilitaba por momentos, y en Selinonte, ciudad de Cilicia, padeció un segundo ataque de apoplejía que terminó su vida. Plotina, su esposa, tuvo secreto algun tiempo este suceso: hizo creer á todos los de la corte que el emperador habia adoptado á Adriano, escribió al senado informándole de la adopcion, y bajo la palabra de la emperatriz fué reconocido y proclamado en Roma. Adriano, compatriota y pariente de Trajano, nombrado por él tribuno del pueblo, pretor y jefe del ejército, aspiraba al trono. En la guerra de Dacia se distinguió tanto, que Trajano en señal de aprecio le dió un magnífico diamante que él mismo habia recibido de Nerva; don que presajiaba su futura adopcion. Despues gobernó con prudencia, y peleó con valor en Pannonia contra los sármatas. Sosteníale en palacio el crédito de Plotina y de Licinio Sura, y mas que todo la utilidad de sus servicios. Su elocuencia y talento le hacian necesario al emperador, que le encargaba redactar sus discursos y cartas. Sin embargo, su cuñado Serviano, y los ministros Palma y Cestio eran contrarios á él, y querian pornerlo mal con el emperador que le estimaba sin amarlo.

La mayor parte de los historiadores aseguran que Trajano, incierto en sus proyectos, habia querido trasmitir su poder, primero á Serviano, despues á Lusio y en fin á Narrancio Prisco, jurisconsulto célebre, y llegó á decirle á este: «Si muero, os recomiendo la suerte de las provincias.» Otras veces manifestaba deseo de abandonar el nombramiento de sucesor á los votos del senado. Parece cierto, pues, que si Adriano mereció el impe-

rio, no lo adquirió sino por la amistad y quizá por los artificios de Plotina.

Trajano murió á los sesenta y cuatro años de edad y diezinueve de reinado. Sus virtudes brillantes, manchadas con algunos lijeros defectos, tributo de la humanidad, le merecieron el amor y la veneracion de los pueblos. Su nombre inspiraba tanto respeto, que enmedio de la iglesia cristiana, enemiga inflecsible de la gloria de los paganos é intolerable por esencia, muchos fieles, entre otros Santo Tomás, creyeron que las oraciones del papa san Gregorio habian alcanzado la salvacion de este emperador cinco siglos despues de su muerte. De esta fábula resulta una gran verdad, á saber, que la virtud en el trono triunfa del tiempo y adquiere los sufrajios de todas las ciudades.

Como jeneral fué igual á los guerreros mas ilustres: restaurador de la disciplina, moderado en los castigos, magnífico en los premios, mandaba mas bien con el ejemplo que con la autoridad. Era el primero en el ataque y el último en la retirada; y Plutarco observa, que nunca decia *haced esto, marchad, pelead*; sino *hagamos, marchemos, peleemos*. Como príncipe hizo observar la justicia, respetar la propiedad y florecer el comercio. A él se debe esta hermosa mácsima: «mejor es que escapen diez »culpables, que no que perezca »un inocente.» Nadie gobernó con mas esplendor y economía, con mas firmeza y suavidad. Ennio Prisco le preguntaba, cómo habia logrado que le amasen mas que á sus predecesores; y respondió: «Perdonando á los que »me han ofendido, y no olvidan»do á los que me han servido.» El elojio de Trajano puede reducirse á estas palabras: «entre to»dos los conquistadores es el so»lo que recibió y conservó el »sobrenombre de *muy bueno*.» Murió el año 869 de Roma y 117 de Jesucristo.

CAPITULO XXIII.

ADRIANO.

(Año de Jesucristo 117.)

Adriano es proclamado emperador por el senado.—Su gobierno pacífico.—Sabiduría de su administracion.—Prosperidad en su reinado.—Viajes y trabajos de Adriano.—Su edicto para la jurisprudencia.—Su vida pública y privada.—Muerte de Antinoo.—Revolucion de los judios.—Abolicion del culto de los judios y su dispersion.—Adopcion de Cómodo, nombrado Vero, por Adriano.—Muerte de Cómodo.—Adopcion de Antonino por Adriano.—Muerte de Adriano.

ADRIANO ES PROCLAMADO EMPERADOR POR EL SENADO.—Adriano, favorecido por Plotina y por Taciano, prefecto del pretorio, fué proclamado inmediatamente por las lejiones de Siria. Al mismo tiempo escribió al senado, pidiéndole que confirmase la eleccion de Trajano, y escusándose de haber aceptado el imperio antes de los decretos del senado y del pueblo, porque, segun decia, no habia podido resistir al zelo ardiente de los soldados.

Sabida en Roma la muerte de Trajano, fueron diversos los pareceres de los senadores. Unos, atendiendo solo á la capacidad y servicios de Adriano, le creian esclusivamente digno de sostener el peso del imperio. Otros temian el gobierno de un príncipe que ya habia dado muestras de propension á la crueldad. Pero cuando al cabo de unos dias despues se supo que el ejército de Oriente se habia declarado en su favor, persuadidos á que conservaria el mando por la fuerza si la ley no se lo daba, los senadores le proclamaron unánimemente emperador. Concediéronle el triunfo decretado á Trajano; mas Adriano reusó este

onor, y mandó colocar en el carro la urna del emperador, para que su sombra gozase de esta última gloria. Su intencion fué cumplida: Plotina, acompañada de Taciano, trajo á Roma las cenizas de su esposo, y la capital del mundo vió una pompa triunfal y fúnebre á un mismo tiempo: las lágrimas sinceras del pueblo onraron á Trajano aun mas que los laureles.

Su gobierno pacifico.—Mientras Adriano sirvió bajo un príncipe belicoso, desplegó grandes talentos en la guerra: cuando se vió en el trono, manifestó su constante amor á la paz, y solo pensó en conservar la tranquilidad del imperio, cuyos límites habia querido estender demasiado su antecesor. La sublevacion de los partos, de la Armenia, Mesopotamia y Arabia, la de los sármatas, rojolanos y escotos, habrian obligado á los romanos á guerras largas y sangrientas para someterlos al yugo que detestaban. Los últimos sucesos habian demostrado que la fuerza se debilita estendiéndose. Adriano abandonó todas las conquistas, cuya gloria inútil se habia pagado con demasiada sangre, y que todo el jenio de Trajano no hubiera podido conservar fácilmente. Reconoció á Cosroes, hizo la paz con él, permitió á los armenios elejir un rey, y para indemnizar á Partamáspato, le nombró pretor de Siria, asignándole tierras con que viviese. Hubiera querido renunciar tambien á la Dacia; pero la conservó por no abandonar las colonias romanas establecidas en aquel pais. Destruyó el soberbio puente construido por Trajano sobre el Danubio, para impedir las incursiones de los bárbaros en la Mesia. Como no era posible acusarle de cobarde, los partidarios del sistema de conquistas atribuyeron estas medidas prudentes á una baja envidia contra la gloria de Trajano. Lusio Quieto se habia mostrado enemigo en el reinado anterior de la elevacion de Adriano: este príncipe le quitó el mando de Palestina y nombró en su lugar á Turbon, cuya prudencia pacificó por entonces la Judea. Este mismo jeneral pasó despues á Mauritania, ajitada por sediciones, y restableció en ella la tranquilidad. Adriano partió de Siria á Europa, atravesó el pais de los dácios, y volvió á Italia por Iliria.

El temor que inspiraba su carácter, el amor del pueblo á las virtudes de Trajano y el sentimiento de ver abandonado el

fruto de tantos trabajos y victorias, produjeron en el espíritu público impresiones poco favorables al emperador. Domicio Nigricio, Cusio Quieto, Palma y Celso, todos varones consulares y antiguos amigos de Trajano, fomentaban el descontento: decian que la adopcion de Adriano era una fábula fraguada por Plotina, y que esta princesa habia hecho poner un esclavo en el lecho del emperador ya difunto, para pronunciar estas palabras, imitando la voz de Trajano: *yo adopto á Adriano*. No contentos con difundir estos rumores injuriosos, conspiraron contra la vida del emperador, y resolvieron darle muerte cuando volviese de una cacería. Uno de los cómplices los delató al senado, el cual los hizo prender y los condenó al último suplicio. La ejecucion, que se creyó haber sido mandada por Adriano, esparció en Roma el miedo. Acordábanse que en el largo reinado de Trajano no habia corrido la sangre de ningun personaje ilustre; y este primer acto de severidad hacia temer que renaciesen los dias espantosos de Domiciano y de Neron. Adriano, que llegó entonces á Roma, supo disipar con su conducta y discursos aquellos temores. Habló al senado con deferencia, al pueblo con afabilidad, se defendió de haber tenido parte en el suplicio de los consulares sentenciados, censuró el escesivo rigor del senado, y declaró que era su voluntad que en su reinado no se diese muerte á ningun senador.

Sabiduria de su administracion.—El uso antiguo obligaba á todas las ciudades á pagar un tributo al advenimiento de cada emperador, y se destinaba á hacerle coronas de oro. Adriano lo abolió diciendo, que «su corona »era bastante rica, si lo era el »pueblo romano.» Hizo distribuir á cada ciudadano tres monedas de oro, y perdonó á todas las ciudades del imperio los impuestos que debian al erario, cuya suma ascendia á cinco millones de reales. Erijiéronle un monumento para perpetuar este beneficio.

Hábil Adriano en reprimir sus pasiones, se manifestó en los primeros tiempos sencillo, modesto, popular y clemente. Una vez encontró á un grande enemigo suyo, y le dijo: «Seguro »estás, pues yo reino.» Asistia con frecuencia al senado, y nada resolvia sin consultarle. Cuidadoso de mantener la dignidad de este cuerpo, declaró, nombrando senador á Taciano, que

no podia concederle un favor mas insigne.

Por un decreto, que fué muy agradable al pueblo, cargó al tesoro público los gastos de viaje, que eran muy grandes, de los procónsules y pretores. Ningun príncipe fué mas severo en la eleccion de los jueces, y en reprimir los abusos de autoridad. Tavorino, su amigo, le notó que pagaba sueldos muy crecidos á los majistrados, y respondió: «Les doy el dinero del tesoro, »para quitarles la tentacion de »tomar el de los particulares.»

Escepto los dias de audiencia solemne, á nadie obligaba á hacerle la corte; y rara vez iba á pie por la ciudad, por no obligar á los principales ciudadanos á que le acompañasen. Olvidaba su dignidad en el trato, visitaba familiarmente á sus amigos, subia en su coche, celebraba su aniversario, y tal vez era su huésped en sus casas de campo. Los sábios y artistas mas distinguidos frecuentaban su mesa, y competia con ellos en injenio. Con esta conducta granjeó la estimacion del pueblo, pero no el amor; porque se sabia que sus virtudes aparentes procedian de la cabeza y no del corazon. Era propenso naturalmente al vicio, al orgullo, á la envidia y á la crueldad; pero su política ilustrada le hizo reprimir sus inclinaciones, y encubrir sus defectos. Fué mal hombre, pero buen príncipe.

Sabia que no basta ser pacífico para evitar la guerra; que era forzoso mostrarse dispuesto á combatir para no ser atacado, y que no se permite gozar de una paz durable sino á los que hacen respetar la fuerza de sus armas. Mantuvo cuidadosamente el vigor de la disciplina, no dejó ociosas á las lejiones, y en los intervalos de paz las obligó á marchas frecuentes, á ejercicios contínuos, y á trabajos penosos, pero útiles. Emprendió pocas guerras, é hizo muchos viajes. Cada año visitaba todas las provincias del imperio, las fronteras y los campamentos, premiaba á los vijilantes, castigaba á los perezosos, é impedia por su actividad que se debilitasen los resortes del estado. Su memoria fué prodijiosa, y no tenia necesidad de archivo para conservar las notas relativas á la conducta, mérito y defectos de los oficiales del ejército. Su aparicion frecuente en las fronteras contenia á los romanos en su deber, y á los bárbaros en el respeto.

Los rojolanos y sármatas amenazaron la Mesia: Adriano se

presentó en Dacia, pasó nadando el Danubio con los bátavos que servian de ausiliares en su ejército, y espantó á los bárbaros con este acto de valor de tal manera, que pidieron la paz. Derrotó tambien á los alanos, que habian hecho una incursion en el territorio del imperio; pero su demasiado amor á la paz le incitó á un acto vergonzoso para Roma, funesto en lo sucesivo, y cuyo primer ejemplo se debia al cobarde Domiciano, y fué pagar un tributo á los sármatas y rojolanos para comprar su inaccion: es verdad que fué disimulado con el nombre de subsidio.

Los partos, siempre inquietos, parecian dispuestos á tomar las armas. Adriano evitó con habilidad esta nueva guerra, y ganó la amistad de Cosroes sin mas sacrificio que devolverle su hija, la cual estaba prisionera en Roma.

Prosperidad en su reinado.—Otros príncipes se ensoberbecian con sus conquistas: Adriano se jactaba de haber hecho prosperar el imperio con la paz, mas que ellos con las armas. En efecto, un largo descanso despues de tantas guerras, restituyó la opulencia á las ciudades, la actividad al comercio, la vida á la labranza, y Roma pareció en este reinado atenta esclusivamente á gozar del poder, la grandeza y los bienes que habia adquirido en ocho siglos de lides y victorias.

El tesoro, libre de los gastos escesivos que ocasionaban las espediciones lejanas, no tocaba á las fortunas de los particulares, se aumentaba diariamente, y subvenia con facilidad á todas las obligaciones públicas. Adriano, sencillo en su casa, y magnífico para el imperio, erijió en todas partes soberbios monumentos que lisonjeaban el orgullo de Roma. «Yo gobernaré »siempre, decia, de modo que se »conozca que la república perte»nece al pueblo, y que yo la ad»ministro y no la domino.»

Conociendo la pasion de este pueblo á los espectáculos, la satisfizo dando muchos combates de gladiadores y de fieras: en uno de estos últimos murieron cien leones y ciento diez leonas. Tambien dió certámenes de carros, danzas pírricas, é hizo representar á mucho costo trajedias y comedias, escritas por los autores mas famosos. Nada perdonaba para que fuesen magníficas estas representaciones: en ellas se distribuian al pueblo vino, carne, aromas y regalos por suerte; y las graderías del teatro

estaban inundadas de perfumes.

En una de estas fiestas la multitud se ostinó en pedir una cosa que el emperador no queria conceder. Este, enfadado, mandó á un rey de armas, que segun una costumbre adoptada por los tiranos, gritase al pueblo: *callad*. El rey de armas estendió su mano como para tomar la palabra, y el pueblo se calló para oirle. «Eso »es, dijo, lo que el emperador »desea de vosotros.» Adriano le premió por su prudencia.

VIAJES Y TRABAJOS DE ADRIANO.—Cuidadoso de estender su popularidad fuera de Roma, aceptó empleos municipales en casi todas las grandes ciudades del imperio, principalmente en Atenas, á la cual mostró grande predileccion. Inicióse en los misterios eleusinos, aceptó dos veces el empleo de arconte, llevó sus insignias, cumplió sus funciones, y presidió las fiestas de Baco. Fué pretor en Etruria, primer majistrado de Neápolis y de Adria, y dictador en muchas ciudades del Lacio. En sus viajes aliviaba á los pueblos del peso de los impuestos, satisfacia sus quejas é indemnizaba las pérdidas causadas por las tempestades, incendios y terremotos. Levantaba y embellecia las ciudades, y nadie le igualó en activar los trabajos públicos. En Mantinea erijió una columna sobre el sepulcro de Epaminondas, y en Ejipto un monumento cerca del sitio donde reposaban las cenizas del gran Pompeyo: en Atenas concluyó el templo de Júpiter Olímpico, edificó otro á Juno, y formó una biblioteca magnífica. En Roma edificó para sí un sepulcro que parecia una fortaleza: en efecto la *Mole Adriana* sirvió despues de ciudadela, y hoy es un castillo con el nombre de Sant-Anjelo.

El puente Elio, por donde se va á la mole, fué una de sus obras. De todas partes del mundo venian á admirar su quinta de Tibur, cuyas bóvedas subterráneas subsisten aun como si acabaran de construirse. Habia reunido en aquel palacio la representacion de los lugares mas célebres del universo: allí se veian el liceo, la academia, el pritáneo, el célebre pórtico de Atenas, llamado Pecio, la ciudad de Canopo, y el ameno templo de Tesalia. De este edificio y de sus jardines no quedan mas que algunas ruinas con el nombre de *antiguo Tívoli*.

La actividad de Adriano bastaba á todo. A pesar de su pasion á los placeres, su amor á las ciencias, á la literatura y á las

artes, en cada una de las cuales tenia la necia vanidad de ser sobresaliente, y enmedio de sus viajes continuos por Europa, Africa y Asia, cuidó siempre de hacer reformas útiles en la administracion y las leyes. Hasta él la Italia estuvo sometida á la autoridad de los cónsules y del senado, cuya atencion llamaban otros muchos negocios: dió pues un decreto para dividir la península en cuatro departamentos confiados á cuatro cónsules que debian dar cuenta de su gobierno al senado.

Su edicto para la jurisprudencia.—El uso antiguo habia permitido á los pretores la facultad de interpretar las leyes, lo que producia una variacion contínua en la jurisprudencia. Adriano la fijó y uniformó por su edicto perpétuo que redactó Salvio Juliano, y que contenia las mejores disposiciones de los antiguos edictos pretorianos.

Una ley prudente suavizó la esclavitud y abolió la mácsima cruel que condenaba á muerte á todos los esclavos cuyo amo hubiese sido asesinado.

Proibió tambien vender las mujeres para prostituirlas. Como las calles de las ciudades eran entonces muy estrechas, vedó pasearse por ellos á caballo, y llevar carretas.

Uno de los principales deberes de los emperadores era la administracion de la justicia: Adriano presidia muchas veces los tribunales, escojia por asesores hombres sábios é ilustres, y era elojiada merecidamente la equidad de sus sentencias.

Su vida publica y privada.—No se distinguia en sus vestidos de los demás ciudadanos, y se confundia con el pueblo en los baños públicos. Un dia encontró en ellos á un veterano que se frotaba contra un mármol para enjugarse, y le preguntó: por qué no hacia que le sirviesen. El veterano respondió: «Porque »no tengo sirviente.»

El emperador, que le habia visto distinguirse en el ejército, le regaló algunos esclavos y una suma considerable de dinero. Pocos dias despues vió en el mismo sitio algunos soldados viejos que hacian lo mismo que el veterano, y esperaban la misma recompensa. «Sois muchos, les »dijo riéndose, podeis enjugaros »unos á otros.» Cuando iba al frente de sus tropas, no era notable por el lujo, sino por el ejemplo que daba: su espada tenia puño de marfil solamente, y no habia oro en su vestido: co-

mia en público tocino y queso, bebia agua con vinagre, y arrostraba con la cabeza desnuda la nieve de los Alpes y el sol de Ejipto. Consolaba y socorria á los soldados enfermos, y les daba en la vejez un descanso seguro y onroso. Pero su vida privada daba tanto asunto á la sátira como la pública al elojio.

Curioso hasta el esceso, queria saberlo todo: lleno de vanidad, queria sobresalir en todas materias. Siendo orador elocuente y poeta bastante agradable, queria ser tenido por pintor, escultor y arquitecto. Despues de haber estudiado la historia, la filosofia, la literatura griega y romana, la física y las matemáticas, se habia entregado con pasion á la astrolojía y á la májia: y á pesar de la estension de sus conocimientos, era tan crédulo de presajios como la muchedumbre. Estaba persuadido que un oráculo, dado por las aguas de la fuente Castalia en Dafne, arrabal de Antioquía, le habia anunciado su elevacion al imperio y mandó cegar el venero para que ningun mortal pudiera leer en él su destino.

Admirador de los misterios eleusinos, los introdujo en Roma. Los demás príncipes habian solicitado ser sumos pontífices solo por el onor: él cumplió con zelo las funciones de este sacerdocio. Preferia el culto griego á los demás: sin embargo su curiosidad supersticiosa le movió á estudiar las relijiones estranjeras, y como empezó á construir en el Oriente algunos templos que aun estaban sin dedicacion, Lampridio y otros escritores cristianos creyeron que tenia la intencion de consagrarlos á Jesucristo; pero es mas probable que los destinaba para sí mismo; y si la adulacion acostumbraba á colocar los emperadores en el número de los dioses, bastaba su propia vanidad para señalarse á sí un lugar en el cielo.

Por lo demás, aunque estuvo muy lejos de abrir sus ojos á las luces del cristianismo, es indudable la impresion que hicieron en él las apolojias de Cuadrato y Arístides; pues se mostró moderado con los cristianos, reprendió las violencias cometidas contra ellos, quiso que fuesen protejidos por las leyes, y mandó castigar á sus calumniadores.

Su amor á la filosofia fué causa de la estrecha intimidad que tuvo con los filósofos Eufrates y Epitecto; fué tambien amigo de Favoriano, natural de la Galia, cuyas luces ilustraron su enten-

dimiento sin mejorar su carácter. Muy luego tenia envidia á los mismos hombres cuyo saber admiraba, y su amistad era mas peligrosa que su indiferencia. En él se verificó mas que en otro príncipe esta mácsima: «Los monarcas son como el fuego: no se debe estar ni muy lejos, ni muy cerca de él.»

Dionisio de Mileto, su favorito, habia caido en su desgracia, y le sucedió Heliodoro, hombre sin mérito. Dionisio, picado de esta eleccion, le dijo: «El emperador puede darte riqueza, pero no elocuencia;» y por esta espresion fué desterrado. Favorino, hombre modesto y sagaz, conservó mas tiempo su favor; y como los demás filósofos le reprendiesen su complacencia, dijo: «Yo no disputo con un hombre, cuyos argumentos están sostenidos por treinta lejiones.» Pero habiéndose atrevido una vez á ridiculizar la credulidad del emperador á la astrolojía judiciaria, la amistad de Adriano se trocó en un odio violento; y Favorino decia muchas veces que su fortuna era estraordinaria, pues «estando en guerra abierta con un emperador, conservó la vida.»

Adriano se habia manifestado clemente con los que atacaban sus dias: mas no sabia perdonar á los que injuriaban su amor propio. El famoso arquitecto Apolodoro, de cuya habilidad fueron pruebas la plaza y la columna Trajana, y el puente del Danubio, habia lanzado en el reinado anterior varios epígramas contra Adriano; y haciendo alusion á algunos paisajes medianos, que este príncipe habia pintado, le interrumpió en una disputa, y le dijo que se fuese á pintar sus *calabazas*. Adriano subió al trono; el emperador vengó al pintor, y desterró al arquitecto. Algunos años despues, el príncipe dirijió la construccion de un templo consagrado á Roma y á Venus, y envió el plan á Apolodoro con el intento de insultarle, y darle á entender que para crear en Roma soberbios monumentos no se necesitaba de su jenio. Apolodoro criticó las dimensiones del edificio, cuya altura no era proporcionada á las estátuas que habian de colocarse en él. «Si las diosas, dijo, que estarán en el templo quisieren levantarse, se romperán la cabeza contra la bóveda.» El monarca no respondió al artista sino mandándole matar.

La envidia no ataca ordinariamente sino á los vivos: la de Adriano queria tambien des-

truir la gloria que ilustraba los sepulcros. Preferia los poetas medianos á Homero, á Caton el antiguo, á Ciceron, á Antipatro, desconocido en nuestros dias, y á Salustio. Envidioso del amor que los romanos conservaban á Tito, escribió un libelo contra este escelente príncipe, acusándole de haber dado veneno á Vespasiano.

Contando el número de desterrados se podia conocer el de los hombres que habian tenido la desgracia de haber sido amigos de Adriano. Abandonándose sin reserva al libertinaje, el onor de las mujeres de aquellos con quienes vivia en intimidad, era el mas espuesto á la seduccion ó á la violencia. Su mujer Sabina imitaba sus desórdenes; y como la curiosidad de Adriano le hacia interceptar todas las cartas, descubrió las intrigas de la emperatriz, la despreció, mandó á todos los de su corte que la ultrajasen, y la maltrató de manera que la obligó á darse la muerte.

Los mayores servicios no aseguraban á sus cortesanos contra los caprichos del príncipe. Desterró á su tutor Faciano, á quien debia el imperio: las azañas de Turbano le libertaron de la misma desgracia. Similis, su sucesor, evitó el destierro condenándose á un retiro voluntario, donde, lejos de la confusion y de la corte, halló la felicidad que la ambicion le habia prometido, y le dió solo la filosofía; y así mandó escribir en su epitafio: «Aquí »yace Similis: murió de setenta »y seis años, y no vivió mas que »siete.»

Muerte de Antinoo.—Adriano era escesivo en sus afectos como en sus aversiones. Su amor á Antinoo, jóven dotado de una rara belleza, se acercaba á la locura. Atormentado por presajios y quimeras astrolójicas, y persuadido que para salvar su vida era necesario una víctima voluntaria que se ofreciese en olocausto, halló en Antinoo quien se prestase á serlo. Adriano aceptó y consumó el sacrificio; é hizo correr la voz de que el jóven se habia aogado en el Nilo. Tan débil en su desesperacion como bárbaro en su credulidad, su dolor fué tan insensato como su ingratitud. Convirtió en dios á la víctima, le erijió templos é inmortalizó su oprobio.

Mas constante con los animales que con los hombres, trataba á sus perros mejor que á sus validos, y compuso un epitafio para consagrar la memoria de Borístenes, su caballo de batalla.

Su gratitud á Plotina, viuda de Trajano, fué el único afecto que no desmintió nunca: le prodigó los mayores onores en vida, y le erijió templos despues de muerta.

Los hombres que se le acercaban eran los que sufrian sus injusticias y las puerilidades de su orgullo. Los grandes veian, temian y detestaban al hombre perverso, envidioso é inconstante: el resto del imperio admiraba al príncipe activo, hábil, justo y prudente.

Cada uno de sus pasos en sus contínuos viajes, era señalado con grandes actos de prudencia ó liberalidad. Alivió á la Galia de contribuciones: enriqueció la ciudad de Nemauso con monumentos soberbios: el anfiteatro y el puente de Gard, construidos por él, han atravesado los siglos y resisten todavia á las injurias del tiempo. En Britannia consolidó la tranquilidad del pais libertándole de las incursiones de los escotos con la construccion de una gran muralla con muchas torres, bastante fuertes para resistir á los bárbaros: reformó con leyes sabias las costumbres de los britannos, haciendo mas sagrado entre ellos el vínculo del matrimonio, y aboliendo la poligamia de ambos secsos.

Su firmeza mantuvo la paz en Jermania. Su justicia hizo amable á los españoles el yugo de los romanos: mandó reedificar la ciudad de Tarragona y el templo de Augusto, destruidos en las guerras civiles. Calmó las turbulencias de Mauritania. Disminuyó en Sicilia los tributos y concedió grandes privilejios al comercio de esta isla: su curiosidad le llevó á la cima del Etna, donde arrostró la nieve y las llamas. En vano emprendió fijar con su jenerosidad el carácter móvil de los ejipcios, cuyas costumbres describió en una carta dirijida desde Alejandría á su cuñado Serviano. «En este pais, »le decia, no hay mas que lije»reza, capricho y disposicion á »mudarse á cualquier viento. »Ningun cuidado de la relijion: »cristianos y judios se truecan, »si quieres, en adoradores de »Sérapis, en astrólogos, arús»pices y charlatanes. Este pue»blo, naturalmente sedicioso, o»bliga al patriarca de los hebreos »á adorar unas veces á Cristo y »otras á los dioses antiguos del »pais. Alejandría es una ciudad »bella, comerciante, rica y po»derosa. Nadie está ocioso: unos »fabrican vidrio, otros papel; »las manufacturas de lienzo o»cupan una gran parte de la po-

»blacion; y hasta los gotosos y »ciegos se ejercitan en los traba»jos que pueden. Ninguno hay »sin oficio, y su único dios es el »interés.»

«Lástima es que una ciudad »tan hermosa no tenga mejores »habitantes. Son los mas ingra»tos de los hombres: les he pro»digado privilejios y gracias: su »gratitud no duró sino mientras »estuve entre ellos: apenas salí »atacaron á mi amado Vero, y »disfamaron á Antonio. No les »deseo otro castigo sino que co»man solamente de los pollos »que sacan de sus estercole»ros.»

Al salir de Ejipto volvió á Grecia y llegó á Atenas, su predilecta mansion: le cedió la isla de Cefalonia y la colmó de presentes. El pueblo ateniense dió el nombre del emperador á una de sus tribus, y declaró que aquella ciudad no reconocia ya por fundador á Teseo, sino á Adriano. Siendo la política de este contraria á la de sus predesores y al espíritu belicoso de la república, no oprimia á los reyes estranjeros con el peso del orgullo romano. Fiel observador de los tratados, jamás atacó la independencia de los otros pueblos, ni entendió en sus querellas, sino para reconciliarlos. Cuidadoso al mismo tiempo de infundirles respeto ácia la república, en lugar de decidir por sí mismo los negocios que les concernian, llevaba los embajadores al senado, y no les daba respuesta sino como órgano de aquella corporacion.

Rebelion de los judios. — (133) A pesar de todos sus cuidados para evitar la guerra, no pudo mantener la tranquilidad en Palestina. Los judios, destruido su templo, humillado su orgullo y perdida su libertad, deseaban justamente vengarse. Animados por sus profetas que les anunciaban la prócsima llegada de un Mesias, tomaron las armas resueltos á morir ó recobrar su libertad.

Un edicto del emperador quitó á Jerusalem su antiguo nombre, mudándolo en el de Elia Capitolina, y mandó erijir á Júpiter un templo sobre las ruinas del que fué consagrado al verdadero Dios. Entonces estalló la sedicion. Era jefe de los judios Barcoquibas (que quiere decir hijo de la Estrella), á quien los suyos respetaban como si fuera un Dios, porque salian llamas de su boca, formadas, dicen, de estopa encendida. Puerilidad es esta á que no asentimos nosotros, porque creemos que es

una de las muchas mentiras que contiene la historia.

Esta rebelion fué despreciada al principio; pero despues de degolladas las guarniciones romanas, el falso profeta, aumentadas sus fuerzas, pasó á la Siria. Adriano hizo venir de Britannia á Julio Severo, gran capitan, y le dió el mando del ejército de Oriente. Severo, al llegar á su nueva provincia, viendo tan reforzado al enemigo, no creyó prudente esponerse al trance de una batalla; y así dividió su ejército en muchos cuerpos, y obligó á los judios á diseminar sus fuerzas. Venciólos separados, los persiguió y tomó ó destruyó cincuenta ciudades y novecientos ochenta y cinco pueblos menores.

Barcoquibas, encerrado en la plaza de Bitera, la defendió ostinadamente y pereció en el sitio. Esta guerra duró dos años: murieron á hierro quinientos ochenta mil judios: los incendios, las enfermedades y la ambre destruyeron muchos mas.

Dispersion definitiva de los judios. — (134) El emperador arrojó á los hebreos de Jerusalem. «Los pérfidos viñadores, decia »San Jerónimo, testigo de estos »desastres, despues de haber ma»tado á los servidores y aun al »hijo de Dios, son arrojados de »la viña: un solo dia en el año »compraban la libertad de ir á llo»rar sobre sus ruinas, como en »otro tiempo compráran la sangre »de Cristo. Lanzados de sus oga»res, privados de sus campos, en»corbados por los años, cubiertos »de andrajos, llevan las terribles »señales de la cólera de Dios. »Mientras la cruz brilla sobre el »calvario, este pueblo ciego solo »deplora la ruina de su templo. »Un soldado feroz viene á inte»rrumpir sus gritos, los amena»za, los hiere, y les pide un tri»buto nuevo, si quieren obtener »el permiso de verter por mas »tiempo lágrimas estériles.»

Tal es el lenguaje que se usa con los vencidos. San Jerónimo y cuantos han tratado de defender al cristianismo, no han escaseado nunca los ultrajes con la desventurada nacion judáica; sí, fanáticos, desventurada nacion judáica la llamamos, porque habeis empleado con ella procedimientos inumanos, ajenos seguramente de la piedad que tanto se decanta; piedad escrita, piedad en teoría; y ya llegará el tiempo en que abramos las pájinas de sangre que habeis trazado en onra del crucificado en el calvario, y os avergonzareis. Tiempo vendrá en que probe-

rio, no lo adquirió sino por la amistad y quizá por los artificios de Plotina.

Trajano murió á los sesenta y cuatro años de edad y diezinueve de reinado. Sus virtudes brillantes, manchadas con algunos lijeros defectos, tributo de la humanidad, le merecieron el amor y la veneracion de los pueblos. Su nombre inspiraba tanto respeto, que enmedio de la iglesia cristiana, enemiga inflecsible de la gloria de los paganos é intolerable por esencia, muchos fieles, entre otros Santo Tomás, creyeron que las oraciones del papa san Gregorio habian alcanzado la salvacion de este emperador cinco siglos despues de su muerte. De esta fábula resulta una gran verdad, á saber, que la virtud en el trono triunfa del tiempo y adquiere los sufrajios de todas las ciudades.

Como jeneral fué igual á los guerreros mas ilustres: restaurador de la disciplina, moderado en los castigos, magnífico en los premios, mandaba mas bien con el ejemplo que con la autoridad. Era el primero en el ataque y el último en la retirada; y Plutarco observa, que nunca decia *haced esto, marchad, pelead*; sino *hagamos, marchemos, peleemos*. Como príncipe hizo observar la justicia, respetar la propiedad y florecer el comercio. A él se debe esta hermosa mácsima: «mejor es que escapen diez »culpables, que no que perezca »un inocente.» Nadie gobernó con mas esplendor y economía, con mas firmeza y suavidad. Ennio Prisco le preguntaba, cómo habia logrado que le amasen mas que á sus predecesores; y respondió: «Perdonando á los que »me han ofendido, y no olvidando á los que me han servido.» El elojio de Trajano puede reducirse á estas palabras: «entre todos los conquistadores es el solo que recibió y conservó el »sobrenombre de *muy bueno*.» Murió el año 869 de Roma y 117 de Jesucristo.

CAPITULO XXIII.

ADRIANO.

(Año de Jesucristo 117.)

Adriano es proclamado emperador por el senado. — Su gobierno pacífico. — Sabiduría de su administracion. — Prosperidad en su reinado. — Viajes y trabajos de Adriano. — Su edicto para la jurisprudencia. — Su vida pública y privada. — Muerte de Antinoo. — Revolucion de los judios. — Abolicion del culto de los judios y su dispersion. — Adopcion de Cómodo, nombrado Vero, por Adriano. — Muerte de Cómodo. — Adopcion de Antonino por Adriano. — Muerte de Adriano.

ADRIANO ES PROCLAMADO EMPERADOR POR EL SENADO. — Adriano, favorecido por Plotina y por Taciano, prefecto del pretorio, fué proclamado inmediatamente por las lejiones de Siria. Al mismo tiempo escribió al senado, pidiéndole que confirmase la eleccion de Trajano, y escusándose de haber aceptado el imperio antes de los decretos del senado y del pueblo, porque, segun decia, no habia podido resistir al zelo ardiente de los soldados.

Sabida en Roma la muerte de Trajano, fueron diversos los pareceres de los senadores. Unos, atendiendo solo á la capacidad y servicios de Adriano, le creian esclusivamente digno de sostener el peso del imperio. Otros temian el gobierno de un príncipe que ya habia dado muestras de propension á la crueldad. Pero cuando al cabo de unos dias despues se supo que el ejército de Oriente se habia declarado en su favor, persuadidos á que conservaria el mando por la fuerza si la ley no se lo daba, los senadores le proclamaron unánimemente emperador. Concediéronle el triunfo decretado á Trajano; mas Adriano reusó este

onor, y mandó colocar en el carro la urna del emperador, para que su sombra gozase de esta última gloria. Su intencion fué cumplida: Plotina, acompañada de Taciano, trajo á Roma las cenizas de su esposo, y la capital del mundo vió una pompa triunfal y fúnebre á un mismo tiempo: las lágrimas sinceras del pueblo onraron á Trajano aun mas que los laureles.

Su gobierno pacifico.—Mientras Adriano sirvió bajo un príncipe belicoso, desplegó grandes talentos en la guerra: cuando se vió en el trono, manifestó su constante amor á la paz, y solo pensó en conservar la tranquilidad del imperio, cuyos límites habia querido estender demasiado su antecesor. La sublevacion de los partos, de la Armenia, Mesopotamia y Arabia, la de los sármatas, rojolanos y escotos, habrian obligado á los romanos á guerras largas y sangrientas para someterlos al yugo que detestaban. Los últimos sucesos habian demostrado que la fuerza se debilita estendiéndose. Adriano abandonó todas las conquistas, cuya gloria inútil se habia pagado con demasiada sangre, y que todo el jenio de Trajano no hubiera podido conservar fácilmente. Reconoció á Cosroes, hizo la paz con él, permitió á los armenios elejir un rey, y para indemnizar á Partamáspato, le nombró pretor de Siria, asignándole tierras con que viviese. Hubiera querido renunciar tambien á la Dacia; pero la conservó por no abandonar las colonias romanas establecidas en aquel pais. Destruyó el soberbio puente construido por Trajano sobre el Danubio, para impedir las incursiones de los bárbaros en la Mesia. Como no era posible acusarle de cobarde, los partidarios del sistema de conquistas atribuyeron estas medidas prudentes á una baja envidia contra la gloria de Trajano. Lusio Quieto se habia mostrado enemigo en el reinado anterior de la elevacion de Adriano: este príncipe le quitó el mando de Palestina y nombró en su lugar á Turbon, cuya prudencia pacificó por entonces la Judea. Este mismo jeneral pasó despues á Mauritania, ajitada por sediciones, y restableció en ella la tranquilidad. Adriano partió de Siria á Europa, atravesó el pais de los dácios, y volvió á Italia por Iliria.

El temor que inspiraba su carácter, el amor del pueblo á las virtudes de Trajano y el sentimiento de ver abandonado el

fruto de tantos trabajos y victorias, produjeron en el espíritu público impresiones poco favorables al emperador. Domicio Nigricio, Cusio Quieto, Palma y Celso, todos varones consulares y antiguos amigos de Trajano, fomentaban el descontento: decian que la adopcion de Adriano era una fábula fraguada por Plotina, y que esta princesa habia hecho poner un esclavo en el lecho del emperador ya difunto, para pronunciar estas palabras, imitando la voz de Trajano: *yo adopto á Adriano*. No contentos con difundir estos rumores injuriosos, conspiraron contra la vida del emperador, y resolvieron darle muerte cuando volviese de una cacería. Uno de los cómplices los delató al senado, el cual los hizo prender y los condenó al último suplicio. La ejecucion, que se creyó haber sido mandada por Adriano, esparció en Roma el miedo. Acordábanse que en el largo reinado de Trajano no habia corrido la sangre de ningun personaje ilustre; y este primer acto de severidad hacia temer que renaciesen los dias espantosos de Domiciano y de Neron. Adriano, que llegó entonces á Roma, supo disipar con su conducta y discursos aquellos temores. Habló al senado con deferencia, al pueblo con afabilidad, se defendió de haber tenido parte en el suplicio de los consulares sentenciados, censuró el escesivo rigor del senado, y declaró que era su voluntad que en su reinado no se diese muerte á ningun senador.

Sabiduría de su administracion.—El uso antiguo obligaba á todas las ciudades á pagar un tributo al advenimiento de cada emperador, y se destinaba á hacerle coronas de oro. Adriano lo abolió diciendo, que «su corona »era bastante rica, si lo era el »pueblo romano.» Hizo distribuir á cada ciudadano tres monedas de oro, y perdonó á todas las ciudades del imperio los impuestos que debian al erario, cuya suma ascendia á cinco millones de reales. Erijiéronle un monumento para perpetuar este beneficio.

Hábil Adriano en reprimir sus pasiones, se manifestó en los primeros tiempos sencillo, modesto, popular y clemente. Una vez encontró á un grande enemigo suyo, y le dijo: «Seguro »estás, pues yo reino.» Asistia con frecuencia al senado, y nada resolvia sin consultarle. Cuidadoso de mantener la dignidad de este cuerpo, declaró, nombrando senador á Taciano, que

no podia concederle un favor mas insigne.

Por un decreto, que fué muy agradable al pueblo, cargó al tesoro público los gastos de viaje, que eran muy grandes, de los procónsules y pretores. Ningun príncipe fué mas severo en la eleccion de los jueces, y en reprimir los abusos de autoridad. Favorino, su amigo, le notó que pagaba sueldos muy crecidos á los majistrados, y respondió: «Les doy el dinero del tesoro, »para quitarles la tentacion de »tomar el de los particulares.»

Escepto los dias de audiencia solemne, á nadie obligaba á hacerle la corte; y rara vez iba á pie por la ciudad, por no obligar á los principales ciudadanos á que le acompañasen. Olvidaba su dignidad en el trato, visitaba familiarmente á sus amigos, subia en su coche, celebraba su aniversario, y tal vez era su huésped en sus casas de campo. Los sábios y artistas mas distinguidos frecuentaban su mesa, y competia con ellos en injenio. Con esta conducta granjeó la estimacion del pueblo, pero no el amor; porque se sabia que sus virtudes aparentes procedian de la cabeza y no del corazon. Era propenso naturalmente al vicio, al orgullo, á la envidia y á la crueldad; pero su política ilustrada le hizo reprimir sus inclinaciones, y encubrir sus defectos. Fué mal hombre, pero buen príncipe.

Sabia que no basta ser pacífico para evitar la guerra; que era forzoso mostrarse dispuesto á combatir para no ser atacado, y que no se permite gozar de una paz durable sino á los que hacen respetar la fuerza de sus armas. Mantuvo cuidadosamente el vigor de la disciplina, no dejó ociosas á las lejiones, y en los intervalos de paz las obligó á marchas frecuentes, á ejercicios contínuos, y á trabajos penosos, pero útiles. Emprendió pocas guerras, é hizo muchos viajes. Cada año visitaba todas las provincias del imperio, las fronteras y los campamentos, premiaba á los vijilantes, castigaba á los perezosos, é impedia por su actividad que se debilitasen los resortes del estado. Su memoria fué prodijiosa, y no tenia necesidad de archivo para conservar las notas relativas á la conducta, mérito y defectos de los oficiales del ejército. Su aparicion frecuente en las fronteras contenia á los romanos en su deber, y á los bárbaros en el respeto.

Los rojolanos y sármatas amenazaron la Mesia: Adriano se

presentó en Dacia, pasó nadando el Danubio con los bátavos que servian de ausiliares en su ejército, y espantó á los bárbaros con este acto de valor de tal manera, que pidieron la paz. Derrotó tambien á los alanos, que habian hecho una incursion en el territorio del imperio; pero su demasiado amor á la paz le incitó á un acto vergonzoso para Roma, funesto en lo sucesivo, y cuyo primer ejemplo se debia al cobarde Domiciano; y fué pagar un tributo á los sármatas y rojolanos para comprar su inaccion: es verdad que fué disimulado con el nombre de subsidio.

Los partos, siempre inquietos, parecian dispuestos á tomar las armas. Adriano evitó con habilidad esta nueva guerra, y ganó la amistad de Cosroes sin mas sacrificio que devolverle su hija, la cual estaba prisionera en Roma.

Prosperidad en su reinado.— Otros príncipes se ensoberbecian con sus conquistas: Adriano se jactaba de haber hecho prosperar el imperio con la paz, mas que ellos con las armas. En efecto, un largo descanso despues de tantas guerras, restituyó la opulencia á las ciudades, la actividad al comercio, la vida á la labranza, y Roma pareció en este reinado atenta esclusivamente á gozar del poder, la grandeza y los bienes que habia adquirido en ocho siglos de lides y victorias.

El tesoro, libre de los gastos escesivos que ocasionaban las espediciones lejanas, no tocaba á las fortunas de los particulares, se aumentaba diariamente, y subvenia con facilidad á todas las obligaciones públicas. Adriano, sencillo en su casa, y magnífico para el imperio, erijió en todas partes soberbios monumentos que lisonjeaban el orgullo de Roma. «Yo gobernaré »siempre, decia, de modo que se »conozca que la república perte- »nece al pueblo, y que yo la ad- »ministro y no la domino.»

Conociendo la pasion de este pueblo á los espectáculos, la satisfizo dando muchos combates de gladiadores y de fieras: en uno de estos últimos murieron cien leones y ciento diez leonas. Tambien dió certámenes de carros, danzas pírricas, é hizo representar á mucho costo trajedias y comedias, escritas por los autores mas famosos. Nada perdonaba para que fuesen magníficas estas representaciones: en ellas se distribuian al pueblo vino, carne, aromas y regalos por suerte; y las graderías del teatro

estaban inundadas de perfumes.

En una de estas fiestas la multitud se ostinó en pedir una cosa que el emperador no queria conceder. Este, enfadado, mandó á un rey de armas, que segun una costumbre adoptada por los tiranos, gritase al pueblo: *callad*. El rey de armas estendió su mano como para tomar la palabra, y el pueblo se calló para oirle. «Eso »es, dijo, lo que el emperador »desea de vosotros.» Adriano le premió por su prudencia.

Viajes y trabajos de Adriano.—Cuidadoso de estender su popularidad fuera de Roma, aceptó empleos municipales en casi todas las grandes ciudades del imperio, principalmente en Atenas, á la cual mostró grande predileccion. Inicióse en los misterios eleusinos, aceptó dos veces el empleo de arconte, llevó sus insignias, cumplió sus funciones, y presidió las fiestas de Baco. Fué pretor en Etruria, primer majistrado de Neápolis y de Adria, y dictador en muchas ciudades del Lacio. En sus viajes aliviaba á los pueblos del peso de los impuestos, satisfacia sus quejas é indemnizaba las pérdidas causadas por las tempestades, incendios y terremotos. Levantaba y embellecia las ciudades, y nadie le igualó en activar los trabajos públicos. En Mantinea erijió una columna sobre el sepulcro de Epaminondas, y en Ejipto un monumento cerca del sitio donde reposaban las cenizas del gran Pompeyo: en Atenas concluyó el templo de Júpiter Olímpico, edificó otro á Juno, y formó una biblioteca magnífica. En Roma edificó para sí un sepulcro que parecia una fortaleza: en efecto la *Mole Adriana* sirvió despues de ciudadela, y hoy es un castillo con el nombre de Sant-Anjelo.

El puente Elio, por donde se va á la mole, fué una de sus obras. De todas partes del mundo venian á admirar su quinta de Tibur, cuyas bóvedas subterráneas subsisten aun como si acabaran de construirse. Habia reunido en aquel palacio la representacion de los lugares mas célebres del universo: allí se veian el liceo, la academia, el pritáneo, el célebre pórtico de Atenas, llamado Pecio, la ciudad de Canopo, y el ameno templo de Tesalia. De este edificio y de sus jardines no quedan mas que algunas ruinas con el nombre de *antiguo Tívoli*.

La actividad de Adriano bastaba á todo. A pesar de su pasion á los placeres, su amor á las ciencias, á la literatura y á las

artes, en cada una de las cuales tenia la necia vanidad de ser sobresaliente, y enmedio de sus viajes continuos por Europa, Africa y Asia, cuidó siempre de hacer reformas útiles en la administracion y las leyes. Hasta él la Italia estuvo sometida á la autoridad de los cónsules y del senado, cuya atencion llamaban otros muchos negocios: dió pues un decreto para dividir la península en cuatro departamentos confiados á cuatro cónsules que debian dar cuenta de su gobierno al senado.

Su edicto para la jurisprudencia.—El uso antiguo habia permitido á los pretores la facultad de interpretar las leyes, lo que producia una variacion contínua en la jurisprudencia. Adriano la fijó y uniformó por su edicto perpétuo que redactó Salvio Juliano, y que contenia las mejores disposiciones de los antiguos edictos pretorianos.

Una ley prudente suavizó la esclavitud y abolió la mácsima cruel que condenaba á muerte á todos los esclavos cuyo amo hubiese sido asesinado.

Proibió tambien vender las mujeres para prostituirlas. Como las calles de las ciudades eran entonces muy estrechas, vedó pasearse por ellas á caballo, y llevar carretas.

Uno de los principales deberes de los emperadores era la administracion de la justicia: Adriano presidia muchas veces los tribunales, escojia por asesores hombres sábios é ilustres, y era elojiada merecidamente la equidad de sus sentencias.

Su vida publica y privada.—No se distinguia en sus vestidos de los demás ciudadanos, y se confundia con el pueblo en los baños públicos. Un dia encontró en ellos á un veterano que se frotaba contra un mármol para enjugarse, y le preguntó: por qué no hacia que le sirviesen. El veterano respondió: «Porque »no tengo sirviente.»

El emperador, que le habia visto distinguirse en el ejército, le regaló algunos esclavos y una suma considerable de dinero. Pocos dias despues vió en el mismo sitio algunos soldados viejos que hacian lo mismo que el veterano, y esperaban la misma recompensa. «Sois muchos, les »dijo riéndose, podeis enjugaros »unos á otros.» Cuando iba al frente de sus tropas, no era notable por el lujo, sino por el ejemplo que daba: su espada tenia puño de marfil solamente, y no habia oro en su vestido: co-

mia en público tocino y queso, bebia agua con vinagre, y arrostraba con la cabeza desnuda la nieve de los Alpes y el sol de Ejipto. Consolaba y socorria á los soldados enfermos, y les daba en la vejez un descanso seguro y onroso. Pero su vida privada daba tanto asunto á la sátira como la pública al elojio.

Curioso hasta el esceso, queria saberlo todo: lleno de vanidad, queria sobresalir en todas materias. Siendo orador elocuente y poeta bastante agradable, queria ser tenido por pintor, escultor y arquitecto. Despues de haber estudiado la historia, la filosofia, la literatura griega y romana, la física y las matemáticas, se habia entregado con pasion á la astrolojía y á la májia: y á pesar de la estension de sus conocimientos, era tan crédulo de presajios como la muchedumbre. Estaba persuadido que un oráculo, dado por las aguas de la fuente Castalia en Dafne, arrabal de Antioquía, le habia anunciado su elevacion al imperio y mandó cegar el venero para que ningun mortal pudiera leer en él su destino.

Admirador de los misterios eleusinos, los introdujo en Roma. Los demás príncipes habian solicitado ser sumos pontífices solo por el onor: él cumplió con zelo las funciones de este sacerdocio. Preferia el culto griego á los demás: sin embargo su curiosidad supersticiosa le movió á estudiar las relijiones estranjeras, y como empezó á construir en el Oriente algunos templos que aun estaban sin dedicacion, Lampridio y otros escritores cristianos creyeron que tenia la intencion de consagrarlos á Jesucristo; pero es mas probable que los destinaba para sí mismo; y si la adulacion acostumbraba á colocar los emperadores en el número de los dioses, bastaba su propia vanidad para señalarse á sí un lugar en el cielo.

Por lo demás, aunque estuvo muy lejos de abrir sus ojos á las luces del cristianismo, es indudable la impresion que hicieron en él las apolojias de Cuadrato y Arístides; pues se mostró moderado con los cristianos, reprendió las violencias cometidas contra ellos, quiso que fuesen protejidos por las leyes, y mandó castigar á sus calumniadores.

Su amor á la filosofia fué causa de la estrecha intimidad que tuvo con los filósofos Eufrates y Epitecto; fué tambien amigo de Favoriano, natural de la Galia, cuyas luces ilustraron su enten-

dimiento sin mejorar su carácter. Muy luego tenia envidia á los mismos hombres cuyo saber admiraba, y su amistad era mas peligrosa que su indiferencia. En él se verificó mas que en otro príncipe esta mácsima: «Los monarcas son como el fuego: no se debe estar ni muy lejos, ni muy cerca de él.»

Dionisio de Mileto, su favorito, habia caido en su desgracia, y le sucedió Heliodoro, hombre sin mérito. Dionisio, picado de esta eleccion, le dijo: «El emperador puede darte riqueza, pero no elocuencia;» y por esta espresion fué desterrado. Favorino, hombre modesto y sagaz, conservó mas tiempo su favor; y como los demás filósofos le reprendiesen su complacencia, dijo: «Yo no disputo con un hombre, cuyos argumentos están sostenidos por treinta lejiones.» Pero habiéndose atrevido una vez á ridiculizar la credulidad del emperador á la astrolojía judiciaria, la amistad de Adriano se trocó en un odio violento; y Favorino decia muchas veces que su fortuna era estraordinaria, pues «estando en guerra abierta con un emperador, conservó la vida.»

Adriano se habia manifestado clemente con los que atacaban sus dias: mas no sabia perdonar á los que injuriaban su amor propio. El famoso arquitecto Apolodoro, de cuya habilidad fueron pruebas la plaza y la columna Trajana, y el puente del Danubio, habia lanzado en el reinado anterior varios epígramas contra Adriano; y haciendo alusion á algunos paisajes medianos, que este príncipe habia pintado, le interrumpió en una disputa, y le dijo que se fuese á pintar sus *calabazas*. Adriano subió al trono; el emperador vengó al pintor, y desterró al arquitecto. Algunos años despues, el príncipe dirijió la construccion de un templo consagrado á Roma y á Venus, y envió el plan á Apolodoro con el intento de insultarle, y darle á entender que para crear en Roma soberbios monumentos no se necesitaba de su jenio. Apolodoro criticó las dimensiones del edificio, cuya altura no era proporcionada á las estátuas que habian de colocarse en él. «Si las diosas, dijo, que estarán en el templo quisieren levantarse, se romperán la cabeza contra la bóveda.» El monarca no respondió al artista sino mandándole matar.

La envidia no ataca ordinariamente sino á los vivos: la de Adriano queria tambien des-



truir la gloria que ilustraba los sepulcros. Preferia los poetas medianos á Homero, á Caton el antiguo, á Ciceron, á Antipatro, desconocido en nuestros dias, y á Salustio. Envidioso del amor que los romanos conservaban á Tito, escribió un libelo contra este escelente príncipe, acusándole de haber dado veneno á Vespasiano.

Contando el número de desterrados se podia conocer el de los hombres que habian tenido la desgracia de haber sido amigos de Adriano. Abandonándose sin reserva al libertinaje, el onor de las mujeres de aquellos con quienes vivia en intimidad, era el mas espuesto á la seduccion ó á la violencia. Su mujer Sabina imitaba sus desórdenes; y como la curiosidad de Adriano le hacia interceptar todas las cartas, descubrió las intrigas de la emperatriz, la despreció, mandó á todos los de su corte que la ultrajasen, y la maltrató de manera que la obligó á darse la muerte.

Los mayores servicios no aseguraban á sus cortesanos contra los caprichos del príncipe. Desterró á su tutor Faciano, á quien debia el imperio: las azañas de Turbano le libertaron de la misma desgracia. Similis, su sucesor, evitó el destierro condenándose á un retiro voluntario, donde, lejos de la confusion y de la corte, halló la felicidad que la ambicion le habia prometido, y le dió solo la filosofía; y así mandó escribir en su epitafio: «Aquí »yace Similis: murió de setenta »y seis años, y no vivió mas que »siete.»

Muerte de Antinoo.—Adriano era escesivo en sus afectos como en sus aversiones. Su amor á Antinoo, jóven dotado de una rara belleza, se acercaba á la locura. Atormentado por presajios y quimeras astrolójicas, y persuadido que para salvar su vida era necesario una víctima voluntaria que se ofreciese en olocausto, halló en Antinoo quien se prestase á serlo. Adriano aceptó y consumó el sacrificio; é hizo correr la voz de que el jóven se habia aogado en el Nilo. Tan débil en su desesperacion como bárbaro en su credulidad, su dolor fué tan insensato como su ingratitud. Convirtió en dios á la víctima, le erijió templos é inmortalizó su oprobio.

Mas constante con los animales que con los hombres, trataba á sus perros mejor que á sus validos, y compuso un epitafio para consagrar la memoria de Borístenes, su caballo de batalla.

Su gratitud á Plotina, viuda de Trajano, fué el único afecto que no desmintió nunca: le prodigó los mayores onores en vida, y le erijió templos despues de muerta.

Los hombres que se le acercaban eran los que sufrian sus injusticias y las puerilidades de su orgullo. Los grandes veian, temian y detestaban al hombre perverso, envidioso é inconstante: el resto del imperio admiraba al príncipe activo, hábil, justo y prudente.

Cada uno de sus pasos en sus contínuos viajes, era señalado con grandes actos de prudencia ó liberalidad. Alivió á la Galia de contribuciones: enriqueció la ciudad de Nemauso con monumentos soberbios: el anfiteatro y el puente de Gard, construidos por él, han atravesado los siglos y resisten todavia á las injurias del tiempo. En Britannia consolidó la tranquilidad del pais libertándole de las incursiones de los escotos con la construccion de una gran muralla con muchas torres, bastante fuertes para resistir á los bárbaros: reformó con leyes sabias las costumbres de los britannos, haciendo mas sagrado entre ellos el vínculo del matrimonio, y aboliendo la poligamia de ambos secsos.

Su firmeza mantuvo la paz en Jermania. Su justicia hizo amable á los españoles el yugo de los romanos: mandó reedificar la ciudad de Tarragona y el templo de Augusto, destruidos en las guerras civiles. Calmó las turbulencias de Mauritania. Disminuyó en Sicilia los tributos y concedió grandes privilejios al comercio de esta isla: su curiosidad le llevó á la cima del Etna, donde arrostró la nieve y las llamas. En vano emprendió fijar con su jenerosidad el carácter móvil de los ejipcios, cuyas costumbres describió en una carta dirijida desde Alejandría á su cuñado Serviano. «En este pais, »le decia, no hay mas que lijereza, capricho y disposicion á »mudarse á cualquier viento. »Ningun cuidado de la relijion: »cristianos y judios se truecan, »si quieres, en adoradores de »Sérapis, en astrólogos, arúspices y charlatanes. Este pue»blo, naturalmente sedicioso, o»bliga al patriarca de los hebreos »á adorar unas veces á Cristo y »otras á los dioses antiguos del »pais. Alejandría es una ciudad »bella, comerciante, rica y po»derosa. Nadie está ocioso: unos »fabrican vidrio, otros papel; »las manufacturas de lienzo o»cupan una gran parte de la po-

»blacion; y hasta los golosos y »ciegos se ejercitan en los traba»jos que pueden. Ninguno hay »sin oficio, y su único dios es el »interés.»

«Lástima es que una ciudad »tan hermosa no tenga mejores »habitantes. Son los mas ingra»tos de los hombres: les he pro»digado privilejios y gracias: su »gratitud no duró sino mientras »estuve entre ellos: apenas salí »atacaron á mi amado Vero, y »disfamaron á Antonio. No les »deseo otro castigo sino que co»man solamente de los pollos »que sacan de sus estercole»ros.»

Al salir de Ejipto volvió á Grecia y llegó á Atenas, su predilecta mansion: le cedió la isla de Cefalonia y la colmó de presentes. El pueblo ateniense dió el nombre del emperador á una de sus tribus, y declaró que aquella ciudad no reconocia ya por fundador á Teseo, sino á Adriano. Siendo la política de este contraria á la de sus predesores y al espíritu belicoso de la república, no oprimia á los reyes estranjeros con el peso del orgullo romano. Fiel observador de los tratados, jamás atacó la independencia de los otros pueblos, ni entendió en sus querellas, sino para reconciliarlos. Cuidadoso al mismo tiempo de infundirles respeto ácia la república, en lugar de decidir por sí mismo los negocios que les concernian, llevaba los embajadores al senado, y no les daba respuesta sino como órgano de aquella corporacion.

Rebelion de los judios. — (133) A pesar de todos sus cuidados para evitar la guerra, no pudo mantener la tranquilidad en Palestina. Los judios, destruido su templo, humillado su orgullo y perdida su libertad, deseaban justamente vengarse. Animados por sus profetas que les anunciaban la prócsima llegada de un Mesias, tomaron las armas resueltos á morir ó recobrar su libertad.

Un edicto del emperador quitó á Jerusalem su antiguo nombre, mudándolo en el de Elia Capitolina, y mandó erijir á Júpiter un templo sobre las ruinas del que fué consagrado al verdadero Dios. Entonces estalló la sedicion. Era jefe de los judios Barcoquibas (que quiere decir hijo de la Estrella), á quien los suyos respetaban como si fuera un Dios, porque salian llamas de su boca, formadas, dicen, de estopa encendida. Puerilidad es esta á que no asentimos nosotros, porque creemos que es

una de las muchas mentiras que contiene la historia.

Esta rebelion fué despreciada al principio; pero despues de degolladas las guarniciones romanas, el falso profeta, aumentadas sus fuerzas, pasó á la Siria. Adriano hizo venir de Britannia á Julio Severo, gran capitan, y le dió el mando del ejército de Oriente. Severo, al llegar á su nueva provincia, viendo tan reforzado al enemigo, no creyó prudente esponerse al trance de una batalla; y así dividió su ejército en muchos cuerpos, y obligó á los judios á diseminar sus fuerzas. Venciólos separados, los persiguió y tomó ó destruyó cincuenta ciudades y novecientos ochenta y cinco pueblos menores.

Barcoquibas, encerrado en la plaza de Bitera, la defendió ostinadamente y pereció en el sitio. Esta guerra duró dos años: murieron á hierro quinientos ochenta mil judios: los incendios, las enfermedades y la ambre destruyeron muchos mas.

Dispersion definitiva de los judios. — (134) El emperador arrojó á los hebreos de Jerusalem. «Los pérfidos viñadores, decia »San Jerónimo, testigo de estos »desastres, despues de haber ma»tado á los servidores y aun al »hijo de Dios, son arrojados de »la viña: un solo dia en el año »compraban la libertad de ir á llo»rar sobre sus ruinas, como en »otro tiempo compráran la sangre »de Cristo. Lanzados de sus oga»res, privados de sus campos, en»corbados por los años, cubiertos »de andrajos, llevan las terribles »señales de la cólera de Dios. »Mientras la cruz brilla sobre el »calvario, este pueblo ciego solo »deplora la ruina de su templo. »Un soldado feroz viene á inte»rrumpir sus gritos, los amena»za, los hiere, y les pide un tri»buto nuevo, si quieren obtener »el permiso de verter por mas »tiempo lágrimas estériles.»

Tal es el lenguaje que se usa con los vencidos. San Jerónimo y cuantos han tratado de defender al cristianismo, no han escaseado nunca los ultrajes con la desventurada nacion judáica; sí, fanáticos, desventurada nacion judáica la llamamos, porque habeis empleado con ella procedimientos inumanos, ajenos seguramente de la piedad que tanto se decanta; piedad escrita, piedad en teoría; y ya llegará el tiempo en que abramos las pájinas de sangre que habeis trazado en onra del crucificado en el calvario, y os avergonzareis. Tiempo vendrá en que probe-

mos que los cristianos han sido mas atroces y fanáticos que los aborrecidos hijos de Israel. Entonces escribiremos lo que nos dicte la razon y la verdad; aora continuemos en la relacion de estos hechos.

Por órden de Adriano, Júpiter fué adorado en el monte Sion: la estátua de Adónis se colocó en la gruta de Bethleem, y un cerdo esculpido en la puerta de la ciudad santa ofendió constantemente los ojos, el orgullo y la relijion de los judios. Desde entonces no han vuelto á levantarse de esta caida; y aunque unidos por la misma ley y el mismo culto, han vivido siempre desde aquella época, dispersos sobre toda la tierra, formando enmedio de todas las naciones un pueblo aparte, sin amalgamarse ni confundirse con ninguno; porque lleva sobre su frente un sello providencial, que acaso le destina para llenar algun objeto oculto de la Providencia, desconocido al orgullo é insensatez de la razon humana.

Su dispersion fué el suceso último y mas importante del reinado de Adriano. Este príncipe, cuya salud se habia alterado por los vicios, despues de largas hemorrajias que lo debilitaron, fué atacado por la hidropesía. No tenia hijos, é incierto algunos dias sobre el nombramiento de su sucesor, el capricho mas bien que la razon le hizo adoptar á Lucio Ceyonio Cómmodo, yerno del consular Nigrino, que habia conspirado en otro tiempo contra él, y le dió el nombre de Vero. Este jóven descendia de una familia noble de Etruria: no tenia mas mérito que su belleza: la conformidad de sus vicios con los de Adriano fué el motivo de su elevacion, aunque no poseia ninguna de las grandes cualidades del príncipe. Jamás la muelle Síbaris produjo un hombre mas afeminado: su cama y su mesa estaban cubiertas de rosas y azucenas: pasaba su vida entre concubinas y eunucos, y solo leia las obras licenciosas de Ovidio y Marcial. Sus correos llevaban alas y tenian por nombres Bóreas y Céfiro.

Una eleccion tan ridícula escitó el descontento de Serviano, cuñado del emperador, de Fausto y de otras personas ilustres dignas de gobernar el imperio. Los tormentos de la enfermedad irritaban el carácter de Adriano: acusó las murmuraciones de los descontentos como pruebas de conspiracion, y los envió al suplicio. Serviano, que tenia noventa años, ofreció un sacrificio

á los dioses antes de morir, y les dirijió esta oracion: «Sabeis que »muero inocente: no os pido mas »venganza sino que Adriano de»see la muerte antes de lograr»la.» Este voto se cumplió.

ENFERMEDAD Y MUERTE DE COMMODO.— Habiendo sabido el emperador que los bárbaros hacian movimiento ácia las fronteras de Pannonia, envió contra ellos á Vero, el cual despertando de su molicie, para sostener el título oneroso de césar, se condujo con mas vigor del que se esperaba, é hizo entrar á los rebeldes en la sumision. Pero este esfuerzo agotó su cuerpo enervado por los deleites: volvió enfermo á Roma con grandes vómitos de sangre, y murió poco despues. Adriano en el decreto de su apoteosis decia· «Creí adquirir un »hijo, y añadí un nuevo dios al »Olimpo.» Apenas merecian el título de hombres los que tenian la vileza de reconocer semejantes divinidades. Vero no tuvo mas que tres años la dignidad de césar: un hijo suyo reinó despues con Marco Aurelio.

ADOPCION DE ANTONINO POR ADRIANO. — Obligado Adriano á elejir un nuevo sucesor, consultó esta vez su política y su obligacion, mas que su índole é inclinaciones. Para la felicidad del imperio adoptó á Tito Aurelio, Fulvio Boyonio Antonino, descendiente de una familia gala, oriunda de Nemauso (Nimes). Sus abuelos paternos y maternos habian sido cónsules. La naturaleza habia reunido en él la belleza del alma y la del cuerpo: su estatura era alta, su ademan majestuoso, su entendimiento instruido, y su elocuencia suave como sus costumbres. Esento de ambicion, aplicado como los antiguos romanos á los trabajos de la agricultura, moderado en sus placeres, liberal y clemente, amaba la virtud por ella misma, independientemente del atractivo de la gloria.

La Italia habia gozado ya de los frutos de su bondad, porque era uno de los cuatro consulares que administraban la península. Enviado despues procónsul al Asia, se hizo amar y respetar por su mansedumbre y justicia. Adriano, declarando su adopcion en el senado, hizo el merecido elojio de la esperiencia y talentos del nuevo césar. «Espero, »añadió, que á pesar de su mo»destia, no reusará esta eleva»cion imprevista, y se someterá »al peso que le impone el intéres »público.»

Antonino, conformándose con el deseo del emperador, que que-

ria asegurar para muchos años la tranquilidad del imperio, adoptó al hijo de Vero y á Marco Aurelio, pariente de Adriano, español de orijen. Este grande hombre, amante de la filosofía estóica, tomó el manto, que era su insignia, á la edad de doce años, y toda su vida se mostró fiel á los preceptos severos de esta secta: pero evitó su ostentacion, y fué siempre virtuoso sin orgullo, suave sin timidez y grave sin sequedad. A los ojos de un varon semejante el trono pareció un peligro: recibió con pesar la noticia de su elevacion, é hizo un verdadero sacrificio de sus inclinaciones al amor de la patria.

La enfermedad de Adriano empeoraba diariamente y ya no podia sufrir los dolores. No bastando los remedios, solo esperaba descanso en la muerte, la pedia á gritos, y aun trató de dársela muchas veces; pero la vijilante piedad de Antonino le quitaba los medios de hacerlo, y le defendia, á su pesar, de la desesperacion. Sin embargo un dia, á fuerza de oro, persuadió á un esclavo á que le atravesase el pecho, y ya se creia libre del tormento de vivir; pero en el momento de la ejecucion, el bárbaro, asustado del crímen, renunció á él y á la recompensa, y huyó.

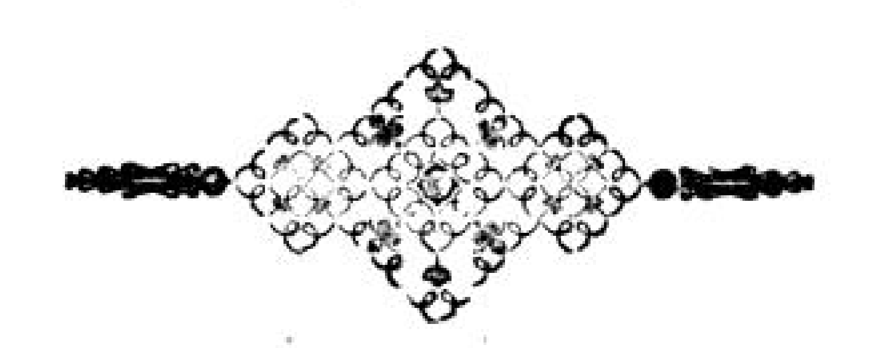
Antonino, valiéndose de la credulidad del emperador, para impedir que atentase contra su vida, hizo que se le presentasen varias personas y le refiriesen oráculos y sueños de su prócsima curacion. El los creyó y sufrió con mas paciencia. Pero su alma, debilitada por el dolor, no podia ya reprimir la violencia de su carácter, y abandonándose á sus sospechas, á su odio y á su ira, mandó matar á muchos senadores. Antonino finjió obedecer, y los salvó.

Muerte de Adriano.—Cediendo en fin al peso de sus males, entregó á su sucesor las riendas del gobierno, y se retiró á Bayas; se negó á tomar remedios, abandonó todo réjimen, aceleró su muerte, y falleció diciendo: «La multitud de los médicos ha matado al emperador.» Vivió sesenta y dos años, y reinó veintiuno. Mereció todo el bien y todo el mal que se ha dicho de él por la contínua oposicion entre su recto juicio y su perverso corazon; y así, era alternativamente suave y cruel, orgulloso y modesto, clemente y vengativo, filósofo y crapuloso, afable y vano, avaro y pródigo, protector de las letras y envi-

dioso de los literatos, y en fin, supersticioso é impío, como se puede ver por los versos que compuso á su alma en el momento de apartarse del cuerpo, cuyo sentido era:

Anima mia querida,
transitoria compañera,
¿adónde llevas tu vuelo
por via ignorada, incierta?
¿Adónde vas, alma helada,
y al huésped amigo dejas?
¿Qué será de los placeres
que en dulce copa me dieras?

Adriano dió al imperio una larga paz, hizo felices los pueblos con su hábil y justa administracion, inspiró terror solo á los grandes, y fué recto para todos, escepto para sus amigos. Los primeros años de su reinado merecieron que se le comparase á Augusto: los últimos á Neron. Pero el mundo le debe una gratitud eterna, porque adoptando á Antonino y á Marco Aurelio, cumplió el deseo que para la felicidad de los hombres habia formado un antiguo sabio de Grecia, colocando en el trono la filosofía.



CAPITULO XXIV.

TITO ANTONINO, LLAMADO PIO.

(Año de Roma 889.—Era de Gracia 138.)

Retrato de Antonino. — Decreto de Antonino en favor de los cristianos. — Trabajos de Antonino. — Grandes hombres en su reinado. — Reforma en la lejislacion. — Muerte de Antonino. — Discurso de Marco Aurelio en el senado.

Antonino celebró con pompa los funerales de su padre adoptivo. Quemóse su cadáver en Putéoli (Pozzuolo), en la casa que fué de Ciceron, y se trasladaron sus cenizas á Roma. Los soldados y el pueblo sintieron sinceramente la pérdida de Adriano, que siempre se habia manifestado gran capitan, administrador prudente y monarca popular. Por el contrario, los senadores, sobre quienes habia gravitado la tiranía en los últimos años, detestaban su nombre, y querian infamar su memoria. Estaban ya para anular todos sus edictos, cuando Antonino los desarmó con sus ruegos. «Si anulais, les dijo, todas las actas de mi padre, anulareis tambien la de mi adopcion y mis derechos al imperio.» El senado, á pesar del amor que tenia al nuevo emperador, persistia en su intento, y reusaba dar los onores divinos á un príncipe que acaba de proscribir tantos ilustres personajes. Antonino presenta inesperadamente en la curia los senadores de cuya muerte se lamentaban, y que él habia libertado del suplicio; y lejos de atribuirse el mérito de esta accion jenerosa, afirma que no lo ha hecho sino por órdenes secretas de Adriano. Los senadores se rindieron á su virtud, y

su reconocimiento á su padre y bienechor le granjeó el título de *Pio*.

Roma habia perdido hasta tal punto la costumbre de la libertad que le era imposible recobrarla y gozar de ella aun cuando príncipes virtuosos se la concediesen. Como todos los pueblos corrompidos, tenia necesidad de la servidumbre, semejante á los decrépitos que necesitan de un apoyo ó por mejor decir, de un amo.

Retrato de Antonino.—Antonino ejercitó como sus predecesores, una autoridad obsoluta bajo formas republicanas; pero su justicia, sabiduría y clemencia templaron siempre su poder. Su alma, esenta de pasiones y debilidades, conservaba siempre aquella igualdad que busca el verdadero filósofo: majestuoso sin altanería y popular sin bajeza, inspiraba á un mismo tiempo respeto y amor.

Aunque habia hecho la guerra con felicidad en el reinado anterior, la historia no ha citado sus azañas; pero nos ha trasmitido muchos rasgos de su bondad. Procónsul del Asia, en lugar de imitar el orgullo y fausto de sus colégas, logró con su moderacion y sencillez hacer amable la dominacion romana que los otros hacian aborrecible: y como dice Plutarco, «todas las lenguas lo »alababan y todos los corazones »lo querian.»

En Smirna se habia alojado en una casa soberbia, cuyo dueño estaba ausente de la ciudad. Este hombre, llamado Polemon, sofista vano y grosero, se quejó ágriamente de que se hubiese apoderado de su domicilio: Antonino se lo devolvió al instante. Cuando este príncipe subió al trono, Polemon fué á Roma, y tuvo la osadía de darle la enorabuena. El emperador le recibió con bondad, y dijo: «Quiero »que se dé aposento en mi palacio á este filósofo, y sobre to»do, que nadie lo eche de su a»lojamiento.»

Antonino pudo ser siempre liberal, porque fué económico. Cuando sus tesoreros le presentaban planes para aumentar sus rentas, les decia: «Traba»jad planes para alimentar el »pueblo y no el fisco: mejorad »el estado de la república y no »el del tesoro: buscad medios, »no para aumentar las entradas, »sino para disminuir los gastos. »La economía es el recurso mas »sólido y suave para el acrecen»tamiento de la hacienda.»

Este buen príncipe decia: «An»tes de ser emperador nada de-

»bia; despues que lo soy, nada »he tomado.» Decíanle, que su aficion á la agricultura, y la ocupacion en que se empleaba de cultivar las vides, no eran decentes á su dignidad, y respondió: «Los príncipes que no saben »hacerse iguales algunas veces á »los demás, acaban por ser inferiores á todos.»

El entendimiento de este monarca era esacto y delicado: su elocuencia fácil y agradable: su corazon esento de vicios, é hizo gozar al imperio una felicidad completa. Ocupado incesantemente en restituir á las leyes su vigor y á la relijion su reverencia, mereció ser comparado á Numa, y su ejemplo tuvo tan grande influencia en las costumbres públicas, que se le llamaba el *padre de las virtudes.*

Su vijilancia en reprimir los abusos mantenia el órden en el imperio: su firmeza contenia á los estranjeros, y así no hubo grandes sucesos en su reinado, y el silencio de la historia es una parte de su elojio, porque los historiadores, semejantes á los autores dramáticos, enmudecen cuando todos los personajes de la escena son felices; y la vida de Antonino ofrece mas virtudes para el elojio que acciones para la narracion.

Sin embargo, cuando tomó las riendas del gobierno, Britannia, Dacia y Germania se rebelaron á un mismo tiempo, como para hacer prueba de su carácter. Urbico redujo á los britannos, y añadió nuevas fortificaciones á la muralla de Adriano, y el senado le concedió el sobrenombre de Británico. Los dácios fueron castigados, y los jermanos se sometieron sin pelear. Despues de estos primeros actos de vigor, Antonino no tuvo necesidad de emplear la fuerza. Su carácter prudente y conciliador hizo tan suave la dominacion romana, que como dice Aurelio Victor, los pueblos tributarios le miraban mas bien como padre, que como señor, y todos decian, que «Antonino era un »don concedido por el cielo á la »tierra.»

Las naciones mas lejanas é independientes le elejian por árbitro de sus diferencias. La Bactriana y la Hircania le enviaron embajadores. Stangoro, rey de India, Farasmanes, rey de Iberia, y Abgaro, príncipe árabe, vinieron á Roma á rendir omenajes á este monarca virtuoso. El rey de los partos entró en Armenia al frente de un ejército, y una carta de Antonino bastó para que evacuase el pais.

Faustina, su mujer, poco digna de él, lo aflijió por su orgullo y mala conducta: el marido mostró la misma paciencia que Sócrates y quiso mejor sufrir sus caprichos que hacer público el escándalo con el divorcio. Tres años toleró sus desórdenes. Cuando Faustina murió, el senado no tuvo vergüenza de decretarle estátuas, juegos, templos y sacerdotes: Antonino lo permitió, aunque es mas absurdo colocar el vicio en el cielo, que suponer los títanes atreviéndose al Olimpo, como hicieron los antiguos poetas.

Decreto de Antonino a favor de los cristianos.—Parecia que el destino, cegando á los hombres, los llevase á divinizar tantos príncipes sanguinarios y mujeres adúlteras, para hacer despreciables á los dioses paganos, y acelerar la caida del politeismo. Los romanos, dando al vicio un culto relijioso á pesar de las luces del siglo, se mostraban al mismo tiempo injustos y crueles con la relijion de la virtud, y tenian á los cristianos por hombres turbulentos y peligrosos, cuyos principios propendian al trastorno del estado. Mientras todo el imperio bendecia la clemencia y equidad del emperador, los adoradores de Jesus eran perseguidos con los pretestos mas frívolos, aerrojados, atormentados y entregados á las fieras. Justino, célebre por su elocuencia, y despues por su martirio glorioso, disipó estas inícuas preocupaciones, publicando una elocuente apolojía de la doctrina y costumbres de los cristianos, y dirijiéndola al emperador, á sus hijos adoptivos, al senado y al pueblo romano; quejándose en ella enérjicamente de la violacion tiránica de las leyes que inflijia á tantos ciudadanos castigos espantosos, sin poderlos convencer de ningun crímen.

Antonino, digno de escuchar la verdad, dió un decreto favorable á los cristianos. En él decia: «La persecucion no hace »mas que aumentar su número. »Proibimos que sean inquieta»dos. Si alguno los acusa solo »por ser cristianos, los jueces »deberán absolverlos y castigar »al acusador.»

Mientras vivió este príncipe, gozó la Iglesia de la mas profunda tranquilidad. Como las intenciones del emperador eran siempre buenas, nunca tuvo necesidad de ocultarlas, y siempre publicaba los motivos de sus edictos. A pesar de su gran discernimiento, desconfiaba de sus pro-

pias luces, y en las cuestiones difíciles consultaba á los mas sabios jurisconsultos, como Marcelo, Jabolino y otros personajes ilustres, que eran libros vivientes, de los cuales gustaba estar acompañado.

Tan constante como severo en sus nombramientos, jamás dejó esperanza ni pábulo á la intriga, que se alimenta de las mudanzas. Los cortesanos no podian tomar otra máscara sino la de la franqueza para agradar á un monarca tan sincero. Era enemigo del artificio y de la falsedad; y así, cuando se le propuso sustituir dientes postizos á los que le faltaban, respondió sonriéndose: «Nada falso entrará en mi boca, »ni saldrá de ella.»

Su sistema pacífico debia hallar muchos detractores en un pueblo guerrero; pero cuando se celebraban en su presencia, como echándolas menos, las azañas de César y Trajano, repetia el dicho de Scipion: «mas glorio»so es salvar un ciudadano, que »matar mil enemigos.» Las tempestades políticas no aflijieron á Roma; pero sufrió los estragos de la naturaleza. El órden que Antonino guardaba en sus gastos, le dió recursos para reparar los daños que hizo en la capital una avenida del Tíber, y el hambre, los incendios y los terremotos en Narbona, Cartago y Antioquía.

TRABAJOS DE ANTONINO Y JUEGOS SECULARES.— (148) Despues de haber remediado las necesidades de la república, no omitió dilijencia para aumentar su esplendor. Los puentes de Terracina y Cayeta (Gaeta), y los acueductos de Ancio, fueron ilustres monumentos de su magnificencia. El año 900 de Roma celebró los juegos seculares con gran pompa, y satisfizo la pasion del pueblo á los espectáculos con grandes luchas de gladiadores y de fieras.

GRANDES HOMBRES EN SU REINADO.—Los príncipes que reinan segun la justicia, no temen las luces; y así Antonino protejió las letras, y animó los injenios. La época de Adriano produjo solamente al sabio Plutarco, á Arriano, á Suetonio y á Floro: Flegonte, liberto de este príncipe, habia escrito muchos libros, en uno de los cuales hay un pasaje muy digno de observacion acerca del eclipse que parece sobrevino el dia de la muerte del Redentor, el cuarto año de la olimpiada doscientos dos. El reinado de Antonino fué mas fecundo en sábios: brillaron en él Apiano Alejandrino, historiador elocuen-

te de las guerras civiles de Roma: Galeno de Pérgamo, digno rival de Hipócrates: Mácsimo de Tiro, platónico: Eliano, naturalista: el compendiador Justino: Diójenes Laercio, autor de las vidas de muchos filósofos; y el elocuente Herodes Atico, del cual desgraciadamente no se ha conservado ninguna obra. Apolonio el estóico vivia tambien en este tiempo: el emperador le pidió que viniese á Roma para dar lecciones de filosofia á Marco Aurelio; y este orgulloso filósofo, habiendo llegado á la capital, se negó á ir á palacio, diciendo que el discípulo debia venir á casa de su maestro. Antonino dijo: «No »sabia yo que habia mas distan»cia de su casa á la mia, que »desde Cálcis á Roma:» no ostante, le envió á Marco Aurelio. La modestia adornada de la púrpura imperial visitó á la vanidad encubierta bajo la máscara de la filosofia. Todas las reformas hechas por este príncipe en la lejislacion, parecian dictadas por la justicia y la humanidad. Proibió añadir tormentos á los suplicios. «La muerte, dijo, es»pia el crímen, y sirve de ejem»plo: los tormentos inspiran lás»tima para con los delincuentes.»

No permitió á los maridos infieles acusar á sus esposas de adulterio. Mitigó todas las leyes fiscales. Contra este escelente príncipe se tramó una conspiracion: el senado desterró á los conspiradores, y Antonino proibió que se pasase adelante en el proceso. «No indagueis, dijo, los »cómplices: me seria muy dolo»roso saber que hay muchos ciu»dadanos que no me quieren.» El senado, despues de una larga resistencia, le obligó á aceptar el título de *padre de la patria;* y el príncipe que mas lo mereció, fué el que lo reusó por mas tiempo.

Muerte de Antonino. — El año 161 de Jesucristo, Antonino atacado repentinamente despues de comer, de una calentura violenta, previó su muerte, confirmó la adopcion de Marco Aurelio, hizo trasladar al aposento de este príncipe la imájen de oro de la fortuna, que se guardaba siempre en el gabinete del emperador, dió al tribuno por última palabra de órden *la igualdad de ánimo*: y tranquilo al fin de una carrera llena de virtudes y esenta de vicios, pareció dormir mas bien que espirar.

Murió á los setenta y cinco años de su vida, y veintitres de su reinado. El dolor universal y lágrimas sinceras onraron su memoria. El mayor elojio que

puede hacerse de este escelente emperador, está en las palabras siguientes que pronunció en el senado su ilustre heredero.

DISCURSO DE MARCO AURELIO EN EL SENADO.—«Recuerdo sin »cesar las virtudes de mi padre »adoptivo, á quien debo y quie»ro tomar por modelo. Nadie le »igualó en la suavidad de carác»ter, en la prudencia antes de »obrar, y en la firmeza de las »resoluciones. Enemigo de la va»nagloria, indiferente á los o»nores y distinciones que lison»jean el orgullo, solo el deseo »de cumplir sus deberes era el »móvil de sus acciones. De aqui »procedian su amor al trabajo, »su constancia en el estudio, su »propension á oir todo consejo »útil, su inflecsible justicia, su »sagacidad en distinguir las cir»cunstancias que reclaman in»duljencia de las que ecsijen ri»gor. Llenaba las obligaciones »de amigo como las de empera»dor: nunca sintieron los que él »amaba el peso de su autoridad: »su complaciente amistad no era »ecsijente: gustaba del afecto, »no de las demostraciones. Los »amigos que tuvo siendo parti»cular, no le hallaron mudado »por su elevacion: era fiel y »constante en la amistad, pero »no impetuoso. Nunca fué apa»sionado, pero tampoco capri»chudo ni inconstante.»

«Moderado en sus deseos, se »contentaba con poco: siempre »vivió contento con su suerte, y »nunca se alteró la tranquilidad »de su ánimo: ninguna turba»cion ni desórden secreto le im»pedia prever con sagacidad lo »futuro. No se decidia por una »primera ojeada, por un movi»miento casual: todo lo ecsami»naba muy detenidamente, sin »conmoverse ni ajitarse, sin dar »á las cosas mas importancia de »la que merecian. Estableció el »órden mas severo en la hacien»da, y sufria sin irritarse las »burlas de los que tachaban de »avaricia su economía.»

«Demasiado grande para ser »vano, la lisonja careció de va»limiento en su corte: suprimió »todas las aclamaciones vulga»res que se prodigan, así á los »tiranos como á los buenos prín»cipes, y que parecen licencia »mas que veneracion.»

«Honraba á los dioses sin su»persticion, y ganaba el afecto de »los hombres sin hacerse popu»lar á costa de su dignidad. Su »prudencia constante le aparta»ba de todo esceso y le mantenia »siempre en un justo medio, sin »que le separase de él el atrac»tivo de las innovaciones. Su a-

»fabilidad no tenia nada de afec-
»tacion, porque procedia de su
»alma.»

«Sencillo y sin fausto, probaba
»siempre con su ejemplo que un
»príncipe para ser respetado no
»tiene necesidad ni de púrpura
»en sus vestidos, ni de ornamen-
»tos en su trono, ni de guardias
»que lo rodeen; y que aprocsi-
»mándose en su manera de vivir
»á los ciudadanos, adquiere á sus
»ojos una grandeza mas verda-
»dera. Era instruido; pero con
»la prudente medida que con-
»viene á un príncipe. No fué e-
»rudito, ni retórico, ni sofista,
»sino sabio.»

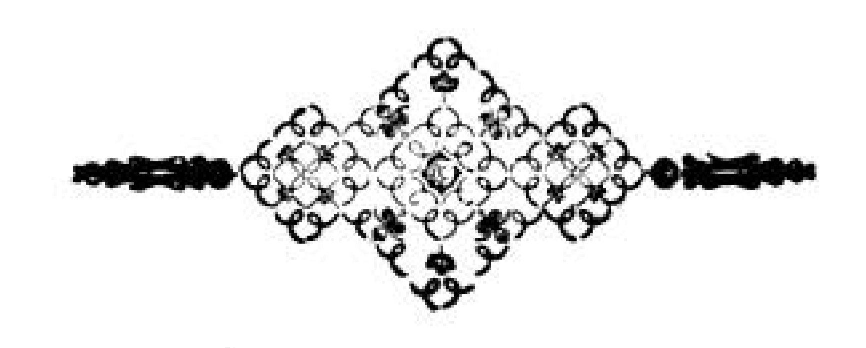
«Su razon, perfeccionada por
»la lectura y el estudio, le hacia
»capaz de gobernar á los hombres
»y á sí mismo. Como no se jactaba
»de sobresalir en las ciencias, en
»la literatura y en las artes, no
»se mostró envidioso de los que
»hacian de ellas un estudio es-
»clusivo. Su munificencia los a-
»lentaba: onraba á los verdade-
»ros filósofos, y despreciaba á
»los que envilecian este nom-
»bre, encubriendo con él sus e-
»rrores ó sus vicios. Cuidaba de
»su salud, pero no con delicade-
»za: la sobriedad le fué mas
»útil que los médicos, y la tem-
»planza le conservó las fuerzas.
»La solidez de su juicio hacia a-
»rreglada su conducta y esactos
»sus pensamientos. Sus ocupa-
»ciones y recreo fueron siempre
»los mismos; y todos los dias de su
»vida se parecieron unos á o-
»tros.»

«Su administracion era fran-
»ca y sin misterio. En el colmo
»de la grandeza no se abando-
»nó á las delicias de la vida: sa-
»bia gozar de los placeres con
»moderacion, y sufrir las pri-
»vaciones con paciencia. Sus li-
»beralidades, arregladas por la
»justicia, no tenian por objeto
»captar el favor de la muche-
»dumbre, sino cumplir una deu-
»da ecsijida por la necesidad ó
»por la costumbre. Si dió juegos
»y espectáculos no fué por fausto,
» sino para conformarse al uso.
»Las obras que construyó, fue-
»ron monumentos, no de orgu-
»llo, sino de utilidad. No sola-
»mente manejó con cuidado las
»rentas del estado, sino que miró
»como de la república los bienes
»que poseia. Censurándole su
»mujer Faustina de que prodi-
»gaba su patrimonio para aorrar
»gastos al erario, la respondió:
»*desde que hemos llegado al impe-*
»*rio ya no debemos tener propie-*
»*dad ninguna*. Estos sentimien-
»tos jenerosos no le impidieron
»suprimir varias pensiones con-
»cedidas sin razon sobre el tesoro;

»porque decia: *es cosa indigna y »cruel que la república sea saquea- »da por los que no le hacen servi- »cio alguno*. Una economía tan »razonable vale mas, sin duda, »que la estrema liberalidad de »Tito.»

«No se inventaron en su pala- »cio nuevos manjares, modas ni »deleites: lo mas sencillo le agra- »daba mas. Esento de dureza, te- »meridad y codicia: bueno, pru- »dente y moderado en todo, me- »reció que se dijese de él lo que »de Sócrates: que era el único »mortal capaz de abstenerse y »gozar de los bienes, cuando el »vulgo de los hombres, ni sabe »usar de ellos, ni sufrir su pri- »vacion.»

Despues de este elojio de la sabiduría, hecho por la verdad, el senado concedió á Antonino *el piadoso* los onores divinos; y si la apoteosis fuese discul- pable, la suya era mas de perdo- nar, que la de cuantos dioses a- doró Roma jentil en sus altares. El nombre de Antonino fué tan respetable, que por espacio de un siglo todos los emperadores tuvieron á mucha gloria llevarle, como sucedió con el de Augus- to. Pocos fueron capaces de sos- tenerlo con dignidad.



CAPITULO XXV.

MARCO AURELIO Y LUCIO VERO.

(Año de Roma 912.—De Gracia 161.)

Asociacion de Lucio Vero al imperio.—Nacimiento de Cómmodo —Persecuciones ejercidas con los cristianos.—Guerra con los partos.—Administracion de Marco Aurelio.—Peste salida de un cofre de oro —Guerra de los marcomanos y cuados, y batalla de Aquileya.—Muerte de Vero.—Derrota de Marco Aurelio.—Usurpacion de Avidio Casio.—Muerte de Casio.—Hombres célebres en esta época.—Filosofía de Marco Aurelio.—Su muerte.

ASOCIACION DE LUCIO VERO AL IMPERIO.—Lucio Vero, conforme á los deseos de Adriano, habia sido adoptado por Antonino; mas no designó por su sucesor sino á Marco Aurelio. Este, en vez de aprovecharse de esta disposicion, quiso repartir el trono con su hermano adoptivo: el senado accedió á su deseo, y por la primera vez fué gobernada Roma por dos emperadores. El poder de ambos era igual, pero los caractéres opuestos. Marco Aurelio era justo, activo, constante, firme, enemigo de la molicie: no buscaba su felicidad sino en sus deberes, y solo se acompañaba de hombres virtuosos. Lucio Vero era disoluto, entregado á las delicias, amigo de libertos y prostitutas: tenia todos los vicios, menos la ingratitud y la crueldad. Aunque perezoso, no carecia de talentos, manifestaba mucho respeto á Marco Aurelio, y procuraba imitar en público su gravedad filosófica. El uno se encargó de todas las dificultades y trabajos del poder supremo: el otro de gozar todos sus placeres. Grandes tempestades y desgracias amenazaban entonces al imperio por to-

das partes; y parecia que el cielo, atento á la conservacion de Roma, proporcionó el vigor de Marco Aurelio á las calamidades que sobrevinieron en su reinado. El arte favoreció á la naturaleza para darle fuerza con que triunfase de tantos males. En su juventud tenia el estómago muy débil: Demetrio y Galeno, le hicieron tomar diariamente un remedio compuesto por ellos, el cual fortificó en gran manera su complecsion. Este medicamento, cuya primera composicion se atribuye á Mitridates, se ha conservado siempre en el uso de la medicina, con el nombre de *triaca*.

Al fin del primer año de este reinado nació, para desgracia del mundo, Cómmodo, hijo de Marco Aurelio y de Faustina. Terremotos orrendos, una avenida del Tiber que sumerjió parte de Roma, el incendio de muchas ciudades, la ambre en Italia y la peste en Oriente, fueron los fenómenos que acompañaron el nacimiento de este mónstruo. Los sacerdotes paganos atribuyeron las calamidades públicas á los progresos del cristianismo. Los emperadores hubieron de ceder al torrente del odio que inspiraban los predicadores de la caridad. En todas partes fueron perseguidos: Justino en Roma, y Policarpo en Smirna, cuyo obispo era, recibieron la corona del martirio. Si Marco Aurelio no pudo impedir esta injusticia, moderó su violencia, y escribió á los gobernadores de las provincias proibiéndoles perseguir á los cristianos que no predicasen públicamente su culto.

Guerra con los partos.—(165) Los pueblos estranjeros, viendo el imperio debilitado por la ambre y la peste, creyeron favorable la ocasion para vengarse, y añadieron á aquellos azotes el de la guerra. Volojeses, rey de los partos, entró en Armenia, destrozó las lejiones que habia en ella, y arrojó de Siria al gobernador romano Atilio Cornelio. Al mismo tiempo los cattos hicieron una invasion en Recia y se rebelaron los britannos. Calpurnio Agrícola, digno de su nombre, sometió á estos bárbaros con refuerzos que hizo pasar de la Galia á la isla. Aurelio Victorino rechazó á los cattos. Los partos eran mas dificiles de vencer. Estos temibles enemigos daban mas cuidado á Roma, y el senado creyó que su guerra merecia la presencia de uno de los emperadores. Vero solicitó el onor de dirijirla; los

placeres del viaje, la suavidad del clima, los deleites del Asia le llamaban al Oriente mas que la gloria; y con el título de césar queria vivir como Antonio.

ADMINISTRACION DE MARCO AURELIO.—Marco Aurelio, que conocia su molicie, le rodeó de hombres capaces de gobernar por él, y se quedó en Roma aplicado enteramente á la administracion y á la reforma de los abusos. Abrevió los procesos, encargó á los notarios que tuviesen archivos del estado civil, creó pretores, llamados *tutelares*, á los cuales confió los intereses de los menores, y abolió la ley que mandaba ecsaminar, cuando moria un ciudadano, la naturaleza, orijen y lejitimidad de sus bienes: ley tiránica, motivo de despojos y maldades. Como hacia el bien por equidad, y no por orgullo, consultaba á los senadores y decia que «no podia entender »cómo un hombre solo estimaba »en mas su parecer que el de »muchos sabios.» Aumentó la dignidad del senado, le entregó la decision de todos los negocios, y aun de aquellos que antes de él se reservaban al consejo privado. Asistia el primero de todos á las sesiones de la curia, aun cuando no tenia que hacer ninguna proposicion, y no salia sino cuando el cónsul disolvia la asamblea. Confiaba á los senadores mas distinguidos los grandes empleos y principales gobiernos, persuadido que el buen écsito de la administracion depende mas de las buenas elecciones del príncipe que de sus decretos. Sus leyes eran iguales para todos: el favor no pesaba nunca en la balanza de la justicia. Hizo los tributos mas lijeros suprimiendo las esenciones, reformando el lujo, y empleando los fondos del erario en solos los gastos públicos. Ninguna intriga tenia crédito, ningun servicio quedaba sin recompensa, ningun momento era perdido: fiel á las reglas que se habia impuesto, ni descuidaba ni precipitaba los negocios, y prestaba su atencion aun á los menores. Para completar su elojio bastará añadir los defectos que sus detractores hallaban en él: decian que era demasiado grave y económico, *demasiado bueno*. El mismo Marco Aurelio pintó su retrato cuando dijo: «Un »buen emperador es la imájen »de un dios, cuyo templo es el »mundo, y cuyos sacerdotes son »los hombres virtuosos.» Rehusó todos los títulos que prodiga la adulacion y desea la vanidad; pero mereció todos los que da el agradecimiento.

Operaciones militares de oriente.—El Oriente presentaba á los ojos de los romanos un espectáculo muy diverso. Vero, descuidando los asuntos del gobierno, olvidando la guerra, y temiendo mas el fastidio que á los partos, habia fijado su domicilio en los jardines deliciosos de Dafne, cerca de Antioquía. Desde este lugar, consagrado á Venus, escribia cartas injeniosas y filosóficas á Marco Aurelio, enviaba órdenes á sus jenerales, y dejando reinar á su coléga y pelear á sus lugartenientes, se adormecia muellemente en el seno de los placeres. Felizmente Marco Aurelio, habiéndolo previsto todo, le habia dado lugartenientes hábiles, que hicieron la guerra con felicidad. Stacio Prisco derrotó un cuerpo enemigo y tomó á Artajata: Casio y Marcio Vero, despues de vencer á Volojeses en batalla campal, se apoderaron de Seleucia, quemaron á Babilonia y á Ctesifonte, y demolieron el soberbio palacio del rey de los partos. Esta guerra duró cuatro años, y aunque la historia no haya contado sus circunstancias, el resultado prueba que los romanos se mostraron dignos de su antigua fama; pues dictaron al enemigo las condiciones de la paz, y le quitaron todas las conquistas que habia hecho.

Peste salida de un cofre de oro.—La gloria de las espediciones lejanas es mas costosa que útil. Los romanos, despues de derrotar ejércitos de cuatrocientos mil hombres, y llevar sus armas al Oriente del Tigris, habiendo cojido un cofre de oro en los subterráneos del templo de Apolo, que habia en Babilonia, trajeron en aquel funesto trofeo al Occidente el jérmen de una peste orrible, cuyos estragos fueron tales, que primero el ejército y despues el imperio perdieron una gran parte de sus fuerzas.

Guerra de los marcomanos y cuados, y batalla de Aquileya.—(169) Los sármatas, cuados y marcomanos, pueblos que habitaban lo que hoy es Polonia, Moravia y Bohemia, incitaron á las armas á los jermanos. Todos se reunen creyendo que era llegada la ora de libertar el mundo y derribar el imperio de Roma. «No ha triunfado, decian, sino »por nuestras divisiones: unámonos y caerá.» Las fronteras estaban desguarnecidas: las salvan, llevando por todas partes la muerte y el terror, y su vanguardia penetra en Italia. A la noticia de su llegada, Marco Aurelio sale prontamente de la ca-

pital con Pompeyano y Pertinaz, sus jenerales, marcha contra el enemigo, y lo rechaza; pero los bárbaros, habiendo recibido refuerzos, no tardaron en presentarse mas formidables. Roma consternada, aflijida por la peste y el ambre, creia ver renacer los tiempos de la invasion de cimbros y teutones. Mientras que Marco Aurelio oponia á tantas calamidades los recursos de la prudencia y del valor, el senado mandó hacer sacrificios espiatorios y lustraciones: solemnidades acostumbradas en los peligros públicos, y que se llamaban *lectisternia*, porque los pontífices paseaban por las calles las imájenes de los dioses, acostadas en lechos de oro. Vero habia vuelto entonces á Roma: recibió del senado el título de *Pártico* por las victorias de sus jenerales, y la hija de Marco Aurelio en casamiento. Sus costumbres le hacian tan indigno de este matrimonio, como sus trabajos de aquel sobrenombre.

Los dos emperadores, habiendo reunido todas sus fuerzas, atacaron á los marcomanos y cuados cerca de Aquileya. El número se resistió largo tiempo contra la táctica y el valor. Marco Aurelio perdió la flor de su ejército en esta batalla, siendo uno de los muertos Furio Victorino, capitan de su guardia; pero en fin, despues de una accion larga y disputada, el emperador, que habia mostrado en sus disposiciones la habilidad de Scipion, y en el combate el valor de Mario, derrotó completamente á los enemigos, y los arrojó de su campamento. Los marcomanos pidieron una tregua. Vero queria que se les concediese porque tenia prisa de dejar el aparato militar y de volver á los placeres de Roma. Marco Aurelio no lo consintió: persiguió al enemigo hasta los Alpes sin dejarlos descansar, los batió en reencuentros diarios, y los obligó á volver á pasar sus fronteras.

MUERTE DE LUCIO VERO.—(170) Despues de esta gloriosa campaña los dos emperadores formaron el designio de pasar el invierno en Aquileya; pero el temor de la peste los hizo volverse á Roma. Vero falleció en el camino de una apoplejía, á los cuarenta y dos años de edad y nueve de reinado. Hasta entonces habia sido inútil; mas ya empezaba á ser peligroso, porque animado por la escesiva bondad de Marco Aurelio, iba sacudiendo su yugo, y daba á instigacion de sus libertos y sin consultar á su coléga, decretos dignos de un tirano.

El senado y el pueblo se negaban á divinizar á Vero: Marco Aurelio venció su repugnancia. Su respeto piadoso á la memoria y al nombre de Antonino no disculpa esta debilidad; pero el imperio era feliz en que su príncipe no pecase sino por un esceso de bondad y gratitud. Marco Aurelio dió en matrimonio su hija Lucila, viuda de Vero, á su lugarteniente Pompeyano, en el cual se estimaban mucho el talento, la esperiencia y un vigor digno de los hermosos tiempos de la república. El emperador creia que nunca recompensaba demasiadamente á los jenerales capaces de mantener el órden en el ejército, y repetia á menudo estas palabras de Ennio: «La antigua disciplina y »los hombres severos que la mantienen, son el fundamento y el »apoyo de la república.» Mas aplicado al gobierno del imperio que á su persona, y familia, corrijió las costumbres del pueblo; pero no pudo remediar los desórdenes de su casa. Ignoraba la conducta de su mujer Faustina que envilecia el palacio: Lucila no fué mas virtuosa, y á pesar de los sabios maestros que rodeaban á Cómmodo, los vicios de su infancia anunciaban sus crímenes futuros.

Los enemigos habian sido vencidos, pero no estaban desalentados. La idea de su reunion, nueva para ellos, habia aumentado su valor, sus fuerzas y sus esperanzas. Desde el Borístenes hasta el Rin, y desde el mar Báltico hasta el Danubio, todos los pueblos tomaron las armas. Inumerable ejército de suevos, queruscos, cattos, vándalos, sármatas, cuados y marcomanos amenazó el imperio.

Derrota de Marco Aurelio.— Marco Aurelio con pocas fuerzas se opuso á este torrente y lo atacó cerca del Danubio; pero á pesar de su habilidad y valor perdió la batalla. Veinte mil romanos perecieron en ella: los demás huyeron y fueron perseguidos hasta Aquileya. El terror era jeneral, y se creia perdido el imperio; pero un honbre solo conservando la esperanza y el valor, lo reparó todo. Reunió Marco Aurelio á los valientes, animó á los tímidos, defendió intrépidamente la plaza, costeó al enemigo sin comprometerse, le dejó consumir sin fruto sus víveres, su tiempo y sus fuerzas, recibió nuevas tropas, tomó la ofensiva y á su vez derrotó á los bárbaros. Aprovechándose de la division que esta victoria habia producido entre los aliados, los obligó á todos á hacer la paz, y

volvió á Roma á gozar de un triunfo merecido.

En la misma época los mauritanos habian invadido la España: los aldeanos de Ejipto se habian rebelado; pero los gobernadores de la península arrojaron á los africanos, y Casio restableció en Ejipto la tranquilidad.

Marco Aurelio gozó poco tiempo de la paz, que no era un descanso para él, porque trabajaba contínuamente en reparar las pérdidas ocasionadas por los desastres naturales ó por la guerra, en reformar los abusos, en aliviar á los pueblos y en perfeccionar la lejislacion. Su ejemplo era todavía mas eficaz que sus leyes, porque el pueblo, que le profesaba mucho amor y respeto, se complacia en imitarle; pero si la filosofia formó hombres virtuosos, formó tambien hipócritas; y muchos cortesanos tomaron la capa del estoicismo, esperando adquirir fortuna bajo este disfraz.

Marco Aurelio, superior á todos los hombres por sus luces y las cualidades de su alma, parecia igual á ellos en la manera de vivir. Modesto como la virtud, y sencillo como la verdad, inspiraba con su poder confianza y no temor, porque no era mas que el conservador de la libertad.

Los bárbaros no le dejaron mucho tiempo en Roma, y esta vez no fueron ejércitos, sino pueblos enteros los que se precipitaron sobre el imperio romano. La última guerra y el azote de la peste habian casi destruido las lejiones: el tesoro estaba agotado: las pocas fuerzas que restaban, guarnecian, divididas, inmensas fronteras: no podian sin peligro traerse tropas de Britannia, España, Africa y Asia. Desde la segunda guerra púnica no habia estado Roma espuesta á un peligro mayor. La misma crisis ecsijió los mismos remedios: se alistaron los gladiadores, los esclavos y aun los desterrados que habia en Dalmacia, Dardania y Mesia.

Para suplir la penuria del tesoro, el emperador vendió sus muebles y los de su mujer. Tal era el egoismo de los romanos de aquella época, que todos decian carecer de dinero para contribuir á los gastos de la guerra, y todos lo tuvieron en abundancia para comprar los cuadros, vasos, vajilla, estátuas y diamantes del príncipe y de Faustina; y así Marco Aurelio costeó casi solo el armamento que ecsijia la defensa de Roma.

Reunidas sus fuerzas, marchó rápidamente contra los marco-

manos y cuados, pasó el Danubio por un puente de barcas, y asoló el pais enemigo. Los aliados de estos, viéndolos vencidos, los abandonaron; pero aunque solos, pasaron otra vez el rio y obligaron á las lejiones á replegarse. El emperador, que se esponia siempre en la primer fila, fué por un momento el blanco de los dardos contrarios. Este peligro le hizo conocer el amor que sus soldados le tenian, porque acudieron en gran multitud á servirle de escudo con sus cuerpos.

Los bárbaros, para cubrir su retirada, habian dejado un cuerpo de infantería, sostenido por caballería. El emperador lo atacó y persiguió precipitándose en demasía. La fuga de los enemigos era una estratajema: mientras que los romanos avanzaban imprudentemente, los bárbaros atraviesan los bosques y los rodearon. De repente aparecen en todas las alturas, guardan todas las avenidas, y embisten á las lejiones por todas partes: en vano intentan los romanos abrirse paso por medio de aquella muchedumbre: la aridez del lugar, el cansancio, las heridas, el ardor del sol que reflejaba de las montañas y la sed, agotan las fuerzas de los romanos, y no les queda mas recurso que la muerte ó el cautiverio.

En vano procura el emperador despertar su valor y alentarlos con la esperanza: ni pueden seguirle, ni aun levantarse para escucharle. Pero de improviso se cubre el cielo de nubes, cae una lluvia abundante, el soldado recibe con ánsia en su boca el agua saludable, la recoje en su yelmo, y recobra ánimo, valor y vida. Al mismo tiempo descargaba sobre los bárbaros una tempestad muy diferente, toda de fuegos, rayos y granizos. El terror se apodera de ellos: los romanos los atacan y auyentan, y hacen en ellos una orrible matanza. Dion, Suidas y Porfirio, atribuyen este fenómeno portentoso á los magos que seguian á Marco Aurelio en el ejército; pero de los escritos de este príncipe consta el desprecio con que miraba el charlatanismo de la májia. Temistio y Claudio Capitolino, creen que la piedad del emperador fué premiada con este prodijio, por el cual se dieron solemnes gracias á los dioses, y se grabó en la columna de los Antoninos esta inscripcion: «A »Júpiter fulminante y lluvioso.» Segun los autores eclesiásticos, siempre crédulos y siempre mas inclinados á apoyar mentiras pa-

ra dar peso á sus escritos, el milagro fué debido á las oraciones de la lejion metilina, compuesta toda de cristianos. Pero como la verdad del cristianismo es independiente de semejantes tradiciones, confesamos, apoyados en los críticos mas escelentes, como los Pagi, los Tillemont y otros, la incertidumbre de un hecho desnudo de pruebas sólidas. ¿Hubiera Marco Aurelio confundido al Dios de los cristianos con Júpiter? Es cierto que la lejion se llamaba fulminante, pero llevaba este nombre desde Trajano. Tertuliano sostiene que Marco Aurelio informó al senado del socorro milagroso que los cristianos le habian dado; pero esto absolutamente es una mentira, porque su carta no ecsiste, y la que se le atribuye es enteramente falsa; lo que se comprueba con que despues de esta época, el emperador continuó la persecucion contra el cristianismo (1).

Despues de esta victoria inesperada no dejó Marco Aurelio al enemigo tiempo para reparar sus pérdidas, y lo persiguió sin intermision. Trató á los prisioneros con tanta humanidad, que los bárbaros, cediendo no tanto á sus armas como á sus sentimientos jenerosos, le pidieron la paz. El rey de los sármatas, movido de su clemencia, le restituyó diez mil cautivos y ochocientos soldados prisioneros. El emperador concluyó un tratado con cada pueblo: el ejército le dió el título de *emperador*, y á Faustina el de *madre de los campamentos*.

Una rebelion peligrosa en el Oriente obligó al príncipe á terminar con prontitud la guerra del Norte. En el momento que estaba rodeado por los bárbaros, se esparció por todo el imperio la noticia de su muerte y de la ruina de su ejército. La perversidad propagó esta voz, el miedo la creyó, y la ambicion se aprovechó de ella.

USURPACION DE AVIDIO CASIO. —Avidio Casio mandaba el ejército de Asia: era natural de Siria é hijo de Heliodoro, secretario de Adriano: valiente, firme, sagaz, activo, de espíritu penetrante, estimado de los buenos ciudadanos por su vigor en el mando y mácsimas republicanas, y amado de los malos por su induljencia para con los viciosos y su amor desenfrenado á los placeres. Era comparable á Caton en sus opiniones y discursos,

(1) Véase la obra *Memoires de l'Academie des Inscr.* t. 18.

y á Catilina en sus costumbres. Vero, á pesar de su indolencia, conoció la ambicion de este jefe, le acusó de que aspiraba al imperio é instó á su colége á que le mandase matar. Marco Aurelio escribió entonces á Vero: «Casio es un jeneral esperi»mentado, útil y necesario á la »república: es indigno de un em»perador condenar sin pruebas »á un ciudadano; y ¿de qué nos »serviria esta iniquidad? Acuér»date del dicho de Adriano: *nin»gun príncipe ha podido matar á »su sucesor*. Nuestra fuerza es la »justicia; y si el cielo ha dado á »Casio prendas dignas del trono, »es mejor que reine, que asegu»rar el imperio á nuestros hijos »por una injusticia ó por una »maldad.»

Hay quien diga con mucho fundamento, que el ambicioso Casio habia seducido á Faustina, y que esta princesa, viendo anciano ya á su marido, y previendo su muerte prócsima, formó el proyecto de reinar segunda vez, recibiendo á Casio en su lecho y en su trono. Nada tiene esto de increible, pues la emperatriz era una segunda Messalina; mas sea de esto lo que fuese, apenas se estendió la falsa noticia de la derrota y muerte de Marco Aurelio, Casio, ó creyéndola ó finjiendo creerla, hizo que el ejército de Siria le proclamase emperador. Todas las provincias del Oriente vieron con placer á un sirio en el trono, porque esperaban de él favor y proteccion singular. La Judea, el Ejipto, los partos y la Armenia reconocieron al usurpador, cuyo talento y valor tenian esperimentado; y en Italia tuvo por partidarios á todos los que fiándose en sus palabras, se lisonjeaban de que restableceria la república, y al gran número de los que esperaban con mas fundamento que volviesen á reinar las costumbres corrompidas de los Otones, Vitelios, Calígulas y Nerones.

MUERTE DE CASIO.—Marco Aurelio, pacificada la Jermania, marchó contra el rebelde Casio, que ya habia ocupado todos los paises comprendidos entre el Eufrates y el monte Tauro. El nuevo césar intentó apoderarse del Asia menor y de la Grecia; mas Herodes Atico, resistiendo á sus súplicas y amenazas, persuadió á las ciudades griegas que se conservasen fieles, á ejemplo de Atenas. La rebelion, que habia crecido con los sucesos favorables, pereció con este revés. Los soldados de Casio le asesinaron creyendo reparar su crímen con

esta traicion. La usurpacion habia durado tres meses. La cabeza de Avidio fué llevada á Marco Aurelio, que en lugar de recibirla con alegría, se quejó de que le hubiesen quitado la ocasion de perdonar. Decia que «si »el ser juez de un enemigo puede tenerse por felicidad, es so»lo porque hay entonces una »fuerte pasion que domar y una »grande accion que hacer.»

Faustina, para ocultarle su complicidad, pedia con ardor que se castigase á los hijos y partidarios del rebelde; y el senado se mostraba dispuesto al rigor, segun su costumbre. El emperador escribió á los senadores lo siguiente: «Suplícoos padres cons»critos que no castigueis con de»masiado rigor á los culpados, y »que atendais á vuestro carácter »y al mio. A ningun senador se »le quite la vida, ni se derrame »la sangre de persona alguna dis»tinguida: tornen los desterra»dos y disfruten de sus bienes. »Yo quisiera poder restituir la »vida á los que la han perdido: la »venganza es indigna de un em»perador. Perdonareis á los hi»jos de Casio, á su yerno y á su »mujer: vivan seguros y entren »en posesion de cuanto tenia Ca»sio: permítaseles vivir en don»de quieran, para que sean unos »testigos vivientes de vuestra »clemencia y de la mia. Tam»bien pido que todos los senado»res y caballeros romanos que »han tenido parte en esta rebe»lion, queden por vuestra auto»ridad esentos de la pena de »muerte, proscricion ó infamia: »en una palabra, libres de todo »castigo. Dígase en onra vuestra »y mia, que esta rebelion no »costó la vida sino á los que mu»rieron en los primeros alboro»tos de la guerra.»

En vano le representaron que su mansedumbre daria atrevimiento á los malévolos para conspirar contra su vida: «La »tiranía, respondió, y no la »bondad es el riesgo de los prín»cipes. Neron, Calígula y Domi»ciano perecieron por disolutos: »Galba por mezquino: Oton y »Vitelio por indignos de reinar; »pero los dias de Trajano, Ner»va, Adriano y Antonino han »sido amables y respetados.»

La respuesta de este escelente príncipe era tan noble como cierta, y digna de que los reyes despóticos la tuviesen presente.

Marco Aurelio pasó á Siria, disipó los restos de la sedicion, aseguró con una amnistía á los partidarios de Casio, apaciguó con su prudencia los alborotos de Ejipto, colmó de beneficios á

la ciudad de Alejandría, contuvo por su firmeza las irrupciones de los partos, quemó en Antioquía todos los papeles del usurpador sin leerlos, y recibió en esta ciudad los omenajes que todos los príncipes del Oriente pagaron á su virtud mas bien que á su poder.

Poco tiempo despues murió la emperatriz Faustina. El emperador, ó ignorando sus vicios, ó esperando encubrirlos con el velo de la piedad, mandó que se la hiciesen todos los onores acostumbrados, y se le erijiesen, como á Venus, templos, vírjenes y sacerdotes. Imperdonable era ciertamente esta fátua ceguedad en tan gran príncipe con una mujer tan culpable y escandalosa; pero es menester decir con un poeta

¿Dónde hay hombre sin error
y rey sin debilidad?

Continuando su viaje, dió grandes privilejios al comercio de Smirna, y favoreció la ciudad de Atenas, centro de la filosofia. Iniciósе en los misterios de Céres, y asignó fondos de que se mantuviesen los profesores de cada secta filosófica. Pasó despues á Italia, y respetando el uso antiguo de no presentarse en tiempo de paz sino como ciudadano, depuso el traje militar, y mandó á todos sus soldados que vistiesen la toga. Despues de ocho años de ausencia volvió á Roma, mandó dar á cada ciudadano ocho monedas de oro, y perdonó todas las deudas al tesoro público, que tenian cuarenta y dos años de atraso. En esta ocasion Cómmodo, su indigno hijo, tomó el traje viril. El emperador le nombró príncipe de la juventud y cónsul, y le designó por heredero. Toda Roma, que debia recelar del hijo de Faustina, miraba con amor y esperanza al de Marco Aurelio. Mostróse en el carro de triunfo al lado de su padre, participando de los onores decretados á la gloria y á la virtud, el mismo que poco despues colocó el delito en el trono.

El emperador, cuya vida entera se habia gastado en batallas y viajes, dejó por algun tiempo al senado el cuidado de los negocios, y se retiró á su casa de placer en Lavinio, donde escribió muchas obras, siendo su destino servir de modelo á los príncipes por sus escritos como por sus acciones.

Hombres celebres de esta epoca.—Hubo en este tiempo escritores célebres: Sesto Empírico, sobrino de Plutarco, que

ecsajerando la debilidad de la razon, cayó en el pirronismo: Frontino, orador famoso: Apuleyo, africano, acusado de májia y que los paganos han comparado á J. C., y conocido por su injeniosa fábula del *Asno de oro*: Luciano, cuyas burlas picantes, mas temibles que las armas de los tiranos, y que los argumentos de los filósofos, destronaron á los dioses del Olimpo: el sofista Filostrato, que escribió la vida maravillosa y novelesca de Apolonio de Tiana: Pausanias, á quien debemos las *Antigüedades de Grecia*: Aulo Gelio, gramático elegante é instruido: Celso, enemigo de los cristianos y causa del martirio de san Justino; y en fin, Ateneo, cuyas indagaciones han sido tan útiles á los sabios. Al concluir el imperio de Constantino, daremos á conocer á los principales escritores latinos por su mérito, y mirados como las fuentes de la historia romana.

Nuevas calamidades turbaron en breve la tranquilidad del imperio romano. Smirna, Cartago, Efeso y Nicomedia fueron destruidas por terremotos: el emperador reedificó estas ciudades é indemnizó las pérdidas de los habitantes. Grecia y Roma, divinizando toda la naturaleza, habian colocado en el cielo las virtudes y pasiones del hombre, y aun sus vicios. Marco Aurelio fué el primero que consagró un templo á la beneficencia. Nadie como él era mas digno de ser su fundador y su pontífice, y toda su vida lo fué de esta divinidad alegórica.

Una nueva irrupcion de los scitas, yácijes y de los sármatas obligó al emperador á volver á tomar las armas. En lugar de imitar á sus predecesores, que disponian de la fortuna pública como si fuera bien propio, pidió al senado el permiso de tomar en el erario las sumas necesarias para los gastos de esta guerra: «Padres conscriptos, les decia: »no puedo tocar al tesoro sin »vuestro consentimiento. No so»lo os pertenece á vosotros y al »pueblo, sino tambien mi pala»cio y todo cuanto poseo.»

Su reinado hizo respetar la verdadera filosofia, que produce sabios y no oradores. «La »secta de los estóicos, dice Mon»tesquieu, se estendia y acredita»ba en el imperio. Parecia que la »naturaleza humana hubiese he»cho un esfuerzo para producir »aquella secta admirable, que era »como las plantas que la tierra »produce en los lugares donde »nunca dá el sol. Siente uno en »sí mismo un placer secreto cuan-

»do se habla de este emperador, y »no puede leerse su vida sin cier»ta ternura; tal es el efecto que »produce, que llega uno á tener »mejor opinion de sí mismo, por»que la tiene de los hombres.» La lectura de las mácsimas de Marco Aurelio y el cuadro de su vida elevan el alma. En él se ve á un soberano filósofo penetrado íntimamente de sus deberes, respirando solo justicia y humanidad y no haciendo caso del mérito esterior cuando le falta el fundamento del verdadero mérito como es la virtud.

Bajo semejante príncipe la filosofía moral no podia dejar de florecer; pero como de todo se abusa, muchos cubrieron sus pasiones con el manto de la filosofia y fueron hipócritas para ganar la confianza de un sabio. El injenioso Luciano ridiculizó á los falsos sabios y á los falsos dioses. Por él conocemos á dos célebres impostores, Peregrin y Alejandro. El primero, cubierto de crímenes, se hizo cristiano, llegó á ser sacerdote, lo encarcelaron en Roma en donde los cristianos le reverenciaban como á un confesor y un mártir. Puesto en libertad y escluido despues de la sociedad de los fieles por algunas faltas, ejecutó el papel de cínico, insultó á todo el mundo, se atrajo el odio y el desprecio jeneral, y se quemó solemnemente en los juegos olímpicos, creyendo adquirir por este medio la gloria de Hércules. Alejandro la echó de profeta engañando por espacio de veinte años al siempre crédulo pueblo, y lanzando invectivas contra los cristianos y epicúreos, á quienes acusaba de ateismo porque con justicia le escarnecian.

Filosofia de Marco Aurelio. —Antes de salir de la capital, dejó casado á su hijo Cómmodo con Crispina, hija de un senador distinguido, llamado Valente. A su salida, los senadores, caballeros y muchos ciudadanos, admiradores de sus virtudes, le rogaron que les diese reglas para su conducta privada y pública, y les esplicase la doctrina sublime de la filosofia estóica, por la cual resistia á todas las pasiones, triunfaba de todas las debilidades, y hacia su felicidad y la del mundo.

El emperador condescendió á sus deseos, y tardó tres dias en esplicar los principios que dirijian sus pensamientos y acciones. En otro tiempo tribus ignorantes y selváticas queriendo constituirse en sociedad, habian elejido á hombres sabios por lejisladores, tales como Thaut,

Moisés, Licurgo, Solon, Zoroastro y Numa: en todos los siglos la infancia y juventud han buscado una instruccion útil en las escuelas; pero es único en la historia el espectáculo de un pueblo corrompido por la opulencia y el esceso de la civilizacion, y de un senado orgulloso y dominador de los reyes, sometidos no al poder de un príncipe, sino á la sabiduría de un hombre, y que le piden lecciones, mácsimas y preceptos, con la esperanza de ser tan felices como él, imitando sus virtudes.

Marco Aurelio, formado por maestros y sabios de diferentes sectas, mezclaba en su doctrina, no sin habilidad, la severidad de Zenon, la dulzura de Platon y la moderacion de Sócrates. Trató de persuadir al pueblo, que le escuchaba, la ecsistencia de un Dios providencial, alma del mundo, del cual eran emanaciones las de los hombres: é inferia de este principio, que siendo uno mismo el orijen de todos los mortales, están obligados no solo á tolerarse, sino á *ausiliarse y quererse.*

Segun él la Providencia, que anima y conserva el universo, no puede tener mas objeto en sus operaciones que el bien jeneral; y lo que parece mal en alguna de las partes, es necesario y contribuye al bien del todo.

El hombre consta de materia y espíritu: el placer y el dolor corporal no deben encadenar su alma, que es de una naturaleza particular, y tiene la propiedad de modificarse como quiere, y sentir placer ó pena, segun la opinion que forma de los objetos. LA OPINION ES, PUES, LA REINA DEL MUNDO.

Los placeres engañosos y los dolores pasajeros de un cuerpo frájil no constituyen ni la felicidad ni la infelicidad del hombre: la felicidad solo depende de su alma. El hombre es feliz cuando su alma se conforma con su naturaleza, y desgraciado cuando se separa de ella. La naturaleza del alma ecsije que semejante á la Providencia, de la cual tiene su orijen, se mantenga siempre igual y serena, que domine y dirija la materia, y que no tenga en sus pensamientos y acciones otro objeto que el órden y el bien jeneral. Así no hay otra dicha para el alma sino conformarse al órden, ni otra desgracia que alejarse de él· todas las virtudes son elementos de su felicidad: todos los vicios, de su infortunio. Lo que pertenezca al cuerpo, debe serle casi indiferente y como estranjero; y

así mientras viva con él, debe elevarse sobre las pasiones, desdeñar lo que es perecedero, sufrir los males con paciencia, y gozar de los placeres con moderacion.

Las consecuencias de estos principios, fecundos en moral, y esplicados sábiamente por el emperador, demostraban al pueblo admirado la conecsion íntima de la felicidad y la virtud, y lo conducian á la práctica de las buenas acciones por el amor bien entendido de sí mismo. La ignorancia y el vicio son orgullosos; el mérito y la ciencia hacen al hombre modesto. Lejos de mostrarse orgulloso por sus conocimientos y escelentes cualidades, las atribuia con aquella modestia que es compañera inseparable del mérito, á sus padres y á los maestros de que en su juventud le habia rodeado la prevision de Antonino. «Si he tenido, dijo, alguna mansedumbre »y moral, lo debo á las lecciones de mi abuelo. Mi bisabuelo »me hizo conocer la necesidad »del estudio. Mi padre me enseñó la modestia: mi madre la »piedad: mi ayo, acostumbrándome á la paciencia, me enseñó »á no aborrecer sino la delacion »y la injusticia. Diógnito me hizo despreciar la májia, las evocaciones, el charlatanismo y la »supersticion. Baco, Tíndaris y »Numiano, me dieron á conocer »los peligros de la molicie y las »ventajas de fortificar el cuerpo »con el ejercicio, y el espíritu »con el trabajo. Desde mi infancia me habituaron á acostarme »en el suelo, á arrostrar el rigor »de las estaciones, y á escribir »diálogos, en que me daba á mí »mismo cuenta de mis meditaciones. Rústico me acostumbró »á combatir contra el deleite, á »reformar mis costumbres, á »precaverme contra el orgullo »de los sofistas; y le prometí no »hablar ni escribir sino en defensa de la verdad, meditar el »libro de Epitecto para defenderme de mis propias debilidades, y ser siempre induljente »con las de los otros. Apolonio »me enseñó á mantenerme libre »y entero, á escuchar solo la razon, á conservar la serenidad »de alma en las penas, á reunir »siempre la bondad y la severidad; y en fin, á preferir la virtud á la ciencia.»

«La gravedad de Sesto me demostró la necesidad de respetarme á mí mismo, de vivir como lo ecsije el orijen divino »del alma, sufrir como un mal »necesario los defectos de los otros, ser sensible á la amistad é

»inaccesible á la cólera. Los con»sejos de Alejandro el gramático, me habituaron á discutir »sin irritacion, á evitar toda es»presion picante ó injuriosa, á »defenderme de las ilusiones de »una frívola elocuencia, y á dar »mas valor á las cosas que á las »palabras. Fronton me hizo des»confiar de los envidiosos, tra»paceros é hipócritas que rodean »á los príncipes, y me convenció »de cuán poco se debe fiar en el »cariño de los grandes. Alejan»dro el platónico, grabó en mi »corazon esta mácsima: *No se »debe perder ocasion ninguna de »hacer bien.*»

«Cátulo, mitigando mi severi»dad, me enseñó que se debia a»tender á las quejas de los ami»gos aunque fuesen injustas, y »que se deben suavizar los ma»les que no se pueden destruir. »Mi hermano Severo me hizo »conocer con su ejemplo, mejor »que los consejos, la verdad y »la justicia. Presentándome por »modelos á Trasea, Caton, El»vidio, Dion y Bruto, me con»venció de que no debia reinar »sino para hacer libre al pueblo »con leyes iguales para todos, y »que nunca debia tomar resolu»cion en virtud de una sospecha. »Mácsimo me servia de ejemplar »para vencer mis pasiones y ser »dueño de mí mismo: era tan »onrado, que jamás se sospe»chó falsedad en sus palabras, ni »malos designios en sus obras. »Por nada se sorprendia: nada »le aceleraba ni retardaba: nun»ca se vió en él irresolucion, »desconfianza, abatimiento ni »cólera. Sus virtudes suaves y »candorosas parecian dones de la »naturaleza mas bien que frutos »de la reflecsion.»

Debe creerse que Marco Aurelio esplicó así su doctrina al senado y al pueblo; pues que las palabras referidas son el estracto de dos libros de reflecsiones que escribió poco tiempo despues en su campamento en Pannonia. Para dar alguna idea de su estilo y espíritu, copiaremos de ellos los siguientes pasajes: «Haz cada accion como si fuese »la última de tu vida.

«No es desgraciado el que no »lee los pensamientos de los o»tros, sino el que no lee en su »corazon.»

«La casualidad no ha forma»do el mundo; porque en este »caso el hombre no se tomaria »el trabajo de vivir.»

«No debe temerse la muerte, »pues ecsisten dioses.»

»El cielo debe premiar á los »buenos y castigar á los malos; »y pues que á unos y otros se

»dan indiferentemente la pobre»za, la riqueza y el placer, es »claro que estos no son verda»deros bienes ni verdaderos ma»les.»

«La ecsistencia del hombre es »un punto solo: la materia es »una mudanza contínua, el cuer»po una corrupcion, la vida un »soplo delicado, la fortuna una »noche oscura, la gloria un fan»tasma.

«Todo lo que pertenece al »cuerpo, tiene la rapidez de »un rio: todo lo que se liga con »el amor propio, es humo y sue»ño. La vida es un combate per»pétuo, un viaje en pais estran»jero: solo la filosofia puede di»rijir el alma y mantenerla fir»me contra el dolor y el de»leite.»

«Los hombres buscan un reti»ro para meditar y vivir libres: »búscalo tú en tu alma: prepá»rala para que sea una mansion »deliciosa y tranquila.»

«*La opinion es la reina del* »*mundo,* pero el alma dirije la »opinion; y así no digas nunca: »*soy perdido;* porque quitando »esta frase, la opinion muda, y »el mal desaparece. La mejor »manera de vengarnos es no pa»recernos á los que nos han in»juriado.»

«No te enfades contra los su»cesos; porque ellos no hacen »caso de tu enojo.»

«Cuando te turbes, vuélvete á »tí mismo, y no salgas de tu pa»so, sino en cuanto sea preciso.»

«Sería vergonzoso que mi al»ma pudiese componer mi a»deman, y no componerse á sí »misma.»

«Todo hombre que comete »una injusticia, es impío.»

«Lo que es de la tierra vuelve »á la tierra, y lo que es del cielo »al cielo.»

»Sé recto; y si no lo eres, haz »por serlo.»

«Cuida de tu interior; porque »si cavas siempre en él, encon»trarás una fuente no interrum»pida de felicidad.»

«Lo que no es útil al enjam»bre, tampoco lo es á la abeja. »Dios, el hombre y el mundo »producen sus frutos, cada uno »en su tiempo.»

«A veces hay tanta injusticia »en no hacer nada, como en »hacer el mal.»

«Corrije los malos si puedes: »si no, acuérdate que Dios te ha »dado para ellos la dulzura y la »humanidad.»

«Antístenes decia con razon: »*hacer bien, y sufrir el que lo ha*»*ce que se hable mal de él, es* »*virtud de un rey.*»

«Si tuvieras á un mismo tiem-

»po madre y madrastra, respetarias á esta, y vivirias con aquella: la madrasta es la corte, la »madre la filosofía: descansa, »pues, en el seno de ésta: sus »consejos te harán respetable á »tus cortesanos, y te darán fuer»za para sufrirlos.»

El emperador, despues de enseñar á sus conciudadanos, marchó á defenderlos. La edad no habia debilitado su vigor. En dos campañas contra los scitas, llenó los deberes de jeneral y de soldado, dió en sus sábias maniobras grandes lecciones á los mas hábiles capitanes, y útiles ejemplos á todos por su paciencia en las fatigas, su actividad en los trabajos y su intrépidez en los combates. Su hijo le acompañaba, como la sombra sigue á la luz, y la envidia á la gloria.

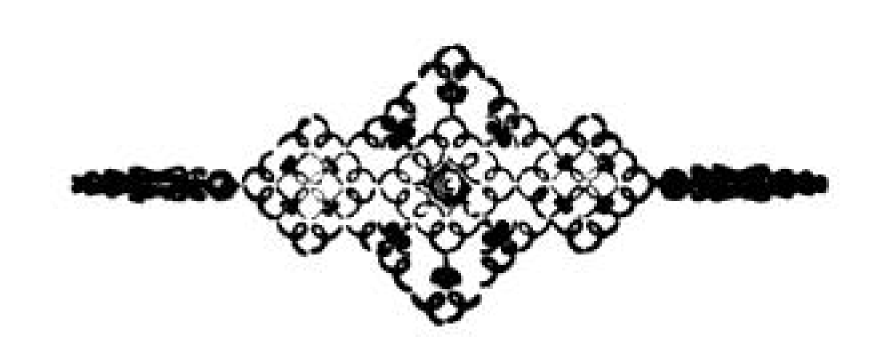
MUERTE DE MARCO AURELIO. — Marco Aurelio ganó muchas batallas, arrojó á los scitas á sus bosques helados, y construyó fortalezas en las fronteras. Queria perseguirlos mas lejos, y comenzar contra ellos la tercer campaña, cuando una fiebre maligna, que le acometió en Viudobona (Viena), terminó su vida. Sufrió su mal con resignacion, y murió sin pesar, mas no sin inquietud, porque los vicios de Cómmodo le anunciaban las desgracias de Roma. Habiéndole llamado junto á su lecho, dijo á los principales dignatarios: «Este es mi hijo y sucesor: ne»cesita de amigos virtuosos para »domar sus pasiones, y pilotos »hábiles para preservarse de los »escollos del poder. Servidle, »pues, de padres en lugar del que »pronto perderá: labrad su fe»licidad y la vuestra aconseján»dole bien. Mostradle con clari»dad, que todas las riquezas de »la tierra no bastan para saciar »á un tirano, ni los ejércitos mas »numerosos para defenderlo del »odio que inspira.»

«Demostradle que no hay ver»dadera seguridad sino en la jus»ticia, ni reposo sino en la cle»mencia: repetidle, en fin, sin ce»sar, que la fuerza hace esclavos »y no súbditos, y que un prínci»pe con pasiones que no puede »vencer, está rodeado de peli»gros.»

«Si le inculcais estas mácsimas, »formareis un emperador tan »bueno como puede desearlo la »república, y hareis el mayor »servicio á mi nombre, hacien»dolo pasar sin mancha á la pos»teridad.» Este discurso fué su último esfuerzo: cojióle un desmayo de que volvió por algunos momentos. Habiéndose presentado al dia siguiente el tribuno

para pedirle la palabra, le dijo: «Vé al sol naciente, que yo me es»toy poniendo.»

Dicho esto, espiró á los cincuenta y nueve años de su edad, y diezinueve de su reinado. La felicidad que gozó Roma bajo este emperador, prueba la verdad de esta mácsima: «Los »pueblos no son felices sino cuan»do los filósofos reinan, ó los »reyes profesan la filosofia.»



CAPITULO XXVI.

COMMODO.

(Año de Roma 931.—De Jesucristo 180.)

Elevacion de Cómmodo al trono.—Su llegada á Roma y sus desórdenes.—Poder de Perennio.—Muerte de este favorito.—Poder de Cleandro, favorito nuevo.—Sublevacion y muerte de Materno.—Peste en Roma.—Crueldades de Cómmodo.—Su muerte.

Cuatro emperadores hábiles y virtuosos habian dado á Roma cerca de cien años de prosperidad. Otros siglos han logrado el título de *heróicos*, como el de Hércules y Teseo; ó el de *grande*, como el de Augusto; el de los Antoninos mereció el de *bueno*. Fué la época mas dichosa para el mundo; y despues de haber recorrido todas las pájinas sangrientas de la historia, el alma, fatigada de tantos latrocinios, estravagancias y crímenes, descansa al considerar la tierra gobernada por la sabiduría y la justicia. Bajo estos grandes monarcas llegó el imperio al grado mas alto de elevacion y poder; mas no consiguieron mudar las costumbres públicas. La fortuna y felicidad del estado solo dependian de ellos. Fueron los puntales de un inmenso edificio arruinado por el tiempo: retardaron su caida, mas no pudieron darle solidez; y apenas faltaron, la decadencia fué rápida y la ruina inevitable.

Caton, Ciceron y Bruto fueron los últimos defensores de la república, que pereció con ellos. Del mismo modo se puede decir que el imperio acabó con los Antoninos. Desde ellos la historia de Roma solo presenta una anarquía militar, feroz é inconstante. ¿Qué interés pueden ins-

pirar un pueblo sin costumbres, oprimido por tiranos sin gloria, por príncipes esclavos de sus vicios y de sus libertos, coronados por soldados cuya licencia pagaban, y asesinados por domésticos cuya codicia no podian satisfacer? Pero si esta larga agonía de los señores del mundo no ofrece lecciones brillantes y gloriosas, da por lo menos útiles y espantosos ejemplos á los príncipes que quieren reinar sin el freno de las leyes, y á los pueblos que quieren vivir sin derechos. Verán que las borrascas de la libertad no son mas que las enfermedades de la vida; que los males producidos por la tiranía son las convulsiones de la muerte; y que la pretendida calma prometida por el despotismo no es mas que la paz de los sepulcros. *Malo libertatem periculosam, quam quietum servitium.*

Cómmodo tenia cerca de diezinueve años cuando subió al trono. Al vulgo agradaba su hermosura, á los soldados sus vicios, y á los buenos ciudadanos su padre. Marco Aurelio le habia nombrado ministros virtuosos; y se esperaba, que émulo de la gloria de sus predecesores, triunfaria de las pasiones viles, que habian tomado ya sobre su juventud demasiado ascendiente.

Los primeros momentos de los nuevos reinados son dias de ilusiones y esperanzas; y casi todos los malos príncipes principian escuchando á su deber antes de seguir sus inclinaciones. Cómmodo hizo grandes donativos á las tropas, pronunció el elojio de su padre, prometió imitarlo, y ratificó todas las gracias que habia concedido.

Eutropio dice que venció á los scitas y los obligó á someterse; pero los demás historiadores aseguran, que deseando trocar los desiertos de la Pannonia por las delicias de Roma, firmó una paz vergonzosa con los bárbaros, les devolvió las tierras que habian perdido y les pagó tributo. Inútilmente se opuso Pompeyano á este oprobio de las armas romanas. Sus nobles esfuerzos solo consiguieron una dilacion breve; y las adulaciones del senado, que instaba al emperador á que volviese pronto á la capital, aseguraron el triunfo de los cortesanos y libertos contra los ministros y jenerales, indignados de tan cobarde conducta.

Su llegada a Roma y sus desórdenes.— El emperador atravesó la Italia, llegó á Roma, y halló los caminos y las calles cubiertas de flores. Fué recibido con amor, como si lo hubiera

merecido; y en triunfo, como si fuese vencedor. Celebró magníficamente los funerales de su padre, visitó los templos con piedad, habló con modestia al senado, é invitó á todos los majistrados á cumplir zelosamente sus deberes; pero siguió poco tiempo las huellas de sus predecesores. Rodeado de libertos y cortesanos, entregado á sus pasiones fogosas, reunió la crueldad de Domiciano y la insensatez de Calígula. Mantenia en su palacio trescientas concubinas; corria á todas horas por las tabernas y casas de perdicion; se mostraba al pueblo unas veces en traje de atleta, otras de cochero, y desonraba seduciendo ó violentando á las mujeres mas distinguidas. Profanaba hasta los templos con adulterios y homicidios: convidaba á su mesa á gladiadores, prostitutas y hombres infames; y parecia que sus inclinaciones le destinaban al mas ruin de los oficios, y no al imperio.

Los desórdenes de Faustina hicieron creer que Cómmodo era el fruto de su amor criminal con un gladiador. Su cuerpo estaba formado á costa de su alma: esta era perversa, baja, criminal é insensata: aquel, hermoso, fuerte y lijero. Lanzaba un dardo á mas distancia y con mas certeza que los mejores flecheros: derribaba á los luchadores mas vigorosos. En un solo dia peleó contra un gran número de tigres, elefantes y leones, y los mató á todos, y venció en el curso de su vida ochocientos atletas ó gladiadores. Orgulloso por estas ventajas corporales, tomó el nombre de Hércules, y llevó, como este semidios, la piel de leon y la clava. Gastaba todo su tiempo en fiestas, juegos y ejercicios: archivaba con cuidado minucioso todas las circunstancias de sus frívolas ocupaciones y aun de sus mas vergonzosos placeres: descuidaba todos los negocios, y los confiaba, no al senado ó á los cónsules, sino á los corrompedores de su juventud, á los cómplices de sus estravagancias y á los compañeros de sus orjías. De la crápula pasó á la crueldad, como todos los príncipes desonestos; porque la indignacion que inspiraba su ruin conducta, produjo murmuraciones: Cómmodo sospechó, y buscó su seguridad desterrando y matando á los que temia.

Desterró á veinticuatro consulares. Lucila, viuda de Vero y mujer de Pompeyano, sentia mucho haber descendido del trono y ceder el lugar preeminente á la emperatriz Crispina. Conspi-

ró, pues, contra la vida de Cómmodo, siendo Cuadrato jefe de esta conjuracion; y encargado de dar el golpe, Quinciano, el mas jóven y atrevido de los cómplices, á quien se atribuia un comercio criminal con Lucila. Señalado el dia, penetró con armas en compañía de Cuadrato en el aposento del emperador, y sacando su espada le dijo: «esto te envia el senado.» La amenaza dió tiempo á Cómmodo para evitar el golpe: llegó su guardia, y Quinciano y sus cómplices fueron al suplicio, sin que se esceptuase la hermana del emperador.

Como Quinciano le habló en nombre del senado, Cómmodo aborreció desde entonces á este cuerpo, y mató ó desterró á sus individuos mas distinguidos. Espantado del odio que inspiraba, é incapaz de sostener el peso de los negocios, entregó su confianza y poder á Perennis, uno de sus validos, y que merecia el favor de semejante príncipe por su inmoralidad y perfidia, aunque no carecia de valor ni de talento. Su audacia y actividad apagó una rebelion en Britannia: sus profusiones é intrepidez le hacian amable á las tropas. Vuelto á Roma, y mas poderoso por su victoria, dictaba y firmaba los decretos, nombraba para los destinos, se apoderaba de los bienes confiscados, recibia los embajadores, y gozaba en toda su plenitud del poder supremo, reservando Cómmodo para sí solamente la licencia y los placeres.

Un dia que el emperador estaba en los juegos públicos, teniendo á su derecha á la emperatriz y á la izquierda su primer ministro, se presenta un carro, en el cual venia un hombre medio desnudo, cubierto con la capa de los cínicos. Se levanta, toma la palabra osadamente, reprende á Cómmodo sus desarreglos, estravagancias, olvido de los deberes é indignas elecciones, y le avisa que mientras yace aletargado en la molicie y en los deleites, el ambicioso Perennis le adula para perderlo, y conspira contra su vida y su trono.

Muerte de Perennis.—Enfurecido Perennis, mandó á los soldados que despedazasen á aquel temerario; pero aunque murió el acusador, sobrevivió la acusacion en el corazon tímido del príncipe, y dejó en él una impresion indeleble. Algun tiempo despues, los ajentes que habia enviado al ejército de Iliria, le avisaron que el hijo de Perennis provocaba las lejiones á la rebelion, y se le presentaron

medallas que llevaban el nombre y la efijie de su ingrato valido. Cómmodo resolvió anticiparse, y le hizo asesinar por los soldados de su guardia.

El hijo de Perennis, antes de saber la muerte de su padre, recibió una carta del emperador, convidándole á la corte, donde obtendria nuevas prendas de su favor. Obedeció, se puso en camino, y fué muerto por su misma escolta.

PODER DE CLEANDRO, NUEVO FAVORITO DE CÓMMODO. —(182) El emperador escojió por valido á Cleandro, esclavo frijio, que se habia educado con él, y que mas insaciable y cruel que su predecesor, se hizo intolerable á los romanos por sus violencias y concusiones. Disponiendo á su placer del tesoro público, de las dignidades del imperio, de la vida y onor de los ciudadanos, llegó á tanto su arrogancia, que Antisto Burrho, cuñado del emperador, arrostrando el peligro, le avisó de los males á que daria lugar un ministro tan detestado. Cleandro no se limitó a defenderse, y acusó á Burrho de conspirador. El cobarde Cómmodo le creyó, é hizo matar á su cuñado y á todos aquellos cuyas cabezas le pedia el valido. Desde entonces Cleandro llevaba osadamente ante sí la espada imperial. No hay tiranos peores que los que han principiado su vida en la servidumbre, pues ejercen el poder como una venganza. Los escesos y la crápula debilitaban cada dia mas el espíritu de Cómmodo. Sus decretos parecian dictados por la locura. En una ocasion creó veinticinco cónsules para un mismo año: otras veces nombraba muchos prefectos del pretorio para pocos dias ó pocas horas. Los hombres virtuosos jemian, pero en silencio.

REBELION Y MUERTE DE MATERNO.—Un bandido solo se atrevió á levantar el estandarte de la rebelion: su nombre era Materno. Habiéndose puesto al frente de una cuadrilla de ladrones italianos y estranjeros, la reclutó con hombres de la clase infame, esclavos y reos, que libertó de las cadenas y del suplicio. Así llegó á tener treinta mil hombres de infantería y diez mil caballos, con los cuales taló la Italia, las Galias y la España, y concibió esperanzas de ascender al imperio. Entretanto los gobernadores de provincias reunieron sus lejiones y marcharon contra él con fuerzas superiores. Materno, perdida la esperanza de elevarse por las armas, recurrió al asesinato, y abandonan-

do sus tropas á la espada de las lejiones, se escapó á Italia, penetró en Roma con muchos de sus compañeros disfrazados como él, y formaron el proyecto de asesinar al emperador en el momento de entrar en el templo para celebrar la fiesta de Berecinta. Materno, violento y ostinado, queria aunque estaba perseguido, tratar á sus camaradas con la misma altivez que cuando mandaba un ejército. Descontentos de su dureza, algunos descubrieron al príncipe la conjuracion. Llegado el dia de la solemnidad, los conspiradores sacan sus espadas á una señal dada: los pretorianos, que esperaban este movimiento para conocerlos, caen sobre ellos y los prenden. Despues de una resistencia digna de hombres mejores y de mejor causa, Materno y los suyos fueron esterminados.

Peste en roma.—(190) Poco despues de esta rebelion, que habia causado al feroz Cómmodo tanto terror como él inspiraba, una orrible peste y la espantosa carestía que la siguió, aumentaron las desgracias y el descontento del pueblo, el cual atribuia á un mal príncipe las calamidades con que el cielo le aflijia. Cleandro, no por codicia, sino por ambicion, y quizá con el designio de usurpar el trono, hizo grandes acopios de trigo para ganar el afecto de la plebe con distribuciones copiosas; pero los romanos, atribuyendo la carestía á las especulaciones y compras de Cleandro, empezaron por murmurar, y hallándose reunidos en el circo, toman osadía, se inflaman, vuelan al palacio Quintilio que estaba cerca de Roma y piden al emperador la cabeza de su ministro. Cleandro mandó á la caballería atacar á la multitud: los soldados obedecieron, mataron á muchos, y auyentaron á los demás hasta Roma: la guarnicion de la capital salió en socorro del pueblo, y los que estaban en las casas arrojaron sobre los pretorianos tejas, piedras y todo lo que el furor pudo convertir en armas, y los rechazaron hasta el palacio. Cómmodo estaba en un aposento remoto, embriagándose con sus mancebas, é ignoraba lo que sucedia. Fadila, su hermana mayor acude, fuerza la puerta, y le avisa que es perdido si resiste á los deseos del pueblo. El emperador, consternado, manda llamar á su favorito, le hace cortar la cabeza, y entrega el cuerpo á la multitud, que lo llena de ultrajes y degüella á todos sus partidarios.

CRUELDADES DE CÓMMODO. — Desde esta catástrofe no gozó Cómmodo un instante de sosiego. Rodeado de delatores, proscribia por la mañana á los ministros que habia nombrado la noche antes. Crispina, su esposa, y Faustina, su parienta, perecieron víctimas de su miedo y de sus furores. Vendia sentencias de muerte, y las compraban los perversos, que se dirijian á él confiados para matar á sus enemigos. Mucho mas delirante que Neron y Calígula, mandó cortar los brazos á los sacerdotes de Belona, porque la estátua de esta diosa se representaba así mutilada. Sacrificó hombres al dios Mitra. A los que le desagradaban, mandaba que les saltasen un ojo ó les cortasen una pierna. Reunia un gran número de hombres contraechos á los cuales llamaba sus mónstruos, y los mataba con la clava para imitar á Hércules. Dió muerte á su secretario, porque habia leido en su presencia la vida de Calígula, escrita por Suetonio. Como las tropas, que eran enteramente suyas, le aseguraban contra el odio jeneral, les hacia grandes regalos, y favorecia su licencia, sacrificando la verdadera fuerza del imperio á una seguridad engañosa y pasajera.

En este infame reinado se vió con admiracion que los cristianos no fueron perseguidos; y se dice que esto se debió á la proteccion de Marcia, entre todas las queridas del emperador, la que tuvo mas influjo sobre su ánimo. Cómmodo, habiendo llegado al estremo del delirio, se vistió de amazona en onor de Marcia, y quiso que Roma perdiese su nombre y se llamase *Commodiana*. A pesar de estos delirios del emperador y del envilecimiento del estado, los ejércitos romanos mantuvieron su gloria. Marcelo Pescennio Nijer, y Severo, que despues subió al trono, contuvieron á los bárbaros, é hicieron respetar las fronteras. Por desgracia, la historia que ha conservado las impurezas de Cómmodo, nada nos dice de las azañas de estos jenerales, dignos todavia del nombre de romanos.

Cómmodo, cuya violencia parecia aumentarse con la edad en lugar de calmarse, mandó un dia en los juegos públicos matar á todos los espectadores, y el prefecto del pretorio no consiguió que revocase esta órden insensata, sino haciéndole ver el peligro que correria su persona. Su pasion á la esgrima era mayor cada dia, y determinó dejar el

palacio, irse á vivir en casa de un gladiador, y combatir desnudo en presencia del pueblo. En vano Marcia, la mas querida de sus concubinas, Leto, prefecto del pretorio, y Ecleto, primer oficial de su palacio, le instaron á que renunciase á un designio tan vergonzoso y estravagante. Los llenó de injurias y amenazas, y los echó de su presencia. Despues de idos, escribió en un libro la sentencia de muerte de los tres, y de otros muchos senadores, cuyos bienes queria confiscar para distribuirlos á sus libretos y gladiadores. Un niño que el emperador queria mucho, se habia quedado en el cuarto, y cuando vió dormido á Cómmodo, tomó el libro y lo llevó á Marcia. Mas irritada que aflijida por el peligro que la amenazaba, llamó á Leto y Eclecto, y determinó de acuerdo con ellos dar muerte al tirano.

Muerte de cómmodo.—Marcia, disimulando su odio, logró á fuerza de caricias que el emperador viniese á cenar con ella. Sirviéle un veneno que lo adormeció; pero como el vigor de su temperamento luchaba contra la ponzoña y le escitaba al vómito, Marcia y sus cómplices temieron que escapase; y así llamaron á Narciso, jóven atleta, que ganado por sus promesas, lo aogó. Pereció á los treinta y un años de edad y doce de reinado. Su época y la de su padre, aunque inmediatas, presentan los estremos mas opuestos: la una representaba el vigor, la virtud y la gloria de Roma; la otra su corrupcion, su decadencia y decrepitud. La muerte de Cómmodo causó tanta alegría, como pesar habia causado la de Marco Aurelio.

Necesario era que los romanos estuviesen en gran manera corrompidos para que los reinados de muchos príncipes virtuosos no los hubiesen puesto á cubierto de uno tan abominable. Sin un envilecimiento estremo de una nacion servil, á la cual no quedaban ni principios, ni costumbres, ni sentimientos ¿cómo puede concebirse que un príncipe como Cómmodo, hubiese sido capaz de entregarse á escesos de que no ofrece ejemplo alguno la historia de los bárbaros? Culpa es casi siempre de los pueblos cuando la embriaguez del poder llega hasta el punto de traspasar osadamente todos los límites. La opinion pública, si tiene alguna cosa de fuerte y jenerosa, basta á menudo para hacer que se respeten las leyes; y mas fuerza tienen aun las públicas costumbres si respiran virtud y valor.

CAPITULO XXVII.

PERTINAX Y DIDIO JULIANO.

(Año de Roma 942. — De Jesucristo 192.)

Eleccion de Pertinax. — Su gobierno. — Su muerte. — Eleccion de Didio Juliano. — Pretension de Septimio Severo al imperio. — Adopcion de Albino por Severo. — Condenacion y muerte de Juliano.

Eleccion de pertinax. — Leto y Eclecto, despues de haber muerto á un tirano, odioso al pueblo, pero querido de la tropa, cuyos desórdenes favorecia y de cuyos vicios participaba, para librarse del resentimiento de los pretorianos, resolvieron elevar al imperio á un hombre respetable en el ejército, y elijieron á Helvio Pertinax, de edad de sesenta y seis años, y que por solo su mérito habia conseguido todas las dignidades militares.

Era natural de Alba é hijo de un carbonero; pero habiéndose distinguido por su valor, recibió una educacion mas esmerada. Mostrando tanta habilidad como intrepidez, ascendió de grado en grado, y adquirió gloria peleando contra los partos, dácios y britannos. Marco Aurelio, engañado por falsos informes, le negó algun tiempo su benevolencia; pero el virtuoso Pompeyano, llamado el Caton de su siglo, le justificó ante el emperador, é hizo que se le devolviesen sus empleos. Mandó la armada con felicidad; é hizo tan importantes servicios en la guerra contra Avidio Casio, que Marco Aurelio le dió el gobierno de Asia. Destituido por Cómmodo, vivió en la oscuridad que conviene á la virtud en los tiempos de tiranía.

Los conjurados, antes que se divulgase la muerte del empera-

dor, fueron por la noche á casa de Pertinax y le despertaron. Levantóse sin mostrar emocion, y les dijo: «Me traeis la muerte, »que por tanto tiempo he espera»do, y á la cual estuve siempre »dispuesto: herid, pues, sin tar»danza.» Los conjurados le respondieron que nada debia temer: que el tirano habia muerto y le ofrecian el imperio. Dudó, creyendo que se le tendia un lazo; pero convencido en fin de la verdad, los siguió al campo de los pretorianos. Leto, jefe de ellos, no atreviéndose á declararles su delito, les hizo creer que Cómmodo, agotado por sus escesos, habia muerto de apoplejía. Elojió despues las virtudes y azañas de Pertinax: «Os »proponemos, les dijo, por em»perador á un jeneral esperto, »conocido y amado de vosotros »y de las lejiones. Bajo sus ór»denes recobrareis vuestro an»tiguo esplendor, Roma su li»bertad, y los bárbaros perderán »los tributos que les pagamos.»

Pertinax habló poco, y les prometió doce mil sestercios; pero la tristeza de sus miradas anunciaba sobradamente cuán penoso le era tomar un cetro envilecido y mandar á unos soldados licenciosos, cuyo capricho disponia del imperio.

Los pretorianos proclamaron á Pertinax, le prestaron juramento, y le llevaron al senado. El pueblo, informado del suceso, se entregaba á un sincero regocijo: unos iban á dar gracias á los dioses, otros á felicitar al nuevo emperador, muchos á palacio, para saber con mas certidumbre si la muerte del tirano era cierta.

Pertinax no quiso que se llevasen ante él la espada, el fuego, las banderas del imperio, ni las demás insignias de la dignidad imperial, porque decia que no podia ser emperador sin el consentimiento del senado. Cuando entró en la curia, habló con modestia de su edad y nacimiento, y de su incapacidad para el gobierno del estado. Suplicó á los senadores que no confirmasen la eleccion de la tropa, y que diesen el imperio á Pompeyano, yerno de Marco Aurelio, ó á Glabrion, uno de los patricios mas ilustres. Pompeyano reusó la oferta: Glabrion dijó: «Tú me »crees digno del imperio: yo te »lo devuelvo, y todos los se»nadores serán de mi opinion.» Una aclamacion unánime fué la respuesta del senado, que nunca se hubiera atrevido á anular la eleccion del ejército. Declaró solemnemente á Pertinax empe-

rador, césar, augusto y padre de la patria. Pertinax pidió el título de *príncipe del senado*, desusado ya, y que recordaba las instituciones republicanas. Reusó los onores que querian dar á su mujer Ticiana; pero como creyese necesario mostrar su agradecimiento á Leto, y darle algunos elojios, Quinto Sosio Falcon, que era cónsul y jóven, le interrumpió y le dijo osadamente: «ya manifiestas cómo gobernarás, pues »elojias al ministro de las maldades de Cómmodo.» Pertinax sin irritarse le respondió: «Eres jó»ven, y no conoces el poder de »la necesidad: Leto obedecia á »un tirano, á pesar suyo; y bien »ves cómo se ha aprovechado de »la primer ocasion que tuvo pa»ra recobrar la libertad y dáros»la á todos.» El senado declaró á Cómmodo enemigo de la patria, mandó derribar sus estátuas, y entregó su cadáver al pueblo, que lo arrojó al Tíber.

Su gobierno.—El emperador, entrando en su palacio, probó que deseaba imitar á Antonino y á Marco Aurelio. Renovó la costumbre de convidar á comer á los senadores, vivir familiarmente con ellos, y mostrarse al pueblo sin fausto y sin guardias: la libertad volvió á aparecer en el senado: los delatores se ocultaron: la crápula se retiró á sus vergonzosas guaridas, y los antiguos reglamentos cobraron su vigor.

Sin embargo, los pretorianos, instruidos del asesinato de Cómmodo, manifestaban su pesar. Pertinax habia escitado desde el primer dia sus inquietudes, dándoles por palabra de órden: *volvamos á vivir como soldados*. La licencia se indignaba viendo restablecerse la disciplina. Pertinax para sosegarlos, les distribuyó el dinero prometido, y juntó la suma vendiendo los muebles, bufones, esclavos y gladiadores de Cómmodo.

Los embajadores de los scitas y sármatas acababan de recibir el acostumbrado tributo. Pertinax mandó que se devolviese al erario, diciendo: que su intencion era conservar la paz con el hierro y no con el oro. La memoria de sus azañas hizo que los bárbaros callasen y respetasen el imperio.

Todos los hombres virtuosos estimaban á Pertinax, y bendecian su reinado; pero los inmorales, los delatores, los libertos, los cortesanos y los codiciosos, que eran el mayor número, echaban menos á Cómmodo, y los soldados no podian amar á un emperador severo que proibia

la rapiña, la licencia y la ociosidad. El mismo Leto se arrepintió en breve de su eleccion; y no pudiendo sufrir la vida ordenada de una corte, donde el favor no daba los premios, y la intriga estaba sin poder, resolvió destruir su propia obra. Los pretorianos, escitados, conspiraron con Falcon, para elevar este cónsul al imperio. La conjuracion fué descubierta, y algunos soldados sufrieron el último suplicio. El senado queria condenar á Falcon; pero Pertinax se opuso á ello, diciendo: «He jurado »no dar muerte á ningun sena»dor.»

Leto, para ejecutar su designio, se aprovechó de un viaje que hizo el emperador á Ostia. Habia entonces un esclavo que se finjia nieto de Marco Aurelio. Leto, valiéndose de esta casualidad, hizo castigar á muchos pretorianos, sospechados de complicidad en aquella impostura, é hizo correr la voz de que no usaba de tanto rigor sino por órden del príncipe. Este odioso artificio produjo efecto: los pretorianos, indignados de ver degollar á sus compañeros por la declaracion de un esclavo, se sublevan. Trescientos soldados atraviesan furiosos toda la ciudad, y marchan al palacio. Pertinax, informado de su venida, envia á Leto para que los contenga: el pérfido se va por otra parte, llegan sin ostáculo á palacio, y los que debian defenderlo, les abren las puertas, y aumentan su furor en lugar de calmarlo.

Pertinax podia huir, y el pueblo le hubiera libertado de la violencia de los rebeldes; pero creyendo mas cierto y onroso el recurso del valor, sale al encuentro con intrepidez á los pretorianos, y les dice: «Soldados: »vosotros que sois los defenso»res de vuestro príncipe, ¿que»reis ser sus homicidas? come»teis sin valor un crímen que »me aflije poco: á mi edad se »termina sin sentimiento una »vida gloriosa. Yo he vivido bas»tante; pero vosotros ¿de qué os »quejais? ¿Es vuestro intento »vengar la muerte de Cómmodo? »fuí inocente de aquel delito. »Cuanto podeis esperar de un »buen príncipe os he concedido, »y estoy dispuesto á concederlo »al mérito y no á la rebelion.»

Su firmeza inspiraba respeto, y aquellos hombres inciertos y tímidos, con los ojos en el suelo, envainaban ya sus espadas. Un soldado jermano, mas feroz que sus compañeros, llama á su arrepentimiento cobardía, y despier-

ta su furor dando una estocada á Pertinax: los demás imitan su rabia; y el emperador, sin socorro ni esperanza, cubre su cabeza con la toga, invoca á Júpiter vengador, y se deja matar sin resistencia.

Solo Eclecto se mostró fiel de todos los palaciegos: peleó contra los asesinos, hirió á muchos, y cayó á los pies del principe atravesado de mil heridas.

Los pretorianos le cortaron la cabeza á Pertinax, la pusieron en la punta de una lanza, y la llevaron á su campamento. Murió este príncipe despues de un reinado de tres meses, dejando un hijo que nunca hizo pretension al trono.

Pertinax, valiente, esperimentado, severo, justo, económico y frugal, conservó en su elevacion una modestia no comun. Habiendo enriquecido la ciudad de Alba, de donde era natural, con palacios y edificios suntuosos, quiso conservar siempre enmedio de los monumentos de su grandeza, la humilde casa del carbonero, su padre. Semejante príncipe no podia reinar largo tiempo: las antiguas virtudes eran ya plantas ecsóticas, que no podian aclimatarse en el suelo de la pérfida Roma.

DIDIO JULIANO.— (192) Ya no habia leyes ni gobierno, pues que la espada daba y quitaba el cetro. Apenas se supo en Roma la noticia del crímen, el pueblo indignado tomó las armas y acudió á palacio; pero tarde para salvar y aun vengar al príncipe. Sus asesinos se habian ya retirado al campamento, que fortificaron con dilijencia como si estuviesen en presencia del enemigo.

Entonces se conoció hasta qué punto llegaba la molicie y degradacion de los senadores y caballeros. En vez de unirse al pueblo, atacar á los rebeldes, y aun disolverlos por un decreto, unos se atrincheraron en sus casas y otros huyeron al campo. El dios de Roma no era ya Marte, sino el interés y el miedo.

Las coortes pretorias, ajitadas por el remordimiento y el temor, viendo que habian pasado dos dias sin ser acometidas, cobraron ánimo y adquirieron tal grado de insolencia, que desde lo alto de las murallas gritaron en voz alta: «Quien quiera el »imperio que venga aquí, y se le »dará al mayor postor.»

La vergüenza y el alto precio de esta odiosa subasta alejaban á los concurrentes. Solo dos hombres se presentaron á ella: Sulpiciano, consular, prefecto de

Roma y suegro de Pertinax, y Didio Juliano, consular tambien, hábil jurisconsulto, y que era creido el ciudadano mas opulento de Roma.

Juliano, aconsejado por necios amigos que le movian á no perder la ocasion única, que no volveria á presentarse, de comprar un imperio, fué al campamento, donde ya estaba Sulpiciano. Mostró á los soldados sin dificultad cuán peligroso seria elejir un jefe capaz de vengar á su yerno. Sin embargo, las ofertas de Sulpiciano los tentaban; pero Juliano, aumentando siempre la puesta, ofreció seis mildoscientascincuenta dracmas á cada soldado, y reinar á la manera de Cómmodo. Fué proclamado emperador: recibió el juramento de la tropa, y entró en Roma al frente de diez mil pretorianos. Enmedio de la ciudad sacaron todos la espada, y le proclamaron segunda vez en presencia del pueblo, que observó un silencio profundo. Juliano convocó despues el senado y le dijo estas solas palabras: «Teneis necesidad de un emperador, y ninguno os conviene mejor que yo.» Todos los senadores se apresuraron á confirmar la eleccion de la tropa, y los que estaban mas indignados se mostraron mas adictos al nuevo príncipe. El historiador Dion Casio confiesa francamente que fué uno de ellos.

El senado revistió por un decreto al emperador de todos los títulos concedidos á sus predecesores. El medio que tuvo para adquirir el imperio, escusa decir que era un hombre turbulento, ambicioso, sin juicio y sin valor. Sus únicas prendas apreciables eran la suavidad y el buen modo; mas no pudieron ganarle ni el afecto de los soldados, que se quejaban de su lentitud en cumplir lo prometido, ni el del pueblo que le echaba en cara haber robado el imperio.

En todas partes oia imprecaciones y maldiciones contra él. En vano procuraba ganar los corazones con su afabilidad: como esta no era mas que flaqueza, se le despreciaba hasta tal punto, que un dia asistiendo á los juegos públicos, la plebe proclamó emperador en su presencia á Pescennio Niger, gobernador de Siria. Este hombre que habia merecido con grandes empleos, servicios y victorias la reputacion de que gozaba, creyó que debia corresponder á los votos de Roma; y hallando igualmente favorables las disposiciones del ejército de Asia, tomó el título de emperador, fué reconocido con

alegría por todos los príncipes de Oriente, y recibió á sus embajadores.

Al mismo tiempo Septimio Severo, comandante de las lejiones de Iliria, y que se habia ilustrado por muchas acciones gloriosas en el reinado de Marco Aurelio, pensó que podria aspirar como cualquier otro al poder supremo, pues que el cetro se habia convertido en espada. Su desprecio á Juliano apartaba el temor de los ostáculos. Habia empezado lamentando la suerte de Roma, y mostrando deseos de vengar á Pertinax. El ardor de sus tropas, partícipes de los mismos sentimientos, le movieron á declararse. Reunió las lejiones, les pintó vivamente los crímenes de los pretorianos, y les propuso marchar á Roma para castigarlos. El ejército unánime le proclamó emperador y juró seguirle. Aceptó el título y las insignias imperiales, y tomó el nombre de Pertinax, creyendo inspirar así mayor afecto á los romanos. Los jefes de los ejércitos de las Galias le reconocieron.

Adopcion de Albino por Severo. — Solamente Albino, que mandaba en Britannia, le causaba algunas inquietudes; pero lo atrajo á su partido, dándole el título de césar. Despues de haber tomado las convenientes disposiciones y proveido á la defensa de las fronteras, se puso en marcha para sostener su pretension. La rebelion de Nijer no daba mucho cuidado á Juliano; y en efecto, aquel jeneral, aunque dotado de muchas virtudes, no se mostró digno de su fortuna. En lugar de asegurar con rapidez el écsito de la sublevacion, se aletargó en Antioquía en el seno de los placeres, como deslumbrado con su nueva grandeza y engreido con los omenajes de los príncipes que le rodeaban.

El senado no era mas que el instrumento servil de los pretorianos; y así, Juliano hizo que este cuerpo tímido declarase á Severo enemigo del estado, y enviase diputados al ejército de Iliria para que volviese á su deber. Catulino fué nombrado comandante de aquellas lejiones; pero Septimio, amado de las tropas, y que despreciaba al rival que le llamaba rebelde, desbarató todas sus trazas. Los diputados del senado ganados por él, arengaran á los soldados en su favor, porque los habia atraido á su proyecto. Aconsejaban á Juliano los suyos que saliese de Roma y defendiese el paso de

los Alpes; pero él sabia pagar y no combatir. Prodigó el dinero á los pretorianos para que le defendiesen y fortificó su palacio con ridículas barricadas.

Esperando complacer á su guardia, envió al suplicio á Leto y á Marcia para vengar á Cómmodo, y pagó asesinos que matasen á Severo. Las coortes pretorianas, afeminadas por la licencia, y enflaquecidas por la desonestidad, no conservaban de soldados mas que el nombre. Incapaces de tolerar fatigas y de arrostrar peligros, solo mostraban vigor en las orjías y audácia en las sediciones. Cuando fué preciso combatir, desmayaron. Juliano, viendo caidos todos los apoyos en que confiaba, ofreció á Severo la mitad del imperio. Severo despreció esta oferta. El emperador quiso obligar al senado á que enviase las vestales á su rival para moverle á entrar en la negociacion del repartimiento; y el senado no se dignó responderle. Entonces propuso ceder el imperio á Pompeyano: este hombre virtuoso tuvo á menos subir á un trono manchado con tantos crímenes y vicios.

Su condenacion y su muerte. —Entretanto, Severo avanzaba. Los soldados de Italia le entregaron todos los pasos; y en fin los pretorianos se pasaron á su partido. El les prometió una amnistía si le entregaban los asesinos de Pertinax. Al mismo tiempo el cónsul Silio Mesala convocó el senado, y se dió un decreto que condenó á Juliano á perder el imperio y la vida, proclamó á Severo, y concedió á Pertinax los onores divinos.

Los principales senadores fueron enviados al campamento de Severo para suplicarle que pasase á Roma con prontitud. Dos lictores llevaron á Juliano su sentencia. Este miserable príncipe, aislado en su palacio, cedia sin sentimiento la corona, y pedia humildemente la vida; mas no pudo comprarla como el imperio. «¿Qué he hecho yo, decia á sus verdugos, para que »me maten?» Como si haber envilecido la autoridad suprema fuese una accion indiferente. Cortáronle la cabeza y la espusieron al público. Así acabó este viejo insensato, que compró á costa de su caudal el oprobio y la muerte. Creyó haber reinado cuatro meses y cuatro dias. Severo permitió que se le hicieran algunos onores fúnebres. Su mujer é hija perdieron sus títulos, pero conservaron la vida.

CAPITULO XXVIII.

SEPTIMIO SEVERO, CARACALLA Y JETA.

Retrato de Septimio Severo.— Su gobierno. — Armamento de Nijer. —Sitio de Bizancio. —Venganza de Severo. —Toma y destruccion de Bizancio. — Guerra civil entre Albino y Severo.— Derrota y muerte de Albino.— Persecucion de Severo con los judios. — Union de Plautilla y Caracalla. — Muerte de Plauciano.—Administracion de Severo.— Victoria de Severo sobre los caledonios.—Tentativa de parricidio de Caracalla.—Muerte de Severo.—Caracalla y Jeta. —Retrato de Basiano Antonino, apellidado Caracalla.— Retrato de Jeta y antipatía de estos dos hermanos.—Apoteosis de Severo.— Muerte de Jeta por la perfidia de Caracalla.—Conducta de Caracalla despues de su fratricidio.—Sus crueldades.—Ocupaciones de Caracalla.—Su guerra con los alemanes.—Sus viajes.—Su venganza en Alejandría. —Muerte de Caracalla.

SEPTIMIO SEVERO.

(Año de Roma 943.—De Cristo 193.)

Los pocos romanos que aun merecian el título de ciudadanos, y que amantes de la patria preferian el interés jeneral al privado y arrostraban los peligros y desgracias por asegurar la gloria y libertad del imperio, se entregaban á la esperanza. La muerte de Juliano borraba, segun ellos, la ignominia de su elevacion; y no siendo posible resucitar la república, hubieran obedecido con igual placer á Severo, á Albino ó á Nijer, jenerales de la escuela de Marco Aurelio, respetados de los ejércitos, y temidos de los enemigos. En efecto, cualquiera de ellos era capaz de restablecer el onor de Roma, y vengarla de los infames pretorianos que habian asesinado á un emperador virtuoso, y vendido el trono á un usurero; pero los que habian proclamado á Nijer ó favorecido á Pertinax, y los hombres codiciosos, intrigantes, desonestos y corrompidos de la corte de Cómmodo, temian la venganza, la violencia

y la inflecsibilidad de Severo.

RETRATO DE SEPTIMIO SEVERO.—Este jeneral nació en Leptis, ciudad de Africa, de una familia antigua. Su padre Jeta habia sido cónsul y su madre Fulvia Pia era patricia. Severo, distinguido por Antonino, favorecido por Marco Aurelio, elevado sucesivamente á las dignidades de cuestor, tribuno, cónsul y procónsul, habia peleado con gloria, y gobernado con firmeza en Africa, Asia, España y Jermania; pero en todas partes fué temido y no amado. Admiraban, es verdad, la estension y vivacidad de su talento, la prontitud de sus determinaciones, su actividad en el trabajo, la osadía de sus empresas, su firmeza en los reveses, su munificencia para sus amigos, su constancia en la amistad; mas por otra parte, ningun hombre fué mas falso, codicioso, vengativo, violento, cruel é implacable para sus enemigos. Su grande estatura, su barba negra y espesa, su terrible ademan, y su fuerte voz inspiraban respeto. Reunia en su persona las grandes cualidades de Trajano y los vicios de Tiberio.

Recibió á los diputados de Roma al frente de su ejército con pompa y desconfianza. Dió órden á los pretorianos de que se le presentasen en el traje de palacio con toga y sin armas. Hízolos rodear por sus tropas, les reprendió el asesinato del emperador y la venta del trono, envió al suplicio á los que habian tenido parte en la muerte de Pertinax, y condenó los demás á destierro perpétuo.

Al llegar á las puertas de la capital, bajó del caballo, dejó el vestido militar, hizo llevar ante él las banderas de los pretorianos abatidas, y entró en la ciudad al frente de sesenta mil hombres. Precedian su marcha todos los senadores con guirnaldas de laurel en las manos, y el pueblo le rodeaba con vestidos blancos como en los dias festivos.

SU GOBIERNO.—Despues de ofrecer sacrificios á los dioses, reunió el senado, le dió cuenta de su conducta, le aseguró que habia tomado las armas solo para libertarle de la tiranía ignominiosa de las coortes pretorianas, prometió gobernar con moderacion, y propuso un decreto que le declaraba enemigo de la patria en el caso de que quitase la vida á un senador. No tardó en conocerse que esta promesa sin garantía, era una ilusion. Si los principios del poder arbitrario ó del despotismo aun no se habian arraigado, el poder de la

espada hacia que el soberano fuese dueño de las leyes. ¡Qué diferencia entre las promesas de un Tito y las de un príncipe, cuya primera regla es el interés!

Severo formó una nueva guardia pretoriana, compuesta de las lejiones mas distinguidas: su número fué de cuarenta mil hombres de todas las provincias del imperio. Esta medida, que daba una grande emulacion á todos los cuerpos del ejército y á todos los pueblos sometidos á Roma, acabó de arruinar el espíritu libre y militar en Italia.

Guerra civil entre Severo y Nijer.—El emperador hizo celebrar con magnificencia los funerales de Pertinax, concedió abundantes gratificaciones á los ejércitos, castigó con rigor algunos jenerales concusionarios, disminuyó los impuestos, publicó reglamentos sabios para mantener la abundancia, casó sus dos hijas con Alio y Probo, senadores estimados, y los nombró cónsules. Despues de haber consagrado un mes á los cuidados del gobierno, partió al Oriente contra Nijer, su competidor. Reunió grandes fuerzas para vencerle; pero se guardó de declamar contra él, porque sabia que tenia muchos partidarios en el senado y el pueblo, admiradores de su virtud.

Para librarse de una defeccion temible en el Norte, antes de partir engañó á Albino con pérfidas demostraciones de amistad, lo hizo declarar césar y cónsul designado, y mandó que en onor suyo se erijiesen estátuas y acuñasen monedas.

Armamento de Nijer.—Nijer no habia previsto la rapidez de Severo. Llamado al trono por los deseos del pueblo romano y de todo el Oriente, era igual á su competidor en pericia militar y superior en virtud. Siempre se habia mostrado suave, humano y desinteresado. Roma le deseaba con razon, porque nadie era mas digno que él de ocupar el puesto de Antonino y de Marco Aurelio. Cuando supo que Severo habia llegado á Roma, salió del reposo, prolongado mas de lo justo, reunió un fuerte ejército, guarneció los desfiladeros de Cilicia, y pidió ausilios á los príncipes del Oriente. Todos lo prometieron, y muy pocos se lo enviaron: el rey de Armenia declaró que permaneceria neutral.

Sitio de Bizancio.—Emiliano, procónsul de Asia y partidario de Nijer, marchó para defender á Bizancio, sitiada por Severo. Cándido, jeneral de este empe-

rador, le salió al encuentro con una parte del ejército, y aunque las tropas de Asia eran numerosas, nacidas en un pais que siempre afemina á los hombres, fueron inferiores en todos los combates á las lejiones de la Galia y de Jermania.

Emiliano fué vencido, prisionero y muerto cerca de Cizico. Cándido atacó en seguida el ejército de Nijer, y despues de una larga y sangrienta batalla le arrojó desbaratado á la otra parte del monte Tauro. Severo le ofreció la vida y un retiro decoroso si le cedia el imperio. Nijer titubeó, y hubiera aceptado, á obrar segun sus inclinaciones; pero rompió la negociacion por condescender á la ambicion de sus amigos. El ejército de Severo hizo vanos esfuerzos para pasar el Tauro: no pudo hacerse dueño de las fortificaciones construidas por Nijer en los desfiladeros. Valeriano y Anulino, jenerales del emperador, estaban ya para renunciar á un ataque inútil, cuando una repentina y orrible tempestad, que derramaba el agua á torrentes, desbarató las obras inespugnables hasta entonces. El ejército imperial, atravesando sin ostáculo el desfiladero, continuó su marcha por la Cilicia hasta Iso, lugar famoso por la victoria de Alejandro el Grande. Nijer, que estaba allí con todas sus fuerzas, presentó la batalla. Su intrepidez, su ejemplo y la habilidad de sus maniobras, parecian asegurarle la victoria; pero un torbellino de viento y granizo, que se desató de repente, aterró á sus soldados hiriéndoles en el rostro. En vano quiso reunirlos: su retirada se trocó muy pronto en derrota y matanza. Perdió en esta batalla decisiva veinte mil hombres. Antioquía abrió las puertas al vencedor, y Nijer, al buscar un asilo entre los partos, fué alcanzado y muerto por los imperiales. Su cabeza fué llevada á Severo, y arrojada en Bizancio por órden suya para aterrar á la guarnicion.

Venganza de severo.— l emperador abusó cruelmente de la victoria. Desterró á todos los senadores de quienes sospechaba haber favorecido á Nijer é hizo matar á casi todos los oficiales del ejército contrario. Casio Clemente, uno de ellos, debió la vida á su firmeza. Enviado al suplicio, dijo á Severo: «Tú querias, lo »mismo que yo, librar á Roma »y derribar al viejo infame que »la habia comprado. No tienes »al imperio mas derechos que »Nijer. Condenando á sus par-

»lidarios, condenas á los tuyos.» El emperador le perdonó; pero envió al destierro ó á la muerte á todos los parientes de Nijer, confiscó sus bienes, y sin embargo puso en Roma una inscripcion que recordaba las azañas de su rival, diciendo: «Quiero conservar el nombre del »vencido para consagrar la glo»ria del vencedor.»

El terror que inspiraba Severo, obligó á muchos soldados romanos á guarecerse entre los partos. Esta emigracion fortificó y dió luces á aquellos enemigos antiguos de Roma, y los hizo mas temibles. El emperador se mostró tan liberal para sus tropas, como cruel con los enemigos. Despues de haberlas premiado magníficamente, las llevó contra los partos, consiguió muchas victorias, y concluyó en fin una paz onrosa. Mientras que de este modo domaba el Asia, un hombre solo se atrevió á su poder. Claudio, caudillo de ladrones, talaba la Siria, la Palestina y el Ejipto. Este hombre atrevido, despues de haberse escapado de todos los jenerales que Severo envió contra él, se viste de oficial romano, penetra en el campamento del emperador, entra en su tienda, lo saluda, lo abraza, y al salir le declara quién es, desaparece de su vista, y se burla de todas las pesquisas que se hicieron para haberle á las manos.

Toma y destruccion de Bizancio.—Bizancio se resistia siempre. Esta ciudad, destinada á ser competidora de Roma, se hizo célebre entonces por el valor ostinado de sus habitantes. Triunfaron durante tres años de todos los esfuerzos de los sitiadores. Despues de haber agotado sus armas, rompian las estátuas y los vasos preciosos y las arrojaban desde las murallas á las cabezas de sus enemigos. En fin, habiéndolos reducido el emperador al ambre mas espantosa, tomó por asalto la ciudad, la entregó al saqueo, y la arrasó. Prisco, digno émulo de Arquimedes, que habia prolongado la defensa de la plaza con sus máquinas injeniosas, fué quizá el único ciudadano á quien se perdonó la vida. Su muerte hubiera desonrado al emperador: su conservacion podia serle útil, y el interés dirijia todas las acciones de Severo.

Guerra civil entre Severo y Albino, y batalla de Lugduno.—(198) Mientras que esta guerra ocupaba sus fuerzas, muchos senadores temiendo su venganza, escribieron á Albino, persua-

diéndole á apoderarse de Roma y del imperio. Este jeneral, mal satisfecho del título de césar, era demasiado ambicioso, demasiado semejante á Severo, para conservarse sometido y fiel. Seguro de la lealtad de las lejiones de Britannia, trabajaba en sublevar las Galias á favor suyo. El emperador, menos sincero que él, le lisonjeaba para adormecerle, decidido á arruinarle por transmitir el poder supremo á sus propios hijos. Continuó ocultando sus designios, escribió á Albino cartas llenas de protestaciones de amistad, y se las envió por emisarios que llevaban el encargo de matarlo á puñaladas ó darle un veneno. Esta traicion fué descubierta: Albino los envió al suplicio, entró al frente de sus lejiones en las Galias, y fué proclamado emperador.

Los dos césares se acusaron mútuamente y con justicia, el uno de asesino, el otro de ingrato y rebelde. Severo designó heredero suyo á su hijo Basiano Caracalla, que tomó el título de césar y el nombre de Marco Aurelio Antonino. El emperador queria que el senado declarase á Albino enemigo de la patria; pero la incertidumbre del resultado de esta lucha sangrienta entre dos rivales igualmente poderosos y vengativos, impidió á aquel cuerpo, siempre tímido, y tantas veces sacrificado, tomar una decision concorde. Los mas medrosos, determinados por el peligro mas prócsimo, obedecieron al emperador. Los mas imprudentes resistieron á las claras: los otros, cuya esperiencia se habia formado en tan contínuas revoluciones, se quedaron neutrales; uno de ellos fué el historiador Dion Casio.

Albino hizo la guerra con vigor en la Galia, y conquistó mucha parte de ella. En este tiempo un hombre oscuro llamado Numeriano, maestro de escuela, finjiéndose senador, levantó un cuerpo de tropas galas, venció en muchos reencuentros á las de Albino, impuso contribuciones, envió sumas considerables á Severo, y le preparó con su valor la victoria. Cuando se terminó la guerra, fastidiado de los grandes, de los combates y de la ambicion, no quiso ni dignidades ni premios, y se volvió pacíficamente á su aldea.

Albino, ardiente é impetuoso, y que citaba con frecuencia un hemistiquio de Virjilio, cuyo sentido es:

«Furioso me arrójo á las armas,»

para mostrar que el fuego le guiaba mas que la razon, conquistó en poco tiempo la mayor parte de las Galias, y derrotó completamente á Lupo, jeneral del emperador.

Derrota y muerte de Albino. —Severo, receloso de sus progresos, despues de haber fortificado prudentemente los pasos de los Alpes, marchó contra su rival con todas sus fuerzas. Dieron una gran batalla entre el Ródano y el Arar (Saona) cerca de Lugduno (Lyon) en la cual pelearon ciento cincuenta mil romanos con igual valor y pericia de una y otra parte. Al principio cejó el ala izquierda de Albino; pero su derecha, mas feliz, rompió la que mandaba el emperador. Severo, rodeado y herido, cae del caballo; pero rechaza intrépidamente á cuantos se le acercan, recibe socorro de los suyos, vuelve á reunirlos, marcha á su frente á pie, y restablece la pelea. Leto acude, en fin, con su reserva, y decide la victoria. Las tropas de Albino ceden por todas partes: el emperador hace en ellas gran carnicería, las persigue sin intermision, y entrega á las llamas la ciudad de Lugduno. Albino, perdido el trono, despreció la vida y se mató. El cruel Severo holló el cadáver con su caballo, y envió á Roma su cabeza en la punta de una lanza.

Fueron degollados la mujer, los hijos y los partidarios de Albino que pudieron haberse á las manos: todos los soldados de las lejiones vencidas que escaparon de la muerte, se refujiaron á Jermania, llevaron á sus bosques el odio á Roma, las armas, la disciplina y la táctica, ilustraron y enseñaron á los bárbaros, y prepararon así la ruina del imperio.

Un oficial galo, preso y condenado, dijo á Severo: «Si fueses vencido como yo ¿qué harias en mi lugar?»—«Callar, »le respondió el emperador, y »sufrir;» y le envió á la muerte sin piedad.

Algunos infames y cobardes delatores le entregaron los papeles de Albino, y conoció por ellos á los senadores que eran partidarios de su rival. Severo envió un oficial á Roma, que presentó al senado las cartas de Albino y otra del príncipe, que decia: «Este regalo os da á conocer »mi enojo, y os anuncía mi venganza.»

Severo vuelve á la capital al frente de su ejército. Convoca los senadores: les echa en cara á unos su perfidia, á otros su cobardía. «Os quejais, les dice, de

»mi rigor, cuando sois dignos de »todos los suplicios. La suavidad »os hace facciosos, la bondad »traidores. Insolentés contra el »débil, tímidos á los pies del »fuerte, es imposible goberna»ros sino con el terror. Mario y »Syla os conocian bien: sus jus»tas proscriciones afirmaron su »poderío. César, clemente, no »recibió de vosotros mas que pu»ñaladas.»

«¡Y os atreveis á infamar la »memoria de Cómmodo! vos»otros que habeis comprado sus »muebles, esclavos y cortesanas: »vosotros, que teneis todos sus »vicios y ninguna de sus cuali»dades: vosotros que poco há íbais »á dejar impune el asesinato de »un valeroso emperador, y prodi»gábais infamemente vuestros »omenajes á un vil comprador »del imperio! Cómmodo merece »la apoteosis por haberos tratado »como mereceis; y yo mando »que se le decreten los onores »divinos.»

Despues de haberlos aterrado con estas palabras, en desprecio de sus juramentos puso en juicio á cincuenta y siete senadores, mandó quitar la vida á veintidos, y perdonó á treinta y cinco. Sabiendo entonces que los partos y armenios se habian sublevado de nuevo, partió al Oriente. Barsémes, rey de Armenia, apaciguó su resentimiento sometiéndose. Los partos, despues de una vana resistencia, emplearon su antigua política, dejaron pasar el torrente, huyendo y peleando. Severo llevó sus armas como Trajano mas allá de Babilonia y de Ctesifonte, y como él tuvo que levantar dos veces el sitio de Atra, ciudad defendida por su posicion y por el valor indomable de los árabes.

El emperador se mostró tan cruel en Asia como en Europa, é hizo morir á todos los que tomaron parte en la sedicion. Caracalla, manifestando ya su orrible carácter, queria que se proscribiese tambien á los hijos de los sentenciados: Jeta, su hermano, mas benigno, preguntó si tenian muchos parientes: respondiósele que sí; y él replicó: «¿quieres que tantos hom»bres detesten nuestra victo»ria?»

Su persecucion contra los judios.—El emperador, despues de haber pacificado la Siria, fué á Palestina, donde los judios habian hecho algunos movimientos. Su carácter cruel le hacia naturalmente enemigo de un Dios de caridad, de paz y de amor, y así proibió á todos los vasallos del imperio profesar la

relijion de Moisés ó la de Jesus, lo que dió orijen á la quinta persecucion de los cristianos. Victor Ireneo, obispo de Lugduno, y Leónidas, padre del famoso Oríjenes, sufrieron el martirio. Marcela y su hija Potaniana perecieron en las llamas; y Basílides su perseguidor, convertido por su ejemplo, participó del mismo suplicio.

Severo pasó despues al Ejipto, y tributó sus omenajes á las cenizas de Pompeyo y Alejandro. Admiró los monumentos de aquel antiguo pais, visitó sus templos, y sacó de ellos todos los libros sagrados, mandándolos encerrar en el sepulcro del héroe macedonio. Volvió despues á Roma á gozar de una gloria, merecida por sus azañas, pero mancillada con crímenes y sangre.

Este príncipe, cuya ferocidad aterraba al mundo, se dejaba gobernar por un favorito. Plauciano, semejante á Seyano en la ambicion, la crueldad y el orgullo, llevó la insolencia á tal estremo, que mandó á todos bajar la vista cuando él pasaba. Orgulloso con el favor de su amo, todos le parecian inferiores, y trataba con igual desprecio á la emperatriz Julia y á Jeta.

UNION DE PLAUTILA Y DE CARACALLA, HIJO DE SEVERO.—Su hija Plautila casó con Caracalla, y desde entonces desapareció á los ojos de Plauciano la distancia que le separaba del trono. Lejos de moderar las pasiones del emperador, las irritaba y le movia á la crueldad, bien por complacerle ó bien con la esperanza de hacerle odioso y derribarle.

Por sus consejos fueron enviados al suplicio muchos cristianos y varios senadores y caballeros. En esta época se atrevió á publicar Tertuliano su elocuente apolojía del cristianismo, en la cual probó con evidencia que los cristianos, sometidos al príncipe y á las leyes, estaban obligados por su misma relijion á llenar todos los deberes de ciudadanos: que sus costumbres eran tan suaves como puras, y que ninguna violencia podia ya triunfar de la fé verdadera, cuyos progresos aumentaba la misma persecucion. «Llenamos ya, »decia, el senado, las ciudades, »los campos, los palacios y las »casas, y solo os dejamos los »templos y los teatros.»

El suceso correspondió á su esperanza: la injusticia rindió omenaje á la verdad; y si la persecucion no cesó, por lo menos se mitigó considerablemente.

MUERTE DE PLAUCIANO.—Cara-

calla, enseñado por la envidia que tenia á su suegro, y mas capaz quizá que otro alguno de penetrar los secretos de un corazon semejante al suyo, descubrió que este ministro ingrato conspiraba contra el poder y la vida de su amo. Saturnino, tribuno de los pretorianos, ganado por el príncipe, finjió favorecer los proyectos del traidor Plauciano; y habiendo consultado con él los medios de consumar el crímen, va una noche á buscarle, le dice que sus deseos están cumplidos, y la familia imperial degollada. Plauciano, embriagado de orgullo y alegría, vuela al aposento del emperador, impaciente de subir al trono, y halla á Severo y sus hijos rodeados de oficiales. Severo sintió á su vista renacer su antigua amistad, y se mostraba dispuesto á oir su justificacion; pero el impetuoso Caracalla, sin darle tiempo para hablar, se arroja sobre él, le desarma, y le manda degollar á los pies de su padre.

El emperador dió cuenta al senado de este suceso: lamentó la desgracia de los príncipes en no poder hallar amigos, y atribuyó sus rigores pasados á los pérfidos consejos del ministro. Pero el resto de su vida desmintió esta justificacion ilusoria. Desde los reinados de Cómmodo y Juliano, era imposible que la virtud ascendiese al trono. Los grandes aspiraban al imperio: los ricos lo compraban: los soldados lo vendian: el senado y el pueblo eran nulos, y el imperio no debia ser ya gobernado sino por tiranos.

Administracion de Severo.— Severo contenia á los grandes por el terror de los suplicios: ganaba al ejército con la liberalidad y la relajacion de la disciplina: se hacia amar del pueblo disminuyendo los impuestos y dando fiestas y espectáculos magníficos. Los despojos de los vencidos y la confiscacion, no solo sufragaron sus gastos, sino tambien le proporcionaron formar un tesoro mayor que el de sus predecesores.

La vida de este príncipe era activa y arreglada: trabajaba la mayor parte de la noche: daba audiencia y asistia á los tribunales hasta mediodia: paseaba despues á caballo, se bañaba, comia en seguida con su familia, y conversaba en sus jardines con los sábios mas distinguidos. Despues tomaba otro baño y cenaba con algunos amigos. El terror de su nombre contenia al imperio en la sumision, y enfrenaba á los estranjeros, cuando la rebelion

de los caledonios turbó la paz universal.

Victoria de Severo sobre los caledonios.—Aunque la gota le tenia débil, su espíritu conservaba el ardor y la impetuosidad juvenil: sale de Roma á pesar de sus enfermedades, y llega á la Britannia con sus dos hijos. Habiendo encargado á Jeta mantener el órden en la parte meridional de la isla, seguido de Caracalla llevó su ejército á la Caledonia. El carácter ostinado de aquellos bárbaros, la aspereza de los lugares, la espesura de los bosques y la insalubridad de las lagunas, hacian esta guerra muy difícil y peligrosa. Era necesario vencer á los hombres y á la naturaleza. Cincuenta mil romanos perecieron en aquel pais; pero la constancia del emperador triunfó de todos los ostáculos. Los caledonios se vieron obligados á pedir la paz, entregaron las armas y cedieron una parte del territorio.

Severo, para asegurar la Britannia contra sus incursiones, construyó una gran muralla guarnecida de torres y defendida con fosos profundos. El senado le dió el título de *Británnico Mácsimo.* Una nueva rebelion le obligó á tomar las armas, y la castigó con una orrible matanza de britannos.

Tentativa de parricidio de Caracalla.—Al marchar contra los sublevados estuvo para ser víctima de un crímen espantoso. Caracalla, que no podia sufrir la altaneria de Castor, nuevo favorito de Severo, sacó la espada para matar á su padre. Contúvole un grito jeneral de orror, en que prorrumpieron todos los circunstantes. Severo entra en su tienda, le manda llamar y le dice: «Malvado: pues deseas acabar »conmigo, oculta á lo menos tu »delito á los ojos del ejército: »consuma aquí tu parricidio, ó »manda á Papiniano que me dé »la muerte: eres su emperador »y te obedecerá.» Caracalla se arrojó á sus pies, finjiendo un pesar, hijo de la vergüenza y no del arrepentimiento.

Pocos dias despues sus emisarios escitaron una sublevacion en las lejiones, y estas declararon que Severo, gotoso é imbécil, no debia ya mandar, y que era menester que cediese á Caracalla la autoridad suprema. El emperador al saber esto, ardiendo en ira, halla otra vez su juventud y vigor: hace que le conduzcan al tribunal, y convoca las lejiones: el fuego de sus miradas y sus palabras amenazadoras consternan á los soldados: las armas caen de sus manos: manda

degollar á los jefes de la rebelion; y poniendo despues la mano en la frente, dice á Caracalla: «La cabeza es la que debe »gobernar y no los pies.» Créese que estuvo para castigar de muerte á su hijo; pero la naturaleza triunfó de la justicia.

El mónstruo proyectó despues asesinar á su padre; mas los médicos, cuya fidelidad procuró corromper, desecharon con indignacion sus ofertas.

Muerte de severo. — Estos últimos pesares habian irritado la enfermedad del emperador. Sintiendo prócsima é inevitable su muerte, dijo: «Todo lo he si»do, y conozco que todo es na»da.» Mandó que le trajesen la urna en que habian de encerrarse sus cenizas, y al verla esclamó: «Este pequeño vaso en»cerrará al que no cabia en el »mundo.» Llamó despues á sus hijos, y les dijo así: «Hallé el im»perio arruinado, y os lo dejo »fuerte y glorioso. Durará mien»tras os gobierne la virtud; pe»recerá, si el vicio os domina.» Los dolores le atormentaban, y pidió un veneno, que le fué negado. Resuelto sin embargo á acelerar su muerte, mandó que le preparasen manjares, comió con esceso y murió á los sesenta y seis años de su edad, y dieziocho de su reinado. Sus talentos y vicios prueban que aun quedaban en su época vestijios de la grandeza romana, ya en los crímenes, ya en las virtudes; pero este imperio colosal no tardó en manifestar los síntomas de la debilidad, la decrepitud y la muerte. Falleció en Eboraco (Yorck), ciudad de Britannia, el año 963 de Roma. Habia cultivado la literatura, y escribió una historia de su vida, cuyo estilo y sinceridad alaba Victor.

CARACALLA Y JETA.

Retrato de basiano antonino, llamado caracalla. — Los príncipes designados por sus padres y nombrados por el ejército no esperaban ya, como antiguamente, la confirmacion del pueblo y del senado. Basiano Antonino, á la edad de veinte años, tomó posesion del poder supremo con Jeta, su hermano, y se le dió el sobrenombre de Caracalla, porque llevaba una larga ropa que bajaba hasta los pies, llamada por los galos *caracalla*, y despues *casaca* por los francos.

Este príncipe, educado en su infancia por Antipatro, por Evodio y por Próculo, que quiso convertirle al cristianismo, dió por su dulzura y sensibilidad esperan-

zas que desmintió el resto de su vida. La noticia de un suplicio le causaba grande tristeza, y el verlo le hacia llorar; pero su elevacion, llamando cerca de sí á los aduladores, corrompió su alma, desenvolvió su orgullo, perturbó su razon, y le hizo tan cruel que Montesquieu, hallando el epíteto de tirano demasiado débil para semejante mónstruo, le dió con justicia el de *destructor de los hombres*. «Calígula, Neron, Domiciano y Cómmodo, dice este célebre escritor, no ejercieron sus crueldades sino en Roma: Caracalla llevó sus furores por todo el universo.

Retrato de jeta.—Jeta, su hermano, se habia mostrado en su edad primera maligno y arrebatado; pero una prudente educacion mudó del todo su carácter, y subiendo á la dignidad que casi siempre corrompe y pervierte á los reyes con su brillo, se despojó de sus vicios y adquirió las virtudes propias de los grandes monarcas. Nació entonces entre los dos hermanos una insuperable aversion. Ni los esfuerzos de Severo, ni los consejos de Julia, madre de ambos, pudieron unirlos, y el repartimiento del poder aumentó su recíproco odio. El trono, que quizá hubiera sido un escollo para la amistad, fué campo de batalla para el aborrecimiento. Habiendo dejado la Britannia, llegaron juntos á Roma, y repartieron entre sí el palacio, que era tan grande como una ciudad. Cada uno tuvo su corte y su guardia propia, y bien pronto su division formó dos partidos en Roma. Los senadores, caballeros y ciudadanos mas distinguidos se aficionaron á las virtudes de Jeta: los soldados, los libertos, los crapulosos y los hombres de menos valor se adirieron á Caracalla. Entrambos príncipes hicieron en la curia el elojio de Severo, y el senado decretó que se le diesen los onores divinos.

Apoteosis de severo. — Los progresos deplorables de la servidumbre del pueblo rey á sus altivos señores, habian introducido las magníficas y pueriles pompas de la etiqueta oriental. Se colocó la imájen de Severo, hecha de cera, en una cama de marfil adornada con paños de oro. Estuvo siete dias espuesta y acompañada de muchos senadores vestidos de negro, y de matronas con ropajes blancos. Los médicos visitaban á sus horas la imájen como si el príncipe viviese todavia, y anunciaban con señales de dolor los progresos de la enfermedad. Al sétimo dia

se declaró su muerte, y se llevó con gran pompa, en su mismo lecho, al foro por la calle Sagrada. Los caballeros llevaban el féretro, los senadores le seguian, y la juventud romana celebraba con himnos la memoria del emperador. Llegó la comitiva al campo de Marte, donde se habia construido una pirámide de madera de cuatro pisos, y con un aposento en cada uno. Colocóse en el segundo la imájen, rodeada de flores y aromas. Los caballeros romanos, armados, corrieron caballos alrededor de la pirámide: los emperadores, cónsules y caballeros prendieron fuego á la oguera; y enmedio de las llamas voló á las nubes un águila, que estaba en el interior del edificio, é hizo creer al pueblo, que el alma de Severo ascendia, bajo la forma de aquel ave, á tomar asiento entre los dioses.

MUERTE DE JETA POR LA PERFIDIA DE CARACALLA.—Jéta aumentaba su partido por la moderacion y afabilidad: Caracalla, protejiendo la licencia de las tropas, y dando rienda suelta á todos los vicios. Los senadores, temiendo una lucha sangrienta, cuyo teatro y víctima seria Roma, propusieron la division del imperio, quedando Jeta con el Oriente y Caracalla con el Occidente; pero Julia no consintió en ello, movida de una ciega ternura, que le hacia esperar siempre la reconciliacion de sus hijos, y temer que la separacion aumentase su animosidad. Caracalla, despues de haber intentado inútilmente el asesinato y el veneno contra la vida de su hermano, á quien defendia el amor del pueblo, finjió renunciar al aborrecimiento, y pidió á Jeta una conferencia en el aposento de su madre para terminar sus disensiones. El virtuoso príncipe, no sospechando los crímenes que era incapaz de intentar, se presenta confiadamente en el lugar designado, y abre sus brazos á su hermano. Caracalla saca la espada y se arroja sobre él. Jeta, que no tenia armas, busca un asilo en el seno de su madre: el mónstruo le persigue, le hunde el acero en el pecho, y hiere a Julia, que procuraba libertar del golpe á su hijo. El infeliz príncipe espiró sin pronunciar una palabra. Habia reinado un año.

CONDUCTA DE CARACALLA DESPUES DE SU FRATRICIDIO.—Despues de cometido este delito atroz, Caracalla sale del palacio, llama su guardia, y le dice que acaba de librarse de los mayores

peligros. Los soldados alarmados le conducen al campamento, y reciben paga doble y una gratificacion de mil pesetas cada uno, agotando el tesoro público para comprar la impunidad. Los pretorianos, que no conocian mas derecho que la fuerza, ni mas virtud que la prodigalidad, renuevan sus juramentos al fratricida, y declaran desvergonzadamente enemigo público á Jeta. Seguro Caracalla, de su adesion, se presenta cubierto de un peto enmedio del senado, hace rodear la curia por sus tropas, y burlándose de la ira del cielo, de las miradas de los hombres y de las leyes del imperio, acusa públicamente á su hermano de haber intentado quitarle el trono y la vida, confiesa descaradamente que le ha muerto, se gloría de haber imitado á Rómulo, y para quitar el recelo de todos los ánimos mas cuidadosos en los tiempos de corrupcion del interés privado que del jeneral, promete amnistia á todos los partidarios de Jeta, y perdona la vida á todos los sentenciados.

Un senador se atrevió á proponer la apoteósis del príncipe asesinado: «Consiento en ello, dijo »Caracalla: mejor quiero que »esté en el cielo que en la tierra.»

Por débil que sea en ciertos tiempos la opinion pública, la tiranía siempre la teme y procura engañarla aun cuando la está oprimiendo. Caracalla ecsijió de su ministro, el jurisconsulto Papiniano, la misma complacencia que Séneca tuvo con Neron, y le instó á que escribiese una apolojía de la muerte de Jeta. El virtuoso romano se negó à ello, diciendo: «Mas fácil es co»meter un fratricidio que dis»culparle.» Esta espresion valerosa le costó la vida.

Sus crueldades.—Caracalla era obedecido; pero se murmuraba. No vengaban á Jeta; pero le lloraban. Enfurecido el emperador, creyendo los jemidos de la virtud señales de rebelion, llenó á Roma de terror y de sangre. Todo delator era oido, todo sospechado delincuente: hablar era un riesgo; callar no lo era menor: las leyes sanguinarias del emperador se ejecutaban como los crímenes enmedio de la noche: las oras del descanso lo eran de peligro para todos los ciudadanos: se asegura que veinte mil personas perecieron víctimas de los furores de aquel insensato. El virtuoso Pompeyano perdió la vida, como tambien una hija de Marco Aurelio, sin mas causa que el aprecio con que eran mirados.

El que no llevaba consigo un retrato ó una efijie del emperador, era tenido por impío; y no ostante, muchos fueron condenados como sacrílegos por haber entrado en las casas de mala nota con sortijas, en donde estaba grabada su figura. Sus ministros fueron dignos de él. Entregó el gobierno de Roma al eunuco Sempronio, médico y envenenador de profesion, al cual Severo habia desterrado á una isla desierta. Teócrito, esclavo antes y luego maestro de baile é histrion, mandaba su guardia. Epagato, tambien liberto, gobernaba con ellos al emperador y al imperio, y vendia públicamente y sin pudor la justicia y la sangre de los hombres. Envilecieron el título de ciudadano romano, prodigándolo á los bárbaros y concediéndolo por una ley á todos los súbditos injénuos del imperio.

Caracalla decia á las claras, que no era posible gobernar á los hombres sino por el terror: sus únicos héroes eran Tiberio y Syla. Representándole un dia su madre Julia, que el pueblo esausto no podria pagar los impuestos que se le echaban, respondió: «Sabed que mientras »lleve esta espada, tendré todo »el dinero que quiera.»

Ocupaciones de Caracalla.— Abandonando los negocios del estado á sus indignos favoritos, pasaba la vida en los espectáculos y las casas de prostitucion con farsantes y cocheros. Orgulloso por la fuerza corporal con que le habia dotado la naturaleza, descendia muchas veces á la arena para lidiar con los leones y tigres, cuyo émulo parecia mas bien que enemigo.

Objeto del miedo y del odio de todos, él mismo sentia el terror que inspiraba. El remordimiento, enemigo que ninguna guardia detiene, penetraba por la noche en su palacio, y le atormentaba con sueños espantosos, en los cuales creia aparecérsele la sombra de su padre, que le decia estas terribles palabras: «Yo te mataré como mataste á »tu hermano.» Este príncipe, tan detestable en sus costumbres y tan vil en sus inclinaciones, por una contradiccion estraña, pero comun, ambicionaba la gloria militar, y por eso salió de Roma, corrió la Italia y las Galias como un torrente devastador, y causó mas calamidades á las provincias del imperio al pasar por ellas, que los bárbaros en sus incursiones.

Su guerra con los alemanes. —Los alemanes, de los cuales se

oyó entonces el nombre por la primera vez, acababan de atravesar el Rin y de invadir las Galias. Se ve por la palabra *aleman*, que en idioma céltico quiere decir *todos los hombres*, que aquel pueblo era una mezcla de muchas naciones diferentes. El emperador peleó en esta guerra como un soldado valeroso, pero sin ninguno de los talentos que ecsije el mando de un ejército, sin prevision ni prudencia en las disposiciones, sin consecuencia en los planes. Acostumbrado á la ciega obediencia de una nacion corrompida, vió con sorpresa el espíritu público de los bárbaros, resistir á su tiranía. Habiendo dado opcion á muchos prisioneros alemanes entre la muerte ó el cautiverio, todos prefirieron la muerte, y se mataron á su vista: desde entonces pudieron prever los esclavos de los césares, que no tardarian en triunfar del imperio romano los habitantes de las selvas jermánicas.

Caracalla, fastidiado de la guerra, y contento de haber mostrado su fuerza en algunos combates particulares, compró la paz de los alemanes pagándoles un tributo, admitió á muchos de ellos en su guardia, adoptó su traje, se puso una peluca rubia para imitar el color de los cabellos de aquel pueblo, y se jactó en sus cartas al senado de haberle vencido y puesto en huida.

Animados otros pueblos por su debilidad, le amenazaron con la guerra para que les diese dinero. Pasó á Dácia, donde los godos y jetas que le acometieron fueron vencidos, no por él, sino por sus jenerales. Helvio, hijo del emperador Pertinax, aludiendo al asesinato de Jeta y á la retirada de los jetas, se atrevió á decir que el emperador merecia con doble razon el título de *Jético*. Esta chanza fué su sentencia de muerte.

SUS VIAJES. — Poco despues atravesó Caracalla la Macedonia, donde por vanidad fué entusiasta de Alejandro Magno. No pudiendo adquirir su jenio, imitó su modo de andar y su ademan, inclinó, como él, la cabeza ácia el hombro izquierdo, se vistió de una armadura que habia llevado, tomó sin rubor su nombre, y dió el de falanje á un cuerpo de su ejército. Desembarcó despues en Asia, visitó las ruinas de Troya, se enardeció con la gloria de Aquiles, y para imitarle celebró en obsequio de su liberto Festo, funerales semejantes á los de Patroclo.

SU VENGANZA EN ALEJANDRIA.

—Llegó despues al Ejipto, y se enfureció al saber que los alejandrinos le despreciaban y hacian burla de él. Su venganza fué tan atroz, como pueril su vanidad. Habiendo reunido para una fiesta pública á todos los habitantes de Alejandría, mandó á sus tropas que los matasen. El gran número de las víctimas hizo que fuese larga la resistencia y grande la carnicería.

El mismo emperador escribió al senado, que durante la matanza estuvo tranquilamente sentado en el templo de Sérapis, y consagró á este dios el acero con que habia muerto á su hermano.

Antes de salir de Alejandría, mandó desterrar de ella á todos los sábios y literatos, como si el crímen pudiera ocultarse alejando las luces.

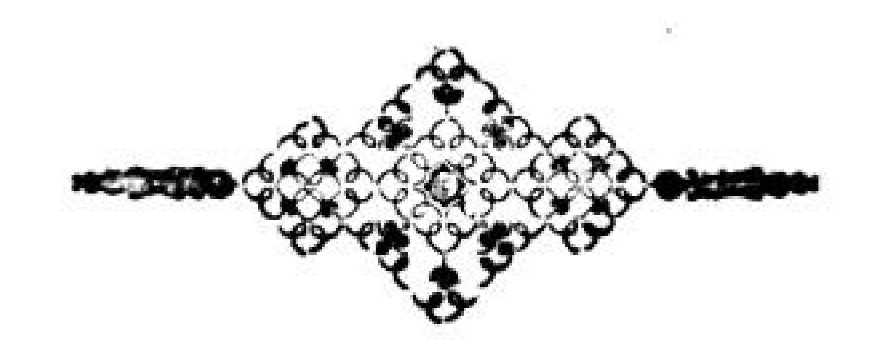
Cuando llegó á Siria formó el proyecto de triunfar de los partos, no por el valor, sino con la infámia mas vil. Sus embajadores pidieron á Artabano, rey de aquella nacion, que le diese su hija en matrimonio. Fijado el dia y lugar, los dos monarcas se reunieron para tratar del casamiento: Artabano sin armas y con los grandes de su córte: Caracalla con jente que traía ocultos los aceros, y que arrojándose sobre los partos, mataron á casi todos, escapándose el rey por la velocidad de su caballo. A favor del tumulto que causó esta traicion, Caracalla penetró en la Media, demolió los sepulcros de los reyes de Partia, y tomó insolentemente el título de *Pártico*, atribuyendo al asesinato los onores de la victoria.

Sin embargo, indignados los partos, se reunieron, se armaron apresuradamente, y vinieron á caer de tropel sobre los romanos. Jamás hubo un pueblo animado por un motivo mas justo de venganza. Hasta entonces, aunque aborrecido del mundo entero le habian sostenido las lejiones, cuya licencia favorecia; pero la preferencia que daba últimamente á la guardia alemana, le hizo perder el amor de los demás soldados.

Suspicaz como todos los tiranos, habia encargado á Materniano, comandante de la milicia de Roma, que le informase mientras estaba en sus viajes de todo lo que pudiese interesarle en cuanto á su seguridad. Este oficial le escribió que un astrólogo acababa de designar en Africa á Macrino, prefecto del pretorio, como destinado por los dioses para sucederle. Caracalla, atento siempre á sus placeres mas

que á los negocios, le dió á Macrino este pliego entre otros sin leerlos. Macrino los abre: conocia arto bien al emperador para dudar de la suerte que esta noticia le preparaba, si Caracalla llegaba á saberla por otro conducto. Resuelve pues anticiparse: estaba seguro de las disposiciones del ejército: gana á dos tribunos y á Marcial, oficial de guardias, y jura con ellos la perdicion del tirano.

Muerte de Caracalla.—Caracalla salia entonces de Edesa para ir á Carras: los conjurados, que le observaban, lo vieron desmontar y separarse del camino, seguido de un solo esclavo. Marcial, aprovechando este momento favorable, deja su puesto, se acerca á él socolor de ayudarle á subir á caballo, y le hunde un puñal en la garganta. A sus gritos acuden los soldados, le hallan espirando, y vengan su muerte degollando á Marcial. Caracalla pereció el año 969 de Roma, á los veintinueve años de edad: su reinado, que duró seis, debió persuadir á los romanos que el cielo para castigarlos por su barbárie, y vengar sus numerosas víctimas, los condenaba á ser presa de los mónstruos mas feroces.



CAPITULO XXIX.

MACRINO, HELIOGABALO Y ALEJANDRO SEVERO.

Eleccion de Macrino confirmada por el senado. — Reformas en la lejislacion. —Conspiracion contra Macrino. — Su huida y su muerte. — Heliogábalo es proclamado emperador por el senado. — Retrato de Heliogábalo. — Su primer crimen. — Creacion de un senado de mujeres. — Idolatria y sacrilejios de Heliogábalo. — Sus prostituciones. — Sus estravagancias. — Adopcion de Alejandro Severo por Heliogábalo. — Muerte de Heliogábalo. — Eleccion de Alejandro Severo confirmada por el senado. — Gobierno de Alejandro Severo. — Sus ocupaciones. — Suplicio de Vetronio Turino. —Conspiracion de Camilo. — Guerra con los persas. — Victoria de los romanos sobre los persas. — Escursion de los jermanos. — Muerte de Alejandro Severo.

MACRINO.

(Año de Roma 969. — De Jesucristo 217.)

Caracalla, detestado en todo el mundo, tenia por partidarios solamente á los pretorianos, enriquecidos con sus liberalidades. Subleváronse cuando murió; y Macrino, finjiéndose partícipe de su dolor, logró libertarse de las sospechas, y hacer que se acusase del crímen á solo el homicida, que ya lo habia pagado.

Las coortes pretorianas interrumpieron los lamentos por su príncipe, para entender en el nombramiento de sucesor. La emperatriz Julia, viuda de Severo, tenia una hermana llamada Mœsa, la cual tuvo dos hijas, Soemis y Mammea. Caracalla sedujo á Soemis, y de este comercio incestuoso nació un príncipe, que fué despues Heliogábalo, de rara hermosura; pero su corta edad, y la ilejitimidad de su nacimiento impidieron nombrarle. El ejército vacilaba entre Advento y Macrino, uno y otro prefectos del pretorio; en fin, se decidieron por Advento, mas valeroso y esperimentado que su coléga; pero como no sabia leer, y se creia incapaz de gobernar,

reusó modestamente el onor ó el gravámen que le ofrecian.

Eleccion de Macrino confirmada por el senado.—Todos los votos se declararon entonces á favor de Macrino: los pretorianos le proclamaron, y dieron el título de césar á su hijo Diadumeno. Macrino informó de este suceso al senado, el cual confirmó la eleccion. Los senadores, por odio á Caracalla, mandaron derribar sus estátuas; pero el temor de los pretorianos los obligó á colocar entre los dioses al que hubieran querido borrar del número de los hombres. No se respetó ni el dolor ni la virtud de Julia, y fué condenada al destierro, donde se dejó morir de ambre, desesperada por la muer- de su hijo, cuyo nacimiento solo debia llorar.

Marco Opilio Macrino habia nacido en Mauritania en un pueblo cercano al sitio donde hoy es Arjel. Protejido por Plauciano, fué intendente de postas en el reinado de Severo, abogado del fisco en el de Caracalla, y prefecto del pretorio despues de la muerte de Papiniano. Una de las principales funciones de este empleo era administrar la justicia en nombre del emperador, y Macrino fué estimado por la equidad de sus sentencias. Habiendo subido al trono, pareció enemigo de la delacion, castigó á los calumniadores, y dió esperanzas de que renacerian bajo sus auspicios la rectitud y la libertad. Pero en aquella época no habia mas derecho que la fuerza, y Macrino sabia de leyes mas que de armas. Hubiera querido negociar mejor que combatir; pero Artabano, ecsasperado por la injuria recibida, se negaba á la paz, á no ser que los romanos evacuasen la Mesopotamia, y le pagasen una indemnizacion cuantiosa. Los dos ejércitos se dieron batalla junto á Nisibe: duró tres dias llenándose de gloria los partos, y preparando su perdicion agotando sus fuerzas: los romanos, obligados á ceder se retiraron á su campamento, y se creyeron vencedores, porque no fueron perseguidos. Macrino devolvió á los partos sus prisioneros y el botin que los romanos habian hecho, y compró la paz pagando veinte millones de indemnizacion.

El senado, acostumbrado á lisonjear á sus amos le concedió el sobrenombre de *Pártico* y el triunfo. Macrino no aceptó ni uno ni otro, y fijó su residencia en Antioquía, donde se dedicó únicamente á las

Reformas de la lejislacion.

—Para simplicar la jurisprudencia, revocó los rescriptos de los emperadores, y redujo el número de las antiguas leyes. Publicó reglamentos severos contra el lujo, la delacion y la desonestidad. Protejió á los sabios, y restituyó á su patria los que habia desterrado Caracalla. Dion el historiador fué nombrado gobernador de Pérgamo y Smirna.

Conspiracion contra Macrino. —Mientras que el emperador se entregaba con una seguridad engañosa á los trabajos de la lejislacion, como si su poder estuviera consolidado, tres mujeres y un niño se preparaban á derribarlo. Prolongando sobradamente su mansion en Antioquía, cometió el yerro de no separar las lejiones; poder siempre peligroso cuando no se le emplea con utilidad. Tratando á los oficiales con dureza, y queriendo que los soldados pasasen con demasiada rapidez de la licencia á la antigua disciplina, descontentó el ejército.

Mœsa estaba entonces en Fenicia con sus hijas Soemis y Mammea, y los hijos de estas Basiano y Alejandro. Entrambos eran sacerdotes del sol, por lo cual se dió al primero el nombre de Basiano *Heliogábalo*. Su estraordinaria belleza escitaba la admiracion de los soldados, y le ganaba su afecto. La astuta Mœsa aprovechándose de estas disposiciones favorables, y de las faltas de Macrino, vende sus joyas, derrama el dinero, subleva una lejion, conduce á su campamento á Heliogábalo, y hace que lo proclamen emperador.

Despreciando Macrino, un movimiento parcial que juzgaba fácil de contener, envió á Juliano con dos lejiones contra los rebeldes. Los soldados de Heliogábalo, poco numerosos para conservarse en el campo, se fortificaron en su campamento, donde fueron sitiados. Los ajentes de Mœsa penetraron en las líneas de los sitiadores y las sublevaron: las dos tropas se reunieron, cortaron la cabeza á Juliano, y la enviaron al emperador: este conoció, en fin, que no era despreciable la que él llamaba rebelion de un niño. Marchó contra los facciosos al frente de los pretorianos y de las demás tropas que se le conservaban fieles, é informó de estos sucesos al senado, el cual á peticion suya, declaró enemigos públicos á Heliogábalo, Alejandro, sus madres y su abuela.

Su huida y su muerte.—Macrino, despues de algunos reencuentros poco decisivos, mostrando en sus movimientos una

incertidumbre que animó y aumentó el partido de sus enemigos, se retiró de Apamea á Antioquía. Los progresos de los rebeldes le obligaron pronto á salir otra vez á la frontera de Fenicia, y presentarles la batalla. Gannis, ayo de Heliogábalo, no habia militado jamás; sin embargo, este hombre, entregado hasta entonces á los placeres, dispuso su ejército con órden, y peleó con valor. A pesar de sus esfuerzos, los pretorianos, animados por el deseo de conservar su antiguo nombre, penetran en las filas enemigas; cuando de repente se muestran enmedio de los fujitivos Mœsa y Soemis, los detienen, les afean su cobardía, los reunen y determinan á volver al combate. El jóven Heliogábalo saca su espada, y se pone á su frente: renuévase la batalla mas furiosa: Macrino espantado huye. A pesar de esta cobardía, los pretorianos prosiguen el combate, animados por el temor de las venganzas que siguen á las guerras civiles. Heliogábalo, conociendo que era preciso darles seguridad para desarmarlos, les promete completa amnistía. La batalla cesa al instante, y los dos ejércitos reunidos proclaman segunda vez emperador á Heliogábalo.

Macrino se escapó á Bitinia, y de allí se embarcó para Bizancio: los vientos contrarios le obligaron á arribar á Calcedonia, donde estuvo oculto algun tiempo. Habiendo sabido que el enemigo habia descubierto su asilo, huyó á otra parte: fué vivamente perseguido, y estando ya para caer en manos de los contrarios, se arrojó de su carro, y se lastimó un hombro en la caida: los oficiales que le buscaban le cortaron la cabeza. Murió á la edad de cincuenta y cuatro años, habiendo reinado uno: perdió por traicion el efímero poder que por traicion habia conseguido. Su hijo Diadumeno fué tambien preso y muerto.

HELIOGABALO.

(Año de Roma 970.—De Jesucristo 218.)

El nuevo césar debia hacer que el senado y el pueblo lejitimasen su usurpacion, cuando acababan de declararle enemigo de la patria. Despues de haber tomado sin su consentimiento los títulos de augusto, procónsul y tribuno, y los sobrenombres de piadoso y feliz, escribió á Roma para justificar su conducta, acusó á Macrino de asesinato y tira-

nía, anunció que seguiria las huellas de Augusto y Marco Aurelio, y prometió una amnistía jeneral á todos los que habian hablado ó procedido contra él.

Heliogabalo es proclamado emperador por el senado.— El senado, reducido mucho tiempo habia á la triste necesidad de obedecer á los ejércitos, y de revestir con formas legales las decisiones de la fuerza y de la victoria, proclamó á Heliogábalo emperador, y dió el título de augustas á su madre Soemis y á su abuela Mœsa.

Retrato de heliogabalo.—El jóven emperador llamado Basiano Avito, solo tenia catorce años, y no habia recibido del cielo mas cualidad que la hermosura. Carecia de fuerza, de carácter y de discernimiento. Los vicios que infestaban su alma, no dejaban lugar á ninguna virtud. Sobrepujando á todos sus predecesores en molicie, orgullo, perfidia, crueldad y desonestidad, mas impuro que Mesalina, mas destemplado que Vitelio, mas insensato que Calígula, mereció y obtuvo el nombre de Sardanápalo romano.

Soemis, su madre, fomentaba su desarreglo con su ejemplo, y por el ciego amor que le tenia. Solo su abuela Mœsa le inspiraba algun respeto, porque era hábil, firme y prudente; y si el imperio no se arruinó bajo el cetro sangriento de este tirano delirante, debió su salvacion al valor, prevision y sabiduría de una mujer.

Su primer crimen.—El emperador permaneció todo el invierno en Nicomedía. El primer acto de su autoridad dió á conocer su ingratitud y su ferocidad. Mandó á sus soldados que matasen á Gannis, el cual le habia criado y puesto en el trono, sin mas delito que haberle representado la necesidad de reformar sus costumbres, y gobernarse á sí mismo, si queria ser digno de gobernar á los demás. Nadie queria obedecer una órden tan injusta: el jóven mónstruo la ejecutó por su misma mano, y sepultó el puñal en el seno de su maestro.

Cuando las leyes carecen de vigor, y el crímen afortunado sube al trono, todo hombre audaz cree poder conseguir el cetro. En aquella época se levantaron conspiraciones en todas partes. Un centurion, un médico y un tejedor de lana aspiraron sucesivamente al imperio, y hallaron partidarios que los apoyasen; pero sus conjuraciones fueron descubiertas y castigadas.

Heliogábalo, arrancado á pe-

sar suyo de los placeres del Asia, llegó en fin á Roma. Hizo grandes regalos á la plebe, y dió magníficos espectáculos: únicos omenajes que se tributaban todavia al pueblo dominador del mundo.

Creacion de un senado de mujeres.—Cuando el emperador se presentó en el senado, introdujo en él á su abuela Mœsa, la hizo tomar asiento cerca de los cónsules, le concedió el derecho de opinar, y Roma vió por la vez primera á una mujer entre sus senadores. Heliogábalo hizo mas: burlándose de las costumbres, de la decencia y de la razon, creó un senado de mujeres, destinado bajo la presidencia de su madre Soemis á arreglar las costumbres y modas, y á decidir todos los puntos pertenecientes á juegos, espectáculos, amores y placeres.

Idolatria y sacrilejios de Heliogabalo.—Ignorante y supersticioso, tenia una veneracion esclusiva al dios *Helagabal*, de cuyo templo habia sido principal sacerdote en Fenicia á pesar de su corta edad. El nombre de esta divinidad indica que era el sol, adorado en aquel pais bajo la forma estravagante de una piedra negra, cortada en figura de cono.

Heliogábalo la hizo trasladar á Roma, le edificó un templo, saqueó todos los demás para enriquecerlo, y pasó á él las estátuas de Júpiter, Cibeles y Vesta, el escudo sagrado de Marte, y el paladion de Troya; esclamando en su fanatismo insensato, que los demás dioses eran esclavos de Helagabal. Nada contenia su sacrílega audácia: violó el santuario de Vesta, apagó el fuego sagrado, é hizo venir la imájen de *Celeste*, ó la luna, desde Africa donde era venerada, para casarla con su dios. Todo el imperio se vió obligado á celebrar esta boda ridícula, y á apurar sus tesoros en regalos para los novios.

El emperador se declaró soberano pontífice del nuevo dios, y se circuncidó; y aun iba á hacerse eunuco, llevando la supersticion hasta el delirio. Su madre y abuela se opusieron á ello; mas no pudieron impedir que sacrificase á su ídolo víctimas humanas, entre ellas los hijos de muchos patricios.

Sus prostituciones. — Desde que renunció al celibato, se entregó con furor á otras estravagancias. Despues de casarse con cinco mujeres, y desonrar una vestal diciendo que de una sacerdotisa y de un sacerdote como él

era, saldria una sucesion digna de los dioses, se declaró á sí mismo por mujer, tomó por esposo á un esclavo llamado Hierades, y dejó que le pegase y maltratase, diciendo que una esposa debia sufrir el mal jenio de su marido. Entonces el palacio de los césares se convirtió en casa de disolucion. Heliogábalo formó una academia de mujeres prostituidas y de hombres sin vergüenza, en la cual solo se discutian cuestiones oscenas, y no se daban premios sino á los vicios. El lujo de este príncipe afeminado era superior á cuanto se habia visto antes. Sus vestidos de seda, adornados de púrpura y oro, estaban cubiertos hasta el calzado de perlas y diamantes. Las pedrerias mas ricas brillaban en los magníficos tapices de su aposento: todos los cuartos de su palacio estaban cubiertos de flores y embalsamados con los perfumes esquisitos de Arabia. Sus colchones eran de las blandas plumas de perdiz: el bálsamo y el ámbar ardian de noche en las lámparas que le alumbraban. Sus mesas y sillas eran de oro macizo. Todos los manjares que comia habian de venir de paises distantes (1). El camino al cuarto en que dormia estaba sembrado de polvos de oro, como que creia ser cosa indigna de su persona tocar la tierra. Jamás se puso dos veces un mismo vestido, ni se adornó dos veces con las mismas joyas y sortijas, pues las repartia entre sus criados y compañeros de disolucion. Sus carros eran tirados por elefantes, camellos, ciervos, leones, tigres, y algunas veces por mujeres desnudas.

Sus estravagancias.—Absurdo en sus caprichos, mandó reunir un dia todas las ratas, ratones y arañas que se pudiesen hallar en Roma, para formar idea, segun dijo, de la poblacion de esta ciudad. Algunas veces convidaba á su mesa ocho tuertos, ocho calvos, ocho corcovados ú ocho cojos; y despues de haberse divertido á su costa, los obligaba á pelear con animales feroces. Otra vez reunió en su palacio la sociedad mas distinguida, é hizo que jugase á una lotería burlesca, cuyas suertes eran una de diez camellos, otra de diez mos-

(1) Créese jeneralmente que Heliogábalo fué un gastrónomo superior á cuantos se han conocido, no por la calidad de los manjares, sino por la cantidad; pero nada dice la historia para apoyar la glotoneria de este emperador, y sí sus desarreglos y sus infames vicios.

cas, otra de perros muertos, y otra de bolsas llenas de oro y de diamantes.

Mostrando un desprecio quizá justo á los romanos que se le sometian infamemente, nombró á su bufon Eutiquiano prefecto del pretorio, y lo elevó á la dignidad de cónsul.

Adopcion de Alejandro Severo por Heliogabalo.—Mientras que él desonraba el trono con sus vergonzosos delirios, Mœsa, dueña del poder, consolaba el imperio por su prudente y justa administracion. Previendo que no se sufriria por largo tiempo la vergonzosa dominacion de un insensato, le persuadió á declarar al senado que no teniendo hijos, su dios le habia mandado adoptar á Alejandro su primo, hijo de Mammea. El senado confirmó la adopcion y dió el título de césar al jóven príncipe.

Alejandro Severo, educado cuidadosamente por su abuela, y por una madre virtuosa, ofrecia á la esperanza de los romanos la reunion de todas las cualidades propias para la gloria y prosperidad del imperio. El inconstante Heliogábalo, entusiasmado al principio á favor del heredero que habia elejido, quiso enseñarle él mismo á cantar y á danzar: y como no hallaba en él mas defectos que sus virtudes, puso en práctica todos los medios posibles de corromperle; mas no pudo destruir los principios grabados en su alma por Mammea.

El pueblo mostraba tanto amor al nuevo césar como desprecio al emperador. Heliogábalo, envidioso é irritado, resolvió arruinar al que no habia podido seducir, y propuso al senado anular su adopcion. Un profundo silencio, que entonces merecia el nombre de valor, le anunció el descontento público. El cobarde tirano apeló al puñal y al veneno; pero la ternura de Mammea, el valor de Mœsa y la fidelidad de la guardia protejieron su víctima.

Los pretorianos, declarados manifiestamente en favor de Alejandro, se sublevaron, rodearon el palacio, y no concedieron la vida al emperador, sino bajo la promesa de que respetaria la del príncipe, observaria las leyes y mudaria de conducta. Heliogábalo finjió obedecer, pero de allí á pocos dias se apoderó de la persona de Alejandro, le encerró en un cuarto, y esparció la voz de que estaba enfermo de peligro.

Muerte de Heliogabalo. — A esta noticia las coortes pretoria-

nas, sospechando el crímen, toman las armas, amenazan y obligan al emperador á traer á su campamento á Alejandro, á Mammea y á Soemis: Mœsa estaba al frente de las guardias. Heliogábalo, obligado á ceder, intenta sin embargo hacer el papel de monarca, y castigar á los jefes de la sedicion. Sostenido por Soemis, por algunos oficiales, y por sus favoritos, quiere poner en prision á los rebeldes: Mœsa y Mammea los animan á defenderse. El combate no podia ser largo ni incierto: los débiles cortesanos del emperador son vencidos y muertos al mismo tiempo que atacados. El cobarde se esconde con su madre en un albañal: los soldados los persiguen, los hallan estrechamente abrazados, los degüellan sin piedad, y arrastran sus cadáveres hasta el rio.

Eúbalo, intendente del palacio, Fulvio, prefecto de Roma, y los demás favoritos de Heliogábalo fueron despedazados. El senado borró de sus archivos el nombre de este infame príncipe, y proibió por un decreto que las mujeres tuviesen asiento ó voto en la curia. Heliogábalo murió á los diezinueve años de edad y cuatro de reinado. Este mónstruo, indigno del trono, no ocupó un lugar conveniente á sus costumbres, sino el inmundo en que fué asesinado.

ALEJANDRO SEVERO.

(Año de Roma 974. — De Jesucristo 222.)

Eleccion de Alejandro Severo emperador por el senado.— La fortuna de Roma retardaba su decadencia, produciendo entre sus ruinas de cuando en cuando algunos príncipes virtuosos que recordaban las antiguas costumbres, restablecian el órden y la justicia, oponian un dique al torrente de la corrupcion, y daban al imperio algunos momentos de juventud y vigor. Alejandro Severo fué uno de estos príncipes, y su reinado hizo gozar al mundo diez años de paz y felicidad. Los pretorianos le proclamaron augusto y emperador apenas murió Heliogábalo. El senado confirmó su eleccion, y le dió los títulos de padre de la patria y de tribuno. Como entonces no tenia mas que quince años, su abuela Mœsa y su madre Mammea gobernaron en su nombre. Formaron un consejo de dieziseis senadores muy estimados, y elijieron por ministros á Fabio Sabino, comparable á Caton por sus vir-

tudes, y á Ulpiano, prefecto del pretorio, célebre jurisconsulto, cuyas prendas y esperiencia eran veneradas.

Mœsa, austéra, hábil y animosa, imprimia en el alma del jóven emperador los principios varoniles que forman á los grandes reyes. Mammea, induljente, benéfica, sensible y llena de talento, le inspiró las suaves virtudes de la relijion cristiana que profesaba. La naturaleza habia dispuesto á Alejandro á aprovecharse de tan escelente educacion. Su juicio era esacto, su corazon humano, su carácter modesto: detestando el fausto de las cortes, no apetecia para el trono mas esplendor que el de las virtudes, y no tenia mas ambicion que la de hacer felices á los pueblos.

Gobierno de Alejandro Severo. — Despreciando los títulos orgullosos que solian tomar los tiranos para encubrir su bajeza, proibió por un decreto que se le diese el nombre de *Señor*. Queria que los sacerdotes le llamasen su hermano; los senadores su hijo; los guerreros su camarada; los ciudadanos su amigo. Vestido de una ropa blanca, sin oro ni pedrerías, enemigo del lujo, iba á pie sin guardias por las calles de Roma, conversaba familiarmente con los ciudadanos, tenia amistad con aquellos cuyo carácter era jeneralmente estimado, y solo mostraba desden á los hombres cuyos vicios escitaban su desprecio.

Su primer cuidado fué purificar el palacio mancillado por las orjías estravagantes de Heliogábalo. Desterró de él á los histriones, á las prostitutas, á los delatores, á los ambiciosos, y sobre todo á los aduladores, ralea pérfida, creadora de tiranos y esclavos, y mas peligrosa al príncipe que los enemigos declarados. «Estos, decia Alejandro, so»lo me podrán quitar algunas »tierras: los aduladores aspiran »á arruinar mi virtud y mi glo»ria.»

Para borrar los vestijios de la disolucion anterior, castigó á los concusionarios, separó de los puestos á los hombres inmorales, fué dócil á la oposicion pública en la eleccion de los majistrados, entregó á la decision del senado los negocios mas importantes, y para administrar la justicia se asesoró con los mas sabios jurisconsultos.

La depravacion pública habia llegado á tal estremo, que en el reinado de Heliogábalo las cortesanas pidieron al senado el permiso de convertir sus casas

en palacios magníficos; pues el emperador las autorizaba con su ejemplo, trasformando la morada imperial en un lupanar ó guarida de prostitucion. Todos los templos habian sido saqueados, el tesoro entregado á los eunucos y esclavos, los caudales de los particulares y la sangre de los inocentes vendidos á subasta. Alejandro envió á Siria al dios Helagabal y á sus sacerdotes, volvió á los templos sus antiguos dioses y su antiguo culto, restableció el órden en la hacienda y reparó los edificios públicos.

Sus decretos suaves y llenos de humanidad, restituyeron la patria y los bienes á los desterrados: promulgó leyes rigorosas contra el adulterio, la prostitucion y el coecho; pero en secreto dió órden de no ejecutar con esactitud sino los edictos favorables. «Las leyes, decia, deben »servir mas bien para aterrar »que para castigar.»

Alejandro no era cristiano; pero amaba la moral del cristianismo. En muchos lugares de su palacio habia hecho grabar con letras de oro esta mácsima: «Lo »que no quieras para tí no ha»gas á los demás (1).» Siempre arregló á ella su conducta. Proibió perseguir á los cristianos, y aun los favoreció abiertamente. Dícese que intentó proponer al senado que se erijiese un templo á Jesucristo, y se le colocase en el número de los dioses; pero los sacerdotes jentiles se lo disuadieron. «Este culto, de»cian, es esclusivo é incompati»ble con las demás relijiones: si »le concedes un templo, queda»rán desiertos los nuestros.» La capilla del príncipe contenia una multitud de estátuas que probaban su tolerancia mas bien que su espíritu relijioso. Veíanse en ella los retratos ó efijies de Abraham, de Orfeo, de Alejandro Magno, de Jesus y de Apolonio de Tiana. A todos ofrecia sacrificios, reputando por divino todo lo que tenia el carácter de la virtud ó de la sabiduria.

Sus ocupaciones.—La vida de Severo era activa, arreglada y siempre ocupada útilmente. Destinaba la mañana á los negocios, leia despues las obras de los filósofos griegos, las de Ciceron y Horacio y los versos de Virjilio, al cual llamaba el Platon de los poetas. Segun la antigua costum-

(1) Este precepto lo tienen todas las relijiones, y es anterior al cristianismo.

bre, iba en seguida á los ejercicios del campo de Marte, en los cuales mostraba mucha destreza. Vuelto á su palacio, tomaba los pinceles ó la lira, y se dice que cultivaba con felicidad las bellas artes. Despues de las sesiones del senado ó de los tribunales, á las cuales asistia con esactitud, comia sobriamente con algunos amigos, que no con lisonjas sino con virtudes merecian su favor. Gustaba oir de ellos la verdad y de decirla; y en vez de hacer entrar á los bufones, danzantes y pantomimos para alegrar el banquete, convidaba á sabios, artistas y literatos, cuyas conversaciones y escritos enseñaban deleitando, porque hasta en sus diversiones buscaba la utilidad.

Suplicio de Vetronio Turino. —Apasionado de la justicia se mostró quizá demasiado severo con los cortesanos que aprovechándose de la apariencia de su favor é intimidad, engañaban con falsas promesas á los pretendientes y vendian el crédito de que no gozaban. Se averiguó que Vetronio Turino, á quien admitia á sus lecturas, tomaba dinero de los necios, por el nombramiento de empleos, al cual se jactaba falsamente de haber contribuido. Alejandro le mandó atar á un palo, y alrededor se quemó heno y leña verde: el infeliz murió en breve sofocado, y un rey de armas gritaba durante el suplicio: «Castigue el humo al vendedor »de humo.» Era imposible que un romano careciese enteramente de crueldad; pues se ve al mas benigno de los emperadores castigar de muerte una bajeza, digna solo del destierro y de desprecio.

Tenia por gran delito la venalidad de los destinos; y así decia: «El que permite comprar »empleos, vende la justicia.» Todo lo que podia ofender á la equidad ó ser contrario al bien público, incurria en su animadversion: el palacio, abierto á todos los ciudadanos, tenia esta inscripcion severa: «Aquí no se »entra sino con el corazon y las »manos puras.

Conspiracion de Camilo.—Arabino, majistrado destituido por sus prevaricaciones, se atrevió un dia á presentarse en su corte. «¿Cree ese hombre que soy cie»go?» dijo el emperador, y le echó con ignominia. Siendo tan rigoroso contra los delitos públicos, fué quizá clemente en demasía cuando la ofensa era dirijida solo á él. El senador Camilo, orgulloso por su ilustre nacimiento, sin considerar que es un gra-

vámen cuando el mérito no le acompaña, aspiró presuntuosamente al trono, y formó una conspiracion contra Alejandro. Los conjurados confesaron el plan, las pruebas eran evidentes, el consejo instaba al emperador para que castigase á los culpables; pero el príncipe, en lugar de consentir en ello, tomó la resolucion singular é inaudita de castigar á aquel ambicioso con el peso mismo de la corona que deseaba. Sabia que Camilo, educado con delicadeza, entregado á mujeres y amores y enervado por los placeres, era incapaz de sostener la aplicacion al trabajo. Nombróle, pues, césar, le asoció el imperio, le dió ocupacion noche y dia, le obligó á marchar con él en una espedicion contra los bárbaros, y fatigó de tal modo su cuerpo y su espíritu, que le obligó á confesar su error, y á pedir como gracia el descanso y el retiro.

La paz reinó durante diez años. Roma y las provincias gozaban de una larga tranquilidad bajo los auspicios de un príncipe justo, económico y liberal, que llenaba el erario aliviando al pueblo; que era accesible á todas las quejas, correjia todos los daños, castigaba el vicio, premiaba la virtud, elevaba el mérito, y esparcia por todas partes las luces que se complacia en adquirir. Pero una gran revolucion que sobrevino en el Oriente, turbó, á pesar de Alejandro, aquella tranquilidad pasajera.

El reino de los partos, fundado por Arsace en el tiempo de la primera guerra púnica sobre los restos del imperio de Alejandro el Grande, acababa de caer despues de cuatrocientos sesenta y seis años de grandeza y poder. Artabano, último rey de los partos, habia vencido á Macrino, auyentado su ejército, reconquistado la Mesopotamia y obligado á Roma á pagarle tributo; pero hay triunfos mas peligrosos que las derrotas: la jente que perdió en la batalla fué tanta, que se halló sin fuerzas para resistir á los persianos, capitaneados por un guerrero persa que quiso llamarse con el nombre antiguo de Artajerjes, y que fué hijo del soldado Sasan y de la mujer de un zapatero llamado Babec. Este guerrero ganó tres batallas contra los partos, dió la muerte á Artabano, restableció el reino de los persas quinientos cincuenta y cinco años despues de la muerte de Darío, y fué el jefe de la dinastía de los Sasánidas.

Ambicioso despues como todos

los conquistadores, emprendió dar á su imperio todo el esplendor que tuvo en tiempo de Ciro, y echar á los romanos del Asia: penetra en la Siria sin encontrar otro ostáculo que la misma ciudad de Atra, escollo en otro tiempo de Trajano y de Septimio Severo.

La noticia de esta invasion causó suma tristeza en Roma. Aquella reina de las naciones, decaida hacia largo tiempo de su grandeza, pensaba mas en defender sus límites que en estenderlos. Oprimida por tantos tiranos, destrozada por tantas guerras civiles, se veia obligada por la guerra de Persia á salir del desacostumbrado descanso que gozaba por beneficio de Alejandro Severo; y el mismo emperador, mas ambicioso de coronas cívicas que de laureles, prefiriendo la gloria adquirida por sabios reglamentos á la de inciertas y costosas victorias, hubiera querido evitar esta guerra lejana, cuyo écsito temia por la indisciplina de las tropas.

Las lejiones, y principalmente los pretorianos, que disponian del trono con sobrada frecuencia, animados á la licencia por los príncipes que les debieron la corona, y que se creian necesitados de su apoyo, rechazaban el yugo de la antigua disciplina que Alejandro deseaba imponerles. El virtuoso Ulpiano, que favorecia los sabios proyectos del príncipe, fué objeto del odio de aquellas coortes sediciosas. Los pretorianos despreciaron sus mandatos: enemigos de todo órden, prorumpieron en amenazas, le arrojaron del campamento, y rebelándose públicamente, le persiguieron hasta el palacio. El emperador y el pueblo abrazando su defensa, combatieron tres dias con los sublevados; pero la soldadesca enfurecida puso fuego á las casas, y la plebe, débil é inconstante, dejó de resistirle. Arrojáronse de tropel contra el infeliz Ulpiano: Alejandro, que entonces era su única defensa, le cubre con su manto, y se ofrece jenerosamente á los puñales de los rebeldes: no se atrevieron á herir al emperador; pero implacables en su rabia, degüellan la víctima á sus pies. Avergonzados de su crímen despues de haberlo consumado, y temblando ante la majestad del príncipe que acababan de ultrajar, pasan del furor al abatimiento, piden perdon, y se retiran consternados á su campo. El emperador, que no habia podido salvar á su amigo, lo vengó castigando á los je

fes de la sedicion; pero pudo prever al mismo tiempo la suerte que le reservaban soldados sin disciplina, para quienes la justicia era un peso y la tiranía una necesidad.

Guerra con los persas.— (232) Alejandro envió embajadores á Artajerjes, y le escribió una carta en que le esponia enérjica y prudentemente los males que la ambicion del persa iba á causar en el Asia y en su mismo reino. Convidábale á asegurar con la paz un trono nuevo y mal afirmado, y á no buscar una gloria perniciosa á costa del reposo del mundo y de la sangre de sus súbditos: en fin, le amenazaba con las armas de Roma si no respetaba las posesiones del imperio. El fiero persa encontró en la carta mas retórica que espíritu marcial: «Los príncipes »valientes, dijo, hablan poco y »obran mucho.» Al despedir á los embajadores, no les dijo mas que estas palabras: «Las leyes y »la moral son para el vulgo: el »derecho de los príncipes está »en su espada: decid á vuestro »amo por respuesta á su carta »filosófica, que opondré mi cam»pamento á su papel, mi lanza á »su pluma, mi sangre á su tinta, »y mis azañas á sus discursos.»

El emperador, despues de haber espuesto al senado la justicia y necesidad de esta guerra, y concertado con los mas hábiles jenerales el plan de operaciones, salió de Roma, dejando á todas las clases del estado llorosas por la ausencia de su príncipe. El amor universal era el premio de las solicitudes de Alejandro.

Sus tropas, habituadas al desórden, querian robar las ciudades y aldeas por donde pasaban, pero uniendo prudentemente la dulzura á la severidad, consiguió reprimir su licencia, y persuadirles que no debian cometer contra sus ciudadanos aquellos escesos que castigarian ellos mismos en otros. Uniendo el ejemplo á las lecciones, pagaba todo su gasto con esactitud, marchaba á pie al frente de las lejiones, y su alimento era el mismo que el de los soldados.

Cuando llegó á Antioquía, Artajerjes, mas bien por insulto que por onor, le envió cuatrocientos oficiales persas, magnificamente equipados y armados. Estos embajadores militares le ordenaron de parte de su amo evacuar el Asia. Los romanos pidieron á gritos que se les diese muerte: Severo, menos cruel, se contentó con quitarles los vestidos, y enviarlos á labrar las tierras de Frijia. La época era tan

depravada, que esta violacion del derecho de jentes se aplaudió como un acto de moderacion y humanidad.

Antioquía era la Síbaris del Asia. En este clima suave todo convidaba á la afeminacion y al placer: su aire embalsamado habia corrompido sucesivamente á los orgullosos descendientes de Ciro, á los intrépidos soldados de Alejandro, y á los austeros campeones de la república romana. Los bosques deliciosos de Dafne, consagrados á Venus, eran el teatro donde el vicio sacrificaba la inocencia. A pesar de todos los esfuerzos de Severo, una de las lejiones abandonó el campamento y sus jefes, y se entregó á los escesos mas vergonzosos. El emperador irritado la convoca, sube al tribunal, la culpa de arruinar el imperio destruyendo la disciplina, única fuerza de los ejércitos, única prenda de la victoria, única base de la grandeza romana. Quiere castigar á los mas culpables, y le interrumpen con murmullo amenazador. «Callad, insensatos, »les dice Alejandro: pensad en »resistir á los persas y no á vues»tro emperador, que solo trata »de proveer á vuestras necesida»des, de velar por vuestra sal»vacion y vuestra gloria.» Como la ajitacion continuase, uniéndose á los clamores el ruido de las armas: «No me amedrenta»reis, esclamó: si volveis contra »el estado las espadas que se os »ha dado contra los enemigos, »yo sabré hallar otros guerreros »que castiguen vuestra osadía.» El tumulto crece, y entonces grita con voz terrible: «Ciudada»nos; ya no sois soldados: dejad »las armas y el vestido militar, y »retiraos.» A estas palabras los rebeldes obedecen, tiran escudos y espadas, y se retiran consternados á sus tiendas. El emperador, habiendo reprimido asi su insolencia, los perdonó viéndolos arrepentidos, y marchó contra los persas.

Victoria de los romanos sobre los persas.—Los historiadores no están de acuerdo acerca del écsito de esta guerra. Herodiano dice, que los romanos fueron vencidos y tuvieron que retirarse á Antioquía: otros aseguran que batieron á Artajerjes y le quitaron parte de sus estados. La version de Lampridio parece la mas verdadera: cita una carta en que Alejandro da cuenta al senado de una gran victoria que alcanzó de los persas. «Los enemigos, dice, oponian á nuestros esfuerzos trescientos mil hombres, ciento

treinta mil caballos, setecientos elefantes y dieziocho carros falcados. Artajerjes ha huido con pérdida de dieziocho mil jinetes, todos sus carros, doscientos elefantes muertos y trescientos cojidos. El botin de los soldados es inmenso: se les han distribuido los prisioneros, y el rey de Persia los ha rescatado. Todos los paises que el enemigo ocupó han vuelto á la dominacion romana.»

Confírmase la verdad de esta relacion, porque Severo, demasiado modesto para gozar de una gloria no merecida, obtuvo cuando volvió á Roma los onores del triunfo, y tiraron de su carro los elefantes que habia cojido. Pero es probable que despues de su salida del Asia, sus lugartenientes, menos hábiles ó menos firmes, tuvieron que abandonar el fruto de sus victorias y retirarse á la Siria. Esta fué constantemente la suerte de los romanos en sus guerras contra los partos y persas; y puede esplicar la contradiccion de los historiadores en cuanto á los sucesos de esta guerra.

El senado dió al emperador el título de *Pérsico*. Este príncipe hizo solemnes sacrificios á los dioses, dió al pueblo magníficos espectáculos, y fundó establecimientos útiles para la educacion gratuita de los huérfanos. A estas casas de beneficencia llamó *mammeas* por amor á su madre; porque su único defecto fué la escesiva piedad filial. Mammea ejercia sobre él un imperio absoluto, y aunque dotada de muchas virtudes, era zelosa en estremo de su poder, y económica hasta la avaricia. Severo habia casado con la hija de un patricio: el suegro conspiró contra el yerno; y Mammea, abusando de su poder, triunfó de la clemencia ordinaria de Alejandro, hizo que se condenase á muerte al culpable, y aun logró que se desterrase á la emperatriz. Valiéndose del mismo ascendiente, impidió á su hijo distribuir á los soldados los regalos que la corrupcion del siglo hacian necesarios, y fué por esta economía causa de su ruina.

Escursion de los jermanos.— Roma no gozó largo tiempo las dulzuras de la paz: los jermanos pasaron el Rin y el Danubio, é invadieron la Iliria y las Galias. Alejandro salió á campaña contra ellos, y compuso la mayor parte de su ejército de armenios y de partos, creyéndolos por su ajilidad, fuerza y destreza para lanzar los dardos, mas útiles que los romanos en la guerra con una nacion fria y pausada.

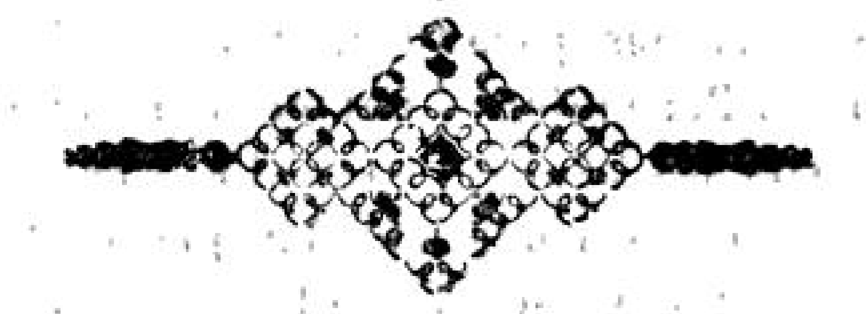
Las lágrimas del pueblo cuando Alejandro salió de Roma, parecieron presajio del luto que su muerte habia de causar bien pronto en el imperio. Se dice que al llegar cerca de Lugduno, le dijo un anciano druida: «No »esperes la victoria y confíes en »tus soldados: morirás á manos »de un bárbaro.» Alejandro le respondió con serenidad: «Pues »bien, tendré la suerte de los »héroes: ninguno ha perecido de »muerte natural.»

Mostrando los talentos de un jeneral y el valor de un soldado, venció en muchas acciones á los enemigos, los rechazó hasta el Rin, y tomó disposiciones para entrar en Jermania. Pero mientras que sostenia con sus azañas la gloria de Roma, su severidad en mantener la disciplina escitaba el descontento en las lejiones galas, mas licenciosas y menos dóciles que las del Oriente. Maximino que las mandaba, fomentaba en ellas la sedicion. Este bárbaro, godo de orijen, era la admiracion de los soldados por su estatura colosal, su fuerza prodijiosa y su valor intrépido. Alistado en su juventud en las tropas romanas, su denuedo le elevó rápidamente á los primeros empleos. Prestando complacientes oidos á las quejas de los facciosos, animaba su audácia, inflamaba su enojo, y se burlaba de su debilidad en obedecer á un niño gobernado por una mujer avarienta. Alentados así por el jefe que debia reprimirlos, los sediciosos se reunen armados amenazando á gritos al emperador, que lleno de confianza no estaba defendido sino por un corto número de pretorianos.

Muerte de Alejandro Severo. —Estos huyeron al acercarse los rebeldes: Mammea sale de la tienda imperial con los prefectos del pretorio, creyendo que la causa del alboroto era solo una reyerta de soldados. Su presencia, en vez de infundir respeto, aumenta la ira: arrójanse furiosos á ella, y la degüellan con todos los que la acompañaban. Sedientos de crímenes y de sangre, penetran en la tienda del emperador: Alejandro, indefenso, cubre su cabeza con la toga, y se entrega á los golpes de los asesinos, esclamando: «Mi madre es »causa de mi muerte.»

Los bárbaros le dicen mil improperios, y le atraviesan sin compasion con mil heridas. Así murió á los veintinueve años de edad y catorce de reinado, llevando consigo los jemidos, el descanso y la gloria de Roma. El senado, el pueblo y las pro-

vincias le lloraron con dolor universal y sincero: el ejército, olvidando su rigor y acordándose solo de sus virtudes, vengó su muerte con el suplicio de los asesinos. El senado mandó hacer la apoteosis de Alejandro y de Mammea: su fiesta se celebraba todavia en tiempo de Constantino. En el reinado de Alejandro Severo murió Dion Casio, autor de una historia romana, cuya mayor parte se ha conservado. Severo habia hecho renacer en el imperio por algunos instantes la libertad, el órden y las leyes; con su muerte volvieron todos los furores y desórdenes de la anarquía militar.



CAPITULO XXX.

MACSIMINO, LOS DOS GORDIANOS, PUPIENO, BALBINO, EL JOVEN GORDIANO, FILIPO Y DECIO.

Eleccion de Macsimino por el ejército. — Su retrato. — Su tiranía. — Sus proscriciones. — Gordiano es reconocido emperador por el ejército. — Muerte de Gordiano y de su hijo. — Eleccion de Macsimo Pupieno y de Claudio Balbino. — Asociacion de otro Gordiano al imperio. — Tumulto en Roma. — Muerte de Macsimino y de su hijo. — Muerte de los dos emperadores y elevacion del jóven Gordiano al imperio. — Retrato del jóven Gordiano. — Su administracion. — Victorias de Aureliano contra los francos. — Victorias de Gordiano contra los godos y persas. — Muerte de Gordiano. — Filipo. — Bajeza de su orijen. — Elevacion de Decio al imperio — Persecuciones ejercidas contra los cristianos por Decio. — Estado de los pueblos del Norte. — Traicion de Galo. — Muerte de Decio y de su hijo.

MACSIMINO.

(Año de Roma 986. — De Jesucristo 235.)

Eleccion de macsimino por el ejercito. — Severo no dejaba hijos. Despues de algunos dias de tumulto y alteraciones, el ejército elijió por emperador á Macsimino, que sin esperar los decretos del senado y del pueblo, dió el título de césar á su hijo Macsimo. El padre del nuevo emperador era un godo, llamado Mica, y su madre Ababa era alana: así por ambas líneas su orijen fué bárbaro.

Su retrato. — Julio Macsimino, representado por los historiadores como un cíclope, lo parecia en sus formas jigantescas y en su ferocidad. Dícese que tenia ocho pies de alto, que los brazaletes de su mujer le servian de anillos, que comia en un dia cuarenta libras de carne, que de una puñada le saltaba los dientes á un caballo, y que muchas veces tiró él solo de un carro cargado. Las relaciones de los escritores de sus cosas son parecidas á los cuentos de los

ogros; mas no se puede dudar que él mismo se comparaba á Hércules, y se jactaba de igualar á Milon en fuerza, á Ayaj en valor y á Fálaris en crueldad. Sirviendo en las tropas romanas, consiguió todos los premios militares, y logró casar con Memmia, hija de Sulpicio, varon consular y descendiente de Cátulo. Septimio Severo, apreciando su valor, le dió empleo en su guardia. Fué privado de Caracalla, y obtuvo el grado de centurion: fiel á la memoria de este príncipe, no quiso servir en el reinado de Macrino y se retiró á Tracia, provincia donde habia nacido. Heliogábalo le llamó, le admitió en su vergonzosa intimidad, y le nombró tribuno. Alejandro, creyendo que el campamento era un lugar menos impropio para él que la corte, le recomendó al senado, y le dió el mando de la cuarta lejion.

Su tiranía.—Desde que Macsimino ascendió al imperio, se conoció que intentaba reinar con crueldad. Mató, desterró ó destituyó á todos los amigos de Alejandro. Persiguió á los cristianos: Oríjenes dice, que casi todos los obispos perecieron víctimas de sus furores. Detestando los vicios de este mónstruo, debe hacerse justicia á sus talentos militares. Siempre en guerra y casi siempre feliz, libertó al imperio de los enemigos esteriores, amplió sus fronteras, persiguió á los bárbaros hasta el fondo de los bosques, devastándolo todo como un torrente. Amenazaba á los jermanos, con un total esterminio, y pensaba conquistar hasta el Báltico. En sus cartas al senado se jactaba de haber superado con sus azañas á los mas célebres conquistadores; pero la necesidad de defender su poder usurpado, que era acometido en todas partes, detuvo el curso de sus victorias. Magno, sostenido por algunos amigos de Alejandro, conspiró contra el tirano, y formó el proyecto de romper un puente por donde Macsimino debia pasar; pero este plan fué descubierto por algunos traidores, y apenas bastaron cuatro mil víctimas á la venganza del príncipe. Muchas lejiones se sublevaron y proclamaron emperador á Cuarciano; pero Macedono, uno de los jefes de la conspiracion, delató á sus cómplices, mató al nuevo césar y llevó su cabeza á Macsimino.

Sus proscriciones.—El tirano, tanto mas cruel cuanto su poder era mas incierto, veia con indignacion que el senado obedeciendo contra su voluntad á

un bárbaro, reusaba lejitimar su usurpacion. Sus ajentes en Roma recibieron una lista de proscricion que condenaba á muerte los personajes mas ilustres. La sangre corria, el terror reinaba en la capital, y las sombras de Mario y Syla parecian haber salido de sus sepulcros para saciarse otra vez de matanzas.

GORDIANO ES RECONOCIDO EMPERADOR POR EL EJERCITO.—Macsimino quiso ejercer en Africa crueldades de la misma especie; pero la mayor parte de las lejiones en lugar de obedecer se sublevaron, y dieron el título de emperador al senador Gordiano, que tenia entonces ochenta años de edad. Este viejo, á quien la corona solo sirvió para adornarle el sepulcro, envió á Roma una proclama en que protestaba, que esento de ambicion, no habia cedido á los deseos del ejército sino para libertar al imperio de un mónstruo. A esta noticia el senado, saliendo de su estupor, confirmó la eleccion de las lejiones de Africa, y declaró á Macsimino y á su hijo traidores á la patria y decaidos de la usurpada autoridad.

El pueblo, animado por este ejemplo, se arma tumultuariamente, triunfa de la resistencia de los pretorianos, mata al prefecto del pretorio y al gobernador de Roma puesto por Macsimino. El senado dió el título de césar al hijo de Gordiano, y proibió á las lejiones y provincias obedecer las órdenes del usurpador.

Cuando Macsimino supo estos sucesos, rujió como una fiera, se dió de cabezadas contra las paredes, reunió sus tropas con prontitud, creyó ganarlas con abundantes regalos, les prometió la ruina y saqueo de Roma, salió de Pannonia y marchó á Italia; pero el gran número de sus soldados y la dificultad de adquirir víveres impidieron y retardaron su marcha.

MUERTE DE GORDIANO Y DE SU HIJO. — Entretanto Capeliano, nombrado por él gobernador de Numidia, y que mantenia en su obediencia un cuerpo de tropas veteranas, atacó cerca de Cartago á Gordiano el jóven, cuyo ejército se componia de soldados visoños. El nuevo césar peleó con valor; pero abandonado de los suyos, fué vencido y muerto. Su padre, incapaz de vengarlo, no quiso sobrevivirle, y se aorcó con su cinto. Capeliano dió muerte á todos sus partidarios, saqueó los templos, destruyó las ciudades, taló las campiñas, y superó á los furores de los mónstruos

de Africa y aun á los de su dueño.

PUPIENO, BALBINO Y GORDIANO.

Eleccion de Macsimo Pupieno y de Claudio Balbino. — (238) Este desastre consternó á Roma, pero no abatió la firmeza que la desesperacion daba entonces á los senadores. Reuniéronse en el templo de Júpiter, y despues de un corto debate elijieron por emperadores á Mácsimo Pupieno y á Claudio Balbino. El primero, hijo de un cerrajero, habia llegado por su mérito y valor á las altas dignidades del estado, y sido sucesivamente gobernador de Bitinia, de Grecia, de las Galias, prefecto de Roma y cónsul. Era respetado por la pureza de sus costumbres, su gravedad y vigor, y amado por la suavidad de su carácter.

Balbino, descendiente de una familia ilustre, habia sido dos veces cónsul y gobernador de provincia, y era estimado por su rectitud. Orador elocuente y poeta lleno de gracia, era mas á propósito para la administracion que para la guerra.

Asociacion de otro Gordiano al imperio. — El pueblo cuyo odio á los grandes no habian debilitado ni el tiempo ni la servidumbre, ni la tiranía, no quiso admitir la eleccion del senado. Cada partido sostuvo sus pretensiones con las armas. Despues de muchos dias de sedicion y de combates, el pueblo prometió obedecer á los emperadores si se convenian en repartir el poder con un hijo de Gordiano el jóven, que á la sazon tenia doce años. Los príncipes convinieron en ello, dieron á Gordiano el título de césar, y con esta condescendencia restablecieron la paz.

Pupieno sin perder tiempo reunió todas las tropas que habia en Italia, y marchó á la cabeza de ellas contra Macsimino. Este, enfurecido, precipitaba su marcha, ardiendo en deseos de atravesar los Alpes; pero la prevision del senado habia defendido los pasos, guarnecido las plazas, y alejado del campo todas las subsistencias.

El ejército de Macsimino, agobiado de fatiga y de privaciones, murmura hallando el ambre donde esperaba la abundancia. Su jefe, para sosegarlos, sitia á Aquileya, defendida por los consulares Crispino y Menófilo. Los sitiadores resisten con valor el asalto, arrojan sobre sus enemigos dardos, piedras, vigas encendidas, y los arredran de tal

modo, que no quisieron volver á acercarse á las murallas.

TUMULTO EN ROMA.—Al mismo tiempo la imprudencia de dos senadores escitaba en Roma un nuevo tumulto. Los pretorianos, impacientes por saber noticias del ejército, se acercan en gran número á la sala del senado. Galicano y Mecenas, que sospechaban de su fidelidad, salen de la sesion, los injurian y los echan acusándolos de espias. La muchedumbre, siempre crédula para las acusaciones, se arroja sobre los pretorianos y los persigue hasta su campamento. Las cortes enfurecidas salen de él, rechazan al pueblo, y prenden fuego á la ciudad. Como esta sedicion era casual y no tenia jefe, el emperador Balbino la sosegó con facilidad.

MUERTE DE MACSIMINO Y DE SU HIJO.—El descontento del ejército de Macsimino, mas durable porque procedia del ambre, se aumentó á la llegada de Pupieno. Macsimino quiso restablecer el órden por medio del terror; pero su crueldad sublevó todas las lejiones, se despreciaron sus órdenes, se destrozaron sus estátuas, y cuando se presentó para imponer respeto á la tropa, los soldados enfurecidos se arrojaron sobre él, le degollaron, y tambien á su hijo, y enviaron sus cabezas á Roma. Cuando entró en esta capital el correo despachado por el ejército para informar al senado de la catástrofe de Macsimino, el pueblo estaba en el teatro: la alegría fué universal: cada uno se creyó libre de la muerte con la destruccion del tirano: se quemó en el campo de Marte la cabeza del mónstruo que habia derribado tantas: el incienso humeó en todos los templos, la tranquilidad volvió á todos los corazones, y pareció haberse restablecido la paz. Pero el senado, vano porque era débil, á pesar de haber sido tantos años el ludibrio del ejército, se jactaba imprudentemente de haber nombrado, sin el consentimiento de las tropas, á los dos emperadores Pupieno y Balbino. Esta arrogancia irritó á los pretorianos, los cuales aborrecian en aquellos dos príncipes la templanza, la justicia y la moderacion que les habian adquirido los sufrajios del senado. Los soldados, amigos de la licencia, no podian sufrir jefes que quisiesen restablecer la antigua disciplina. Los dos emperadores debieron permanecer unidos para resistirles; pero los zelos del poder los dividieron. Ambos afectaban la superioridad: Pupieno

por su mérito, Balbino por su nacimiento. Esta falta de union aumentó la fuerza de sus enemigos. Sin embargo, habiendo sabido que las fronteras del imperio eran amenazadas por los persas y los jermanos, se pusieron en mejor intelijencia, y convinieron en ir el uno al Norte y el otro al Oriente.

Muerte de los dos emperadores y elevacion de Gordiano el joven al imperio.— Sus tropas salieron de Roma, y antes de ponerse al frente de ellas determinaron celebrar los juegos capitolinos. Los dos emperadores estaban casi solos en su palacio, sin mas defensa que los esclavos. El odio de los pretorianos se aprovecha de esta casualidad, y se rebelan contra ambos príncipes. Pupieno, advertido á tiempo de este suceso, conjura á su coléga á que llame el ejército del Rin, aun no muy distante de Roma. Balbino, desconfiando, porque estaba envidioso de su compañero, vacila en seguir su dictámen: los sediciosos acometen el palacio, ultrajan á los emperadores, y quieren llevarlos á su campamento; pero informados de que se enviaba órden á las tropas del Rin para que volviesen, consuman el crímen, asesinan á los príncipes, proclaman augusto al niño Gordiano, y aplacan el descontento del pueblo recordándoles que este jóven césar debia el trono á la plebe, cuando Pupieno y Balbino, rechazados al principio por ella, no debian su elevacion sino al orgullo caprichoso del senado.

GORDIANO.

(Año de Roma 990.— De Jesucristo 239.)

Retrato del jóven Gordiano. —El imperio romano, miserable juguete de la inconstancia de los ejércitos, libre apenas del yugo de un godo feroz, cayó en manos de un niño débil. Gordiano, de edad de catorce años, descendia por su padre de los Gracos, y por su madre de Trajano. Si su nacimiento recordaba nobles memorias, su carácter daba dulces esperanzas. Era bondadoso, sensible, festivo, gustaba de instruirse, y formó una biblioteca que llegó á tener sesenta y dos mil volúmenes. «Quisiera saber»lo todo, decia, para que no me »engañasen en nada.»

Ganóse en poco tiempo el afecto jeneral. Los senadores y soldados le llamaban su hijo, el pueblo su delicia y alegría, y él no deseaba otra gloria que la

de merecer el amor de todos.

SU ADMINISTRACION. — En los primeros momentos, entregado á los consejos perniciosos de los libertos y aduladores que se apresuraron á rodearle, mostró alguna propension á los placeres que corrompen la juventud; pero si en su vida privada hubo algo que afear, sometió su conducta pública á un consejo de personas las mas distinguidas en saber y esperiencia. Dirijido por sus luces, conservó el órden é hizo reinar la justicia. Sabino se rebeló en Africa contra él; pero fué vencido y encerrado en una prision en Cartago.

Un espantoso terremoto arruinó muchas ciudades de Italia: Gordiano reparó las pérdidas con magnificencia. Los cortesanos redoblaban sus esfuerzos para alejarle de la virtud; pero un enlace feliz le detuvo cuando ya estaba en el despeñadero del vicio. Casó con Furia Sabina Tranquilina, hija de Misiteo, senador estimable, guerrero hábil, filósofo de principios firmes y orador elocuente. Este fué nombrado prefecto del pretorio, y ganó la confianza del príncipe por un camino poco frecuente en las cortes, diciéndole la verdad, combatiendo sus pasiones y mostrándole sus yerros. Gordiano, dócil á sus advertencias, arrojó de palacio á los corruptores de su juventud, confesó injénuamente á su suegro sus faltas, y entre ellas, haberse dejado engañar por aquellos hombres que ocultaban su perversidad con la máscara de la virtud. «¡Cuán »desgraciados, le escribia, son »los príncipes! Todos los que se »les acercan parece que no tie»nen mas empeño que ocultar»les la verdad.»

VICTORIA DE AURELIANO CONTRA LOS FRANCOS. — (241) Gordiano, restablecida la tranquilidad en Roma, se aplicó á embellecerla. Construyó alrededor del campo de Marte magníficas galerias sostenidas por columnas. Su administracion firme y benigna á un mismo tiempo, aseguraba las provincias y contenia á los bárbaros. Aureliano, que despues fué emperador, y á la sazon era tribuno de una lejion en Valencia del Ródano, consiguió una gran victoria de los francos, pueblo de Jermania, reservado por la suerte á un gran destino, y cuyo nombre fué conocido entonces por la primera vez.

El emperador, gozando de una gloria pura y feliz con la ventura que daba á los demás, recibia de todas las provincias los omenajes del imperio que le debia

cuatro años de tranquilidad, cuando la ambicion de Sapor, rey de Persia, le obligó á dejar el descanso y á tomar las armas.

VICTORIAS DE GORDIANO CONTRA LOS GODOS Y PERSAS.—(243) Los persas atacaron á los romanos, penetraron en la Siria, y se apoderaron de Antioquía. El senado, al saber la noticia, mandó abrir el templo de Jano, y fué la última vez que se practicó esta antigua ceremonia.

Gordiano marchó hácia el Oriente con su ejército; pero antes de pasar al Asia quiso echar á los godos de los paises que habian inundado en la Tracia. La fortuna acompañó sus armas: venció á los bárbaros, y los ayentó mas allá de los límites del imperio. Solo uno de sus jefes, llamado Filipo, pudo conservarse en un rincon de Tracia, donde se habia fortificado. El emperador llegó á Siria, vengó con grandes triunfos la injuria hecha á las armas romanas: derrotó á Sapor en batalla campal, recobró á Antioquía, y se hizo dueño de Carras y de Nisibis.

Misiteo, prefecto del pretorio, dirijiendo el valor ardiente del jóven príncipe, mostraba tanta habilidad en los combates, como prudencia en el consejo. Queriendo hacer duraderos los triunfos de esta guerra, fortificó ciudades, hizo almacenes, y se creyó que el orgullo de los persas permaneceria abatido por largo tiempo; pero el cuerdo ministro sabia prever los riesgos, y no la traicion. Engañado por las infames protestaciones de lealtad de un árabe, llamado Filipo, que habia ganado su aprecio por la intelijencia y el valor, le dió grados en el ejército, y le puso cerca del emperador en un empleo importante de la guardia. El pérfido, devorado de ambicion, no pudo estar cerca del trono sin codiciarlo. El primer escalon de su elevacion fué el homicidio de su protector Misiteo, que falleció repentinamente. Todos los historiadores acusan á Filipo de haberle envenenado.

La mano que cometió el crímen era ignorada. El imprudente Gordiano, dócil á los consejos de su suegro, despues de su muerte, se entrega sin desconfianza al ingrato, recomendado por su víctima, y le confia el mando de la guardia y del ejército. El astuto árabe, despues de ganar el afecto de las tropas, relajando el vínculo de la disciplina, hace á sus ajentes que monopolicen los víveres; produce con esto una carestía facticia, y la atribuye á la neglijencia del em-

perador. El ejército murmura, se conmueve y amenaza. Gordiano, aflijido de las privaciones de las tropas, é incapaz de sospechar la traicion de su nuevo favorito, le daba tanto crédito, que segun algunos historiadores, llegó á asociarle al imperio. Prometiendo á los soldados atender sus quejas y satisfacer sus necesidades, redoblaba su descontento; porque el traidor de quien se aconsejaba, hacia inútiles cuantas medidas disponia. En breve llegó al último grado el furor de las lejiones, y declararon á Gordiano incapaz de reinar. El jóven príncipe, que no tenia mas apoyo que su valor, ni mas guardia que su virtud, se presenta á los rebeldes, y les recuerda sus beneficios, azañas y victorias. «¿Por »qué en mi infancia, les dijo, »me elevasteis al trono, y aora »me juzgais indigno de él, cuan»do he restablecido su gloria des»pues de seis años? Participé de »vuestros peligros, hoy siento »vuestras privaciones. Mas me »aflije que me enoja el delirio »con que dirijís al pecho de vues»tro camarada los aceros que so»lo debeis emplear contra el e»nemigo. Si olvidados de vues»tros deberes me quereis dar la »muerte, no lamentaré la pérdi»da de mi vida, sino la de vues»tro cariño; porque prefiero el »modesto título de prefecto con »vuestro amor, al de emperador »con vuestro odio.»

Muerte de Gordiano.--Un discurso tan tierno conmovia á aquellos hombres feroces, y ya se les caian las armas de las manos; pero Filipo y sus ajentes, temiendo la venganza de Roma si descubierto el crímen quedaba sin consumarse, irritan á los soldados con falsas noticias, diciéndoles que Gordiano los engaña y manda venir tropas para castigarlos. Despiértase su enojo: aogan todo sentimiento de deber y humanidad, y nueve de los mas furiosos se arrojan sobre el desgraciado príncipe y le dan de puñaladas. Gordiano murió á los veinte años de edad y seis de reinado. Todo el imperio lloró su muerte: el ejército mismo, avergonzado de su violencia, aflijido de su crímen, hizo justicia á la virtud inmolada, y grabó en el sepulcro del emperador en muchos idiomas esta inscripcion: «*Al divino Gordiano, ven»cedor de los persas, de los godos »y de los sármatas: pacificó el im»perio, y triunfó de todos sus ene»migos escepto de Filipo.*» En el reinado de este príncipe murió Herodiano, historiador apreciable por la claridad y elegancia

de su estilo; mas no se halla en él la esactitud, la verdad y la pureza de los escritores del gran siglo. La literatura iba decayendo como el imperio.

FILIPO.

(Año de Roma 997.—De Jesucristo 245.)

Filipo cojió el fruto de su crímen. Las lejiones le proclamaron emperador, é informó de este suceso al senado, escribiéndole que Gordiano habia muerto de repente. Callar el asesinato era poco menos que confesarse autor de él.

El senado, que á pesar de su debilidad no habia podido sufrir la humillacion de obedecer á un godo, se negó á confirmar la eleccion de un árabe, y elijió por emperadores á Marcino y á Valente Hostiliano; pero fallecieron de allí á poco, y el senado vencido por el temor, reconoció á Filipo, y le dió el título de Augusto.

Bajeza de su orijen.—Filipo tenia entonces cuarenta años, era hijo de un capitan de bandidos. Alistóse siendo jóven en las tropas romanas, ascendió por su valor de grado en grado al mando del ejército, subió al trono por un crímen, y lo perdió con la vida por su crueldad. Se asoció por compañero á su hijo, que solo tenia siete años; y temiendo que la continuacion de la guerra le impidiese emplear las tropas en consolidar su poder, compró ignominiosamente la paz con los persas cediéndoles la Mesopotamia y una parte de la Siria. Deseoso de ostentar su dignidad en el pais que habia nacido, se detuvo algun tiempo en Arabia, fundó la ciudad de Filipópolis, y partió despues para Italia.

Roma consternada le recibió con los onores que la servidumbre tributaba á la fuerza, y el pueblo mostró su indignacion con su silencio. El temor no pudo arrancarle aplausos á un ladron coronado que acababa de hacer una paz vergonzosa.

En vano Filipo hizo cuantiosos regalos, celebró los grandes juegos seculares, y dió á los romanos el espectáculo de un combate en que perecieron dos mil gladiadores; porque Roma, aunque ya sin virtudes, tenia aun necesidad de gloria: y no pudiera perdonar al emperador su bajo nacimiento ni los crímenes de su elevacion, si no devolvia á las armas su esplendor. Filipo reunió sus tropas, amenazó á los persas, y los obligó á que le res-

tituyesen por miedo y sin combatirlas provincias que les habia cedido. Muchos historiadores dicen que Filipo, atormentado de remordimientos, y convertido por Oríjenes, se hizo cristiano, igualmente que su mujer Severa. Eusebio y S. Jerónimo aseguran, que Babilas, obispo de Antioquía, le negó la entrada en la iglesia, ecsijiendo antes de recibirle que hiciese penitencia por sus delitos. En aquellos siglos de corrupcion en que la libertad habia perdido su fuerza, solo se hallaba el verdadero valor en la fé de los cristianos. Filipo gozó poco tiempo de la paz y del poder. Sabiendo que los godos volvian á hacer correrías en Tracia, envió contra ellos un ejército mandado por Marino. Este jeneral, habiendo rechazado al enemigo, escitó una sublevacion en sus lejiones, y le proclamaron emperador.

Filipo, asustado, convoca á los senadores, y se queja de la ingratitud de un hombre, que habia sido su hechura y ascendido por él á los primeros destinos. Las miradas y el silencio de todos le probaron que la perfidia del rebelde no producia mas efecto que recordar la suya. Careciendo de firmeza, como de virtud, prometió abdicar; pero Decio, uno de los senadores, tomó la palabra y le predijo la pronta ruina de Marino, poco temible por su carácter y sus talentos. En efecto, en breve llegó la noticia de que el ejército de Iliria, destruyendo su propia obra, le habia dado muerte. Este suceso debió inspirar á Filipo desconfianza de un hombre que conocia tan bien las disposiciones de las tropas; pero enajenado de alegría, se entregó enteramente á Decio, le encargó el mando de las lejiones, y le dió todo el dinero y refuerzos que deseaba.

Decio era muy estimado por su habilidad militar. Apenas llegó á Mesia fué proclamado emperador por las lejiones. Como queria ganar tiempo y afirmar su nuevo poder, escribió á Filipo, que aunque habia cedido á la violencia, le era siempre fiel, y que pronto iria á Roma para abdicar en su presencia.

Muerte de Filipo.—Filipo no le creyó, y salió para pelear contra él; pero como aceleraba enfurecido las marchas, fatigaba escesivamente sus tropas, les impedia todo descanso, y castigaba con la muerte la falta mas lijera, su ejército se sublevó apenas llegó á Verona, y proclamó á Decio. Filipo hizo vanos esfuerzos

para contener esta rebelion. Un soldado enfurecido se arrojó á él, y le partió la cabeza de un sablazo. Un asesinato le habia dado la corona, otro se la quitó: los nueve homicidas que habian manchado sus manos con la sangre de Gordiano, recibieron entonces el merecido castigo, y se les obligó á matarse unos á otros con las mismas espadas con que habian asesinado á aquel buen príncipe. Filipo murió el año 1001 de Roma, 249 de Jesucristo.

DECIO.

(Año de Roma 1001.—De Jesucristo 249.)

Elevaccion de Decio al imperio.—(249) Las provincias y los ejércitos, libres de un tirano despreciable, cuyas acciones fueron tan vergonzosas y viles como su nacimiento, proclamaron unánimemente á Decio. Este era natural de Budalia en Pannonia, de ilustre y antigua familia. Confió el mando de las tropas á Valeriano, estimado jeneralmente por su rectitud y valor, y volvió á Roma donde su moderacion y afabilidad le granjearon el afecto público. El senado, que recobró por él su dignidad, se mostró demasiado agradecido, comparándolo al gran Trajano, y concediéndole el título de *Optimo*. El emperador, para complacer á los senadores, les dió el derecho de nombrar un censor, cuyo poder se estendiese á todos los romanos, esceptuados los cónsules, el prefecto de Roma, el rey de los sacrificios y la primer vestal.

Todos los votos se reunieron para elevar á esta dignidad á Valeriano, fundando eleccion tan onorífica en que la conducta de este ilustre patricio era una censura viviente de las costumbres del siglo.

Decio dió el título de césares á sus tres hijos, Etrusco, Trajano y Hostiliano: vanos esfuerzos para establecer el principio hereditario en un gobierno en que la ambicion de los jenerales, burlándose de las leyes é instituciones, oponiéndose á todo principio de estabilidad, sometia el imperio á los desórdenes de la anarquía militar, que es el azote mas durable y funesto que puede sobrevenir á las naciones.

Persecuciones ejercidas contra los cristianos por Decio.—El emperador contuvo á los bárbaros por su firmeza, restableció el órden con sus reglamentos, restituyó la fuerza á las le-

yés y la libertad al pueblo; y así los historiadores paganos le colocan entre los mas grandes príncipes. Los cristianos, al contrario, le compararon á Neron por la crueldad y fanatismo con que los persiguió. El cristianismo, favorable á los plebeyos, porque sus dogmas recordaban á los hombres su igualdad, era odioso á los sacerdotes jentiles, cuyo poder amenazaba, á los grandes, cuyas preocupaciones combatia, y á los viciosos, cuyos desórdenes condenaba. Los soberanos, los jenerales, los majistrados y los gobernadores de las provincias, lo miraban como un sistema dirijido á producir revolucion en el estado, oponiendo la creencia y la virtud á la fuerza de la autoridad. A estos motivos jenerales se llegaron otros personales á Decio, porque los partidarios de Filipo eran cristianos. El emperador, irritado contra ellos, vengó su propia causa, aparentando vengar la de su relijion y leyes.

Esta persecucion fué terrible; porque reunió todas las crueldades de la guerra civil y del fanatismo. Los cristianos fueron en todas partes puestos en prision, entregados á las bestias feroces, atenaceados y crucificados. Las pasiones políticas y relijiosas aogaban la voz de la humanidad y el grito de la naturaleza: el hijo delataba al padre, la madre entregaba al hijo, el hermano degollaba al hermano: la tierra se cubrió de víctimas, y el cielo se llenó de mártires. Fabiano, obispo de Roma, Babilas, obispo de Antioquía, y Alejandro, de Jerusalem, fueron los primeros que sellaron la fé con su sangre. El terror produjo falsas apostasías. Muchos hombres débiles hicieron sacrificios á los ídolos: llorados por sus hermanos y despreciados por los paganos, recibieron el nombre de *caidos*: pasada la persecucion, volvieron á la fé; y la iglesia, *entonces induljente, porque no dominaba*, los perdonó.

Los hombres valerosos, que no querian abandonar cobardemente un culto que creian verdadero, para conservar su vida dejaron el mundo, y se retiraron á los desiertos á hacer vida eremítica, temiendo mas los vicios y los crímenes de sus conciudadanos que á las fieras. Pablo fué el primer anacoreta de Ejipto: poco á poco los desórdenes del imperio, el delirio de los mónstruos que le despedazaban, el cúmulo de los vicios, el orroroso espectáculo de todos los crímenes cometidos por la tiranía y

sufridos por la servidumbre, dirijieron ácia el cielo las esperanzas de los hombres virtuosos. Despegados de un mundo en donde ya no veian ni justicia ni libertad, todos aquellos que en otro tiempo habian combatido en los campos, brillado en la tribuna, servido á la patria en la toga ó en las armas, se ocultaron en oscuros retiros y se alejaron de todo empleo público. Para librarse del servicio militar, y tambien por vagancia y truanería, poblaron muchos las iglesias: los araganes fundaron conventos, ermitas, y aun se fueron á vivir á las cavernas. Hallándose el imperio privado de brazos vigorosos y de almas que conservaban enerjia, vió agotarse progresivamente su vigor, y ya no se vió en estado de oponer á los bárbaros sino ciudadanos sin costumbres, soldados sin valor, mucha parte de ellos cristianos que abandonaban sus filas introduciendo el desórden y la desunion.

El cristianismo fué la principal causa de la ruina del imperio romano, porque predicando una nueva ley y un nuevo derecho, introdujo la anarquia, y el sacerdocio nuevo tuvo gran cuidado de alimentarla en su favor.

Estados de los pueblos del norte. —Al mismo tiempo los pueblos selváticos del norte de Europa aumentaban rápidamente sus fuerzas y su poblacion. A proporcion que el imperio se debilitaba, eran mas audaces. No se afeminaban con la civilizacion que adquirian en el trato de los romanos. Estos por una falsa política incorporaban algunos cuerpos de bárbaros en las lejiones, y les hacian aprender el arte militar que faltaba á su valor. Todos los esfuerzos de Roma, que no pudo subyugarlos, se limitaban entonces á contenerlos. Pararlos era un triunfo, y sus invasiones se renovaban sin cesar.

Informado Decio de que los godos, vencidos muchas veces, habian vuelto á entrar en la Tracia, confió al senado la rejencia del imperio, pasó al Asia á fortificar la frontera de los persas, y marchó despues contra los bárbaros que le esperaron intrépidamente, y le presentaron la batalla. Decio los batió completamente, matándoles treinta mil hombres. Los demás huyeron; pero un cuerpo romano, á las órdenes de Triboniano Galo, les cortaba la retirada. El rey de los godos, viendo cierta su ruina, propuso la paz, sometiéndose á las condiciones que se le ecsijiesen, y no pidiendo mas fa-

vor sino el permiso de retirarse á su pais.

Traicion de Galo.—El emperador, que tenia la voluntad y los medios de esterminar á los godos, desechó la proposicion, y continuó persiguiéndolos. Su triunfo parecia indudable; pero Galo, cediendo á una ambicion infame, vendió á su príncipe para arruinarlo, y á su patria para tiranizarla. Negoció secretamente con el rey bárbaro, y le abrió el paso que estaba encargado de defender.

Muerte de Decio y de su hijo.—Ignorante Decio de la traicion, marcha confiadamente, cae en una emboscada, y se ve cercado de enemigos. Reanima sus tropas: opone por mucho tiempo el valor al número: aparta con su acero la multitud que le rodea. Su hijo cae muerto á sus pies. «Soldados, dice, no os desalenteis, la batalla no se perderá por un guerrero menos.» Sin esperanza de socorro pelea mucho tiempo con intrepidez, y cuando ya estaba para caer en manos de los bárbaros se arroja con su caballo en una laguna, y desaparece entre las ondas.

Todos sus soldados fueron muertos: solamente las lejiones de Galo lograron por la traicion una indigna seguridad enmedio de los bárbaros.

Decio reinó dos años y medio. Su valor y su sacrificio á la gloria romana le hicieron digno de los antiguos capitanes que tuvieron su mismo nombre.

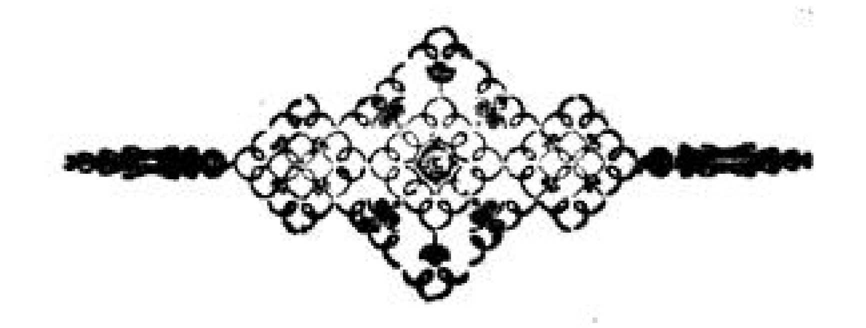
FIN DEL TOMO UNDÉCIMO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.



HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XII.

STAT SUA CUIQUE DIES.

VIRG.

HISTORIA



ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS,
NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO XXXI.

GALO, EMILIANO, VALERIANO, GALIENO Y CLAUDIO SEGUNDO.

Galo es proclamado emperador por el senado. — Conducta de Emiliano con el senado. — Retrato de Valeriano. — Su derrota, su cautiverio y su muerte. — Cuadro del reinado vergonzoso de Galieno. — Su retrato. — Degradacion del senado. — Invasion de los bárbaros. — Reinado de los treinta tiranos. — Aureolo es nombrado emperador. — Triunfo de Odenato, rey de Palmira. — Elevacion de Zenobia al trono. — Postumio es proclamado emperador. — Guerra entre Galieno y Postumio. — Muerte de Galieno. — Claudio II. — Cuadro del imperio bajo la anarquía militar. — Eleccion de Claudio II. — Guerra entre Claudio y Aureolo. — Batalla entre godos y romanos. — Muerte de Claudio.

GALO.

(Año de Roma 1003. — De Jesucristo 251.)

GALO ES PROCLAMADO EMPERADOR POR EL SENADO.— Las reliquias de las lejiones vencidas dieron el imperio á Galo: descendiente de una antigua familia romana, la ilustró con sus talentos, y la desonró despues decorándola con un cetro debido á una cobarde traicion. Sus informes artificiosos engañaron al

senado, el cual, creyéndole salvador del ejército que habia entregado, confirmó su eleccion. Galo no consiguió la paz de los bárbaros sino pagándoles un tributo: tratado que tuvo los funestos efectos producidos siempre por la debilidad espuesta al insulto y al peligro. Mesia, Tracia, Macedonia y Tesalia fueron inundadas de enemigos. Sapor entró en Siria, y quitó la Armenia á Tiridates. Galo, cuando volvió á Roma, se entregó á los placeres, descuidó los negocios y miró con indiferencia la ruina del imperio y los progresos de los bárbaros.

El pueblo murmuraba y principiaba á despreciarle: para volver á ganar la confianza pública, adoptó á Hostiliano, hijo de Decio; mas temiendo que este jóven, cuya familia era amada de los romanos, pensase algun dia en vengar á su padre, le dió veneno, y procuró en vano hacer creer que habia muerto víctima de la peste, esparcida entonces en Italia.

La persecucion de los cristianos continuaba. El reinado de Galo fué una época de calamidad y de ignominia, no compensada sino por un solo acontecimiento feliz. Emiliano atacó á los godos en Mesia, y los derrotó completamente: triunfo que adquirió al vencedor la onra, ó mas bien la desgracia de ascender al imperio. Las lejiones le saludaron emperador: Galo con el ejército de Italia marchó contra él, le dió batalla, y fué muerto con su hijo Volusiano por sus propios soldados, que pasaron al bando de su rival. Galo murió el año 1005 de Roma, 253 de Jesucristo. Su reinado de diezíocho meses fué mas dañoso al imperio que una larga guerra.

EMILIANO.

Conducta de Emiliano con el senado.— Emiliano sometió su nombramiento á la decision del senado, y le entregó la mayor parte de su autoridad, reservándose solamente el mando de las tropas: atribuyó las desgracias del estado á la cobardía de su predecesor, y prometió libertar el imperio de godos y persas. Llegó á Roma, y su bondad confirmó las esperanzas que habia dado; pero la fortuna no le dejó gozar sino cuatro meses el poder de que parecia digno. Cuando Galo salió á campaña contra él, mandó que se le reuniesen las lejiones de Galia y Jermania. Mandábalas Valeriano, amado de las tropas, respetado del pue-

blo y estimado de los senadores. Su ejército le proclamó emperador: Emiliano se preparó á disputarle el imperio; pero sus soldados le hicieron traicion, y le quitaron el trono y la vida.

VALERIANO.

(Año de Roma 1003.— De Jesucristo 253.)

Retrato de Valeriano.—Valeriano ascendia al imperio, precedido de mucha gloria. La eleccion de las lejiones nunca fue confirmada con una aprobacion mas brillante ni un consentimiento mas unánime: elevándole al trono, todos creyeron ver restituidas á Roma sus antiguas virtudes. Habia llegado á la edad de setenta años sin que ninguna debilidad hubiese mancillado su reputacion. Fiel á las leyes en un tiempo de licencia, y á las buenas costumbres enmedio de un siglo depravado, modesto en la victoria, intrépido en los peligros, franco y vigoroso en un senado tímido y lisonjero, habia sido amado por los buenos príncipes y temido por los tiranos.

Volvió á la justicia su fuerza, á los patricios su dignidad, á los pueblos el descanso, y su palacio era el asilo de la justicia y la escuela de la sabiduría.

Solamente los cristianos quedaron escluidos de estos beneficios. El príncipe, adicto á las máximas y costumbres antiguas, queria restituir su esplendor al culto romano. Enemigo de los nuevos dogmas, y persuadido por los agoreros y májicos ejipcios, que no podria asegurar la prosperidad del imperio y la suya propia sino con la ruina de los cristianos, los persiguió cruelmente. San Cipriano, que escribió la historia de sus desgracias, pereció en Cartago. Trescientos mártires arrojados á un horno encendido de cal en Masa Cándida, Sisto, Cuarto, Lorenzo, Prisco, Marco y Alejandro perecieron por el hierro y la llama. Su sangre cimentó la opinion que se queria comprimir; la injusticia y la violencia minan al partido que las emplean, y fortifica al que resiste.

El imperio fué atacado de nuevo en el Oriente por los persas, y en el Norte por un enjambre de bárbaros. Valeriano, á pesar de su edad, tomó las armas, rechazó á los godos, venció á los sármatas, scitas y rojolanos, y marchó despues contra los persas. Pero la vejez y las fatigas debilitaron su cuerpo y

su ánimo: sus determinaciones no fueron correspondientes á su denuedo, y pareció incierto en los planes y tardío en la ejecucion. Su voz no podia ya mandar, ni combatir su brazo. Dió una batalla á los persas y la perdió. Desanimado por este revés, quiso negociar y pidió una conferencia á Sapor. Vendido por Macriano, uno de los jenerales que mas apreciaba, fué sin precauciones al lugar señalado para la entrevista, y cayó en el lazo que le tendia su enemigo. Violando Sapor el derecho de jentes, le hizo prisionero, y vengó en este desgraciado emperador las injurias que Roma habia prodigado por tantos siglos á los príncipes y á los cautivos. Hacia que le siguiese á todas partes cargado de cadenas y revestido de la púrpura imperial: le obligaba á servir de escabel para montar á caballo ó subir en el carro, jactándose de dar al mundo el espectáculo de un verdadero triunfo, cuando los de Roma se reducian entonces á vanas imájenes y pomposas decoraciones.

Valeriano sufrió esta servidumbre siete años, y acabó sus miserias y su vida á la edad de ochenta y tres; mas no acabaron los ultrajes de Sapor; pues mandó el bárbaro desollarle, enchir de paja la piel, de modo que conservase la forma humana, y colgó en un templo este vergonzoso trofeo revestido de ropas imperiales. Mostrábalo con insolencia á los romanos que la suerte conducia á sus estados;—tal era la ceguedad de su venganza. Así, queriendo consagrar el oprobio de Roma, mancilló su mismo onor.

GALIENO.

(Año de J. C. 260.)

Roma, ya inclinada sobre el abismo donde iba á sumerjirse, no podia evitar su inminente peligro y poner un término á la anarquía militar con el establecimiento de un trono hereditario; pues la eleccion, ya fuese del senado, ya del pueblo, aunque no hiciese mas que confirmar el nombramiento de los ejércitos, contentaba el amor propio de los romanos, porque les parecia una sombra de libertad. La adopcion era preferible para ellos al nacimiento; y por una casualidad notable, la esperiencia dió fuerzas á la costumbre que impedia perpetuar el poder en una misma familia. Muchos emperadores elejidos y príncipes adoptados habian dado gloria al

imperio, estendido sus límites y retardado su decadencia; cuando los que habian sucedido á sus padres, como Domiciano, Caracalla, Cómmodo y Heliogábalo, todos á escepcion de Tito habian sido tiranos, infames, cobardes y despreciables.

Cuadro del reinado vergonzoso de Galieno.—El reinado de Galieno, mas que otro alguno, hizo temible al pueblo la transmision del poder supremo por derecho de herencia. Este príncipe, decorado con el título de césar por su padre Valeriano, mancilló su nombre con la ingratitud, la desonestidad y la barbárie; y entregó por su cobardía al furor de las facciones y á las correrías de los bárbaros el vasto imperio de Roma, que desmembrado durante su gobierno, hubiera perecido infaliblemente, si cuatro príncipes hábiles y valerosos, elejidos sucesivamente por el senado, no hubiesen reunido sus restos, restituido sus fuerzas, y dádole por algun tiempo una nueva ecsistencia.

Retrato de Galieno.—Cuando Valeriano cayó en cautiverio, el senado, el pueblo y los ejércitos reconocieron á Galieno por emperador. Parecíales que nadie debia ser mas enemigo de los persas, pues tenia que libertar á su padre y vengar el imperio; pero los hombres atienden mas á contentar sus pasiones que á cumplir sus deberes, y su interés mismo cede á su carácter. Dotado de una imajinacion viva, habia sido en su juventud elocuente orador y elegante poeta: cultivó tambien la filosofía; y Plotino, célebre entonces, le habia inspirado tanta aficion á las doctrinas académicas, que segun se dice, intentó fundar en Campania una república, tomando por modelo la de Platon. Los mas hábiles jenerales le habian enseñado el arte de la guerra en Galia y Jermania; y habia servido con valor y gloria bajo las órdenes del famoso Aureliano. Roma fundaba en él sus esperanzas; pero no realizó ninguna. Su carácter sin fuerza ni juicio, ardiente sin constancia y sin virtudes, no tenia valor sino por llamaradas; salia dificilmente de la molicie, cuando imperiosamente lo ecsijia el interés de su vida ó de su autoridad, y caia despues en la indolencia, arrastrado por el ascendiente de los vicios.

Voluptuoso como Heliogábalo, crapuloso como Neron, negado á todo sentimiento de gloria y patriotismo, solo apreciaba en la au-

toridad suprema la funesta licencia de entregarse como un rey perverso sin freno á los deleites mas vergonzosos: reinar para él era lo mismo que gozar; y le importaba poco que el trono se envileciese, que el imperio se desmembrase, que la majestad romana fuese ultrajada por los estranjeros, con tal que no perturbasen su sosiego, y que le dejasen gozar de una mesa delicada y de un palacio suntuoso entre histriones y rameras, y que se asemejaba mas á un serrallo de un monarca de Oriente que á la corte de un emperador romano.

Su ingratitud á su padre manifestó cuánta era su bajeza y cobardía. El cautiverio de Valeriano, en lugar de indignarle y moverle á la venganza, le pareció un suceso feliz, pues que le daba la corona; y así, habló de él al senado con una indiferencia, que afectaba como estóica: «Yo sabia, »dijo, que mi padre estaba es»puesto como los demás hom»bres á las vicisitudes de la for»tuna.»

Degradacion del senado.— El primer acto de su autoridad completó la degradacion del senado. Temeroso de la ambicion de sus miembros y de su influencia en el ejército, les prohibió los empleos militares. La vanidad se quejó de esta medida, el miedo la obedeció, y la molicie se acostumbró á ella: el resultado de ley tan vergonzosa fué cerrar el trono solamente á los personajes ilustres mas dignos de aspirar á él, y abrirlo á los aventureros y aun á los bárbaros, que por su denuedo feroz ascendian entonces á los grados superiores del ejército.

Invasion de los barbaros.— El ejemplo de las victorias de Sapor, el espectáculo de un emperador romano reducido á la servidumbre, y la indolencia de Galieno, dieron á todos los antiguos enemigos de Roma osadía para atacarla. Los jermanos pasaron los Alpes é hicieron incursiones en Italia hasta Ravena: los francos asolaron las Galias: otros bárbaros, pasando el mar en frájiles barquichuelos, desembarcaron en España y se apoderaron de Tarraco (Tarragona): los godos y los scitas invadieron el Asia menor y la Macedonia: los cuados y los marcomanos se hicieron dueños de Dácia y Pannonia, y los persas de Siria.

Las calamidades de la naturaleza se juntaron á las de los enemigos: una peste orrible desolaba la Italia. Enmedio de estos desastres, el emperador, entre-

tenido plácidamente en banquetes y diversiones, se presentaba á los romanos con traje asiático, y cubiertos los cabellos con polvo de oro para que imitasen á los de Apolo. Asistia á los baños públicos rodeado de cortesanas, y salia de ellos para consumir la noche en orjías semejantes en lujo á las de Vitelio. Insensible á las calamidades públicas, recibia con serenidad las noticias mas tristes. Cuando se le anunció la rebelion de los ejipcios, respondió riéndose: «¿Y »no podremos vivir sin el lino »de Ejipto?» Si se le hablaba de la pérdida del Asia, «lo pasare»mos sin seda:» si de la invasion de los scitas, «buscaremos sali»tre en otro pais:» si del levantamiento de las Galias, decia: «Qué importa! el estado puede »subsistir sin las casacas y los »paños de los atrebates (de A»rras).»

Esta cobarde apatía inspiraba no solo el desprecio merecido, sino el deseo jeneral de buscar fuera de Roma un poder capaz de salvar el imperio; pues nada podia esperarse de un senado vil, de un pueblo esclavo, ni de un príncipe corrompido.

Todavia se encontraban en los ejércitos hombres hábiles, valientes y vigorosos, prontos á esponer su vida ó por la patria, ó por la gloria, ó por la fortuna. Valeriano, ilustrado por una larga esperiencia, habia confiado el mando de las tropas fronterizas á capitanes encanecidos en la guerra; y como el mérito y no el favor dictaba sus nombramientos, casi todos los que elijió justificaron su esperanza. Pero bajo el débil Galieno, todos estos jenerales, indignados de las injurias que recibia el imperio, y avergonzados de obedecer á quien no sabia mandar, aumentaron los males del estado, queriendo cada uno apoderarse del gobierno para salvarle del naufrajio.

Reinado de los treinta tiranos.—Cuando nadie tiene al cetro derechos antiguos y reconocidos, todo el mundo hace pretensiones: los jenerales cuyos nombres se habian ilustrado con victorias, creyeron que podian sin presuncion aspirar al trono. Y así, en el mismo instante que todas las provincias eran invadidas por los bárbaros, cada ejército romano elijió por emperador al jeneral que lo mandaba. Unidos todos contra Galieno para destronarle, disputaban entre sí el derecho de sucederle. Esta anarquía militar hizo que llevasen el nombre de césar treinta

tiranos, de los cuales la mayor parte caidos al mismo tiempo que elevados, aparecian y se desvanecian como sombras.

Algunos mas poderosos, hábiles ó felices, como Póstumo, Victorino y Tétrico en las Galias, Aureolo en Iliria, Odenato y Zenobia en Oriente, gozaron muchos años de su poder, y repartieron con el príncipe que mandaba en Roma la autoridad que habian defendido valerosamente contra los bárbaros.

Rebelion de Macriano en Oriente.— (261) Macriano, que fué causa por su traicion de la perdicion de Valeriano, fué el primero en levantar el estandarte de la rebelion. Proclamáronle emperador las tropas de Oriente, atacadas sin cesar por los persas, y que no recibian de Roma órdenes, dinero ni refuerzo: dióse el título de césares á sus dos hijos Macrino y Quieto.

Macriano justificó la eleccion de sus soldados por una grande azaña: acometió y venció á los persas. Sabiendo despues que el ejército de Grecia habia nombrado emperador á Valente, marchó contra él. Pison, que mandaba su vanguardia, rechazado en el primer ataque, se retiró á Tesalia, y tomó tambien el título de emperador. Valente le persiguió, venció y mató, y él mismo fué asesinado por sus lejiones, cuya indisciplina queria correjir.

Aureolo es nombrado emperador. — Alentado Macriano, con la muerte de estos dos rivales, formó el proyecto de pasar á Italia. Dejando á su hijo Quieto con su jeneral Balisto en Oriente, marchó con el otro hijo á Tracia al frente de cuarenta mil hombres, y arrojó á los godos de esta provincia. Continuando su camino, penetró en Iliria; pero un ostáculo que no habia previsto le detuvo en su marcha. Aureolo, que mandaba en Iliria y Dalmacia, habia sido forzado por sus lejiones á recibir el título de emperador, mas peligroso que deseable, y que obligaba á vencer ó morir. Dió batalla á Macriano, que pereció en el combate con su hijo. Esta victoria aumentó de manera el poder de Aureolo, que Galieno, no atreviéndose á combatirle, hizo paces con él.

Triunfo de Odenato rey de Palmira.—Entretanto el orgullo de Sapor recibia el merecido castigo, y daba lugar á la creacion de una nueva potencia en el Asia. Odenato, príncipe de la célebre Palmira, ciudad de Siria, era jefe de los sarracenos, pequeña

tribu árabe. Temiendo la vecindad y el poder del rey de Persia, le envió embajadores, ofreciéndole su omenaje y ricos presentes. Sapor los recibió con desprecio, añadió la amenaza al insulto, mandó arrojar los regalos al rio, y dijo á los diputados, que «Odenato debia venir á prosternarse á los pies de su amo, con »las manos atadas á la espalda.»

Indignado Odenato de esta injuria, y escitado á la venganza por su esposa Zenobia, princesa de grande ánimo é igualmente célebre por su valor, talento y hermosura, toma las armas, se declara rey de Palmira, levanta tropas, las aumenta con sus victorias, espanta al enemigo por la audácia de sus empresas, une sus fuerzas á la de los romanos, recobra la Mesopotamia y las ciudades de Nisibis y Carras, se halla al frente de un poderoso ejército, da batalla al rey de Persia, le vence, se apodera de sus mujeres y de sus tesoros, y le persigue hasta Ctesifonte.

Feliz Galieno por haber vencido sin pelear, nombró á Odenato jeneral de los ejércitos de Oriente. El rey de Palmira recorrió la Persia como conquistador, la entregó al saqueo, cojió prisioneros muchos sátrapas, y los envió á Roma. El emperador, para recompensarle de haber hecho lo que á él le tocaba, y teniendo por mas conveniente repartir el imperio que defenderle, dió al vencedor el título de césar, y el de augustos á Zenobia y á sus hijos. Esta debilidad pudiera disculparse, atribuyéndola á la gratitud; pero Galieno acabó de cubrirse de oprobio y de ridiculez, triunfando él mismo públicamente de los persas vencidos por un estranjero.

Un bufon despreciable turbó con una burla picantísima este triunfo indecente y pueril. Al ver una multitud de esclavos, comprados en diversos paises para hacer en aquella ceremonia el papel de cautivos, se acercó al corro y preguntó si estaba por casualidad entre ellos el emperador Valeriano.

Odenato, siguiendo el curso de sus victorias, sostenia dignamente la dignidad á que le elevó su valor. Venció y dió muerte á Quieto, hijo de Macrino, y á Balisto, que habian usurpado el título de emperadores. El Oriente pacificado le reconocia por señor, cuando una traicion infame terminó su gloria y su vida. Meon, su sobrino, zeloso de la preferencia y del poder que daba á su hijo Herodes so-

bre sus otros hijos y el resto de su familia, formó una conspiracion contra él, le asesinó, y tambien á Herodes, y pereció á manos de sus mismos cómplices en el momento que pretendia ceñirse la corona.

Elevacion de zenobia al trono.—Las tropas, los grandes y los pueblos del Asia, proclamaron á Zenobia por reina. Admiraban todos su hermosura, sus virtudes, su valor y prudencia con que habia ausiliado á su esposo en los consejos y en las batallas. Poseia la mansedumbre de una mujer y la intrepidez de un hombre: su mérito personal bastaba para inspirar la veneracion; pero el vulgo añadia lo que causa un orijen ilustre y antiguo; porque se creia que por su padre era descendiente de Semíramis, y por su madre de Cleopatra. Galieno, mucho menos digno del trono que ella, no quiso admitirla á la participacion del imperio, y envió jenerales y tropas que le hiciesen guerra. Zenobia los venció, y gozó de su poder y gloria hasta el reinado de Aureliano.

Todas las provincias del imperio estaban tan dispuestas á la sedicion contra un jefe despreciable, que la mas lijera centella bastaba para emprender el fuego. Una riña entre un esclavo y un soldado, escitó un tumulto en Alejandría: las tropas y los ciudadanos tomaron parte en él: la autoridad civil quiso reprimir el desórden, las lejiones se amotinaron y proclamaron emperador á Emiliano, su comandante; pero Teodato, enviado contra él por Galieno, le cojió y le puso en una prision, donde murió.

Rebelion de celso.—(265) El Africa habia nombrado tambien un césar: Celso, jeneral estimado, sostenia su nuevo título con prudencia y valor; pero Galiena, parienta del emperador, y que á la sazon se hallaba en Cartago, pagó asesinos que le dieron la muerte.

Trebeliano se habia rebelado y coronado en el Asia menor, pero fué vencido y muerto por las tropas de Galieno. El cónsul Censorino aspiró á la misma fortuna, y tuvo la misma suerte.

Una insurreccion mas temible habia estallado en Mesia: las lejiones de esta provincia nombraron emperador á Lacio Injénuo. Este rival pareció bastante temible á Galieno para obligarle á salir de su indolencia y marchar en persona contra él. Al llegar al campamento, pareció haber encontrado otra vez su antiguo

valor: dió la batalla, consiguió la victoria, persiguió á Injénuo, le prendió, y le envió al suplicio. La jenerosidad es una virtud demasiado elevada para caber en un alma baja y cobarde. Galieno no perdonó á nadie: habitantes, soldados, todos fueron pasados á cuchillo. Trebelio Polion ha trasmitido á la posteridad la órden infame que dió el emperador á su lugarteniente Verriano. «No llenaras mis deseos si »solo das muerte á los que han »peleado contra mí: convendria »matar á todos los varones de es»ta provincia rebelde, si fuese »posible quitar la vida á los vie»jos y niños sin incurrir en la »nota de inumanidad. Te mando »que envies al suplicio á todo »el que haya hablado mal de mí. »Degüella, destroza, despedaza »á esos infames. Sean tus senti»mientos conformes con los mios, »que podrás conocer por el tenor »de esta carta.»

Esta venganza atroz sublevó la provincia y las tropas, y proclamaron emperador á Rejiliano, dácio de orijen, y descendiente del rey Decébalo. Este nuevo césar arrojó á Galieno del pais, y consiguió victorias contra los sármatas; pero murió en una emboscada de los rojolanos.

Postumio es proclamado emperador.—(266) Postumio, uno de los jenerales mas hábiles de Valeriano, habia conservado hasta entonces tranquilas las Galias. Galieno le envió su hijo Salonino socolor de que aprendiese el arte militar, bajo un capitan afamado; pero con el designio oculto de espiar y perder á un hombre de quien estaba envidioso. El jóven príncipe, altanero, cruel y desonesto, como su padre, ofendió el orgullo de los galos, y fué asesinado por ellos. Postumio, proclamado emperador por los votos unánimes de la Galia y de la Britannia, consiguió tantas y tan brillantes victorias de los francos y jermanos, que recibió y mereció el sobrenombre de *Hércules Galo*. A no ser por él, Odenato y Zenobia, se hubiera arruinado entonces el imperio romano.

Esta época, como todos los tiempos de tempestades políticas, produjo y desplegó grandes caractéres; pero fué estéril de historiadores; y así, la gloria de estos hombres ilustres ha sido menor de lo que debiera.

Guerra entre Galieno y Postumio.—Galieno marchó contra Postumio, cuando este habia tomado por coléga á Victorino. No hubo ninguna batalla de impor-

tancia. El emperador, fastidiado de los campamentos, de la debilidad de sus esfuerzos, y envanecido por algunas ventajas insignificantes, volvió á Roma en triunfo. La inconstancia de los galos le vengó bien pronto del rival que no habia podido vencer; pues asesinaron á Postumio y á su hijo, y dieron la púrpura imperial á Loliano. Victorino, que le disputaba el imperio, fué muerto por un galo, á cuya mujer habia ultrajado. Victorina, su viuda, defendió con valor su autoridad; pero habiendo muerto sus nietos, hizo elejir por emperador á Tétrico, senador romano, el cual ilustró su gobierno con muchas victorias que consiguió de los bárbaros, y sometió toda la Galia. Al mismo tiempo Ciriades, Saturnino y un herrero llamado Mario, se declararon emperadores en otras provincias, pero murieron en breve.

Muerte de Galieno.—El despreciable Galieno era cada dia mas odioso á los romanos. Heracliano y Mariciano conspiraron, en fin, contra él, y se aprovecharon para ejecutar su designio de la invasion que hacia entonces Aureolo en Italia. Este jeneral tomó á Mediolano (Milan), y se disponia á marchar contra Roma. Galieno, obligado á salir de su letargo, avanzó ácia él, le obligó á retirarse, le encerró en Mediolano, y cercó esta plaza. Durante el sitio, los conjurados, habiéndose convenido antes con Aureolo, fueron una noche á la mesa de Galieno. Enmedio de la comida, Cécrope, uno de sus cómplices, se acerca al emperador, y le dice que Aureolo intenta hacer una salida nocturna para sorprenderle y apoderarse de su persona. Galieno, cuyo valor no se inflamaba sino con el enojo, sale precipitadamente de su tienda, sube á caballo, y manda tocar alarma. Cécrope, valido del alboroto y de la oscuridad, se le acerca, y le hunde el puñal en un costado. Galieno, su hijo, y Valeriano, su hermano, queridos por sus virtudes, pagaron con su cabeza la desgracia de pertenecer á un mónstruo por el vínculo de la sangre.

Galieno murió á los cincuenta y cinco años de edad, y nueve de reinado. Cuando terminó su vida vergonzosa, dejó desmembrado el imperio: el Oriente sometido á Zenobia, la Iliria á Aureolo, las Galias y el Occidente á Tétrico y Victorina: la Tracia, la Macedonia y una parte del Asia menor entregadas al furor de los godos y scitas, y á Roma en la anarquía, temerosa

y aguardando en silencio qué dueño le darian la voluntad de los soldados y el capricho de la fortuna.

Solo las leyes dan á la autoridad una base firme y durable, porque defienden á la vez los derechos del príncipe y los del pueblo: satisfacen á la razon que solo quiere la justicia; pero encadenan y comprimen las pasiones que gustan de la arbitrariedad y no toleran el freno. Así es que los ambiciosos para violar las leyes, llaman en su apoyo á la fuerza militar, ignorando que esta fuerza, que parece garantir su impunidad, debe llegar á serles mas funesta que la libertad y que la justicia que tanto temen. El que en ninguna parte quiere hallar resistencia, acaba por no encontrar en ninguna parte apoyo.

CLAUDIO II.

(Año de J. C. 268.)

Cuadro del imperio bajo la anarquia militar.—La república romana, defendida por soldados que eran ciudadanos y adictos al órden por sus propiedades, no les dió al principio mas que una paga pequeña. Mario y César hirieron de muerte la libertad aumentado el sueldo y admitiendo en las tropas á los proletarios que no conocian otra ley ó patria que el dinero. Domiciano les dobló la paga: Cómmodo y Caracalla no pusieron límites á su liberalidad para con los instrumentos de su tiranía y de sus pasiones. Entonces cesó enteramente el imperio de las leyes, porque la fuerza armada que debiera asegurar su ejecucion, solo se empleaba en sostener los desórdenes de los príncipes y en castigarlos cuando no se pagaba como las tropas querian, el apoyo efímero que prestaban. El senado y el pueblo fueron vanos fantasmas: los soldados quedaron dueños de la vida de los príncipes, y la suerte de los emperadores, tan deplorable como la del imperio, fué hacer temblar á todos y temblar ellos de su misma guardia. Si para complacer á esta soldadesca desenfrenada agotaban el tesoro, protejian á los viciosos, y hacian temblar á los buenos y á los ricos, la desesperacion despertaba el valor, y los sacrificaba á conspiraciones que nacian unas de otras. Los que solicitaban subir al trono favorecidos de una faccion, no tardaban en ser derribados y asesinados por ella. Así el imperio romano, como

observa Montesquieu, semejante á las rejencias actuales de Tunez, presentaba al mundo el triste espectáculo de una anarquía militar, cuyos jefes sometidos al capricho de las tropas eran impotentes para el bien, y no tenian mas facultad que la de cometer crímenes. Pero cuando los males llegaron al estremo, los mas insensatos buscaron remedios saludables: el imperio amenazado y atacádo de todas partes por los bárbaros, y destrozado por treinta tiranos que se disputaban el poder supremo, conoció la necesidad de someterse á un jefe valeroso y justo, que infundiese respeto á los romanos por su rectitud, y á los estranjeros por sus armas.

Eleccion de claudio ii.— Los soldados echaban menos á Galieno, pródigo é indolente: un reparto de dinero que los conjurados hicieron con oportunidad, los sosegó, y satisfecha su codicia, se aplicaron á buscar los medios de salvarse á sí y al imperio. Proclamaron césar á Marco Aurelio Claudio, que en una época de desgracias y delitos, habia sabido ganarse el aprecio de todos los partidos. El senado y el pueblo confirmaron con alegría esta eleccion. Claudio, siendo tribuno, en tiempo de Decio, se habia distinguido por su valor en la guerra contra los bárbaros. Mereció la estimacion y confianza de Valeriano, que le dió el gobierno de Iliria; y es digno de observacion, que todos los jenerales nombrados por Valeriano ascendieron sucesivamente al imperio. Claudio, tan apreciado en Roma como en el ejército, se mostró en sus diversos empleos justo, firme, laborioso, sincero, moderado, magnánimo como Augusto, y belicoso como Trajano. Se hizo temer y respetar de Galieno, que envidioso de su mérito, ni podia amarle, ni se atrevia á matarle. Era natural de Dardania; y cuando llegó á ser emperador, la lisonja, buscándole un orijen ilustre, le hizo descender de Dárdano. No tenian necesidad de abuelos sus grandes cualidades, y poseyó la mas rara, la de no perder ninguna en la prosperidad.

Guerra entre claudio y aureolo.— Como un hombre de este carácter no podia aprobar el asesinato ni aun de un tirano, invitó al senado á dar á Galieno los onores que no merecia. Aureolo, resuelto á entrar en negociaciones, le pidió la paz, recordándole que Galieno le habia asociado al imperio. «La conduc»ta de Galieno, le respondió

»Claudio, no es ejemplo para mí: »él te amaba ó te temia, y yo ni »te amo ni te temo.» Rota la negociacion, se dieron batalla entre Mediolano y Bérgamo: Aureolo fué vencido, preso y asesinado por la tropa, á pesar de los esfuerzos que hizo Claudio para salvarle. El emperador le erijió un túmulo en el campo de batalla, el cual recibió el nombre de Aureolo, y es el que hoy se llama Pontirolo.

Marchó despues contra los alemanes, los venció y auyentó á su pais. Despues de estas victorias vino á Roma y recibió los onores del triunfo; mas no lo mancilló con ningun acto de rigor ó venganza. A su llegada volvieron el órden y la justicia, desterrados mucho tiempo habia de la ciudad. Solo temblaron los concusionarios y delatores: los tribunales recobraron su independencia, y el senado su libertad.

En el reinado de Galieno, los diversos partidos que hubo en el imperio, sirvieron de pretesto á frecuentes confiscaciones. Claudio las abolió, y cada uno recobró sus bienes. Promulgada esta ley, se presentó al emperador una mujer, y le dijo: «Me quita»ron una tierra que poseia, y la »dieron á un jeneral, llamado «Claudio, en premio de sus ser»vicios. La reclamo en virtud »de la nueva ley.» «Dices bien, »la respondió el príncipe: justo »es que Claudio, emperador, »restituya lo que recibió Clau»dio, jeneral;» y la volvió su heredad.

El príncipe no podia permanecer mucho tiempo en Roma. Se deliberó si atacaria antes á Tétrico en la Galia, á Zenobia en el Oriente, ó á los godos y scitas que talaban las fronteras. «Padres conscriptos, »dijo Claudio: Tétrico y Zenobia »solo son enemigos del empera»dor; los bárbaros, del imperio: »venguemos la injuria del esta»do antes que la mia. Importa »poco decidir quién gobernará la »república; pero es forzoso que »sea independiente y libre de es»tranjeros.»

Estos sentimientos jenerosos fueron aplaudidos: los ciudadanos, saliendo de su larga molicie, tomaron las armas, y la Italia levantó un poderoso ejército como en tiempo de la invasion de los cimbros.

Guerra de los godos y batalla de Neisa. — (270) El peligro era inminente. Los bárbaros, arrollados ácia el Norte, cobrando ánimo con las discordias que destrozaban el imperio, se

habian reunido llamados por la opulencia, fertilidad y riquezas del Mediodia. Los godos, sármatas, rojolanos, ostrogodos, jépidos y herulos, famosos despues con el nombre de *lombardos*, se habian embarcado en el Borístenes en número de trescientos veinte mil hombres. Despues de haber perdido muchos buques en una tempestad al atravesar el Ponto Euxino, insultaron la plaza de Bizancio, aunque no pudieron tomarla, cometieron escesos orribles en las islas del Archipiélago, talaron las costas del Asia menor, sitiaron á Tesalónica y Casandria, y se apoderaron de Atenas. Cuéntase por Zonaro, que estos bárbaros, enemigos de las letras y de las artes, habiendo reunido en la plaza pública todos los libros que eran la gloria y riqueza de aquel emporio de las ciencias, querian entregarlos á las llamas, cuando uno de sus guerreros les detuvo diciéndoles: «Dejad á los roma»nos y griegos sus letras: son un »veneno lento que los enmuelle»ce y dispone á ser vencidos.» Este insensato ignoraba sin duda, que Roma y Grecia, César y Alejandro, debieron sus conquistas tanto á las luces como al valor.

Interin los bárbaros se entregaban en el Atica á la crápula, y al pillaje, el ateniense Cleodemo, que se habia librado de su furor, reuniendo algunas tropas cayó sobre ellos, destrozó mucha parte, auyentó el resto, y salvó su patria.

Los godos, que habian aprendido de los romanos á fabricar armas y máquinas, estaban ya para apoderarse de Tesalónica y Casandria, cuando Claudio avanzó para acometerlos. No se atrevieron á esperarle, y se retiraron precipitadamente evacuando la Macedonia. El emperador no pudo alcanzarlos hasta llegar á Neisa, ciudad de la Dardania (en la Servia). En este lugar les dió la batalla, que fué larga, sangrienta y ostinada. Despues de una reñida pelea, los romanos, fatigados por el número de los enemigos, comenzaron á cejar, cuando un cuerpo que Claudio habia enviado contra el flanco de los bárbaros por veredas que se creian impracticables, entró de repente en accion, desordenó las filas de los godos y fijó la victoria.

Derrota de los godos.—Los bárbaros se retiraron á su campamento, dejando cincuenta mil muertos en el campo de batalla. El emperador, sin dejarles descansar, atacó las fortificaciones

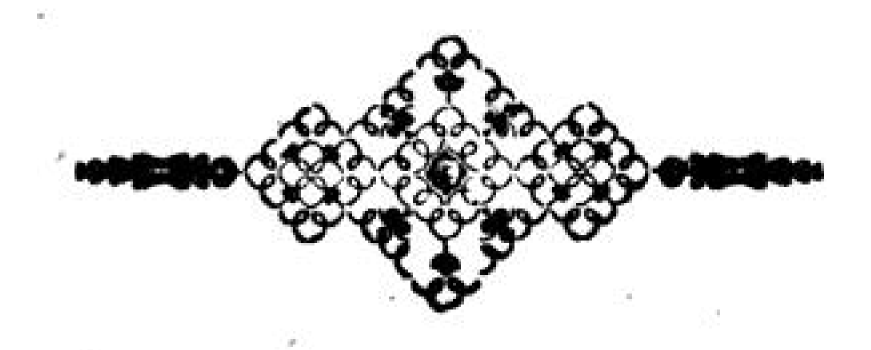
que habian hecho, segun su costumbre, amontonando sus carros y bagajes. Allí se defendieron con el valor de la desesperacion; pero abriendo, en fin, paso á los romanos el hierro y la llama, hubo una orrible matanza y un botin inmenso. Sin embargo, una parte de aquellos feroces guerreros logró abrirse camino y continuar su retirada: la caballería de Claudio los cortó, y tuvieron que emprender el último combate. A pesar de su triste situacion, los vencidos pusieron en riesgo á los vencedores; porque se arrojaron sobre ellos con tanto ardor, que penetraron en sus filas; mas la caballería romana los cojió por la espalda y los derrotó. Los pocos que escaparon se acojieron á los desfiladeros del Hemus, donde el hambre y las enfermedades contajiosas acabaron con ellos.

Al mismo tiempo su escuadra, que ignoraba el desastre de Neisa, llegó á Macedonia. Las tropas que traia creyeron entrar en un pais sometido, y le hallaron armado. Dispersáronse: una parte de ellas fué pasada á cuchillo, otra prisionera: la escuadra fué quemada. Claudio, informando de estos sucesos á Broquia, gobernador de Iliria, le escribia: «Hemos esterminado trescientos »veinte mil hombres y echado »á pique dos mil buques: los »rios estan cubiertos de escudos, »las playas de espadas y lanzas: »montones de huesos se levan»tan entre la verdura de los cam»pos: los caminos están teñidos »de sangre: el grande atrinche»ramiento de los bárbaros, forma»do por un gran número de ca»rros, fué tomado; y hemos he»cho tantas mujeres prisioneras, »que cada soldado tiene dos ó »tres por esclavas.»

Muerte de Claudio.—Aureliano se distinguió en esta guerra mandando la caballería, que contribuyó tan eficazmente á la derrota de los bárbaros. La victoria de Claudio, comparable á los triunfos mas insignes de los antiguos héroes de Roma, le adquirió el sobrenombre merecido de *Gótico*. Salvado ya el imperio, se disponia á marchar contra sus rivales, y recobrar la Galia y el Oriente de las manos de Tétrico y de Zenobia, cuando la muerte detuvo su brillante carrera. El contajio que habia destruido á los godos, se propagó al ejército romano. Claudio fué su víctima, y falleció en Sirmio á los cincuenta y seis años de edad y tres de reinado. Fué puesto, segun la costumbre, en el número de los dioses; pero este

onor era ya tan vulgar, que el senado y el pueblo, queriendo demostrar el afecto que le tenian con un omenaje menos prodigado y envilecido, le consagraron un busto de oro en la curia, y una estátua del mismo metal en el Capitolio. En fin, el reconocimiento jeneral, para recordar sus azañas, le erijió en el foro una estátua de plata, cuyo pedestal se formó con las proas de los buques tomados á los bárbaros.

Todo el imperio le lloró: igual en valor y en talento á los mas grandes emperadores, se le amaba y se lamentaba su pérdida por una cualidad que faltó á la mayor parte de ellos, la *benignidad*, llamada justamente por Montesquieu *la primera virtud de los príncipes*.



CAPITULO XXXII.

AURELIANO.

Eleccion de Aureliano.—Orijen y retrato de Aureliano.—Sus primeras azañas.—Sedicion en Roma.—Retrato de Zenobia.—Batalla entre Zenobia y Aureliano.—Derrota de Zenobia.—Sitio de Palmira.—Proposicion de paz de Aureliano á Zenobia.—Huida y cautiverio de Zenobia.—Toma de Palmira.—Abdicacion de Tétrico.—Aureliano triunfante en Roma.—Muerte de Aureliano.

AURELIANO.

(Año de Roma 1023.—De Jesucristo 270.)

Claudio dejaba dos hermanos, Quintilio que le sucedió, y Crispo, del cual se gloriaba ser descendiente Constantino. Sabida en Italia la muerte del emperador, el amor que se le tenia determinó al senado á dar el título de augusto á Quintilio.

Eleccion de Aureliano por el ejercito.—Pero el ejército que estaba en Sirmio, proclamó á Aureliano, comandante de la caballería, y uno de los mas grandes capitanes de su siglo. Quintilio, informado de esta eleccion, poco seguro de la tropa, que no amaba su severidad, ó movido de una causa mas onrosa, temiendo favorecer las armas de los bárbaros escitando una guerra civil, ó debilitar con su abdidacion la autoridad del senado, mandó que le abriesen las venas, y murió á los diezisiete dias de reinado.

Orijen y retrato de Aureliano.—El senado y el pueblo confirmaron el nombramiento de Aureliano. Este príncipe nació en una aldea de Pannonia, de una familia oscura. Su madre era sacerdotisa del sol, y Aureliano manifestó siempre gran preferencia á esta divinidad. Alistado desde su primera juventud en las tropas romanas, su valor fué la causa de su fortuna,

y su habilidad le valió el imperio. Era tan apasionado á los combates y ejercicios, que los camaradas de su juventud para distinguirle de otros soldados del mismo nombre, le llamaban *Aureliano, espada en mano*. Elevado al rango de tribuno se distinguió por su estrema severidad en la disciplina: á un soldado que habia ultrajado á una mujer, le mandó descuartizar. Se ha conservado una de sus instrucciones dirijida á su teniente, en la cual decia: «Ninguno »debe ascender si no observa »tanta moderacion y obediencia »como denuedo. Castiga sin pie»dad al que robe un racimo de »uvas: los soldados han de enri»quecerse con los despojos del »enemigo, no con las lágrimas »de los conciudadanos.»

Su primer azaña fué vencer á los francos junto á Moguncíaco, y libertar la Galia de los bárbaros. Valeriano lo comparaba á los Scipiones; y Claudio, para restablecer la disciplina en la caballería, le confió el mando de esta arma.

Soldado tan valeroso como jeneral hábil, se cuenta que mató con su mano novecientos enemigos durante su carrera militar. Se le comparaba á César en la activad, pero no lo imitó en la clemencia; y aunque no fué sanguinario como los tiranos, se mostró duro é inflecsible contra los que le ofendian. Era mas propio para mandar que para perdonar.

Sus primeras azañas.—Desde que tomó las riendas del imperio, marchó contra los godos, los obligó á repasar el Danubio y á pedir la paz; pero convencido de que no le era posible protejer la Dácia contra sus incursiones, abandonó esta provincia, y puso en el Danubio la frontera del imperio.

Los alemanes, jutongos y marcomanos se disponian á invadir la Italia: el emperador los atacó y derrotó en la Vindelicia (Baviera y Suavia). Los bárbaros, no amedrentados por este revés, le enviaron embajadores, y le prometieron retirarse si Roma les pagaba un tributo. El los recibió con majestad, y les habló en tono severo: «Si sois gober»nados por vuestras pasiones, »Roma lo es por la razon. Está »acostumbrada á recibir tribu»tos, no á pagarlos: os concede»rá su alianza si la mereceis por »vuestra sumision y servicios. »Antes de atacarla temeraria»mente, visitad los campos de »Neisa: los huesos de trescien»tos mil godos os dirán la suer-

»te que la guerra os prepara.»

Irritados los bárbaros de sus amenazas, tentaron de nuevo la fortuna de las armas. Aureliano, que no contento con vencerlos, queria esterminarlos, les cortó la comunicacion con su pais; pero ellos sin curarse de este movimiento, continuaron atrevidamente su marcha, hallaron los Alpes mal defendidos, los pasaron, descendieron á Italia, y talaron la Insubria (el Milanesado). El emperador que los seguia con demasiado brio, los atacó sin esperar á la reunion de sus fuerzas, hizo inútiles prodijios de valor, perdió la batalla, y huyó.

Sedicion en roma.—El terror se difundió en Roma: el príncipe, mal respetado cuando está vencido, tuvo que calmar varias sediciones, en las cuales tomaron parte algunos del senado. Asustado Aureliano por las consecuencias de su derrota, mandó consultar los libros sibilinos, y renovar todas las ceremonias dictadas por la antigua supersticion para aplacar á los dioses y alentar á los pueblos.

Habiendo reunido sus tropas, y aprovechándose entretanto del desórden que producia en los bárbaros el ardor del pillaje, los acometió junto á Tano, los derrotó completamente, los persiguió sin descansar, y esterminó la mayor parte de ellos. Los vándalos le pidieron la paz; y lo que prueba en aquella época la influencia del ejército, es que Aureliano creyó necesario proponer á su deliberacion si aceptaria ó no el tratado. Los soldados, cansados de las armas, consintieron en ello, y se dieron víveres á los vándalos para que volviesen á su pais.

En seguida entró el emperador triunfante en Roma, y castigó con la muerte á muchos senadores, que abandonándole en la adversidad, se habian sublevado contra él. Uno de ellos, llamado Domiciano, no pudo quejarse de su suerte. En los primeros dias del reinado de Aureliano, creyendo darle un consejo análogo á la severidad de su carácter, le dijo: «Tienes dos medios de afir»mar tu poder: el hierro y el oro: »este para los que te sirvan, a»quel para los que te resistan.» Este vil lisonjero, viendo derrotado al emperador, aspiró al imperio, y pereció primer víctima de su bastardo consejo.

El emperador aprovechó el tiempo que estuvo en Roma en hacer reglamentos útiles y prudentes; pero que tuvieron el sello de su severidad. No hay otro

medio de gobernar á ciertos pueblos y á ciertos hombres. La invasion de los bárbaros habia hecho temblar á Roma: levantó sus murallas, fortificó la ciudad, y ensanchó su recinto. Libre ya para ejecutar el vasto designio de reunir el imperio desmembrado, salió de Italia para someter á Zenobia.

Retrato de zenobia.— Esta reina, inmortalizada por su audácia, gloria é infortunios, poseia las gracias de un secso y la fortaleza del otro. Su estatura era majestuosa: bellas sus facciones: su mirada suave y ardiente: su dentadura brillante: su tez morena y animada: la magnificencia de su adorno realzaba su hermosura. Gustaba del fausto, y queria que su corte fuese tan espléndida como la de los reyes de Persia.

La singularidad de su traje correspondia á la de su carácter; pues mezclaba á los adornos mujeriles el lujo militar. Cubria el vestido una cota de armas adornada con pedrerías: su diadema ceñia á un casco. Entraba en batalla entre sus soldados desnudo el brazo y espada en mano: viéronla muchas veces hacer á pie ó á caballo marchas penosísimas al frente de sus tropas. Habia tomado por modelos á Dido, Semíramis y Cleopatra. Firmeza en el mando, valor en los reveses, elevacion en los sentimientos, aplicacion al trabajo, dissimulo en la política, andácia sin freno, y ambicion sin límites, fueron las virtudes y defectos de esta mujer célebre que ostentó todas las cualidades varoniles de los héroes, sin ninguna de las debilidades de su secso. Su castidad era igual á su brio: no conoció mas amor que el de la gloria. Le habian quedado de su esposo Odenato tres hijos, Herenniano, Timolao y Vaballath: el nombre del primero era latino: el del segundo griego, el del tercero siriaco, porque orgullosa con el título de augusta, engañada con sus victorias y con la fortuna, esperaba que reinasen uno en Roma, el segundo en Grecia, y otro en Asia.

Mezclando oportunamente la mansedumbre y la severidad, y pródiga de onores y riquezas para los que favorecian sus designios, igualó en habilidad á los reyes mas grandes. Amiga de las letras, onró con su confianza al célebre Lonjino, el cual halló en el jenio de su protectora el modelo de la sublimidad que enseñó á conocer y definir.

Zenobia, instruida por sus lec-

ciones, hablaba elegantemente el griego, el ejipcio y el siriaco: entendia el latin, aunque no hacia uso de este idioma. Gustaba particularmente de la historia, y la llamaba la ciencia de los príncipes: dícese que escribió la de Ejipto bajo los Ptolemeos, de los cuales se gloriaba descender. Los autores de aquel tiempo han colocado sin razon á Zenobia en el número de los treinta tiranos que desmembraron el imperio. Galieno habia asociado á Odenato á su autoridad, y dado á Zenobia el título de augusta: el Oriente la elijió por sí y libremente, y sin duda alguna ella podia pretender con algun derecho para sus hijos, el gobierno de un imperio que los persas iban á derribar, y que si se salvó en el Oriente fué por su brazo y su jenio.

Mientras Claudio, ocupado en la guerra de los godos, se habia visto obligado á dejar el Asia sometida á la reina de Palmira, Zenobia, que habia ganado en Ejipto una faccion por las intrigas de Timajenes, habitante de Alejandría, envió á aquel pais un ejército de setenta mil hombres, mandado por su jeneral Zabdas, guerrero hábil y valeroso. Venció con facilidad á los ejipcios; pero Probato, comandante de una escuadra de Claudio, informado de este suceso, desembarcó algunas tropas, y logró ventajas de los palmirenos. Este triunfo no fué de larga duracion: Zabdas reunió su ejército, dió batalla á Probato, y le venció y mató. Desde entonces hasta el reinado de Aureliano, todo Ejipto reconoció las leyes de Zenobia; á la cual se daba el nombre de reina del Oriente, y sus hijos llevaban la corona y el título de emperadores romanos.

Aureliano, triunfando de los obstáculos que los bárbaros oponian á su marcha, atravesó combatiendo la Esclavonia y la Tracia, se detuvo algunos dias en Bizancio, y desembarcó en el Asia menor al frente de un poderoso ejército. Hízose dueño con facilidad de toda la Bitinia, donde Zenobia no tenia mas que un partido débil. Capadocia se le sometió, escepto la ciudad de Tiana que le cerró las puertas; pero uno de los habitantes, traidor á sus conciudadanos, introdujo en ella las tropas romanas. Aureliano se aprovechó de la perfidia; pero envió al suplicio á quien le habia servido tan bien. Los de Tiana estaban en la mayor consternacion, porque el emperador habia jurado arruinarla; sin embargo, no lo

hizo. La supersticion del tiempo hizo crer y escribir que la sombra de Apolonio se le habia aparecido y desarmado su cólera.

Batalla entre Zenobia y Aureliano. — Aureliano encontró cerca de Antioquía en las riberos del Orontes el ejército de Zenobia, cuya principal fuerza consistia en caballería armada de todas armas, que se juzgaba superior á la de los romanos. El emperador para vencerla usó de una estratajema: mandó á los suyos que huyesen, y los jinetes palmirenos los persiguieron con imprudente ardor. Cuando los vió fatigados por una larga carrera, y por el peso de sus armas, los acometió con tropas de refresco, y los desbarató y auyentó fácilmente.

Esta primer victoria intimidó á los palmirenos: evacuaron á Antioquía y se retiraron á Emesa. Zenobia esperaba en aquel punto á los romanos al frente de setenta mil hombres, mandados bajo sus órdenes, por Zabdas, cuyas banderas habia seguido la victoria hasta entonces. La suerte del imperio estaba pendiente de la batalla, que fué larga, sangrienta y terrible. Ambos jefes tenian que sostener su gloria, que era grande, y se mostraron iguales á ella. Aureliano, indignado de que una mujer le disputase el imperio, acometió con furor. Zenobia, alentando sus tropas con su presencia, admiraba á sus enemigos por su valor, y les hacia olvidar su secso. Al principio la fortuna le fué favorable: su caballería derrotó á la de Aureliano; pero demasiado ardiente en seguir el alcance, desguarneció los flancos de la infantería siria. Las lejiones, aprovechándose de este yerro, penetraron en las filas palmirenas: en vano Zabdas y Zenobia, peleando como soldados, intentaron retardar la derrota: las tropas asiáticas nunca resistieron con buen écsito á los belicosos soldados de Europa. La reina vencida perdió la mayor parte de sus tropas, y se encerró en Palmira.

El emperador, adicto desde su infancia al culto del sol, atribuyó la victoria á la proteccion de este dios: le ofreció sacrificios en Emesa, y el ídolo del infame Heliogábalo recibió inciensos de Aureliano.

La severidad con que habia castigado en Roma, difundia en Asia el terror de su nombre. Su dulzura sorprendió mas, por menos esperada. La política triunfó de la inclinacion, y no

e ensangrentó con los partidarios de Zenobia en Antioquía, sino atribuyó su defeccion á la necesidad. De este modo afirmó su poder con la clemencia.

Habiendo debido el triunfo á su rapidez, no quiso dejar á la reina de Oriente tiempo para reacerse de su pérdida, y reunir nuevas fuerzas. Persiguióla pues sin intermision; pero su marcha fué retardada frecuentemente por los árabes beduinos, igualmente prontos para el ataque y la defensa. Costeábanle sin cesar, cojian sus destacamentos, le quitaban los víveres, le robaban los bagajes, y desaparecian antes de que pudiese reunir sus fuerzas para escarmentarlos.

Sitio de Aureliano a Palmira. —Aureliano, infatigable, continuó su camino peleando cada dia con nuevos enjambres de bárbaros, y á pesar de los ostáculos que le oponia su número, el calor del clima, la aridez de los desiertos, y la dificultad de adquirir víveres, llegó al pie de los muros de Palmira, y la sitió. Esta ciudad, cuyo nombre Oriental es Tadmor, fué edificada en un terreno fértil, que se halla en el desierto de Siria, como una isla de árboles y flores enmedio de un mar de arena, como ya hemos dicho en la parte histórica de la Siria. Trajano, cuya ambicion no podia ser contenida sino por los límites del mundo, sometió este pais. Odenato, al frente de los sarracenos, lo recuperó y ennobleció: Zenobia llevó al mas alto grado su gloria y sus calamidades.

Palmira, capital del Oriente por las conquistas de su reina, compitió un momento con Roma, y pagó caro este esplendor efímero, á costa de la prosperidad de muchos siglos. Pocos meses bastaron para reducir su grandeza ilusoria á solo un nombre y ruinas.

Esta ciudad, último asilo de Zenobia, resistió por mucho tiempo á los señores del mundo. La reina inspiraba á los habitantes un valor ostinado. En los primeros ataques fué herido el emperador de una flecha; entonces escribia al senado: «El pue»blo de Roma habla con despre»cio de la guerra que hago á una »mujer, porque no conoce el »carácter ni el talento de Zeno»bia. Los recursos que ha junta»do para defenderse son inmen»sos: Palmira no es mas que un »arsenal de espadas, dardos, pie»dras y armas de toda especie. »Sus murallas estan guarnecidas »de balistas y catapultas: otras

»máquinas arrojan contínuamen»te fuego sobre nosotros. La de»sesperacion de Zenobia aumen»ta el valor de todos; y si espero »triunfar, es solo por la protec»cion de los dioses tutelares de »Roma, que hasta aora han fa»vorecido nuestras armas.»

Proposicion de paz de Aureliano a Zenobia.— Mas parece que Aureliano no confiaba de todo punto en esta proteccion; pues incierto del triunfo, abrió negociaciones y ofreció á la reina de Palmira una paz onrosa, si se sometia y abandonaba sus pretensiones al imperio. Proponíale un retiro pacífico é independiente, y á los palmirenos la conservacion de sus privilejios.

La altiva Zenobia le respondió así: «Zenobia, reina de O»riente, á Aureliano Augusto. »No con escritos sino con las »armas has de lograr la sumi»sion que ecsijes. No olvides que »Cleopatra prefirió la muerte á »la servidumbre. Los sarrace»nos, persas y armenios mar»chan en mi socorro: ¿qué harás »contra sus fuerzas y las mias, »cuando los ladrones árabes te »han asustado mas de una vez? »En viéndome marchar contra »tí al frente de mis tropas y alia»dos, dejarás de enviarme órde»nes tan insolentes como si fue»ses mi vencedor y dueño.»

Huida y cautiverio de Zenobia.— Esta respuesta quitó al emperador toda esperanza de persuadir á la reina la capitulacion, y estrechó el sitio: mas no pudo triunfar con la fuerza del valor de la guarnicion. Informado de que los persas llegaban, les salió al encuentro, y los derrotó en batalla campal: sus tesoros, prodigados con oportunidad, sedujeron á los sarracenos y armenios, y los atrajeron á su partido. Palmira, privada de socorro, se defendió aun largo tiempo; pero una ambre espantosa dió fin á la resistencia de Zenobia. No esperando ya defender su capital, quiso por lo menos libertarse del cautiverio. Montada en un camello muy lijero, que llevaba además sus pedrerías, y favorecida por la oscuridad de la noche, engañó la vijilancia de los puestos romanos, y llegó al Eufrates para buscar asilo en Persia; pero Aureliano, informado de su fuga, la hizo seguir por un cuerpo de caballería que la alcanzó en el momento de embarcarse para pasar el rio. Cuando la ilustre cautiva fué presentada á su vencedor, le afeó éste haber insultado con tanta temeridad el poder de los emperadores roma-

nos. «A tí, le dijo ella, te reco»nozco por augusto; pero Galie»no y sus iguales no me han pa»recido dignos del trono que de»jaban arruinarse y que yo he »sostenido.»

TOMA DE PALMIRA.—Aureliano, dueño de Palmira, que imploró su clemencia, concedió la vida á los habitantes, pero los despojó de sus bienes. Pasó á Emesa, y sometió al juicio de un tribunal la conducta de Zenobia y de sus partidarios. Los soldados romanos pedian con furor la muerte de la reina. Zozimo dice, que Zenobia, cediendo entonces al esceso de su infortunio, y desmintiendo la firmeza anterior, compró la vida con una infámia, echó la culpa á sus ministros de los yerros de su ambicion, y entregó á Lonjino á la muerte, acusándole de haber escrito la carta ya citada, cuyo lenguaje altanero irritó á Aureliano. Vopisco cree con mas probabilidad, que la reina debió su vida á la jenerosidad del emperador, el cual resistió á los clamores de sus soldados teniendo por indecoroso mancillar su victoria con la sangre de una mujer vencida. Lo cierto es, que Lonjino pereció, y que Zenobia, perdiendo con el trono su carácter, no sostuvo la firmeza de sus resoluciones, y fué ornamento del triunfo de Aureliano. Su hijo Vaballath la acompañó en el cautiverio: los otros dos murieron, no se sabe si de muerte natural ó violenta.

Cuando el emperador llegó á Antioquía, supo que los palmirenos, sublevados por un pariente de Zenobia, tomaban de nuevo las armas. Obligado á vencerlos otra vez, se entregó á toda la violencia de su carácter; y habiendo tomado por asalto aquella infeliz ciudad, hizo pasar á cuchillo todos los habitantes, sin perdonar á niños ni á ancianos.

Firmo, partidario de Zenobia, que habia adquirido en Ejipto grandes riquezas por el comercio, acababa de escitar los ejipcios á la rebelion levantando tropas, y tomando el título de augusto. Aureliano marchó contra él, le venció, le sitió en Alejandría, le hizo prisionero, y mandó matarle con orribles tormentos. La carta que escribió al senado para informarle de esta victoria, prueba hasta qué punto el pueblo romano, sumerjido en la molicie, habia decaido de su gloria y dignidad. «Padres conscriptos, decia: yo li»bertaré á Roma de toda inquie»tud: entreteneos con juegos,

»espectáculos, carreras y com»bates del circo. El interés pú»blico es mi ocupacion: los pla»ceres la vuestra.»

ABDICACION DE TETRICO.—Dueño del Oriente, solo le restaba someter á Tétrico, que por muchos años gobernaba las Galias, la Britannia y la España. Esta guerra contra pueblos mas belicosos que los asiáticos, era mas peligrosa y difícil; pero la fortuna, que secundaba su habilidad, le libró prontamente de un competidor formidable. Tétrico habia obtenido la púrpura, y estaba disgustado de ella: el carácter inconstante de los galos, sus alborotos y conspiraciones frecuentes, las invasiones de los bárbaros, que se renovaban cada año, las fatigas de la guerra y los cuidados del trono, le obligaban á echar menos la dulzura de la vida privada. Mirando á Aureliano mas bien como á libertador que como á rival, le escribió rogándole que rompiese las brillantes cadenas con las cuales estaba atado á un trono que aborrecia. Deseaba en efecto evitar las desgracias de una guerra civil, y restituir al imperio con su abdicacion la paz, la unidad y la fuerza; pero los grandes, los pueblos y las lejiones no consintieron en ello, y le obligaron á reinar y á pelear contra su voluntad.

Despues de algunos reencuentros con suceso vario, los dos ejércitos se hallaron uno enfrente de otro en las llanuras cataláunicas (*Chalons-sur-Marne*). Habiendo hecho Tétrico vanos esfuerzos para determinar á los suyos á un convenio, los abandonó la noche antes de la accion, y huyendo la grandeza con mas ánsia que la habia solicitado, fué á rendirse á Aureliano, y á entregarle el poder que sostuvo con demasiada gloria, para que al dejarlo se le pudiese acusar de cobardía.

Su fuga no alteró en nada la tenaz resolucion de sus tropas. Los galos, con la esperanza de hacerse independientes de Roma, pelearon con la mayor desesperacion; pero Aureliano triunfó de su resistencia, y los obligó á someterse. Los britanos y españoles depusieron las armas, y el emperador, conquistado el Oriente y pacificado el Occidente, entró triunfante en Roma.

SU ENTRADA TRIUNFANTE. — Adornaban su triunfo cautivos bactrianos, sarracenos, godos, alanos, francos, vándalos y persas. Veíanse los carros de Sapor, de Odenato y del rey de los godos. El de Aureliano era tira-

do por cuatro ciervos. Tétrico y su hijo, revestidos de ornamentos imperiales, le seguian á pie. Pero la vista de todos se dirijia con admiracion y lástima á la ilustre y desgraciada Zenobia. Llevaba diadema en su cabeza: las manos atadas con una cadena de oro: muchos esclavos sostenian su vestido tan cargado de pedrerías, que apenas le era posible andar. Despues de haber sufrido este tormento, mas cruel que la muerte para una reina, se retiró á una posesion de Italia que el emperador le dió. Mas adelante vivió en Roma como una matrona; y aun hay quien dice que casó con un senador. San Jerónimo, que floreció mas de un siglo despues, conoció á sus descendientes. Su hijo Vaballath obtuvo un principado en Armenia. Aureliano confió á Tétrico una provincia de Italia, y le dijo un dia riéndose: «Compañero, ¿no es mejor mandar en una ciudad cercana á Roma que ser emperador en las Galias?»

Vencedor de sus rivales y de los bárbaros, restaurador del imperio, cuyos miembros disueltos habia juntado; siempre activo en las batallas, se dedicó á correjir la lentitud de los juicios, castigar á los concusionarios y reprimir el escándalo de las costumbres públicas. Los monederos falsos eran entonces tan numerosos, que perseguidos por el emperador, formaron un cuerpo de ejército con sus ajentes y cómplices, y bajo las órdenes de Felicísimo, su jefe, opusieron tal resistencia, que costó la vida á mas de mil soldados su derrota y castigo.

Aureliano, adicto al culto supersticioso de los ídolos, persiguió á los cristianos.

Al principio de su reinado se celebraba la templanza y sencillez de sus costumbres: su palacio no tenia mas fausto que su campamento; pero despues de sus conquistas, embriagado por el orgullo, y subyugado por los placeres del Oriente, que han pervertido á tantos héroes, ostentó en Roma un lujo asiático; y burlándose de las antiguas preocupaciones del pueblo romano, fué el primero que ciñó de diadema su frente. Su justicia inspiraba respeto, sus talentos estimacion, y su severidad temor. Admirábanle, mas no le amaban; y no tardó en esperimentar, que *el amor de los pueblos defiende mejor la vida de los príncipes que las espadas de sus guardias.*

MUERTE DE AURELIANO.—Un

nuevo armamento de los persas le obligó á marchar contra ellos. Al llegar á Tracia supo que su liberto Mnesteo, abusando de su confianza, habia cometido esceses reprensibles. Irritado contra él, le amenazó con el castigo merecido. Mnesteo conocia demasiado al emperador para ignorar que sus golpes no se tardaban mucho despues del amago, y determinó matarle para salvarse. Falseó su firma, la puso bajo una lista de proscricion, en la cual incluyó á los primeros oficiales del ejército, y la mostró á ellos. Conspiraron contra el príncipe, se aprovecharon de un momento en que pasaba junto á Bizancio con poca guardia, y lo asesinaron á los sesenta y tres años de su edad y cinco de su reinado. Político hábil, soldado intrépido, gran capitan, administrador rijido, fué mas digno de elojio que de afecto. Los autores satíricos de su tiempo decian que no se podia haber elejido mejor médico para curar los males del imperio; pero que recetaba con demasiada frecuencia la sangría.

En un siglo de corrupcion, y enmedio de las calamidades de la anarquía militar, acaso no era posible contener sino por el miedo á tantos ambiciosos que se burlaban de la virtud y de las leyes.

Rigoroso para los grandes, fué suave y clemente para el pueblo, satisfizo con jenerosidad sus necesidades, y además de las distribuciones acostumbradas de trigo y de dinero, hizo frecuentemente otras de vino, carne y jéneros para vestir. «El »pueblo, decia, bien alimentado »y bien vestido, está mas alegre »y es mas fácil de gobernar.»

Sus beneficios se estendieron á las provincias, reparó sus pérdidas, y embelleció sus ciudades: fundó á Divioduno, hoy Dijon: levantó las murallas de la antigua Jenabo, y le dió su nombre conservado hasta el dia en el de Orleans. El defecto del orgullo no ha podido borrar la gloria de un hombre que salvó su patria. Trastornado el imperio era despedazado por treinta tiranos; los bárbaros saqueaban y asolaban sus provincias; pero se presentó Aureliano y reuniendo el coloso romano sus miembros esparcidos, volvió á erijirse sobre su base antigua espantando todavia al universo, asombrado de su grandeza y de su fuerza.

CAPITULO XXXIII.

TÁCITO, PROBO, CARO CARINO, NUMERIANO Y DIOCLECIANO, EMPERADORES.

Eleccion de Tácito por el senado. — Su gobierno. — Muerte de Tácito. — Probo es proclamado emperador por el ejército. — Su orijen, su vida pública y privada. — Deferencia de Probo al senado. — Sus victorias en las Galias y en Iliria. — Paz entre Probo y Varranes II, rey de los persas. — Muerte de Probo. — Eleccion de Caro. — Victorias y muerte de Caro. — Division del trono entre Carino y Numeriano. — Eleccion de Diocleciano. — Desórdenes de Carino en Roma. — Muerte de Sabino Juliano. — Victoria y muerte de Carino. — Orijen y vida militar de Diocleciano. — Su retrato. — Asociacion de Macsimiano al imperio. — Guerra en las Galias. — Victorias de Macsimiano. — Victorias de Diocleciano. — Repartimiento del imperio entre cuatro emperadores. — Asociacion de Galerio y de Constancio Cloro al imperio. — Dominacion de Diocleciano. — Cambio en el estado. — Victoria de Constancio. — Conquista de la Britannia por Constancio. — Felicidad bajo el reinado de Constancio. — Tiranía de Macsimiano. — Victorias de Diocleciano. — Derrota de Galerio. — Ambicion de Galerio. — Persecucion del cristianismo. — Vuelta y triunfo de Diocleciano. — Su enfermedad y su abdicacion. — Retirada de Diocleciano á Dalmacia. — Cuadro del imperio bajo su reinado.

TACITO.

(Año de Roma 1028. — De Jesucristo 275.)

Consumado el crímen, la traicion de Mnesteo no tardó en descubrirse, y el ejército enfurecido le entregó á las fieras. La muerte de Aureliano desarmó la envidia, se olvidaron sus rigores para acordarse solo de su heroismo. Los soldados, que tantas veces guió á la victoria, le erijieron un túmulo y un templo en el mismo sitio donde habia perecido. El pueblo lloró su pérdida: el senado, que le temblaba en el trono, le puso con alegría en el número de los dioses.

Desde la caida de la república, los ejércitos disputaron siempre al senado y al pueblo el derecho

de disponer del trono; pero en esta ocasion la disputa fué muy al contrario; porque todos temian la discordia civil y la anarquía militar. Todos los jefes del ejército convinieron unánimemente en dejar al senado el nombramiento del nuevo emperador; y el senado, convencido de que el cetro es un onor ilusorio si no está sostenido por la fuerza, temió hacer una eleccion desagradable á las tropas, y pidió al ejército que diese un príncipe al imperio. Esta mútua deferencia se prolongó ocho meses, y lo que es aun mas singular, en este interregno no hubo ningun desórden que turbase la paz jeneral, como si la terrible sombra de Aureliano mantuviese el órden, enfrenase las facciones y ecsijiese la sumision desde el sepulcro.

En fin, el cónsul Cornificio Gordiano representó á los senadores que no podia quedar mas tiempo sin jefe un imperio tan vasto, estando amenazadas por los bárbaros todas las fronteras, y nombraron unánimemente á Tácito, varon consular y anciano respetable. Habíase distinguido en su juventud por su valor, y por su prudencia en su edad madura: su carácter era dulce, grave y benigno: su espíritu ilustrado y modesto: sus costumbres sencillas y puras. Rehusó mucho tiempo el gravámen del imperio que querian imponerle. «Padres conscriptos, decia: »temed, al elejir un anciano causar desgracias al imperio, y á mí »un fin trájico que he podido evitar hasta el presente ó por mi »fortuna, ó por mi prudencia.» — «La eleccion del senado, le respondió Mecio Falconio, prueba »su sabiduría. Hemos elejido un »emperador cuya edad nos asegura que gobernará como padre. »Su esperiencia evitará las medidas violentas é inconsideradas; y estamos seguros, ó Tácito, de que arreglarás tu conducta por lo que habrias aconsejado á los príncipes bajo cuyo »imperio has vivido. Acuérdate »que Severo decia: *no son los pies »los que mandan, sino la cabeza*: »tenemos necesidad no de tu »cuerpo, sino de tu alma. Reina, »pues; mas te aconsejo que no »des á tus hijos el título de césar: sean herederos de tu patrimonio, no del imperio. No »dispongas del senado y pueblo »romano como de tus esclavos y »posesiones. Imita á Nerva, á »Trajano, á Adriano: elije y adopta un sucesor digno de tí y de »nosotros: prefiere los intereses »del estado á los de tu familia.»

Tácito se sometió y aceptó la corona. Elio, prefecto del pretorio, le condujo al campo de Marte, donde los pretorianos y el pueblo estaban reunidos. «Ciudadanos y soldados, dijo: el senado os propone por emperador al ilustre Tácito: despues de habernos ilustrado con sus consejos, va á gobernarnos con sus leyes.» El emperador probó su reconocimiento al senado restituyéndole su dignidad y las atribuciones que Augusto le habia dejado con el derecho de hacer la paz y la guerra, de recibir embajadas y de nombrar los gobernadores de la mayor parte de las provincias.

El senado, demasiado orgulloso por este triunfo precario, manifestó imprudentemente la alegría que le causaba una revolucion mas brillante que sólida; y escribió lo siguiente á los senados de Cartago, Treviros, Antioquía, Mediolano, Corinto y Atenas: «Esta mudanza anuncia otra favorable para vosotros; porque si queremos recobrar los antiguos derechos, es para restituiros y sostener los vuestros.»

Mas esta retrogradacion á los principios republicanos duró poco. Las costumbres públicas no la sostenian; ni tuvo mas orijen que la moderacion de los jefes del ejército, cuya ambicion no podia adormecerse por mucho tiempo.

Su gobierno.—Tácito, en los pocos meses que reinó, justificó las esperanzas que habia dado y las promesas que habia hecho. Oyó los consejos del senado, puso en órden la confusion de las leyes, mantuvo la justicia sin rigor ni debilidad, castigó á los monederos falsos, destruyó las casas públicas de prostitucion, reprimió los escesos del lujo; y en lugar de enriquecerse con los caudales públicos, dió al erario cinco millones de su propio dinero. Solicitó el consulado para su hermano Floriano; y cuando supo que los senadores le habian negado los votos, dijo con serenidad: «Eso me prueba que los senadores conocen bien al príncipe que han elejido.»

Los scitas y godos, volviendo á sus incursiones, ocuparon el Ponto, la Cilicia y la Capadocia. Tácito, consultando mas á su obligacion que á su edad, salió de Roma y se puso al frente del ejército, el cual confirmó la eleccion del senado, no tanto por onor al príncipe como para recordar sus propias pretensiones. El emperador atacó á los bárbaros, los venció en muchos reencuentros, y los echó de Asia. In-

duljente con las debilidades, é inflecsible para el crímen, castigó con el último suplicio á los cómplices en la muerte de Aureliano.

Muerte de Tacito.—Confiando el gobierno de Siria á uno de sus parientes llamado Macsimino, este hombre ambicioso y avariento, en vez de justificar la eleccion con su conducta, se hizo tan odioso al pueblo y á las tropas, que lo mataron en una sedicion: Tácito quiso castigar á los delincuentes: su severidad desagradó á muchos oficiales, que conspiraron contra él, y le dieron de puñaladas en Tiana, á los cincuenta y seis años de su edad, y seis meses de reinado.

Este príncipe que gobernó segun las leyes, no hubiera temido el juicio severo del historiador del mismo nombre, del cual se gloriaba descender, y cuyas obras hizo copiar para ponerlas en todas las bibliotecas del imperio. Amante de las letras, las protejió y cultivó. Ningun acto arbitrario mancilló su virtud: respetó la autoridad del senado y la libertad del pueblo; y si Aureliano levantó el imperio caido, se puede decir que Tacito resucitó por algunos momentos la república.

PROBO.

(Año de Roma 1029.—De Jesucristo 276.)

Probo es proclamado emperador por el ejercito.—Despues de la muerte de Tácito se vió que la moderacion de los ejércitos, producida por el cansancio de las discordias civiles, era solo momentánea. Los principales oficiales de las tropas que habia en Capadocia, se convinieron entre sí, reunieron las lejiones, y les representaron la necesidad de elejir un emperador digno de reunir los votos de todos por su valor, justicia, esperiencia y *probidad*. Apenas los soldados oyeron la palabra *probidad*, gritaron todos: *Queremos á Probo por emperador*. Esta aclamacion unánime fué á un mismo tiempo su elojio y el aplauso de su elevacion.

Probo, entonces de cuarenta y cuatro años de edad, habia nacido de una familia oscura en Pannonia. Su padre era labrador, y el hijo empleó su primera juventud en cultivar la tierra que la suerte le destinaba á gobernar. Arrancado de esta vida pacífica por las leyes militares, debió los ascensos á su valor. Forzaba los atrincheramientos

enemigos, subia el primero á las murallas en los asaltos, derribaba con su espada á los contrarios mas insignes por su valor y fuerza. En un combate libertó de las manos de los bárbaros á Valerio Flaco, su jeneral, pariente de Valeriano. Dió muerte en singular batalla á Aradion, célebre en el Africa por su intrepidez, y onró al vencido erijiéndole un monumento. Por estas azañas adquirió el renombre de *el romano mas valiente*.

Coronas cívicas, brazaletes, collares de oro, nobles premios de su valor, fueron muchos años su única riqueza: reusaba su parte de botin, y sus compañeros tuvieron casi que usar de violencia para hacerle aceptar un soberbio caballo que habia cojido al rey de los alanos.

Valeriano, cuyo talento principal consistia en discernir el mérito y ensalzarlo, le dió el grado de tribuno, y le escribió esta carta onorífica: «Aunque te »doy el premio debido á tus ser»vicios y acciones, eres tan pron»to en merecer, como lento yo en »premiar.»

Sus talentos, firmeza, é incorruptible justicia obligaron aun al mismo Galieno á tenerle miramiento y cierta especie de respeto. Aureliano le concedió su confianza, le destinó á empleos importantes, y previó su elevacion futura escribiéndole este billete: «Recibe en señal de mi »aprecio el mando de la décima »lejion, que en otro tiempo me »confió Claudio. Este cuerpo es »feliz: parece que su hado es te»ner por jefes á los que despues »han de ser emperadores.»

En fin, cuando el virtuoso y modesto Tácito reusaba la corona, propuso al senado que la confiase al vigor y á la rectitud de Probo. Los ambiciosos sin talento no ven mas que las ventajas y goces del poder supremo: Probo solo conocia sus deberes, penas y peligros; por lo cual, en vez de dar gracias al ejército por su eleccion, intentó reusar el imperio. «Soldados, les dijo: mi»rad lo que vais á hacer. Si es»perais en mí un jefe que favo»rezca vuestras pasiones, auto»rice la licencia, y permita la o»ciosidad, os engañais. Pesad ma»duramente mis palabras. Si in»sistís en quererme por empe»rador, os declaro que seré in»flecsible contra los vicios y de»litos; que os ocuparé constan»temente en pelear ó en traba»jar; y en fin, que sabré resti»tuir su vigor á la antigua disci»plina.»

La austeridad de sus palabras

no mudó la opinion, y con gritos unánimes le obligaron á aceptar la dignidad suprema.

Al mismo tiempo otro ejército enviado contra los godos, y acampado cerca de Bizancio, elijió por emperador á su jeneral Floriano, hermano de Tácito, y su nombramiento fué confirmado en Roma por el senado y el pueblo. Floriano, ocupado de sus intereses mas que del bien del estado, concluyó una paz desventajosa con los godos, dándoles dinero porque se retirasen, y marchó contra Probo. Despues de algunas acciones poco importantes, los soldados de Floriano se rebelaron y le dieron muerte.

Probo, libre de este rival, escribió al senado, reconoció su autoridad y sus derechos, le aseguró que no habia tomado la púrpura sino forzado, y que se someteria respetuosamente al emperador que nombrasen los senadores. Esta modesta deferencia les causó mayor satisfaccion, porque así parecia que daban lo que no podian negar: el cónsul Manlio Emilio fué universalmente aplaudido cuando propuso que se confirmase la eleccion del ejército, y redactó el decreto en estos términos: «El senado espera que Probo gobernará la república del mismo modo que la ha servido.»

El emperador llevó todavia mas lejos que Tácito su respeto á la primera corporacion del imperio: le abandonó sin restriccion toda la administracion, reservándose solo el mando de los ejércitos, y aun sometió á la revision del senado las sentencias y decisiones dadas por los duques (*duces*), que eran los comandantes militares de las provincias.

Señaló el principio de su reinado con dos actos, uno de justicia, y otro de jenerosidad: envió al suplicio á los homicidas de Tácito, y concedió completa amnistía á los partidarios de Floriano.

Sus victorias en las Galias y en Iliria.—Mas atento á cumplir los deberes del trono que á gozar en Roma de su esplendor, llevó el ejército á la Galia. Los pueblos confederados del norte jermánico, conocidos con los nombres de francos, vándalos y burgundiones, despues de talar una parte de la Céltica, intentaban establecerse en esta provincia. Probo, tan rápido como César, los atacó y venció sucesivamente, recobró setenta ciudades, ganó tres batallas campales, y habiéndolos arrojado mas allá

del Rin, y muerto mas de cuatrocientos mil hombres, los persiguió en Jermania, entregó su pais al pillaje, les quitó el fruto de sus rapiñas, castigó sus bárbaros escesos, poniendo en precio sus cabezas, y los obligó á deponer las armas y someterse. «Padres conscriptos, escribió al »senado: solo hemos dejado á »los vencidos un suelo yermo y »destruido. Sus riquezas son »nuestras: sus bueyes nos la»bran las tierras: sus rebaños a»limentan á las lejiones: sus »criaderos remontan nuestra ca»ballería, y nuestros graneros »están llenos de sus trigos. Los »dioses se han dignado con»firmar el juicio que hicísteis »de mí: nueve reyes se han pros»ternado á mis pies, ó por me»jor decir á los vuestros. La Ga»lia está libre, la Jermania sub»yugada: ordenad pues solem»nes acciones de gracias á las »deidades.»

El reconocimiento de las ciudades galas, libertadas por su valor, le ofreció un gran número de coronas de oro; y él las envió al senado, y las consagró á Júpiter. Vuelto á Roma, llenó los deberes del consulado con la atencion, justicia y sencillez de un antiguo romano. Al año siguiente marchó á Iliria, provincia que devastaban los sármatas, y los venció y arrojó del pais. El terror de su nombre hizo huir á los godos de la Tracia, antes que los acometiese.

La victoria seguia sus banderas. Los belicosos isauros, habitantes de las montañas de Cilicia, le opusieron mas resistencia. En otro tiempo habian dado materia para los triunfos de Servilio y del gran Pompeyo, despues de haber hecho temblar á Roma con sus armadas. Aprovechándose de los desórdenes del imperio, recobraron su antigua independencia y osadía, talaron la Panfilia y la Lidia, y recorrieron la tierra como ladrones, y el mar como piratas. Probo triunfó de ellos, mató á Lidio su jefe, los persiguió hasta sus cavernas, y los obligó con su ostinada persecucion á entregarle sus fortalezas y á someterse.

Los blemmies, pueblo etiópico, desconocido hasta entonces, esparcian el terror en Ejipto, y se habian apoderado de Coftos y Ptolemaida, ciudades del territorio de Tebas. Fueron subyugados por los jenerales de Probo.

Faltaba á la gloria del emperador abatir el orgullo de los persas, eternos enemigos de Ro-

ma, y que aun conservaban la Armenia. Probo marchó contra ellos al frente de su ejército. El rey Varranes II le envió una embajada, esperando templarle con sus presentes, é imponerle con el aparato de su poder.

Los embajadores hallaron á Probo sentado en la yerba, vestido de una casaca sencilla y cubierta la cabeza con un gorro de lana. Una menestra de guisantes y algunos trozos de carne salada eran los platos de su mesa frugal, y convidó á los orgullosos sátrapas á esta miserable comida. Si la sencillez del jefe romano los sorprendió, la altanería amenazadora de sus palabras los hizo temblar. «Decid á vues»tro amo, les dijo, quitándose »el gorro y presentando una fren»te del todo calva, que si no re»para todos los agravios y nos »restituye cuanto ha tomado, de»jaré su reino tan raso como está »mi cabeza. No quiero vuestros »regalos: esa pequeña parte de »vuestras riquezas nos es inútil. »Seremos dueños de todas cuan»do queramos.»

Paz entre Probo y Varranes II. — (279) Varranes, espantado de la relacion de sus embajadores, vino en persona á conferenciar con Probo y concluyó la paz sometiéndose á todas las condiciones que se le prescribieron.

Pacificado el Oriente, quiso el emperador volver á poblar la Macedonia, la Tracia y el Ponto, devastadas sucesivamente por los alanos, sarracenos y godos, y aun por los romanos, y envió colonias á aquellos paises, compuestas de prisioneros francos borgoñones, vándalos y bastarnas. Esperaba servirse útilmente de estos bárbaros, alejándolos de su patria y diseminándolos en los ejércitos y provincias. «Valgámonos de ellos, decia, sin »que lo conozcan.»

Todos le obedecieron: solamente los francos engañaron sus esperanzas con un atrevimiento que pareceria increible, si la historia posterior de este pueblo no mostrase que estaba destinado á recorrer el mundo, á vencerlo y á perder lo conquistado.

Esta tropa temeraria formaba una colonia en el Ponto: reúnese, toma las armas, atraviesa el Bósforo, entra en el mar Ejéo, tala las costas de Asia y de Grecia, desembarca en Sicilia, saquea á Siracusa, sufre una derrota cerca de Cartago, en la cual pierde la mitad de sus fuerzas sin perder su valor, pasa el estrecho, adquiere subsistencias en todas partes á fuerza de ar-

mas, costea la España y la Galia, entra en el Rin, y cargada de botin y de gloria vuelve á ver el suelo natal. Esta Odisea de los primeros franceses hubiera merecido un Homero.

SUBLEVACIONES DE SATURNINO, BONOSO Y PRÓCULO. —(280) Probo podia paliar los males del estado, pero no curarlos, como no se cura la decrepitud. El imperio romano, minado por la riqueza, la corrupcion y los vicios, se abria y desplomaba por todas partes, á pesar de los esfuerzos de algunos grandes hombres que sostenian, como puntales, muy difícilmente el techo de este antiguo y colosal edificio. Las lejiones que se hallaban en Ejipto, cansadas de un jefe que comprimia la licencia y conservaba el órden, se rebelaron y elijieron por emperador á Saturnino, su jeneral. En vano reusó este onor peligroso, y respondió á las aclamaciones estas solas palabras: «Creais inú»tilmente un emperador, y pri»vais á la república de un jene»ral útil.» El ejército insistió en nombrarle, y Saturnino huyendo del trono, buscó un asilo en Fenicia. Los rebeldes le persiguieron allí, y le obligaron á reinar. Probo le ofreció el perdon si se sometia, y él deseaba hacerlo; pero sus tropas no consintieron en ello, y le forzaron á pelear. Fué vencido y muerto cerca de Apamea, y el emperador sintió mucho su pérdida.

Otra rebelion hubo en la Galia y Jermania, donde Bonoso y Próculo vistieron la púrpura imperial. El primero no tenia mas mérito para los soldados que beber con esceso: el otro habia nacido entre los francos, se jactaba de ser igual á Hércules, y solo le imitaba en la inconstancia de su disolucion. Entrambos fueron vencidos. Bonoso se aorcó de un árbol, y Probo le compuso este epitafio satírico: *Aquí pende un cuero, y no un hombre.*

Los jermanos mismos entregaron á Próculo, y fué enviado al suplicio. Los bárbaros, aprovechándose de esta guerra, se rebelaron en Tracia: Probo los venció y dispersó, y volvió á Roma á gozar del triunfo merecido.

Este gran príncipe creia con razon que la ociosidad era la fuente de casi todos los desórdenes del imperio; y así, durante la paz, ocupó los soldados en grandes obras, abrió canales, reparó caminos, é hizo plantar en Pannonia, España y Galia viñas, cuyo cultivo habia estado proibido hasta entonces en

aquellos paises. Los vinos famosos que alimentan hoy el lujo de los Apicios modernos, deben su orijen al mas frugal de los emperadores romanos.

Muerte de probo. — Varranes, rey de Persia, débil al aspecto del peligro, recobró su audácia cuando estuvo lejos, y amenazó de nuevo la Armenia. El emperador salió de Roma con intencion de combatirle; y al llegar á Pannonia, quiso en obsequio de su patria, que los soldados secasen las lagunas, cuyo aire mal sano infestaba las cercanías de Sirmio. Hasta entonces su severidad, infundiendo respeto, habia mantenido su poder; pero en aquella ocasion, llevándola quizá al estremo, fatigó y sublevó las tropas. El castigo irritó los ánimos: una sedicion estalló, y algunos de los facciosos ciegos de rabia, mataron á puñaladas á este gran príncipe que les habia restituido su gloria. Murió á los cincuenta años de edad, y seis de reinado.

No tardó el ejército en llorar su pérdida. Consternado por el crímen cometido, erijió un monumento á su víctima con este epitafio: «Aquí yace el empera»dor Probo. Derribó á todos los »usurpadores, triunfó de todos »los bárbaros, y fué digno de »su nombre por su probidad.»

CARO.

(Año de Roma 1035.—De Jesucristo 282.)

Una de las cualidades que caracterizan á los grandes príncipes, es la sabiduría y habilidad de su eleccion: confian los puestos importantes, no á los aduladores sino á los que quieren el bien público, y son hombres de mérito reconocido. Probo, como Valeriano, colocó al frente de las lejiones guerreros de fama, de los cuales los mas notables, como Caro, Diocleciano, Macsimiano, Constancio y Galerio, ascendieron sucesivamente al imperio.

Eleccion de caro.—El ejército de Oriente elijió á Caro por emperador: este castigó á los omicidas de Probo, é informó al senado de su eleccion en una carta mas orgullosa que modesta: «Padres conscriptos, les de»cia: debeis aprobar una elec»cion que recae sobre un indi»viduo de vuestro órden. Mi »conducta probará que debe pre»ferirse el gobierno de un ro»mano al de un estranjero.»

Era Caro natural de Narvona, y merecia mas estimacion por

sus talentos que por su carácter. El senado dudó algun tiempo si confirmaria su eleccion, porque temia los vicios de Carino su hijo, jóven valiente, pero perverso y cruel, y tan vengativo, que dió la muerte á muchos de sus antiguos compañeros de estudios porque le habian ganado el premio en las escuelas públicas. Su hermano Numeriano se mostraba en contraposicion suya benigno, ilustrado, modesto y merecedor del trono. Los ejercicios militares, el foro, la elocuencia, el estudio de los antiguos escritores y la poesía fueron sus primeros juegos y sus únicas ocupaciones. Se comparaban sus versos á los de Nemesiano, el mas estimado de los poetas de aquella época; y sus triunfos en la tribuna habian sido tales, que el senado le decretó una estátua, cuya inscripcion le concedia la palma de la elocuencia.

Victorias y muerte de Caro. —Despues de algunos debates se conformaron los senadores con el nombramiento del ejército. Caro marchó contra los sármatas que habian penetrado en Pannonia, los venció con muerte de dieziseis mil, y les hizo veinte mil prisioneros. Volvió á Roma, y despues de una corta mansion en la capital, habiendo confiado á Carino el gobierno de las Galias y de España, pasó al Oriente á pelear con los persas, debilitados por sus discordias civiles. Sus triunfos fueron rápidos: tomó á Seleucia y Ctesifonte, y se apoderó de la Mesopotamia. El senado le concedió el nombre de *Pérsico*. El rey de los persas le envió una embajada para hacer la paz; y algunos historiadores le atribuyen la respuesta altanera y amenazadora que otros, á quienes hemos seguido, ponen en boca de su antecesor Probo.

Caro deseaba llevar adelante sus conquistas, y se preparaba á alejarse de las orillas del Tigris, despreciando un antiguo oráculo que proibia á los romanos pasar mas allá de Ctesifonte. Caro pereció en esta empresa herido de un rayo, y su muerte dió mas fuerza á la superstícion.

Una carta escrita al prefecto de Roma por Calpurnio, secretario del emperador, da á entender que Caro fué víctima, no del fuego celeste, sino de manos traidoras. «El emperador, dice, »estaba enfermo: levantóse re»pentinamente una tempestad »orrible con relámpagos tan con»tínuos y truenos tan fuertes, »que el terror jeneral, confun»diendo todo el ejército, cubrió

»de un velo impenetrable las »circunstancias de la catástrofe. »Cae un rayo, los esclavos gri»tan que ha muerto el empera»dor, y desesperados queman su »tienda. Dicen que el rayo le »hirió; pero es mas probable que »murió de su enfermedad.»

El vulgo creyó lo primero; mas su hijo Numeriano y el historiador Vopisco, atribuyeron su muerte á la ambicion de Aper, prefecto del pretorio, que lo asesinó con la esperanza de sucederle. El reinado de Caro duró siete meses, y no pudo dar á conocer ninguna otra cualidad de este príncipe sino el valor.

CARINO Y NUMERIANO.

(Año de Roma 1035.—De Jesucristo 282.)

PARTICION DEL TRONO ENTRE CARINO Y NUMERIANO.—Numeriano, á quien su padre habia dado el título de augusto, le sucedió, y dividió el trono con su hermano Carino. Enajenado por el dolor filial abandonó todo proyecto de conquista, concedió la paz á los persas, y se puso en marcha para Roma con el ejército. Este jóven, demasiado sensible, se entregó de tal modo á su pesar, que de las contínuas lágrimas segun la relacion de los historiadores, le resultó una inflamacion en la vista, de manera que no podia mirar la luz. El ejército, continuando su marcha, atravesó la Siria y el Asia menor: en el centro de las columnas iba Numeriano en una litera enteramente cerrada para que la luz no le ofendiese.

Arrio Aper, prefecto del pretorio y suegro suyo, mandaba las tropas. Este traidor, devorado de la sed de reinar, no podia ascender al trono sin cometer segundo crímen: dió de puñaladas por la noche á Numeriano, y tuvo oculta su muerte hasta que el hedor del cadáver descubrió el misterio de iniquidad. Apenas conocido el asesinato, lo fué tambien el asesino: Aper, de quien todos sospecharon, fué preso y encadenado, y el ejército, que aborrecia y despreciaba á Carino, se reunió para nombrar un emperador.

ELECCION DE DIOCLECIANO.—Todos los votos se reunieron en favor de Diocleciano, soldado valiente, aunque de familia humilde. Por solo su mérito habia ascendido al primer grado del ejército, que era el de comandante de uno de los cuerpos de la guardia. Diocleciano, saludado emperador por la aclamacion je-

neral, sube al tribunal que le estaba preparado, saca la espada, jura por los dioses que es inocente en la muerte de Numeriano, y dirijiendo sus miradas á Aper, dice: «Ese es el autor »del crímen.» A estas palabras baja de su silla, corre al traidor y le sepulta la espada en el seno, repitiendo las palabras que Virjilio pone en boca del héroe troyano, despues de la muerte de Lauso: «Consuélate: has perecido á manos del grande Eneas.»

Diocleciano, que siempre habia sido dueño de sí mismo, no cometió esta violencia sino por política, y para dar á su poder el apoyo de la supersticion, porque se sabia que en su juventud una druida gala le pronosticó que sería emperador cuando hubiese muerto á un jabalí. La palabra latina *Aper* es el nombre de este animal; y el nuevo césar, matando al asesino de Numeriano, afectó á un mismo tiempo castigar un crímen y cumplir un oráculo.

Desordenes de Carino en Roma.— Diocleciano estableció su corte en Nicomedia. Carino, dueño de Roma, renovaba en aquella ciudad todas las infamias de Calígula, Neron y Heliogábalo, proscribia á los senadores mas distinguidos, inmolaba á los majistrados, y elevaba á los empleos mas altos los viles cómplices de su crápula. Su palacio estaba lleno de histriones y cortesanas. En pocos dias se casó nueve veces. El valor fué la única prenda que le distinguió de los cobardes tiranos, cuyos pasos seguia, y solo era digno del trono cuando estaba en el campamento.

Muerte de Sabino Juliano.— Sabino Juliano fué proclamado emperador por algunas lejiones. Carino peleó con él cerca de Verona, y le mató con su propia mano. Sostuvo sus derechos vigorosamente contra Diocleciano, que atravesaba la Iliria para disputarle el imperio. Los dos ejércitos pelearon muchas veces en Pannonia con vario suceso, hasta que se dieron una batalla jeneral cerca de Margo, y del Monte de Oro, en la cual quedó la victoria por Carino. Con esto aumentó su orgullo, y cobró osadía para mayores escesos. Muchos oficiales, cuyas mujeres habia ultrajado, sublevaron las tropas contra él, y le asesinaron. Asi Carino compró la victoria con su valor, y la muerte con sus vicios. Murió el año 1036 de Roma, 283 de Jesucristo, habiendo reinado un año.

DIOCLECIANO Y MACSIMIANO.

(Año de Roma 1036. — De Jesucristo 283.)

Desde que Roma, renunciando á los verdaderos principios de su grandeza y poder, prodigó el título de ciudadano á los habitantes de los paises conquistados y mezcló su sangre con la de los estranjeros, recompensando el valor de los bárbaros que la servian con el consulado y el mando de los ejércitos, habian ascendido al trono imperial un árabe y un dácio. Ultimamente un esclavo dálmata llegó á ser el señor de los romanos; y fundando un nuevo estado, destruyó los últimos vestijios de la república, y desmembró con errada política el mismo imperio que su valor y su fortuna habian reunido bajo su poder.

Orijen y vida militar de Diocleciano. — Diocleciano nació en Dioclea, aldea de Dalmacia, hijo de un esclavo del senador Annulino. Su amo le dió libertad, y siguió la carrera de las armas, en la cual el valor y la suerte borran todas las desigualdades de la cuna. Su denuedo, prudencia, talento y habilidad le granjearon la estimacion de sus jefes. Recorrió con rapidez todos los grados, y obtuvo, en fin, un destino, en parte civil y en parte militar, de aquellos que en las monarquías dan grande influencia, concediendo á sus poseedores libre y frecuente entrada al gabinete del príncipe. Los emperadores, cansados mucho tiempo habia del espíritu sedicioso é inconstante de las cortes pretorias, las alejaban de palacio, escepto un corto número, y las incorporaban en las lejiones, confiando su seguridad á una nueva guardia compuesta de hombres adictos, que hacian esclusivamente el servicio en lo interior del palacio, con el nombre de *domésticos*, onroso en aquella época.

Orijen de los condes. — Eran sus comandantes personajes sumamente distinguidos que acompañaban siempre al emperador, segun la antigua costumbre, y que debian su elevacion á su lealtad.

Llamábanse *cómites*, esto es, compañeros del príncipe: nombre que dejeneró despues en el de *condes*. Estos ocupaban diferentes empleos en la corte, y cuando Numeriano murió, Diocleciano era *cómite de los domésticos*, esto es, coman-

dante de la guardia interior.

Su retrato. — La adulacion de los autores paganos y la aversion de los cristianos han ecsajerado igualmente las cualidades y defectos de este príncipe. Seria dificil formar de él una opinion justa, si se juzgara por esas historias escritas en el tono de la apolojía ó de la sátira. Debe, pues, juzgársele por los acontecimientos de su reinado, y por la conecsion y consecuencias de ellos, si se quiere tener alguna luz acerca de los verdaderos motivos de sus acciones, y no por la relacion de algunos historiadores dominados por el ciego espíritu de partido.

Diocleciano lo debió todo á sí mismo, y nada á su educacion. Sin letras, pero dotado de un espíritu perspicaz, de un jenio y de un carácter vigoroso á un tiempo y flecsible, hábil en penetrar los designios de los otros y en ocultar los suyos, no poseyó mas que una ciencia, la mas útil á los hombres de estado, cual es la del corazon humano; y desde que penetró bien á los hombres, supo gobernarlos.

Nunca tuvo mas objeto que su interés; y así, consolidó su poder á costa de la libertad y gloria de su patria. El talento de Diocleciano en concebir y ejecutar una empresa grande, pero injusta, le dió derechos incontestables para la celebridad, mas no para la verdadera gloria, reservada esclusivamente á los que fundan su grandeza en la virtud.

El ejército de Italia temia las venganzas de Diocleciano; mas él lo sorprendió con su clemencia. Concedió amnistía completa á todos los partidarios de Carino, dejó sus destinos á los majistrados nombrados por este príncipe, y aun empleó en su palacio à la mayor parte de los oficiales. Esta suavidad inesperada, é hija de la mas diestra política, le ganó todos los ánimos, é hizo que se le recibiese en Roma como si el senado y el pueblo le hubiesen elejido.

Asociacion de Macsimiano al imperio.—No menos admiracion causó otro acto del nuevo emperador. Se creia que un soldado de fortuna, elevado al trono y zeloso del poder supremo, queria ejercerlo sin division; pero Diocleciano nombró césar, y asoció al imperio á Macsimiano, su compatriota, natural de Pannonia, hijo de padres oscuros, valiente guerrero y capitan esperimentado; pero violento, grosero, brutal y feroz. Su adesion ilimitada al emperador fué su único título al supremo

mando; porque sus mismos defectos le hacian un instrumento útil para la política de Diocleciano. El primer repartimiento que se hizo entre ellos fué el del bien y del mal, cuya mezcla parece siempre necesaria á los que ejercen autoridad. Macsimiano se encargó de los rigores y los castigos, y Diocleciano de los beneficios y la clemencia. Aunque gobernaban siempre en comun, el nuevo césar inspeccionó con mas particularidad las provincias de Occidente, y Diocleciano las de Oriente. Entrambos recibieron el título de augustos: Diocleciano tomó el nombre de *Jovio*, y Macsimiano el de *Herculio*, dando á entender con estos nombres pomposos, que el uno era la cabeza que gobernaba el imperio, y el otro el brazo que ejecutaba sus voluntades.

Guerra con los vagabundos. — (285) Un gran número de enemigos esteriores é interiores amenazaban al imperio; el cual careciendo ya de la trabazon que produce la virtud, se defendia por su propia masa. Los francos y los jermanos se apoderaban de Batavia y de las riberas del Rin. Una gran parte de los paisanos de la Galia, sublevados contra el orgullo de los nobles y la crueldad de los perceptores romanos que los oprimian con tributos, se habian reunido y armado; y con el nombre de *vagabundos* saqueaban las ciudades, robaban las cajas públicas, asesinaban á los majistrados, aorcaban á los nobles, se burlaban de las lejiones, y se aumentaban con un gran número de aventureros romanos y bárbaros. Aliano y Amando, sus jefes, habian tomado el título de augustos. La fermentacion de los ánimos pronosticaba una sedicion en Britannia: los mauritanos, bajando de sus montañas, corrian y talaban el Africa. Aquileo, gobernador de Ejipto, sostenido por las lejiones de esta provincia, tomó el título de emperador: los etiopes devastaban la provincia de Tebas ó Tebaida: Varranes, rey de Persia, se apoderó de la Mesopotamia, y arrojó de Armenia á Tiridates, que debia el cetro á los romanos, príncipe tan digno de reinar por su heróico valor, como por el derecho de nacimiento.

Los godos y sármatas, atravesando el Danubio, volvieron á sus correrías y devastaciones. En fin, los jenerales encargados de defender las fronteras, aumentaban los peligros del imperio cuando eran batidos, y amenazaban la seguridad de los em-

peradores cuando sus victorias los alentaban para aspirar al poder supremo; porque en aquellos tiempos de anarquía militar cada espada victoriosa se convertia fácilmente en cetro. No siendo ya Roma el foco de sus propias fuerzas, ni el centro de la libertad del mundo, solo servia de lazo débil á las diferentes partes del imperio, cuyas riquezas devoraba inútilmente. Teatro del orgullo, del lujo, de la disolucion y de la licencia, conservaba aun algunos hábitos de igualdad y libertad, que hacian insoportable su mansion á unos tiranos como Diocleciano y Macsimiano; y así, no hicieron mas que presentarse en ella, y fijaron su residencia, el primero en Nicomedia, y el segundo en Mediolano, para observar mas de cerca las fronteras del Norte.

VICTORIAS DE MACSIMIANO CONTRA LOS BARBAROS DEL NORTE.—(287) Macsimiano venció, persiguió, y sometió á los vagabundos, envió al suplicio á Aliano y Amando, derrotó y destruyó completamente numerosos ejércitos alemanes que cometian en las Galias los mas orrorosos escesos. El mismo dia que tomó en Treviros posesion de su segundo consulado, sabiendo que una tropa de bárbaros penetraba en el pais, se arrojó sobre ellos, los espantó, pasó el Rin, taló una parte de la Jermania, y obligó á Jenobon y Attec, reyes francos, á pedirle la paz.

Al mismo tiempo otros cuerpos numerosos de francos y sajones, embarcados en buques lijeros, corrian los mares, y asolaban las costas de Galia y Britannia. Macsimiano les opuso una escuadra mandada por Carausio; pero este jeneral, poco fiel, se aplicó mas á enriquecerse como los enemigos, por la piratería, que á pelear. Informado el emperador, de su conducta, le condenó á muerte. Carausio, para salvar su cabeza, resolvió coronarla: prodigando sus riquezas, sedujo á los oficiales y á las tropas de su mando, llevó la armada á Britannia, sublevó en su favor las lejiones que la defendian, lisonjeó el orgullo de los pueblos, prometiéndoles la independencia, y fué proclamado emperador.

Macsimiano armó otra escuadra, y marchó contra el rebelde; pero á pesar de sus esfuerzos, despues de muchos combates indecisos, viendo que la armada británica, sostenida por la de los pueblos del Norte, era dueña de la mar, y privaba de todo comercio á Galia y España, tuvo

que hacer la paz: Diocleciano la confirmó; y Carausio conservó el título imperial, y fué siete años señor de Britannia.

Victorias de Diocleciano.— Mientras que Macsimiano libertaba la Galia y vencia los bárbaros del Norte, Diocleciano reunió su ejército en Siria, y obligó á Varranes, sin combate, y por solo el terror de su nombre, á pedir la paz, y cederle la Mesopotamia. Rechazó y auyentó algunos cuerpos de sarracenos, cuyo nombre comenzaba á ser formidable en Asia. Pasando en seguida á Tracia y Mesia, consiguió muchas victorias de los sármatas, godos y jutongos y los arrojó al otro lado del Danubio.

Repartimiento del imperio entre cuatro emperadores.— Despues de haber justificado su elevacion, y afirmado su poder con grandes victorias, se reunieron los dos emperadores en Mediolano para deliberar sobre los medios de asegurar la tranquilidad del imperio, y la estabilidad del gobierno. Los hombres vivamente afectados de las desgracias que sufren, son inclinados naturalmente á oponerles los remedios mas prontos, sin ecsaminar si el efecto de estos remedios no será mas funesto que el de los males que quieren curar.

Desde el reinado de Galieno, el imperio romano, atacado incesantemente por los persas y los bárbaros del Norte, destrozado por las discordias civiles y la ambicion de los jenerales que se disputaban el poder, estaba amenazado á todas horas de su desmembracion y ruina. Los primeros emperadores, sedientos de poder, destruyeron con la fuerza de las armas la autoridad del senado y la libertad del pueblo; pero los soldados, que al principio fueron su apoyo, vinieron á ser su escollo; pues á su placer quitaban y ponian los emperadores, y estos tenian en sus jenerales de mérito otros tantos competidores. Diocleciano no vió mas que este peligro, que era el mas inminente: quiso oponer derechos reconocidos y señalados á pretensiones infinitas é interminables, y esperó reprimir la ambicion de los jefes militares, sometiendo los cuatro ejércitos principales del imperio á cuatro emperadores, igualmente interesados en sostenerse y vengarse; y así, para evitar la desmembracion del poder, rompió su unidad, y el remedio produjo mayores males que los que se padecian.

Asociacion de Galerio y de Constancio al imperio.—(292)

Los dos emperadores, resolvieron escojer dos sucesores para asociarlos en el mando con el nombre de césares. Diocleciano elijió á Galerio, llamado Armentario, porque en su infancia habia sido guarda de ganados. Sus costumbres eran disolutas, cruel su carácter, su injenio grosero; pero compensaba estos defectos á los ojos del emperador por la adesion á su persona, el valor intrépido, y la habilidad en la guerra.

El otro césar, nombrado por Macsimiano, fué Flavio Valerio Constancio, por sobrenombre *Cloro*, á causa de su palidez. Este guerrero era hijo de Claudia, sobrina de Claudio II: Eutropio su padre, ocupaba en Dalmacia un puesto distinguido. Constancio, además de grandes talentos militares, tenia un entendimiento cultivado, y todas las virtudes de un carácter justo y de un corazon humano, sensible y jeneroso. Los nuevos césares se vieron obligados á repudiar sus esposas. Constancio rompió con sentimiento los lazos que le unian á la virtuosa Elena, madre de Constantino el grande, para casarse con Teodora, entenada de Macsimiano: Galerio tomó por esposa á Valeria, hija de Diocleciano.

Iliria, Tracia, Macedonia y Siria fueron confiadas á Galerio: Galia, España y la Britannia, mas felices, á Constancio: Macsimiano se reservó la defensa de Italia y Africa, y Diocleciano la del Asia menor y del Ejipto.

Sin embargo, los dos emperadores conservaban la autoridad suprema y el título de augustos, y bajo sus órdenes gobernaban los césares las provincias que se les habian señalado. No era dificil prever las consecuencias funestas que en lo sucesivo debia producir esta sociedad. La ambicion, armada del poder, no respetó los lazos de la naturaleza ni de la amistad. Mas entonces solo se atendia á lo que estaba á la vista, y si los hombres de jenio leyeron en el funesto porvenir, no por eso las nuevas disposiciones dejaron de surtir el efecto que se propusieron sus autores. Los cuatro príncipes, conteniendo á un mismo tiempo á los estranjeros con sus armas, á los pueblos con sus leyes, y á los jenerales con su autoridad, gobernaron pacíficamente el mundo romano por el espacio de veinte años.

Dominacion de Diocleciano. — Diocleciano, tan firme como hábil, supo obligar á sus colégas al respeto, las naciones á la obe-

diencia, el senado y los grandes al silencio. Los romanos, apasionados en otro tiempo por la gloria y dignidad de su patria, habian visto con indignacion el repartimiento del imperio entre Jeta y Caracalla; pero ya ni aun aliento tenian para indignarse. Las antiguas majistraturas, no consultadas, eran solo unas sombras; los soldados, bandidos con intrepidez; los senadores cortesanos esclavos. No habia en el imperio mas que una corte asiática y campamentos: lo demás era un vano simulacro.

CAMBIO EN EL ESTADO. — Los emperadores hasta entonces abriendo sus palacios al público, mezclándose con el pueblo como ciudadanos, con los oficiales como compañeros de armas, juzgaban como pretores, mandaban como jenerales, administraban y presidian en calidad de cónsules, y no se distinguian de los senadores sino por el manto de púrpura. Pero todo cambió de aspecto apenas subió al trono Diocleciano: vistióse de una tela de oro, sembrada de pedrerías, y ciñó su frente con la diadema. Su palacio, semejante al de los reyes de Oriente, se llenó de eunucos y esclavos: una guardia interior proibia la entrada al pueblo y á los grandes, escepto á los ministros y á algunos favoritos. El príncipe, para inspirar mayor respeto, se conservaba á una distancia inmensa entre él y los ciudadanos, los obligaba á llamarle *señor*, y les daba el nombre humillante de vasallos; en fin, era casi inaccesible é invisible, como el dios cuyo nombre habia tomado.

Por todas partes dejaron de deliberar, y obedecieron: los títulos se trocaron como las instituciones; y los de duques, condes, referendarios, camareros, patricios y otros muchos se sustituyeron á los que recordaban la antigua república. La misma ciudad de Roma fué despreciada: Mediolano y Nicomedia fueron sus rivales, y el tesoro público se agotó para engrandecerlas y adornarlas.

Los colégas de Diocleciano imitaron su orgullo, su lujo y su desprecio á las antiguas instituciones: solo Constancio conservó costumbres sencillas, y se mostró siempre dulce, afable, popular, económico y jeneroso.

VICTORIAS DE CONSTANCIO CONTRA LOS JERMANOS. — (293) Muchos motivos de consideracion, é independientes del deseo de enfrenar la anarquía militar, habian obligado á Diocleciano á dividir el mando de los ejércitos,

y á dirijirlos á los combates bajo dos augustos y dos césares. Era menester reconquistar la Britannia, echar de Batavia á los francos y sajones, aogar la rebelion de un usurpador, llamado Juliano, que habia tomado el título de emperador, haciéndose fuerte en las montañas de Liguria, libertar el Africa de cinco naciones mauritanas que la habian invadido, y recobrar el Ejipto, donde habia cinco años que reinaba el rebelde Aquileo. En fin, Diocleciano queria aprovecharse de las divisiones de los persas para satisfacer el orgullo de Roma ofendida, y vengar la memoria de Valeriano.

VICTORIA DE CONSTANCIO. —La actividad de los cuatro príncipes fué proporcionada á la importancia de las empresas que tenian encargadas. Constancio atacó á los francos y sajones en la Batavia. El número y valor ostinado de los enemigos, y los ostáculos que le oponia un terreno pantanoso, no pudieron detener sus esfuerzos, ni retardar su marcha, y como el afecto de los pueblos y de los soldados era suyo, la victoria acompañaba sus armas.

Solo una vez, dejándose llevar de su valor, avanzó temerariamente con un pequeño número de tropas, para reconocer el enemigo. Sorprendido en un desfiladero por una multitud de francos, hérulos, borgoñones y vándalos, se halló rodeado: despues de inútiles prodijios de valor contra un enemigo que se reforzaba á cada instante, y habiendo perecido en su defensa todos los valientes que le acompañaban, se abrió paso él solo, y corrió á escape á buscar un asilo en la ciudad de Lingones (Langres), cuyos habitantes no se atrevieron á abrirle las puertas, por el temor de que entrasen con él los bárbaros que le perseguian, y hubo de subir por una cuerda que le echaron.

Los bárbaros despues de esta victoria se creyeron señores de la Galia, recorieron todo el pais, y lo saquearon orriblemente. Este desórden fué causa de su ruina. Constancio, reunido su ejército, cayó sobre ellos de improviso, los batió completamente, les mató sesenta mil hombres, y los persiguió hasta las orillas del Visúrjis (Weser).

Vuelto á Galia con un rico botin é inmenso número de cautivos, siguió el sistema impolítico, adoptado últimamente por los romanos, y pobló de colonias bárbaras los campos de Samarabriva (Amiens), Belobaco (El

Beauvais), Camaraco (Cambray), Augustobona (Troyes), Lingones (Langres) y Treviros (Treveri). Así los mismos emperadores introdujeron en el imperio á los pueblos belicosos que habian de derribarlo.

Reconquista de la Britannia. —(296) La conquista de Britannia era mas dificil y ecsijió mas tiempo. La mar le servia de muralla: Constancio tenia pocas embarcaciones, y Carausio, además de poseer una armada numerosa, era diestro jeneral, y podia disputar la victoria con ventaja; pero Alecto, su ministro, con una traicion le derribó del trono al que habia subido por una traicion, conspiró contra él, le asesinó, y reinó dos años. Los talentos de este nuevo usurpador no eran iguales á su ambicion: menos activo que Carausio, dió tiempo á Constancio Cloro para formar una escuadra capaz de pelear con la suya. Un dia nebuloso ocultó á los britannos la escuadra romana, la cual llegó sin ostáculo á la parte oriental de la isla. Asclepiadoro, prefecto del pretorio, desembarcó al frente de algunas lejiones. Informado de ello Alecto, corrió apresuradámente con las primeras tropas que pudo reunir, se arrojó á los romanos con mas ardor que órden, fué derrotado, y pereció en el combate.

Al mismo tiempo desembarcó Constancio en otro punto de la ribera, no halló enemigos que combatir, y volvió á reunir la Britannia al imperio romano.

Felicidad bajo el reinado de Constancio.—Este príncipe hizo además algunas espediciones felices contra los alemanes, y despues de haber libertado sus provincias de todo temor de los bárbaros, consagró los últimos años de su vida á hacerlas dichosas. Nunca la España, la Britannia y la Galia fueron mas venturosas que bajo su dominacion: mantenia la justicia sin dureza, era liberal sin prodigalidad, y económico sin avaricia: embellecia las ciudades, protejia el comercio, animaba las artes, y todos los pueblos veian en él un padre mas bien que un dueño.

La ciudad de Bibracte (Autun), otro tiempo capital de los eduos, y la mas antigua aliada de los romanos, habia sido arruinada por las guerras estranjeras y las discordias civiles. Constancio le restituyó su antiguo esplendor, levantó sus escuelas, y las confió al ateniense Eúmenes, célebre entonces por su talento y erudicion.

Al mismo tiempo Macsimia-

no, forzando los atrincheramientos del usurpador Juliano, le venció, y le obligó á darse la muerte. Pero mas tirano que el que acababa de derribar, se valió del pretesto que le daba la sedicion para satisfacer su codicia y venganza. Roma é Italia lamentaron sus proscriciones sanguinarias. Pasó despues al Africa, venció á los mauritanos y los relegó á sus montañas.

Victoria de Diocleciano. — Diocleciano guió su ejército á Ejipto, derrotó en muchas acciones al tirano Aquileo, lo encerró en Alejandría, le hizo prisionero, y le envió al suplicio. Implacable en su venganza, no perdonó á ningun partidario del usurpador, dió muerte á los mas ricos habitantes del Ejipto, destruyó las ciudades de Busiris y Coftos, y saqueó á Alejandría.

Volvió despues á Tracia, donde Galerio se habia señalado ya por muchas victorias. Los dos emperadores arrojaron muy lejos á los sármatas y godos, y reunieron en fin sus ejércitos contra el imperio de los persas. Galerio salió á combatirlos: Diocleciano fijó su residencia en Nicomedia, y se mantuvo allí con su ejército, dispuesto á reparar las pérdidas del césar si la fortuna no le favorecia. El écsito justificó su prevision. Las turbulencias causadas por la desunion de los dos hermanos Varranes II y Hormisdas, habian cesado: Varranes III les habia sucedido; y cuando los romanos marchaban contra los persas, la muerte de este último acababa de dejar el trono á Narses.

Derrota de Galerio.—Galerio, á pesar de su habilidad, cometió los mismos yerros que Craso y Antonio: adoptó el camino donde habia menos ostáculos, y entró en las vastas y abrasadoras llanuras, tumba en otro tiempo de tantos romanos. Allí, cercado por la numerosa caballería de los partos y persas, fué vencido en tres batallas, perdió la mayor parte de sus tropas, y vino á implorar la induljencia y el socorro de Diocleciano.

El anciano emperador le respondió con desprecio, le dejó caminar á pie muchas millas sin darle asiento en su carroza, y habiéndolo humillado, le mandó ó morir ó reparar con una gran victoria el desonor de las armas romanas.

Dióle las lejiones de Esclavonia, Dacia y Mesia, y permaneció siempre en Nicomedia esperando el suceso. Galerio, aleccionado con el escarmiento, penetró por

la Armenia en el reino de Persia, rodeó el ejército de Narses, le derrotó completamente, y le auyentó en una accion decisiva, forzó su campamento, se apoderó de sus tesoros, é hizo prisioneros á sus hijos, á su mujer, á sus concubinas y á sus primeros oficiales. Entregó despues el reino al saqueo, y lo inundó de sangre, pero imitando la moderacion de Alejandro con la familia real, la trató con humanidad, y á las princesas con respeto.

El lujo, que habia afeminado á los ciudadanos de Roma y á las tropas de Italia, no habia penetrado aun en las lejiones del Rin y del Danubio. Cuando se estaba saqueando el campamento de los persas, un soldado de Galerio, habiendo encontrado un saco de cuero lleno de perlas, las tiró como inútiles, y solo guardó el saco. Semejantes hombres debian ser todavia vencedores, porque en la guerra casi siempre triunfan los que desprecian las riquezas.

Narses mostró en su derrota como príncipe asiático, tanta debilidad, como orgullo en la próspera fortuna; y así, envió una embajada á Diocleciano para representarle en estilo oriental, que siendo los dos imperios de Roma y de Persia los dos soles y los dos ojos de la tierra, no era conveniente destruir uno de ellos; pero que en lo demás se sometia á la discrecion del vencedor, y solo le pedia la libertad de su familia. El emperador se hubiera podido fácilmente hacer dueño de un imperio gobernado por un príncipe tan poco vigoroso; pero mas político que Trajano, conoció que estenderse demasiado seria debilitarse, y limitándose á ecsijir la cesion de cinco provincias, puso el Tigris por límite de los dos estados. Esta paz duró cuarenta años.

Galerio recibió los nombres de *Pérsico, Arménico y Médico*. Orgulloso con haber vengado la injuria de Valeriano, no puso límites á su ambicion, y desde entonces, no contento con el título de césar, formó el proyecto, y concibió la esperanza de someter á su yugo todas las partes del imperio. Antes se habia conducido con el emperador como hijo sumiso y respetuoso; pero ya sostenido por las lejiones que condujo á la victoria y enriqueció, trataba á su padre como coléga y como á igual.

Persecucion del cristianismo por Diocleciano. — (303) Habiendo vuelto á Nicomedia, el

primer ensayo de su poder fué determinar á Diocleciano á destruir el cristianismo, al cual habia tenido desde su infancia un implacable odio. Macsimiano le aborrecia igualmente: no entendian sus verdades y su moral: condenando las pasiones de estos dos tiranos, las irritaba. Por el contrario, Diocleciano y Constancio habian protejido siempre á los cristianos, tenian muchos en sus palacios, y ejercian libre y públicamente su relijion en numerosos y magníficos templos. Elena, primera mujer de Constancio, Prisca, esposa de Diocleciano, y Valeria, su hija, habian abrazado, su creencia; y si hemos de creer al fanático Eusebio, esta prosperidad comenzaba á debilitar el fervor primitivo y á introducir la ambicion y la discordia, de lo cual se valieron los enemigos del cristianismo para perseguirlo.

Galerio, al frente de ellos, representó vivamente al emperador que aquellos *pretendidos apóstoles de la verdad* no eran sino los del error, puesto que no estaban acordes entre sí. *Sus virtudes, decia, eran hipocresia únicamente, puesto que la opulencia desmentia su amor á la pobreza: predicaban la igualdad solo por ambicion y para armar en su favor los pobres y los esclavos contra los ricos y los grandes*; *su doctrina, minando los fundamentos del imperio, tendia á derribar los dioses protectores de la fortuna de Roma, las instituciones que la habian robustecido, y el espíritu belicoso que aseguraba su gloria. Sometidos en la apariencia á las voluntades del príncipe, creaban en efecto dos poderes rivales en el estado*; *y* SUS SACERDOTES ABROGANDOSE EL IMPERIO DE LAS ALMAS, Y DEJANDO UNICAMENTE LOS CUERPOS BAJO LA AUTORIDAD TEMPORAL, ASPIRABAN, EN NOMBRE DEL CIELO, A GOBERNAR LA TIERRA.

Hierocles, uno de los ministros del emperador, compuso un tratado contra el cristianismo. Porfirio, discípulo de Plautino, seducia entonces los ánimos con un platonismo de nueva especie, y una metafísica sutil, que haciéndose moda, estravió á muchos sacerdotes cristianos, los cuales unian bastantes errores á la primitiva sencillez del culto evanjélico. Acostumbró además á su siglo á disputar sobre cuestiones vanas é insolubles que dieron orijen á muchas herejias.

Lactancio y Eusebio, defensores de la fe cristiana, combatieron á sus adversarios con un lenguaje algunas veces demasiado vehe-

mente y fanático. El astuto Galerío consiguió enteramente su fin. Diocleciano era supersticioso, gustaba de consultar los oráculos y les daba crédito. Se le irritó, haciéndole saber que Apolo habia declarado que los dioses no responderian á las consultas mientras subsistiesen los templos de Cristo. Los ministros del emperador le persuadieron que no podia sin peligro autorizar por mas tiempo el ejercicio público de una relijion incompatible con la del estado. Despues de una larga deliberacion le arrancaron el primer edicto, que mandaba destruir las iglesias cristianas. Este acto de rigor atacaba el culto, y respetaba las personas. Pero esto no bastaba á Galerio: quiso completar su triunfo, y lo consiguió.

Enmedio de la noche despierta Diocleciano sobresaltado por un tumulto repentino, y ve su palacio consumido por las llamas. Todos los que se emplean en detener los progresos del incendio acusan á los cristianos. Diocleciano, engañado por los que le rodeaban, cedió en fin á las instancias de Galerio, y creyó ejercer una venganza, merecida, ordenando la destruccion del cristianismo y la muerte de los rebeldes que se negasen á sacrificar á los dioses.

Desde este momento el odio armado con el cuchillo de la autoridad no puso límites á sus furores. Las prisiones se llenaron de obispos y sacerdotes que ardian por dar á los fieles el ejemplo de la constancia y del valor. Entregáronse á los suplicios mas espantosos los hombres que preferian su relijion á la vida. Muchos cristianos se refujiaron en los desiertos, otros en los paises bárbaros, y comenzaron á ilustrarlos.

Se obligó á la emperatriz y á su hija á sacrificar á los dioses: el terror hizo muchos apóstatas y produjo tantas finjidas conversiones, que los emperadores, segun prueba una inscripcion de aquel tiempo, creyeron haber abolido el cristianismo. Macsimiano y Galerio ejecutaron con violencia el edicto de persecucion en todas las provincias que gobernaban. Britannia, Galia y España esperimentaron menos desgracias. Constancio, no queriendo resistir declaradamente á los dos augustos, publicó el edicto, mas no lo ejecutó sino con mucha moderacion. No aprisionó ni mató á nadie; el culto proscrito en público, fué tolerado secretamente: aun hizo mas: habiendo dicho á los oficiales de

su palacio, que era preciso optar entre su relijion y sus destinos, arrojó ignominiosamente de su corte á los que por ambicion renunciaron á su creencia, diciendo que hombres capaces de hacer traicion á su Dios, la harian á su príncipe; y premió el valor de los constantes con su favor y sus beneficios.

Vuelta y triunfo de Diocleciano a Roma.—Ya habia veinte años que Diocleciano reinaba: todos los usurpadores habian perecido: se habian libertado de bárbaros las provincias: la Persia estaba vencida. Despues de haber cedido á los etiopes un territorio del alto Ejipto, cuya defensa les confió, estableció el emperador una larga série de fortalezas en el Tígris, en las costas del Bósforo, y en las orillas del Danubio y del Rin; luego pasó á Roma con Macsimiano para gozar de un triunfo merecido.

Esta fué la última vez que se celebró este pomposo espectáculo, objeto durante mil años de tantas nobles ambiciones, fuente de tanta gloria, y recompensa de tantos héroes. Una multitud de cautivos de todas las partes del mundo seguian el carro del vencedor; pero el mayor adorno del triunfo eran las imájenes de la reina de Persia y de los hijos de Narses. Estos trofeos gloriosos borraban crueles afrentas, satisfacian largos resentimientos, y parecian aplacar los manes del infeliz Valeriano.

El pueblo romano esperaba, despues de la solemnidad, fiestas suntuosas y magníficos combates de gladiadores: el emperador hizo celebrar los juegos públicos sin fausto ni magnificencia, diciendo que «la modestia »debia reinar en los regocijos »que presidia un censor.» Tenia entonces esta dignidad. Tan austera é inoportuna escasez le espusieron á la sátira de un pueblo, que en lugar de la antigua altivez solo tenía ya una insolencia grosera. Este espíritu sedicioso, esta familiaridad que parecia insoportable al orgullo de Diocleciano, aumentaron su aversion á Roma; y así, la abandonó repentinamente el trece de diciembre de 303: tomó en Ravena posesion de su último consulado, y volvió á Nicomedia.

Su enfermedad y su abdicacion.— En el camino le acometió una enfermedad, que dejenerando en languidez, debilitó su cuerpo y su espíritu. Despues de algunos meses de padecer estaba tan demudado cuando se

mostró en público, que fué difícil reconocerlo. Fastidiado de grandezas, cansado de trabajos, y disgustado de los hombres, tomó la resolucion estraordinaria de renunciar el poder supremo, libertase de las tempestades del mundo, y gozar en un retiro pacífico de lasdelicias de la vida privada. Sus panejiristas atribuyen á su prudencia esta grande determinacion: sus detractores á debilidad; y dicen que Galerio, dueño del afecto de las tropas, le obligó á abdicar. La vida entera de Diocleciano, aunque reprensible en otras materias, desmiente toda sospecha de cobardía.

Macsimiano siguió su ejemplo, y Galerio y Constancio tomaron el título de augustos (305). Cuando el emperador leyó á las lejiones y pueblo de Nicomedia este acto solemne, todos esperaban que nombrase césares á Macsencio y Constantino, hijos de los dos nuevos emperadores; pero la ambicion de Galerio se opuso á ello. Igualmente receloso de los vicios feroces de Macsencio y de las grandes cualidades de Constantino, logró del cansancio ó de la indeferencia de Diocleciano el nombramiento de otros dos césares; se dió este título á Macsimino Daza, su sobrino, aldeano de Pannonia como él, y á Severo, jeneral adicto á su fortuna, y tan desconocido, que el pueblo aplaudió su eleccion, creyendo que su nombre se habia dado recientemente á Constantino.

Despues de esta instalacion, que manifestaba bien á las claras las pretensiones ambiciosas de Galerio, Diocleciano, despojándose de la púrpura, y cubriéndose de una gloria nueva, se alejó de Nicomedia sin acompañamiento, y fué á buscar en Dalmacia, cerca de Salona, una felicidad que nunca halló en el trono.

Retirado en un palacio que habia hecho edificar, pasó lo restante de su vida cultivando un huerto, y dejó á sus sucesores la triste gloria de dominar, oprimir y destruir la tierra.

Cuadro del imperio bajo su reinado. — Aunque empleó los veinte años de su reinado en viajes y combates, no por eso descuidó la lejislacion. Debiéronsele muchos edictos y reglamentos sabios, de los cuales se encuentran algunas disposiciones en el código de Justiniano. Proibió á los esclavos denunciar á sus amos, y no quiso ni aun que se admitiese el testimonio de un obligado contra su bien-

echor, porque decia: «Desterrar »la gratitud del mundo, es des»terrar la felicidad y el sosiego.»

Publicó tambien útiles reglamentos para abolir el espionaje público, despreciado por todos los hombres y empleado por todos los gobiernos. Suprimió los *frumentarios*, que socolor de inspeccionar los mercados, espiaban las acciones, discursos y pensamientos; pero les sucedieron otros empleados, que con el nombre de *curiosos* ejercieron el mismo oficio.

Diocleciano gustaba mucho de edificar; y así embelleció á Mediolano, Cartago y Nicomedia con soberbios monumentos. Todavia se admiran las ruinas de las termas y baños públicos que construyó en Roma: su recinto era tan grande como el de muchas ciudades.

Los oradores en sus amplificaciones, y los poetas con su esajeracion ordinaria hacian grandes elojios de su jenio, valor, justicia y gloria, de la union que habia entre los cuatro césares, y de la felicidad que el imperio debia á sus talentos y virtudes. Los autores cristianos, por el contrario, irritados por la persecucion, y animados de una aversion atroz le pintaron como el mas cruel de los tiranos; y cuando pocos años despues de la muerte de Diocleciano, los cristianos triunfaron de sus enemigos, destruyeron baja y cobardemente todas las obras que podian onrar la memoria de su perseguidor.

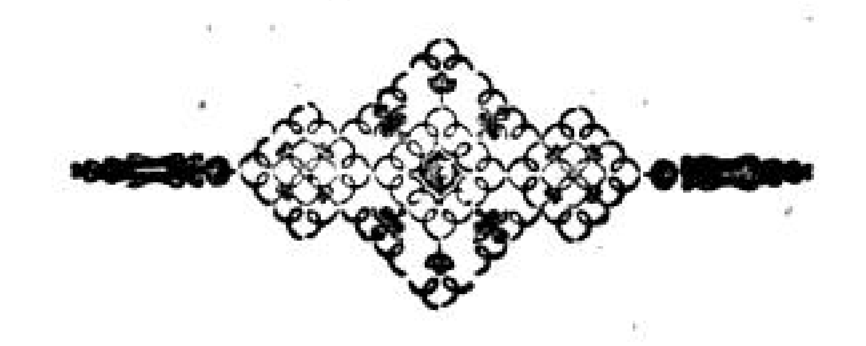
Su reinado careció de historiadores: Capitolino y Aurelio Victor, no son mas que compendiadores incompletos y áridos: nada se ha conservado de Zózimo; pero á falta de escritos, los sucesos hablan; y lo que parece cierto es, que si este príncipe sometió el imperio y lo mantuvo tranquilo por el espacio de veinte años, agravó sin embargo los males públicos.

El lujo asiático de cuatro cortes: el gran número de guardias, favoritos, oficiales, libertos y esclavos que les servian de comitiva: las fiestas, juegos y espectáculos, la construccion de muchos palacios y templos, y los gastos enormes ocasionados por guerras contínuas y lejanas, oprimieron á los pueblos con impuestos. Italia, respetada hasta entonces, entregó los tesoros que por tantos siglos habia devorado; y si se cree á Lactancio, el número de recibidores, colectores y esactores era casi igual al de los contribuyentes.

Nunca hubo una época mas desgraciada. Diocleciano, gue-

rrero hábil y mal príncipe, no fué grande sino en su abdicacion. Su interés le cegó, sus favoritos le engañaron, y no conoció la verdad sino cuando se alejó de los hombres. Y asi, desengañado repetia muchas veces: «Un prín»cipe nunca puede saber lo cier»to. Un corto número de minis»tros y grandes lo rodea y lo »engaña: solo ve por sus ojos, »solo oye por sus oidos, distri»buye por sus informes los pre»mios y castigos, y es injusto sin »saberlo.»

Cuando la discordia escitó la guerra entre sus sucesores, los que deseaban apoyarse en su nombre, le buscaron en la soledad, y le aconsejaron que volviese á subir al trono. Pero sus esfuerzos fueron vanos: la ilusion habia pasado ya, y preferia la azada al trono: y así, »les respondió: «Si hubiérais »gustado un momento las dulzu»ras de la vida retirada é inde»pendiente, y probárais el placer »que yo con estas hortalizas que »he plantado, no pensaríais en »robarme mi tranquilidad. Soy »mas feliz cultivando mi jardin »que lo era gobernando al mun»do.» Los últimos instantes de su vida fueron turbados con penas domésticas: el sucesor de Galerio persiguió é hizo morir á Prisca, su mujer, y á Valeria, su hija. Diocleciano murió en 313, á los sesenta y ocho años de edad. Nada queda de él, sino la fama de su nombre, algunos restos de su palacio en Spalatro, y las ruinas de sus obras en Roma.



CAPITULO XXXIV.

CONSTANCIO Y GALERIO, EMPERADORES. SEVERO, MACSIMINO DAZA Y LICINIO CÉSARES. MACSENCIO, MACSIMIANO VUELTO AL TRONO, Y CONSTANTINO, EMPERADOR.

Repartimiento del imperio. — Retrato de Constantino. — Muerte de Constancio. — Constantino es proclamado emperador en el ejército. — Azañas de Constantino. — Tiranía de Galerio. — Macsencio es proclamado emperador. — Derrota, huida y muerte de Severo. — Licinio es nombrado césar. — El imperio gobernado por seis príncipes. — Muerte de Macsimiano. — Muerte de Galerio. — Temeridad de Constantino. — Cobardía y tiranía de Macsencio. — Veneracion de Constantino al cristianismo. — Nuevo estandarte llamado *labarum*. — Victorias de Constantino. — Muerte de Macsencio. — Entrada triunfal de Constantino en Roma. — Su gobierno. — Union de Licinio y de Constantino. — Invasion de Macsimino. — Su derrota, su huida y su muerte. — Guerra entre Constantino y Licinio. — Derrota, huida y muerte de Licinio. — Constantino único emperador. — Cambios en el imperio bajo Constantino. — Lucha del paganismo y el cristianismo. — Constantino se declara por el cristianismo. — Nacimiento de las sectas. — Adopcion del arrianismo por Constantino. — Sede del imperio fijada en Bizancio ó Constantinopla. — Bautismo y muerte de Constantino.

CONSTANCIO Y GALERIO, EMPERADORES.

(Año de Roma 1057. — De Jesucristo 305.)

REPARTIMIENTO DEL IMPERIO. — El imperio, despues de la abdicacion de Diocleciano, se dividió otra vez. Constancio conservó la Britannia, la Galia y la España, y aun se afectó cederle, como al mas antiguo, la Italia y el Africa; pero estas dos provincias se dieron á Severo, y quedaron en efeto bajo la dependencia de Galerio, de quien era hechura aquel nuevo césar.

Galerio gobernaba el Asia menor, la Grecia, Tracia y Macedonia; y Macsimino, su sobrino, mandaba en Siria y en Ejipto. Parecia, pues, que la fortuna era

favorable á sus miras ambiciosas: los césares, sometidos á su autoridad, solo gozaban de un título pomposo. La salud de Constancio declinaba, y su muerte estaba prócsima. Galerio esperaba este suceso para ser dueño de todo el imperio; pues aunque el jóven Constantino oponia un ostáculo á sus proyectos, la política de Diocleciano habia tomado todas las medidas necesarias para separarle del trono. Se creia haber destruido sus derechos, obligando á Constancio á repudiar á Elena; y para libertarse de toda inquietud, detenian á Constantino en la corte de Nicomedia como un reen, ó mas bien como un cautivo, á pesar de las súplicas reiteradas de Constancio.

Retrato de constantino.— Constantino, perseguido por la suerte, fué indemnizado por la naturaleza, que le colmó de sus dones mas preciosos. Pocos hombres han recibido del cielo una presencia mas noble, un espíritu mas vasto, un semblante mas agradable y majestuoso. Instruido por maestros hábiles, diestro en todos los ejercicios, intrépido en los peligros, y dotado de una fuerza prodijiosa que nada le quitaba de su gracia, era dueño del amor del pueblo y de los soldados.

Peleando en Ejipto y en las orillas del Danubio á las órdenes de Diocleciano, se habia distinguido tanto por el valor como por la pericia: vencedor de muchos jefes bárbaros en combate singular, un dia triunfó del mas terrible y colosal, y le trajo arrastrando por los cabellos á los pies del emperador.

Digno de los tiempos heróicos de Roma, habria adquirido una gloria sin mancha, si el amor del poder despótico no hubiera mancillado muchas veces sus grandes cualidades. A pesar de los panejíricos serviles y ecsajerados de los autores cristianos, y entre otros del asqueroso adulador Eusebio que decia que Dios solo hubiera podido escribir dignamente la vida de un tal príncipe, la historia imparcial, no debe ser induljente con sus defectos. Jeneroso casi siempre por carácter ó por política, fué cruel y pérfido por ambicion. Su fortuna y su jenio le colocan entre los grandes príncipes; pero muchísimas de sus acciones fueron de un odioso tirano. Acaso, juzgándole con mas suavidad, aunque no con menos justicia, dicen algunos se pueden atribuir sus buenas acciones á su corazon, y sus vicios al siglo en que rei-

naba. ¡Pobre recurso de los aduladores!

Galerio, deseando como Euristeo arruinar á este nuevo Hércules, le esponia sin cesar á los mayores trabajos y peligros. Ya le enviaba mas allá del Danubio con un pequeño cuerpo á pelear con numerosos enjambres de bárbaros: ya mandándole acometer al enemigo, le obligaba á atravesar pantanos y lagunas, donde se espusiese á aogarse: ya, inflamando su amor propio, le empeñaba á combatir en el circo contra los tigres y leones; pero la fortuna le salvó de todos estos riesgos, y Galerio esponiéndole á la muerte, no hizo mas que aumentar su gloria.

Entretanto Constancio, que conocia prócsimo su fin, estrechaba con tanta ánsia á Galerio para que le enviase á su hijo, que era preciso ó complacerle ó enemistarse con él. Galerio finjió condescender con su demanda, y resolvió libertarse con un crímen secreto de todos sus temores.

Constantino, habiendo penetrado su intencion, engañó al pérfido, fijó un dia para su partida, se escapó la víspera, desjarretó todos los caballos que quedaban en las postas, privando así á sus enemigos de los medios de alcanzarle, y se reunió con su padre en la Galia, cuando se embarcaba en Bononia para pelear en Britannia contra los pictos. Lo siguió en esta espedicion, y poco despues recibió sus últimos suspiros.

Muerte de Constancio. — Constancio murió en la ciudad de Eboraco (Yorck) el año de Roma 1058, 306 de Jesucristo. De Elena, su primera mujer (1), no tuvo mas hijo que Constantino. De Teodora tuvo tres hijos, Dalmacio, Julio y Annibaliano; y tres hijas, Constancia, Anastasia y Eutropia. Mirando mas por los intereses del estado que por los de su familia, designó por su único sucesor á Constantino, lo recomendó á las lejiones, y mandó á los demás hijos que viviesen como simples ciudadanos.

Constancio, modelo de los buenos príncipes, no mancilló sus grandes cualidades con ninguna debilidad. Su fuerza era la virtud, su grandeza la justicia, su seguridad el amor de los pueblos, que hizo felices.

Reprendiéndole un dia Diocleciano su descuido en juntar

(1) Historiadores hay que dicen no haber sido Elena su mujer, sino su concubina.

un tesoro proporcionado á las grandes empresas que tenia á su cargo, escribió á las principales ciudades y á los hombres mas ricos de sus estados que tenia necesidad de dinero. La palabra de un príncipe querido hace milagros: al punto le llegaron de todas partes sumas inmensas. Entonces llamó á los enviados de Diocleciano, les mostró aquellos montones de oro, y les dijo: «Aqui teneis mi tesoro: lo he »dejado en manos de mis súbdi»tos: no hay riqueza para el que »mande como el cariño de los »pueblos.» Esta espresion sola basta para su elojio.

Si la suerte le hubiera puesto en la situacion de Diocleciano, hubiera prolongado quizá la ecsistencia del imperio, dándole el único cimiento que asegura la duracion de los estados, que es la virtud.

Constantino es proclamado emperador por el ejercito. — La última voluntad de Constancio fué una ley para su familia, los pueblos y el ejército; porque aun despues de muerto reinaba por el amor, y los soldados proclamaron unánimemente á Constantino.

Este príncipe, disimulado como todos los ambiciosos, opuso alguna resistencia, pretestando que debia esperar el consentimiento de Galerio, y aun finjió que huiria para sustraerse á su empeño. Esta oposicion aumentó, como habia previsto, el ardor de los soldados: cedió, en fin, á su dulce violencia, tomó el título de augusto, y en esta cualidad celebró con magnificencia los funerales de su padre, coloeándolo, segun la costumbre, en el número de los dioses.

Su primer cuidado fué escribir despues al emperador Galerio, y enviarle embajadores, pidiéndole que reconociese y confirmase la eleccion del ejército. El impetuoso Galerio no pudo contener su indignacion cuando supo una noticia tan contraria á sus designios ambiciosos. Maltrató á los diputados de Constantino, y en el primer movimiento de su enojo mandó romper el busto de este príncipe, que le habia enviado, segun la costumbre, cubierto de laureles. Despues de haberse negado durante algunos dias á reconocerle, vencido por los ruegos de sus ministros, que temian el valor de las lejiones occidentales, convino en nombrar á Constantino, no *augusto*, sino césar; y para reemplazar á Constancio, dió á Severo el título y la dignidad imperial.

Constantino, que sabia disimular sus resentimientos, mandar sus pasiones, y cubrir sus miras ambiciosas con el velo de la moderacion, lejos de irritarse, manifestó quedar contento con el segundo lugar, y el título de césar. Su aparente modestia engañó á Galerio, el cual, satisfecho con esta finjida sumision creyó que aun podria conseguir reinar solo por medio de lugartenientes, adornados de un nombre pomposo.

AZAÑAS DE CONSTANTINO. — Entretanto Constantino, mostrándose mas digno del trono que sus rivales, aumentó su fama con nuevas azañas; derrotó los francos que habian hecho otra invasion, rechazó á los jermanos, los persiguió mas allá del Rin, y destruyó casi enteramente la nacion de los bructeros; pero mancilló su victoria con actos de crueldad. Queriendo espantar á los bárbaros, imitando su ejemplo, no perdonó á ninguno de los prisioneros, y los entregó desarmados á las bestias feroces. Terrible contra sus enemigos, se mostró suave y humano con los pueblos que gobernaba, y siguió las sabias mácsimas de su padre.

El viejo Macsimiano Hércules, menos prudente en su retiro que Diocleciano, echaba menos el trono, como hombre sin virtud que no puede sufrir la soledad. Cuando supo la elevacion de Constantino, la envidia añadió á sus tormentos los de la ambicion engañada. Desde entonces solo pensó en buscar los medios para volver á presentarse con esplendor en la escena del mundo, y recobrar su poder. La fortuna le proporcionó bien pronto una ocasion favorable á sus designios.

TIRANIA DE GALERIO.—Galerio, entregado desenfrenadamente á sus pasiones, era tan violento como Mario, tan cruel como Neron, tan desonesto como Eliogábalo: su lujo devoraba todas las riquezas del imperio, insuficientes para hartar su codicia: los pueblos jemian con el peso de los impuestos, y los suplicios mas terribles castigaban la resistencia, y aun la queja. Dícese que Galerio se complacia en ver á los osos aogar á los condenados. Su avaricia aumentaba diariamente: hizo un nuevo censo con la esperanza de descubrir caudales ocultos, y hallar nuevos recursos para enriquecerse. La Italia se vió llena de esactores, delatores y espías. Ni aun se perdonó á Roma: se violaron sus privilejios, se mandó á todos los ciuda-

danos dar cuenta esacta de su fortuna; y como se temia alguna resistencia de parte de las cortes pretorianas, Galerio las mandó reformar.

Los pueblos, debilitados por la corrupcion, no combaten por sus derechos, sino que defienden sus intereses. Los romanos, que habian antes sacrificado por mucho tiempo la libertad, se armaron para defender sus caudales. Macsimiano, instruido de su descontento, envió su hijo Macsencio á Roma para irritar el enojo público, dándole tambien el encargo de esponerse á todos los riesgos de una revolucion, de la cual esperaba, en caso de buen écsito, recojer todo el fruto.

Los ánimos estaban tan ecsasperados, que bastaba un grito y un punto de apoyo para que estallase la revolucion. Desde que Macsencio se presentó, se fijaron en él las esperanzas de los descontentos. Este príncipe, por su grosería y la brutalidad de sus vicios, era indigno del trono; pero entonces no tenia necesidad ni de mérito ni aun de destreza: Roma solo pedia un nombre y un vengador.

Macsencio prometió al senado volverle su antigua autoridad, á los patricios sus privilejios, al pueblo la esencion de impuestos y distribuciones de granos, á los pretorianos su antiguo derecho de elejir los emperadores, derecho que acababan de ejercer las lejiones de Galia y Britannia, cuyo ejemplo se hubieran avergonzado ellos de no seguir. Estas promesas, dirijidas á todos los intereses, irritaban todas las pasiones. Roma entera, saliendo de su antiguo y profundo letargo, se sublevó, se armó, y Macsencio fué proclamado unánimemente por emperador.

Severo, que mandaba en Italia, y cuya autoridad hubiera podido aogar esta insurreccion en su nacimiento, estaba entonces distante de Roma por sus placeres ó por sus negocios, y no tuvo noticia del suceso hasta que estuvo consumado. Juntó apresuradamente algunas lejiones: con ellas, y las que le dió Galerio, marchó contra Roma.

Al saber su llegada, Macsencio, cobarde é inhábil en el arte de la guerra, imploró los consejos, los socorros y la presencia de su padre. El viejo emperador, loco de ver satisfechos sus deseos, fué á Roma, volvió á ponerse la púrpura imperial, y á subir al trono, y rejuvenecido con la diadema, dió ejemplo de ardor y denuedo á los soldados y á los ciudadanos.

DERROTA Y MUERTE DE SEVERO. — La guerra era su única ciencia: la autoridad de su nombre, y la memoria de un reinado brillante y lleno de azañas, inspiraban grande confianza á su ejército, é intimidaban al de Severo. Desde que estuvieron á la vista uno de otro, la mayor parte de las lejiones severianas abandonaron á su jeneral, y se pasaron al bando de su antiguo emperador, que tantas veces las habia conducido á la victoria. Severo, vencido en un momento, se retiró á Ravena, donde fué cercado. Un largo sitio hubiera dado á Galerio tiempo para venir en su socorro; pero Macsimiano, empleando para lograr su triunfo un infame artificio, le prometió la vida y un retiro decoroso. Severo, sobradamente confiado, se rindió: Macsimiano, eludiendo su palabra, no le dió la muerte, y aun le recibió con onor; pero poco tiempo despues lo entregó á su hijo Macsencio, que por su órden le hizo morir.

LICINIO ES NOMBRADO CESAR.— Enfurecido Galerio nombró sucesor de Severo á Licinio, jeneral esperimentado, siempre afecto á su fortuna, y que por la conformidad de su orgullo, inumanidad y vicios era digno de ser su amigo. Despues de haberle coronado solemnemente en Nicomedia, desembarcó en Italia al frente de un ejército poco numeroso. No podia creer que Roma, antigua esclava de los placeres y de la molicie, pudiera oponerle grande resistencia; pero cuando se acercó á la capital, un espectáculo imprevisto se ofreció á sus ojos. La Roma de otros tiempos parecia haber salido de su tumba: el odio habia despertado el valor: el Capitolio parecia querer dominar otra vez el mundo: los siete montes volvian á producir nuevas lejiones que cubrian la llanura, y repetian los temidos nombres de *senado y pueblo romano*, que inspiraban todavia respeto, y aterraban á las tropas de Galerio, temerosas de cometer un parricidio si atacaban la ciudad sagrada. Con semejantes disposiciones el écsito no podia ser dudoso: al primer choque huyó el ejército de Galerio, y este príncipe hubo de capitular para salvar su vida. Macsimiano, que hubiera podido destruirle, temió que hallase recursos en su desesperacion, y le permitió volver al Asia con su ejército.

Durante esta lucha corta pero sangrienta, Constantino, dejando que sus rivales se debilitasen mútuamente, consolidaba su po-

der, hacia prosperar en sus estados el comercio y la agricultura, manteniendo la disciplina en su ejército. La economia llenaba su tesoro, y los pueblos ensalzaban su gobierno. Macsimiano, para obligarle á sostener su causa, le ofreció en casamiento á su hija Fausta: aceptó la propuesta, pero solo prometió la neutralidad mas estricta, y no consintió en reconocerle por emperador sino cuando Galerio le cedió la Italia y la ciudad de Roma.

El imperio gobernado por seis principes. — Despues de la retirada de este emperador, el mundo romano se halló gobernado por seis príncipes: Macsimino mandaba en Africa y Ejipto: Macsimiano y Macsencio en Italia: Licinio en Grecia, Tracia é Iliria: Galerio en Asia, y Constantino en las Galias, Britannia y España. Semejante repartimiento no podia durar, y esta oligarquía de príncipes costó mas sangre que la anarquía de los treinta tiranos vencidos por Aureliano.

Libre Macsencio de toda inquietud por las victorias de su padre, despreció sus órdenes apenas creyó no tener necesidad de su apoyo, insultó á los grandes, despojó á los ricos, autorizó la licencia de las tropas, y se entregó públicamente de noche y de dia á los escesos de la mas escandalosa disolucion. Su padre, viéndole espuesto al odio público, creyó favorable aquel momento para completar su designio. El astuto viejo despreciaba y aborrecia á su hijo, y no se habia servido de él sino como de un instrumento para subir al trono. Esperando que la opinion jeneral le favoreceria, convoca al senado y al pueblo, dirije á su hijo las reprensiones mas fuertes por su incapacidad, vicios y crueldades, le declara indigno de reinar, y le arranca con sus propias manos el manto imperial.

Fuga de macsimiano.—(309) Los senadores, caballeros y ciudadanos, no sabiendo qué partido tomar, guardaron profundo silencio, cuando repentinamente los jóvenes cortesanos, partícipes de las disoluciones de Macsencio, y los soldados, cuyos desórdenes favorecia, le rodean y defienden dando espantosos gritos, dicen mil injurias á Macsimiano, le amenazan, levantan contra él sus manos furiosas, y obligan al ambicioso viejo á buscar su salud en la fuga.

Caido del trono por la segunda vez, pasó al Asia á buscar con

vileza y vanamente el apoyo de Galerio: despues de inútiles esfuerzos para incitarle contra su hijo, vino á las Galias á pedir un asilo á su yerno. Constantino le acojió, le dió aposento en su palacio, y le concedió todos los onores debidos á su dignidad.

La edad y los reveses no podian suavizar el corazon de este viejo, que solo vivia para reinar; y mientras su yerno le trataba como á un padre, no pensaba él sino en quitarle el trono y la vida.

Los francos invadieron de nuevo el pais de los treviros. Constantino, que debió casi todas sus victorias á la rapidez, marcha contra ellos al frente de un corto número de tropas. Apenas Macsimiano le ve ocupado con aquella guerra, echa la voz de que su yerno, rodeado por los bárbaros, ha caido en sus manos, y convocando apresuradamente las lejiones que habia en el territorio de Arelate (Arles), es saludado emperador por ellas.

Constantino supo este suceso cuando su audácia acababa de auyentar á los enemigos al otro lado del Rin. Tan pronto como el relámpago, vuelve á las orillas del Arar, baja por este rio y el Ródano, y llega de improviso al pie de las murallas de Arelate. Macsimiano no habia tenido tiempo para organizar sus fuerzas y consolidar su usurpacion. Mandaba por el terror, y Constantino era amado; y así, apenas se anuncia su llegada, los corazones y los soldados son suyos. Macsimiano huye á Masilia, Constantino le sigue y entra en la ciudad, cuyas puertas le abrieron los habitantes. Clemente despues de la victoria, no quitó á su suegro mas que la púrpura imperial, le dejó la vida, y lo conservó á su lado.

El implacable viejo, lejos de enternecerse por esta mansedumbre, y resuelto á vengarse, juró dar la muerte al mismo que conservaba sus dias. Algunos meses despues hallándose en Masilia (Marsella) con Constantino, cuya alma jenerosa no podia sospechar semejante crímen, descubrió su orrible proyecto á su hija Fausta, empleando sucesivamente los regalos, las súplicas, las promesas y las amenazas para persuadirla á que dejase abierto de noche el cuarto de su esposo, y á alejar de él las guardias que velaban por su seguridad.

La desgraciada emperatriz, obligada á dar la muerte á su padre si habla, ó á su esposo si calla, duda largo tiempo en tan

espantosa situacion, á quién debe salvar ó entregar: en fin, el amor conyugal triunfa: promete á su padre obedecer, y lo revela todo á Constantino. Mas aflijido que aterrado por el delito, reusaba creerlo, y quiso antes de castigar, tener la prueba evidente de él. Segun las costumbres bárbaras de aquel tiempo, los esclavos no se miraban como hombres. Constantino sacrificó la vida de un eunuco para descubrir la verdad: le mandó acostarse en su cama, alejó las guardias, y se puso donde pudiese ser testigo de cuanto pasase.

Muerte de Macsimiano.— Enmedio de las sombras y silencio de la noche, Macsimiano, armado de un puñal, llega, ve con bárbara satisfaccion que su hija habia desembarazado su camino de todos ostáculos; entra en el aposento, se acerca al lecho, sepulta muchas veces su puñal en el seno del esclavo, y grita: «Mi enemigo es muerto: »soy dueño del imperio.» Apenas ha dicho estas palabras, se presenta Constantino á su vista, lo aterra con sus miradas amenazadoras, y muda su cruel alegría en vergüenza y desesperacion. El emperador no perdonó esta vez, y Macsimiano murió víctima de su ambicion desenfrenada, que solo pudo estinguirse con su vida.

Macsencio, que habia vendido, insultado y destronado á su padre, declaró temerariamente que queria vengarle. Desde que reinaba solo, su tiranía era desenfrenada. Roma bajo el dominio breve de este príncipe feroz é insensato se llenó de delatores, fué inundada de sangre y entregada al pillaje. El pudor de las matronas y doncellas mas distinguidas fué inmolado á la brutalidad de sus deseos. Sofronia, cristiana y casada con un ilustre senador, viendo rodeada su casa por los satélites del tirano, creyó que sin ofender á Dios podia perder la vida por conservar su onra, y se dió la muerte. La sangre de esta nueva Lucrecia hubiera quizá armado á los romanos contra la tiranía, á no contenerlos el ejército, adicto á Macsencio, y que reinaba mas que él, disponiendo á su sabor de la fortuna y vida de los ciudadanos. El príncipe les decia con frecuencia: «Robad, saquead, pro»digad; esos son vuestros dere»chos: la fortuna del imperio »que sosteneis os pertenece.»

Con el apoyo de estos soldados licenciosos se creia único emperador, hablaba con despre-

cio de los otros césares, y los trataba como á lugartenientes suyos.

MUERTE DE GALERIO. — El senado y el pueblo, cansados de su aborrecido yugo, imploraron el socorro de Constantino. Las circunstancias eran favorables: Galerio acababa de terminar su vida por una enfermedad dolorosa, en la cual pareció que los vicios de su alma habian inficionado su cuerpo: murió lleno de úlceras y devorado de remordimientos, y antes de fallecer revocó sus crueles edictos contra los cristianos.

TEMERIDAD DE CONSTANTINO.— Licinio y Macsimino, sus sucesores, se disputaban el imperio de Asia; y Constantino, sin temer diversion por la parte del Oriente, marchó á Italia, adonde le llamaba su destino; pero antes de pasar los Alpes, una feliz temeridad aumentó su gloria y aseguró por mucho tiempo la tranquilidad de la Galia.

Los bárbaros, que hasta entonces hacian la guerra separados, invadiendo cada pueblo las provincias que estaban mas á su alcance, se reunieron entonces, y un ejército formidable de francos, bructeros, y de casi todas las naciones jermánicas, pasó el Rin. Constantino marchó contra ellos con tropas inferiores en número, pero superiores en valor y táctica. Cuando estuvo cerca de los enemigos, se disfrazó, entró con osadía en sus campamentos, habló familiarmente con los bárbaros, y reconoció con cuidado todos sus puestos. Vuelve á su ejército, ataca á los enemigos por la parte mas débil de su posicion, los desordena y auyenta, y hace en ellos orrible carnicería.

Aseguradas con esta victoria sus provincias, reunió todas sus fuerzas, que ascendian, segun los historiadores, á solos cien mil hombres, pasa los Alpes Grayos (el monte Cenis), toma por asalto á Augusta de los seguisianos (Suza), derrota en las llanuras de los taurinos un gran cuerpo de caballería que se oponia á su marcha, se hace dueño de Augusta de los taurinos (Turin) y de Mediolano, y fué recibido en toda la Galia Cisalpina, no como enemigo, sino como libertador.

Macsencio, tan cobarde como orgulloso, nunca fué temible sino á la inocencia, al pudor y á la virtud. Se mantenia encerrado en Roma, y hacia la guerra por medio de sus jenerales. Sus armas le habian sometido el Africa, quitada á Macsimino: un u-

surpador llamado Alejandro se rebeló en ella y la gobernó tres años, hasta que Rufino, enviado por Macsencio, lo derrotó y le dió muerte. Dióse á Pompeyano el encargo de defender á Italia y pelear contra Constantino. Su ejército, compuesto de las tropas de Italia y Africa, tenia ciento ochenta mil soldados, ardientes defensores de un tirano que entregaba á su codicia todas las riquezas de Roma y de Italia. Como no bastasen los impuestos á pagar este numeroso ejército, Macsencio recurrió á las confiscaciones: ninguna tiranía hizo derramar mas lágrimas y sangre.

Precedido Constantino por la fama de sus azañas y el renombre de sus virtudes, era llamado por los votos de todos los ciudadanos oprimidos. Sin embargo, antes de pelear con fuerzas superiores á las suyas y mas temibles aun por el nombre de Roma que las favorecia, y por la derrota reciente que habian dado á Severo y á Galerio, animó el valor de sus soldados ofreciéndoles el socorro celestial, y para librarlos del temor que inspiraba la fortuna y los dioses del Capitolio, les prometió la victoria en nombre de un Dios mas poderoso. Su madre Elena le habia enseñado en su infancia á despreciar la idolatría y á venerar el Dios de los cristianos. A ejemplo de su padre, los protejió siempre. El culto de Jesucristo, triunfante enmedio de las persecuciones, se habia estendido rápidamente por todo el imperio: el odio de la opresion aumentaba los prosélitos, la sangre de los mártires fortificaba las raices del cristianismo. Los guerreros mas valientes, los hombres mas sabios, los ciudadanos que habian conservado algun sentimiento de virtud, se declaraban por la relijion de la moral, y despreciaban los falsos dioses de Macsencio y Macsimino, como tambien su Panteon, poblado de tiranos, y su Olimpo mancillado de vicios. Los pobres y esclavos invocaban á un Dios, que recordaba á los hombres su igualdad primitiva, y las mujeres abrazaban ardientemente una relijion que mandaba la clemencia y el amor, y que prometia una felicidad eterna á las virtudes suaves.

El politeismo era defendido por los satélites de los tiranos, por los sacerdotes, por los filósofos sistemáticos, por los supersticiosos que creian inseparable de la gloria de Roma el antiguo culto, y en fin, por los hombres corrompidos, cuyo in-

terés los inclinaba á la creencia de los vicios divinizados.

Macsimino, tan intolerante como Galerio, favorecia el partido de Macsencio, y se mostraba como él implacable enemigo de los cristianos. Licinio, su rival, sostenia la causa de Constantino, y por favorecerle, se mostraba afecto al cristianismo. Tal era la disposicion de los ánimos, cuando Constantino, sea que fuese ilustrado como dicen muchos embusteros, por las luces de la relijion, ó ya se dejase dirijir por las de la política, recurrió á una trapacería piadosa para persuadir á sus soldados que el mismo cielo se armaba en su favor.

NUEVO ESTANDARTE LLAMADO *Labarum*.—Apoyado con el testimonio falso de los guerreros cristianos que combatian á sus órdenes, dijo, que hallándose un dia en marcha á la hora que iba á ponerse el sol, habia visto en el aire una cruz luminosa con la inscripcion: *en esta señal vencerás (in hoc signo vinces)*: y que la noche siguiente se le habia aparecido Jesucristo en sueños, y esplicándole el fenómeno, le habia mandado tomar un estandarte semejante á aquel signo celestial (1). El emperador obedeció: la nueva bandera imperial tomó el nombre de *lábaro* que tenia la antigua. Todo el ejército siguió con entusiasmo esta insignia milagrosa, y llevó desde entonces en los yelmos y escudos la señal brillante de la cruz, objeto anteriormente del insulto y la persecucion.

Tal es la relacion que Eusebio pretendia tener de boca del mismo Constantino. Los escritores de aquella época lo contaban de otra manera: decian que se habia visto en el aire un ejército que dirijia y animaba al del emperador. ¿Dónde está la verdad? La supersticion jeneral atribuyó á prodijio la derrota de Macsencio.

Constantino, siguiendo su marcha, encontró cerca de Verona el ejército de Pompeyano, y le dió batalla: en esta accion, larga y sangrienta, Constantino manifestó la habilidad de un gran capitan, y se espuso como un soldado. La fortuna coronó sus armas: destruyó una parte del ejército enemigo, y auyentó la otra.

Los restos de las lejiones vencidas, uniéndose á las tropas que habia en Roma, formaron otro ejército numeroso que se acampó al occidente del Tiber: su principal fuerza era de pretoria-

(1) Año de Jesucristo 311.

nos. Macsencio, entregado á sus infames disoluciones, no salia del recinto de su palacio. Los oráculos engañosos de las Sibilas, alentaban su ánimo supersticioso; porque le dijeron con su ambigüedad ordinaria, «que el enemigo de Roma seria vencido »dentro de poco.» El tirano no conocia que este era anuncio de su derrota y muerte.

Muerte de macsencio.—(312) No tardó en tener contra sí al ejército victorioso; y á pesar de su cobardía, se vió obligado por las amenazas é indignacion de los pretorianos á ponerse á su frente. Dada la señal, no fué dudosa largo tiempo la victoria. Macsencio dirijió sus tropas sin habilidad: la guardia pretoriana, afeminada por una larga inaccion, no sostuvo el choque de las lejiones aguerridas del Norte: las reclutas de Africa é Italia las siguieron en su fuga, y en pocas horas fué completa su derrota. El gran número de fujitivos rompió con su peso el puente del Tiber: Macsencio, que iba enmedio de ellos, cayó en el rio y se aogó.

Entrada triunfal de Constantino en roma.—Roma abrió sus puertas al dia siguiente, y Constantino al son de las aclamaciones públicas entró como libertador en la capital del mundo: la cabeza de Macsencio, puesta en una lanza, precedia su carro. No se veía en este noble triunfo, dice un orador de aquel tiempo, jenerales aherrojados, príncipes con la cadena al cuello, ni bárbaros cautivos: servíanle de adorno el senado y los patricios restituidos á su dignidad, los desterrados vueltos á la patria, el pueblo romano libre de un cautiverio odioso; y en fin, Roma sustraida á la tiranía de un mónstruo.

Su gobierno.—El emperador no mancilló entonces su victoria con ningun acto de rigor; y su severidad se empleó en abolir las coortes pretorianas, enemigas siempre de los buenos príncipes, y apoyo de los tiranos.

En pocos meses la actividad de Constantino reparó los males producidos por diez años de tiranía: los desterrados volvieron á sus ogares: los proscritos tomaron posesion de sus bienes: el senado recobró su autoridad: la justicia presidió en los tribunales: el pudor respiró, y el vicio se ocultó entre sombras vergonzosas: los delatores fueron desterrados: los majistrados concusionarios destituidos y castigados; en fin, los labradores, aliviados de los enormes impues-

tos que devoraban sus frutos y mieses, se entregaron de nuevo al trabajo con seguridad y confianza.

Constantino recibió del senado los onores concedidos á todos sus antecesores. Conformándose con las antiguas costumbres populares, celebró juegos y dió á la plebe los espectáculos ordinarios del circo: mas no quiso tomar parte en los sacrificios, y por su desprecio á los falsos dioses se atrajo la censura de los habitantes de Roma, adictos la mayor parte á las antiguas supersticiones.

Alianza de Licinio y Constantino.—(313) Algun tiempo despues Constantino pasó á Mediolano, donde celebró una conferencia con Licinio, é hizo alianza con este príncipe, dándole por mujer á su hermana Constancia. Uno y otro, por acuerdo comun, publicaron en sus estados muchos edictos para devolver á los cristianos sus bienes é iglesias, á los obispos su autoridad espiritual, y para autorizar en todas partes el ejercicio libre y público del cristianismo.

A la muerte de Galerio se disputaron el Asia Licinio y Macsimino. Este, mas pronto que su colége, se apoderó de aquella provincia, se fortificó en ella, y obtuvo por un tratado la cesion definitiva. Esta paz no fué de larga duracion. Mácsimino, enemigo implacable de los cristianos, no podia sufrir la proteccion que les concedian sus dos colégas, y las reprensiones que le hacian por su crueldad. Inflamado su odio por el furor de sus sacerdotes y de los antiguos partidarios de Galerio y Macsencio, que se le habian reunido, orgulloso por el número de sus tropas y la estension de sus estados, y engañado por falsos oráculos, se resolvió á acometer inesperadamente á Licinio, derribarle del trono, vencer despues á Constantino, y apoderarse de todo el imperio.

Derrota, huida y muerte de Macsimino.—(314) Reuniendo en secreto sus tropas, marchó con velocidad al Bósforo, lo atravesó y se hizo dueño de Bizancio y Heráclea. Licinio, no desalentado por los primeros sucesos de esta invasion, salió de Mediolano, se puso al frente de las valerosas lejiones de Tracia é Iliria, atacó las tropas asiáticas, cuando estaban entretenidas en el pillaje, y las derrotó en dos batallas campales. Macsimino, perdida la mayor parte de su ejército, se escapó á Cilicia, donde perseguido por las tropas

de su rival, se dió la muerte con veneno.

Licinio, tan feroz como él, usó cruelmente de la victoria: no solo mandó matar toda la familia de Macsimino, sino tambien á Prisca y á Valeria, la una esposa, y la otra hija de Diocleciano.

Guerra entre Constantino y Licinio.—Solo quedaban ya dos emperadores, Constantino y Licinio: el interés que los habia unido por un momento, no tardó en dividirlos. Constantino ecsijia un nuevo repartimiento en que se le cediesen las provincias de Iliria, Tracia, Macedonia y Grecia: Licinio no lo consintió, y vinieron á las manos.

Los dos emperadores se dieron batalla en Címbalis, cerca de Sirmio, ciudad de Iliria, ambos valientes y esperimentados, ambos con lejiones aguerridas. La accion duró veinticuatro oras: al fin, el ala que mandaba Constantino desordenó la opuesta, y decidió la victoria. Licinio se retiró á Adrianópolis, juntó nuevas fuerzas, y adoptó por césar á Valente, jeneral poco conocido.

Constantino le atacó de nuevo en Mardia, ciudad cercana á Adrianópolis: el combate no fué decisivo y cada partido se atribuyó la victoria; pero solo Constantino logró sus frutos, porque Licinio, desalentado, se sometió á las condiciones que su rival quiso imponerle, depuso á Valente, y le mandó matar; y abandonando las provincias que Constantino le pedia, no conservó sino una parte de Tracia, el Asia y el Ejipto.

Licinio, que ofendido en su ambicion, no consideraba aquella paz desventajosa sino como una tregua, resuelto á quebrantarla apenas tuviese alguna esperanza de victoria, aumentó su ejército, y llenó su tesoro oprimiendo á los pueblos con impuestos y confiscaciones. Es verdad que su tiranía recayó solo sobre los ricos y poderosos: porque este príncipe, habiendo nacido en la clase de los aldeanos, se acordó de ellos y los protejió siempre.

En todas las partes del imperio veneraban los cristianos á Constantino como á libertador, protector y jefe: esto bastaba para que Licinio se declarase enemigo de ellos; y así, abrazó con ardor la causa del jentilismo, y entregó los cristianos al odio y venganza de sus perseguidores. Constantino los defendió: Licinio escitó los descontentos de Roma á conspirar contra su coléga. Despues de mútuas acusaciones

y de conferencias tan infructuosas como poco sinceras, se encendió la guerra, igualmente deseada por entrambos.

DERROTA Y MUERTE DE LICINIO. — (323) Viéndose Licinio, poseedor de los tesoros del Oriente, cuatrocientos cincuenta buques de guerra y un ejército de ciento setenta mil hombres, no dudaba de la victoria, y así decia: «Consiento con gusto que »el écsito de este combate sirva »de juez entre los dioses del im»perio, que me han confiado su »venganza, y el Dios de Constan»tino.»

Acampados sobre una altura que dominaba á Adrianópolis, y defendido por el Hebro, esperó tranquilamente á su rival. Muchos dias detuvo á Constantino la fuerte posicion de Licinio; pero instruido en las estratajemas de la guerra, se mantuvo en inaccion algun tiempo, y sorprendió repentinamente al enemigo pasando el rio por un sitio cuya defensa se habia descuidado, sin dar tiempo á Licinio para mudar sus disposiciones. Le atacó impetuosamente, le obligó á huir, y le encerró en Bizancio.

Constantino habia dado el título de césar á su hijo mayor Crispo, que tuvo de Minervina, su primera mujer: los demás que habia tenido de Fausta fueron decorados con el mismo título. Crispo mandaba en esta guerra la escuadra de su padre; encontró en el Helesponto á la de Licinio, la derrotó, y echó á pique mas de ciento treinta bajeles. Constantino estrechaba el sitio de Bizancio: Licinio, temiendo caer en sus manos, se escapó de noche á Calcedonia. El vencedor le persiguió, le dió la última batalla, logró una victoria completa, y no dejó recurso al vencido, que en aquella accion perdió ciento treinta mil hombres entre muertos y prisioneros.

Licinio huyó casi solo á Nicomedia, imploró la clemencia de su enemigo, y le pidió la vida, abandonando todas sus pretensiones al imperio. Las lágrimas y ruegos de su mujer Constancia, enternecieron á su hermano, y concedió lo que pedia; pero algun tiempo despues, con el pretesto de que Licinio solicitaba enardecer el zelo de sus partidarios, el ardiente defensor del cristianismo le mandó matar. La derrota y muerte de Licinio reunieron, en fin, bajo las leyes de un solo príncipe todas las partes del imperio romano.

CONSTANTINO,

UNICO SEÑOR DEL IMPERIO.

Mudanzas en el imperio. — El reposo de Constantino fué mas activo y le hizo mas célebre que su vida belicosa. En la guerra solo habia hecho conquistas: en la paz mudó el gobierno, las leyes y la relijion.

Mientras participó de la autoridad suprema con rivales tan poderosos como él, que defendian á los dioses del Olimpo y las antiguas instituciones, se limitó á protejer al cristianismo, y á reparar con leyes justas las desgracias de diez años de tiranía. «Roma, dice un historiador de »aquella época, bajo la tiranía »de Macsencio semejaba á una »vasta prision, cuyas puertas a»brió Constantino.» Desde su triunfo volvió á parecer la justicia, la tolerancia, el órden y la paz. Todos los hombres de mérito que habian peleado con él, gozaban de los mas altos destinos: los pretorianos licenciados servian en diversos cuerpos del ejército, y el emperador solo habia desplegado su severidad contra el vicio, la disolucion y la delacion, á la cual llamaba *peste pública*. Los cristianos le debieron que se acabase la persecucion; pero los protejijó sin vengarlos: respetó á los principios el culto antiguo, y aun tomó el título de soberano pontífice: solo proibió los sacrificios que ultrajaban la naturaleza, y el charlatanismo de los arúspices que en las épocas de calamidad se introducian en todas las casas, y satisfacian su avaricia á costa de la credulidad. Las dos únicas leyes perniciosas que dió fueron la de esceptuar al clero de todo servicio público y empleo oneroso, y la abolicion de la ley contra el celibato. Como el imperio estaba empobrecido y despoblado, estos dos edictos, que impidieron los matrimonios y atrajeron á la iglesia un tropel de vagos y ociosos, produjeron en poco tiempo funestísimos resultados.

Sin embargo, despues de tantos años de violencias, persecuciones y guerras civiles, se debia aplaudir el reinado de un emperador que mostraba tanta moderacion y jenerosidad, y que prometia seguir por modelos á Claudio II, su tio, y á Marco Aurelio, y cuya mácsima era que atendida la imperfeccion de los hombres, es menester gobernarlos, no por las leyes de la estricta justicia, sino de la benigna equidad.

Uno de sus edictos encargaba

al tesoro público la manutencion de los niños que sus padres no podian alimentar. Otro convidaba á todos los ciudadanos á acusar sin temor á los comandantes, administradores y majistrados que les hubiesen hecho alguna injusticia, prometiéndoles ecsaminar y satisfacer sus quejas. Opuesto en aquel tiempo á toda reaccion, respondió á los que pedian la muerte de los perseguidores: «La relijion manda morir, y proibe matar en defensa suya.»

Lucha del paganismo y del cristianismo.—Los diez primeros años de su reinado fueron propios de un gran príncipe, y los paganos se quejaban de él sin razon: el emperador protejia *la libertad mas preciosa para el hombre, como es la de la conciencia;* y si su vista se ofendia viendo en la plaza pública la estátua de Constantino con una cruz en la mano, debian consolarse de tal afrenta, viendo en pie sus templos, y rodeados de ofrendas y de incienso.

Pero cuando este príncipe se vió dueño del imperio y sin concurrentes, su zelo por la relijion, á la cual atribuia todos sus triunfos, no tuvo límites. El imperio parecia dividido entre dos pueblos. El uno defendia sus antiguas y respetadas instituciones, y los dioses falsos de sus mayores; y el otro no queria mas que un amo y un Dios.

Constantino se declara por el cristianismo.—El jenio ardiente de Constantino se declaró abiertamente por el partido mas favorable á su ambicion y á su creencia. Estas dos pasiones le hicieron creer que la constitucion de un estado tan antiguo, y tan corrompido, necesitaba de una entera rejeneracion. Ignoraba, como afirma Montesquieu, que, «si las reformas son saludables, las revoluciones son funestas; que los imperios son grandes masas que no se sostienen sino por su peso y por la union de sus partes sanas ó viciosas.» Estas se hundieron luego que una mano temeraria quiso tocar al antiguo cimiento que las unia.

El emperador, ofendido de toda resistencia, sostuvo el cristianismo con las armas del error y con la violencia. Atacando á la opinion pública, á las costumbres y á las antiguas leyes, no se contentó ya con proscribir los espectáculos de gladiadores, alimento del valor romano, y las fiestas, en las que se entregaba la juventud á la alegría; sino que además mandó, aun á los que no

eran cristianos, la cesacion del trabajo en los dias festivos, cerró los templos jentílicos, proibió los sacrificios, y derribó los ídolos: los privilejios de las vestales se transfirieron á las célibes cristianas: la libertad dada á los concilios, fué arrancada al senado: los obispos, decantados apóstoles de la pobreza y de la humanidad, adquirieron palacios, riquezas, lujo, fausto, boato; el clero gozó de esenciones injustas y escandalosas, que hicieron como era de esperar falsos prosélitos: el temor produjo finjidas conversiones; y la ambicion y el orgullo se entraron por las puertas de la iglesia cristiana.

Bien pronto se vieron cortesanos hipócritas correr á la fortuna bajo el manto de la piedad, y á pontífices ambiciosos y turbulentos, hacer de la cátedra de la verdad un teatro de discordia como lo habia sido otras veces la tribuna.

Todo cambió en el mundo, intereses, costumbres, opiniones y lenguaje: la discusion de los asuntos eclesiásticos remplazó á la de los negocios públicos: ya no hubo mas patria que el interés de los cristianos, la sotana reemplazó á la toga, y los negocios del foro se fueron á las sacristías. Luego que el ardor del zelo relijioso fué un medio de medrar, cada cual se hizo disputador fulminante.

Cuanto mas se estudia la doctrina de Jesucristo y de los apóstoles, mas se vé la tendencia que tiene á hacer á los hombres felices. El Salvador del mundo habia reducido toda la ley á dos preceptos que son la base del Evanjelio: *Amad á Dios sobre todas las cosas y á vuestro prójimo como á vosotros mismos.* Una caridad universal era el alma del cristianismo, que debia desprender á los hombres de la tierra por el sacrificio de las pasiones desenfrenadas, para unirlos unos con otros por medio de un amor puro y sin límites. De los deberes de la sociedad humana, hacia un medio esencial de salvacion. Ella desterraba igualmente el interés, la codicia, la enemistad y la discordia. El mismo San Pablo proibió severamente toda cuestion que pudiese escitar vanas disputas; y nada parecia mas lejos del espíritu del cristianismo que un zelo amargo, arrogante y tenaz, que sopretesto de servir á Dios, introdujese el desórden en la iglesia ó en el estado.

Interin fueron pocos los cristianos, y la persecucion servia de alimento á su virtud, las máx-

simas del evanjelio sostuvieron el primer fervor. Si alguna disputa se suscitaba, el juicio de los apóstoles y de los obispos sus sucesores, terminaba facilmente sus diferencias. Eran entonces sencillos y modestos; no la echaban de sabios; en vez de razonar solo los misterios, practicaban la moral; eran cristianos por la humildad de la fé y aun mucho mas por la santidad de las obras.

Pero á la iglesia sucedió lo que sucede al corazon humano. El pobre es jeneralmente humilde, piadoso, compasivo; sus ojos se dirijen con frecuencia ácia el cielo, y la plegaria sale de su boca ardiente y fervorosa pidiendo compasion para sí y para los demás. Pero si llega á tener riquezas, se acabó la virtud; su humildad se trueca en insolencia, su compasion en desprecio, en altanería su virtud, y lejos de orar, su boca no pronuncia mas que vanidades y arrogancias. Habiendo hecho la iglesia grandes conquistas en silencio, y recibido en su seno á toda clase de personas que le llevaban sus vicios y sus pasiones, la paz de que habia gozado durante muchos príncipes se concluyó, porque se introdujo la relajacion en la doctrina, el gusto de las vanidades terrestres, y la ambicion de dominar se apoderó de muchos cristianos presuntuosos. Los griegos, particularmente los de Alejandría, naturalmente sofistas, quisieron discutir, analizar é ilustrar los dogmas, é introdujeron en la teolojía el gusto y las ideas del platonismo. Con semejante procedimiento se sometian las verdades divinas á todos los caprichos de la opinion. Por otra parte muchos fanáticos y entusiastas, tomando á la letra las palabras de las Escrituras, celadores de un rigorismo absurdo, incompatible con la naturaleza humana, hicieron muchísimo mal con el lenguaje y esterior de la santidad, arrastrando facilmente al pueblo á sus opiniones y juntando el calor de la imajinacion á la inflecsibilidad del carácter.

Nacimiento de las sectas. — De aquí nacieron sectas muy diferentes de las de los filósofos. Estos no formaban cuerpo ni tenian ninguna influencia sobre el vulgo, abandonaban sus sistemas al ecsámen tranquilo de la razon, no ajitaban sino materias indiferentes para la multitud; ó por lo menos, si atacaban á las supersticiones nacionales, era aparte en un círculo de discípulos y de lectores que se contentaban

ordinariamente con pensar y no intrigaban. Podia echársele en cara á la mayor parte de estos filósofos el ser sofistas, orgullosos é inútiles ciudadanos: no podia tampoco acusárseles como perturbadores del órden público; pero los principales sectarios, siendo ministros de la relijion, y diciéndose intérpretes del cielo, erijian en verdad de fé sus errores, é inculcándolos al pueblo como la misma relijion, inspiraban fácilmente un fanatismo contajioso, de que era dificil garantirse al combatirlos. Las sectas debian ser enemigas encarnizadas, y lo fueron; los ortodocsos concitaron el odio de sus contrarios con zelo ecsajerado é irritante.

Apenas fué Constantino declarado protector de la fé, cuando las disputas estallaron con una bárbara violencia. Importaba en gran manera evitar funestos resultados con una conducta igualmente firme y moderada: era necesario sobre todo cortar cuidadosamente disputas que solo podian calentar las cabezas. Tocaba á los sacerdotes juzgar los negocios espiritnales, y al príncipe velar por el mantenimiento del órden y de la paz. Una vez que la animosidad y el entusiasmo de la supersticion fermentasen, el espíritu de partido infaliblemente iba á tomar vuelo, á ajitarse y á traspasar los límites. Constantino lo probó en todo su reinado. De las disputas eclesiásticas hizo negocios de estado; y lejos de calmarlas, las hizo mas ardientes y tenaces.

Cisma de los donatistas. — El cisma de los donatistas, ocasionado por la condenacion de algunos sacerdotes que en tiempo de la persecucion habian abandonado á los profanos las Escrituras, llenó al Africa de turbulencias y de escándalos. El emperador convocó un concilio en Roma y otro despues en Arles (314) para juzgar las diferencias; y se levantó contra la *imprudencia* de los donatistas, que apelaban á su tribunal del juicio de los obispos. Sin embargo, él mismo hizo justicia algun tiempo despues. El cisma dejeneró en herejía y produjo el fanatismo bárbaro de los *circunceliones*.

Estos fanáticos corrian á las armas para dar la libertad á los esclavos y forzar á los acreedores á que perdonasen las deudas, pues sostenian que la relijion habia ordenado la comunidad de bienes. Hacian voto de continencia, y no por eso dejaban de entregarse á la crápula mas desenfrenada. Con este grito de guerra: *alabanza á Dios*, se en-

tregaban á todos los orrores del asesinato, bajo las órdenes de algunos furiosos que ellos mismos se calificaban de *jefes de los santos*. A las crueldades atroces, juntaron un frenesí que llamaban *martirio*, precipitándose desde alguna eminencia, arrojándose al fuego, ó haciéndose dar la muerte. Tales eran los cristianos de Africa: el fanatismo podia desplegar en ellos toda su demencia y su rabia.

Herejia de Arrio.—Bien pronto la herejia de Arrio, sacerdote de Alejandría, que negaba la divinidad de Jesucristo, abrió una fuente inagotable de disputas. Algunos obispos cortesanos, en particular Eusebio de Nicomedia y Eusebio de Cesárea (el historiador de la Iglesia), uno y otro favorables al arrianismo, podian mucho en el ánimo del emperador. El primero le persuadió que no se trataba sino de una vana disputa de palabras. Constantino por lo tanto escribió al obispo de Alejandría y al heresiarca, para invitarlos á la paz y al silencio, comparando su disputa á la de los filósofos de una misma secta, divididos en opinion sobre algunos puntos, pero unidos en lo esencial. Su carta no produjo nada. La disputa se hizo mas viva, y Osio, célebre obispo de Córdoba, habiéndola llevado á un terreno mas firme, publicó él mismo una atroz invectiva contra los arrianos; declamacion indigna de su dignidad bajo todos conceptos, y cuya lectura inspira desprecio por lo que tiene de asquerosa. Entonces ya no se guardó miramiento; los obispos y los pueblos se dividieron con escándalo; y las estátuas del emperador fueron insultadas y pisoteadas por los sectarios. Eesortábanle á la venganza, pero él, llevando la mano á su rostro decia: *yo no me siento herido*. Esta moderacion dicen algunos era de un alma grande; pero nosotros lo entendemos de otro modo. Constantino se habia servido de los partidarios de la cruz para conseguir sus ambiciosos intentos: ya conseguidos, se curaba bien poco de que los cristianos disputasen é hiciesen de la iglesia un burdel.

Concilio de Nicea. — Reune por último un concilio jeneral en Nicea, ciudad de Bitinia. Allí fueron llamados los obispos de todos los puntos del imperio, y se les proveyó de dinero para el viaje. Estos, en número de trescientos diezioch, entre los cuales se contaban diezisiete arrianos, deciden en presencia del emperador la *consustancialidad*

del hijo de Dios con su padre. Los escritos de Arrio fueron condenados. Constantino proibió bajo pena de muerte se conservasen copias, y desterró únicamente al autor, lo cual parece una contradiccion en la práctica.

Mucho tiempo habia que una cuestion poco importante á primera vista, escitaba tambien vivas disputas entre los cristianos. Unos querian celebrar la pascua como los judios, el catorce de la luna de marzo, y otros el domingo despues del catorce. El concilio pronunció en favor de estos últimos, lo cual dió ocasion á otro cisma, cuyos sectarios se llamaron *cuartodecimanos*. Al mismo tiempo se empeñaban en terminar la de los *novacianos*, que hacia ochenta años separaban de su comunion al que se habia hecho criminal despues del bautismo, y sostenian que solo Dios podia absolverlo. Pero estos rigoristas insistierou tenazmente en su secta. La herejía de Arrio se mantuvo mucho mas firme contra el juicio de la iglesia; y vamos á ver al mismo Constantino contribuir con faltas nuevas á los progresos que tan funesta la hicieron.

No hemos hecho aquí mas que indicar las discordias relijiosas que llenarán demasiado la historia deplorable del Bajo Imperio, cuyo triste cuadro formaremos despues con mas estension. En él describiremos otro mundo, otras leyes, otra relijion, una nueva forma de gobierno, un nuevo imperio. Constantino fué su fundador, y en dicha historia contaremos su vida mas circunstanciadamente; pues aquí lo hemos hecho de paso; pero desde aora hemos debido dar á conocer los sucesos principales de un reinado que podria terminar convenientemente la historia antigua, y dar principio á la moderna (1).

(1) En esta parte no somos de la opinion del Conde de Segur. La historia antigua *no termina convenientemente* sino en la ruina del imperio de Roma, y en la formacion de las monarquias de los bárbaros. Entonces empezó verdaderamente la época *de la edad média* con otras sociedades, otras costumbres, otra organizacion interior: entonces fué cuando la relijion cristiana llegó á ser un *principio político*, el solo que ecsistió durante los siglos bárbaros; en fin, entonces empezaron los gobiernos que, con leves diferencias en sus formas, se han conservado hasta nuestros dias. La historia antigua es la del *principio republicano* y *la sociedad del foro*: la moderna la del *principio monárquico* y de la *sociedad doméstica*. En la primera no habia

Constantino, por la inmensa revolucion que procuró hacer, separó en dos grandes épocas los anales del mundo, así como dividió el imperio en dos partes. Pertenece, pues, igualmente á la antigua Roma que libertó, y cuyo poder aniquiló despues, y á la nueva que fundó: hemos seguido, pues, su vida hasta que transfirió á los confines del Asia la silla de su imperio, para alejarse de una ciudad que era á un mismo tiempo el centro de la idolatría y el antiguo templo de la libertad.

Fundacion de Constantinopla. —(329) Cuando todo el mundo se sometia á sus leyes, solo hallaba resistencia en la capital. El capitolio era todavia el monte de Júpiter: cada templo, cada edificio y aun cada habitacion recordaba un dios ó un prodijio: las sombras de los emperadores divinizados parecian poblar á Roma de inmortales: no se formaba ninguna empresa, ni se tomaba ninguna determinacion sin invocar y consultar á los dioses: leyes, costumbres, creencias formaban un todo compacto. Roma era la ciudad de Marte, y era menester destruirlo todo en ella para someterla á la cruz. No oponia menos ostáculos y recuerdos al despotismo; y á pesar de la tiranía de muchos emperadores, la forma de las antiguas instituciones ecsistia aun. El conquistador del mundo se hallaba oprimido en un senado donde se habia oido la voz de Caton, y en un foro donde aun parecia resonar la elocuencia republicana de Ciceron, la temeridad democrática de los Gracos, la insolencia facciosa de Mario.

El orgullo de los grandes y la familiaridad del pueblo eran incompatibles con el jenio altanero de un amo, que desdeñando gobernar como cónsul, mandar como jeneral y juzgar como pretor, queria reinar como los reyes de Persia; y Constantino, determinado á fundar un nuevo imperio, resolvió erijir una nueva capital.

Dos actos de barbárie cuya fealdad basta para borrar la memoria de todas las obras buenas que pudo hacer, apresuraron la ejecucion de sus designios. Mucho tiempo habia que la emperatriz Fausta, segunda mujer de Constantino, temia el crédito, las azañas y la gloria del jóven césar Crispo, hijo del primer matri-

medio entre la libertad y la tiranía. En la segunda se ha combinado el poder con la libertad, la seguridad y el bienestar de los pueblos. (Lista.)

monio de su esposo y Minervina. Esta mujer ambiciosa y pérfida, para asegurar la grandeza de sus hijos quiso librarlos de un hermano que los eclipsaba, y de un rival que los alejaba del trono. Acusó al príncipe de un amor incestuoso ácia ella, y el padre sin ecsámen mandó matarlo. Algun tiempo despues la virtuosa Elena, madre del emperador, le demostró la inocencia de Crispo, y escitó en él pesares y remordimientos tardíos. Algunos amigos del príncipe, tan injustamente condenado, acusaron á Fausta de adulterio, y Constantino, sin ecsaminar las pruebas del delito, la sacrificó á los manes de su hijo. Muchos hombres distinguidos perecieron sin razon conocida. El jóven Licinio fué del número de las víctimas.

Estos homicidios escitaron la indignacion jeneral: el pueblo detestaba al emperador por enemigo del antiguo culto; y como perdida la libertad, habia conservado la licencia, le maldijo y le insultó publicamente, llamándole infame *Neron*. Esta ofensa hizo insoportable al emperador la mansion en Roma. Al principio pensó en transferir los romanos á su antigua cuna, y edificar su capital sobre las ruinas de Troya; pero la posicion de Bizancio, mas favorable á sus miras, le obligó á decidirse por las orillas del Bósforo de Tracia. Esta ciudad, defendida por tres mares, era un punto de comunicacion entre Europa y Asia. Colocando en ella el centro del imperio, era mas fácil defenderlo contra los godos y los persas, sus mas temibles enemigos. Esta revolucion, temerariamente emprendida, se consumó en breve tiempo; y mientras Constantino, siempre infatigable y siempre feliz en sus espediciones, triunfaba otra vez de los jermanos, godos, sármatas y rojolanos, Bizancio, cuyos cimientos habia echado, y que recibió de él el nombre de *Constantinópolis*, se llenó con estraordinaria prontitud de soberbios palacios, basílicas y monumentos magníficos. Para atraer á ella una multitud de habitantes, quita á todos los propietarios de tierras en Asia el derecho natural de disponer de ellas aun por testamento, á menos que no tuviesen una casa en la nueva ciudad. Toda clase de privilejios, distribuciones de trigo, aceite y vino se prodigaron á los que iban á morar en ella. La escuadra de Alejandro que abastecia á Roma se destinó á Constantinopla. Distribuyéronse al pueblo ochenta mil me-

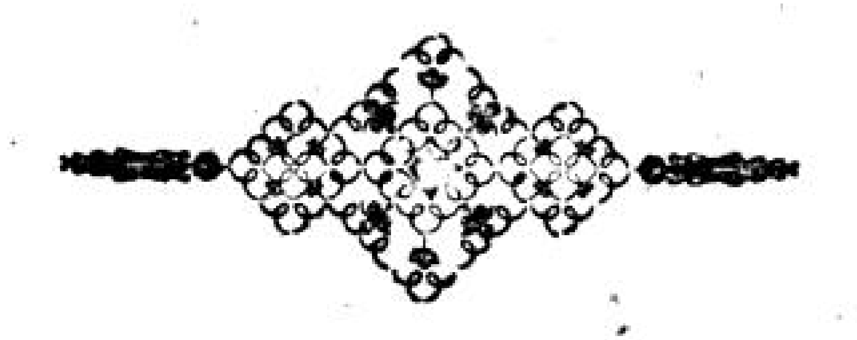
didas de trigo diarias, sin hablar de otras donaciones; de modo que muy pronto las flotas de Alejandría y las de Ejipto fueron insuficientes.

MUERTE DE CONSTANTINO.— (337) Constantino, despues de haber gozado muchos años del poder mas absoluto, turbado solo por los remordimientos de su conciencia, quiso espiar sus atrocidades con el arrepentimiento, y despues de haber consultado, segun refiere Zózimo, á los pontífices del imperio para saber si habia medios de redimirlos, y de haberle dicho que no; un sacerdote de Ejipto, llegado de España le prometió el perdon si abrazaba la relijion cristiana. Este era Osio, obispo de Córdoba: al punto comulgó con los cristianos, aunque no era mas que catecúmeno y quedó su bautismo reservado para el momento de su muerte. Despues de un reinado de trienta años murió y fué colocado por los griegos en el número de los santos, aunque la Iglesia latina no le ha admitido nunca en su calendario. Vencedor de todos sus enemigos, dueño de Oriente y de Occidente, digno del noble título de *fundador de la tranquilidad pública*, que el senado le concedió despues de la caida de Macsencio, pudo levantar el imperio como hicieron Vespasiano, Trajano y Marco Aurelio, y mas tarde Claudio II, Aureliano, Tácito, y Probo; pero mas atento á su propio interés que al de su patria, mas deseoso de estender su grandeza que la de Roma, sacrificó la verdadera gloria á la vanidad. Su estátua brillaba en Constantinopla sobre una columna de pórfido sacada de Roma: la estátua era un Apolo coronado de rayos de luz. En lugar de limitarse á reformas útiles, hizo una funesta revolucion, destruyó el imperio antiguo para fundar otro nuevo: mudó con violencia las leyes, la relijion y las costumbres: quitó el esplendor á la antigua capital, creando otra nueva, y oprimió al mundo con el peso de dos Romas, cuando no habia bastantes romanos para mantener y defender una sola. Desguarneció los campamentos, que mantienen á los soldados en su vigor, para poblar las guarniciones que los afeminan: despojó á los senadores de su autoridad, y los convirtió en esclavos condecorados: hizo visires á sus favoritos y ministros; en fin, sustituyó á las coronas cívicas y á las modestas distinciones de los ciudadanos, los nombres arrogantes de *duques, condes, pa-*

tricios, y los títulos pueriles de *nobilísimos, clarísimos, eminentísimos, y serenísimos*. Favoreció los errores que la ambicion y la hipocresía procuraban introducir en una relijion, cuyas bases son la sencillez, la humildad y la dulzura evanjélica, y apartó los ánimos de los grandes intereses del estado para envolverlos en las disputas teolójicas, miserables y pueriles.

Este príncipe consumó por su lujo asiático la ruina de las costumbres, de la industria y de la poblacion, y fundó sobre los restos de una monarquía el despotismo, cuya grandeza engañadora, y cuyas mácsimas degradantes y asquerosas preocupaciones, dieron nacimiento á tantas leyes funestas, á tantos gobiernos débiles y bárbaros, y sepultaron en las tinieblas á tantas jeneraciones.

Constantino, durante los diez primeros años de su reinado, adquirió el renombre de gran capitan, hábil político, feliz conquistador, libertador de su patria: al fin de su vida fué comparado con razon y justicia á los tiranos. El prudente autor *de la Historia eclesiástica*, hablando con franqueza de sus apolojistas y detractores, confiesa que se debe creer todo el bien y todo el mal que se ha escrito de este príncipe. Habia sido un héroe; mas no supo ser un grande hombre. Embriagado por la fortuna y por el atractivo del poder supremo, demasiado conmovido por los riesgos de sus antecesores, inmoló el bien del imperio á la seguridad del emperador, y para defender su trono cavó alrededor de él un precipicio, en que Roma y su antigua gloria desaparecieron.



LIBRO DUODECIMO.

CUADRO ESTENSO

DE LA LITERATURA, FILOSOFIA, CIENCIAS, USOS, COSTUMBRES Y LEYES DE LOS ROMANOS.

INTRODUCCION.

Convencidos íntimamente de la necesidad de presentar la historia con todo el interés y verdad que reclama su lectura en los tiempos que alcanzamos; y á fin de que se saque de ella la mayor utilidad posible, no creemos que deba limitarse solamente, como de costumbre sucede, á las narraciones de batallas, y á la cronolojía de los emperadores, reyes y tiranos que han rejido al mundo, sino que se estienda, sin alterar los hechos, hasta detallar por insignificantes que á algunos parezcan, los usos y costumbres privadas y públicas, y cuanto necesario sea para conocer la verdadera vida de las naciones, y lo que ha causado, ya su engrandecimiento, ya su ruina.

Hemos creido conveniente por lo mismo estendernos en este libro á detalles que no abrazan jeneralmente ni con tanta estension los historiadores del mundo romano. No hemos juzgado conveniente intercalarlos en la historia romana que acabamos de trazar, por parecernos que separadamente ofrecerian mas interés; y si bien es cierto que nuestros lectores encontrarán varias cosas repetidas ya en otros lugares, sin embargo hallarán muchos pormenores que esciten su curiosidad, y sacarán de ellos utilidad y placer.

Otra de las razones, y acaso la mas poderosa que hemos tenido

para insertar este gran cuadro de las costumbres romanas, su lejislacion etc., es que, habiendo sido aquel pueblo el mas grande y famoso del universo, y del cual han partido las leyes y las costumbres para el resto de las naciones que hoy llamamos civilizadas, convenia detallarlas tan ámplia y cumplidamente como necesario era, á fin de tener cabal idea de un imperio que hizo temblar con sus armas al mundo conocido, y á cuyo pueblo pudo darse mejor que á ningun otro el nombre de PUEBLO REY.

Y así como en la parte de la historia griega hemos hablado de sus sobresalientes escritores, indicando sus obras y el mérito reconocido de ellas, amenizando con esto nuestras estériles narraciones; de la misma manera trataremos de los escritores latinos, como fuentes de la historia romana, y como los modelos por los cuales han sido elegantes y elocuentes las naciones modernas.

Mil pueblos vieron nacer y reinar á Roma, y la consideraron con una envidiosa admiracion; mas ninguno alcanzó á su grandeza. Para formar una potencia tan importante era necesario la reunion de la táctica romana á las costumbres romanas tambien, y el concurso de una multitud de circunstancias que no se encuentran sino en la ciudad eterna.

Sale Roma de sus ruinas despues de haber sido incendiada por los galos y se embellece insensiblemente; sin embargo sus calles continuaban irregulares y estrechas; sus casas, la mayor parte construidas de madera y ladrillos, eran muy altas; y en tiempo de Augusto se proibió las levantasen á mas de setenta pies. Las sorprendentes cloacas de que hablaremos mas adelante, que datan desde el tiempo de Tarquino el antiguo, y que aun subsisten, tenian por objeto el mantener la limpieza. Los acueductos, construidos bajo los cónsules, eran tanto mas necesarios en cuanto que la ciudad no tenia dentro de sus murallas mas que una fuente de agua viva, cual era la de Saturno. El campo de Marte, aquel lugar lleno de recuerdos como el estadío olímpico, ocupaba el lugar donde al presente está Roma; y allí fué el sitio en donde los romanos se entregaban á aquellos ejercicios jimnásticos que contribuyeron tan poderosamente á sus victorias.

En la época del destierro de

Tarquino, la ciudad tenia casi la misma poblacion que hoy; agrandose rápidamente; poco á poco las villas vecinas no fueron ya mas que sus arrabales, y bajo los emperadores llegó á ser inmensa su estension. «Las cocinas de los grandes, dice Plinio con tono de censura, ocupan aora mas espacio que en otro tiempo el patrimonio de un ciudadano.» Ya entonces no se veian las antiguas costumbres sino en los libros ó en la vida de algunos senadores.

Los antiguos romanos eran soldados labradores; durante la paz luchaban contra la naturaleza de su suelo con el mismo ardor que empleaban en combatir al enemigo en tiempo de guerra. Cada uno cultivaba sus ochocientos estadales, es decir, el terreno que un par de bueyes podian labrar en dos dias. El orijen de los bellos nombres de Léntulo, de Pison y de Fabio venia de la primera cultura de las lentejas, de los guisantes y de las habas; posteriormente los grandes hombres que los llevaron añadieron á ellos los nombres de las naciones que vencian. Vestíanse de la lana de sus rebaños hilada por sus mujeres é hijas: los trajes que la reina Tanaquil habia hecho para Tarquino el antiguo se conservaron hasta el tiempo de los césares, y se sabe que los de Augusto eran obra de Livia. Los primeros romanos no tenian mas riquezas que sus ganados; no conocian el dinero. El rey Servio Tulio hizo acuñar las primeras monedas; eran de cobre y representaban el valor de la pieza de ganado cuya figura estaba grabada en el anverso (*pecunia*): las monedas de plata son posteriores en dos siglos al establecimiento del consulado. La riqueza del estado consistia en posesiones que daba á censo. En menos de doscientos cincuenta años la cantidad de tierras desmontadas en el Lacio, ó conquistadas por los romanos se acrecentó bastante para que fuese posible permitir á cada particular tener una propiedad de cuatro fanegas de tierra. Habiéndose agrandando el territorio de Roma á espensas de las ciudades vecinas por las frecuentes guerras y casi siempre victoriosas, Licinio Stolon hizo se adoptase una ley que autorizaba á los ciudadanos á poseer doscientas cincuenta fanegas de tierra. Bien pronto se traspasaron estos límites; las conquistas rápidas de la república hicieron perder de vista á sus ciudadanos toda moderacion; y la inmensa estension de tierras pertenecien-



tes á particulares, dieron lugar á leyes agrarias que escitaron turbulencias sin cortarse el mal. En fin, el fértil suelo de Italia, consagrado únicamente al lujo de los grandes, no pudo bastar para nutrir á sus habitantes; los dueños del mundo reducidos á depender para su subsistencia de las mieses de la Sicilia y de la Cerdeña y á las inundaciones del Nilo, carecieron á menudo de pan.

Los capitanes mas grandes, los guerreros mas intrépidos, y los mejores ciudadanos, se formaron en el seno de la vida campestre; las treinta y una tribus del campo, ocupaban el primer lugar, y casi se avergonzaban de pertenecer á las cuatro tribus ciudadanas. Cultivando con sus manos sobre el monte Vaticano, su modesto patrimonio de cuatro aranzadas, fué como Curio, aprendió á despreciar los dones del rey de Epiro, y llamaba mal ciudadano al que no se contentaba con la posesion de diez aranzadas. Attilio Régulo, el primer romano que hizo temblar á la altiva Cartago, no poseía mas que una pequeña tierra en los alrededores de Roma. El elojio mas bello que los censores pudieron hacer de un senador, era decir que sabia gobernar bien su patrimonio y su familia.

Las conquistas de los romanos enriquecieron á la Europa Occidental con nuevas producciones; los vencedores de Antíoco, de Filipo de Macedonia, y de Mitridates, importaron á Italia las legumbres y los árboles frutales; y en pocas jeneraciones las manzanas, las cerezas, y otras frutas se estendieron hasta las islas británnicas. La oliva pasó de Roma á España y á las Galias. Los romanos fueron tambien los que establecieron los primeros jardines en los paises setentrionales. Ellos gustaban de las flores, y sus casas no tenian otros adornos esteriormente, sino vasos colocados en las ventanas. En tiempo de la guerra de los samnitas el vino era todavia tan raro, que en los sacrificios solo se derramaba gota á gota sobre los altares, y Meciano, que mató á su mujer por haber bebido vino, no fué mirado como culpable. Mas tarde se contaron en Italia hasta ochenta clases de vinos diferentes.

Los jenerales llevaban á sus retiros campestres el espíritu y las virtudes que habian manifestado á la cabeza de los ejércitos; la disciplina militar, el aseo, la popularidad y la sobriedad hallaban aplicacion en el in-

terior de sus casas; y á la manera que Filopémen, en sus paseos proponia á sus jóvenes amigos cuestiones que resolver sobre el arte de la guerra, del mismo modo se vió á Mario dar la forma de un campamento á su posesion de Miseno. Los antiguos eran avaros de su tiempo; así es que entre ellos, un hombre solo podia ejecutar trabajos, que siguiendo nuestras costumbres ecsijirian mas de una vida (1). Se sabe que se hacian lecturas mientras estaban en la mesa y en el baño, á fin de que el tiempo consagrado á los cuidados del cuerpo, no fuese perdido enteramente para el alma. De este modo prolongaron su ecsistencia; porque la ecsistencia consiste en el sentimiento de nuestras fuerzas, que solo puede darnos el empleo de nuestra actividad. Los dos secsos no tenian reuniones habituales; los espectáculos participaban de cierta ferocidad y grandeza, y en un solo dia hizo aparecer Pompeyo en la lid á seiscientos leones; y Augusto cuatrocientas veinte panteras. Los hombres y las mujeres de todas clases y edades, admiraban la destreza de los gladiadores peleando con los animales mas temibles, y de este modo se familiarizaban con la vista de la sangre, con el peligro, y con la muerte. Los romanos temian menos al contajio de la crueldad que se revela por sí misma, que á la de la molicie afeminada, que al principio parece un entretenimiento y despues un mérito, mientras que quita al alma todo su resorte.

Las leyes de Cartago permitian á los ciudadanos entregarse á toda clase de tráficos, y en Roma solo los esclavos tenian autoridad para ello. En los bellos siglos de la república, el majistrado que se hubiese dejado corromper por el estímulo del oro, hubiera sido desonrado; pero los romanos cesaron de ser incorruptibles cuando la inmensidad de las fortunas puso á los particulares en estado de arrostrar la opinion. Despues de la muerte de un ilustre ciudadano, su cuerpo, revestido con los ornamentos de su dignidad era llevado al foro y puesto delante de la tribuna de las arengas; uno de sus hijos ó parientes pronunciaba su

(1) El número de ancianos era mayor en Italia. En tiempo de Vespasiano, se contaban en una corta estension de pais, cincuenta y cuatro centenarios, cuarenta entre cientodiez y ciento cuarenta años, y dos con mas de ciento cincuenta años.

elojio y deploraba la pérdida que acababa de sufrir el estado. Sobre una larga fila de sillas curules se veian colocados los bustos y las estátuas de los antepasados del difunto, en trajes de cónsules, de pretores ó de triunfadores. ¿Qué romano hubiera podido temer morir por la patria, cuando estaba seguro de vivir eternamente en la memoria de sus compatriotas?

El temor de los dioses se mantuvo en Roma sin alteracion por mas de seiscientos años. Polibio observa sobre este punto que los hombres sabios no tienen necesidad de supersticiones, pero que no son los sabios los que componen la poblacion de las ciudades. Asegura que una promesa firmada en debida forma y con el apoyo de veinte testigos, no bastaba siempre en Grecia para impedir á un particular á quien se habia confiado una suma de dinero, violase su palabra; mientras que en Roma, y en su tiempo, no habia ejemplo de malversaciones, y el fraude era allí tan raro como en otra parte la buena fé. «Atenas, »continua el mismo, ha sido en todo tiempo un soberbio bajel »sin timon; y Cartago es hoy lo »que un dia será Roma, porque »tambien á Roma corromperán »las riquezas, y el pueblo que se »hará insaciable se dejará subyu»gar por jefes que aparenten »concederlo todo.» A su disciplina severa, á su vida laboriosa y á su carácter perseverante debieron los romanos la estabilidad de su dominacion. Mas tarde los árabes se engrandecieron con una rapidez espantosa, pero sus conquistas, debidas á su entusiasmo relijioso y á la debilidad de los pueblos que tuvieron que combatir, fueron pasajeras. Attilo avanzó desde el mar Caspio hasta las llanuras de Chalons; pero no hizo mas que aparecer, y se desvaneció como un meteoro; los mogoles, salidos de la mar del Japon, penetraron hasta la Cilicia, pero volvieron á entrar prontamente en los límites que habian traspasado. Los romanos al contrario, hechos dueños de todos los paises que se estienden desde Loch-Lomond en Escocia, del Elba, de los montes Crapacs, de las fronteras de la Rusia hasta las comarcas que producen el incienso, y en los desiertos donde cesa la vida de la naturaleza, conservaron este inmenso imperio durante quinientos cuarenta y nueve años sin perder una sola provincia.

CAPITULO PRIMERO.

FUENTES DE LA HISTORIA ROMANA.

Polibio. — Caton el mayor. — Salustio. — Ciceron, César, Varron. — Cornelio Nepote, Cátulo, Lucrecio, Dionisio de Halicarnaso y Diodoro Sículo. — Tito Livio, Veleyo Patérculo. — Strabon, Pomponio Mela, Pausanias y Ptolemeo. — Tacito y Plinio el antiguo. — Plutarco y Suetonio. — Historiadores posteriores á los dos precedentes. Jurisconsultos, oradores, médicos, arquitectos, etc.

POLIBIO Y CATON EL MAYOR.— Los anales de los pontífices, los documentos auténticos, y los monumentos que contenian la historia de Roma en los tiempos anteriores á la destruccion de la república, han sido presa de las llamas; las obras de los antiguos historiadores, desde Diocles hasta Salustio, han perecido, y los fragmentos que de ellas quedan, no anuncian en sus autores ni crítica, ni miras políticas. Las arengas pronunciadas en la muerte de los ciudadanos ilustres, y á las estátuas que adornaban los vestíbulos de los palacios, conservaban el recuerdo de muchos acontecimientos; pero la vanidad alteraba esta fuente histórica con ficciones frecuentes.

De todos los autores que han escrito la historia romana, y cuyas obras poseemos, el mas antiguo es Polibio de Megalópolis (150) en Arcadia, que obtuvo la amistad del grande Scipion, durante la larga permanencia que hizo en Roma en calidad de embajador de la liga Aquea. Polibio da á conocer la constitucion romana mejor que los escritores nacionales, que suponen en sus lectores el conocimiento sobre las leyes y las costumbres. Viajando en los Alpes, en España y en Africa, adquirió Polibio nociones locales, sin las que es dificil escribir la historia de una manera animada. Miraba las cosas

con justicia; sin prediteccion por ninguna forma de gobierno, á todos los juzga con imparcialidad; la grandeza de Roma no le produce una ciega admiracion; é indagando y descubriendo las causas de la caida de Cartago, predice el momento en que sus vencedores sufrirán la misma suerte. No posee ni el arte de Herodoto, ni la fecunda concision de Jenofonte: es un hombre de estado poseido de un objeto, que escribe para hombres de estado, sin curarse de la aprobacion de los sabios, y que es notable sobre todo por la precision de su juicio.

La obra sobre la agricultura (*de re rustica*), (148) que se atribuye á Caton el mayor, pertenece á tiempos lejanos; y está llena de detalles interesantes sobre la vida doméstica de los vencedores de Cartago y de Macedonia. Las producciones de esta edad llevan todas el sello de una rudeza varonil. Ciceron, Quintiliano y Plinio celebran con mucho encarecimiento las obras de Caton el mayor, que eran principalmente históricas y han perecido.

Salustio.—El esterior de la austeridad se mantuvo en Roma mas tiempo que las virtudes de que eran efecto é indicio; reinaron en el palacio y en los discursos del voluptuoso Augusto, y las atrocidades de Neron no escitaban tanto la indignacion pública como su desprecio á la decencia. Un lenguaje solemne y majestuoso, resto solo de la pasada grandeza de los romanos y de la gravedad que hacia su carácter distintivo, contribuyó á dar al estilo de Salustio aquella autoridad imponente que tan bien sienta al historiador de las desgracias y estravíos de los hombres. El mismo autor llevaba el yugo de los deleites dominantes; desmentia con sus acciones las lecciones de desinterés y de adesion que daba con tanta elocuencia; pero ni él, ni ningun otro romano se hubiera permitido tomar nunca un tono lijero al escribir la historia de la república.

Este escritor introdujo una innovacion importante en la historia, aplicando la filosofia al estudio de los sucesos. Por eso Salustio debe considerarse el padre de la historia filosófica que tan felizmente se ha cultivado en los tiempos modernos. Es un escritor admirable en sus ideas que muestran un gran conocimiento de la naturaleza humana.

Al narrar la conjuracion de Catilina y la guerra de Iugurta,

pinta Salustio la corrupcion de Roma y la decadencia de la libertad: Ciceron acaba el cuadro en sus cartas y arengas.

CICERON.—Ningun romano superó á Ciceron en elocuencia; encanta á sus lectores por el amor de la virtud y de las ciencias, que brilla en todos sus escritos; descubre las causas secretas de las revoluciones de su tiempo y enseña á no echar de menos una constitucion que aseguraba la impunidad á Verres, que colmaba de onores á Clodio, y que servia de instrumento á las pasiones de los ciudadanos ambiciosos. Las obras filosóficas del orador romano demuestran hasta qué punto se habia conseguido resolver los grandes problemas de la metafísica, en los tiempos que precedieron inmediatamente á la fundacion de la relijion cristiana.

Ciceron ofrece sobre las costumbres y sobre las leyes de la antigua Roma detalles sin los cuales no se podria apreciar suficientemente el siglo mas interesante de la república.

Los fragmentos de los escritos de su amigo Varron, sobre la agricultura y la gramática tienen el mismo mérito. En ellos se vé el jénero de vida que llevaban los hombres de bien enmedio de la depravacion jeneral; el aficionado á las antiguedades encuentra en ellos tambien un tesoro de conocimientos.

VARRON fué uno de los primeros escritores buenos que tuvieron los romanos, y hombre de una erudicion universal. Podemos juzgar de la variedad de sus talentos no solo por el elojio espléndido que Ciceron le hace, sino por ver que Plinio en su historia natural recurre á su autoridad frecuentemente.

LOS COMENTARIOS DE CESAR están escritos con una sencillez majestuosa que puede servir de modelo para las narraciones históricas. Como César habla de sus propias acciones, es necesario confrontarlo con otros escritores. En todo lo que ha dicho y omitido hay una intencion secreta; con un arte infinito hace resaltar ciertos objetos y pasa lijeramente sobre otros. No brilla por la imparcialidad, pero se representa él mismo; su jénio y sus proyectos se manifiestan en cada periodo, en cada frase. Por faltar en sus comentarios la amplitud de diccion é ilustracion que es esencial á la historia, deben ponerse mas bien en la clase de anales.

CORNELIO NEPOTE. — Podria colocarse á Cornelio Nepote en-

tre los historiadores de la Grecia, porque la mayor parte de sus biografias tienen por objeto héroes griegos. El único romano cuya vida ha escrito, es Pomponio Atico, el amigo fiel de Ciceron, el hombre sabio y moderado, que en un tiempo dificil supo no tomar parte en los negocios políticos, y se limitó á servir á sus amigos y á gozar de las dulzuras de su trato. Cornelio Nepote se hace amar por las gracias de su estilo; pero sus escritos, llenos de filosofia y de urbanidad, no llevan el sello de la antigua Roma.

Segun la opinion comun, á pesar de que se carece de pruebas suficientes, Dionisio de Halicarnaso era un liberto de Ciceron. Su historia romana, escrita con erudicion y elocuencia, es demasiado bella, y muy enlazada en todas sus partes está en un todo conforme á la verdad. Algunos fragmentos de crónicas y de tradiciones no bastan para componer semejantes cuadros; y es probable que Dionisio recurriese á su imajinacion para llenar muchas lagunas (1). Sin embargo, presentaba con esactitud los rasgos principales de la constitucion romana: solamente se le puede censurar el ser demasiado orador. Este defecto es de una lijera importancia; pero es necesario indicar los defectos de los escritores célebres, porque los de los autores mediocres no se escapan á nadie. Dionisio de Halicarnaso se manifiesta escelente literato en su obra sobre los historiadores y oradores griegos, obra indispensable al que quiere apreciar las bellezas de estos escritores y formar su gusto por tan buenos modelos.

El sabio siciliano Diodoro, de quien ya hemos hablado en otro lugar, ofrece detalles curiosos é interesantes sobre las fábulas de la antigüedad, sobre la historia de su patria, sobre las guerras de los sucesores de Alejandro; pero la parte de su obra en que ha hablado de la historia romana, ha sido desgraciadamente destruida por el tiempo.

Tito Livio.—Esceptuando la narracion de Dionisio de Halicarnaso, de la que apenas queda la mitad, y de algunos bellos trozos sobre acontecimientos aislados, no poseemos ninguna obra sobre la historia romana que date desde el tiempo de la república. Tito Livio, que vivió bajo Augusto, adornó su relacion con los encantos de la elocuencia, al

(1) Véase la páj. 136 del tomo V de esta obra.

mismo tiempo que se aprovechó de las fuentes que se encontraban á su disposicion. Los frecuentes prodijios que referian no prueban nada contra su juicio: contaba lo que la antigüedad habia creido, y lo que acaso deseaba que continuase creyendo todavia el pueblo romano. En la historia de los siglos mas estériles, sabe interesar al lector, sacando partido de relaciones y tradiciones incompletas, y entremezclando sus narraciones con arengas llenas de reflexiones profundas que algunos le han tachado, desdicen de la verdad histórica; pero este gusto prevalecia en los escritores antiguos, y como se sabe que estas arengas, son obra del historiador, no corre el lector peligro de equivocarse. Aunque el estilo de Livio es en jeneral escelente, á veces, y particularmente en las arengas, se nota en él una afectacion de las sentencias (*vibrantes sententiolæ*) y oscuridad de los esclamadores, que prueban el influjo pernicioso que habian adquirido estos en Roma desde el tiempo de Ciceron y de Salustio. El espíritu republicano aun no estaba estinguido en Roma en tiempo de Tito Livio, y por lo mismo se leyeron en ella con transporte sus escritos. Hizo interesante sobre todo el periodo que transcurrió desde el principio de la segunda guerra púnica hasta la conquista de Macedonia, período sobre el cual podia consultar á la historia de Polibio, cuya mayor parte se ha perdido. ¿Qué lector podrá libertarse de un sentimiento de pesar al terminar la lectura de los cuarenta y cinco libros que nos restan de los ciento cuarenta y uno que escribió Tito Livio?

Veleyo paterculo.—La linda narracion de Veleyo Patérculo nos enseña la serie de acontecimientos que tuvieron lugar despues de la época en que nos abandona Tito Livio, hasta Augusto, mucho mejor que lo hacen los áridos sumarios de sus décadas, destinadas á suplir á las que se han perdido. El alma de un romano respira en esta parte de la obra de Veleyo, y el espíritu filosófico con que aprecia á los hombres, realza el mérito de sus retratos. Mas tarde Veleyo cae en la adulacion, ó cambia de principios á medida que la constitucion cambia de forma; y su adulacion llega á tal esceso, que muchas veces se asemeja á una rechifla. Tiberio, á quien alabó con ecsajeracion, le hizo morir; pues quiso sin duda

castigar en él al partidario y al panejirista de Seyano.

STRABON.—El sabio y juicioso jeógrafo Strabon dá á conocer el imperio romano bajo Augusto. Su obra contiene preciosas ilustraciones sobre las antigüedades de los paises de que habla; describe las principales provincias como las habia visto; y se encuentran en decision las causas de la decadencia naciente del imperio, y la llave de los acontecimientos de los siguientes siglos.

POMPONIO MELA.—La corta jeografia de Pomponio Mela apareció mas tarde. Lo que este autor cuenta sobre la naturaleza de muchos paises y sobre las costumbres de muchos pueblos, anuncia un sabio discernimiento.

PAUSANIAS.—El viaje de Pausanias á Grecia, además de muchas nociones históricas importantes, nos dá una idea del gran número de monumentos antiguos que eesistian todavia en su tiempo.

PTOLEMEO DE ALEJANDRIA nos ha dejado un catálogo de las ciudades, paises y pueblos de su tiempo; pero la esactitud con que está redactado este catálogo lo hace muy instructivo.

TACITO.—A la historia de la administracion de Tiberio debe Tácito la reputacion de haber sabido leer en el alma de un tirano, mejor que ningun otro escritor. La série de sus *Anales* contiene la descricion de los tiempos en que dejeneraba el carácter romano, y en que, en el envilecimiento jeneral, todavia oponian su virtud las almas grandes á la omnipotencia de Neron. Se ha tachado á Tácito de haber abultado los crímenes y los vicios de los príncipes destronados; pero sus narraciones son conformes á la marcha del corazon humano, y los tiempos posteriores las hacen verosímiles. Se le ha tachado igualmente como á Guichardini, de haber pintado á los hombres con colores demasiado negros; pero es menester considerar que la historia se ocupa con preferencia de los individuos cuyas pasiones ardientes han escitado las revoluciones y trastornos; la historia ofrece tales estremos que un alma tranquila apenas puede comprender, y por los cuales seria injusto juzgar del carácter nacional.

Tácito es un historiador de gran mérito en la decadencia de la literatura romana. Cultivó felizmente el método que enseñó Salustio, de aplicar la filosofia á la historia, mostró un profundo

conocimiento de la naturaleza humana, y penetró con gran sagacidad los resortes de la política y los motivos de las acciones que refiere. Tácito imitó el estilo de Salustio, adoptando toda la fraseolojia antigua y jiros nuevos que introdujo este en el lenguaje romano, y añadió á su brevedad casi todas las faltas de la escuela declamatoria. Por eso su espresion aunque fortísima es muchas veces enigmáticamente oscura; la peor propiedad que puede tener el estilo.

Plinio el antiguo.—La historia universal de Plinio el antiguo, estractada de dos mil obras que casi todas han perecido, es una verdadera enciclopedia. Además de la parte de historia natural, se encuentra en él el cuadro de las costumbres de Roma en los diferentes siglos. Los rasgos atrevidos de este cuadro anuncian el talento de un grande escritor y los sentimientos de un hombre de bien. Frecuentemente se ha desconocido á este autor que se asemejaba á Haller por la variedad de sus conocimientos, por su trabajo asíduo, y aun por su esterior; y frecuentemente se le han atribuido opiniones que él solo cita para mostrar lo que tienen de absurdo. Falconet acaso no ha comprendido siempre lo que dice Plinio sobre las obras del arte; y tampoco es inútil consultar sobre este punto las sabias observaciones de Mengs sobre la pintura de los antiguos.

Plutarco.—Diezisiete siglos han decidido del mérito de Plutarco. Cualquiera que esté en estado de apreciar la grandeza moral de los héroes de la antigüedad, aprenderá á amarle leyendo á Plutarco y probará lo que este dice de sí mismo: «Ocupán»dome de tantos hombres vir»tuosos cuya historia he escrito, »he llegado á ser mejor.» Respecto á los hombres que nunca saben despojarse de las ideas de su siglo, Plutarco no ha escrito para ellos.

Suetonio.—Despues de Plutarco y sus héroes no se sabe cómo hablar de los *Doce césares* de Suetonio. Esta obra es curiosa sin embargo; pero permite dudar que Suetonio haya bebido en fuentes auténticas, y que siempre las haya comprendido.

Historiadores posteriores a los precedentes.—Dion Casio, natural de Nicea, fué un administrador hábil, sabio y laborioso. La parte mas importante de sus escritos, es la historia del reinado de Augusto, que en ninguna parte se encuentra tan

completa, pues contiene muchas arengas de Mecenas, de Agrippa, y algunas del mismo emperador, en las cuales Augusto se manifiesta digno de los elojios de Virjilio y de Horacio.

Herodiano es verídico y moderado, y sin arte alguno interesa. La comparacion del periodo de la historia romana descrita por él, con la situacion del imperio despues de la muerte de Neron, descrita por Tácito, hace sentir la influencia progresiva del poder monárquico sobre el senado y el ejército, y la de la administracion de cuatro príncipes virtuosos que se sucedieron.

En defecto de mejores fuentes, es necesario hacer uso de los cinco ó seis historiadores que nos han transmitido la historia de los emperadores desde Adriano hasta Caro. Los detalles que proporcionan, no bastan para esplicar los caractéres y las acciones de estos príncipes, ni para pronunciar sobre ellos un juicio fundado. Dicen poco y en pocas palabras, porque en pocas palabras decian los antiguos muchas cosas. Del mismo modo que el objeto del lector razonable no es recorrer rápidamente un gran número de reinados, el arte no consiste en precipitar la relacion de los acontecimientos, sino en presentar al lector el cuadro fiel de los hombres y de los estados.

Amiano Marcelino, que escribió mas tarde, merece citarse con elojio. Guerrero lleno de intelijencia y equidad, debia juzgar desfavorablemente de la hipócrita corte de Constancio; pero era digno de tributar al último príncipe (Juliano), que mereció sentarse sobre el trono de los césares, la justicia que muchos historiadores le han reusado.

En tiempo de Diocleciano, vivieron los autores de la historia de *Augusto*, Capitolino, Lampridio, Trebelio, Esparciano, Vopisco, cuyas obras malas, pero necesarias por falta de otras mejores, son tanto mas insuficientes para un cuerpo de historia correlativa, porque se contradicen unas á otras y ninguna está acorde consigo misma.

Autores que han escrito sobre acontecimientos y hechos aislados. — Algunos escritores han cultivado con suceso un campo menos estendido; y otros han ilustrado de una manera indirecta diversos puntos de la historia romana.

El judio Filon, en la relacion de su embajada cerca del emperador Calígula, patentiza cuán desgraciado es para una nacion

que sus intereses dependan del capricho ó de las buenas palabras de un cortesano imprudente ó mal intencionado.

Su compatrióta **Flavio Josefo**, adulador ecsajerado, y de quien hemos hablado ya en otro paraje, al referir la guerra de los judios, nos manifiesta los recursos que sabe hallar en su furor un pueblo reducido á la desesperacion. Su obra dicen que contiene la conclusion de la historia del pueblo mas antiguo del mundo, y que nos enseña el cumplimiento de las predicciones de Jesus de Nazaret; pero Flavio Josefo, respecto á la verdad de las cosas judáicas, es algo sospechoso por cuanto abandonó cobardemente á los partidarios de su fé, y traidoramente se puso de parte de los romanos.

Petronio pinta las costumbres de la corte de Neron, así como el lenguaje y el jénero de vida de los hombres corrompidos de su tiempo. La distancia que se encuentra entre su estilo y el de Séneca, ha hecho nacer dudas sobre la autenticidad de la sátira que lleva su nombre, pero es menester considerar que los escritos esmerados de un filósofo debian tener otro color que las conversaciones licenciosas de un jóven injenioso é instruido. Petronio inicia á su lector en los secretos de una clase de hombres que procuran ocultar sus acciones á los ojos del público.

Juvenal es el censor severo de todos los desórdenes. En vez de criticar festivamente, como Horacio, las ridiculeces de sus contemporáneos, truena, espanta y aterra con sus sarcasmos severos y punzantes como ya hemos dicho. ¡Qué siglo el suyo! ¡Qué refinamiento en el vicio, y audácia en la bajeza! Si algunas veces parece ir hasta la ecsajeracion, es porque descubre no solamente las acciones sino el pensamiento de los hombres deprabados; los vicios de nuestras grandes ciudades modernas, garantizan la verdad de sus cuadros.

El lector gusta consolarse del espectáculo de tantas indignidades en la sociedad amable, que le dan á conocer las cartas de Plinio el jóven, escritas bajo el reinado venturoso de Trajano. Encuéntrase en ellas una instruccion llena de adornos; algunas veces se le ve con demasiadas pretensiones de talento; pero el siglo de Trajano es demasiado grande para que se le perdone el carecer algunas veces de gusto.

El bello panejírico de Trajano, el mejor de los emperadores, nos

conduce á hablar de los elojios hechos para príncipes que no merecian ser alabados. Las bajas adulaciones de Nazario, de Mamertino y de Eumenio, están compuestas en un estilo bastante malo, por cuya razon no son leidas, á pesar de encontrarse en ellas detalles históricos que no carecen de interés.

AUTORES QUE HAN TOMADO DE LAS OBRAS DE SUS PREDECESORES.— No se conoce á punto fijo el siglo de Quinto Curcio, que escribió en estilo retórico la vida de Alejandro el Grande; pero su lenguaje nos inclinaria á colocarlo bajo el reinado del emperador Alejandro Severo. Arriano, el digno émulo de Jenofonte, le ha superado. Lo que nos resta de la obra de Apiano sobre las disensiones civiles de los romanos, y sobre sus guerras en España, en Africa y en el Ponto, es una recopilacion instructiva.

COMPILADORES. —Vamos á hablar de los compiladores, escritores muy útiles cuando son esactos, y cuyos trabajos son mas estimables que los de muchos malos autores orijinales.

VALERIO MACSIMO cuenta una gran multitud de hechos y palabras notables; pero sus reflecsiones son molestas. Frontino y Polieno nos hacen conocer las estratajemas de los antiguos capitanes.

ELIANO ofrece particularidades interesantes; y como no brilla por la penetracion, de desear era que hubiese facilitado el ecsámen crítico de sus narraciones indicando sus autoridades. Las sabias *noches célticas* de *Aulo Jelio*, y el *Banquete literario* de Ateneo, son de mucho mayor precio. Los estractos conocidos bajo el título de *Keroi*, y atribuidos á Julio el Africano, nos enseñan que los nietos de aquellos romanos que advirtieron á Pirro se guardase del veneno de los traidores, hicieron del envenenamiento un ramo del arte militar: Julio el Africano habla de los medios de envenenar las fuentes, el trigo, y aun el mismo aire, como habla de las maniobras y del manejo de las armas.

El *vocabulario* de POLUX es una recopilacion estravagante, que contiene detalles curiosos sobre el réjimen municipal del Atica, sobre el teatro, la música, la vida doméstica y los usos de los griegos. HESYCHIUS es instructivo, pero no está esento de interpolaciones.

En aquella época, como hoy, el manejo de los conocimientos fáciles y superficiales, habia remplazado al amor de los estudios

profundos. La literatura de aquel tiempo aun tenia otra relacion con la nuestra: se reducian á pequeños estractos las grandes obras de los autores célebres; y en seguida los estractos hicieron olvidar á los orijinales, que se perdieron. Justino hizo este mal servicio á la escelente historia de Trogo Pompeyo.

FLORO compuso en el mismo jénero su compendio de la historia romana; su manera es parecida á la de los académicos franceses del tiempo de Luis XV. Montesquieu cita muchos pasajes de él como modelos de buen gusto; pero no ha querido decir que estos pasajes estuviesen escritos en el verdadero estilo de la historia; la corona de los historiadores antiguos no se compone de tantas flores.

El compendio de AURELIO VICTOR, está escrito de una manera sencilla, pero comun; el de Eutropio es mas esmerado y mas sabio. En la edad media llegó á ser un libro clásico, y fué continuado en el siglo IX á instancias de Adelberga de Benevento, princesa que amaba las letras.

JURISCONSULTOS, ORADORES, MEDICOS, ARQUITECTOS, etc.—Para apreciar el espíritu y las costumbres de los antiguos romanos, es indispensable conocer sus leyes; Gravina, Heinecio y Montesquieu, han manifestado cómo deben estudiarse; pero el derecho romano contiene todavia tesoros desconocidos de que podria sacarse partido para ilustrar la historia del Bajo Imperio y la del espíritu humano. El desórden que reina en ellas, la imperfeccion de las diferentes ediciones, y el mal gusto de los compiladores dificultan su uso; pero un trabajo infatigable consigue superar todos los ostáculos.

Tenemos pocas defensas ó alegaciones antiguas, y los autores de la mayor parte de las que nos quedan no son bien conocidos. Los libros de Ciceron sobre los oradores y sobre el arte oratoria, las instituciones oratorias de Quintiliano, y el tratado atribuido á Tácito sobre las causas que han hecho dejenerar la elocuencia, son dignos de nuestra atencion; el estudio de estas obras nos ilustra sobre el espíritu de los tribunales de Roma. En los discursos de Ciceron se encuentra siempre al hombre de estado: en los de Quintiliano, el orador de la barra ó el profesor. Aunque las declamaciones de los retóricos no sean en su mayor parte sino ejercicios académicos, se pueden tomar algunas noticias

históricas en las de Arístides y Temistio.

Los autores que han escrito sobre las artes, señalan la época de su mayor brillo y de su decadencia; y si tuviésemos necesidad de buscar en la antigüedad los ejemplos de los defectos que es menester evitar, podríamos recurrir á las declamaciones de los retóricos.

Columela ha hablado de la agricultura mas detalladamente que Varron, pero con menos gusto; en Paladio se ven los cambios que este arte probó, así como el orijen de una multitud de usos y reglas supersticiosas y populares.

La juiciosa obra de Celso, pinta de una manera tan interesante como instructiva el estado de la medicina en los primeros tiempos del imperio. No hay que descuidar á Galeno; su obra sobre las diversas partes del cuerpo humano, y algunos otros de sus tratados, dan una justa idea de los progresos que la ciencia de la medicina habia hecho en su tiempo.

Vitrubio enseña la arquitectura, y no solamente dice cosas muy curiosas sobre el jénero de vida de los antiguos, sino que muestra cuánto sabía ennoblecer las ciencias; la idea que da de la arquitectura, es tan sublime como filosófica.

Vejecio trata del arte de la guerra. Su escelente obra merecería ser comentada por un táctico que hubiese estudiado las diferentes revoluciones que sufrió este arte entre los romanos. Vejecio no distingue siempre los tiempos, pero indica de una manera satisfactoria las reglas simples de la táctica empleada por los primeros triunfadores; la organizacion de los ejércitos, mas sábia ya desde Pirro; y en fin las maniobras inventadas en los primeros tiempos del imperio; maniobras mas difíciles de ejecutar que decisivas en sus efectos, y mas brillantes que útiles para la defensa de las fronteras. La obra de Onosandro contiene las instrucciones esenciales á un jeneral de ejército y no entra en el detalle del servicio diario. En cuanto á la cuestion de si los antiguos han sido superiores ó inferiores á los modernos en el arte de la guerra, podia decirse que se ha perfeccionado y que ha llegado á ser mas sistemático en los modernos, pero que el jenio militar era mas comun entre los antiguos. El gran Condé decia que si César volviese entre los modernos, batiria á todos los jenerales; y en efecto, los hombres han cambiado mas que la táctica.

CAPITULO II.

Estado de la filosofia entre los romanos. — Literatura romana. — Versos fescenninos. — Ennio. — Cecilio. — Plauto y Terencio. — Accio y Pacuvio — Cátulo. — Lucrecio. — Virjilio. — Horacio. — Juvenal. — Ovidio. — Tíbulo. — Marcial. — Lucano y Perseo. — Stacio. — Silio Itálico y Valerio Flaco.

Estado de la filosofia entre los romanos.—Los romanos en los primeros periodos de la república atendian poco al cultivo de las ciencias y no tenian idea de las especulaciones filosóficas. La filosofia no apareció en Roma hasta fines del siglo sesto de su fundacion, en el intervalo entre la guerra con Perseo y la tercera guerra Púnica. Algunos aqueos instruidos, desterrados de su patria, se establecieron en varias partes de Italia, y se aplicaron al cultivo de la literatura y á la educacion de la juventud, y difundieron el gusto de estos estudios desconocidos hasta entonces á los romanos. Los ciudadanos graves no gustaron de esta introduccion, y el senado, temiendo la propagacion de estudios y costumbres estranjeras, echó de Roma á los filósofos griegos. Pero poco despues llegó una embajada de Atenas, y con ella vinieron Carnéades y Critolao, que revivieron el gusto á la filosofia griega, y dejaron muchos discípulos hábiles, que enseñaron públicamente sus doctrinas.

Era mas jeneral que se adoptasen los sistemas que tenian mayor analojía con el carácter nacional. Mientras las costumbres romanas conservaron su severidad primitiva, prevaleció la filosofia estóica. Scipion, Lelio y Caton el menor, se contaron entre sus principales partidarios.

La filosofia de Aristóteles fué casi desconocida en Roma hasta el tiempo de Ciceron, en que Tiranion y Cratipo la enseñaron con gran crédito. Con todo, Ciceron se queja de que no la entendian bien, y por eso envió á

su hijo á que la estudiase en las escuelas de Atenas.

Lúculo, en el tiempo que pasó en Grecia, tuvo ocasion de instruirse en los principios de las diferentes sectas, y á su vuelta á Roma estendió un gusto muy jeneral á la filosofia. La proteccion y favor que dispensaba á los literatos, y la libertad con que les abrió su biblioteca, contribuyeron mucho á promover los progresos de la literatura.

La academia nueva y la antigua tenian sus respectivos partidarios. Marco Bruto y Terencio Varron fueron los discípulos mas ilustres de la segunda, que podia llamarse Estoico-Platónica. En las obras de Ciceron se hallan testimonios de los talentos filosóficos de Bruto, y de la erudicion universal de Varron. El mismo Ciceron debe ser tenido por el primero de los filósofos romanos. Fué de los principales apoyos de la academia nueva, aunque parece que mas fué su objeto dilucidar en jeneral la filosofia griega, que alistarse entre los discípulos de ninguna secta particular.

Parece que ni los griegos ni los romanos dedicaron mucha atencion al cultivo de la física ó filosofia natural. A menos que se comprenda en ella la agricultura, puede afirmarse que ningunos de los autores romanos, que sepamos, á escepcion de Varron y Plinio el mayor, fijaron mucha atencion en las operaciones de la naturaleza. De las obras de Varron solo quedan pocos fragmentos. La historia natural de Plinio es un depósito precioso de los conocimientos de los antiguos en física, economía, y demás artes y ciencias. Es lástima que el estilo no corresponda al asunto, pues suele ser declamatorio y oscuro.

En los primeros tiempos de la república romana se desconocia la filosofia de Epicuro. Entró en Roma con el lujo, y progresó con la corrupcion de las costumbres. Fabricio, habiendo oido á Cíneas discurrir en la mesa de Pirro sobre las opiniones de Epicuro, esclamó: «¡Ojalá que los »enemigos de Roma conserven »siempre tales principios!» Sin embargo, poco despues ya estos mismos principios eran demasiado comunes entre sus conciudadanos.

Los filósofos son tambien muy importantes de consultar. La direccion que dan á la opinion pública, influye sobre los negocios políticos, y recíprocamente esta ejerce una especie de influencia sobre las ideas filosófi-

cas. El severo estoicismo encontró discípulos ardientes enmedio de la depravacion jeneral. Cuanto mas se aumentaba la corrupcion tanto mas se aderian las almas elevadas á los principios de una justicia rigorosa y buscaban la austeridad. Los estremos mas opuestos ecsistian á la vez en Roma; veíaselos muchas veces reunidos en la misma persona: muchos romanos tenian en sus habitaciones los escritos y las estátuas de los sabios, mientras que sus costumbres se parecian á las descritas por Petronio. Séneca predicaba mácsimas que probaban el fondo de su alma, pero que se hallaban en oposicion con su jénero de vida, porque no podia resolverse á abandonar la corte, y solo dándose la muerte obró de una manera conforme á los principios que profesaba. De él pueden saberse muchas cosas sobre la historia natural, sobre las costumbres y sobre la literatura. Epitecto era menos sabio, pero la inocencia y pureza de su conducta aseguraban el imperio que su filosofia ejercia sobre él. ¡Quién podria no amar y admirar al emperador Marco Aurelio y á su zelo ardiente por la virtud! En su tiempo, la escuela de los platónicos dió nacimiento á una secta que introdujo en la filosofia los misterios del culto ejipcio y las ideas orientales sobre la influencia inmediata.

Plautino y porfirio.—La filosofia platónica se habia puesto en voga por Plautino, quien en tiempo de Galieno, solicitó el permiso de edificar una ciudad en la Campania para realizar en ella el sistema de la república de Platon. Hubiera debido mejor pedir un desierto, lejos de todo comercio con el resto de los hombres, y aun entonces nada hubiera conseguido, porque sus filósofos se hubieran vuelto hombres. Porfirio, su discípulo, florecia en Roma en tiempo de Diocleciano. El cristianismo no tuvo enemigo mas peligroso. Cuando Constantino señaló su zelo por la relijion cristiana, hizo desaparecer la obra en que Porfirio la combatia. Sensible es semejante procedimiento, pues que hace sospechosa la conducta del perverso Constantino, que sirvió para prestar armas á los contrarios á la buena doctrina. Solo conocemos algunos fragmentos conservados por los santos padres que los han refutado.

Los desvaríos de los nuevos platónicos, los seres fantásticos de que llenaban el mundo, los misterios supersticiosos con que

pretendian unirse á la divinidad misma, son muy á propósito para fastidiar á los espíritus sólidos. Sin embargo el gusto del platonismo se estendió á los cristianos, produciendo una sutileza teolójica despreciable y contenciosa, de donde nacieron una multitud de opiniones igualmente contrarias al bien de la iglesia y á la tranquilidad del estado. Los platónicos se forjaban una teolojía mística para disfrazar lo que el paganismo tenia de absurdo y repugnante. Era de temer que los cristianos, estudiando su filosofia para combatirla, no tomasen algunas de sus ideas, y alterasen la augusta sencillez de la fé evanjélica con el aparato de una ciencia vana.

Tarea muy dificil es para el historiador hacer uso de los padres de la iglesia. Cierto es que tienen union, una moral pura y una veneracion afectuosa y espresiva ácia el fundador de nuestra relijion; pero entre los escritos que se les atribuye, unos llevan nombre supuesto, otros contienen fábulas y sandeces adoptadas con mucha lijereza por hombres que si eran muy zelosos por la relijion, tambien eran muy zafios é imbéciles; y otros en fin se han permitido eso que llaman *fraudes piadosos*. La incorreccion del estilo, la dibilidad é insuficiencia de las ideas, y los muchos pobres razonamientos de la mayor parte de ellos, prueban que la relijion cristiana no debe su progreso sino á sí misma. De otro modo ¿cómo estos hombres, la mayor parte de ellos salidos de la hez del pueblo, hubieran podido inventar la sublime doctrina del cristianismo y hacerla triunfar de la relijion de los griegos y de los romanos?

Encuéntranse muchos detalles sobre la historia antigua, en las compilaciones que se hicieron despues de la caida del imperio de Occidente. Muchos personajes del primer rango, el emperador Constantino Porfirojénito, Fosio patriarca de Constantinopla, la emperatriz Eudosia, y muchos sabios como Suidas, Esteban de Bizancio y Tzetzes nos han proporcionado el placer de admirar algunas bellas obras de la antigüedad en los fragmentos que han conservado de ellas.

Las colecciones de inscriciones de monumentos de bellas artes y de la ciencia numismática, hechas por Muratori, Winkelmann y Eckhel son muy instructivas por la certidumbre y precision de las noticias que dan, y que no se encuentran en ninguna otra parte.

LITERATURA ROMANA.

Muchos siglos habia ya que los griegos cultivaban todas las ciencias entonces conocidas, y los romanos aun no habian pensado en ellas. Ocupados en sus armas y en sus contínuas guerras, por espacio de algunos siglos, no aspiraban á otra cosa que á la gloria de las armas y á la estension de su dominio en las provincias circunvecinas, sin cuidarse de la cultura de las ciencias, ni de los triunfos literarios; pues era mas grato á su oido el sonido de la trompeta militar que los suaves acentos de la cítara de Apolo. Rudo era absolutamente el pueblo romano antes de las guerras púnicas, época de su comunicacion con Grecia. Como entre todas las naciones el espíritu literario se muestra al principio en composiciones poéticas, de opinar es que los soldados romanos tuviesen sus himnos guerreros, como los indios y los celtas, para celebrar sus victorias. La relijion tambien emplea la primera poesía de casi todas las naciones, y si un pueblo subsiste de la agricultura, el labrador celebra en su cancion rústica la ventura de una cosecha abundante. Los versos *fesceninos* que menciona Livio, eran probablemente una especie de diálogo poético, ó versos cantados alternativamente por los labradores en sus fiestas. Aquí se vé ya despuntar la aurora del drama.

Por los años de 390 de Roma, con motivo de una peste, se hicieron venir de Etruria *ludiones*, (bailarines de teatro) *qui ad tibicinis modos saltantes, aud indecoros motus more Tasco dabant*: *que bailaban al sonido de un instrumento, y al modo Toscano ejecutaban movimientos que no carecian de gracia*. Livio nos cuenta que los jóvenes romanos imitaban estas danzas, y la agregaban versos jocosos, que eran probablemente los diálogos fesceninos. Livio Andrónico trajo el drama regular de Grecia á Roma (año de Roma 514); por consiguiente las primeras piezas romanas fueron traducidas del griego.

Et post punica bella quietus quaerere cepit
Quid Sophocles, et Thespis, et Æschylus utile ferrent.

HORAT. *Epist. Lib.* II. I.

«Los romanos, en paz despues »de las guerras púnicas, em»pezaron á ecsaminar las obras »de Sófocles, Thespis y Esquilo,

»para ver la utilidad que podia »sacarse de ellas.»

Ennio fué el astro brillante del drama romano en sus principios, y desde su tiempo hizo el arte rápidos progresos. Las comedias de Plauto, contemporáneo suyo, muestran bastante conocimiento de la naturaleza humana, y aun hoy se leen con gusto.

Cecilio adelantó de tal modo la comedia de Plauto, que Ciceron le menciona, como acaso uno de los primeros autores cómicos romanos. Nada nos queda de sus obras. Su patrocinio contribuyó á desenvolver el jenio de Terencio, cuya primer comedia, la *Andria*, se representó el año 587 de Roma. El mérito de las comedias de Terencio consiste en la naturalidad y sencillez con que dispone sus argumentos y la pintura de los caractéres. Le falta *vis-comica*; están tomadas principalmente de los griegos Menandro y Apolodoro.

Plauto y Terencio, poetas dramáticos, son los únicos autores del siglo de Polibio que hayan llegado hasta nuestros dias. Como se limitaron únicamente á trasladar á su lengua el teatro griego, no pintan las costumbres nacionales, sino que solamente dan á conocer el gusto que entonces reinaba en Roma. El toque atrevido y vigoroso de Plauto debia agradar á un senado militar y á un pueblo de agricultores: la ática urbanidad de Terencio, su sencillez inimitable y sus tintas delicadas, estaban hechas para el siglo en que la filosofia y la molicie de la vencida Grecia, principiaban á domesticar á sus soberbios señores.

La comedia romana comprendía cuatro especies diferentes: la comedia *togata* ó *pretextata*, la comedia *tabernaria*, las *atellanæ*, poema ridículo para mover la risa al fin de la comedia ó tragedia, al modo de nuestros entremeses, y los *mimos* ó representaciones planipedias. La primera, segun el parecer de Séneca, se entiende de dos modos; ó romana, que abraza todas las comedias pretextata, tabernarias, atelanas, y planipedias, con oposicion solo á las paliatas, que eran las griegas; ó las de acciones y personas bajas con oposicion á las pretextatas, que comprendian las acciones y costumbres de las personas ilustres. Nosotros creemos que la comedia togata, que segun espresa su título, se ejecutaba con toga, admitia escenas sérias y personajes graves, era parecida á nues-

tras comedias sentimentales. La segunda, ó pretextata, era una representacion de la vida y costumbres ordinarias, que muchos opinan conformándose con Horacio, de que su asunto se tomaba de los majistrados. Las atelanas además de lo que ya hemos dicho mas arriba, eran piezas cuyo diálogo no estaba escrito de antemano, sino que le improvisaban los autores sobre un asunto dado. Los *mimos* ó representaciones planipedias, eran comedias del jénero inferior, especie de farsas ó bufonadas, aunque á veces admitian trozos sérios y aun patéticos. Los actores de esta especie de comedias las ejecutaban en el suelo, sin teatro, y á pie llano.

La trajedia romana adelantó por los mismos pasos que la comedia. Los mejores trájicos romanos fueron Accio y Pacuvio, pero sus obras se han perdido. Las trajedias publicadas con el nombre de Séneca, se cree jeneralmente que son obra de diferentes manos, y ninguna de ellas tiene un mérito superior.

Veleyo Patérculo observa que la era de la perfeccion de la literatura romana, fué el siglo de Ciceron, que comprendió á todos los literatos anteriores á quienes él pudo conocer, y á los posteriores que pudieron haberle conocido.

Cátulo era su compatriota y su amigo. Sus poesias, en las cuales hay una licencia que supera á toda idea, manifiestan el detalle con que se atrevian á pintar el deleite en la Roma republicana.—Ciceron, además se permitia delante del pueblo un lenguaje igualmente libre. Cátulo merece ser colocado en el grado de poeta eminente, aunque no hubiese dejado otra cosa que su elojio sobre el gorrion de su querida.

Lucrecio. — Mientras Cátulo entretenia la juventud depravada de Roma con pinturas voluptuosas, y esparcia el encanto sobre la licencia, Lucrecio despertaba en el espiritu de los pensadores romanos, peligrosas dudas sobre la naturaleza de las cosas. El principio que queria establecer estaba opuesto al que servia de base á las leyes y á las virtudes de la república, y aceleró la ruina de las costumbres, ya alteradas por el lujo. Admírase en Lucrecio la majestad de la poesía antigua y los atractivos seductores de la filosofia epicúrea.

Lucrecio merece notarse el primero entre los poetas roma-

nos eminentes despues de los dramáticos. Es muy desigual, pues en ocasiones es verboso, áspero y vacilante, y otras despliega en todo su esplendor la elegancia y el fuego de la mas bella poesía. Esto puede atribuirse en gran parte á la naturaleza de su asunto. La sequedad de una discusion filosófica desdice de la poesía, pues ecsije una precision de pensamientos y espresiones que escluye el vuelo de la imajinacion y los adornos del lenguaje. El lujo de imájenes, que es el alma de la poesía, parece impertinente cuando se aplica al ecsámen ó esplicacion de cuestiones filosóficas.

Virjilio. — No podria hablarse de los autores cuyos escritos sirven para pintar á Roma bajo Augusto, sin hacer mencion de tres hombres que han colocado á su siglo al lado del de Pericles. Como autor de poesías bucólicas, solo Virjilio, en el largo intervalo que separa á Teócrito de Salomon Gesner, merece ser comparado á estos dos poetas. Su jenio acaso le hubiera colocado sobre ellos, si en las llanuras de Mántua y en el palacio de los césares hubiera podido conocer los encantos de la vida pastoral, como Teócrito los conoció al pié del Etna, y Gesner al pié de los Alpes. El poema de Virjilio sobre la agricultura, es la obra maestra de las musas latinas, ya se considere su estilo, ya su vuelo poético: en la Eneida, Virjilio se iguala frecuentemente á Homero, y aun muchas veces le supera cuando está sostenido por la ilustrada filosofia de su siglo.

Virjilio es el poeta del amor: nada puede compararse á la espresion de este sentimiento en el cuarto libro de la Eneida; pero Homero le supera en la pintura de la amistad: nada hay de mas patético ni enérjico que las escenas entre Aquiles y Patroclo. Esto será un motivo para conceder la palma á Homero, porque el amor es solo una pasion ciega, mientras que la amistad supone en el que la tiene la reunion de todas las virtudes. El amor tiene sus momentos de omnipotencia, pero la amistad gana por la reflecsion y por el tiempo. Puede decirse que si el cantor de Dido se parece al hombre sensible, en ciertos momentos, Homero, el primero de todos los poetas, gana en ser profundo y sublime. El mérito superior de Homero está empañado á veces por defectos, pero Virjilio es un modelo de correccion y de gusto.

Si Horacio sobresale en la pintura de las costumbres, lo debe á su sistema de filosofia práctica. Accesible él mismo á los movimientos de las pasiones, aunque nunca fué esclavo de ellas, comprendia los sentimientos de aquellos que las obedecian; y lleno de induljencia, escusaba voluntariamente las debilidades de los hombres.

Despues de haber combatido por la república como el último de los romanos, y de haberse convencido de que era inevitable una mudanza, abrazó el partido del nuevo señor de Roma é hizo un noble uso del crédito que gozaba cerca de él. Alabando á Augusto, le trazaba la ruta de la gloria y al mismo tiempo enseñaba á sus lectores la filosofia que conviene al ciudadano de una monarquía. ¿Qué mejor podia hacer que aderirse á un príncipe que sabia reunir la verdadera sabiduría á la verdadera bondad y á un gran poder? Las naciones no hubieran sido mas felices, si todos los hombres de bien hubiesen querido morir como Caton ó conspirar como Bruto.

Hay en las odas de Horacio mas variedad que en las de Píndaro y Anacreonte, y muestra alternativamente la sublimidad del primero y la gracia y facilidad del segundo. Sus sátiras tienen una delicadeza y oblicuidad en la censura, unidas á una jocosidad y gracia que las caracterizan, y las distinguen de los sarcasmos severos y punzantes de Juvenal. Como crítico tomó casi todas sus reglas de Aristóteles; pero en ellas se contienen los elementos del buen gusto en poesía, y por lo mismo no admiten variacion. Las sátiras de Juvenal, comparadas con las de Horacio, se encuentran faltas de gracia y urbanidad; pero le son superiores en la agudeza de los pensamientos y el vigor varonil de las ideas.

Ningun poeta romano ha escedido á Ovidio en variedad de talentos, sin escelencia suprema, y en facilidad y elegancia de números. Ovidio muestra una gran erudicion en sus *Metamorfosis* y en el poema de los *Fastos*. En las Metamorfosis, que son un escelente tratado de mitolojía, no solo hay una imajinacion inmesa, sino trozos patéticos, descriptivos, elocuentes y aun sublimes. Sus elejías tienen mas naturalidad y pasiones verdaderas que las de Tíbulo y Propercio. Los Fastos enseñan á conocer bien las relijiones antiguas, y sirven tambien para esplicar muchas ceremo-

nias que la iglesia cristiana tomó de los griegos y de los romanos. Posteriormente se confundió muchas veces la nueva significacion que la iglesia dió á estas ceremonias, con la antigua; perdióse el sentido alegórico, y el culto dejeneró en un vano espectáculo.

El arte de amar de Ovidio pertenece únicamente á su siglo; es la pintura del corazon humano y de las pasiones en todos los parajes y en todos los tiempos. Ovidio es tan elocuente como sus contemporáneos, pero su bello lenguaje tiene alguna cosa de afeminado y licencioso que enerva el alma; esclavo de sus sentimientos dominantes, se repite muchas veces.

Despues de Ovidio se nota la decadencia del gusto; queriendo superar á las obras maestras del arte, cae el espíritu en la ecsajeracion y se aparta de la ruta del verdadero bien.

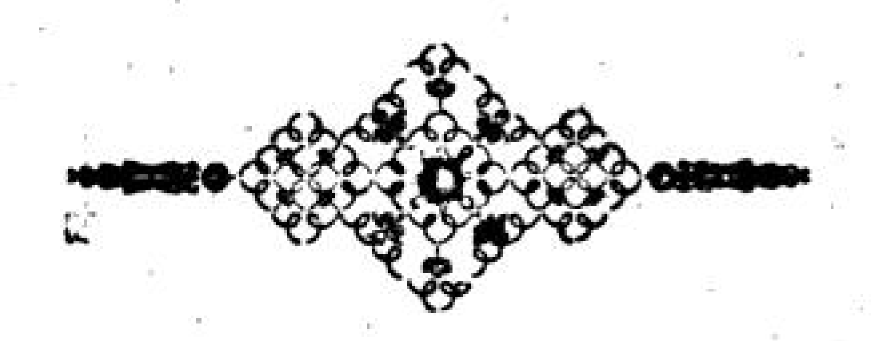
Nada hay mas elegante que las composiciones de Tíbulo, ni mas delicado que el jiro de sus frases; pero su idioma no es el de las pasiones. Sus sentimientos son tiernos, pero su efecto se debilita con el cuidado visible y la solicitud contínua del poeta en usar de una fraseolojia refinada y de números blandos y escojidos: tampoco hay en sus elejías mucha imajinacion ni variedad de pensamiento: una sola presenta los afectos de todas.

Marcial es el último de los poetas romanos que puede mencionarse con aprobacion completa. Sus epígramas, además de su belleza, tienen el mérito de que ilustran las costumbres romanas. Posee mas que ningun otro poeta la graciosa naturalidad de espresion que se observa jeneralmente en sus epígramas sérios. Plinio el jóven le caracteriza bien. *Ingeniosus, acer, et qui in scribendo et salis haberet et fellis, nec candoris minus*. Epístola 3. 21. *Injenioso, agudo, y que escribia con gracia y sátira, y no menos candor*.

El lujo en los adornos y el apego á la agudeza, brillantez de pensamientos y espresiones, indican seguramente la decadencia del buen gusto. Tales son, dice Tytler, los rasgos que caracterizan á los poetas latinos de los tiempos que siguieron. En Lucano se hallan algunos ejemplos de la mas brillante poesía, y en Perseo algunos golpes felices de sátira animada; pero apenas compensan la afectada oscuridad del primero y la inchazon del segundo. El poema de Lucano sobre la lucha entre Julio César y Pom-

peyo, se lee con trabajo y algun fastidio despues de las narraciones elegantes y sencillas que nos han dado sobre el mismo objeto los antecedentes contemporáneos; pero sin embargo esta obra llena de sentencias marcadas con el sello de la antigua enerjía, es admirable como produccion de un jóven de veintiocho años. Acúsase á Lucano de una prevencion injusta contra Julio César; pero indudablemente este grande hombre se la hubiera perdonado si lo hubiese visto reducido á la desgracia de respetar su poder en su indigno sucesor Neron.

Los poetas que le siguieron, Stacio, Silio Itálico, cuyo poema sobre las guerras de Anníbal es nada mas que mediano, y Valerio Flaco, en sus ensayos de epopeya, que es el mas difícil de todos los jéneros de poesía, solo consiguieron patentizar mas la inferioridad de sus jenios, y la decadencia manifiesta del arte.



CAPITULO III.

MILICIA ROMANA.

Armas ofensivas.—Defensivas, arrojadizas, máquinas y partrechos de guerra.

En la historia de cada pueblo, es necesario considerar la parte en que se distingue. En los ingleses es necesario estudiar la marina; en los holandeses la industria; en Florencia las bellas artes; en Suiza el uso moderado de la libertad; y en los romanos el arte de la guerra.

Al considerar las victorias prodijiosas de las armas romanas, y el dominio que adquirieron sobre la mayor parte del mundo conocido, parece natural inferir que sobrepujaron á todos sus contemporáneos en el arte de la guerra. Vejecio atribuye espresamente todas sus conquistas á esta sola causa. La disciplina es la que en un ejército hace que una multitud obre como un hombre solo, aumentando á la vez el valor individual; pues cada soldado confia en la cooperacion activa y constante de sus compañeros.

Los primeros romanos llamaron *lejion* á la parte escojida de todos los ciudadanos en estado de llevar las armas. En el orijen de la república, el cuerpo de tropas designado por este nombre, se componia de cuatro mil doscientos hombres; mas tarde llegó hasta doce mil ochocientos. Cada cónsul levantaba dos lejiones; ningun ciudadano podia dispensarse del servicio antes de la edad de cuarenta y seis años, á menos de haber hecho dieziseis campañas á pie ó diez á caballo: ya hemos dicho que para tener derecho á pedir un empleo, habia que servir diez años. Los ciudadanos indijentes no eran llamados á hacer la guerra, porque parecia peligroso confiar la suerte del estado á hombres que

no tenian nada que perder; y para ser puesto por el censor en el número de los caballeros romanos que en su orijen componian la caballería de la república, habia que poseer una renta determinada. Los alistamientos se hacian cada año llamando á las tribus divididas en su número respectivo de centurias. Cada centuria presentaba por votacion tantos soldados cuantas lejiones habian de formarse, y los tribunos de las lejiones tomaban su turno por votacion para elejir entre los hombres presentados por las centurias. Mientras que el alistamiento de las tropas se hacia en el Capitolio, se hacia igualmente por órden del cónsul en el pais latino y en las ciudades aliadas.

Rara vez los ejércitos romanos contaban mas de cuarenta mil hombres, razon por la cual eran fáciles de alimentar y mantener en una severa disciplina, mientras que los inmensos ejércitos del Oriente se consumian por sí mismos. En las guerras importantes tenia Roma muchos cuerpos en pie, á fin de que la república no estuviese espuesta á una sola desgracia ó á una sola falta; pero en ningun tiempo, ni aun bajo los césares, escedieron las fuerzas del imperio del número de cuatrocientos mil hombres.

Los romanos se aplicaban con preferencia á formar su infantería, ya porque en un principio habia combatido en paises montañosos, en que les era inútil la caballería, ya porque hubiesen observado que los peones sostenian sin desconcertarse el choque de los elefantes, la vista de los camellos y los gritos de los combatientes. La inferioridad de su caballería, fué causa de que tuviesen por mucho tiempo la desventaja en las llanuras del Africa, y que nunca consiguieran vencer á la caballería lijera de los partos.

Los romanos se acostumbraban desde la infancia con los ejercicios atléticos á soportar fatigas y trabajos, y se criaban para la vida que tiene un soldado en la campaña mas activa. Nunca buscaban los romanos la talla alta en sus soldados; por lo cual los pueblos que ellos llamaban bárbaros los despreciaban á causa de su pequeña estatura (1). El amor de la patria era para sus ejércitos un móvil mas poderoso que lo era el sueldo para las tropas cartajinesas y asiáticas.

Sobre el campo de batalla, y segun lo permitia el terreno,

(1) Brevitatem corporum nostrorum Cæsar.

disponian la lejion en tres líneas. En la línea primera estaban los *hastati*, en la segunda los *príncipes* y en la tercera los *triarii* (1). En los flancos de la primera línea estaban los *velites*, ó tropas lijeras, que regularmente comenzaban á escaramuzar, y luego se retiraban para que entrase en accion el cuerpo principal. Las ventajas de este arreglo eran que podia formarse tres veces la línea de batalla con tropas de refresco, y que era mas propio que ninguno otro para hacer movimientos rápidos. Cada línea se dividia en doce *manipulos*, dos de los cuales formaban la *centuria* y tres la *coorte*. La division en centurias era la mas antigua; Mario la dividió en coortes, para dar mas fuerza al choque y á la resistencia. Los manípulos de las segundas primeras líneas eran de ciento veinte hombres, y de sesenta los de la tercera. La coorte tenia treinta hombres de frente sobre diez de espesor. Esta organizacion sufrió muchas mudanzas con los tiempos, y sobre todo bajo los emperadores, pero la lejion conservó siempre su rasgo distintivo, y era la facilidad de tomar la forma mas conveniente á las circunstancias y al terreno. Los intervalos de la segunda linea, eran bastante espaciosos para recibir á la primera, los de esta para recibir á la segunda, y lo mismo los de la tercera. Los arqueros tenian flechas de madera de tres pies de largo y guarnecidas de hierro por la punta; los honderos se servian de balas de plomo ó de piedras, los hastati llevaban un dardo pesado de siete pies de largo, llamado *pilum* con una punta corba.

Las naciones antiguas tenian dos modos de formar las tropas en batalla. Uno la falanje, ó formacion cerrada rectangular interceptada solo con grandes divisiones; esta disposicion la usaban comunmente los griegos y casi todas las naciones bárbaras. El otro modo era el *quincunx*, que consistia en compañías pequeñas ó pelotones en tres filas derechas con espacios alternados entre las compañías, iguales al espacio que ocupaba cada una de ellas. A pesar de las ventajas del *quincunx*, ya no estuvo en uso en los últimos tiempos de la república, y desde entonces se adoptaron varios modos de formar segun las circunstancias. La batalla principiaba por las escaramuzas de los velites, como hemos dicho, sirviéndose de las hondas ó de las flechas; y cuando habian apurado sus proyecti-

(1) Hastati, Príncipes, Triarii.

les, se dispersaban por las alas de la lejion: en seguida los hastati, que llamaremos hastarios, lanzaban sus pilos (1) que se agarraban á los escudos de los enemigos y entorpecian sus movimientos. Mientras estos estaban ocupados en desembarazarse de ellos y rompian sus líneas, los hastarios los atacaban con espada en mano: esta espada la llevaban al lado derecho porque el escudo estaba suspendido del brazo izquierdo. El pilo que los romanos habian tomado de los sabinos, entre los cuales se llamaba *quiris*, llegó á ser el arma distintiva de los romanos, que les valió el nombre de *quirites*. La espada decidia de la suerte de la mayor parte de las batallas. La segunda línea estaba armada como la primera, pero los triarii llevaban una pica mas larga y mas lijera que el pilo. La caballería formaba algunas veces un cuerpo separado; ordinariamente estaba colocada en las alas, y sus armas eran la lanza y un sable grande. La armadura defensiva de la infantería consistia en un casco que bajaba hasta las espaldas, adornado de un gran plumero; en una coraza y en un escudo lijero que ponia al soldado al abrigo de las flechas. La caballería tenia tambien el casco, llevaba un escudo mas prolongado, una coraza de escamas y botines de hierro. No se servia de silla ni de estribo; los caballos estaban cubiertos con una piel. Las tropas lijeras estaban armadas de un casco y de un escudo lijero.

La primera línea llena de confianza en sus propias fuerzas y segura de ser sostenida, deseaba ardientemente alcanzar ella sola la victoria; en caso de necesidad la segunda línea marchaba con ardor á su socorro. Cuando el combate llegaba por último

(1) Era el *pilo* un arma arrojadiza que usaron los soldados de la lejion romana. Consistia en una lanza, cuya asta tenia cinco codos de lonjitud y una ó dos pulgadas de diámetro, á veces cuadrada y algo mas corta: al remate habia un hierro delgado y agudo, del peso de nueve onzas, casi de la misma lonjitud que el asta; pero solamente la mitad sobrepujaba al palo, quedando la otra en aquel para asegurarle bien, y en su estremidad una especie de anzuelo, que apenas se introducia en los escudos y broqueles, se doblaba y quedaba pendiente de ellos; por lo que no solamente no podian los enemigos aprovecharlos para volverlos á tirar, sino que introducian el mayor desórden entre los combatientes. Algunas veces el hierro del *pilo* formaba una cuchilla cuadrada y otra semicircular, pero siempre delgada; de modo que al primer tiro se doblaba y quedaba inutil.

hasta los *triarii*, el amor de la re pública, la sed de gloria, el temor de la vergüenza y del castigo, la venganza y el odio, el recuerdo de las antiguas victorias y la esperanza de un nuevo triunfo, se reunian para inflamar su valor, y el enemigo que habia hecho ya demasiado para atreverse á esperar la victoria, y no lo bastante para esterminar á su adversario, fatigado de dos combates, hallaba al tercero á los romanos mas fuertes, mas animados, y mas temibles que nunca. La lejion presentaba un frente de tal manera estenso, que era dificil abrazarla toda; su espesor daba fuerza á su choque é impedia que pudiese ser penetrada. Paladio tiene razon cuando dice que la lejion podia combatir por todas partes mientras que la falanje macedonia solo podia hacerlo sobre un terreno determinado.

La falanje macedonia consistia en dieziseis mil trescientos treinta y cuatro infantes pesadamente armados, dispuestos sobre dieziseis hombres de fondo, y veinticuatro mil de frente; en ocho mil ciento noventa y dos hombres de infantería lijera, y en cuatro mil noventa y seis jinetes. En vez del pilo de los romanos estaba armada de la *sarisa* (1), llevada de manera que la de la sesta fila sobresaliese tres pies de la primera. La infantería estaba dividida en sesenta y cuatro *xenajías* de doscientos cincuenta y seis hombres: la caballería en *epilarchias* de ciento veintiocho; el número dieziseis que servia de base á las subdivisiones de la falanje, siendo susceptible de aumento ó reduccion, podia tomar diferentes formas; pero vista la estension de su frente, y la lonjitud del arma de que se servia, necesitaba bastas llanuras para poder desarrollarse. Sus movimientos eran menos fáciles que los de la lejion; porque sus filas estrechadas en masa, no estaban separadas por ningun intervalo; pero sobre un terreno llano, era irresistible é impenetrable. Muchos antiguos capitanes imajinaron disponer la falanje á la manera de un tablero de damas ó ajedréz, y Mario asemejó el órden de la lejion á

(1) Era la *sarisa* una arma ofensiva de los macedonios y griegos: consistia en una especie de pica de doce pies de lonjitud, y en su remate una cuchilla cuadrada y muy cortante. Los soldados que la usaban estaban armados de pies á cabeza, y llevaban un broquel en el brazo izquierdo. Esta arma la usaron tambien los flamencos.

la de la falanje; pero diferia siempre esencialmente por la naturaleza de sus armas, y el pilo era preferible á la sarisa. Los *peltastos* que Ifícrates introdujo en los ejércitos griegos, estaban armados casi como los romanos. Los Ptolemeos tenian una caballería encorazada de pies á cabeza como lo estaba la de la edad media. Mantúvose en Arabia hasta el siglo VII, y ejecutó un gran papel en las guerras de Mahoma.

Los campamentos de los romanos, de forma cuadrada, estaban rodeados de un foso de diez pies de profundidad y de un terraplen guardado de un parapeto. El terraplen estaba cubierto de piedras, y se afirmaba el parapeto por medio de ramas de árboles metidas en tierra, y de estacas puntiagudas endurecidas al fuego y cruzándose. Baluartes mas elevados que el terraplen y provistos de catapultas, se adelantaban en forma de herradura, y ponian en peligro á los soldados enemigos, cuando cubiertos de manteletes ó parapetos portátiles de tablones encorados, se acercaban para atacar el campamento. En las líneas de circunvalacion cada puesto estaba muy bien fortificado para poder resistir aun cuando el enemigo se hubiese apoderado de los otros puestos. El interior del campamento estaba dispuesto como un ejército en órden de batalla. Se le fortificaba aunque no fuese mas que por una noche.

Para sitiar una ciudad se formaban varios campamentos alrededor de ella, unidos entre sí por líneas de circunvalacion y contravalacion. Formábase un monton de tierra (agger), que empezaba con un declive suave en uno de los campamentos, é iba elevándose á proporcion que se acercaba á la ciudad. Una cortina de cueros fijos en postes fuertes, defendia el frente donde estaban ocupados los trabajadores. Sobre este cerro artificial se adelantaba n las máquinas de ataque, las catapultas y balistas, hasta que trabajaban sobre el paraje que querian los sitiadores. Las catapultas arrojaban piedras gruesas, y las balistas, flechas. Los sitiados usaban tambien de estos medios para hostilizar al enemigo. Cuando las máquinas habian conseguido echar de las murallas á los sitiados, se traia el *ariete*, y si llegaba á los muros, decidia jeneralmente de la suerte de la ciudad. Así el principal objeto de los sitiados era impedir su aproc-

simacion por cuantos medios estaban á su alcance. Arrojaban contínuamente sobre los sitiadores dardos, piedras y materiales combustibles; y á veces abrian una mina desde la ciudad para hundir el *agger* y todas sus máquinas. Estas artes de ataque y defensa de plazas fortificadas, se usaban jeneralmente entre las naciones de la antigüedad, y continuaron en los modernos, hasta la invencion de la pólvora.

Ya hemos dicho que los jóvenes se ejercitaban no solamente en el manejo de armas y en las maniobras, sino en todo lo que robustecia y ajilizaba el cuerpo; y los romanos dominaron sobre el mundo entero, porque podian sufrir todos los climas, mientras que los calores de Italia hacian perecer á sus enemigos á millares. Acostumbrábase al soldado romano á que atravesase los rios á nado, á que diese carreras forzadas, á que bajase de su caballo y volviese á subir sin detenerlo, á no admirarse de ninguna estratajema y á no creerse jamás sin recursos. Los romanos adquirieron de este modo aquel ardor infatigable que no teme ningun esfuerzo y que aumenta los goces de la vida. Su perseverancia en el estudio del arte militar, y la persuasion en que estaban de que siempre queda alguna cosa que aprender, los han hecho invencibles.

El secreto de las operaciones estaba tan bien guardado, que el soldado ignoraba muchas veces cuál era el enemigo que habia que combatir; y simulados proyectos de ataque destruian todo espionaje. El jeneral tomaba el tono de la confianza que queria inspirar á su ejército, y no descuidaba por lo mismo ninguna precaucion: preferia los movimientos menos verosímiles, á fin de engañar al enemigo; y las empresas mas difíciles á fin de despertar la enerjia del soldado. El ejército marchaba ordinariamente en columna; formábase en órden de batalla (*triplici acie*) cuando temia un ataque, ó bien cuatro columnas ponian los bagajes en medio de ellas. (*Quadrato agmine.*) Cuando se veia obligado á la retirada, formaba dos grandes cuadros, precedidos y seguidos de cuerpos de reserva, por medio de los cuales podia en caso necesario formarse en círculo (*in orbem*), á fin de obviar la debilidad de los ángulos. Los bagajes eran poco considerables; cada hombre llevaba sus provisiones, y las máquinas de guerra se construian en el paraje que se necesitaban. Siendo nacionales

las guerras en aquella época, y siendo soldado todo ciudadano, los romanos encontraban un enemigo en cada habitante de los paises que atacaban; pero con su disciplina severa sabian ganar el afecto de los paisanos, y facilitarse sus provisiones. El senado cuidaba de dar á las naciones vencidas jefes que todo lo debiesen á la república y que no podian conservar su poder sino permaneciéndole fieles; guardábase de entregar las naciones á la desesperacion, y les dejaba sobradas riquezas para ligarlos con cadenas de oro á sus nuevos soberanos.

El arte militar naval fué desconocido á los romanos hasta la primera guerra púnica. Una galera cartajinesa, que encalló en su costa, dió modelo para sus buques de guerra. En el espacio de dos meses equiparon una escuadra de cien galeras de cinco órdenes de remeros y veinte de tres órdenes. En las medallas y esculturas antiguas puede verse la estructura de estas galeras y el modo en que se colocaban los remeros. Los combatientes en el mar se asaltaban á distancia con dardos, combustibles arrojadizos, y á veces con catapultas y balistas; mas el ataque serio era el que se daba al abordaje, para el cual se enganchaban los dos buques por medio de un gárfio que se echaba por la proa.

Maquiavelo observa que los romanos gustaban de las guerras cortas y conducidas con vigor (1). La gran lucha entre Cartago y Roma, duró solamente casi unos sesenta años, mientras que la lucha entre la Francia y la casa de Austria, que comenzó en la batalla de Nancy, duró doscientos ochenta años, sin haberse decidido jamás. A la naturaleza de sus constituciones y á la ecsistencia simultánea de muchas potencias casi iguales en fuerza, deben los estados modernos su solidez.

Antes de decidirse al combate los jenerales romanos, calculaban las probabilidades del triunfo y consultaban la disposicion de las lejiones; animaban á las tropas anunciándoles la voluntad de los dioses, que pretendian conocer por la inspeccion de las víctimas, por el vuelo de las aves, por los pollos sagrados y por otros agüeros. Como el sacerdocio estaba reunido á las dignidades políticas y militares, los jefes del estado eran los que dirijian los sacrificios; y descuidaron este medio de gobernar, cuando principió á de-

(1) Corte é grosso.

bilitarse el respeto á la relijion.

Cuando una nacion que reune el valor al espíritu inventivo, trabaja constantemente en perfeccionar el arte militar, sosten de su libertad é instrumento de su grandeza, se puede suponer que las obras de sus escritores contienen abundantemente tesoros de observaciones sobre este arte. En efecto, los escritores de los romanos son tan interesantes para el guerrero como para el filósofo que quiere observar la marcha del espíritu humano. La naturaleza de las armas modernas ha necesitado de grandes cambios en la táctica; pero las reglas quedan las mismas, sobre todo las que se refieren al corazon del hombre que nunca varía.

Los romanos procuraban conocer el carácter de los pueblos con quienes querian medir sus fuerzas, y sobre este conocimiento arreglaban su ataque y su defensa. Así es que oponian una tranquila inmovilidad al choque violento de los galos, y esperaban para obrar con vigor que el ardor del enemigo, principiara á entibiarse.

Al elejir los romanos su posicion sobre el campo de batalla, procuraban tener el sol detrás y deslumbrar á sus enemigos con el brillo de sus dardos, de sus espadas, y de sus brillantes armaduras (1). Una corta arenga inflamaba á los soldados, y el valor decidia de la victoria mucho mas que la habilidad de los jenerales. Los autores que hemos citado mas arriba, así como Eliano y el emperador Leon VI han descrito las diferentes maneras que tenian los romanos de poner sus tropas en órden de batalla; pero Leon se engaña suponiendo que el órden triangular se terminaba por un solo hombre, porque un ángulo tan débil no hubiera podido introducirse en los batallones. El órden triangular era una columna que se formaba repentinamente, y se arrojaba sobre el punto mas débil del enemigo con toda la fuerza de una masa bien sostenida; cuando los romanos tenian que combatirla empleaban una maniobra llamada *tenaza*: por un movimiento rápido abrian sus filas para dejar entrar en ellas á la columna enemiga; en seguida caian sobre ella y hacian una espantosa carnicería. Cuando el enemigo se formaba en semicírculo, los romanos aparenta-

(1) Deine ès rape polemoy.

(ONOSANDRO.)

ban huir á fin de empeñar á la parte mas separada de la línea enemiga á que se dirijiese ácia adelante; este movimiento ocasionaba alguna confusion, y los romanos se aprovechaban de él para volver á la carga. Cuando carecian de tropas lijeras ponian su primera línea al abrigo de las flechas bajo un techo de escudos.

Desde Rómulo hasta Tito, vió Roma renovarse trescientas veinte veces la magnífica solemnidad del triunfo. Los grados en el ejército eran numerosos: desde el primipilo hasta el último centurion del último manípulo de la primera línea, se contaban sesenta. No era la antigüedad la que ascendia al mando en jefe; muchas veces el triunfador servia bajo el cónsul que le sucedia, y el padre bajo el hijo. La indiferencia por el bien público y la inutilidad eran las solas cosas que desonraban.

La policía de los campamentos, los ejercicios, las provisiones y los hospitales estaban confiados á los tribunos militares, cuyo empleo fué al principio el precio de largos servicios, y despues llegó á ser una escuela para los oficiales jóvenes. Cada soldado llevaba en su casco el número de su lejion, de su coorte y de su decuria: la estimacion ó el vituperio de sus camaradas era para él y para los suyos la recompensa mas dulce ó el castigo mas sensible. La historia militar de los antiguos, está llena de esos rasgos de amistad y de adesion que la comunidad de los peligros y de los goces en los dias mas bellos de la vida, llegan á ser naturales entre los guerreros. Una parte del botin se dejaba al soldado, otra parte se separaba para sueldos y para los enfermos, y el resto pertenecia al tesoro público; de modo que la guerra pagaba á la guerra, y cada victoria servia de instrumento á una victoria nueva. Durante muchos siglos, los héroes de Roma no se enriquecieron en sus mandos. Paulo Emilio, que habia hecho ingresar cuarenta y cinco millones de libras en el tesoro público, no dejó al morir ni dote para sus hijas ni con qué reembolsar el de su mujer.

Si la ley militar era severa entre los romanos, el jeneral no lo era; queríase que la una inspirase temor á los soldados, y que el otro les inspirase amor y confianza. Un juicio público juzgaba á todo guerrero que abandonaba su puesto ó arrojaba sus armas, al que combatia sin haber recibido órden para ello, ó al que

se atribuia las azañas de otro para usurpar su recompensa. El jeneral tocaba al culpable con su baston, y entonces era libre para huir; pero al mismo tiempo sus camaradas recibian órden de matarle si le encontraban en el campamento. Cuando un cuerpo se conducia cobardemente, el jeneral le hacia rodear por el resto del ejército, le diezmaba, y condenaba al ultraje y al destierro á los soldados que se libertaban del último suplicio. En los tiempos antiguos, los grandes ejemplos y el nombre de Roma, tuvieron mas fuerza que las leyes en los siglos de corrupcion. Nunca parecieron mas grandes los ejércitos romanos que en los momentos en que los abandonaba la fortuna; porque entonces todo lo sacrificaban al onor. Los romanos tenian por cosa gloriosa mantener su débil república contra fuerzas superiores, hacerla invencible por sus principios, floreciente por sus esfuerzos, y grande con sus acciones; conservar la dignidad en la desgracia, la vijilancia en la prosperidad, y no perder jamás de vista su objeto. Supieron vencer la molicie natural en los climas cálidos, eran sublimes en su sencillez, infatigables en su actividad, y estaban animados del deseo de transmitir el recuerdo de su ecsistencia á las jeneraciones futuras, ya con acciones inmortales, ya con bellos monumentos. Los romanos sufrieron la suerte comun á todos los pueblos, pero no sucumbieron sino despues de haber hecho esfuerzos heróicos para salvar la gloria y la libertad de Roma, y sus grandes hombres presintieron en su última hora que llegarian á ser la admiracion de los siglos mas remotos.

Hemos hecho mas arriba mencion de los principales escritores cuyas obras nos enseñan á observar las revoluciones que sufrió el arte militar en los romanos. El primer Scipion tenia todavia los antiguos principios, y su jénio pudo adaptarlos á las necesidades de su tiempo. César combatió sucesivamente á un gran número de pueblos valerosos, y se vió obligado á variar con frecuencia su modo de hacer la guerra. Conocia todos los recursos del arte, y el hábito de las grandes empresas y de los vastos proyectos desarrolló su jenio y le hizo capaz de trastornar todos los ostáculos.

Escritores que han tratado en particular de la milicia romana.—En la época del renaci-

miento de las letras, Nicolás Macchiavelli en una obra elocuente y profunda puso á la vista de sus contemporáneos los grandes modelos de la antigüedad; y pocos escritores modernos han igualado á la claridad y sencillez de su estilo. Escitó la atencion de algunos hábiles jenerales franceses é italianos, que introdujeron, por causa de su obra, muchos cambios en los ejércitos, pero estos cambios no fueron ni adoptados jeneralmente ni dirijidos por un sistema fijo.

Los escritos del príncipe Mauricio de Oranje y del duque de Rohan, afirman á la vez el juicio esquisito de sus autores y la infancia del arte.

Los capitanes formados por Gustavo Adolfo conocian mejor la táctica de este grande hombre que la antigüedad, cuyo estudio hubiera podido hacer que progresasen.

La primera obra grande que se ha escrito sobre el arte militar es la del caballero Folard, que unia una imajinacion viva á una instruccion muy estensa. Creia en los milagros de su columna tan firmemente como en los de su jansenismo; sin embargo su libro contiene escelentes advertencias.

Puysegur, mas tranquilo y mas frio que el caballero Folard, es una guia mas segura que él; pero no conoce tan bien á los antiguos.

El mariscal de Sajonia habia leido en francés á Polibio y á Vejecio, y el libro de Onosandro era su breviario. Juzgó á los antiguos con crítica filosófica, y descubrió las reglas de la táctica de los romanos; y bajo muchos aspectos puede compararsele á los héroes de aquel pueblo.

Las indagaciones militares de Cárlos Guichard, llamado Quintus Icilius por Federico el Grande, sobresalen en erudicion á todo lo que se ha escrito antes de él, y sirven para rectificar las tradiciones de los antiguos. Han dado tambien lugar á diversas objeciones, á las cuales hubiera indudablemente respondido este hombre laborioso si hubiera vivido por mas tiempo. Las cartas del conde Algarotti que tratan del arte militar, están escritas con mucho gusto. La mayor parte de sus opiniones eran las del rey de Prusia, con quien vivia en grande intimidad.

CAPITULO IV.

USOS Y COSTUMBRES ROMANAS.

Lictores.—Esclavos.—Trajes.—La pretexta.—Laticlabe y angusticlabe.—Lengua.—Casas y muebles.—Vista de Roma.—Montañas.—Murallas.—Interior de Roma.—El foro.—Usos diversos.—Acueducto.—Cloacas.—Dioses y jenios tutelares.—Sacrificios.—Sacerdocio.—Pontífices.—Arúspices.—Decemviros sagrados.—Libros sibilinos.—Triunviros epulones.—Los feciales.—Los sodales de Tito.—Los flamines.—Los salios.—Las lupercales.—Los poticios.—Los galli.—Vestales.

Lictores.—Eran estos una especie de alguaciles armados, que desde muy temprano iban todos los dias á la morada del cónsul y le acompañaban constantemente en público. Esta distincion solo se concedia á los grandes majistrados, y el número de sus lictores estaba en razon de la importancia de su dignidad. Los cónsules tenian doce que hacian alusion á los doce pueblos del Lacio (1). Rómulo tomó este uso de los etruscos, para imponer temor al pueblo; y aquel emblema del poder soberano sobrevivió á la dignidad real. El deber de los lictores era separar la multitud al atravesar un jefe del estado, para que le tributasen el debido respeto, y castigar á los criminales cuya sentencia pronunciasen los majistrados. Ya hemos dicho que llevaban un haz de varas atadas con correas y un hacha encima. Estos ejecutores de la justicia, despues de haber atado al criminal con las correas, se servian de las varas para apalearlos. En los casos graves é indicados por la ley, se servian del hacha para cortar la cabeza al criminal. El cargo del lictor estaba desempeñado por hombres de la última clase del pueblo; pero se ecsijia que naciesen libres.

Esclavos.—Los romanos ponian toda su vanidad en rodearse

(1) Tit. Liv. *Dec. I. lib. I.*

de un gran número de criados; algunos de estos dueños del mundo han tenido mas esclavos que vasallos contaban los reyes cantados por Homero. Distinguíaseles en tres clases: primero: los que habian sido cojidos en la guerra, se les vendia en público, despues de haberlos colocado junto á una pica clavada en tierra, emblema del derecho de la guerra: segundo: los que se compraban á los mercaderes, se les paseaba por los sitios públicos, con una corona de flores sobre la cabeza, la cual anunciaba que se salia garante de sus cualidades, estampadas estas en un cartel; otros no llevaban corona, sino solamente un sombrero, porque el vendedor no respondia de su talento y cualidad: tercero, en fin la última clase, comprendia los que habian nacido en las casas de sus amos. La suerte de estos era mas suave; porque una larga costumbre destruia en ellos la impresion de la esclavitud. Estaban mas cercanos á su amo, y en cierto modo agregados á su familia.

Las leyes daban á los amos un poder absoluto sobre sus esclavos; los castigaban, los maltrataban ó los hacian morir sin tener que dar cuenta de su conducta. Muchas veces se veian en Roma esclavos moribundos arrastrarse por las calles, sin ausilios, sin remedios, sin asilo, acusar en su desesperacion la avaricia del que los abandonaba, y pedir á los transeuntes terminasen sus sufrimientos. Si contra toda esperanza, llegaban á recobrar su libertad, su amo no habia perdido los derechos á que parecia haber renunciado, y los pobres esclavos estaban obligados á someterse de nuevo (1).

Los esclavos que tenian algun talento, se ocupaban en el servicio personal de su amo, y tomaban sus nombres de sus diversas funciones. *El cubicular* cuidaba del lecho: el *capsario*, segun Suetonio, era el siervo pedagogo que llevaba los libros en el vade al muchacho á quien acompañaba á la escuela; y segun otros autores, el que en los baños guardaba la ropa á los que entraban á tomarlos; el *analecta* era el que barria las migajas que caian de la mesa; y en fin en las casas muy grandes, habia esclavos cuya única ocupacion era recordar

(1) Para remediar este abuso escandaloso, el emperador Claudio declaró libre á todo esclavo abandonado por su amo. El emperador Adriano hizo mas; decretó la pena de muerte al que matase á su esclavo.

á su amo el nombre de las demás personas (1), y se les llamaba *nomenclatores*.

En jeneral, cuando un esclavo llenaba la tarea que se le habia prescrito, se le permitia emplear en su provecho el tiempo que le restaba. A este beneficio unia lo que podia aorrar de las cuatro medidas de trigo y de los cinco dineros que recibia mensualmente para su alimento, y de todo lo cual formaba su *peculio*. Lo poseía legalmente, y aun podia con permiso de su amo disponer de él en vida; pero las adquisiciones que podia hacer entraban de derecho en el dominio de su señor.

La inmensa cantidad de esclavos que encerraba la ciudad de Roma, hizo tomar contra ellos precauciones muy rigorosas. Estábales proibido llevar ninguna especie de armas; y en una ocasion crítica en que la república se vió obligada á echar mano de ellos, despues de la victoria se les dió la libertad. No se les permitia tener reuniones; y si acontecia que un amo era muerto por uno de sus esclavos, los demás estaban en el caso de ser condenados á muerte, aun los que por su testamento estaban declarados libertos.

Semejante código bárbaro y sus efectos tan crueles, lo ocasionaba el amor á la libertad, pues los que la habian perdido no eran considerados como hombres. El esclavo era una *cosa* y no una *persona*. En Roma el hombre libre era mas libre que en ninguna parte del mundo, y el esclavo, el esclavo mas infeliz. Hubo ocasion en que se puso en el tormento á todos los esclavos de una casa, para arrancar la confesion de un crímen de que estaba acusado su señor; pero lo mas chocante y escandaloso que sucedia algunas veces en un proceso criminal, era que el denunciador pidiese la aplicacion del tormento al esclavo de otro ciudadano estraño al mismo asunto. Entonces se pedia el consentimiento del dueño, y era costumbre de que si en la prueba perecia el clavo se le pagase su valor.

Libertos.—Los libertos vestian una túnica simple, tenian la barba y los cabellos cortados y llevaban una especie de bonete. Estos estaban muy lejos de asemejarse á los verdaderos romanos, pues aunque gozaban de sus mas importantes derechos, la opinion los colocaba mucho mas bajo que los últimos ciu-

(1) Plin. lib. XXIII, cap. I.

dadanos: solo podian aspirar á los cargos mas pequeños del estado; no eran admitidos en las lejiones; sus mismos hijos estaban escluidos y no podian servir sino en las tropas de mar; injeridos en las tribus menos estimadas, solo allí podian dar sus sufrajios en las asambleas del pueblo; y todas las disposiciones que les concernian, recordaban su antigua degradacion. Su misma libertad era precaria: un liberto estaba sujeto á demostraciones perpétuas de respeto para con su antiguo amo: debia despojarse para socorrerlo si llegaba á pobreza. Era indudable que solo el reconocimiento le obligaria á ello; pero haciéndolo á la fuerza, las leyes le quitaban lo que tenia de mas afectuoso. Cuando faltaban á estos deberes se les esclavizaba de nuevo y se les enviaba á trabajar á las minas. En fin, en ningun caso podia un esclavo casarse con la hija de un romano de nacimiento, y esta sola escepcion bastaba para separarlo de los antiguos ciudadanos.

A pesar de aquel estado de inferioridad, los libertos gozaban de mucho crédito. Por el efecto de este sentimiento principal que nos liga al bien que hacemos, tanto como por el de que somos objeto, un amo veía con satisfaccion la importancia de sus criaturas; buscaba un medio de aumentarla aun porque veía en ella una emanacion de la suya; la deferencia que les demostraban era para él un omenaje indirecto que le agradaba, y á menudo era mas peligroso desagradar á sus libertos que á él mismo.

Trajes.—El traje que distinguia esencialmente al ciudadano romano, era la toga, tejida de una lana mas ó menos fina, que ponian sobre la interior: era talar, sin mangas, abierta por la parte superior, de modo que el brazo derecho quedase libre para la accion, mientras el brazo izquierdo recojia una parte sobre la espalda ó sobre la cabeza para librarla del frio ó del sol. La toga era ordinariamente blanca, y cuando se llevaba luto era negra. Si un ciudadano llevaba la ropa hecha jirones cual si fuese un miserable, indicaba que un pariente suyo estaba acusado delante del pueblo, y con esta señal de afliccion, procuraba inspirar la compasion ácia el acusado.

Debajo de la toga llevaban ordinariamente una túnica ó vestido corto y sin mangas que se sujetaba por medio de un cinturon. Los ciudadanos de un

órden inferior y los que se entregaban á cualquier trabajo, se contentaban con una simple túnica, porque la toga era de mucho gasto para los unos, y muy incómoda para los otros. Este traje, por su anchura, su forma, y por el contínuo cuidado que ecsijian la disposicion de sus pliegues era mas propio para presentarse en público; convenia mas á la ociosidad opulenta que á la activa mediocridad. Sin embargo todos los ciudadanos, aun los libertos, tenian el derecho de llevarle, y todos le daban una grande importancia porque solo á ellos pertenecia. Para designar al pueblo romano, tomado colectivamente, se le llamaba de ordinario *gens togata*; y ciudadano habia que revestido en Roma de una túnica solamente, porque su cualidad era bastante conocida, jamás se hubiera presentado en las provincias, sin estar revestido de su toga, que por sí sola anunciaba un título al cual acompañaban tantos privilejios.

La *pretexta* era un ropaje bordado de púrpura que llevaban los ministros de los altares y los cónsules. Los *pontífices* vestian la pretexta y llevaban sobre la cabeza un bonete de forma cónica, terminado por un mechon de lana encarnada: estos pontífices eran los mas considerados entre los sacerdotes, y su jefe era uno de los grandes dignatarios del estado. La *pretexta* la llevaban tambien los grandes majistrados y los sacerdotes de ciertos colejios, y su uso se permitia tambien á sus hijos. Era costumbre en Roma asociar en cierto modo los hijos á la dignidad de su padre: subian con él en el carro de triunfo y en ciertas ocasiones podian seguirle al senado; permitiendo que gozasen de un brillo estraño para escitar en ellos el deseo de brillar para sí propios.

El caballero romano llevaba una túnica guarnecida de un lijero bordado de púrpura. Dábase el título de caballero romano, como ya hemos dicho, á una clase de ciudadanos que estaban entre los grandes y el pueblo. Todos no seguian una misma carrera: unos se ilustraban en las armas, otros en los tribunales, é igualmente llegaban á los puestos onoríficos. Otros tambien prefiriendo el esplendor del oro al de la púrpura se hacian los asentistas del estado. Todos llevaban un anillo en el dedo anular.

Laticlave. — Era el laticla-

ve una túnica guarnecida con una tira sobrepuesta de púrpura con ciertos nudos ó botones de lo mismo, que llevaban los senadores, y se llamaba laticlave en oposicion á la *angusticlave* que llevaban los caballeros como signo esterior de su dignidad.

Estudiándose con cuidado á aquel pueblo estraordinario, ¡qué de meditaciones profundas ofrece! Siguiendo atentamente su historia, le hemos visto llegar por grados de la oscuridad y casi de la bajeza á la plenitud del poder. Ha pasado sucesivamente por todas las clases de gobierno, y de cada uno ha conservado lo que le parecia favorable á sus miras. Siempre se dió leyes emanadas de sus vastos proyectos. Todo le faltaba y á todo suplia. La misma relijion, cuyo primer efecto es poner un freno á la ambicion de los hombres, no sirvió sino para estender la suya. Empleó muchos siglos en luchar esforzadamente contra naciones que la igualaban en poder; las subyugó, y robustecida con sus propias fuerzas, se atrevió á todo y todo le salió bien. Pero ¡cuánto valor, cuánta grandeza, cuánto heroismo ha desplegado, en muchas circunstancias felices ó funestas! Si ha sido admirable en los triunfos, ha sido sublime en los reveses. A los ojos del filósofo y del absorto observador, se presenta el ejemplo de una nacion criminal en su orijen, respetable en su medianía, terrible en sus progresos, y digna de compasion en su caida.

Lengua. — Ninguna cosa revela mas el carácter de una nacion que el idioma de sus habitantes; veamos cuál era el de los romanos. La lengua que se hablaba jeneralmente, diferenciaba mucho de la que se escribia: ésta siempre regular en su marcha es esacta y metódica; la otra es lijera, rápida y desigual como el pensamiento. El gran número de retóricos y escritores célebres que en todos tiempos produjo la Grecia, sirvió de modelo á todas las naciones; todas tomaron de los griegos hasta los términos técnicos del arte oratorio.

Encuéntranse en la lengua latina muchos vestijios de la griega. Las partes orientales de la Italia, llamadas *Hesperia* en razon de su posicion, estaban hacia mucho tiempo habitadas por colonias griegas; y por una consecuencia necesaria del ascendiente de un pueblo ilustrado sobre el que no lo es, los usos griegos se estendieron poco á

poco, en aquella vasta comarca. Otras colonias griegas establecidas en las islas eólicas, en épocas muy remotas, estendieron su lengua, bajo el dialecto que les era propio, entre aquella multitud de pequeñas naciones que habitaban en las cercanías de la Italia; y todo esto retrata su orijen. Los primeros caractéres empleados por los romanos, eran los mismos que los griegos; pues en el templo de Diana edificado por Servio Tulio sobre el monte Aventino, se veía grabado sobre una columna de bronce el tratado de alianza hecho entre los latinos y los romanos; cuya escritura ofrecia una identidad perfecta con los caractéres griegos; semejanza que tambien se encuentra en las doce tablas, aunque estas databan de una época menos lejana. Es digno de mencionarse que el tratado de paz concluido entre los romanos y los gabios bajo Tarquino el Soberbio, fué escrito en palabras latinas, pero con caractéres griegos, sobre un escudo de madera cubierto con la piel de un buey que en aquella ocasion se habia inmolado (1). En fin, un griego muy versado en las antigüedades romanas ha dicho en términos propios: «La lengua romana »no es enteramente bárbara ni »absolutamente griega; es una »mezcla de una y otra; la mayor »parte de sus palabras son eólicas, con una pronunciacion co»rrompida (2).» Esta afinidad era mucho mas sensible en otros tiempos. A medida que la lengua latina se fué perfeccionando, se despojó por grados de sus elementos estraños, y solo le quedaron algunos de los vestijios (3). Pero todo lo que los romanos tomaron de los griegos sufrió grandes alteraciones; remplazaron con letras particulares estrañas al alfabeto griego las modificaciones resultantes de sus diversas aspiraciones; y estos cambios destruyeron entre las palabras griegas y latinas la identidad que solo puede apreciarse con largas investigaciones.

La lengua latina en boca de un orador tenia dignidad, fuerza y enerjía; es rápida; en pocas palabras espresa muchas ideas, y por un efecto que le es propio dá mas á entender que lo que espresa; pero no tiene la dulzura, gracia y armonía de la griega.

(1) Dionisio de Halic. *Antig. Rom.* lib. IV, cap. LVIII.

(2) Id. id. id. lib. I, cap. LXXXII.

(3) Plutarco, *Vida de Numa.*

Las letras del alfabeto que se pronuncia con esfuerzo, son las que se encuentran con mas frecuencia en la composicion ó en la terminacion de las palabras, principalmente en aquellas que sirven para ligar las diferentes partes del discurso, y que se reproducen muy á menudo cualquiera que sea el objeto de que se trate; casi todas son de una duracion notable; y es necesario un grande arte para evitar su desagradable concurso por medio de una acertada colocacion, y solo con una atencion perpétua, podia un romano unir la pureza á la elegancia. Respecto á esto han tenido una ventaja señalada sus escritores sobre sus oradores; por consecuencia del trabajo, conseguian dar á sus periodos todos los encantos de la eufonía, en tanto que el orador, estrechado por el momento, apenas podia contenerse en las reglas siempre severas de la sintácsis. En griego bastaba ser esacto para ser armonioso; en latin se necesitaban esfuerzos sostenidos para llegarlo á ser.

Los diptongos de que estaba llena la lengua griega, le prestaban su dulzura, y hacian su pronunciacion mas suave y dilatada. La latina es mas breve, mas firme y nerviosa, y parece mas propia para las cosas varoniles y atrevidas; se presta con mas dificultad á todo lo que pide gracia y lijereza. Sin embargo cualesquiera que sean sus defectos, y las vantajas de la griega, no puede negarse que producia cosas sublimes cuando estaba manejada por un espíritu superior. La lengua mas pobre llega á ser la primera de todas bajo la pluma del hombre de jenio. Añadiremos tambien que en ciertas circunstancias no hay ninguna que no supere á las demás.

Uno de los mayores inconvenientes de la lengua latina, para un estranjero, consistia en aquella facultad de suponer oidas algunas palabras que otro que no fuese romano miraría como indispensable para la intelijencia del discurso; de ahí la oscuridad, la anfibolojia, y las eternas discusiones sobre las cosas mas sencillas. Acúsase á los romanos de haberse aprovechado mas de una vez de la oscuridad de su lengua para introducir en sus tratados con diferentes pueblos, cláusulas ambiguas, que semejantes á los enigmas de la Esfinje, fueron fatales á los que los aceptaron. Así es que los étolos entregándose, por un tratado solemne, á la fé del vencedor, su-

pieron demasiado tarde la interpretacion dada á la palabra fé romana (1). Este defecto de significacion positiva, unido á las omisiones siempre tan frecuentes, se encontraba así en la conversacion mas familiar, como en la tribuna. El tono del orador, como la inflecsion de la voz y el mismo jesto, indicaban lo que faltaba á la frase; y tocaba suplirlo á la sagacidad del oyente.

Una diferencia esencial hay entre las dos lenguas: en la griega una palabra puede componerse de muchas que se unen, para no ofrecer al oido sino un todo facil de pronunciar, y mas facil aun de retener, por la prontitud con que se encuentran los elementos de que se compone. La palabra *ciclope*, por ejemplo, presenta desde luego á la imajinacion de un griego, un ser de ojo redondo, segun su significacion literal; y aunque sea compuesta no es por eso menos clara y precisa. No sucede lo mismo en el latin; las palabras se enlazan con dificultad y no se unen nunca. Toda palabra que no es primitiva, tiene su radical que se encuentra sin trabajo; pero esta raiz es siempre única, lo cual destruye la facultad de espresar una idea completa por un solo término.

(1) Polyb. *Embajada*, 13.

Esta diferencia se encuentra hasta en los signos que sirven para pintar el lenguaje. Las letras de que se forma la escritura griega, son lijeras y rápidas, y se enlazaban entre sí por uniones fáciles; las letras de los latinos, al contrario, son rectas, firmes, y siempre aisladas. En los griegos, la abundancia de pensamientos forzó al copista á hacerlo por medios rápidos; entre los romanos, la majestad de la diccion no le ha pedido mas que la rectitud. Remontándose de los signos á la cosa misma, debemos decir que esta rectitud que caracteriza eminentemente á los romanos, los hacia muy reservados sobre el empleo de aquellas figuras de que acaso se hacia un uso demasiado frecuente entre los griegos. La elocuencia romana es noble, sublime muchas veces, y siempre notable por su estremada sencillez. Empleaban de la manera mas feliz el apóstrofe, la prosopopeya y la alegoría. Desdeñaban la hipérbole, la antítesis, la perífrasis; y en un discurso sério, jamás hacian uso de la antífrasis, figura atrevida por la cual damos á las furias el nombre de *benéficas*, precisamente porque son todo lo contrario.

Pero si el buen sentido natural de los romanos, los preservó de los defectos que se echaron en cara á la mayor parte de los escritores griegos, tuvieron otros que les fueron propios. Un abuso perpétuo de la *elipse*, hace la lectura de sus autores estremadamente molesta; y pudiera atribuirse esta afectacion al deseo de una concision vana, si sus periodos no fuesen de una lonjitud repugnante, como se ve en sus primeros escritores. Mas tarde, el gusto, tan rara vez compañero del jenio, les enseñó á unir á la elegancia de los pensamientos la elegancia de la diccion.

¡Qué ventaja sin embargo no tenian los romanos sobre los griegos! En Grecia, la diferencia de orijen, la multitud de estados, y las rivalidades que son su consecuencia inevitable, introdujeron varias mudanzas en la lengua de sus pueblos. Atenas, Lacedemonia y Mileto, tuvieron su dialecto cada una. En vano el Atica le fué superior en escritores célebres. El zelo nacional consagra hasta los errores. Fieles observadores de aquellas diferencias, los mejores autores griegos las han consagrado á menudo en sus escritos; si ponen en escena interlocutores de sus diferentes provincias, no dejan de hacer hablar á cada uno de ellos el lenguaje que le es propio. Creerian haber ofendido á la verdad, si el jonio se hubiese espresado como el habitante de Atenas; la lengua de la Grecia era el emblema de su situacion política: reunida, hubiera dado leyes al universo; dividida, perdió todo su poder. Por el contrario. Roma era un centro en donde todo se agolpaba, y del cual emanaba todo, reinaba como soberana sobre los pueblos de Italia, ó mas bien todos estos pueblos eran romanos. Ella era para ellos una madre benéfica, una divinidad tutelar: ¿cómo podian pues desconocer su lenguaje? Roma lo estendia por sus costumbres como por sus conquistas. Nunca el senado dirijió respuesta alguna á los embajadores que no fuese en latin, y los obligó á espresarse del mismo modo por medio de los intérpretes.

La lengua latina estaba concentrada, por decirlo así, entre los ciudadanos de cierta clase; pues el resto desconocia sus reglas hasta tal punto, que muchas veces una simple esclamacion, pronunciada por un hombre del pueblo, presentaba una falta contra las reglas (1). Este defecto se

(1) Lucio Apuleyo, en su *Asno de*

orijinaba del carácter nacional. El pueblo romano era ávido de espectáculos, pero solo gustaba de los que hablaban á los ojos: el pueblo griego por el contrario, con un oido mas delicado, queria que su oido fuese alagado y conmovida su alma. Sabia apreciar las sublimes escenas de Sófocles, la patéticas situaciones de Eurípides, y las burlas de Aristófanes. Nutrido en las bellezas teatrales, habituado á los encantos de una diccion pura y elegante, adquirió insensiblemente una sagacidad que le era propia.

En el número de las causas que mantuvieron por mucho tiempo aquella ignorancia de su propia lengua, que caracterizaba á las últimas clases del pueblo romano, se debe contar la falta de escuelas públicas. Mientras que en Grecia en un número prodijioso de escuelas, se enseñaba al pueblo todas las partes del arte de la palabra, desde los primeros elementos de la gramática hasta las sutilezas de la escolástica, en Roma, en donde el pueblo estaba mas separado de los grandes, el ciudadano rico hacia instruir á sus hijos en su propia casa, por maestros de su eleccion. El pobre al contrario, no tenia mas recursos en las primeras épocas que las mezquinas escuelas, en donde la débil instruccion que se daba apenas podia bastar á las primeras necesidades de la sociedad. Los establecimientos de primera educacion, poco númerosos como eran aun en los mejores dias de Roma, no ecsistieron por el espacio de mas de tres siglos: nada recuerda en los anales romanos aquella institucion tan necesaria. Hácese mencion de ella la primera vez ácia el año 304. Virjinia era conducida á las escuelas por su nodriza cuando la vió el decemviro Apio.

Mas tarde, los historiadores, los poetas, los autores dramáticos de un talento verdadero, dieron á conocer todas las riquezas de su lengua, y supieron en fin hacer de ella un uso feliz. Roma contó despues un gran número de oradores célebres. Do quiera que el pueblo es poderoso, los que aspiran á gobernarle procuran conmoverle; y ¡qué cosa mas propia para seducirlo que el brillante arte de la palabra! ¡Qué de veces no se vieron en Atenas á peligrosos demagogos conducir al pueblo por el solo poder de su elocuen-

Oro, hace decir dos palabras latinas á un soldado romano; y en estas dos palabras le hace cometer dos defectos de lenguaje.

cia, á las decisiones mas contrarias á sus intereses, llevarlo tras de sí á merced de su voluntad, y determinar su fallo por la brillantez de un periodo! En ambos paises el pueblo era igualmente ciego y arrebatado; se le conducia con la misma facilidad, se le precipitaba en las mismas desgracias; pero en Roma era lisonjeando sus pasiones y no encantando su oido. Escitando su insaciable codicia, recordándole sin cesar sus altos destinos, embriagándole con su poder, irritándole contra sus jefes, es como le hicieron dócil á su voz los hombres ambiciosos; el objeto y el resultado eran los mismos; los medios se diferenciaban únicamente.

Casas y muebles.—Oigamos á un historiador la descricion interior que hace de una casa grande de Roma. «Los costados son de una arquitectura »noble; llámaseles las jambas »*antæ*, y las esculturas que las »adornan se llaman *antepagmen*»*ta*. Las ojas de la puerta son de »madera de cedro. Ábrense pa»ra adentro, mientras en Grecia »se abren ácia la calle, costum»bre incómoda al público y que »admiraba tanto mas cuanto era »una nacion en que el mismo »pueblo da la ley. Concedióse »en Roma como una recompen»sa estraordinaria al virtuoso »Publícola, el permiso de abrir »su puerta ácia la calle, y este »favor singular de que gozan sus »descendientes todavia, no ha »vuelto á renovarse (1). El por»tero, llamado *janitor* de *janua*, »puerta, está sentado con una »vara en la mano que la emplea »para separar á los importunos, »y que es el signo esterior de sus »funciones. Cerca de él ardian »maderas olorosas sobre un trí»pode en onor *de los dioses lares*. »Advertí que estaba encadenado »por medio del cuerpo, sin duda »para hacer alusion al temible »vijilante que los poetas nos re»presentan encadenado á la en»trada del dominio de Pluton. »Llamó á un esclavo que nos hi»zo entrar en el atrio, *atrium*; esta »pieza, que tambien tiene el nom»bre de *aula*, es la principal de »una casa: en ella se reciben las »visitas de ceremonia, se reune »la familia en las circunstancias »mas importantes, como los ca»samientos, los funerales etc., y »en donde se coloca lo que se po»see de mas precioso. El *atrium* »tiene ordinariamente la forma »de un cuadrilongo, la parte

(1) El autor á que nos referimos está hablando del tiempo de Syla.

»del fondo se llama el *tablinum*, »y los costados se llaman alas. »En otro tiempo no era mas »que un vasto recinto que ser»via para todos los usos domés»ticos; en él se veia todo el »menaje de casa, colocado con »esmero: el ama de casa hilaba »allí la lana, enmedio de sus mu»jeres, y la vista del vijilante »abrazaba toda su estension. Hoy »se vé en él todo lo que anun»cia la opulencia del dueño, y »nada de lo que puede serle útil. »Cortinas de púrpura lo dividen »en muchas partes. Los simples »ciudadanos no pasan de la pri»mera division: los de un órden »mas elevado son admitidos en »la segunda; los amigos, ó las »personas á quienes quiere ma»nifestarse consideracion, son »las únicas que pueden entrar »en la última division. Aquí fui»mos introducidos por un escla»vo que se llama *atriensis*, por»que está afecto á la guardia del »átrio y de los objetos que con»tiene, lo cual le da una cierta »autoridad sobre sus compañe»ros.»

«Hallamos al dueño de la ca»sa sentado sobre colchones ó »cojines de color de púrpura »y durmiendo tranquilamente, »mientras que un siervo que es»taba de pie y cerca de él, le leia »en alta voz, á pesar de no ser »escuchado. Cuando entramos »se levantó y vino á nosotros con »una dignidad afectada. ¿Quereis »ver mi habitacion? pues co»mencemos, nos dijo, por el si»tio en que nos encontramos: en »él he conservado lo que tengo »de mas precioso, porque es lo »mas apartado del *atrium*, y es »imposible penetrar en él sin »ser visto por el que le custodia. »Aquí en este lado están mis ar»chivos y títulos de propiedad; »allí mis libros: uno de mis es»clavos que es muy sabio, ase»gura que los hay muy curiosos. »El colchon que veis allí está lle»no de lana de color de púrpu»ra (1); todos los de casa son del »mismo jénero. Pues veo en ello, »repuse, un grande inconvenien»te, y es la necesidad de decirlo »para que se pueda apreciar su »valor.» —«Por eso tengo yo gran »cuidado de decirlo al que entre »aquí, respondió el dueño de »la casa. Mirad, prosiguió, con »qué habilidad está hecho este »mosáico que tenemos á nues»tros pies. El pincel mas deli»cado no podria dar á estos pá»jaros formas mas esactas, co»lores mejor desleidos; y sin

(1) Petronio, *Festin de Trimalcion.*

»embargo no son mas que piedras colocadas con arte. Admirad sobre todo esta paloma que está bebiendo en un riachuelo: ¡ qué verdad! parece que la sombra de su cabeza presta al agua un color oscuro (1). »Esta brillante decoracion se empleó por la primera vez, en el Capitolio, ácia el principio de la tercera guerra púnica; ha descendido del cielo hasta nosotros, y la damos el precio mas estimable.»

En la mayor parte de las casas grandes de Roma habia la costumbre de colocar á los lados del átrio figuras de cera que recordasen sucesos agradables. Las ventanas del átrio estaban guarnecidas con cortinas: y cuando el sol entraba por un lado se corrian aquellas y se abrian las ventanas del lado opuesto para mantener la frescura de la habitacion. En tiempo de invierno se ponian en las ventanas láminas de cuerno, de papiro ó de una tela de lino; pero en la buena estacion se colocaba una gasa para impedir la entrada de los insectos. Durante la noche todas las ventanas estaban cerradas con postigos de madera. De la misma manera se cerraban con mucho cuidado la puerta de la calle, y la puerta trasera llamada *posticum*; y para mas seguridad se le ponian gruesos cerrojos, barras de hierro, y una cerradura movible que se quitaba por la mañana.

«Entramos despues (continua la narracion antecedente) en una larga galeria formada por dos hileras de columnas, que conducian á distintas habitaciones y de servicio particular. Enseñáronnos los cuartos para de noche y otros para dormir durante el dia; cada uno tenia una antesala y un criado en ella. En todos habia unos nichos ú ornacinas fabricados en el espesor de la pared, destinados á colocar los libros y pequeños muebles del uso de los que debian habitar en ellos. El *triclinium* ó comedor era lo mas notable por su magnificencia: habia escaños en que podian sentarse tres personas para comer: el oro y la púrpura brillaban por todas partes: el techo estaba cubierto de láminas de marfil colocadas con arte y separadas por filetes de oro. Subimos á lo alto de la casa y me admiré de ver en ella una pequeña habitacion del mas risueño aspecto y amueblada con una elegante

(1) Plinio, lib. XXXVI, cap. XXV.

»sencillez. Por las ventanas de »sus cuatro costados se descubria »la mayor parte de la ciudad. »Allí habia solamente algunos »asientos cómodos, vasos llenos »de flores, y una pequeña cama. »Este paraje se llamaba el *sola-»rium* porque desde muy tem-»prano se iban á gozar en él de la »vista del sol y de la dulzura de »sus primeros rayos. A él se re-»tiraban cuando estaban fatiga-»dos del tumulto de la plaza pú-»blica; todo en él era sensible y »apacible y podian sin distraccion »entregarse á sus reflecsiones. »Allí habia un juego de damas de »madera de terebinto con dados »de cristal, y en vez de ser las »piezas blancas y negras, estaban »representadas por grandes pie-»zas de oro y plata.»

«En seguida bajamos y atrave-»samos un patio espacioso situa-»do enmedio de la casa, llamado »*impluvium* porque recibia las a-»guas de todos los tejados que le »rodeaban. Las principales fami-»lias de Roma ocupaban grandes »edificios aislados unos de otros »y se llamaban *islas*. Las casas »principales estaban adornadas »de pórticos sostenidos por filas »de columnas de mármol: en »ellos habia bancos para que los »clientes estuviesen al abrigo de »la intemperie esperando á sus »patronos. Los mas pobres no »pasaban nunca el dintel de la »puerta; y allí esperaban una »mezquina limosna, premio jus-»to de su bajeza. La puerta de »la casa era sagrada. No solo »tenia sus divinidades particula-»res, sino que cada una de sus »partes estaba bajo la proteccion »de un Dios que le era propio: »*Limentinus* presidia al dintel; »*Cardea* á los goznes; *Forculum* »á la puerta misma.»

VISTA DE ROMA: MONTAÑAS.— La vista de la ciudad de Rómulo presentaba un espectáculo sorprendente. Saliendo de la calle *Suburrana* por la plaza pública, se desembocaba en el Tíber, cuya etimolojia ya hemos indicado en otro paraje. Luego que se llegaba á la orilla se presentaban á la vista varios monumentos: un bello puente construido de piedra; mas allá y sobre una colina elevada habia una fortaleza llamada el *Janiculo*: segun unos, este nombre que significaba puerta pequeña, se le dió porque se miraba como la llave de Roma. Segun otros, recordaba la antigua morada de *Jano*. Este sabio rey habia fundado allí una pequeña ciudad llamada *Janiculo*, y en frente al otro lado del Tíber, Saturno habia edificado sobre el monte llamado *Capito*-

lino otra villa llamada *Saturnia*; y para espresar la situacion opuesta de estas dos poblaciones, se ha llamado tambien al *Janiculo, Antípolis* (1).

Roma está construida sobre siete montañas: en una de ellas se elevaba el Capitolio, templo famoso, monumento augusto y sagrado del cual dependian los destinos de la república. Aquel lugar comprendia además una multitud de templos inferiores dedicados á diferentes divinidades: y se puede decir que allí estaban reunidos los principales objetos de la veneracion del pueblo romano.

Inmediato al monte Capitolino estaba el monte *Palatino*. Este nombre es de orijen griego. Poco despues de la guerra de Troya una colonia salida de Pallantion, ciudad de la Arcadia, abordó á Italia dirijida por Evandro. Establecióse con sus compañeros sobre esta montaña, á la que dieron un nombre que les recordaba el de su patria (2). Siguiendo la direccion del monte Palatino, se veía mas allá el monte *Coelius*, llamado antiguamente *Querquetulanus*, á causa de las encinas que tenia. Allí estaba la habitacion de Tulo Hostilio. Detrás del monte Capitolino se eléva el monte *Viminal*, y toma su nombre de los sauces que habia en él antiguamente. En él habia una haya que se consagró á Júpiter; el tiempo la destruyó, y para conservar su memoria se edificó en el mismo sitio un templo dedicado á *Juper Fagetalis*. Entre el monte *Viminal* y los muros que están al Norte, se descubre el *Quirinal*, en donde se veía el templo de Rómulo, bajo el nombre de Quirino; antiguamente se llamaba el monte *Agonal*, pero la divinidad dió su propio nombre al paraje en donde era adorado.

Entre el Viminal y el Coelius está el monte *Esquilino* que sobresale á todos los demás en estension. Del otro lado del Tiber, está el monte *Aventino* así llamado de *Aventinus Sylvius*, rey de los albanos, en cuyo paraje estaba su sepultura. En este sitio recibió Remo los auspicios desfavorables cuando concurrió con su hermano, para dar un nombre á la nueva ciudad que fundaron. Los romanos miraron por mucho tiempo como un lugar funesto, el teatro de este acontecimiento, y quedó inhabita-

(1) Plinio, lib. III, cap. v.

(2) Dionis. de Halicarn. lib. I cap. vii.

do hasta que el rey Anco Marcio hizo de él la morada de los latinos que habia vencido. Entre otros muchos monumentos, ecsistian los templos de Diana y de la Victoria.

Entre el Aventino y el monte Capitolino habia en otro tiempo una laguna profunda llamael *Velabro,* que se atravesaba en un barquichuelo para ir de una á otra montaña. Tarquino el Antiguo, cuyo reinado fué distinguido por muchos trabajos útiles, lo mandó desecar. En el paraje que ocupaba, se ven hoy dos hermosas calles nombradas el grande y el pequeño *Velabro.* Antiguamente habitaban en este paraje principalmente los vendedores de aceite.

Murallas (1). — Una fuerte muralla, rodeada de un foso ancho y cuyas estremidades terminaban en el Tíber, encierra estas siete montañas á escepcion del monte Capitolino, que no comprende mas que una parte, pues las murallas mismas de la fortaleza forman por esta parte los límites de la ciudad. Este recinto tiene casi seis millas romanas de circuito sin comprender el Janículo que puede mirarse como un apéndice. Un respeto relijioso no les permitió remover los límites prescritos con solemnidad por los fundadores de Roma, los dejaron estar, y edificaron por afuera. Como un licor que fermenta, hierve y se escapa á oleadas del vaso que no puede contenerle, el pueblo romano traspasó todos los límites, y la antigua Roma no fué ya mas que el santuario de la nueva.

Estas murallas eran mas imponentes que formidables. Los galos las asaltaron con facilidad, y es probable que Annibal hubiese triunfado si se hubiera acercado á ellas. Esparta, enteramente abierta, fué invencible por mucho tiempo, y las murallas del Pireo no pudieron salvar á Atenas. Una nacion verdaderamente guerrera, solo debe tener sus murallas en los brazos de los ciudadanos; porque estos recintos son buenos para los pueblos débiles que gustan encerrarse. El recinto de Roma era mas bien un monumento de su debilidad antigua que la prueba de su fuerza posterior: los romanos le respetaron por tra-

(1) La descricion que de las murallas hacemos se refiere á los tiempos de César. Lo mismo sucede con otros muchos puntos pertenecientes á la gran ciudad. Creemos conveniente hacer esta observacion por las variaciones que hayan podido sufrir despues los monumentos.

dicion y no confiaban en él para salvarse.

Por cualquier parte que se echaba la vista, no se veian sino edificios suntuosos y jardines magníficos. La vega de Roma se cubria de quintas y casas de recreo. La pasion que en los tiempos medios tenian los romanos por la vida campestre, contribuyó mucho á aquella multitud prodijiosa de casas de campo. Cuando Rómulo dividió su territorio en tres tribus, y prescribió las obligaciones inerentes á cada ciudadano, reservó los trabajos de la agricultura para las personas libres solamente. Entonces podian cultivar su campo sin dejar de habitar en Roma, y los labradores se hallaban en contacto con los artesanos. A medida que su territorio se agrandó, se aumentaron sucesivamente los nombres de sus tribus. Servio Tulio formó cuatro de los habitantes de la ciudad y diezisiete de los del campo. No olvidando nunca las primeras familias su antiguo destino, fueron á habitar con aquellas tribus rústicas dándoles tambien una superioridad que no pudieron obtener las tribus urbanas, compuestas todas de artesanos y libertos. Nuevo aumento de poblacion trajo la formacion de nuevas tribus, y llegaron hasta treinta y cinco. Sucedió lo que se habia visto cuando el establecimiento de las primeras tribus rústicas; las que estaban mas cercanas á la ciudad, se llenaron de nuevos ciudadanos, y los romanos mas distinguidos fueron á habitar las tribus lejanas. De manera, dice Plinio (1), que traspasando Roma sus propios límites, ha adquirido por grados una estension que un dia llegará á ser dudosa; y así como la república ha subyugado á todas las naciones, la ciudad se ha absorvido cuanto habia en sus inmediaciones. De cincuenta y tres poblaciones que antes cubrian la campiña de Roma, no queda una sola piedra; solo sus nombres se han conservado.

Necesario es decirlo: la fortuna sola no hace tales prodijios. El pueblo que desde su nacimiento resistió á los demás, que los atacó juntos ó separados, y que concluyó por subyugarlos á todos, tenia instituciones mas vigorosas, un valor mas heróico, y leyes mas fuertes y mas sabias, que por último debian hacerle triunfar.

No es menos admirable la constancia de los esfuerzos que

(1) PLINIO, lib. III, cap. IV.

se necesitaron para elevar á Roma, y á la Italia entera al alto grado de esplendor en que se vió. Desecaron inmensas lagunas, rellenaron profundos lagos, allanaron las montañas, y por medio de calzadas y caminos muy cómodos pusieron en relacion, lugares que la naturaleza parecia haber separado con barreras eternas. Estos monumentos respetables harán para siempre la gloria de Roma, y las razas futuras han debido perdonarle su ambicion en cambio de los beneficios que les hizo. ¿No es digno de mandar al universo quien trabaja por su felicidad? Esto es lo que los historiadores no nos han manifestado lo bastante: nos han molestado con la enfadosa relacion de los combates, y con las victorias repetidas, y han omitido sus nobles resultados. Roma admiró mas por sus obras que por sus conquistas: le ha costado mas vencer á la naturaleza que someter á los hombres.

Y para juzgar á los romanos, se necesita echar una ojeada sobre su patria. Fuera de ella, todo manifestaba su poder; dentro, todo hablaba de su grandeza: y hay que convenir que el jénio creador que en su patria hizo tantos prodijios, se empleó en parajes que no eran dignos de tantos cuidados. Véanse las ricas costas de la Italia meridional y la Campania. Allí una feraz naturaleza, hubiera secundado los esfuerzos de los hombres, y hubieran elevado el monumento mas bello de su poder. Cerca de Roma, al contrario, todo anunciaba una naturaleza rebelde. Un suelo ingrato se mostraba al través de los palacios que le poblaban. Aquel rio con sus ondas lívidas, corria por entre orillas facticias (1). Unas veces cubria la campiña con sus aguas, y otras, agotado su cauce, podia bastar apenas á las necesidades de una débil navegacion; y si se consideran las colinas mas allá del rio con sus gargantas sombrías, se verán que mas parecian una morada de fieras que un lugar destinado á la habitacion de los hombres. El sitio mismo de Roma se resiente de la profesion de sus fundadores. Los primeros romanos escojieron aquel lugar como el mas seguro é inaccesi-

(1) En razon de la blancura de sus aguas, se le llama *Albula*; y no recibió el nombre de Tiber, sino despues de haberse aogado en él, como ya hemos dicho, *Tiberinus*, descendiente de Eneas.

(TITO LIVIO. *Dec. I. lib.* 1)

ble. Aquellas montañas, defendidas por un ancho rio, y mas aun por bosques y lagunas que no ecsisten, ofrecian un asilo seguro á hombres que el salteamiento y el pillaje habian reunido; y desde aquella guarida caian como buitres para despojar á sus vecinos, y se llevaban allí la presa como al lugar mas seguro. Sus triunfos llamaron á sí á todos los hombres determinados de las poblaciones del Lacio. Creciendo su audácia con su número, bien pronto acometieron grandes empresas. El valor ocupó el lugar de la ferocidad, las conquistas sucedieron á las rapiñas. Rómulo, por su osadía y destreza, supo dirijir á su voluntad aquellos hombres temibles: dióles leyes; hizo mas, los hizo amables. Sus sucesores siguieron sus planes con constancia; y Roma, en su orijen oprobio de la Italia, llegó á convertirse en su gloria. El sitio en que tan grande obra se comenzó, llegó á ser en cierto modo sagrado para el pueblo romano. Los oráculos contribuyeron á ello en gran manera: y aunque despues se estendió su dominio á los parajes mas favorecidos de la naturaleza, nunca se resolvieron á llevar sus ogares fuera de la eterna ciudad, objeto de su amor y su veneracion. Semejante accion hubiera sido un sacrilejio para hombres que llevaban el amor de la patria hasta un punto desconocido de los griegos. Roma fué para ellos una divinidad: la adoraron con este nombre: tuvo sus templos, sus sacerdotes, sus imájenes, y su culto era uno de los mas gratos á sus hijos.

La llanura comprendida entre el monte Capitolino y un recodo que forma el Tíber, se llamaba el campo de Marte, cuyo nombre solo indicaba su uso. Allí iba la juventud romana á hacer el aprendizaje del arte de la guerra, y los padres aleccionaban á sus hijos para que los imitasen y perpetuasen la raza de los héroes. Cerca de este sitio se alzaban las tumbas de los hombres ilustres ó los trofeos elevados á su gloria; distintivos que la república solo concedia á los jenerales muertos en los combates. Desde el fondo de sus tumbas, parecia que sus manes llamaban la juventud á la virtud y á la gloria, manifestándole la noble recompensa. En este mismo campo de Marte, tenia sus grandes reuniones el pueblo romano.

Enmedio del Tíber, entre el campo de Marte y los muros del Janículo, ecsistia la isla sa-

grada, cuyo orijen merece referirse. Despues de la espulsion de Tarquino, se distribuyeron tierras á los ciudadanos mas pobres. El campo de Marte, de que se habia apoderado, se esceptuó únicamente y se le dió su primer destino. Este vasto terreno estaba entonces cubierto de trigo pronto á segarse. El pueblo no quiso aprovecharse de una ventaja cuyo orijen detestaba; segó el trigo y arrojó las gabillas al Tíber, cuyas aguas en aquel momento estaban muy bajas. Este monton de gabillas resistió á la corriente del rio: las arenas fueron llegando y dándole consistencia; y se llegó á formar un islote considerable, en el cual edificaron un templo á Esculapio. El puente para pasar á esta isla, se llamaba el puente *Senatorius*, porque los senadores lo pasaban en ciertas ocasiones para ir á consultar los libros sibilinos que primero se conservaron en el Janículo. Scipion el Africano lo hizo construir durante su edilidad.

Fuera de los muros de Roma y en el paraje en que se juntan al rio, estaban los almacenes de la sal para abastecer á la ciudad. La sal estuvo sujeta á impuestos que formaban una parte de las rentas de la república. Anco Marcio fué el primero que estableció este impuesto sobre un objeto tan necesario; se abolió despues de la espulsion de los reyes; pero habiéndole restablecido el censor M. Livio, el pueblo se vengó dándole el apodo de *Salinator* que le quedó despues. La sal entraba en Roma por la puerta *Collina*, llamada tambien *Porta Salaria:* los sabinos eran los que principalmente comerciaban en la sal.

Al entrar en Roma por la puerta Capena se veía la via Apia, trabajo admirable, pues se habian traido de las montañas enormes trozos de piedra, que fueron cortados y trazados para echar los eternos cimientos de la obra: estos trozos estaban unidos por una argamasa artisticamente preparada, y ligados entre sí por grapas de cobre, y llenas con plomo las junturas para hacer un todo inmutable y eterno. ¿Qué obra del hombre pudo como ella merecer el nombre de edificio? ¿cuál otra tuvo un objeto mas laudable? Este camino iba de Roma á Cápua y de Cápua á Brindes (1). En un espacio de dos mil

(1) La via Apia no tuvo al principio esta estension; bajo el censor Apio no iba mas allá de Cápua, entonces frontera de los romanos; pero se necesita -

ochocientos estadios, se hallaban lagunas que parecian inagotables á los esfuerzos de los hombres. Al censor Apio, llamado el ciego, debió Roma aquel monumento jigantesco. Los siglos pueden pasar sobre él con su mano poderosa; pero sus restos serán eternos y mostrarán á las razas futuras lo que eran los romanos, como una pájina de Homero probará lo que eran los griegos.

El foro.— Este lugar es muy celebrado en los anales de Roma. Todas las plazas de la gran ciudad tenian el nombre de *foro*, pero habia una llamada propiamente *Forum romanum* ó el *Forum* por escelencia. Tulo Hostilio lo rodeó de galerías y de tiendas ocupadas principalmente por banqueros. Despues se construyeron palacios espaciosos para administrar justicia, y se les nombró *basílicas*; el pueblo se reunia en él para tratar de los asuntos públicos. En el Foro se veian además templos, pórticos, escuelas públicas y soberbios edificios. Entre la multitud de estátuas que decoraban aquel vasto recinto, se veia una que era mas antigua que Roma: fué dedicada á Hércules por el rey Evandro, y se la llamaba el *Hércules triunfante* porque la vestian el mismo ropaje de los triunfadores en los dias solemnes en que Roma concedia á sus jenerales el precio de la gloria (1). Habia doce estátuas que representaban las doce divinidades principales. Estaba en el Foro el templo de Jano construido por Rómulo, á pesar de haber otros muchos en Roma consagrados á esta divinidad. Numa puso en él la estátua de Jano: tenia dos caras: sus dedos estaban dispuestos de tal manera, que indicaban el número de trescientos cincuenta y cinco dias, aludiendo á los dias que componian el año, cuyo conocimiento dado á los hombres se atribuia á Jano (2). Otro templo habia en el Foro, mas grande y magnífico, y era el de Saturno. En él se conservaban los estandartes de las lejiones: se depositaba el tesoro público, porque bajo el reinado de aquel sabio rey, conocido con el nombre de la *edad de oro*,

ron mas esfuerzos para construirla en las lagunas pontinas, que para llevarla hasta la estremidad de Italia.

(1) Plinio, lib. XXXIV, cap. vii.

(2) Plinio, *idem*, *ibid*. La edicion de Lyon (1610), sobre la cual habia tratado el autor, pone 365 dias. Este error que se ha enmendado justamente, se habia repetido por muchos editores ó traductores; nosotros lo rectificamos aquí.

no se habia violado jámas la buena fé. Sin embargo Saturno pasaba por aficionado á la sangre; los gladiadores hacian libaciones sobre sus altares; y á consecuencia del carácter cruel que se le atribuia, se daban á los versos satíricos el nombre de Saturninos.

El Foro era el lugar mas frecuentado de los romanos: allí se tenia el gran mercado de todos los objetos importantes. Cada nueve dias habia en otras plazas mercado y se les llamaba *nundinæ*. En el Foro se veian contínuamente los objetos mas preciosos: vendíase allí el botin de los enemigos y se daban al mayor postor los diversos ramos de la renta pública. En el Foro se hacian las elecciones, se daban los juegos al pueblo romano, se deliberaba sobre los intereses del estado y se pronunciaba la suerte del universo. Enmedio del Foro estaba la columna rostral, formada en un principio de las proas de las galeras que en 416 tomaron los romanos á los habitantes de Ancio. Reuniéronlas en aquel lugar como un trofeo de su victoria. Al estremo del trofeo estaba colocada una tribuna desde donde los oradores arengaban al pueblo. El tiempo destruyó aquel monumento, pero le reconstruyeron sobre el modelo mismo y tenia el mismo uso. Semejante al trono de Júpiter, desde aquel lugar partia el rayo que á menudo espantaba los pueblos.

Cerca de aquel sitio habia la figura del sátiro Marsias, que recordaba á los defensores los acasos de un proceso, y los peligros del juicio aun el mas favorable. A cierta distancia sobre la vertiente del monte Capitolino, habia un edificio llamado *Hostilia*, en donde el senado se reunia en ciertos casos. Subíase á él por unas gradas, y desde estas precipitó Tarquino á Servio Tulio.

Delante del Foro estaba el Capitolio: ya hablaremos de él mas adelante. Detrás del Capitolio estaba la roca Tarpeya desde donde, segun la ley de las doce tablas, se precipitaba á los traidores. Este sitio parecia escojido para recordar á los triunfadores, que la misma gloria tiene sus peligros, y que de la recompensa al castigo no hay mas que un paso. Cerca ecsistia el templo de *Venus la Calva*; fuéle dedicado bajo este título, para eternizar la memoria del sacrificio que hicieron las matronas romanas. Sitiaban los galos al Capitolio y los romanos carecian de cuerdas para sus arcos; en tal situa-

cion no titubearon las matronas y todas las demás mujeres en cortarse sus cabellos para darles aquel destino. El senado las recompensó, dedicando un templo á su protectora, y Venus, despojada de su adorno mas bello, tuvo muchos adoradores.

En el monte Quirinal estaba el templo de la Concordia, edificado el año 387 por el dictador Furio Camilo en ocasion de la reconciliacion de los órdenes: un poco mas lejos estaba el templo de la Fortuna viril, edificado por el rey Servilio en memoria de los beneficios que le habia dispensado aquella diosa durante su larga vida. Ella favoreció á sus sucesores bajo cualquiera denominacion que la adoraron. Se invocaba á la *Fortuna mujeril* cuyo templo estaba fuera de las murallas, en el mismo paraje en que la madre y la mujer de Coriolano triunfaron de su justa cólera. En dicho templo, como hemos referido en otro lugar, solo tuvieron entrada las matronas romanas. Invocábase tambien á la *Fortuna breve*, á la *Fortuna primijenia*, á la *Fortuna de buena esperanza*, la que apartaba las desgracias, etc. Aquel pueblo relijioso conoció desde su orijen que un poder superior al de los hombres era la causa primera de su prosperidad.

Usos diversos.—Los romanos salian de sus casas á buscar el fuego en casa de los vecinos para encender sus ogares; era un crímen el negarse á darlo, y mucho mayor el tomarlo de los altares. Al encontrarse se hacian el siguiente saludo: si era por la mañana decian *Ave*; si por la tarde *Salve*; y al despedirse decian *Vale*. Era costumbre que aquellos que querian demostrar á otros sus respetos, fuesen desde muy temprano á saludarlos; y este uso se practicaba aun en los campamentos; pues los soldados iban á saludar á los *centuriones*; estos y los soldados se dirijian á la tienda de los tribunos militares, y todos juntos marchaban á saludar al jeneral por aclamacion.

Los bueyes destinados para el consumo de la ciudad eran conducidos al *Forum boarium*. En medio de esta plaza se veia un gran toro de bronce que indicaba su destino: los cerdos iban á parar al *Forum suarium*: en el *Forum olitorium* se vendian las legumbres: los pescados se vendian cerca del Tíber en un paraje llamado *Forum piscinum*. Cada ramo de comestible tenia su sitio destinado, en donde el vendedor estaba seguro de que irian compradores; y hasta los manja-

res mas delicados que podia inventar la sensualidad, estaban de venta todo el dia en el *Forum cupedinis*, llamado así de un antiguo término latino que manifiesta una comida esquisita. En semejantes sitios habia comisarios delegados por los ediles, para que velasen sin cesar en el mantenimiento del órden, y evitar toda clase de fraude. Los mismos tribunos del pueblo no se desdeñaban desempeñar tales funciones; y uno de ellos presidia constantemente en el *Forum suarium*.

Todos los obreros y trabajadores estaban reunidos en corporaciones con un jefe á su frente titulado prefecto; institucion que traia su orijen desde Numa. La mayor parte de los obreros y trabajadores habitaban en la falda de los montes Quirinal y Esquilino; parajes los mas apartados del centro de la ciudad, y que ofrecian á la clase indijente habitaciones á precios proporcionados á sus medios.

El templo de Rómulo era uno de los mas soberbios de Roma. Despues de un reinado de treinta y siete años, este rey desapareció de repente enmedio de una ceremonia pública, interrumpida por una borrasca. Este estraño acontecimiento causó una viva sensacion en un pueblo que le adoraba como á un padre; y para evitar indagaciones peligrosas, Julio Próculo, uno de los patricios mas distinguidos, sostuvo con juramento que Rómulo se le habia aparecido con los atributos de la divinidad; y que despues de haberle revelado los brillantes destinos de Roma, habia mandado se le construyese un templo en que fuese adorado bajo el nombre de *Quirinus*. Esta afirmativa de un hombre conocido por su integridad, calmó la efervescencia del pueblo. Este adoptó con facilidad las ideas que lisonjeaban su propia ambicion y el amor á su soberano: el fundador de Roma fué para él su divinidad tutelar.

Cerca del templo de Juno Lucina, se veia la primer estátua que hubo en Roma; era de plomo y de un trabajo de poco mérito. Representaba á *Mamurio Veturio*, célebre obrero que en tiempo de Numa fabricó los escudos sagrados, entre los cuales se mezcló el que dicen que cayó del cielo, y pasaba por ser la prenda de la prosperidad del estado. El reconocimiento público le elevó aquella estátua, y los versos que recitaban los sacerdotes sálios en las fiestas de Marte, hacian con-

memoracion de su nombre.

El cuartel llamado *Puticuli* era de aspecto lúgubre, y arrojaba miasmas pútridos y deletéreos: tomaba su nombre de unos fosos anchos en forma de pozos, en los cuales se amontonaba á los ciudadanos pobres, que no tenian propiedad alguna de tierra para descansar despues de su muerte. Así, por una de aquellas contradiciones tan frecuentes en todas las naciones, el derecho de sepultura en la ciudad, que apenas se concedia á los héroes, se prodigaba á los ciudadanos mas insignificantes (1). El esceso de la miseria los colocaba al mismo nivel;—imájen esacta de la nulidad de las grandezas!

Entre el Viminal y el Esquilino, estaba la parte de las murallas llamadas *muros de Tarquino*. El primer rey de este nombre, emprendió remplazar á las murallas hechas de piedras toscas, colocadas sin arte unas sobre otras, por construcciones mas sólidas. Hizo que cortasen grandes trozos de piedra y que los labrasen, siendo tales que uno solo cargaba una carreta (2). Habia carros sin ruedas que se llamaban *trahæ*, de la voz latina *trahere*, arrastrar; y carros de una rueda, que se llamaban *una rota*. De esta manera fortificó aquella parte para defenderse contra las incursiones de los latinos.

Acueducto.—Magnífico era el primero que se vió en Roma. El censor Apio Claudio lo hizo construir el año 442 para ocurrir á las necesidades de una ciudad, cuya estension la separaba cada vez mas de las orillas del Tíber. Unas veces suspendidas sobre los valles, otras por el seno de las montañas, condujo á Roma al través de un espacio de diez millas las aguas desde las alturas de Túsculo. Aquel agua estaba destinada á los habitantes de la ciudad, sin que ningun ciudadano pudiese quitar ninguna para su uso particular. Luego que llegaba á Roma, se distribuia por veinte receptáculos ó alcantarillas, y desde allí por tubos de plomo ó de barro cocido, proveia á los baños, á las fuentes y á otros establecimientos públicos. Los propietarios de di-

(1) Augusto, con el consentimiento del senado dió despues este mismo terreno á su favorito Mecenas, que desplegó su gusto y magnificencia para embellecerlo; y de un lugar mal sano é infestado, hizo célebres jardines que llevaron su nombre, *horti Mæcenalis*.

(2) Dionis. de Halic., lib. III, cap. xx.

versas fábricas la conseguian tambien pagando cierto derecho; y las sumas que se recojian se empleaban en la conservacion de los acueductos.

Cloacas.—Habia tambien en Roma otro objeto digno de escitar la admiracion, á pesar de la repugnancia que inspiraba; eran las cloacas (1). Todas las calles de la gran ciudad estaban llenas de otras calles subterráneas, que se ramificaban inumerablemente, reuniéndose todas las cloacas en un tronco principal llamado la *cloaca grande*, que arrojaba al Tíber sus inmundicias. Bóvedas prodijiosas y de una eterna solidez mantenian aquella obra en todas sus partes; y basta decir que habiéndose ostruido las cloacas por la neglijencia de algunos ediles, costó limpiarlas mil talentos. Tarquino el antiguo emprendió las cloacas y no tuvo tiempo de terminarlas; Tarquino el Soberbio puso la última mano; y el espíritu tiránico que le caracterizaba, apresuró la ejecucion de una empresa que la moderacion sola no hubiera acabado en mucho tiempo. Esta es una de las pocas ventajas de los gobiernos despóticos.

Pero cuesta trabajo comprender cómo el jefe de un estado, entonces muy pequeño, pudiese ejecutar trabajos tan considerables, cuya necesidad no podia sentir una ciudad naciente. ¿En dónde se hallaron brazos para la ejecucion, dinero para los gastos, y hábiles arquitectos para la formacion de los planes? Una nacion todavia en su infancia, no emprende obras tan jigantescas; estas solo pueden pertenecer á un pueblo ya poderoso, y dan lugar á creer que una ciudad mucho mas antigua que Roma, ocupaba el mismo lugar en que está situada.

Hay quien diga que Roma habia tenido antiguamente otro nombre, y entonces seria la poblacion anterior á Rómulo; pero este nombre no se encuentra en autor ninguno. La relijion, de acuerdo con la política, hizo de ello un misterio (2), y aquel pueblo que nada queria deber sino á sí mismo, se complació en cubrir de oscuridades todo lo

(1) Entiéndase que muchos de los monumentos y objetos mencionados aquí estan todavia ecsistentes. Otros han desaparecido por la mano del tiempo, las guerras, y mas que todo por el imperio del fanatismo y las barbaridades de algunos sucesores de san Pedro.

(2) Los libros sibilinos proibieron pronunciar tal nombre.

(Plinio, lib. III, cap. v.)

que pertenecia á su fundacion. Lo mismo ha sucedido con todas las naciones; su orijen siempre es incierto. Luego que han adquirido brillo y esplendor, ponen todo su conato en darse un orijen ilustre.

DIOSES.—No es el título que se da á los dioses lo que constituye la verdadera relijion, decia un griego: es el respeto que se les tiene, el temor que inspiran, y la esacta observancia de estas leyes sagradas que han marcado en el corazon del hombre. Desde lo alto del Olimpo, los dioses verdaderos leen en el alma de los mortales; perdonan á su debilidad, se estravian en las distintas atribuciones que les prestan, y reciben con bondad los omenajes sinceros que, por vias diferentes, van á terminar en su trono.

Bajo este respecto, Roma era superior á la Grecia: su relijion era mas austera, mas majestuosa, ó acaso era la antigua relijion de los griegos cuando esta penetró en Italia. Los árcades en tiempo de Œnotrio, y los palantinos en el de Evandro, dieron á conocer á los habitantes del Lacio el culto de su patria, y Rómulo lo llevó de Alba á Roma. Los historiadores aseguran que en el momento de echar los cimientos de su ciudad, hizo un sacrificio á Hércules, segun el rito griego, y á los otros dioses segun el rito de Alba (1). A Rómulo debe su pueblo el primero de los beneficios. Numa dió estension y órden á las ceremonias; hizo las fiestas mas solemnes y mas pomposos los sacrificios; cubrió de imponentes misterios cuanto pertenecia al culto, y le dió un carácter sublime. Muy luego su pueblo, depurado por aquella relijion, no conservó de sus maneras y rústicas costumbres, sino una sencillez respetable que debia ser el manantial de muchas virtudes (2). El amor de la patria llegó á ser en él un sentimiento sagrado. De esta manera la palmera jóven se adiere mas fuertemente á la tierra que la nutre, á medida que su cabeza se eleva ácia el cielo.

Mas sabios los romanos que los griegos, acaso no conocian aquella teogonía insensata que degrada á los dioses asimilándolos á los hombres. En Roma se contentaban con adorarlos y servirlos sin procurar penetrar el misterio de su orijen. Adoraban par-

(1) TITO LIVIO. Dec. I, lib. I.

(2) Véase la disertacion sobre la relijion de los griegos y los romanos por CORZA.

ticularmente á *Júpiter, Neptuno, Marte, Mercurio, Apolo, Vulcano.—Juno, Minerva, Ceres, Diana, Venus*, á las cuales añadieron *Vesta*. Llamábanlos los dioses principales ó dioses *consentes*, es decir, que forman el consejo de Júpiter. A estos seguian los dioses llamados *selecti*, escojidos, que tenian templos como las otras divinidades, sus fiestas, y eran el objeto de un culto regular. Tales eran *Saturno, Jano, Rea, Pluton, Baco*, el *Sol* y la *Luna*. En seguida iban las divinidades inferiores, tales como *Pan, Vertumno, Pomona, Palas, etc.*, y algunos héroes cuyas grandes acciones los habian asemejado á los dioses; estos eran el gran *Hércules, y Castor y Polux*. Estos dos hermanos tenian un templo en donde eran adorados colectivamente; pero cerca de este templo tenia Castor otro en donde le adoraban en particular.

Estos eran los objetos del culto romano; pero a medida que Roma estendió sus conquistas, admitió en su seno los dioses de los pueblos subyugados, dejando á todos el derecho de seguir sus usos particulares, con tal que observasen una obediencia esacta á las leyes de la república. Un nuevo culto no podia introducirse en Roma sin autorizacion del senado; y así es que en ocasion de una peste cruel que asoló la Italia el año 462 (de la fundacion de Roma), recibió Esculapio los onores divinos, y se le edificó un templo en una isla del Tíber.

Este aumento de dioses acostumbró á los romanos á aumentar su número; mania que dejeneró en delirio, pues llegaron á erijirse altares hasta á *los dioses desconocidos*. Con todo, los romanos ilustrados se sonreian de tantos objetos ofrecidos á su veneracion, y tenian costumbre de decir que su ciudad encerraba un pueblo inanimado, mas numeroso quizá que el otro, y que era mas fácil encontrar un dios que un hombre.

El rey Tacio, haciendo limpiar las cloacas de Roma, halló la estátua de una divinidad desconocida; y no sabiendo con qué título invocarla, se la dió el nombre del paraje de donde habia salido, y se la onró como diosa *Cloacina*.

Tulo Hostilio ve en una batalla á sus soldados espantados por la súbita defeccion de los albanos; consagra un templo á la *Palidez*, y consigue una completa victoria. Despues de la derrota de Cannas, habiendo Anníbal

perdido para siempre la ocasion de apoderarse de Roma, se consagró en memoria de aquella falta una estátua al dios *Ridiculus.*

Poco tiempo antes de la gran invasion de los galos, una voz salida del bosque sagrado de Vesta, anunció la toma de la ciudad por los bárbaros si cuanto antes no se alzaban las murallas; no se conoció la importancia de este aviso, hasta despues del acontecimiento; pero para perpetuar su memoria se edificó un templo al dios de la palabra, bajo el nombre de *Aius Locutius;* y á este invocaban los oradores.

Deificaron á la *Virtud*, al *Socorro*, á la *Victoria*, á la *Libertad*, á la *Concordia*, á la *Justicia* y á la *Fortuna*, como emanaciones directas de la divinidad. La *Felicidad*, la *Ocasion*, la *Salud* y la *Tranquilidad*, tenian tambien sus templos, y la *Esperanza* contaba muchos. La *Fé* presidia al comercio, se la tomaba por testigo en los contratos, y el juramento mas sagrado se hacia en nombre de la fé ó de *Júpiter Fidius*. Pero no era estraño el ver á algunos hombres instruidos, fatigados con aquella multitud de divinidades, desechar su culto con desden, negar su ecsistencia atacar aun el de los dioses principales, y poner en duda si habia algun otro que el sol (1).

Los dioses se apoderaban allí del hombre desde su nacimiento para seguirlo en todas las épocas de su vida. Apenas estaba concebido en el vientre, cuando los dioses *Vitumnus* y *Sentinus* le prestaban vida y sentimiento: la diosa *Natio* lo hacia nacer; *Nundina* le conducia al noveno dia en que los padres le daban un nombre. *Vagitanus* calmaba sus gritos y vajidos; *Edusa* le enseñaba á comer; *Potina* á beber; *Paventia* lo preservaba del temor; *Ossilago* le endurecia los huesos; *Virginicuris* é *Hymenæus*, lo conducian por grados de la adolescencia al nudo conyugal; y *Senius* lo aliviaba en su vejez.

Además de estas divinidades que protejian al hombre en cada época de su vida, todo ser tenia su dios ó jenio particular que no lo abandonaba nunca. Eran unos espíritus familiares ó demonios, que para los hombres se llamaban *jenios*, y *junos* para las mujeres. Estos jenios velaban incesantemente sobre la persona á que los habia fijado el destino; eran en cierto modo los mediadores entre los dioses y ella, y se

(1) Plinio, lib. II, cap. VII.

regocijaban ó aflijian, segun que la persona era feliz ó desgraciada. Los pueblos tomados colectivamente, las provincias y las ciudades, tenian tambien sus jenios, á los cuales elevaban estátuas bajo diversos emblemas. Un romano no dejaba jamás de sacrificar á su jenio el dia de su nacimiento, ofreciéndole incienso, flores y vino.

Unos hombres amantes de la vida campestre debian adornar á la naturaleza de los dioses que habian inventado: *Segetia* cuidaba de los trigos nuevos; *Nodotus* los hacia granar; *Tutilina* los conservaba en los graneros; *Pilumnus* facilitaba la trituracion del grano. Las mismas bestias no estaban olvidadas: *Hippona* velaba sobre los caballos; *Bubona* sobre los bueyes; *Mellona* cuidaba de las abejas, etc. Sus imájenes estaban siempre colocadas bajo una forma que recordaba sus atribuciones en el paraje que presidian.

Feronia era la diosa de los pastores y de los bosques. Los libertos la miraban como su patrona, y en su templo tomaban el gorro de la libertad. En el campo se hallaban á cada paso las imájenes del dios *Terminus*; término límite ó mojon, que consistian en piedras cuadradas ó simples troncos de árboles, que marcaban los límites de las heredades, y era un crímen capital moverlas de su sitio. De este modo la relijion se hacia la salvaguardia de las propiedades.

Esta multitud de pretendidas divinidades, podia acaso mirarse como un omenaje indirecto que se tributaba al dios verdadero personificando sus beneficios; pero los romanos llevaron la deificacion hasta los objetos mas desagradables y hasta las acciones mas impúdicas é inmorales. Los dioses *Crepitus* (el pedo), *Mephitis* (el mal olor), *Sterculius, Sterculus ó Stercutius* inventor de la estercoladura; la diosa *Pertunda* que presidia al desfloramiento de la mujer, y una de las diosas del deleite: en fin la infame *Laverna* protectora de los ladrones tenian su templo en Roma; y la diosa *Volupia* estaba onrada públicamente bajo la figura de una jóven hollando á la virtud con sus pies.

A pesar de tantos objetos divinos, la mayor parte de ellos no tenian un culto regular. Los simulacros que los representaban se hallaban en todos los parajes de las casas, y habia llegado á ser un adorno esencial y necesario; pero lejos de escitar ideas relijiosas, apenas llamaban la a-

tencion del dueño. Invocábaseles mas bien por costumbre que por devocion; hacíanles sacrificios muy lijeros, y ordinariamente se creia onrarlos con una simple guirnalda.

Contábanse en Roma mas de cuatrocientos templos, cuya mayor parte eran votos hechos por los cónsules y jenerales, y aprobados por el senado y los tribunos del pueblo. El mas célebre y magnífico era el de Júpiter Capitolino; tan cierto es que en todos los paises, como en todas las relijiones, siempre se dirijen todos los pensamientos al dios único criador y padre de toda la naturaleza. Júpiter era la primera divinidad de los romanos, y la invocaban bajo diversos títulos. El templo de *Júpiter Feretrio* fué el primero que se edificó en Roma: estaba situado sobre el monte Capitolino, y su lonjitud no escedia de quince pies (1). Todo en él recordaba el débil esfuerzo de una ciudad naciente. No habia en este paraje mas que un tronco viejo de encina al cual habia colgado Rómulo las armas del rey de los cecinios, á quien habia muerto por sus manos. En una batalla en que los romanos huian de los albanos, invocó Rómulo á *Júpiter Stator*, y despues de su victoria le edificó un templo al pie del monte Palatino. *Júpiter Latial* fué adorado en memoria de la reunion de los cuarenta y dos pueblos del Lacio. El templo de *Júpiter vencedor* fué edificado por *Papyrio Cursor* despues de las victorias sobre los galos.

Juno contaba igualmente muchos altares. Juno *Pronuba* era la patrona de las casadas: Juno *Cinxia* ayudaba al marido á desatar el cinturon de la recien desposada: Juno *Lucina* era invocada en los dolores del parto. Juno *Matrona* vijilaba en el menaje de la casa: Juno *Juga* presidia al yugo del matrimonio y lo hacia afortunado, y Juno *Moneta* conservaba el dinero.

Marte tenia su principal templo fuera de los muros. Cuando un jeneral partia para el ejército, entraba en el templo, blandía con fuerza la pica del dios y gritaba: *Marte: vela por la salvacion de tu pueblo*!

Los hijos de Marte no podian olvidar á Belona: esta tenia un templo soberbio fuera de los muros y cerca de la puerta Carmental. En este templo recibia el senado los embajadores que

(1) Dionisio de Halicar., lib. II, cap. IX.

se temia admitir dentro de la ciudad, y en el que los jenerales vencedores pedian el triunfo, pues no les era permitido entrar en Roma, ínterin estuviesen revestidos del mando militar.

Jano, soberano mas antiguo de que hubiese memoria en Italia, recibia tambien adoraciones. Dícese que enseñó á plantar la vid, á sembrar el trigo, y á hacer el pan: y en memoria de estos y otros beneficios, le colocaron en el número de los dioses, invocándole el primero en los sacrificios públicos. Se le representaba con dos caras, emblema del pasado y el porvenir, cuyo profundo conocimiento decian poseer este sabio rey. Las puertas de las casas le estaban particularmente consagradas bajo el nombre de *jannuæ*, y el primer mes del año se llamaba *januarius*. Tenia su templo cerca del *Foro*; Rómulo lo edificó, y Numa le puso puertas de bronce que solo se abrian en tiempo de guerra para pedir al dios la vuelta de los soldados que estaban en el ejército; y se cerraban durante la paz, á fin de que, habiendo entrado en este templo, que era su asilo, no pudiese salir de él (1). En fin no habia en Roma acontecimiento importante, calamidad pública, ni accion estraordinaria que no ocasionase la ereccion de un templo. Además de los templos propiamente dichos, habia un gran número de edificios consagrados á alguna divinidad inferior llamados casas sagradas (*ædes sacræ*). Los templos se diferenciaban de las casas sagradas, en que estaban aislados, situados ordinariamente en los parajes mas elevados y con gradas para subir á ellos; y las casas sagradas estaban construidas indiferentemente en todos los parajes y rodeadas de otras casas.

Sacrificios.—El modo de hacer los sacrificios variaba segun su naturaleza. Elevábanse tres altares á los dioses del cielo, y dos á los infernales: á los primeros se ofrecia incienso y vino, y leche á los segundos; las víctimas inmoladas á las divinidades del cielo eran blancas y en nú-

(1) Esta esplicacion dada por Ovidio es poco satisfactoria. Mas natural seria pensar que se invocaba á Jano para conseguir la paz, y que despues de haberla obtenido, cesaban las súplicas y se cerraban las puertas. Despues de sometida la Córcega se cerró el templo de Jano por la vez primera desde el reinado de Numa. A los pocos meses se volvió á abrir y no se cerró hasta Augusto.

mero impar: levantábaseles la cabeza ácia el cielo en el momento de herirlas; el golpe debia darse de alto á bajo, y la sangre era recibida en vasijas, ó derramada en el altar. Las invocaciones se hacian en voz alta con la vista dirijida al cielo. En los sacrificios ofrecidos á los dioses de los infiernos, las víctimas eran negras y en número par; se les hacia bajar la cabeza, se las inmolaba por la parte inferior del cuello, y la sangre corria hasta un receptáculo que habia en el suelo. Interin se oraba en voz baja y con los ojos inclinados se pegaban al suelo patadas por intervalos para advertir á la divinidad, que en él se suponia residir, los omenajes que se le tributaban.

A los dioses de la mar se inmolaban sobre la orilla víctimas negras y blancas, y se arrojaban sus entrañas á las aguas tan lejos como era posible; y á esto se añadian las libaciones del vino.

A los dioses de la tierra se ofrecian víctimas blancas, se les edificaban altares como á las divinidades del cielo; y á los dioses del aire se ofrecian únicamente incienso, vino y miel.

Algunas divinidades preferian una víctima á otra: la mas agradable á Ceres era una marrana embarazada, á causa del destrozo que hace este animal en los campos cultivados; de la misma manera se le inmolaba una raposa, en ciertas circunstancias, porque una raposa chica soltada por un muchacho, pegó fuego casualmente á las mieses. El gallo era una víctima tan agradable á los dioses como otro cualquier animal (1).

En las grandes calamidades que amenazaban á la ecsistencia de la república, hicieron los romanos votos solemnes de inmolar á los dioses todos los animales domésticos que naciesen en la siguiente primavera. Mas este sacrificio de que no hay ejemplo en ninguna otra nacion, no se verificaba sino con el consentimiento del senado y del pueblo. Llamábasele *primavera sagrada*. La última fué bajo el dictador Fabio Mácsimo, en los desastres de la segunda guerra púnica. Semejantes ofrendas repetidas hubieran causado mas daño á la república que sus mismos enemigos. ¿Pero qué título se podrá dar al espantoso sacrificio con que los romanos creyeron atraerse el favor de los dioses en los momentos en que

(1) Plinio, lib. X, cap. XXI.

desesperaban de su salvacion? Hubo vez en que se sacrificaron en una plaza pública de Roma, un galo y una gala, y un griego y una griega. Muchas veces los romanos han tenido que presenciar aquellos omenajes sangrientos, dignos de los salvajes habitantes de la Taurida; pues desde la fundacion de Roma se repitieron hasta los tiempos de Paulo Emilio y de Marcelo, llegando á abolirse por un decreto del senado. ¡Y aquellos hombres tan jenerosos, tan grandes, pudieron abandonarse á cometer actos de una piedad tan monstruosa! y cometian crimen tan orrendo y esecrable por la salvacion del pueblo. ¡Asi es como abusando de las cosas mas santas los hombres, se convierten en verdugos en nombre de la humanidad, y sacrílegos en nombre de los dioses!

Sacerdocio.—Tanto como los romanos estendieron el número de los dioses, multiplicaron el de sus ministros. Los sacerdotes eran en Roma una parte considerable de la república; pero sin formar en ella un cuerpo separado de los demás ciudadanos. Por la naturaleza de las instituciones de aquel pueblo, nada dispensaba á sus miembros de lo que debian á su pais; así es que ningun título impedia ascender á otro mas importante. Todo majistrado de un rango elevado, podia mandar los ejércitos: todo jeneral podia llegar á ser majistrado; el sacerdote no podia obtener este título sino despues de haber llevado las armas, y nada era mas comun que ver pasar á los ciudadanos de un cargo á otro ú ejercerlos juntos (1).

Todos los establecimientos relijiosos gozaban de dotaciones mas ó menos considerables, que remontaban á los tiempos de Rómulo y de Numa. La ley de Rómulo ecsijia que los sacerdotes poseyesen una fortuna suficiente para que vistiesen con decencia y dignidad. Se ecsijia que naciesen en un rango elevado, sin defectos corporales, y que gozasen de una reputacion sin mancha. Debian ser mayores de cincuenta años, lo cual los dispensaba de ser llamados á las armas, en donde no figuraban sino en las clases superiores.

Pontifices.—El sacerdocio estaba dividido en muchas corporaciones, todas sujetas á la autoridad del gran pontífice, aunque éste mas particularmente presi-

(1) Voyage de Polyclète, ou lettres romaines; par le Baron Alexandre de Theis.

dia al colejio de los pontífices, mirados como los primeros entre los sacerdotes. Tomaban su orijen de una palabra latina que espresa un *puente*, porque á sus espensas hicieron construir el primer puente que se vió en Roma. La obligacion de pasar de una parte á otra del rio Tíber para ejercer sus funciones les hizo emprender este trabajo; y el reconocimiento público fijó á su nombre el recuerdo de un beneficio. Numa instituyó cuatro pontífices, sacados del órden de los patricios. Habiendo sido admitido el pueblo sucesivamente á todos los cargos importantes, quiso tambien tener parte en los onores del sacerdocio, y el año 454 se crearon otros cuatro pontífices plebeyos. Algunos años despues de esta época mencionada, Syla aumentó hasta quince el número de los pontífices y el de los augures.

El cargo de los pontífices era el arreglo de lo perteneciente al culto y á las ceremonias; instruir á los ciudadanos en el conocimiento de los dioses, y el modo de honrarlos; y además, intervenir en todas las diferencias que pudieran suscitarse con este objeto. Presidian en los juegos del circo y del anfiteatro cuando se hacian en onor de la divinidad; y una de sus mas importantes funciones era escribir los anales de Roma en estilo noble y sencillo, porque decian que la afectacion era indigna de la majestad de la historia y de los encargados de trasmitirla á la posteridad.

Los pontífices precedian á los grandes majistrados en las ceremonias públicas, llevaban los mismos ornamentos, y estaban revestidos como ellos con la *pretexta* ó ropaje bordado de púrpura, y se distinguian solamente por un bonete en cuya parte superior llevaban una borla llamada *apex*. El colejio de los pontífices conservó por mucho tiempo el derecho de proveer sus vacantes. El año 650 la ley *domitia* lo transfirió al pueblo reunido en comicios por tribus. En un principio no estaban sujetos á ninguna autoridad, á ningun castigo, y no respondian de sus acciones ni al senado ni al pueblo; despues los censores y los tribunos del pueblo tuvieron derecho de reprenderlos y llamarlos á su deber si se apartaban de él. Tanta veneracion les tenia el pueblo romano, que un edicto espedido por tres pontífices tenia fuerza de ley.

AUGURES.—Despues de los pontífices iban los augures: Rómulo

los instituyó (1) en número de tres, uno para cada tribu, y á poco se añadió otro mas. Tomábanse del órden de los patricios. El año 454 se nombraron otros cinco plebeyos y eran nueve. La ley *domitia* se aplicó á los augures como á los pontífices. Su nombre espresa una cosa tomada del canto de las aves (*ab avium garritu*), porque de las aves principalmente sacaban todo lo que querian anunciar al pueblo: estos habitantes del aire, mas cercanos al cielo, fuente de toda luz, que los demás seres de la creacion, fueron considerados por los hombres sencillos, como los mensajeros de su voluntad.

Los augures sacaban consecuencias de su canto, de su vuelo, de su modo de andar, y de la manera como tomaban el grano que les presentaban. El ave llamada *pico verde* y entre los romanos *picus Martius*, era de buen agüero, sin duda porque llevaba el nombre de un dios: el cuervo era de mal presajio; pero si se trataba de un matrimonio era de bueno, porque dicho ave permanece viudo. El milano era de muy mal agüero; pero el ave mas funesta era el buho porque no les anunciaba mas que desastres, noticias crueles y catástrofes espantosas, particularmente sobre negocios públicos. Un dia penetró una de estas aves hasta el santuario del Capitolio; el terror se esparció por el pueblo; y en las nonas de marzo siguiente se purificó la ciudad con ceremonias estraordinarias (2).

Los relámpagos frecuentes en el clima cálido y húmedo de la Italia, eran tambien un manantial fecundo de auspicios: los que iban de derecha á izquierda eran siempre favorables. El sacerdocio conservó la mas alta importancia ejercida por los patricios que lo afirmaban, dándole la facultad de desechar las decisiones del pueblo, que podian desagradarle. Por una disposicion que databa desde la fundacion de Roma, ninguna ley ó nombramiento importante podia tener efecto, si los dioses no espresaban su voluntad, y hablaba el augur en su nombre. Pero despues que los miembros de la faccion del pueblo obtuvieron aquel título, declinó su poder. Nada se hacia

(1) Segun Tito Livio, Década I, libro IV, discurso del tribuno Canuleyo al pueblo, no habia augures en Roma en tiempo de Rómulo, y Numa fué quien los instituyó.

(2) Plinio, lib. X, cap. XII.

sin consultarlos, pero sus avisos seguian la opinion pública en vez de dirijirla, y obedecieron á la costumbre mas que al desengaño.

Los autores de aquella institucion conocieron de tal manera la debilidad de sus bases, que hicieron sagrada la persona del augur; cualquiera que fuese el crímen que cometiese, no se le podia quitar su empleo; porque un augur destituido hubiera descubierto secretos peligrosos; hubiera publicado la frajilidad de su ciencia, é importaba sobremanera que no se diese á luz. Por consecuencia de este principio rodearon las ceremonias de los augures de un grande aparato. Estaban revestidos de una túnica listada de púrpura, llamada *trabea*; en la mano llevaban un báculo encorvado y sin nudos, llamado *lituus*, que les servia para dividir el cielo en rejiones, para observar las señales que acontecian en la parte que habian designado, y sacar de ellas consecuencias misteriosas. Si estaban enfermos cesaban en toda funcion, porque hombres aflijidos con los males de la humanidad no eran dignos de interrogar á los dioses. Este cuerpo fué siempre el objeto de las burlas de los hombres ilustrados; y el severo Caton decia que no concebia cómo dos augures podian mirarse sin reirse.

Los ARUSPICES formaban un cuerpo menos importante que el de los augures, aunque sus funciones tenian entre sí mucha analojía. Predecian el porvenir por las entrañas de las víctimas; sacaban indicios de la configuracion de las vísceras, de sus fibras palpitantes, en una palabra, adivinaban por el ecsámen de las partes interiores del animal sacrificado, lo que los augures descubrian por sus movimientos, cuando respiraba. Los arúspices llevaban el *lituus*, y se les conocia por las mangas cortas y la barba rasurada (1). Tenian á su cabeza un jefe con el título de *primer arúspice*.

Los DECEMVIROS SAGRADOS formaban una clase de sacerdotes, cuyas principales funciones eran consultar los libros sibilinos en las calamidades públicas, y ofrecer los sacrificios que pedian los dioses. Su orijen remontaba al reinado del último de los Tarquinos.

LIBROS SIBILINOS. — Hallamos

(1) Llevaban las mangas cortas para no llenarlas de sangre cuando descubrian las entrañas de las víctimas.

en Homero y Hesiodo la prueba de que en su tiempo la divinacion conjetural era la única conocida: la voluntad de los dioses se esplicaba siempre por los adivinos. Mas adelante, el velo que cubria los acontecimientos futuros se descorria por *oráculos parlantes*, es decir, por sacerdotes ó sacerdotisas. El de Delfos, llamado en otro tiempo *Pytho*, fué el mas famoso de estos oráculos, y tambien el mas antiguo: una sola vez al año daba sus respuestas, el sétimo dia del mes de *busios*, cuyo uso permaneció largo tiempo. La coleccion de los oráculos, compuesta de las predicciones hechas á los curiosos que las ecsijian, y que no podian esperar al gran dia de los *busios*, recibian su interpretacion de los adivinos llamados *erosmólogos*, la cual daban de un modo vago y ambiguo, para precaver pudiese acusarse de impostura á la divinidad. De esta especie de colecciones habia tres, segun dicen los escritores antiguos: el de *Museo*, el de *Bacis* y el de la *Sibila*. De los dos primeros habla Herodoto, y del tercero que se hizo particularmente célebre entre los romanos, hace mencion Platon en sus diálogos: en ellos trata de la Sibila, de la pythia, y de las sacerdotisas de Dodona, que poseian en grado eminente el arte de esplicar los oráculos. La Sibila se consideraba como ajitada de un furor celeste, durante el cual se comunicaba con la divinidad, y esta es la razon porque la palabra Sibila, aplicada á las pythias significa *estar penetrado del espíritu divino;* al menos esta es la definicion que ha dado de ella Diodoro. Por último, Strabon afirma tambien que las Sibilas se llamaban así «por»que llevaban un dios en su se»no.»

No convienen los antiguos sobre el número, patria y nombre de las diferentes sibilas, pero en jeneral el sentido de las respuestas contenidas en los libros sibilinos, particularmente en los que se conservaban en Roma, era que para obtener la proteccion de los dioses, debian instituirse nuevas fiestas en su onor, y ofrecerles sacrificios, hasta de víctimas humanas cuando fuese necesario, costumbre bárbara, que permaneció largo tiempo despues de haber sido abolida por las leyes.—En Plutarco se lee, que diciendo los libros sibilinos que los galos y los griegos se apoderarian de la ciudad, se imajinó para precaver el efecto de la prediccion, enterrar vivos en el recinto de Roma un hom-

bre y una mujer de cada una de las dos naciones, para con esto hacerles tomar posesion de la ciudad. Por pueril que parezca esta interpretacion, un gran número de ejemplos que hubo de deplorar la humanidad, principalmente en las dos guerras púnicas, nos hacen ver que las doctrinas del arte divinatorio admitian transacciones de esta especie con el destino. Sin embargo, como las creencias aun las mas absurdas, y los usos mas bárbaros tienen con frecuencia un punto de vista que seduce, debemos reconocer que las acciones mas heróicas y los ejemplos de una sublime fidelidad, tuvieron muchas veces su orijen en la entera confianza que los griegos y los romanos tenian en los oráculos de sus dioses, y en la interpretacion que de esto daban los sacerdotes.

Hallamos en las leyes romanas una *constitucion de Aureliano*, que ordena al senado espedir un decreto para que los sacerdotes ecsaminen los libros sibilinos con relacion á la invasion de los *Marcomanos*, que habiendo atravesado el Danubio y forzado el paso de los Alpes, amenazaban á Roma, no contentos con haber devastado casi toda la Italia; y vemos fué declarado por el *senatus-consulto*, que se permitiria la inmolacion de víctimas humanas si de ello hubiese necesidad.—Segun Rutilio Numiciano, parece que Stilicon, á quien acusa de haber llamado á los bárbaros, hizo arrojar á las llamas los libros sibilinos, que ya varias veces se habian perdido en parte, y que siempre se repusieron por el zelo de los emperadores. No obstante, se ve que Stilicon no habia entregado al fuego todas estas preciosas compilaciones; porque despues de su tiempo fueron aun consultadas, y muchos emperadores dieron órdenes mandando completar la coleccion entera de los oráculos.

Se recuerda el hecho siguiente, contenido en varios anales de la antigüedad.

Se habian perdido los libros y nombrado sacerdotes que debian inquirir su paradero, cuando se presenta un dia al emperador reinante una vieja estranjera y desconocida, trayendo nueve volúmenes que eran, segun aseguraba, una preciosa colecciou de oráculos que deseaba venderle. El príncipe se informa del precio, y pareciéndole ecsorbitante, se burla de la estranjera á quien trata de vieja delirante. Sin contestarle esta,

hizo traer fuego y arroja en él tres de dichos volúmenes; en seguida propone al emperador si le compra los seis restantes por el precio que habia ecsijido de todos. A tan estraña pretension, rompe en carcajadas el emperador, preguntándole si estaba en su juicio. La vieja quema otros tres y ofrece dar el resto por el primer precio. Admirado el príncipe de lo que vé, y del aire confiado de esta mujer, en vez de continuar burlándose de ella, mandó darle por los tres últimos libros la misma suma que habia pedido por toda la coleccion. Al salir de palacio la vieja, que era la misma *Sibila*, desapareció y jamás se volvió á oir hablar de ella.—Los tres volúmenes, añaden los propios anales, se guardaron en lugar sagrado, y cuando se trata de consultar á los dioses inmortales por la causa pública, quince ciudadanos encargados de esta ceremonia, pasan á ojearlos con aquel respeto y confianza que conduce á los pies de los oráculos.

Los TRIUNVIROS EPULONES (1) tomaban su nombre de una palabra latina (*epulum*) que significa convite, porque tenian la direccion de los festines sagrados que se presentaban á los dioses durante los juegos públicos. Por mucho tiempo tuvieron los pontífices este cargo; pero el año 557 se crearon tres sacerdotes destinados á velar sobre estos festines.

Los cuatro cuerpos que acabamos de citar formaban otros tantos *colejios* distintos, mirados como los reguladores del culto de Roma. Los demás sacerdotes, aunque muy considerados, y que ejercian funciones menos importantes, eran los *hermanos arvales*, llamados tambien *Ambarvales* porque hacian sacrificios á los dioses para obtener la fecundidad de los campos. En su orijen eran doce hijos de *Acca Laurentia*, nodriza de Rómulo. Habiendo muerto uno de ellos, ocupó el rey su plaza y dió á este cuerpo el nombre de *arvales fratres*, que despues conservaron. Llevaban coronas de espigas y bandas blancas; y Plinio nota que fueron los primeros que llevaron coronas despues de la abolicion de la dignidad real. Su título era sagrado.

Los FECIALES correspondian en cierto modo á nuestros *heral-*

(1) Segun Dionisio de Halicarnaso, estos sacerdotes fueron instituidos por Numa. El carácter pacífico de este príncipe hace mas probable la opinion de Tito Livio, que atribuye su fundacion á Anco Marcio.

dos. Cuidaban de la redaccion de los tratados de paz ó alianza, servian de testigos en las declaraciones de guerra, é impedian que la república las emprendiese cuando eran injustas. Anco Marcio que los instituyó, quiso con esta piadosa institucion dar un carácter sagrado á las guerras que hubiera de sostener; y lo que Numa habia hecho para las instituciones civiles, él lo hizo para las militares. Cuando la república se quejaba de un pueblo cualquiera, un sacerdote fecial era el encargado de ir á pedir satisfaccion. Si reusaba darla se le dejaba un mes para reflecsionar sobre la decision que debia tomar; y si insistia podia hacérsele una guerra lejítima. El mismo sacerdote volvia á sus fronteras, arrojaba una pica ensangrentada por una estremidad y quemada por la otra, espresando por esta doble señal que Roma se disponia á vengar su injuria por la sangre y el fuego; y pronunciaba en alta voz la fórmula de la declaracion de guerra. Esta ceremonia no se verificaba en toda su estension sino cuando la república combatia contra pueblos vecinos á su territorio: despues que traspasó los límites de Italia, no se hacia mas que el simulacro en un paraje cerca de Roma, llamado por esta razon el *campo de las ostilidades*. Los feciales se distinguian principalmente por una corona de verbena: su número era el de veinte, y su jefe llevaba el título de *pater patrat*, de un verbo latino (*patro*) que significa cumplir, porque juraba en nombre del pueblo romano la esacta observancia de las obligaciones que habia tomado.

Los SODALES DE TITO fueron instituidos por Tito Tacio, coléga de Rómulo, para celebrar las ceremonias particulares á los sabinos: cuando, despues de su muerte, su pueblo se confundió enteramente con los romanos, Rómulo conservó estos sacerdotes, para complacer á los sabinos: sus funciones semejaban á las de los epulones.

A la cabeza de estos cuerpos marchaba el REY DE LOS SACRIFICIOS, título augusto y puramente ilusorio, que no daba ningun poder. Su única funcion era ocupar en los sacrificios el lugar que tenian los reyes. Su mujer era llamada REINA, y encabezaba á todas las sacerdotisas y aun á las vestales. Su habitacion tenia el título de *casa real*. Cuando el sacrificio á que presidia se terminaba, se cubria la cabeza, y se escapaba de la asamblea co-

mo un fujitivo, pues tanta sombra hacia en un tiempo á los romanos este título de *rey*. La corona que llevaba el *rey de los sacrificios*, no podia sustraerlo á la autoridad del soberano pontífice; estaba esento de todo cargo civil y militar, pero su título le separaba para siempre de toda majistratura; si poseia alguna á su eleccion, debia dimitirla al momento.

Todos los sacerdotes hasta aquí nombrados no estaban afectos propiamente á divinidad alguna; pertenecian al culto en jeneral. Pero todos los dioses cuyos templos estaban admitidos en Roma, tenian ministros encargados para los oficios de los altares, y estos formaban una clase secundaria, mas numerosa aun que la otra.

Los FLAMINES fueron instituidos por Numa en onor de Júpiter, Marte y Quirino; primero eran tres, el flamin *dialis*, de Júpiter, *martialis* el de Marte, *quirinalis* el de Rómulo. Despues fueron muchos mas, pero los tres primeros conservaron la superioridad. De estos, el *flamin dial* estaba revestido de grandes onores. Llevaba la toga pretexta, se sentaba en el senado y en la silla curul. Por la calle iba precedido de un lictor que advertia á los trabajadores dejasen el trabajo, porque seria mancillado al solo aspecto de las penas y las miserias del hombre. Los que le servian en sus funciones debian tener padre y madre por temor de que no le recordasen la idea de la muerte. Habia ciertas palabras que no le era permitido pronunciar; no podia montar á caballo, ni dormir fuera de la ciudad, ni ver un ejército en batalla. Sus cabellos no podian ser cortados sino por un hombre libre; en fin estaba rodeado de mas trabas que de señales de grandeza. Su mujer, llamada la *flaminia dial*, llevaba una túnica de púrpura en la que iba representado el rayo; asociada á los onores que gozaba su marido, estaba como él sujeta á una multitud de observancias misteriosas; no podia subir mas arriba de tres escaleras; su calzado debia ser hecho de la piel de un animal que hubiese sido matado; y en ciertos casos, no le era permitido adornar su cabeza, ni peinar sus cabellos. Su marido no podia divorciarse, y si ella llegaba á morir, debia dimitir su encargo.

Los SALIOS estaban destinados al culto de Marte, mirado como la primera divinidad de los romanos, porque era á la que mas

servian. Se asegura que habiendo hecho cesar una peste cruel que asolaba á la ciudad un escudo caido del cielo, la ninfa Ejeria en quien Numa apoyaba sus piadosas instituciones, le reveló que la ciudad que conservase este escudo, mandaria el universo. Para guardarlo con mas seguridad ya hemos dicho se hicieron otros once esactamente semejantes al primero, y se conservaron en el templo de Marte, cuya custodia se confió á doce jóvenes patricios que tuviesen padre y madre. Todos los años en las fiestas de Marte paseaban por la ciudad estos escudos, bailando como lo espresa su nombre de *Salii*. Llevaban la *pretexta* sujeta con un cinturon de metal; en la mano izquierda los escudos sagrados, y en la derecha una pica que blandian recitando versos oscuros, análogos á la institucion de esta fiesta; iban precedidos por su jefe llamado *Præsul*. Este sacerdocio era de los mas importantes.

Las lupercales eran fiestas instituidas por Evandro en onor del dios *Pan*. Los sacerdotes que las celebraban se llamaban *Luperci*, y estaban divididos en compañías que llevaban á su cabeza un jefe sacado de las primeras familias de Roma, cuyo título llevaban. Distinguíanseles en *Quintilianos, Fabios*, etc.

Cuando se celebraban las lupercales inmolaban estos sacerdotes cabras blancas á su divinidad; en seguida se despojaban de sus vestidos y se ceñian los lomos con un pedazo de la piel de las víctimas. En este estado de desnudez corrian por toda la ciudad, y con látigos hechos de la misma piel sacudian á cuantos encontraban al paso. Las mujeres se apresuraban á ponerse delante para recibir sus latigazos, que tenian la virtud de hacerlas fecundas. La ceremonia se terminaba por el sacrificio de un perro, que miraban como una víctima agradable al dios Pan, porque velaba en los rebaños.

Los poticios reunidos á los pinarios, eran sacerdotes de Hércules. Refiérese que este dios enseñó á unos llamados *Poticio* y *Pinario* el modo con que debia ser onrado; y sus descendientes quedaron en posesion de este sacerdocio, el mas antiguo de Roma. Los poticios cometieron una gran falta que causó su perdicion. Despues de haber ejercido su ministerio durante muchos siglos, no temieron dejárselo á sus esclavos. La venganza celeste fué temible: la fa-

milia de los poticios era una de las mas considerables de Roma; componíase de doce ramas que entre todas contaban treinta jóvenes; todos perecieron en un mismo año, y la raza se estinguió. Desde entonces este ministerio era desempeñado por esclavos comprados con los fondos públicos.

Los GALLI eran los sacerdotes de Cibeles, todos orijinarios de Frijia, de donde habia venido el culto. Se decia tomaban su nombre del rio Gallas, cuyas aguas les inspiraban el frenesí que caracterizaba sus ceremonias. Ellos mismos se despojaban de las partes de la jeneracion en memoria de Atys, amante de Cibeles, que furioso de zelos de esta diosa, se redujo á tan triste estado. Corrian como insensatos por las plazas públicas, celebrando las fiestas de su divinidad, y se despedazaban los brazos y el pecho, como Atys furioso.

VESTALES (1). — Hemos llegado á la institucion en que mas brillaba la devocion de los romanos á los dioses, y á pesar de lo que hemos dicho en otro lugar de las vestales, creemos necesario esplanar mas la materia, aunque tengamos que hacer algunas repeticiones, que los lectores dispensarán en gracia de la mayor claridad de la materia.

El culto del fuego, quizá el mas antiguo entre los hombres, era conocido en Italia mucho tiempo antes de la fundacion de Roma. Eneas lo llevó de las rejiones de Oriente y lo estableció en el Lacio, bajo el nombre de la diosa *Vesta*. Numa le dió la alta solemnidad que le caracterizaba. Este sabio rey quiso con esta augusta fundacion ilustrar el orijen del fundador de Roma, suavizar las costumbres de su pueblo y dejar un monumento durable de su piedad. Las vestales eran jóvenes ligadas inviolablemente á la conservacion de su pureza, ya porque Numa creyese que no podia depositar la sustancia del fuego pura é incorruptible, sino en manos de personas sumamente castas, ya porque este elemento, estéril por su naturaleza, no tuviese imájen mas sensible que la virjinidad, ya que el culto de Vesta no conviniese mas que á jóvenes libres de las pasiones y de los embarazos del mundo, y ya en fin porque quisiese enseñar á todo el secso que la castidad es la virtud de las mujeres.

(1) Estracto de las *Memoires de l'Academie française.*

Con esta idea ordenó que no se recibiese ninguna vestal que no se hallase entre los seis y los dieziseis años de edad, á fin de que tomándolas en la niñez, su inocencia no pudiese ser dudosa, ni su sacrificio equívoco.

Por muchas que fuesen las distinciones concedidas á esta órden, no se hubieran encontrado personas para completar el número, á no estar de por medio el apoyo de la autoridad y de la ley, porque era en verdad cosa muy delicada para los parientes; pues á mas de mediar la ternura y la compasion, con el suplicio de una vestal quedaba desonrada toda su casa. Cuando debia remplazarse alguna, toda la ciudad se ajitaba y se movian todos los resortes imajinables para alejar de la familia una eleccion tan poco agradable. En los monumentos antiguos nada se encuentra respecto al modo y ceremonias con que se escojian las vestales; únicamente se dice que la primera fué una jóven robada por Numa. Sin embargo, la ley Papia mandaba al gran pontífice que escojiese á su arbitrio veinte jóvenes del pueblo, y que sorteándolas delante de la asamblea, se apoderase de aquella á quien cupiese la suerte. El pontífice la tomaba de manos de su padre, de cuya autoridad la libertaba, y la conducia consigo como cojida en buena guerra. *Veluti bello adducitur*. Numa hizo las primeras ceremonias de este acto, y dejó en posesion de las mismas á sus sucesores; pero despues de la espulsion de los reyes, pasaron á los pontífices. El tiempo, sin embargo, mudó la costumbre, y el pontífice las recibia con sola la presentacion de sus padres, con tal que reuniesen las circunstancias de los estatutos. En el primer libro de los anales de Fabio Pictor, se halla la fórmula de que usaba el pontífice al recibirla: *Sacerdotalem vestalem quæ sacra faciat, quæ jussi, sacerdotalem vestalem facere pro populo romano, Quiritibus, uti quod optima lege fiat, ita te Amata capio*. El pontífice se servia con todas de la espresion *Amata*, porque se llamó así la primera que fué robada á su familia.

En el momento de recibir á una vestal se le cortaba el cabello, el cual era atado al arbusto de que hace tanta mencion Homero, llamado *lotos* por los griegos y latinos, árbol que no da fruto, aludiendo al estado de la vestal. Numa no estableció mas que cuatro vestales. Servio Julio añadió dos, y este número de

seis duró tanto como el imperio romano. Sin embargo, por las medallas de Faustino se ve que fueron siete, y esto mismo lo confirma San Ambrosio en su epístola á Valentiniano; pero la sétima era reputada por una novicia mas bien que por una vestal; y aunque algunos modernos han querido que fuesen veinte, no se han fundado en autoridad alguna. Plutarco asegura que en su tiempo, que era en el reinado de Trajano, no se habia aumentado su número. Y San Ambrosio, que vivia cuando la decadencia de la órden, dice lo mismo en el paraje citado.

Estas sacerdotisas estaban gobernadas interiormente por la mas antigua entre ellas, llamada especialmente la *gran vestal*, la cual podia imponerles lijeros castigos. Numa ecsijió de las vestales el voto de castidad hasta los treinta años; pasaban los diez primeros aprendiendo sus obligaciones, otros diez desempeñándolas, y los restantes enseñando á las demás, despues de lo cual tenian libertad de casarse. Pero las pocas vestales que se casaron se arrepintieron, y no se cita una que se llevase bien con su marido. La supersticion no dejaba de añadir alguna especie de castigo del cielo á esta clase de matrimonios. Los romanos atribuian este resultado á la especie de profanacion que hacian entonces de una ecsistencia tanto tiempo consagrada al mas noble de los misterios. Nosotros creemos mas natural pensar, que unas mujeres que por tantos años habian gozado de unos onores escesivos, no podian avenirse á las ocupaciones de una casa, ni á depender con su altanería del dominio de un esposo. Así es que la mayor parte abrazaban el partido de morir solteras; y aunque despues de los treinta años pudiesen permanecer todavia en la órden y gozar de los privilejios y de las consideraciones que les eran propias, no se les permitia tomar parte en las ceremonias. El culto de Vesta tenia sus reglas de bien parecer como sus leyes, y á una vestal vieja le pegaban muy mal las funciones del sacerdocio; el yelo de los años no tenia con el fuego sagrado relacion alguna, y hablando con propiedad solamente las vírjenes hermosas, jóvenes y capaces de toda la viveza de las pasiones, podian hacer onor á los misterios de su diosa.

Si Numa merece elojios por haber confiado la guardia del fuego á jóvenes cuya inocencia correspondia á la pureza de este

elemento, creemos que hay motivos para censurarle el haber hecho al destino, á la duracion y á los triunfos del imperio, dependientes en la continencia de un corto número de jóvenes, que arrebatadas á sus familias en una edad tan tierna, inutilizaban todas las precauciones que la prudencia humana hubiera podido tomar para una eleccion tan delicada.

Aunque era propio de la sabiduría del lejislador sostener con sus votos todo el rigor de las reglas y los estatutos, no les procuró mas que recompensas temibles, las hizo dueñas de una infinidad de cosas, con pretesto de dulcificar su estado é ilustrar su profesion, y descansó en el temor de los castigos que se les imponian. Vivian en el lujo y la molicie, asistian á las funciones públicas, á los teatros y al circo, y con frecuencia á los convites de su familia, y en su casa eran visitadas por hombres y mujeres á todas las horas del dia.

Una vestal fué violada al restituirse á su templo por algunos jóvenes libertinos, que ignoraban ó finjieron ignorar quien era, con cuyo acontecimiento se introdujo la costumbre de hacer ir delante de cada una de ellas un lictor con haces para su custodia y dignidad.

El traje de las vestales, segun aparece por las medallas, era el siguiente: llevaban una especie de turbante que les llegaba hasta la oreja dejando descubierto el rostro, y en aquel cosian algunas cintas que ataban por debajo de la barba. Sus cabellos, que al principio se cortaron y fueron consagrados á los dioses, se dejaban crecer despues, y recibian todas las formas y adornos de la moda. Encima del vestido llevaban una túnica de una lana fina y blanca que llegaba hasta medio cuerpo, y sobre ella un manto de púrpura ancho y largo, que no estando sujeto mas que al hombro izquierdo, les dejaba el brazo derecho libre y casi del todo desnudo; su calzado era igual al de las mujeres romanas, y su lujo llegó hasta el estremo de llevar las suelas de oro. Tenian algunos adornos peculiares de los dias de fiesta y de sacrificios, que aumentaban la dignidad de su traje sin quitarle la gracia. El esmero en adornarse era su constante ocupacion. Minucia, con su aire libre y sus trajes profanos, dió lugar á sospechas maliciosas. Algunas fueron criticadas por el buen humor é indiscrecion en sus dis-

cursos, y las hubo que llegaron á componer versos tiernos y apasionados. Séneca nos ha transmitido este: *Felices nuptæ! Moriar nisi nubere dulce est*; y el mismo Séneca parafraseando este verso ha tomado cierto aire de declamacion. «O tú juras, di»ce, por la esperiencia que tie»nes del matrimonio, ó si no le »has probado nunca te perjudi»cas. Ni lo uno ni lo otro es pro»pio de una sacerdotisa. Los ma»jistrados inclinan delante de tí »las insignias de su autoridad. »Los cónsules y los pretores te »ceden el paso de todas partes; »¿y es esto poca recompensa de »tu virjinidad? Una vestal no »puede jurar mas que por su »diosa, y aun esto rara vez. »¡Muera! dices, *Moriar*. Se ha »estinguido el fuego sagrado..... »si quieres encomiar el matri»monio, habla del de Lucrecia; »pondéranos su muerte, y no »jures por la tuya. Si buscas la »felicidad fuera de las funciones »de tu ministerio, te haces dig»na de todos los suplicios. La »fuerza que encierra este *dulce* »*est*, manifiesta que ha nacido »del fondo del alma, y para ha»blar así, no basta haber cono»cido el placer, es necesario ha»berse abandonado á él con de»lirio.»

La estincion del fuego sagrado era un presajio funesto, y algunos ruidosos y desgraciados sucesos que la casualidad acompañó á este accidente, habian establecido una supersticion tan grande, que participaba de ella hasta la jente ilustrada. Roma vió apagado el fuego y consumido el altar de Vesta, en el tiempo de sus convulsiones intestinas y en la guerra de Mitridates. Es cierto que el resultado no siempre justificaba la creencia ni los escrúpulos de los romanos; pues durante la segunda guerra púnica, dice Tito Livio que entre los prodijios vistos en Roma ó contados de otras partes, ninguno consternó tanto como la estincion del fuego de Vesta: ni que las espigas se hubieran vuelto sangrientas en las manos de los segadores, ni que en el pueblo de Alba se hubiesen visto dos soles á un mismo tiempo, ni que los rayos hubiesen abrasado los templos, Roma no hubiera recibido una impresion tan fuerte como la que causó un accidente sucedido de noche por un simple descuido humano. Se hizo un castigo ejemplar, para el cual el pontífice se ciñó estrictamente á la ley; cesaron todos los negocios públicos y particulares, se fué en procesion al templo de Vesta, y

se espió el crímen de la vestal con la inmolacion de grandes víctimas.

Las vestales que faltaban á sus deberes, sufrian en los tiempos mas antiguos el castigo de azotes, de que habla Tito Livio. *Cæsa flagro est Vestalis,* no en público sino dentro de su misma casa.

Aplacada la cólera de la diosa con el sufrimiento de la sacerdotisa, se trataba de reanimar el fuego, mas para esto no podia echarse mano de otro fuego material; á lo menos, segun Plutarco no era permitido estraerlo sino del sol, con el ausilio de un vaso de bronce: en cuyo centro se reunian sus rayos, sutilizaban el aire hasta el punto de inflamarlo, y por medio de la reberveracion la materia seca y árida de que se valian, se incendiaba inmediatamente.

El primer cuidado de las vestales era conservar el fuego de dia y de noche, por lo que parece que las horas estarian distribuidas y se relevarian sucesivamente. Entre los griegos el fuego sagrado se conservaba en unas lámparas, en las cuales no se echaba aceite mas que una vez al año; pero las vestales se servian de fogones, estufas, ó vasos de tierra, colocados sobre el altar de su diosa. Como ademàs de la conservacion del fuego estaban encargadas de los votos de todo el imperio, dirijian á su diosa ciertas plegarias aun durante la noche. Tenian asimismo algunos dias solemnes, y en el de la fiesta de la diosa el templo estaba del todo abierto y se podia penetrar hasta el lugar mismo en que las vestales tenian depositadas y esponian á los ojos del público, cubiertas con un velo, aquellas cosas sagradas que eran como la prenda ó símbolo de la duracion del imperio.

Algunos cuentan que Crisa, hija de Palanto y mujer de Dárdano, le llevó en dote el Paladion y las imájenes de los grandes dioses; que Dárdano, habiendo muerto á su hermano y escitado con esto una sedicion en el Peloponeso, se refujió en la isla de Samotracia, edificando en ella un templo para los simulacros que le acompañaron en su fuga, que desde allí fueron trasladados á Troya; que Eneas salvándolos del incendio de aquella ciudad, los condujo á Italia; que despues de la muerte de este príncipe pasaron á Alba, en donde Ascanio les construyó un templo lo mismo que á Vesta, y que en fin, durante el reinado de Numa, los destinos los pusieron en Roma juntamente con los

misterios y sacrificios de esta diosa.

Estos eran los simulacros que jeneralmente se creía que estaban dentro del santuario, y algunos querian que en él hubiese una infinidad de deidades secretas, no siendo esto una preocupacion esclusiva del vulgo. «No »solo, dice Dionisio de Halicar»naso, veo en varios monumen»tos que las vestales cuidaban de »la conservacion del fuego, sino »tambien que eran depositarias »de muchas cosas sagradas; mas »esto, añade, son misterios que »no debia investigar ni yo ni nin»guno que respete á los dioses.» Algunos, segun Plutarco, aseguran que las vestales tenian en lo interior de su templo dos toneles, el uno vacío y abierto, y el otro cerrado y lleno, y que á nadie mas que á ellas era permitido el verlos: lo cual no deja de tener alguna conecsion con el tonel colmado de bienes y con el otro atestado de males, que Homero dice adornaban la entrada del palacio de Júpiter.

La órden de las vestales se presentó en Roma con un aparato augusto, y con el acompañamiento de simulacros y misterios que dejamos referidos, y las vestales fueron hospedadas en el palacio, que segun Ovidio era la modesta habitacion de Numa.

Rómulo, siguiendo la antigua costumbre de los griegos, habia puesto en cada cuartel de Roma un ogar sagrado y algunos sacerdotes para que sacrificasen en ellos; y Numa, dejando las cosas como las halló, y habiendo instituido las vestales para presidir mas particularmente al fuego perpétuo que ardia en diferentes puntos, fundó un ogar nuevo y comun á toda la ciudad, en el que residia de un modo mas temible la majestad de Vesta. Le hizo edificar un templo, enmedio del mercado romano, entre los montes Palatino y Capitolino, que estaban dentro del circuito de las murallas. Herido Rómulo, dice Plutarco, en el último combate con los sabinos, se vió obligado á separarse de la accion por algun tiempo, con lo cual se desordenaron sus jentes y fueron arrojadas hasta el monte Palatino; mas recobrando el valor con la presencia de su rey, batiendo sin cesar al enemigo, lo llevaron hasta el lugar en donde estuvieron posteriormente el palacio de Numa y el templo de Vesta. En cuanto á la construccion del templo, algunas medallas y la opinion jeneralmente recibida nos lo representan de figura redonda. El templo es igual por

todas partes, dice Ovidio; en su esterior no hay ángulo alguno, y la cúpula que lo cubre lo defiende de la lluvia.

Hemos dicho que la ley Papia mandaba al gran pontífice que escojiese veinte jóvenes del pueblo y que las sortease. La eleccion de la vestal dejada de este modo á la providencia de los dioses, tenia mas mérito. Debia elejirse entre las niñas de todo el pueblo, de manera que para ser vestal era suficiente ser hermosa y tener padres que no hubiesen ejercido oficio bajo. Luego que la vestal elejida ponia los pies en la cerca de delante del templo, era entregada á los pontífices, participaba de todas las ventajas de su clase, y sin mas forma de emancipacion, adquiria el derecho de hacer testamento y la independencia paterna.

Era una de las cosas mas notables en la sociedad, una niña de seis años que pudiese testar no haciéndolo hasta entonces ninguna mujer romana sino la que tenia al menos tres hijas. Si salia de la órden despues del tiempo prefijado, podia disponer á su arbitrio del dote con que entró en ella, y tenia derecho á la sucesion. Los bienes de las vestales que morian sin testar pertenecian á sus familias; y aunque no heredaban *ab intestato*, podian disponer de todo lo suyo sin intervencion de curador.

En los primeros tiempos el respeto del pueblo y las virtudes de las vestales equivalian á los onores que despues se les concedieron; y en aquella época floreciente fué cuando se distinguió con respecto á ellas la piedad de Albino. Los galos estaban á las puertas de Roma, y todo el pueblo en la mayor consternacion; los unos se arrojaban al Capitolio para defender allí á los dioses y á los hombres; los ancianos que habian obtenido los onores del triunfo y del consulado, se encerraron en la ciudad para sostener al pueblo con su ejemplo; las vestales, despues de deliberar enmedio de aquel jeneral trastorno lo que debian hacer de los simulacros y de los despojos del templo, enterraron una parte cerca de la casa del sacrificador, y cargando lo demás sobre sus hombros se marchaban por la calle que iba desde el puente de tablas hasta el Janículo.

Albino, hombre de baja estraccion, que huia por el mismo camino guiando un carro en que iba toda su familia, al ver á las vestales creyó ofender á la relijion permitiendo que las sacer-

dotisas anduviesen á pie; hizo bajar del carro á su mujer y á sus hijos; puso en su lugar no solo á las vestales, sino á los pontífices que las acompañaban, y dejando su camino las condujo al pueblo de Ceré, en donde fueron recibidas con tanto agasajo como si la república se hallase en el estado floreciente que solia. La accion de Albino fué para la posteridad una estraordinaria prueba del respeto con que eran miradas las vestales.

En tiempo de los triunviros aparecieron por primera vez en público, acompañadas de un lictor y de los haces, que impusieron al pueblo y le apartaron de la acera que ellas seguian. Este privilejio las hubiera onrado mucho á no ser al mismo tiempo una precaucion contra el descaro de los libertinos y una consecuencia del estupro de una vestal, como ya dejamos dicho.

Entonces probablemente se arregló la precedencia entre las vestales y los majistrados. Encontrándose con ellas los cónsules ó los pretores variaban su ruta, y en el caso de no permitirlo el sitio, hacian bajar á su presencia las hachas y los haces, como si en aquel momento depositasen en sus manos la autoridad de que estaban revestidos, y todo el poder consular se disipaba delante de unas jóvenes que estaban encargadas de los destinos del imperio. Considerándoselas como personas sagradas, estaban á cubierto de cualquier violencia, á lo menos pública, por cuya razon no tuvo buen écsito el proyecto de los tribunos contra Clodio. Como este triunfaba á pesar de ellos, resolvieron arrojarlo del carro en mitad de la carrera; pero la vestal Clodia, hija suya, que sabia sus designios, se presentó á tiempo, se arrojó al carro en el momento mismo en que acababan de derribar á Clodio, y puesta entre los dos detuvo por este medio la violencia del tribuno.

La sola vista de una vestal era el perdon de un culpable, aunque es verdad que estaban obligadas á jurar que habian sido encontradas sin designio y casualmente. Rarísimas veces se verificó que una vestal depusiese en justicia, porque por este medio se retraia á los demás testigos, y no se encontraba nadie que quisiese ir contra la deposicion y el juramento de las vestales. El oro de los triunfos manchó la sencillez de Vesta, como todas las demás cosas, y las cenizas sagradas dejaron de reposar en vasos de arcilla: la misma órden de jóvenes

que huia á pie y salvando precipitadamente á los dioses escapados del incendio de Troya, ya no iba al Capitolio sino en una magnífica litera y seguida de una multitud de criados. Este acompañamiento no era de personas que perteneciesen á la órden, sino de mujeres y esclavos que ellas tenian de su cuenta. En los primeros tiempos, tan solo fueron llevados por las calles los simulacros de los dioses; pero este onor pasó insensiblemente á las vestales. La litera sencilla que usaron al principio, dejeneró en un tren suntuoso y que se distinguia de todos los demás, acaso porque conservó alguna semejanza con el que antes se solia pasear á los dioses en los juegos y funciones del circo.

Una vestal cuando iba al Capitolio, era el objeto de las miradas de toda la ciudad; mas enmedio de tantos onores, una de ellas fué insultada en su mismo carro; y para evitar semejantes escesos se promulgó la ley terrible de muerte contra el que se arrojase sobre sus literas.

Entre todos los onores concedidos á las vestales, no hay ninguno que no pueda convenir en cierto modo con su carácter; pero de ninguna manera es conciliable con este su asistencia á todas las diversiones públicas, no solamente al circo y á los teatros sino tambien al anfiteatro de los gladiadores, en el cual Augusto les destinó un local aislado, y enfrente del asiento del pretor. Es digno de admiracion que Augusto hubiese creido hacerles con esto una gracia, cuando él no podia sufrir con paciencia á las mujeres en las funciones públicas, y que no queriendo que estuviesen mezcladas con los hombres, mandó que fuesen colocadas con separacion y en lugar mas elevado. Nosotros creemos que mujeres ya de cierta decencia huian de esta clase de placeres; á lo menos se sabe que no les era permitido asistir á ciertos juegos sin licencia de sus maridos.

Numa Pompilio que á su institucion las habia dotado de los fondos públicos, les señaló tierras, de las cuales percibian censos en frutos ó en dinero. Con el tiempo reunieron una multitud de fundaciones y legados, á lo cual movia la piedad de los particulares: á mas de las donaciones, tenian individualmente rentas considerables, con cuyo ausilio se presentaban con tantos criados y ostentacion.

Estas mismas jóvenes eran sin embargo las que derramaban, por decirlo así, la piedad por todas partes, hasta dar lecciones á los

ministros de los dioses. En ciertos dias del año se presentaban al rey de los sacrificios, le escortaban á cumplir con escrupulosidad sus deberes, á no olvidar los sacrificios que la providencia de los dioses habia puesto á su cargo, á circunscribirse á sus obligaciones que le proibian el mezclarse en negocios civiles y militares, y á escortar al pueblo.

Cualquiera que fuese el valor que tuviesen las amonestaciones de las vestales, la credulidad romana atribuia mucha mas eficacia á sus plegarias y sacrificios. El pueblo vivia persuadido de que escapándose un esclavo de la casa de su amo, con tal de que aun no hubiese salido de la ciudad, las súplicas de una vestal ó sus encantos, eran capaces de contenerlo. El esclavo detenido, se hallaba repentinamente en una especie de turbacion, y no podia moverse del sitio en que le habia sorprendido la súplica. Esta supersticion reinaba todavia en tiempo de Plinio.

En aquella época gozaban de todas las distinciones propias de la virtud. Eran enterradas dentro de la ciudad, cuyo onor, escasamente concedido á los mas grandes hombres, lo participaban hasta aquellos desgraciados que sufrian el último suplicio. Aun en esto eran tratadas como los que habian merecido el onor del triunfo; y ó bien fuese esta la intencion de los lejisladores, ó bien que la casualidad ó el concurso de las circunstancias hubiese favorecido la opinion dominante, se creyó haber encontrado en la clase del suplicio, el medio de conciliar el respeto debido á su carácter, con la pena que merecia su infidelidad. Este respeto ácia las vestales que aun duraba mas allá del suplicio, era seguido de un terror universal y supersticioso, que dió lugar á las plegarias públicas que se hacian todos los años sobre sus tumbas, con el objeto de aplacar las sombras irritadas.

Los pontífices eran los jueces natos de las vestales; estos presentaban las acriminaciones hechas contra ellas al consejo de los sacerdotes; pero á pesar de sus decisiones, el tribuno del pueblo tenia derecho de representar, y por su autoridad propia rompia las sentencias que creia injustas é hijas de la cábala y del soborno. En el procedimiento se seguian todos los indicios: se oia á los delatores y á las vestales, y cuando estaba proferida la sentencia de muerte, no se les notificaba desde

luego, sino que se les hacia entender privándolas de hacer sacrificios, y de la participacion de los misterios. Varios fueron los castigos de las vestales; pero el último suplicio con que fueron castigadas se atribuye á Tarquino. Llegado el dia de la ejecucion, se suspendian todos los negocios, así públicos como particulares; las mujeres estaban desesperadas: el pueblo amontonado en todas partes sentia el temor y la esperanza con respecto á los negocios del imperio, cuyos felices ó tristes acontecimientos creian depender de la justicia ó injusticia de la sentencia. El gran sacerdote, seguido de los demás pontífices, iba al templo de Vesta, despojaba á la vestal de sus adornos sagrados, con cierto aparato y ceremonias, y le ponia otros aplicándolos á sus sabios. En aquel momento era cuando el dolor de la víctima, sus lágrimas, su juventud y muchas veces su belleza, la procsimidad del suplicio y quizá la calidad del delito, escitaban sentimientos de compasion que podian hacer balancear los intereses del culto y de la política. Se la tendia sobre una especie de ataud, donde era atada y envuelta de manera que dificilmente hubieran sido oidos sus gritos, y de este modo era conducida desde el templo de Vesta hasta la puerta Colina, cerca de la cual y por la parte interior de la ciudad, habia una eminencia llamada el *campo ecsecrable*, que se estendia á lo largo y estaba destinado á esta clase de ejecuciones, como tambien á la mayor parte de los juegos y diversiones populares.

El camino desde el templo hasta la puerta Colina, cruzaba muchas calles y la plaza pública. El pueblo corria por todas partes á aquel triste espectáculo, y al mismo tiempo temia encontrarlo, y tomaba ruta diferente. Algunos lo seguian de lejos, todos guardaban un silencio melancólico y profundo, y hay autores que dicen que con la vestal iban sus parientes mas cercanos. Luego que llegaban al lugar del suplicio, abrian el ataud y desataban á la vestal. El gran pontífice alzando las manos al cielo dirijia á los dioses una plegaria secreta, que regularmente seria para el bien y el onor del imperio, que acababa de estar espuesto por la incontinencia de la vestal; en seguida cojiéndola él mismo y tapándola con un velo infamante, la conducia hasta la escalera que bajaba á la fosa en que debia ser enterrada, en donde la entregaba al ejecutor, y volviendo las espaldas se iba apresuradamente con los demás

pontífices. La fosa era una especie de cueva ó aposento abovedado, de bastante capacidad y metido para adentro de la tierra, en el que ponian pan, agua, leche, aceite y una lámpara encendida, y en lo mas interior una cama. Estas comodidades y provisiones eran misteriosas; con ellas se buscaba un modo especioso de salvar el onor de su creencia, hasta en el mismo castigo de la vestal, que sostenian que moria voluntariamente. Apenas habia llegado abajo, cuando levantaban la escalera llenando de tierra con la mayor precipitacion la abertura de la fosa hasta el nivel del suelo.

La ley que ordenaba el castigo de las vestales, condenaba asimismo á espirar al rigor de los azotes á los compañeros de su delito, para lo cual eran atados por el cuello á un poste colocado enmedio de la plaza pública. A la verdad que era un espectáculo doloroso, bien doloroso, el suplicio de un hombre destrozado de esta manera, y que moria poco á poco á golpes crueles, cuando la sospecha de su delito era lijera, y la tiranía ponia en ejecucion todo el rigor de la ley. Celer, caballero romano, que fué acusado de incesto con Cornelia y comprendido en su sentencia, sufrió los azotes en la plaza pública; y enmedio de los dolores no se le oyeron mas que estas palabras: ¿Qué he hecho? yo no he hecho nada! *Quid feci! nihil feci!*

Los nombres de las vestales condenadas y que nos ha transmitido la historia son: Pinaria, Popilia, Oppia, Minucia, Sextilia, Opimia Floronia, Caparonia, Urbina, Cornelia, Marcia, Licinia, Emilia y Mucia y Varonila hermanas y de la familia de los Ocelates. Algunas elijieron su suplicio y otras se mataron á sí mismas, entre las cuales se cuentan Floronia y Caparonia. Este partido fué abrazado por muchos de sus amantes como lo hizo el de Urbinia.

Desde el establecimiento de las vestales hasta su decadencia, es decir, desde Numa Pompilio hasta Teodosio, mediaron, segun la cronolojía, mil años ó cerca de ellos. La aparicion del cristianismo fué una de las causas de la caida del poder romano, arrastrando tras de sí culto, relijion, dioses, sacerdotes y sacerotisas.

FIN DEL TOMO DUODÉCIMO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

LIBRO DUODECIMO.

CUADRO ESTENSO DE LA LITERATURA, FILOSOFIA, CIENCIAS, USOS, COSTUMBRES Y LEYES DE LOS ROMANOS.



